

BOLIVIA: LA REVOLUCION INCONCLUSA

(James M. Malloy)

Este primer libro de análisis de la revolución boliviana escrito por un cientista político norteamericano, explica los eventos de 1952 como un estudio de caso latinoamericano y enlaza el tema de la revolución con otras insurrecciones contemporáneas en países subdesarrollados. Combinando el interés narrativo y el análisis académico, el libro señala con precisión las fuentes de debilidades y tensión en el viejo orden boliviano, con particular atención hacia los efectos de un desarrollo económico desigual en las primeras dos décadas del siglo XX. Luego enfoca la atención sobre los tormentosos años después de 1936 que desembocaron en la insurrección del 9 - 11 de abril de 1952. Finalmente, examina los esfuerzos del gobierno revolucionario para promover el desarrollo económico entre 1952 y noviembre de 1964, cuando el MNR fue depuesto.

James Malloy llevó a cabo la investigación para el libro durante un viaje a Bolivia donde estuvo catorce meses, a lo largo de los cuales entrevistó a importantes líderes políticos, a trabajadores y campesinos y examinó una variedad de fuentes en libros y documentos.

CERES entrega este libro a los lectores de habla española como una contribución a la reflexión y a la discusión sobre uno de los procesos revolucionarios de mayor importancia en el continente.

Diseño de la portada: Cecilia Salazar (CERES)

James M.
Malloy

ceres

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA REALIDAD ECONOMICA Y SOCIAL



278 Carillas

James M. Malloy

OTG. OPACON
C E R E S

**BOLIVIA:
LA REVOLUCION INCONCLUSA**

Ira. Edición en español

- CERES -

1989

CERES agradece a Swedish Agency for Research and Cooperation with Developing Countries (SAREC) y a la Inter-American Foundation (IAF) por el apoyo a sus actividades de difusión académica.

OTOCOPADO
15 / 89

A la memoria de
Genevieve Delaney Malloy

Título original:

Bolivia: The Uncompleted Revolution

Traducción al español: Rose Marie Vargas

Revisión: Luis H. Antezana

Colaboraron en la revisión: Carmen Muñoz y Karin Monasterios

Editor responsable: CERES

1ra. edición en español, enero 1989 c CERES

Los derechos de autor corresponden a James M. Malloy.

Impreso en: los Talleres Gráficos de la Escuela Profesional DON BOSCO.

El Alto La Paz, Bolivia

Marta Oficialdegui

CONTENIDO

PROLOGO A LA EDICION EN ESPAÑOL	7
PREFACIO	9
MAPA DE BOLIVIA	14
INTRODUCCION: Marco de Análisis	15
PARTE I	
CAPITULO I: Desarrollo Económico de Bolivia bajo el Período Liberal	29
CAPITULO II: Estructura y Proceso del Antiguo Orden	51
CAPITULO III: Conflictos Grupales y Presiones por un Cambio	73
CAPITULO IV: Depresión y Guerra: Aceleradores	97
PARTE II	
CAPITULO V: Apertura de la Situación Revolucionaria	117
CAPITULO VI: El MNR: de Facción a Partido	149
CAPITULO VII: El MNR: de Partido a Movimiento Revolucionario	169

CAPITULO VIII:	La Insurrección	199
PARTE III		
CAPITULO IX:	La Revolución - Primera Fase: El Sistema Nacional	219
CAPITULO X:	La Revolución Agraria	245
CAPITULO XI:	Grupo, Facción y Personalidad: 1952 - 1960	279
CAPITULO XII:	Estructura y Proceso de la Política Post-Insurreccional	313
CAPITULO XIII:	El Problema del Desarrollo	357
PARTE IV		
CAPITULO XIV:	Conclusiones	401
NOTAS		433
GLOSARIO		523

PROLOGO A LA EDICION EN ESPAÑOL

Es con gran orgullo y placer que veo este libro publicado en español en Bolivia después de casi veinte años que fuera publicado en inglés en los Estados Unidos de América. Si bien la investigación y la redacción del libro tuvieron lugar a mediados de los sesenta, pienso que el análisis de la Revolución Nacional Boliviana aquí contenido es hoy todavía relevante.

La Revolución de 1952 fue considerada, en la investigación para este libro, como un caso de revolución de masas en un país en desarrollo. De tal manera que mi propósito no fue sólo entender la revolución en sí misma, sino usar el caso boliviano para iluminar el proceso más amplio de las revoluciones sociales orientadas a promover el desarrollo económico y la modernización.

Mi estudio, por lo tanto, tiene una orientación teórica y comparativa. Haciendo uso de los métodos de las ciencias sociales modernas, intenté desarrollar una explicación analítica del caso boliviano, así como ligar la revolución boliviana a un conjunto más amplio de temas comunes a la mayoría de las revoluciones modernas.

Me doy perfecta cuenta que no todos van a estar de acuerdo con la orientación analítica de este libro. Esto es de esperar. No es posible que un solo punto de vista pueda ser capaz de captar el significado total de un proceso tan amplio, importante y complejo como el de la gran revolución de 1952. Espero que este libro sea visto como una contribución a un entendimiento más amplio de la revolución y quizás sirva para estimular mayores debates no sólo en Bolivia sino en el contexto más amplio de América Latina. Desgraciadamente este proceso tan importante no ha sido objeto de análisis sistemático en el mundo académico fuera de Bolivia. Nuevamente, espero que este volumen pueda incentivar en los próximos años a que otros estudien más profundamente distintos aspectos de la revolución.

Quisiera agradecer a Rose Marie Vargas por su excelente traducción del libro del inglés. De otro lado, tengo una deuda especial de gratitud con Jorge Dandler y el equipo de CERES por hacer posible que este libro pueda ser finalmente publicado en Bolivia.

RECORADO
1952

PREFACIO

El 9 de abril de 1952, un grupo conocido como el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) inició una insurrección armada que culminó con el derrocamiento de la Junta Militar que entonces gobernaba Bolivia. Como resultado de esta triunfante sublevación, Bolivia fue precipitada en procesos de cambio social y de experimentación que no se han visto en América Latina desde la experiencia mexicana de principios de siglo. En poco tiempo, el nuevo gobierno boliviano nacionalizó las minas, concedió derechos políticos y de sufragio a su población indígena, aprobó una reforma agraria y destruyó la antigua organización militar. Debido a los profundos efectos que tuvieron estos cambios, se pensaba que en Bolivia estaba teniendo lugar la segunda verdadera revolución en América Latina.

En el presente libro me propongo analizar la "Revolución Nacional Boliviana" y para ello tomo a Bolivia como un estudio de caso, dentro del área problemática general de la

revolución, con la esperanza de contribuir al entendimiento de la experiencia boliviana y de extraer de ella conclusiones de más amplio significado. Con estos objetivos en mente, se ha precedido el estudio de un capítulo de introducción, donde se esboza el marco teórico del trabajo mismo. Los capítulos 1 a 13 contienen mi análisis básico sobre la experiencia boliviana, y en el capítulo 14 he intentado resumir el estudio y sacar de él una diversidad de conclusiones más generales.

La investigación fundamental destinada a este trabajo fue realizada en Bolivia entre 1961 y 1966. Durante ese período tuve la oportunidad de realizar muchos viajes y hablar largamente con bolivianos de diversos sectores, desde sofisticados políticos de la capital hasta campesinos y mineros de los socavones. Sería imposible nombrar a todas la personas que me ayudaron, y desgraciadamente, debido a la situación política actual, es más prudente no dar a conocer los nombres de muchos de mis contactos más valiosos. Me limitaré simplemente a expresar mi más profundo agradecimiento a tantos bolivianos que me colaboraron directamente y al pueblo boliviano en general, cuya franqueza y cordialidad enseñaron lecciones inolvidables a este intruso del norte.

Agradezco especialmente a Carl Beck y Richard Cottam, quienes como mis profesores, colegas y amigos me ayudaron, más de lo que pueden imaginar, en la culminación de este libro. Un agradecimiento particular para Cole Blasier, cuya colaboración en innumerables formas hizo posible este trabajo. También estoy agradecido a las siguientes personas que leyeron partes del manuscrito e hicieron valiosas críticas: John Gillin, Carter Goodrich, Murdo McLeod, Steven Rosen y Reid Reading. Debo mucho a Herbert Klein por leer todo el manuscrito y hacerme comentarios tajantes, gracias a los cuales volvía a plantearme muchas preguntas importantes.

También estoy reconocido al **Foreing Area Training Program** cuyo generoso apoyo financiero durante los años 1964 a 1966 me permitieron pasar un año lleno de estímulos en la Universidad de California en Berkeley y catorce conmovedores

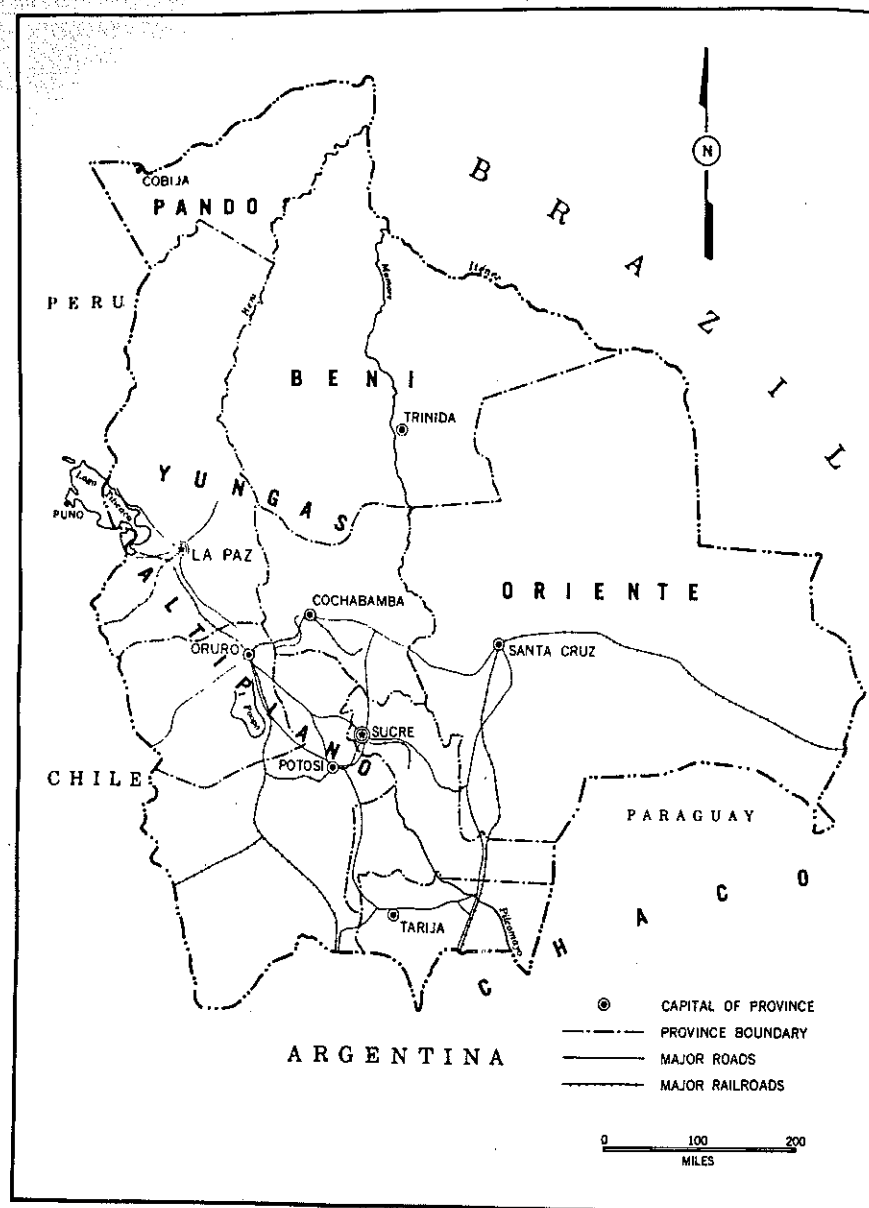
meses de trabajo de campo en Bolivia. Agradezco asimismo a Woodrow Wilson Borah, quien introdujo pacientemente a un impetuoso cientista político a la complejidad de la historia latinoamericana; a David Apter que otorgó, a un estudiante especialmente errante, un lugar donde colgar su sombrero junto al de colegas que me incentivaron; a Robert J. Alexander, quien de la forma más generosa brindó su rica colección de materiales bolivianos a un joven estudiante universitario.

La mayoría de las citas, tanto del texto como de las notas, fueron sacadas de fuentes originales en español.

Este libro fue publicado en inglés en 1970 (N. de la T.)



BOLIVIA:
LA REVOLUCION INCONCLUSA



INTRODUCCION

Marco de análisis

Una revolución no es un suceso momentáneo, sino un proceso cuya duración y resultados pueden variar. A mi modo de ver, para que una revolución se concluya (no todas se concluyen), tiene que producirse un desplazamiento desde un orden político autoritario a otro nuevo, dentro de un período en el que se pone en tela de juicio la validez vigente. Bajo esta perspectiva, entonces, una revolución consumada se asemejaría a un relato compuesto de un principio, un desarrollo y un final.

Una de las tareas del observador de una revolución dada es mirar hacia atrás y desenmarañar la trama. Construir una teoría de la revolución consiste en buscar un esquema

básico, a partir del cual las tramas de revoluciones específicas son sólo variaciones. En el presente trabajo, voy a intentar describir, en líneas generales, la trama de la revolución boliviana de 1952, tal como ha sido enunciada hasta ahora -ya que desde mi punto de vista, la revolución aún no ha sido consumada- con la esperanza de ayudar a la comprensión de al menos una parte de lo que liga este tema con una serie más amplia de fenómenos.

Uno de los problemas que surgen al emprender un estudio de caso sobre una revolución como ésta es la carencia de una definición del concepto que goce de aceptación general. En mi búsqueda de una definición práctica, opté por suscribir a los que argumentan que una revolución debe concebirse como una especie de "guerra interna". Según Eckstein, "el término guerra interna denota cualquier recurso a la violencia, al interior de un orden político, con la finalidad de cambiar su Constitución, gobernantes o políticas". (1) Dicho de otro modo, se puede utilizar violencia para una diversidad de fines desde cambios limitados en la composición gubernamental (el clásico golpe de estado), hasta un reordenamiento general de todos los aspectos de un orden socio-político. Generalmente, el término revolución se emplea para referirse a dramáticos levantamientos populares, que dan lugar a un reordenamiento más general de las relaciones sociales, económicas y políticas en una sociedad. En este estudio, se definirá el término revolución como aquella forma de guerra interna, cuyas consecuencias son: (a) redistribución de la capacidad de influencia de los grupos en los mecanismos autoritarios de una sociedad; (b) exclusión de todo acceso futuro al poder para aquellos grupos que previamente gozaban de un alto grado de autoridad; (c) redefinición de los conceptos y principios de autoridad de la sociedad; y (d) redefinición de las metas que generalmente persigue la autoridad gubernamental.

Si bien la violencia constituye una parte de la guerra interna y, por lo tanto, de la revolución, el grado e intensidad de ésta varía mucho en cada caso. La experiencia

demuestra que el grado de violencia tiende a variar con el tipo y carácter general de los cambios que están en juego; es decir, desde un golpe personalista, sin derramamiento de sangre, hasta una franca insurrección revolucionaria. No obstante, como han señalado muchos observadores también es concebible un golpe de estado con empleo de violencia limitada cuyo resultado es una revolución. Además, tanto el grado de violencia como el tipo de cambios buscados pueden modificarse en el curso del tiempo. Un grupo puede comenzar propiciando metas reformistas de corto alcance, con tácticas de empleo moderado de violencia y, con el tiempo, puede elevar la calidad de los cambios que persigue así como el grado de violencia que se dispone a utilizar para alcanzarlos. Como veremos, Bolivia experimentó ese tipo de escalada. Asimismo, la situación boliviana muestra que la tendencia de los grupos propicios al cambio a elevar las metas y recurrir a medios más violentos, varía de acuerdo al grado y duración de la resistencia a sus demandas.

Por lo tanto, para el presente estudio, se entenderá por revolución una forma de guerra interna, cuya lucha tiene lugar en torno a los cuatro aspectos antes mencionados. En tanto que en forma de guerra interna, hay una violencia inherente al proceso, pero el tipo de violencia empleada (golpe, guerrilla, guerra civil, insurrección, etc.) así como su frecuencia pueden modificarse considerablemente a través del tiempo. Aparte del grado de violencia, las guerras internas y las revoluciones constituyen formas de lucha por la autoridad y el poder político que son extra-legales (en realidad ilegales desde el punto de vista de quienes detentan el poder).

En la primera parte de este trabajo se analiza el antiguo régimen boliviano, cuya destrucción fue el objetivo de la revolución de 1952. Aquí interesa puntualizar fundamentalmente los aspectos de ese orden político que, a lo largo del tiempo, sirvieron para provocar una respuesta a las demandas en favor de cambios radicales, por parte de importantes grupos sociales. En suma, el propósito de los capítu-

los 1 a 4 es determinar las precondiciones estructurales que habrían de resultar en la revolución de 1952.

El análisis ha sido formulado, en parte, de acuerdo al enfoque desarrollado por Chalmers Johnson en *Revolution and the Social System*. (2) Dentro del marco de referencia de Johnson se incluyen los siguientes conceptos fundamentales: disfunciones, élite intransigente y aceleradores. Siguiendo un modelo de análisis estructural funcionalista, este enfoque parte de la suposición de que las condiciones estructurales necesarias para una revolución son: una sociedad acosada por un gran número de incoherencias en sus estructuras social, política y económica, a raíz de las cuales surgen problemas o disfunciones múltiples en importantes grupos de la sociedad. La naturaleza de tales disfunciones habrá de ser, en cada caso, empíricamente determinada por el observador. El análisis de la Revolución Francesa, (3) hecho por Tocqueville ilustra una relación estructural disfuncional y su vínculo con una revolución. Tocqueville dice que, debido al proceso de centralización de poder en torno a un monarca absoluto, en la Francia prerrevolucionaria, la nobleza establecida perdió su función política esencial, pero mantuvo sus antiguos privilegios en cuanto a posición. Más aún, para hacer frente a los crecientes gastos de la corte, este estrato ya inoperante por mucho tiempo, aumentó las obligaciones económicas de sus siervos, pese a que ya no desempeñaba el rol "protector" que antes había legitimado sus privilegios. El resultado de ello fue un debilitamiento de la estructura de élite vigente en la sociedad, agobiando simultáneamente a un sector muy significativo: el campesinado. Como señala el propio Tocqueville, en el antiguo régimen francés existían una variedad de relaciones disfuncionales de este tipo, las cuales contribuyeron a hacerlo más vulnerable a una revolución.

Estas disfunciones se expresan, en parte, a través de relevantes actividades de "protesta": peticiones, huelgas, manifestaciones y disturbios. Estas actividades son los medios que se utilizan para articular demandas ante la élite gobernante en busca de soluciones concretas. Ante tales de-

mandas, la élite gobernante puede optar por patrocinar reformas, por sofocar las protestas o por combinar ambas respuestas. En cualquier caso, puede seguir una serie de acciones de adaptación, consolidando así el estado de cosas vigente o iniciando un proceso de evolución gradual. Sin embargo, en algunos casos, la élite gobernante no es capaz o no está dispuesta a reacomodarse, situación que proporciona la segunda condición necesaria para una situación revolucionaria: una élite intransigente.

Según lo expresado hasta ahora, entonces, las condiciones necesarias para predisponer una sociedad a una situación revolucionaria, incluyen: (a) una unidad socio política que experimenta disfunciones múltiples y (b) una élite (o élites) gobernante incapacitada o no dispuesta a adoptar medidas verdaderamente adaptativas. (Una vez más, es preciso que las razones que dieron lugar a tales situaciones sean empíricamente comprobadas).

Si bien es indudable que una sociedad que reúne estos dos factores estaría enfrentándose a un serio problema, aún así puede no experimentar una revolución propiamente dicha. Hay un tercer elemento que puede servir de incentivo para la revolución: los aceleradores. Así, experiencias sociales disociadoras como son la pérdida de una guerra, una grave depresión o una catástrofe natural, pueden precondicionar una revolución y provocar una crisis social. Johnson ilustra su uso del concepto de aceleradores a través de la siguiente metáfora: "...el paciente cardíaco contrae inesperadamente neumonía -una enfermedad a la que un hombre sano puede sobrevivir- y luego sucumbe a los efectos combinados de ambas enfermedades". (4) La suma de disfunciones múltiples más intransigencia de la élite más aceleradores es igual a revolución.

Yo argumentaría que, aunque ese planteamiento es sumamente útil, en realidad es incompleto y demasiado determinista. Es pues más y más evidente que una revolución es una revolución sólo cuando ha tomado lugar. En muchas socie-

dades la revolución parece inminente, pero, por una u otra razón se retrasa inexplicablemente o simplemente no se produce. Lo que quiere decir que una sociedad puede experimentar situaciones revolucionarias sin que se produzca una revolución propiamente dicha. Al contrario de Johnson, pienso que la suma de disfunciones múltiples, élite gobernante incapaz o reacia y aceleradores es igual a situación revolucionaria y no necesariamente a revolución per se.

Una situación revolucionaria se desarrolla cuando importantes sectores de la sociedad empiezan a tomar conciencia de que el marco social vigente no satisface sus necesidades o aspiraciones; las exigencias de cambio nacen de una falta de satisfacción. Se logra un potencial revolucionario en el momento en que personas insatisfechas llegan a la conclusión de que el marco político existente es el principal obstáculo que se interpone para impedir la realización de los cambios deseados y que como grupo organizado, deberán actuar como agentes del cambio. Cuando se ha llegado a esta etapa, los pretendidos reformadores y/o revolucionarios deciden lanzar desafíos al gobierno con el fin último de hacer suyo el poder político. Así, se lucha políticamente en torno a las definiciones de las instituciones autoritarias desde las cuales debería gobernarse a la sociedad y ésta sufre, entonces, una crisis de legitimidad. La sociedad tiende a sumergirse en una situación donde las instituciones vigentes tienen cada vez menos peso para hacer frente al conflicto y donde la fuerza se transforma en el mecanismo más y más viable para resolver las manifiestas diferencias. En otras palabras, la sociedad se desliza hacia una situación de guerra interna. La propensión a recurrir a la fuerza es característica de una situación revolucionaria, pero el grado de fuerza también está en función de la duración del conflicto y del nivel de la lucha política en juego.

Una situación revolucionaria es aquella donde los problemas son la legalidad y la autoridad, en sus sentidos más profundos. Dado que el conflicto atañe a las propias reglas -reglas por cuyo intermedio se habrían resuelto au-

toritariamente las diferencias- no existen criterios comunes para evaluar comportamientos ni medios aceptados para solucionar la disputa sin violencia. En una situación revolucionaria, las luchas son pugnas quasi morales y, a medida que pasa el tiempo, la "rectitud moral" llega a ser uno de los elementos más importante de la ecuación, y la solución de las diferencias por la fuerza, la "forma de hacer política" más y más dominante.

El marco de trabajo aquí propuesto, rechaza cualquier análisis determinista de causa-y-efecto. El análisis debe proseguir en términos de los factores de influencia recíproca que se desarrollan de un modo que es potencialmente sucesivo a lo largo del tiempo. No existe un resultado necesario para una situación revolucionaria como la definimos aquí, ni su duración está determinada. En todo momento es probable una revolución, pero tal probabilidad varía de acuerdo al contexto estratégico. Las circunstancias pueden conducir a una revolución, aunque también pueden dar lugar a una contrarrevolución, a un cambio adaptativo o bien prolongarse indefinidamente. Una situación revolucionaria se define por sus cualidades y no por sus consecuencias.

La segunda y tercera partes de este estudio contienen un análisis de la situación revolucionaria que -yo afirmo- en Bolivia se desarrolló a partir del fin de la Guerra del Chaco de 1936. La segunda parte (Capítulos 5 a 8) se refiere al período 1936-1952, durante el cual el problema estratégico fue el control del poder formal; la tercera, (Capítulos 9 al 13) al período 1952-1964, en el que el gobierno revolucionario del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) abordó el tema del establecimiento de un nuevo orden político nacional. Desde mi punto de vista, Bolivia vivió una situación revolucionaria durante todo ese período. A lo largo de estos capítulos argumento asimismo que las situaciones revolucionarias no concluyen mientras no se instale un nuevo orden político coherente y estable; sostengo, por lo tanto que la situación revolucionaria en Bolivia está vigente aún hoy en día. Empero, con objeto de no extender demasiado

el presente trabajo, el estudio concluye con el golpe militar con que se derrocó al MNR en noviembre de 1964.

Si bien los factores socio económicos son importantes para configurar una situación revolucionaria, los que determinan los resultados en cada una de las dos fases esenciales de una revolución son: voluntad, capacidad y orientaciones de los verdaderos contendientes. Aquí se analiza el desarrollo de la situación revolucionaria boliviana en términos de la influencia recíproca entre las élites gobernantes, las contra-élites y aquellos sectores de la sociedad que intervienen activamente en el conflicto central (público movilizable). La línea divisoria entre estos grupos no siempre está clara; podría haber superposición entre las contra-élites reformistas y las contra-élites revolucionarias y, con el tiempo, modificarse, es decir, las contra-élites reformistas pueden evolucionar y transformarse en contra-élites revolucionarias o viceversa.

En el análisis de la situación revolucionaria siempre tengo en cuenta los factores macro-situacionales como son las crisis económicas y la descomposición social; pero, al centro de mi análisis están las acciones y reacciones de los propios contendientes. Una situación revolucionaria se caracteriza por la presencia de una lucha política no institucionalizada. En este marco, la lucha es examinada fundamentalmente como una pugna entre élites y contra-élites bajo el marco de un escenario compuesto por una participación pública de alcance e intensidad variables, la cual determina, en parte, el resultado específico de la lucha entre las élites. Así, una de las características primordiales de muchas situaciones revolucionarias modernas es la movilización o extensión del alcance del conflicto. (5) Puesto que las élites gobernantes controlan gran parte de las formas existentes de poder político (puestos, instrumentos de fuerza, riquezas y posición, por ejemplo), intentarán restringir el alcance del conflicto, en tanto que las contra-élites, generalmente débiles respecto a las formas vigentes de poder político, procurarán encontrar nuevas formas de poder -por ejemplo, grupos

organizados- para extender el alcance del conflicto. La lucha revolucionaria tiene lugar entre las élites gobernantes y las contra-élites, en un ámbito restringido, donde, a la larga, el alcance de la participación pública será un parámetro crítico. La evolución y transformación de importantes "instrumentos" como son las organizaciones políticas, las ideologías y los programas son, en cierto modo, variables dependientes que fluctúan dentro de este contexto estratégico general. Constituyen factores importantes en la estructuración y control de la inestable relación entre un pueblo crítico y el conflicto que enfrenta.

Suponiendo que las contra-élites logran tomar el poder formal, todavía queda la tarea de consolidar la revolución. Esta se consuma únicamente cuando la sociedad ha sido verdaderamente reorganizada y redefinida. La situación sigue siendo una de guerra interna y, una vez más, no se observa resultado claro. La élite del status quo ha sido excluida del poder formal; pero, sus sucesores deben enfrentar el riesgo de una contrarrevolución y la desintegración de la unidad en sus propias filas, provocada por la "derrota" del enemigo. Las experiencias revolucionarias demuestran que el conflicto político es aún mayor una vez que se ha tomado el poder, ya que los movimientos revolucionarios se dividen en facciones de élite rivales que luchan por el poder y discuten cómo redefinir y reorganizar la sociedad. Es la solución a estos problemas lo que hace de una revolución una verdadera revolución y no un simple "golpe de estado".

Como ha señalado Hannah Arendt, (6) la era de la revolución moderna comenzó en 1789 en Francia, con el ingreso, por primera vez, de grandes masas de seres humanos al escenario político, seres que nunca habían constituido un factor político vital y cuya realidad básica era la lucha cotidiana por la mera sobrevivencia física. Fueron las demandas de carácter social (y no así político) las que llegaron a constituir un elemento crítico en los centros de decisión política.

Fue en esta misma coyuntura histórica donde se afianzó la noción de progreso como artículo de fe y como fin de la acción política. Con todo, sólo a fines del siglo diez y nueve, los países occidentales -especialmente la Alemania de Bismark- incorporaron a su política el fomento al desarrollo económico de las naciones-estado, en forma sistemática. Más tarde, cuando se consolidó la Revolución Rusa con Stalin, en el contexto que ahora conocemos como subdesarrollado, apareció como meta explícita el concepto de desarrollo económico acelerado cuyo objetivo fuera el de crear un Estado poderoso. A partir de entonces, el desarrollo económico acelerado se ha transformado más y más en el objetivo esencial para las nuevas élites en el mundo subdesarrollado.

Entonces, hay dos factores -la movilización de las masas impulsadas por la necesidad y la intención de la élite de utilizar al estado para fomentar el desarrollo económico que son, por una parte, características de la mayoría de las revoluciones contemporáneas y, por otra, los factores restrictivos, donde se juega el comportamiento revolucionario en los países subdesarrollados. Otro factor obstaculizador es la extenuante falta de capital, tecnología, recursos humanos formados y organizados que a menudo sufren tales países. En el contexto subdesarrollado moderno, la meta de un desarrollo económico acelerado, como norma, está tan arraigada, que muchas élites se ven forzadas a fundamentar sus acciones y alternativas explicitando públicamente esta meta, como objetivo primordial no importa cuáles hayan sido sus intenciones originales. En estos países, después de la toma del poder, la lucha se reduce, finalmente, a elegir modelos políticos alternativos, con objeto de lograr un desarrollo económico acelerado.

En la situación revolucionaria contemporánea hay muchos conflictos. El primero es un potencial enfrentamiento entre la masa movilizada que demanda alivio inmediato a su pobreza y las élites que exigen inversiones y acumulación para alcanzar su meta de desarrollo. Aún en mayor proporción que en los otros, en los países subdesarrollados es necesario

postergar el consumo para invertir excedentes. Pero el problema es todavía más complejo pues, a menudo, el único recurso inmediatamente disponible es la mera energía humana movilizad, organizada y orientada hacia la meta del desarrollo. Pero, tal movilización adicional, sin duda provocaría una mayor demanda de alivio a las necesidades por parte de las masas.

El conflicto entre inversión y consumo es común en toda situación de subdesarrollo, sea ésta revolucionaria o no; pero, dentro del marco revolucionario, el conflicto se ve exacerbado por la necesidad de generar apoyo para un nuevo orden político y el gobierno específico que lo ponga en marcha. La tarea es ya harto difícil teniendo un sistema en marcha y, obviamente, es extraordinariamente más compleja si se trata de instituir un sistema nuevo, apenas se ha destruido el antiguo.

El respaldo a un sistema político dado se puede generar a través de la movilización comprometida por la fuerza o mediante la satisfacción de las demandas. La primera opción es la ideal e incluso es posible que haya entusiasmo en el movimiento revolucionario (especialmente durante los primeros días) pese a que, generalmente, se hace con la esperanza de que, una vez que haya triunfado la insurrección, habrá una pronta gratificación. Sin embargo, el empleo de la fuerza no solamente plantea cuestionamientos morales para algunos tipos de sistemas políticos, sino que también es inestable, antieconómico, y presupone una capacidad por parte del gobierno para utilizarla, capacidad que no siempre está presente. Entonces el único método alternativo que queda es la satisfacción de las demandas, lo que podría provocar un choque entre inversión y consumo en un contexto que, por ser revolucionario, es mucho más difícil.

Otro tema de conflicto es el costo social o qué grupos sociales habrán de soportar los mayores gravámenes en el proceso de desarrollo económico. El hecho de que algunos grupos soporten más que otros el costo social del proceso

general de una sociedad, parece innegable y, desgraciadamente, inevitable. En la situación revolucionaria contemporánea, ese problema fomenta una ya acrecentada tendencia a provocar un conflicto violento.

En última instancia, la solución a estas interrogantes exige la formación de alianzas de grupos sociales a fin de proveer una base de poder y así implementar una "solución de desarrollo" en una sociedad convulsionada. Por tanto, cualquier modelo político de desarrollo se configurará a partir de una solución impuesta a los problemas de control de la élite y de la alocaión de costos sociales. Con todo, la tensión continua entre la lógica política (cómo generar apoyo) y la lógica económica (cómo acumular excedente para la inversión) hace que tal tarea sea extremadamente difícil.

Bolivia brinda un interesante ejemplo de un reciente intento por sacar a una sociedad del extremo atraso para encaminarla a la modernidad por medio de una revolución violenta. Pero, por alguna razón inexplicable, este importante proceso ha sido ignorado durante mucho tiempo por los analistas políticos americanos. Confío en que los próximos capítulos sirvan para aliviar en algo esta situación y para transmitir a otros lo fascinante que es este país tan interesante y el drama del nuevo proceso en que se embarcó en 1952.

PARTE I

CAPITULO I

Desarrollo Económico de Bolivia bajo el Período Liberal

Después de la conquista de la población indígena del Nuevo Mundo por los españoles, la zona que anteriormente estaba organizada dentro del sistema del Imperio Incaico se trasformó en una unidad administrativa del nuevo sistema imperial ibérico, al que se denominó Alto Perú. Su centro político era Lima, la actual capital del Perú, pero, la importancia de la región para España se debía a los sedimentos de plata del famoso Cerro Rico de Potosí, a cuyas faldas se encuentra esa ciudad, en la zona montañosa de la Bolivia contemporánea.

Desde que se inició la explotación del Cerro Rico de Potosí y otras fuentes de mineral, la función principal del Alto Perú fue la extracción y embarque de materias primas

a la Madre Patria. Pues, al igual que otras colonias del imperio, el Alto Perú había sido organizado para atender las necesidades mercantilistas españolas. Empero, la mayoría de los guerreros conquistadores, que habían sojuzgado brutalmente y por la fuerza a los indios, no armonizaban con el pacífico comercio imperial; y, a los ojos de la corona, representaban una amenaza potencial contra el flujo regular de bienes preciosos entre el Alto Perú y España, por lo que intentó apaciguarlos a través de generosas concesiones de tierras y acceso gratuito a fuerza de trabajo indígena, con la institución de la *encomienda* (*). Si bien inicialmente la propiedad de la tierra y el control de la fuerza de trabajo indígena eran derechos legales independientes, con los años, fueron absorbidos por el sistema de organización hombre/tierra, conocido como el de la hacienda. A la larga, la hacienda se transformó en la unidad básica de la vida rural y, a través de ésta, una gran proporción de indígenas y vastas extensiones de territorio, quedaron bajo control de ciertas familias. Finalmente, las haciendas llegaron a ser zonas jurídicas relativamente independientes, que sustentaban una élite criolla que se mostraba cada vez más hostil al sistema imperial controlado por la península (es decir, por españoles que representaban a la Madre Patria). (1)

Así, se estableció un doble ritmo económico. Ritmo que, con ciertas variantes, sentó las pautas que rigieron la realidad socio-económica de la región aún hasta la época presente. Por una parte, un sistema imperial provisto de una administración central destinada a la extracción y exportación y, por otra, un sistema rural fraccionado, crecientemente localista y organizado dentro de los dominios de familias independientes.

(*) "indígenas puestos bajo la custodia y responsabilidad de un individuo al que le eran asignados". (Nota y entrecomillado del autor)

En la primera década del siglo XIX, la élite criolla se sublevó contra el dominio peninsular y luego de quince años de guerra, derribó al imperio español. El sistema imperial se dividió a lo largo de toda la América Hispana y dio lugar a la creación de varios estados independientes. El Alto Perú se dividió en dos repúblicas: Perú y Bolivia. Empero, los saqueos que tuvieron lugar en la guerra de la independencia y la reducción en la demanda europea de plata, causaron graves daños en la base económica del recientemente creado Estado boliviano. Con la interrupción del flujo comercial, Bolivia cayó en una situación de estancamiento y marginalidad económicas. Durante gran parte del siglo XIX, al igual que el resto de los flamantes estados latinoamericanos, Bolivia fue eminentemente rural y, por lo tanto, estaba bajo el dominio de la élite criolla terrateniente. En ese período la política estuvo controlada por alianzas regionales entre terratenientes; alianzas que, a su vez, eran dirigidas por poderosos individuos a quienes normalmente se conoce como "caudillos".

Alianzas rivales luchaban entre sí por el control del gobierno nacional y, a través de él, por adueñarse de puestos, tierras y poder. Era la época del "hombre a caballo" quien, únicamente en virtud de su poder personal y magnetismo, gobernaba a sus compatriotas hasta que era destituido, generalmente por la fuerza, por un individuo aún más poderoso. Estos caudillos forjaron una leyenda de temeraria violencia, osadía, y obstinación carente de estructura, todavía encarnadas en el estilo político boliviano. (2) Bajo estos caudillos se produjo lo que en realidad fue una nueva conquista de los indios. Con la manipulación de la ley y la aplicación de la fuerza, destruyeron la entidad legal de muchas comunidades indígenas que anteriormente eran "libres"; (3) se las despojó de sus tierras y sus miembros fueron reducidos a la categoría de colonos (*) dentro del sistema de la hacienda.

(*) El que proporciona fuerza de trabajo gratuita por una parcela de subsistencia". (Nota y entrecomillado del autor).

A fines de la década de 1850 y principios de 1860 surgió una nueva demanda de plata en Europa que permitió cierto auge en la producción de plata en Bolivia y que se prolongó hasta la década de 1890. Con ésto se recuperó el viejo ritmo de extracción y embarque y poco a poco, volvió a ganar su antigua supremacía pautando el orden nacional. El modelo era el mismo desde el punto de vista estructural, es decir, se establecía una relación donde la riqueza mineral era extraída de Bolivia y embarcada a los países europeos más desarrollados para atender sus necesidades. Entre ellos, Inglaterra era, por entonces, la más beneficiada. Pero, en este caso, el flujo de mineral a Europa no respondía a una evidente autoridad imperial, sino a las demandas de un mercado internacional nuevo y más complejo en el que Bolivia comenzaba a participar como proveedor de materia prima. El impersonal nexo entre oferta y demanda reemplazó a aquel entre corona y sujeto; nexo que habría de adquirir rasgos de dominación tan rígidos como los de la voluntad soberana de Castilla.

El capitalismo extractivo orientado a la exportación comenzaba a imponerse como modelo dominante de la actividad económica. La empresa privada florecía en Bolivia, a la vez que se introducían métodos modernos de extracción y organización. Todo esto combinado con la necesidad de crear una infraestructura económica terminó dando lugar al surgimiento de nuevas formas de subordinación social.

Dado que para cualquier tipo de comercio se necesita método, organización y previsión, esta forma relativamente moderna de aventura comercial, que exigía un estilo más sofisticado de organización, sirvió de punto de partida para exigir tanto una política estatal como un estilo político nuevos. Durante los años que siguieron, caudillos y empresarios se disputaron el control. Resultaron victoriosos los últimos y redactaron la Constitución de 1880, consolidando así su posición y encaminando a Bolivia tranquilamente hacia el comercio. (4)

Con el triunfo de la civilidad y el comercio, Bolivia dió un paso indeciso pero definitivo hacia una moderna era política; una etapa en que la política territorial, de fuerza y personalidad, dió paso, poco a poco, a una política de clases, intereses y partidos. (5) Sin embargo, antes de ésto hubo de pasar por un período que, en la historia boliviana, se conoce como la era de la oligarquía conservadora; la cual, a la larga, conformó el partido conservador. Esta oligarquía constituía una peculiar mezcla de intereses y orientaciones modernas, tradicionales y regionales: el elemento moderno estaba en la renovada importancia de la producción de plata para lucro personal; el tradicional, en la propiedad de la tierra como una forma de dominio; y el regional en el hecho de que las minas de plata más importantes, así como los dominios terratenientes se encontraban principalmente al sur de la actual sede de gobierno, La Paz, cerca de Potosí y de la capital, Sucre (*). Muy a menudo, el propietario de la mina de plata y el terrateniente -de reconocido linaje- eran una y la misma persona. (6)

Durante los cuatro gobiernos conservadores sucesivos, los magnates de la plata administraron directamente la suerte de Bolivia, desde la silla presidencial. Los primeros esfuerzos por desarrollar obras públicas y privadas económicamente significativas se hicieron bajo su control. Se concentraron básicamente en desarrollar un sistema de transportes y comunicaciones que sirviera de puente para eliminar las formidables barreras naturales de Bolivia y para unir los campamentos mineros con las ciudades y con los puertos internacionales. Estos nuevos empresarios de la plata limitaban su afán de desarrollo a la elaboración de programas que faciliten el flujo de la plata; y no había nada que pudiera poner en riesgo el tradicional sistema terrateniente y semifeudal.

(*) Sucre ha sido y sigue siendo la capital de Bolivia, pero la sede de gobierno se trasladó a La Paz en 1898, con el triunfo de los liberales (N. del T.)

Al apoyar la Constitución que salvaguardaba los valores tradicionales, incluyendo la continuidad del catolicismo como religión oficial, los conservadores pretendían conscientemente unir ambos sistemas dentro del mismo marco político.

La oligarquía conservadora pronto se vio amenazada por una nueva configuración de intereses que dió origen al flamante partido liberal. En él se unieron aquellos elementos tradicionales que la previa consolidación del partido conservador había excluido junto a otros elementos resultantes de las nuevas formas de subordinación social asociadas a la producción de la plata. Tales eran los elementos dominantes dentro de la estructura del partido liberal que sumados a nuevos elementos relacionados con los primeros intentos de extracción del estaño, presentaban al partido liberal como una fuerza social predispuesta al cambio y por tanto como una amenaza al viejo orden conservador.

Por primera vez una nueva forma de lucha política surgía en Bolivia, una lucha de partido y de ideología donde lo que se ponía en juego era la estructura fundamental, la organización y la definición misma del país. Por una parte los conservadores proponían un poderoso Estado centralizado que hiciera prevalecer el dominio de los valores tradicionales e intereses regionales. Por otra parte, los liberales proponían un sistema federal que propiciara el florecimiento de los nuevos intereses pacaños, además deseaban la sustitución de los valores tradicionales por otros más modernos. Retóricamente hablando los liberales representaban una fuerza continuadora y expansionista del proceso de modernización.

Las profundas diferencias entre los dos partidos terminaron inevitablemente en guerra civil; en 1898, tuvo lugar una franca confrontación entre los grupos rivales, que culminó con la victoria liberal. Su triunfo obedeció, en gran medida, a que movilizaron a un poderoso ejército indígena, con promesas de otorgarles tierras y libertad comunal. Pero, en retribución a sus servicios, ejecutaron a los líderes campesinos y patrocinaron otra ronda de embargos de tie-

rras en los alrededores de La Paz y la región aledaña al lago Titicaca. Con la derrota de los conservadores y la reiterada impotencia del grupo campesino de apoyo, los liberales se dispusieron a conformar su propia Bolivia. (7)

Una de las primeras actitudes de los liberales fue un viraje de 180 grados, al pronunciarse a favor de un gobierno central fuerte, pero con sede en La Paz. Lo que lograron y, si bien Sucre se mantuvo como la capital de jure, en la práctica, La Paz se transformó en la capital de facto y en el eje de la vida nacional. Los liberales consolidaron así su dominio sobre los instrumentos gubernamentales e iniciaron un reinado que habría de prolongarse por veinte años.

Los gobiernos del partido liberal prosiguieron y ampliaron el cometido gubernamental anterior encaminado al desarrollo económico nacional, fomentaron las ideas de nacionalismo y desarrollo de los recursos económicos como valores legitimadores. Para hacerlos realidad, los liberales lanzaron una política de centralización, normalización y construcción permanente de una infraestructura económica. La ideología que alimentaba y justificaba este curso de acción puede describirse como liberalismo clásico importado, básicamente europeo, fuertemente aderezado con positivismo francés. La influencia del primero establecía el principio de mercado del *laissez faire* y, el segundo, la noción de control ambiental como principio básico de la administración. La concepción primordial del gobierno sustentaba la idea de que el Estado proporcionaría los mínimos medios necesarios dentro de los cuales pudieran prosperar los dominios económicos privados motivados por el lucro individual. (8)

En este sentido, la política de los liberales incluía no la destrucción, pero sí una disminución de la influencia eclesiástica, la generación de fondos públicos a través de la importación-exportación y obligaciones fiscales moderadas, el establecimiento del patrón oro, la creación de un banco central y otras medidas. El gobierno continuó el programa de construcción de vías de comunicación entre las

minas, las ciudades más importantes y los puertos extranjeros. Pero, puesto que la política del partido liberal establecía un límite para el uso de los impuestos recaudados, como instrumento de financiamiento para el desarrollo económico, estos proyectos que, inicialmente habían sido financiados con ingresos gubernamentales, a la larga tuvieron que costearse con préstamos del interior y exterior.

Paralelamente a la consolidación del poder liberal, Bolivia experimentó el impacto que significaba un modelo económico de enorme trascendencia: la última y final declinación de la plata y el auge de la producción de estaño. Ante el advenimiento de una guerra mundial y como fruto del progreso industrial europeo y estadounidense, surgió una extraordinaria demanda de estaño, a la que Bolivia respondía al iniciar un nuevo ciclo de extracción mineral y comercio de exportación. (9)

Como no podía ser de otra manera, los liberales articularon tanto sus fortunas personales como las de la nación con la nueva fuente de riqueza. La política gubernamental se estructuró de manera que sustentara la incipiente industria estañífera y prácticamente nada más. Al parecer, Bolivia estaba apostando todo en esa industria, lo que tenía sentido dado el contexto de principios de siglo. Era una política que respondía a una coincidencia de intereses, valores y a la lógica económica y política de la época.

Sea cual fuere su origen, surgió un modelo económico bien definido. El gobierno impulsó el crecimiento privado de la industria estañífera y, con la lógica smithiana del momento, optó por alcanzar a Europa, especializando al sector moderno más asequible. Como parte de su política, Bolivia creó relativamente pocas barreras tarifarias entre ella y otros países, lo cual permitía el fácil influjo de productos manufacturados hacia el interior del país. Lo hacía suponiendo que con balanzas comerciales favorables se compensaría por demás. Como en la mayoría de los países latinoamericanos, se abstenía de cobrar impuestos sobre la ren-

ta como medio de generar fondos públicos, en tanto que conscientemente mantenía bajos los impuestos de exportación sobre la naciente industria estañífera. (10) Consideraba que la deuda acumulada por la política de préstamos destinados al financiamiento de obras públicas era un precio poco elevado frente al flujo de divisas que el país esperaba recibir a la larga.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que ese idílico panorama, fruto de la teoría imperante, se quedara corto ante ciertas circunstancias un tanto perturbadoras. Las depresiones económicas de 1907 y 1913 fueron el llamado de atención a una excesiva confianza en factores que estaban fuera del control local, pese a que la industria amenazaba más y más con llegar a límites regresivos y a que se marginó a los pesimistas. Tampoco dejaba de ser significativa la creciente coincidencia entre las cifras de importación y exportación. El país se estaba acostumbrando a vivir del exterior -primero en lo que se refiere a productos manufacturados y luego también en alimentos- y estaba confiado de poder pagar la deuda con el estaño. (11) Al contrario de lo que se debía suponer, la demanda local creada por la nueva riqueza no estaba siendo encauzada hacia el mercado local, sino hacia el internacional; es más, a medida que los gustos eran más cosmopolitas, la demanda de productos locales disminuía.

El capitalismo extractivo puede agotar un área geográfica sin brindar impulso positivo alguno, de ello son testimonio elocuente los pueblos abandonados que llenan de puntos toda la región oeste del mapa de los Estados Unidos. En efecto, desde el punto de vista de un desarrollo regional en torno a este tipo de capitalismo, la mayoría de sus consecuencias son negativas. Si el flujo hacia el exterior satisface la necesidad de materias primas de las industrias de otras regiones, la propensión a usar flujo monetario hacia el país para comprar productos manufacturados -nuevamente de otras zonas- sólo incentiva el desarrollo de sectores manufactureros externos. El resultado de esto es que el proveedor experimenta un mero flujo circular de dinero y productos

importados. El que recibe se diversifica y cambia, mientras que el proveedor se especializa en torno a una actividad restringida a un sistema de actividades auxiliares de servicio. La situación del proveedor de minerales es potencialmente aún más grave que la del proveedor agrícola, ya que la cantidad de mercancías sobre las que se basa su riqueza transferible tiene un límite natural. De ahí que, en el peor de los casos, la base de oferta del proveedor se ve agotada y la zona dependiente de ese comercio se transforma en un pueblo fantasma; en el mejor, se encuentra frente a un desarrollo desigual muy peligroso. Durante las dos primeras décadas del presente siglo, Bolivia fue quedando atrapada en esta nada envidiable encrucijada.

Pero, fuera de consideraciones ideológicas, conviene establecer un nexo entre extracción y capitalismo de libre mercado para comprender lo que sucedió en Bolivia en ese momento. En principio, se rechazó una política económica autárquica. Las divisas obtenidas por el estaño no fueron tocadas por el Estado excepto bajo la forma de impuestos mínimos. Por lo tanto, el país tenía que depender de las decisiones de inversión de los propietarios de minas para disfrutar de los efectos del crecimiento esperado. Pero, como veremos enseguida, los magnates del estaño eran una nueva casta; una casta internacional que intervenía en un juego en el que se pretendía encontrar beneficios no en una base nacional sino internacional. Una vez que se cubrían los costos locales, los empresarios buscaban la mejor oportunidad de inversión en el escenario internacional. Para Bolivia, este estilo de empresa privada tuvo un doble efecto: (a) que la reinversión del excedente de capital dentro del país fuera mínima; y (b) que, para pagar las importaciones y la deuda nacional, se iban agotando las reservas de la nación. Bolivia se convirtió en uno de los países proscritos desde el punto de vista financiero a nivel internacional y se vio forzada a suspender el pago de su deuda externa en 1930, mientras que durante 1910 fuera un parangón de estabilidad financiera. Durante los regímenes liberales, Bolivia careció de todo impulso de crecimiento secundario, socavando paralela y progre-

sivamente su estabilidad financiera. (12)

El tipo de empresa industrial que interviene en el procesamiento de un mineral como el estaño en Bolivia no requiere de la modernización total de una sociedad para protegerse; si necesita apartar a aquellos grupos tradicionales, formas y valores sociales, sólo lo hace en la medida en que ésto sirva para resguardar este sistema relativamente moderno y cerrado. En realidad, adaptarse al sistema tradicional ofrece, hasta cierto punto, notables ventajas. El sistema de castas como estilo de vida -y como garantía de status fundado en la tenencia de tierras- resulta atractivo particularmente para el profesional de alto nivel o para un funcionario que de esa manera añadiría un ingrediente de seguridad personal a una posición en la que antes era económicamente dependiente. Asimismo, el sistema tradicional de la hacienda tenía una admirable capacidad de controlar y volver pasiva a la gran masa de población que, en su mayoría, pasaba a ser irrelevante para la industria una vez que había cubierto sus necesidades de mano de obra. Por otra parte, una élite con intereses puestos en el exterior bien puede encontrar un terreno común con la élite terrateniente tradicional, si medita sobre los efectos potenciales que podrían presentarse bajo otros procesos de modernización diferentes de la extracción estañífera. Desde el punto de vista de la élite internacionalizada del estaño, un proceso nuevo de modernización representaría el surgimiento de grupos rivales que demandarían cambios en la alocación de recursos estatales y la protección tarifaria para sus propias industrias. Esto mismo representaría para los terratenientes la generalización de valores modernos, así como demandas a favor de la liberalización de las fuentes de trabajo, precios más elevados, grupos de poder y estilos nuevos y, por último la desaparición del mundo tradicional.

Por lo tanto, si bien la coalición estañífera liberal tuvo un predominio en la formación de la Bolivia del presente siglo, la vieja élite tradicional de los terratenientes no fue del todo extirpada. A partir de cierto momento, la nueva élite (nacida de la industria estañífera) y la vieja

élite (de los terratenientes) tendieron a formar una nueva amalgama, que frenó satisfactoriamente el crecimiento de otros sectores y grupos modernos. En términos generales, con los regímenes liberales, Bolivia volvió a experimentar el ritmo económico dual originalmente iniciado por los españoles. Otra vez se convirtió en un punto centro de extracción al servicio de un extranjero, circundado por un sistema semi-feudal de dominios agrícolas independientes: las haciendas. Aunque se lograron ciertos cambios importantes, al igual que en el pasado, predominaba la minería dentro de la realidad organizativa más formal del país; pero se trataba de un predominio que admitió los valores tradicionales de la élite terrateniente y se fundió en ellos.

La integración gradual de la nueva y vieja élites se hizo evidente con la aparición de un nuevo partido republicano en 1915; aunque, más que un partido, los republicanos eran una gran alianza de todos los grupos elitistas excluidos, quienes convergieron en oposición a la continuidad del gobierno liberal. Sin embargo, conviene observar aquí que no estaban en contra del orden creado por los liberales; pues entre sus miembros se contaban a liberales disidentes que representaban a ciudades de provincia del Sur, intereses terratenientes y grupos de profesionales urbanos. (13) El surgimiento de este partido -que en 1920 destronara a los liberales a través de un golpe de estado- parecía señalar definitivamente la adopción de un modelo político moderno en Bolivia, donde los intereses rivales se agruparían en partidos y pelearían por el control de los gobiernos nacionales. Con todo, la presencia de dos partidos formales servía para encubrir un juego político más complejo, desarrollado en base a luchas de facción dentro de la élite y cuya dinámica será objeto de análisis posteriormente.

Resumiendo, entonces, durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del presente siglo, Bolivia experimentó dos procesos especialmente importantes: por una parte, un proceso de cambio político en el que se creó un estado centralizado moderno y orientado al desarrollo económico, los

primeros perfiles de lo que sería un conflicto político al estilo moderno donde las clases, los partidos y los grupos de interés jugaron un papel estructural muy importante; y, por otra, debido al relativo auge de la plata, primero, y, luego, al decisivo auge del estaño, el país experimentó un fuerte impulso hacia el desarrollo económico y la modernización, el ingreso del país al mercado internacional, la aparición e influencia de teorías y valores nuevos, y el surgimiento de grupos e intereses renovados.

No obstante, durante ese período, el proceso de desarrollo y modernización dependía más y más de las fortunas de la industria estañífera. Como resultado de ello, esta experiencia de desarrollo se expresaba en un modelo peligrosamente desigual, ya que, a la larga, con el desarrollo de la industria estañífera se redujo y limitó el de otros sectores productivos. Llegó a ejercer dominio sobre cada uno de los aspectos del desarrollo nacional, no sólo como el foco de organización e integración económica, sino también como la causa fundamental de los efectos económicos negativos que dieron lugar a un estancamiento de todas las demás esferas de la actividad local.

Sistema nacional y sistema local: "Dos Bolivias"

Este fenómeno de desarrollo desigual originaría a la larga, una división del país en dos sistemas socio-económicos cada vez más diferenciados. Por un lado, surgió un sistema basado en la extracción y exportación de estaño, mientras que, por otro, había un sistema agrícola que funcionaba en base a cultivos de subsistencia o bien a una actividad comercial regionalizada de muy bajo nivel. Aunque esta división económica no era nueva para Bolivia, la naturaleza de la industria estañífera y el nuevo mercado internacional eran tales que el país experimentó un desgarramiento y se crearon dos ejes económicos hasta entonces desconocidos.

El ritmo de la industria estañífera era relativamente moderno, su organización era urbana y su orientación internacional. El sistema rural o agrícola era semi-feudal, atomizado en su organización y regional en su orientación. De modo que no pasó mucho tiempo antes de que una serie de importantes factores empezaran a crear barreras entre las "dos Bolivias".

Los nexos de comunicación y transporte (ferrocarril, carreteras y sistema de telégrafos), contruidos por los gobiernos liberales de orientación minera, contribuyeron a aumentar la separación entre ambos sistemas. Se conectaron internamente los campamentos mineros con las ciudades principales de Oruro, Cochabamba y La Paz; y, por su proximidad a importantes minas de estaño, también se incluyó a Potosí en la red, aunque su lugar era siempre inferior con relación al de las otras tres ciudades. La Paz funcionaba como el centro del sistema, mientras que las otras ciudades lo hacían como satélites. (14) Por su parte, La Paz se conectó con Chile, Perú y Argentina por ferrocarril, de tal manera que el flujo de mercancías y personas entre La Paz y estos países -y posteriormente con Europa y los Estados Unidos- era más fácil que entre esa ciudad y gran parte del interior del país. Tal era el flujo que, para La Paz, era más barato importar alimentos de los países vecinos, que de las provincias del interior. De ahí que, aparte de un pequeño flujo de personas, productos y de cierto comercio de pequeña escala entre las ciudades y su entorno rural más cercano, no existía una relación económica recíproca permanente entre ambos sistemas; esto era especialmente cierto en lo que se refiere a relaciones económicas con amplias zonas del sur y este del país. Solamente dos áreas rurales se beneficiaron de una retroalimentación positiva, fruto del apogeo del estaño y de la urbanización: el valle de Cochabamba y la región adyacente al lago Titicaca, ubicado a dos horas de La Paz por camión. (15)

Desde el punto de vista organizativo, la industria estañífera tendía a ser cerrada y dependiente del exterior. Durante los años de trabajo más intensivo, la minería del

estaño no empleó a más de cincuenta mil trabajadores, y aún menos en las actividades auxiliares. No hubo, por lo tanto, demanda creciente de mano de obra que pudiera ejercer un efecto de atracción del sistema rural al urbano semi-moderno; esta escasez de demanda fue agravada por la falta de desarrollo en el sector manufacturero. Además de los trabajadores y los pocos empresarios, había un pequeño grupo compuesto por el personal administrativo, técnico y burocrático que participaba en la minería y en otras actividades auxiliares como el ferrocarril y muchos de ellos eran extranjeros. Asimismo, existía un pequeño número de bolivianos con ingresos medianos y altos, que se desenvolvían casi exclusivamente dentro de los límites de las tres ciudades principales y los campamentos mineros.

El porcentaje de población que participaba en el sistema semi-moderno de la minería estañífera era pequeño, con relación a la población total del país; pues, llegado un cierto punto, el sistema no demandaba ni podía absorber más. Los sueldos en su mayoría eran bajos y se invertían en artículos de las tiendas urbanas y pulperías del campamento, cuyas existencias ofrecían fundamentalmente productos importados. El personal extranjero altamente remunerado, así como los inversionistas extranjeros sacaron del país su cuota económica. Por lo tanto, a partir del sistema estañífero no hubo demanda importante alguna de consumo que pudiera difundirse al resto del país. (16) Como todo lo relacionado con el sistema, el efecto de la demanda tendió a afianzar los lazos de la industria estañífera boliviana más con el exterior, que con el resto del país.

La extensa masa de población del país correspondía al sistema semi-feudal del campo; (17) y de ésta, la mayor parte eran campesinos indígenas que trabajaban como colonos en las haciendas o en las escasas comunidades indígenas "libres" que sobrevivieron y que datan del imperio incaico. Tanto las haciendas como las comunidades eran generalmente entidades autárquicas prácticamente cerradas; de ahí que no hubiese mayor movimiento horizontal entre las unidades del

sistema rural propiamente dicho. Esta estructura ya atomizada se caracterizaba por una sólida identificación regional y por la presencia de sistemas locales de mercado; factores que contribuyeron a reforzar aún más el aislamiento horizontal.

Gran parte de las energías que se dedicaban al trabajo agrícola eran destinadas a la subsistencia. La producción agrícola para la exportación se extinguió completamente después de un corto auge de la goma y de la castaña a principios de siglo. Es más, debido a la falta de un sector manufacturero real y a que las actividades manufactureras existentes importaban gran parte de su materia prima, no había producción agrícola digna de mención en función de las actividades industriales locales. La agricultura comercial estaba restringida a la provisión de ciertos alimentos básicos a las principales ciudades o campamentos mineros y nunca alcanzó niveles muy elevados; por otra parte, como se refirió anteriormente, sólo se desarrolló en el valle de Cochabamba y en la zona adyacente al lago Titicaca, próxima a la ciudad de La Paz. (18) No obstante, esta actividad favoreció la construcción de caminos, cierta interacción urbano-rural y el flujo de dinero hacia las dos zonas más integradas particularmente a raíz del crecimiento de la región paceña. El valle de Cochabamba fué, de ambas, la zona más profundamente impactada y allí se produjo alguna transformación en los patrones de tenencia, y cierto grado de aculturación. A pesar de tan importantes cambios, la limitada demanda interna era generalmente acomodada dentro del marco de las haciendas, con mínimas transformaciones en lo que a técnicas o racionalización de procedimientos se refiere. Lo que equivale a decir que la agricultura no experimentó ningún profundo impulso hacia la modernización y que, en términos generales, aún en aquellas zonas que recibieron cierto estímulo, el campesino indígena fue siempre un marginado controlado por un patrón que constituía el nexo fundamental entre los dos sistemas.

Tanto el sistema de la hacienda como la comunidad indígena servían para aislar a la masa de campesinos indíge-

nas de cualquier desarrollo. Bolivia como concepto y el Estado como una entidad eran epifenómenos para la actividad cotidiana del campesino indígena es decir, para el sesenta por ciento de la población del país. Como quiera que sea, la relación era la de conquistador-conquistado. Sea comunero ("miembro de una comunidad indígena") o colono, para el indígena el gobierno boliviano era una especie de poder extraño y arbitrario que cuando no lo ignoraba procuraba utilizarlo y nada más. Para la gran mayoría de la población boliviana, el Estado nacional y la cultura hispana constituían aún una realidad colonial.

No sólo había atraso, división y aislamiento dentro de la organización agrícola de Bolivia, a ello se añadía su insignificancia en términos de extensión geográfica. Tan sólo un pequeñísimo porcentaje de la tierra cultivable del país estaba siendo aprovechada; (19) lo cual se debía fundamentalmente a la naturaleza del sistema de hacienda, cuyo insumo principal era la mano de obra gratuita. Se puede decir entonces, que la expansión del sistema iba paralela a los límites geográficos de una población sojuzgada. Para Bolivia, ésto se traducía en un altiplano desolado y yermo y en sus valles adyacentes, donde la población indígena se había concentrado desde la época preincaica. Geográficamente, era una pequeña parte de la unidad jurídica estatal y estaba compuesta por los peores y más exhaustos terrenos. Obviamente, el hacendado deseaba tierras fértiles, pero además debía buscar zonas donde pudiera encontrar una población explotable a su disposición. De modo que, por una parte, la presencia de asentamientos indígenas y, por la otra, la de tierras cultivables, fueron los factores que establecieron los límites de la expansión agrícola; y es en base a estos factores que grandes regiones del país nunca llegaron a sentir, ni siquiera mínimamente, los efectos de la organización del sistema de hacienda, ni llegaron a tener conexión alguna con el estado nacional que era Bolivia. La región oriental del país -especialmente los departamentos de Pando, Beni y Santa Cruz- estaban totalmente aislados y sometidos a constantes incursiones por parte de países extranjeros; y de ahí se explica el

profundo sentimiento separatista que reinaba en la zona.

Sin ser en absoluto comparable a una unidad estatal efectiva, Bolivia estaba circunscrita fundamentalmente al altiplano y los valles adyacentes; ese era el límite de la soberanía nacional propiamente dicha. Dada la contradicción existente entre su definición jurídica y el control soberano que en realidad ejercía sobre su territorio, Bolivia no tenía capacidad para defender sus fronteras ante sus vecinos más agresivos: Brasil, Perú, Chile y Paraguay, todos y cada uno de ellos, absorbieron partes de lo que originalmente había sido Bolivia, vale decir que la extensión geográfica del actual territorio boliviano corresponde aproximadamente a la mitad del estado surgido en 1825.

Bolivia ingresó en el presente siglo con todos los ingredientes simbólicos de un estado nacional moderno, pero su dependencia del estaño y del mercado mundial harían que el sistema nacional se diferenciara cada vez más de la esfera agrícola retrasada y estancada que la rodeaba. El gobierno boliviano apenas tocaba de manera directa la realidad humana o geográfica de su país. En este sentido se puede hablar del surgimiento de "dos Bolivias", si bien hay que observar que el concepto sobre el que se hace énfasis se refiere a un proceso de diferenciación, pero dentro de una unidad más grande y no se trata de una división en dos unidades distintas. El concepto "sistema nacional" y el de "sistema local" intentan precisar una importante línea de separación estructural interna; pero, al mismo tiempo, reconocen una importante dimensión de influencia recíproca. Con el argumento de Rodolfo Stavenhagen pretendo trazar la imagen no de una "sociedad dual" sino de una unidad diferenciada en su interior, cuyas partes (o subsistemas) están ordenadas en una relación de "colonialismo interno". (20) El "sistema nacional" no sólo se diferenciaba del "sistema local", sino que lo hacía a su costa; el retraso de este último se debió en gran medida al tipo de desarrollo del primero. Es por ésto que me refiero al modelo de desarrollo experimentado por el país en su conjunto como a un desarrollo desigual. Desde el punto de vista

político, el vínculo clave entre los dos "sistemas" era una élite amalgamada que constituía la única agrupación de carácter nacional y, por lo tanto, uno de los elementos más importantes que mantuvieron ligadas a las "dos Bolivias".

La excesiva dependencia del estaño originó otros importantes problemas. Fuera de las dos depresiones antes mencionadas, la industria estañífera creció sin cejar hasta fines de la década de 1920; 1929 fue el año de mejor producción. A partir de esa fecha surgió un patrón completamente diferente. En lugar de dar un impulso positivo estable, seguido de agudas declinaciones, las depresiones de la década de 1930 iniciaron un retroceso, marcado por la angustia periódica que suponía un mayor fracturamiento. Ni siquiera durante la II Guerra Mundial -en la que Bolivia fue el único proveedor de estaño a los aliados- la producción alcanzó jamás la cifra de 1929. A partir de la década de 1930, Bolivia fue incapaz de cumplir siquiera con las cuotas que le habían sido asignadas por el Convenio Internacional de Productores de Estaño. El hecho era que las grandes minas se estaban agotando. Las compañías no exploraron nuevas fuentes de mineral y la tasa de inversión en las plantas existentes disminuía. Para Bolivia el costo de producción se hizo muy alto y su posición competitiva fue deteriorándose rápidamente. (21)

El siguiente cuadro sirve para ilustrar el modelo de la industria estañífera boliviana de ese periodo.

Exportación de Estaño Boliviano, 1925 - 1950

Año	Volúmen Toneladas (miles Bs)		Valor unitario Bs.	Valor en precios constantes/base 1950 Miles de Bs.
1925	32.598	27.123	832	66.114
1926	32.184	29.521	917	64.561
1927	39.972	35.684	893	79.823
1928	42.074	32.753	778	84.346
1929	47.087	37.388	794	94.456
1930	38.772	26.967	696	77.777
1931	31.637	16.257	514	63.464
1932	20.918	8.059	385	41.962
1933	14.957	12.089	808	30.004
1934	23.224	26.663	1.148	46.587
1935	25.408	28.147	1.108	50.968
1936	24.438	24.696	1.011	49.023
1937	25.531	30.363	1.189	51.215
1938	25.893	23.723	916	51.941
1939	27.648	27.843	1.007	55.462
1940	38.531	40.044	1.039	77.293
1941	42.740	48.283	1.130	85.736
1942	38.899	49.538	1.274	78.031
1943	40.959	55.188	1.347	82.164
1944	39.341	59.889	1.522	78.918
1945	43.168	60.274	1.396	86.595
1946	38.222	52.000	1.360	76.673
1947	33.777	54.615	1.617	67.756
1948	37.829	79.971	2.114	75.885
1949	34.300	72.087	2.102	68.806
1950	31.320	62.843	2.006	62.843

Fuente: Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El Desarrollo Económico de Bolivia (México, 1958) p.12.

Aparte de ciertas modificaciones internas de escasa importancia, la industria en 1952 era más o menos la misma de 1929, en términos de propiedad, organización y técnicas, con la diferencia de que en 1952 sufría un grave deterioro y ya estaba en proceso de agotarse. Durante la década de 1920 la propiedad se consolidó bajo el control de tres consorcios gigantes: Simón Patiño, Carlos Aramayo y Mauricio Hochschild, a quienes correspondía más del ochenta por ciento de la producción y, entre ellas, la empresa de Patiño era de lejos la más grande. El veinte por ciento restante estaba en manos de una serie de compañías pequeñas y medianas cuyo funcionamiento utilizaba un limitado nivel de tecnología moderna. El elemento verdaderamente moderno de la industria estaba controlado por los "Tres Grandes".

Con la consolidación de la industria estañífera también se aseguraban los fundamentos de la economía en su conjunto. El crecimiento potencial del país alcanzaba su máximo nivel en la medida que ocurría lo mismo con el estaño y, en resumidas cuentas, declinaba con la baja de la producción de este metal. El impulso de modernización se debilitó a fines de la década de 1920; el crecimiento potencial inmediato del país se agotó y comenzó un proceso de estancamiento económico a nivel nacional y, más adelante, la contracción del sistema. Con esta serie de fenómenos se detuvo el movimiento global y, por así decirlo, Bolivia quedó "colgada": internamente dividida, dominada por una economía mono productora, absolutamente dependiente de factores externos, y con un nivel de modernización que estaba quedando rápidamente obsoleto.

El panorama era aún más desolador si se tiene en cuenta el hecho de que el sistema agrícola también estaba agotando sus posibilidades de expansión. El comienzo del presente siglo ha sido testigo de una nueva ronda de confiscaciones y expropiaciones de tierra, fruto de la ambición de la élite emergente por conseguir el status de terratenientes. Empero, en Bolivia, hacia la década de 1920, simplemente se estaban agotando las comunidades indígenas que, en terrenos

más o menos decentes, eran susceptibles de ser expropiadas de sus tierras. A medida que los hijos reclamaban sus derechos legales y los predios familiares comenzaban a fragmentarse, surgieron presiones internas dentro del sistema. El sistema de la hacienda se veía empujado hacia tierras cada vez más pobres y las más grandes lo hacían sobre los límites de sus vecinos más pequeños. (22)

Casi simultáneamente, los dos motores principales del crecimiento económico amenazaban con detenerse; todo el sistema se estaba parando. Surgió un problema cada vez mayor de circulación de riqueza, tanto a nivel horizontal como vertical, agravado por el hecho de que las dos formas esenciales de enriquecimiento -la posesión de minas y de tierras- no podían transferirse fácilmente. El control de riqueza y *status* comenzaron a cristalizarse a medida que el sistema económico se hacía más estático. La movilidad social iniciada como fruto del impulso estañífero tocó su fin, reforzándose las líneas de diferenciación entre los grupos. La "torta económica" dejó de crecer y en la práctica, después de 1929 era más pequeña. Esto no sólo causó problemas a quienes deseaban ascender, sino también a quienes lo habrían logrado o estaban a mitad de camino en su afán por asegurarse una posición.

En este contexto es donde se debe avanzar hacia una comprensión de lo que iba ser la Revolución Nacional Boliviana. En Bolivia, nunca hubo una modernización generalizada y tampoco se alcanzó base alguna para un desarrollo autosuficiente. El resultado de ello fue un inmovilismo histórico y un país dividido que no era ni totalmente moderno ni totalmente tradicional, pero tampoco estaba pasando por un período de transición, pues no iba a ninguna parte. Estaba inmóvil, petrificado y en franco receso. Estas contradicciones internas generaron presiones internas, las que, a su vez, condujeron a demandas de cambio cada vez más fuertes.

CAPITULO II

Estructura y Proceso del Antiguo Orden

En el capítulo anterior se describieron algunas de las dimensiones esenciales del crecimiento económico boliviano de fines del siglo diecinueve y principios del veinte, con objeto de brindar una base para el análisis de la estructura y proceso tanto del orden social como político prerrevolucionario de este país. Se hizo una importante diferenciación analítica entre lo que he denominado "sistema nacional" y "sistema local" o rural; el primero estaba fundamentado en la industria del estaño, fue organizado en las ciudades occidentales del país y en los campamentos mineros, y la ciudad de La Paz ejercía dominio sobre el mismo; el segundo era colonial y tradicional en su raíz y adoptó algunas características rudimentarias modernas en ciertas zonas, como la región del lago Titicaca y el valle de Cochabamba.

En teoría, el Estado era soberano a lo largo y ancho de Bolivia, pero el verdadero control estatal terminaba generalmente dentro de los límites urbanos; su funcionamiento estaba eminentemente destinado a facilitar la operabilidad del sistema estañífero. El "sistema nacional" tendía a confundirse con Estado Nacional; mientras que el "sistema local" se diferenciaba del anterior por una organización basada en una complicada red de autoridades locales oficiales y no oficiales.

Estructura de Clases en la Bolivia Pre-revolucionaria

La Constitución boliviana reflejaba la esquizofrenia general del país. Comenzaba enunciando que era una república unitaria cuya soberanía "era conferida esencialmente a la nación"; (1) decía que toda persona nacida dentro de su territorio era boliviana, lo cual no necesariamente significaba ser ciudadano boliviano, pues entre otros factores, para ser ciudadano boliviano era preciso "saber leer y escribir, tener bienes raíces o un ingreso no inferior a doscientos bolivianos, además de que dicho ingreso no fuera obtenido por trabajo como empleada/o doméstica/o". (2) Si, de acuerdo a esa definición, no era ciudadano, no podía apelar a la Constitución, ejercer poderes públicos, votar, ser candidato u ocupar cargos públicos.

Según la Constitución, entonces, más del 75% de la población no gozaba de la condición de ciudadano de la República de Bolivia; quedaban excluidos toda la población indígena dedicada a la agricultura, la población urbana flotante y un importante número de trabajadores. La ciudadanía era privilegio de los grupos con altos y medianos ingresos. Puesto que éstos residían principalmente en las ciudades (sobre todo en el complejo occidental), en la práctica, ser ciudadano era una característica propia al "sistema nacional", lo cual contribuía a profundizar más la división del país.

Un rasgo fundamental del sistema político prerrevolucionario fue la legitimización de la no participación. (3) Un elemento constitutivo de la historia de las naciones-estado europeas en desarrollo -el modelo más directo de las élites bolivianas- fue la creciente conciencia política de las poblaciones y su directa relación con los estados, como resultado de la evolución del concepto de ciudadanía. Una de las razones más evidentes de la falta de crecimiento en Bolivia fue su manifiesto rechazo a esta forma de incorporación de la población en una comunidad nación-estado.

Es obvio que al principio la élite dominante no deseaba una base verdaderamente nacional; pero, más tarde, cuando comenzaba a tomar forma el modelo de desarrollo anteriormente citado, la no participación fue absolutamente necesaria. Aumentar el alcance de la participación ciudadana hubiese significado un incremento en la demanda de recursos. A medida que se articulaba una base económica, el país ya tenía bastante con el problema de atender las exigencias de los grupos establecidos, ni qué decir de la incorporación de cualquiera de los grupos excluidos. De ahí que uno de los prerequisites para la estabilidad del sistema fuera la pasividad y marginalidad de gran parte de la población no ciudadana.

En lo que se refiere a la población en general, el sistema político nacional era elitista por definición y tenía legitimidad como tal. La Constitución garantizaba que la más simple base de poder político -la ciudadanía- esté monopolizada por los ricos, educados y poseedores de bienes. Dado que había una tendencia a que los grupos con ingresos altos y medianos y de extracción racial blanca o mestiza reunieran todas esas características, la Constitución legitimaba una correlación entre riqueza, raza y poder político.

Para entender la élite política boliviana del presente siglo, es indispensable relacionarla con el auge económico relativamente ininterrumpido que experimentó el país entre 1870 y 1920; período en que la movilidad social fue

relativamente elevada, particularmente en las ciudades, tales como La Paz y Oruro. Compuesta por un grupo amalgamado entre intereses estañíferos y terratenientes, la antigua oligarquía del sur estaba siendo reemplazada por un grupo originado en la clase profesional y administrativa urbana. El ejemplo más notable de esa nueva dinámica fue Simón I. Patiño, el **Horatio Alger boliviano**. (4) Patiño comenzó siendo un mestizo pobre y despreciado que, manipulando hábilmente las nuevas oportunidades económicas, creó el imperio estañífero más grande del mundo y se convirtió en el hombre más importante de Bolivia, a pesar de haber pasado la mayor parte de su vida fuera del país. Si se toma a Patiño como el caso límite, la nueva y emergente élite puede verse desde dos perspectivas: en primer lugar, observamos la diferencia entre la élite del estaño y aquella de la plata. Durante la segunda mitad del siglo diecinueve, los grandes magnates de la plata provenían de familias ya establecidas que pertenecían a la élite del sur. Emplearon su poder financiero para ingresar a la vida pública por vía directa y gobernar como por derecho señorial, intercambiando la presidencia entre ellos. En cambio, de los tres magnates del estaño, únicamente Carlos Aramayo pertenecía a esa tradición. Aún antes de su período de consolidación en la década de 1920, la mayor parte de la industria del estaño estuvo en manos de intereses financieros externos (especialmente chilenos) que, si bien intentaron manipular la política estatal, no participaron directamente en el acontecer público. Como ya se dijo, Patiño tenía un origen social completamente distinto y, cuando hubo alcanzado su propósito, eligió vivir fuera de Bolivia. El tercer gran magnate, Mauricio Hoshschild, era un judío alemán que llegó a Bolivia pasando por Chile, a fines de la década de 1920.

Una vez consolidados los "Tres Grandes", articulaban sus empresas con el exterior de Bolivia; donde tenían amplios intereses financieros. En el caso de Patiño, se puede decir que, con el tiempo, los bienes que poseía en Bolivia pasaron a ser preocupaciones secundarias. Estos nuevos empresarios no enfocaron la vida pública de acuerdo a la tradición de la antigua aristocracia criolla, tampoco obraron de

acuerdo a las pulsiones o valores del derecho señorial supervisando directamente asuntos de estado; eran empresarios capitalistas modernos más o menos puros, cuyos principales valores e intereses estaban orientados a la conquista de poder económico privado y no de poder político público. Su relación con la vida pública boliviana era la de un grupo de interés, cuya preocupación fundamental era lograr que prosperen sus bienes privados. Es por estas razones que jugaron un papel político al estilo de los modernos grupos de interés, satisfechos de dejar el poder político real en manos de otros, a quienes verían de influir en caso necesario. Para ellos, el Estado no era algo que buscaban poseer, sino más bien un instrumento útil y, en ocasiones, manipulable. Esto constituyó un viraje intangible pero relevante en la concepción de la actividad pública.

Con el alza del estaño se produjo una división parcial entre poder económico privado y poder político público. Anteriormente, el poder público y el económico (la plata y la tierra) eran directamente manejados y controlados por el mismo individuo. Con el tiempo, Patiño, Hochschild y Aramayo llegaron a controlar el 80% de lo esencial de la economía boliviana, pero no ejercieron directamente el poder público. Eran expresión de una nueva política moderna de grupos de interés en el país. Pero, la separación entre el poder público y privado, así como el surgimiento de una moderna política de grupos de interés, era sólo parcial; pues, nuevamente, el proceso de desarrollo no tuvo continuidad ni diversificación. A su manera, los terratenientes siguieron ejerciendo directamente el poder público; práctica que se vio contrarrestada por la presencia de un grupo estañífero de interés muy enérgico y absolutamente capaz de iniciar o desviar la atención de una determinada política hacia las zonas de importancia más inmediata para ellos. (5)

La segunda perspectiva interesante aquí es el surgimiento de un nuevo modelo de captación de élites. La división parcial entre poder público y privado tomó otra forma; en los centros de urbanización -especialmente en La Paz- sur-

guió un sector de profesionales independientes, ingenieros y administradores junto a un crecimiento del omnipresente grupo que son los "empleados" latinoamericanos (generalmente burócratas). (6) Durante el período de la antigua oligarquía conservadora, el poder público y el privado eran uno solo; pero más tarde, a principios del siglo XX, el 80% del nuevo poder económico privado, eje de la economía, basado en el estaño estaba en manos de tres hombres. Así, la mayor parte de la nueva élite urbana no surgió de un poder privado independiente y con fundamentos propios; pues, realmente, muchos surgieron como abogados de las grandes compañías o bien como administradores de éstas u otras operaciones vinculadas con ellas. Muchas veces el camino corto consistía en lograr un puesto público por medio del cual se era útil a las compañías privadas. Por último, para consolidar su posición, esos individuos buscaban contraer un "buen" matrimonio con el fin de lograr el status de terrateniente, a menudo a través de dudosos medios.

Durante el período de crecimiento económico (entre las décadas de 1880 y 1920 aproximadamente), la élite política vigente experimentó un crecimiento; el surgimiento del partido liberal trajo consigo una nueva élite urbana y, aunque muchos de ellos alcanzaron el status de terratenientes, su verdadera base de poder estaba en su cargo de administradores de los nuevos intereses del estaño y/o como manipuladores directos de puestos políticos. El partido liberal desplazó al conservador y con ello trasladó la sede del poder estatal de Sucre y el sur -donde tradicionalmente había estado- a La Paz y al oeste que estaba en pleno desarrollo. Al principio, y en muchos sentidos, el ascenso del grupo ligado a los liberales se produjo a costa de la vieja oligarquía y ésta nunca acabó por aceptar los cambios. Empero, a medida que el proceso de modernización se debilitaba y la movilidad social tendía a detenerse, estos nuevos elementos tendieron a mezclarse con los antiguos; pues, si bien surgieron a través de nuevos canales, no aportaban ninguna serie de valores que pudieran considerarse verdaderamente nuevos. Es más, en la medida en que nuevos y antiguos lograban integrarse, el reno-

vado grupo de poder fue adoptando, poco a poco, los valores y orientaciones propios de la tradicional oligarquía terrateniente.

En términos de valores y perspectivas, el impulso al desarrollo económico de los regímenes liberales sirvió para crear nuevas formas de poder y de organización, si bien estos fueron más y más asimilados por los antiguos; lo cual era posible no sólo porque los canales de movilidad social habían sido interrumpidos, sino también porque gran parte del poder de esa nueva élite no era fruto de fuentes independientes; ya que, directa o indirectamente, estaban al servicio de una serie de intereses que encontraron continuidad en un sistema agrícola semi-feudal estático más a sus antojos que a otra cosa. El único medio que disponía la nueva élite para fortalecer sus posiciones dentro de la realidad boliviana -cada vez menos dinámica- era asegurándose tierras. De ahí que se desarrolló una base de intereses comunes con la vieja aristocracia terrateniente. (7)

Cuando la posibilidad de lograr un fundamento económico independiente -ya sea a través de tierras o de la minería- comenzó a esfumarse, esta amalgama de élites tendió a cerrarse en sí misma. Con la fusión de elementos nuevos y antiguos se formó un nuevo grupo dominante, basado en una combinación de valores tradicionales: (riqueza, raza y linaje), y que probablemente no constituía más del 5% del total de la población del país. En este trabajo, esta nueva élite socio-política se denominará la "burguesía nacional".

Las familias más importantes de esa élite operaban tanto dentro del sistema local como del nacional. En la práctica, era el único grupo social que tenía un pie en la industria estañífera boliviana y otro en la agricultura. Un típico exponente de esta élite era aquella familia que poseía vastas extensiones de tierra, un apellido respetado, con algún miembro de la familia como abogado de una de las tres grandes compañías estañíferas, o senador, ministro de estado, o también con uno o dos generales. Estas familias dominaban

el mundo político: producían presidentes, congresales y ministros de estado, además de ejercer dominio sobre una gran parte de las tierras y de los pobladores indígenas; y, aunque no controlaban la industria estañífera, en su mayoría, trabajaba para ella. (8) Al igual que la sociedad sobre la que actuaba, esta élite no era totalmente moderna ni totalmente tradicional. En realidad, era una singular mezcla, producto de un proceso parcial de desarrollo -finalmente interrumpido-, basado en una industria extractiva y enraizado en una sociedad predominantemente colonial y agraria. Es importante destacar que este grupo tan pequeño -puente entre los dos sistemas- era el único coherente de la Bolivia prerrevolucionaria, y, por lo tanto, la única clase o casta (depende cómo se utilicen los conceptos) cuya esfera de influencia abarcaba toda la nación. (9)

En cuanto al resto de las agrupaciones presentes en el acontecer boliviano, se trataba de una serie de relaciones organizadas ya sea por el sistema nacional o por el sistema local. En la Bolivia prerrevolucionaria es posible hablar en términos tradicionales y de tres clases sociales (alta, media y baja), pues no existía un sistema de clases único. El país carecía de ese espacio social homogéneo donde los grupos pudieran estructurarse de manera sistemática. En rigor, dado el carácter semi-moderno del sistema estañífero y el atomismo propio al sistema local semi-feudal, resulta casi imposible referirse a clases sociales en este periodo.

La orientación de la burguesía nacional boliviana respondía a una realidad socio-política destinada a facilitar el flujo de minerales al exterior. La ideología positivista liberal era un marco europeo trasplantado de manera un tanto forzada en la compleja cultura boliviana. Europa, y particularmente Francia, se convirtió en un modelo casi esclavizante de imitación para la burguesía nacional. Esta servil imitación se reflejaba prácticamente en todo: en la Constitución, en la forma de vestir, en la literatura, en el arte, etc. La élite nacional produjo poco o nada que podría identificarse como propio. La Europa a la que imitaban era fundamentalmen-

te la literaria y aristócrata, no así la empresarial. Por término medio, los hijos de las familias de "alta alcurnia" se educaban fuera de Bolivia y pasaban la mayor parte de su vida en capitales extranjeras. Para casi todos ellos, Bolivia no era más que un lugar donde poseían intereses financieros y relaciones personales de los que debían ocuparse de vez en cuando. Gracias a la capacidad de penetración de este grupo, el estilo prestado se convirtió en el estilo boliviano a nivel nacional, donde lo propiamente boliviano dentro de la cultura "nacional" era muy escaso. (10) Esto explica por qué la sensibilidad de la burguesía nacional estaba más cerca de los círculos cosmopolitas europeos que de la población mayoritaria del país. Esta serie de identificaciones culturales y estilísticas reforzaron las ya profundas divisiones del país. La orientación esencial de la burguesía nacional siguió siendo colonialista; todavía se comportaba como un conquistador europeo que gobernaba a los salvajes de un nuevo mundo y miraba a la madre Europa como a su guía cultural y espiritual.

Dentro del mito originado por la revolución, la burguesía nacional ("la rosca") era considerada una especie de grupo semi demoníaco cuya única intención era la de saquear Bolivia. Es necesario señalar que difícilmente esta élite constituía una entidad auto-consciente de una finalidad última. Había cierto grado de coherencia evidente, una coincidencia de intereses y perspectivas, que se reforzaron cuando, a fines de la década de 1930, surgieron grupos que pusieron en tela de juicio el estado vigente de las cosas. A partir de esa década y hasta 1952, hubieron periodos en que se estuvo a punto de lograr una acción política unitaria; pero se puede concluir fácilmente que una de las razones por las que finalmente esta élite dejó de tener vigencia (como veremos más adelante) fue la persistencia de profundas y continuas divisiones dentro de sus filas. Los resentimientos entre la vieja y nueva élites, las ya antiguas diferencias regionales y el enfrentamiento entre intereses a corto y largo plazo contribuyeron a dividirla internamente. A la larga, esto resultó en un debilitamiento en la capacidad de la élite

nacional para ofrecer resistencia a sus oponentes y en la paulatina pérdida de capacidad para promover cambios apropiados en el momento propicio.

En la Bolivia prerrevolucionaria no había una clase media propiamente dicha. Como resultado de los procesos de urbanización y crecimiento antes expuestos llegó a surgir un grupo que por su ocupación e ingresos apenas si se lo podía calificar de clase media, el cual, debido al modelo de desarrollo, estaba relacionado principalmente con centros urbanos del oeste del país y, en particular, La Paz. Aún más quizá que la nueva élite, era un grupo dependiente de las exigencias funcionales del complejo que giraba en torno al estaño y sus actividades auxiliares. Por lo tanto, era un claro producto de lo que yo he denominado el "sistema nacional". Tendía a vivir encasillado en la dimensión urbana del sistema nacional, y, con algunas excepciones, no llegó al campo y tampoco se lo encontraba en los pueblos de provincia. A diferencia de la burguesía nacional, este grupo no abarcaba todo el país, y no pudo llenar brecha entre los sistemas nacional y local. Aunque la llamada clase media formaba parte del sistema nacional y, por lo tanto, tenía relación con el Estado que ante el mundo aparecía como Bolivia, no era una clase nacional en ningún sentido estricto.

Probablemente, la mejor forma de identificar a este grupo de clase media sea como una "pequeña burguesía", más por lo que "no representaba" que por su propia condición; ya que no se trataba de una clase media moderna compuesta por pequeños comerciantes, empresarios o similares, ni tampoco era un grupo artesano tradicional, o un sector obrero y, tampoco formaba parte de la burguesía nacional. Sus miembros carecían de los medios con qué mantener el estilo de vida requerido, o el linaje racial o familiar exigidos. Aunque constituían entre el 7 y 10% de la población, social y políticamente no mostraban demasiada coherencia o identidad en sus objetivos. Por ésto resulta muy difícil hablar, en rigor, de una pequeña burguesía como clase.

En conjunto, la pequeña burguesía incluía a los que habían mejorado su situación económica a fines del siglo XIX y principios del XX, pero que no llegaron a la cumbre. En cuanto a su ocupación, eran en parte una réplica de los grupos más recientes de la élite nacional, aunque en una categoría inferior; eran, por ejemplo abogados, doctores o administradores e ingenieros, pero mal situados. En esta "clase media" también se contaban maestros, pequeños comerciantes, así como burócratas privados y estatales de nivel inferior. Básicamente ocupaban los trabajos y posiciones que habían entre la burguesía nacional y los innumerables grupos "inferiores". Aparte de unos cuantos pequeños terratenientes, la gente de la "clase media" carecía de recursos económicos sólidos. En general, este grupo intermedio era parte de un estrato dependiente que vivía de salarios, honorarios y algunos beneficios comerciales de escasa importancia. Económicamente era vulnerable y dependía para asegurar su posición de un buen funcionamiento del sistema nacional. (11)

Producto de la reciente movilidad social, era un grupo con aspiraciones; quería incorporarse a la burguesía nacional, imitándola en todos los aspectos de su estilo de vida. Este sector urbano medio no era eje de ninguna actividad orientada hacia el cambio, en lo que a modernización o desarrollo se refiere, por lo menos antes del año 1935. En sus aspiraciones, así como ideológicamente, se identificaba con la burguesía nacional; identificación reforzada por su dependencia económica. Este vínculo se estrechaba por el hecho de que a veces partes de las familias tradicionales pasaban a la categoría de pequeño burguesas, cuando no pudieron avanzar junto a otras ramas familiares o bien fracasaron económicamente.

Un factor de mayor relevancia en la situación de la pequeña burguesía fue la interrupción de los canales de movilidad social, provocada por la paralización del desarrollo económico. Estos canales fueron desapareciendo paulatinamente, hasta que, a fines de la década de 1920, eran prácticamente inexistentes y el estrato urbano dependiente quedó a-

trapado en el medio. A pesar de ello, seguía aspirando a lograr una posición elevada; empero, la contradicción entre deseo y oportunidad era un tremendo desafío para la pequeña burguesía, en su afán por conservar el estilo de vida, absolutamente necesario ante cualquier posibilidad de ascenso social ya sea a través de un matrimonio de conveniencia o de suerte en la política. De ahí que no resulte sorprendente que la pequeña burguesía buscara, sobre todo, seguridad, se arriesgara poco económicamente y estuviera muy consciente de su posición social. (12)

La abrumadora mayoría de la organización política del sistema del Estado nacional prerrevolucionario estaba conformada por estos dos grupos, la burguesía nacional y la pequeña burguesía. Aparte de algunos comerciantes mestizos, tenderos de pueblos y ciudades de provincia, artesanos, algunos trabajadores y los tenderos de las ciudades principales, la burguesía nacional y su reflejo menos privilegiado monopolizaban la ciudadanía y, con ella, los roles políticos y el poder. En la práctica, la burguesía nacional controlaba directamente los puestos gubernamentales más importantes, así como la toma de decisiones políticas. Por su parte, la pequeña burguesía monopolizaba los puestos oficiales inferiores y actuaba como cuerpo electoral, eligiendo entre los grupos competidores de la élite dentro de un proceso de democracia limitada. En su papel de cuerpo electoral del Estado, la pequeña burguesía constituía la fuente de continua legitimidad en las relaciones de autoridad y dominio político vigentes en el país y, por lo tanto, era el cimiento del orden socio-político prerrevolucionario. Encerrado en las ciudades y apenas relacionado con el resto del país, este grupo relativamente pequeño y mal definido era la base humana sobre la que descansaba el orden del "Estado nacional" boliviano.

Monopolio del Poder Económico Privado

Durante el periodo prerrevolucionario boliviano, el

poder público lo ejercía la burguesía nacional y era ratificado por la pequeña burguesía, todo dentro del restringido marco que supone el monopolio del poder económico privado. El potencial de poder de los magnates del estaño salta a la vista. La importancia estratégica de la industria para el bienestar económico del sector más moderno bastaba para asegurar una posición central para estas personas. Hacia 1920, más del 70% de las exportaciones del país correspondieron al estaño. El potencial de poder de los magnates del estaño aumentó, dado el valor de sus exportaciones que tuvo por resultado una enorme acumulación de riqueza en manos privadas. Muy poco de esta riqueza redundaba en beneficio del Estado, de modo que los proyectos de infraestructura tenían que ser financiados a través de préstamos. Durante gran parte de ese periodo, los impuestos sobre utilidades de exportación eran mínimos y el gobierno no estableció control alguno sobre las divisas, otorgando así carta blanca a los empresarios privados. (13)

Con la consolidación de la industria estañífera, los "Tres Grandes" no sólo controlaban las bases productivas del país, sino también una gran parte de su riqueza monetaria real; (14) por lo tanto, tenían capacidad para extender su control por todo el sector privado. Patiño, por ejemplo, llegó a ser el mayor banquero privado del país, sin contar los intereses que poseía en ferrocarriles, tierras y otros. (15) Cuando se agotaron las posibilidades de obtener préstamos externos, el gobierno tuvo que solicitar préstamos a Patiño y a los otros magnates, aumentando así su dependencia. También Hochschild introdujo profundamente su control en el sector privado; aparte de sus principales actividades, monopolizaba la compra y venta de la producción de compañías mineras medianas y pequeñas; lo cual le permitía controlar el 20% restante de la producción, así como incrementar el monto de divisas de su dominio. No debe olvidarse que una buena parte de la élite nacional dependía, directa o indirectamente, de dichas compañías para la mayoría de sus ingresos. Por último, si bien la aparición del estaño provocó una separación entre poder privado y público, al mismo tiempo que in-

trodujo una moderna política de intereses, el grupo del estaño constituía el único grupo de interés económico digno de mención pues no existía otro equiparable. Como resultado de todo ello, tenía campo abierto para influir, suscitar y definir temas sobre los cuales se concentraba la decisión nacional.

Es extremadamente difícil establecer hasta qué punto un grupo como el de los magnates del estaño boliviano controló o no la política gubernamental. La dimensión del tiempo es muy importante para estudiar este tema. Los "Tres-Grandes" no consolidaron su control sobre la capacidad productiva del país hasta la década de 1920; por lo tanto, no se puede decir que "manejaron un gobierno de marionetas" durante todo ese período. Sin embargo, es indiscutible que, a partir de 1898, los sucesivos gobiernos adoptaron políticas favorables a los intereses del sector estañífero; y, aunque hubieron voces de protesta, tuvieron poco efecto en la dirección conjunta del gobierno. Durante el régimen de Bautista Saavedra (1921-25), se aumentaron los impuestos sobre el estaño y se aprobó una legislación social mínima; pero, hasta fines de la década de 1930, no se había puesto en tela de juicio al sector estañífero en absoluto. (16)

Seguramente sería más exacto ver los desarrollos de principios de siglo como una convergencia de intereses y valores entre la élite gubernamental liberal con mentalidad positivista y el sector estañífero. El gobierno perseguía una política favorable al estaño, no simplemente como respuesta a la presión de un grupo de interés, sino también como parte de la lógica del momento y su cosmovisión. Durante la primera parte del presente siglo, el nivel de intervención gubernamental en los esfuerzos del sector privado por alcanzar beneficios era mínimo. Más allá de una política fiscal, de supervisión y de la conformación de una infraestructura, la política gubernamental no revertía interés para el sector del estaño. Estas compañías manejaban sus asuntos con independencia soberana dentro de los límites de sus campamentos mineros.

La situación comenzó a cambiar más adelante, pues surgió un movimiento laboral que comenzó a demandar derechos de organización, mejoras salariales y otros beneficios. Algunos políticos ambiciosos veían en dichos movimientos un nuevo camino hacia el poder; se estaba desarrollando una fuerza contraria y hostil. Los crecientes problemas financieros y otros económicos -muy frecuentes después de 1925- sirvieron de estímulo para promover demandas de incremento en los impuestos y otros medios de control sobre el sector estañífero. El gobierno empezó a interferir más y más en los asuntos del sector privado y, al igual que cualquier grupo de intereses, las compañías tuvieron que prestar más atención a los pormenores de la política. Se estaba desarrollando una dialéctica de compromiso mutuo, a veces bastante hostil, entre la esfera privada y la pública, donde los intereses profesionales de políticos ambiciosos, con frecuencia, adoptaban direcciones bastante incómodas para los intereses económicos del sector estañífero. Este panorama se complicaba cada vez más, en la medida en que los antagonismos crecían; pero, en suma, se puede decir que, hasta 1952, las compañías hicieron un muy buen uso de su poder en la defensa de sus intereses colectivos. Y, el hecho de que lo hicieran frente a tales desafíos, es testimonio de su real participación en el gobierno. El que tuvieran que hacerlo es una prueba de que el gobierno no era una simple marioneta.

Un factor de enorme trascendencia para la articulación del sector estañífero con el poder gubernamental fue en 1930 la firma de un acuerdo mundial entre los países productores de estaño. Según dicho convenio, a cada país le fue asignada una cuota y a los distintos gobiernos el poder de distribuirla dentro de sus respectivos territorios. Con esto, el gobierno boliviano asumía por primera vez una parte importante en la responsabilidad y el control de los asuntos internos del sector estañífero privado. Es entonces cuando se inicia una abierta y estrecha intervención de los magnates del estaño en el gobierno. (17)

Una de las consecuencias notables del acuerdo de

1930 fue una guerra no declarada entre los "Tres Grandes" por cupos en la cuota asignada al país. En realidad, y pese a que había cierta coincidencia de intereses, durante mucho tiempo había existido rivalidad entre los componentes de esa industria, en su afán por incrementar la cantidad de recursos que estaban bajo su respectivo control; rivalidad que fue exacerbada con la asignación de cuotas que establecía el acuerdo.

Por lo anterior, el gobierno experimentó una más directa -aunque no siempre deseada- participación de las compañías en el manejo de los asuntos públicos; y quedó sometido a las presiones conflictivas de los gigantes competidores, quienes procuraban utilizar el poder público uno en contra del otro. Al igual que la burguesía nacional, los barones del estaño podían ofrecer, si necesario, un frente unido, a pesar de que internamente estaban profundamente divididos.

Parece razonable, entonces, concluir que, durante gran parte del periodo formativo del orden socio-político prerrevolucionario y a nivel nacional, la industria estañífera actuó más para fijar un marco de actividad política que para normarla. En lo que se refiere a la forma global, así como de la política fundamental, el gobierno y el sistema político prerrevolucionario en Bolivia se conformaron de acuerdo a la configuración de poder e intereses provenientes del tipo económico dual sobre los que descansaba este poder dividido en dos. La dinámica cotidiana de la política todavía era impulsada por un motor derivado, pero diferente.

Estructura política de Bolivia antes de la Revolución

En cuanto al orden político, el sistema prerrevolucionario surgió con la victoria del partido liberal en la Guerra Civil de 1898. Los liberales gobernaron entre 1898 y 1920, periodo en el que Bolivia experimentó una estabilidad política poco frecuente. Unida a la explícita política de

"desarrollo" de los liberales, esa estabilidad hizo posible la evolución de la industria estañífera y el impulso de modernización a que dió lugar. Sin embargo, la dependencia en el estaño originó un modelo desigual y no uniforme de desarrollo. El desarrollo abrió temporalmente canales de movilidad social, cuyo resultado fue la aparición de un nuevo sector medio. A medida que se debilitaba ese impulso, la antigua élite y la nueva se consolidaron en una burguesía nacional, más tradicional que moderna en sus perspectivas, deteniendo así el ascenso de la llamada clase media.

Cuando el desarrollo de la industria estañífera se niveló y consolidó, el crecimiento económico general del país fue considerablemente más lento. Por otro lado, se redujo la posibilidad de una mayor expansión del sistema de hacienda (sujeto a la disponibilidad de tierras y, lo que es más importante, de indígenas para trabajarlas). Los dos motores básicos del crecimiento económico habían llegado a un tope y, a partir de entonces, el sistema en su totalidad se detuvo y se tornó estático. Desde el momento en el que el sistema económico adoptó una forma definida, se fijó el control tanto de riqueza como de posición, creando con ello un problema de circulación tanto horizontal como verticalmente. Al dejar de crecer el sistema, la torta económica dejó de expandirse, y los elementos del poder económico (la propiedad de tierras y minas sobre todo) tendían a permanecer en manos invariables. Esto originó conflictos no sólo para quienes aspiraban a ascender sino también para grupos medios y superiores que, en creciente número, se oponían a una base económica relativamente estática y de nula circulación.

En tales circunstancias, el poder político -particularmente los altos cargos- se convierte en uno de los pocos instrumentos para dar lugar a la circulación del poder económico. Como señala Merle Kling:

Cuando el control de las bases económicas convencionales de poder se mantiene relativamente estático... se añade un beneficio económico excepcional

al aparato de gobierno, como fundamento dinámico de poder. En tanto que, cuando las bases convencionales de poder restringen la movilidad en la posición económica, el control del gobierno proporciona un camino excepcionalmente dinámico hacia el poder y las riquezas. De ahí que, las diferencias entre el carácter estable de las bases económicas de poder y la posición no convencional y cambiante del gobierno, provoca una competencia violenta e intensa por el control del gobierno, como medio de adquirir y ampliar una base de poder y riqueza. (18)

En una situación económicamente estática como esa, se llega a un punto donde en la política predomina una lucha interna de élite por el gobierno, como instrumento que garantiza o proporciona poder económico. En este sentido hay un refrán boliviano que expresa muy apropiadamente esa situación: "La industria mayor de Bolivia es la política". En tales circunstancias, la lucha por el gobierno es intensa. Mientras una serie de miembros de la élite que están "en" el gobierno hacen todo lo posible por permanecer en él, la otra, la de los que están "fuera", busca la manera de desalojarlos. Si no se logra desalojarlos por medios constitucionales, la naturaleza de los intereses es tal, que los que están "fuera", muchas veces recurren al golpe de estado. Esto explica la inestabilidad política tan común en estos países, caracterizada por la violencia al interior de las élites y por frecuentes golpes de estado. Se ha señalado frecuentemente que estos golpes rara vez conllevan cambios fundamentales en el orden vigente. El estilo político de los golpes de estado con mínimo empleo de violencia y donde se mantienen intactas las relaciones básicas de poder, corresponden a una situación económica estática, donde el problema político esencial es la circulación de los miembros al interior de la élite. (19)

Una tal dinámica política comenzó a operar en Bolivia a fines de la segunda década del presente siglo, cuando comenzaban a dar muestras de fatiga los veinte años de estabilidad liberal. Se formó un partido republicano rival, con

miembros del antiguo partido conservador y con descontentos del propio partido liberal -es decir, aquellos miembros de la élite que estaban "fuera" del gobierno-. Finalmente en 1920, éstos tomaron el poder a través de un golpe de estado.

A pesar de la aprobación de algunas leyes sociales, no había mayores diferencias ideológicas o programáticas entre liberales y conservadores. Hubo mayor conflicto político, llegando a veces a adquirir rasgos de violencia, pero, en general, el debate público giraba en torno a argumentos sobre normas constitucionales, es decir, las normas para la circulación al interior de la élite. (20)

Los republicanos se dividieron en facciones inmediatamente después de asumir el poder y los liberales experimentaban fraccionamientos semejantes. Si bien oficialmente los partidos liberal y republicano seguían siendo distintos, la política adquirió la característica de una lucha de facciones dentro de la élite más que de una de partidos. La noción de partido formal cedió paso a las de camarillas personalistas y esto último acabó por sobrepasar el programa. Los políticamente ambiciosos (lo que necesariamente incluía prácticamente todos los estratos de la élite) se alineaban detrás de la figura con las mejores posibilidades de alcanzar la presidencia, desde donde otorgaría los codiciados puestos a sus seguidores. Como la presidencia era la clave para "reservar" inicialmente los puestos, era un foco de conflicto y la facción personalista era el origen de las divisiones políticas. Siempre que una facción obtenía la presidencia para su candidato, las facciones que quedaban fuera del gobierno -sea cual fuera su afiliación partidaria teórica- se alineaban en contra, esperando el día en que, a través de alguna astuta maniobra, su hombre pudiera sentarse en la silla presidencial.

La Constitución prohibía terminantemente la auto-sucesión de un presidente y cualquier intento que éste hiciera por mantenerse por encima del período establecido, podía conducir a la violencia. Cuando, por ejemplo el republicano

Hernando Siles anunció su intención de permanecer en el poder en 1929 debido a circunstancias excepcionales, toda la oposición se unió en contra suya y lo destronó a través de un golpe de estado. (21) Casi inmediatamente, las facciones que conformaban la oposición se disputaron la presidencia y otros cargos públicos.

En pocas palabras, lo más importante del proceso político boliviano prerrevolucionario se estructuró alrededor de feroces luchas por cargos al interior de la élite y dentro de un contexto económico sin posibilidades de expansión. En esta lucha política controlada por la élite, el principio de división no era el partido sino la facción y los problemas de ideología o programa quedaban en segundo plano. Predominaba el liderazgo personal, lo cual significaba someter las fortunas tanto económicas como políticas a un sólo y fuerte individuo. Los más astutos se las arreglaban para estar en una facción y luego pasar a otra rápida y despreocupadamente, dependiendo de los azares, ascendentes o descendentes, de la fortuna de los líderes.

A fines del siglo diecinueve se experimentó un sistema político relativamente moderno en Bolivia. Sin embargo, el triunfo de los liberales en 1898, la consolidación de una burguesía nacional amalgamada y el eventual estancamiento del desarrollo económico provocaron un nuevo período de declinación del poder partidario y de la ideología. El tipo de retórica y la política de partidos continuaron "cara afuera", pero detrás de esa máscara se ocultaba una lucha de facciones cada vez más viciosa al interior de la élite. Este modelo fue resultado de (y posteriormente reforzó) la declinante fuerza económica del sistema. El creciente estancamiento económico y la tendencia de la élite a cerrarse en sí misma, agotando sus energías en luchas de facción internas, dio lugar a un debilitamiento en su capacidad de adaptación a las cambiantes circunstancias. Progresivamente, la élite dejó de actuar como un agente de cambio.

No pasó mucho tiempo antes de que la tensión acumu-

lada, fruto de una plétora de contradicciones internas, comenzara a manifestarse. A fines de la década de 1920, se dejaron oír las reacciones frente al estancamiento económico, al inmovilismo y a la falta de oportunidades de desarrollo que amenazaban a la nación. Estos obstáculos básicos habrían de transformarse en factores permanentes dentro de la configuración del futuro político boliviano. Los conflictos presentes al interior de la élite ponían de manifiesto estos problemas, y evitaban la conformación del clima necesario para su solución. El perfil general de un "círculo vicioso de subdesarrollo" fue esbozado en Bolivia bastante antes de 1930.

ESTO CALABRA
C E I S A

CAPITULO III

Conflictos Grupales y Presiones por un Cambio

Antes de la revolución, el modelo de estratificación social, dentro de lo que he denominado "sistema nacional", era bastante complejo en Bolivia. Por debajo de la burguesía nacional y pequeña burguesía había una serie de grupos que, como en el caso de los sectores medios, de ninguna manera se los puede calificar de clase baja. Con todo, puesto que no existe un sistema de clasificación más coherente, a una diversidad de categorías de trabajadores no podemos sino considerarlas parte de un estrato más bajo; entre estas categorías tradicionales se incluyen principalmente artesanos (pequeños artesanos que trabajan por cuenta propia), pequeños tenderos, comerciantes de feria, empleadas domésticas y subempleados que habitan los tan vagamente llamados "barrios populares". Además, el proceso de desarrollo había dado origen a un buen número de grupos laborales modernos: choferes, fabriles, trabajadores ferroviarios y, evidentemente, un número cada vez mayor de mineros. Antes de fines de la década

de 1930 y de principios de 1940, los ferroviarios fueron el único grupo que alcanzó un alto grado de unidad y movilización.

Cuando nos referimos a los "estratos más bajos", nuevamente estamos hablando, sobre todo, de grupos urbanos en las tres ciudades más grandes de la región occidental y cuya extracción racial es esencialmente mestiza o indígena. En las ciudades y pueblos de provincia, el modelo de estratificación continuaba siendo más tradicional, menos complejo y el desarrollo de nuevos elementos no fue significativo. (1) El modelo de diferenciación entre los sistemas local y nacional, fue, de alguna manera, atenuado en los niveles inferiores. El surgimiento de alguna agricultura comercial en los departamentos de La Paz y Cochabamba dio lugar a un pequeño sector de transportistas, al mismo tiempo que al comercio en pequeña escala entre el campo y las ciudades. Por lo tanto, había un pequeño grupo de camioneros y comerciantes que operaban entre ambos sistemas. Paralelamente, los migrantes rurales a la ciudad se convirtieron en obreros, subempleados o población flotante. (2) Estos conservaban raíces en el campo, pero el ritmo de la ciudad fue predominante a la larga. Más aún, el movimiento entre campo y ciudad era escaso y poco generalizado en términos de fuentes migratorias. De lejos la ciudad comparativamente más compleja, La Paz recibió la mayor parte de sus nuevos habitantes de las zonas rurales cercanas en ese departamento (3); con Oruro ocurrió lo mismo, mientras que los migrantes campesinos cochabambinos se trasladaron mayormente a las minas. En el resto del país hubo poco movimiento entre campo y ciudad.

El despunte del liberalismo, del estaño y el énfasis puesto en el desarrollo económico tuvieron efectos contradictorios en los estratos más bajos de la sociedad. Con la demanda de mano de obra y especialidades nuevas, se conformaron grupos de trabajadores esencialmente modernos. Era un proceso de modernización donde los indígenas y mestizos, que anteriormente habían estado excluidos, se incorporaron al sistema al convertirse en obreros. En términos relativos,

esto brindaba mejores oportunidades al indígena y servía de estímulo hacia nuevas aspiraciones y expectativas. Lo cual naturalmente conllevaba el aumento en las demandas de progreso a nivel económico y social. Aparecieron grupos modernos, nuevos y arribistas; los mismos que fueron incorporados al ciclo económico y, de esa manera, ligados al desarrollo industrial.

La política de desarrollo económico produjo efectos negativos en artesanos y pequeños comerciantes ya establecidos. Tradicionalmente, ocupaban una posición que, si bien no era opulenta, al menos estaba bien definida y asegurada. Con la primera ola de desarrollo algunos de los artesanos de mejor nivel y otros grupos similares experimentaron un avance social y pasaron a formar parte de la pequeña burguesía, en tanto que el resto sufría la presión en sentido opuesto; ya que, bajo el sistema de relativo libre comercio, perdieron la protección que ofrecía una economía que aunque atrasada, era bastante autárquica. El aumento continuo del grado de sofisticación de las necesidades de sectores de mayor nivel y la posibilidad de disponer de importaciones bastante baratas hizo que la mayoría de los artesanos no puedan competir y, muchos de sus miembros se fueron proletarizando gradualmente. A diferencia del proletariado, estos grupos tradicionales no experimentaron progreso alguno con el crecimiento económico, sino todo lo contrario. El desarrollo ayudó al obrero a avanzar y a que después exigiera más. Por el otro lado, los que luchaban por no proletarizarse pasaron a ser más pobres y a exigir se les devuelva la seguridad que habían perdido. (4)

Las expresiones organizadas de los de abajo demandando progreso y menos presión, tuvieron lugar a principios del presente siglo. Las primeras formas de organización fueron las tradicionales sociedades de ayuda mutua en torno a las cuales se unían grupos de este estrato, mancomunando sus propios recursos para proteger a determinados miembros. Más tarde, estas organizaciones dirigieron su objetivo hacia afuera y ejercieron presión directa sobre el gobierno nacional. Los artesanos gráficos principalmente fueron quienes

iniciaron esa movilización y, poco a poco, surgieron como una organización de peso dentro del estrato más bajo. Después de 1915, este proceso organizativo se expandió e incluyó a los trabajadores ferroviarios que recién cobraban importancia, junto a otros grupos de trabajadores en La Paz y Oruro. A este proceso se refieren muchos como el inicio del movimiento obrero boliviano. Sin embargo, sería más preciso hablar de un movimiento artesano-laboral de baja extracción en lo que respecta al período 1910-1935.

Movimiento obrero-artesanal: Presión de los de Abajo

El período formativo de este movimiento fue de 1915 a 1920. De la actividad puramente mutualista pasaron a generalizar sus demandas sobre la élite gobernante. Por esto, el movimiento fue adquiriendo contenido político, a pesar de que se concentraba más en sus reivindicaciones económicas que en demandas en torno al poder político y su control. Comenzaron a surgir ideologías socialistas europeas y hubieron intentos de crear partidos socialistas. Pero, tales experimentos tuvieron poca vida y su impacto no fue importante sino años más tarde. (5)

El movimiento obrero-artesanal empezó a cobrar ímpetu a principios de la década de 1920. Hubo esfuerzos serios por crear federaciones que abarquen a la industria y una confederación nacional, así como por formar un partido de clases; lo cual se logró en cierta manera. Por su parte, los ferroviarios se agruparon en una confederación que había de constituir el fundamento de una organización autoconsciente y poderosa. En 1921, las organizaciones locales fueron convocadas a una conferencia nacional, cuyas conclusiones no produjeron una confederación, pero sentaron un importante precedente, pues algunos grupos dispersos del estrato más bajo comenzaban a pensar en términos de una organización de alcance nacional, a fin de ejercer activa presión a favor de sus demandas. El año anterior, se había fundado un partido so-

cialista local en La Paz; el mismo que en 1921 se transformó en el partido socialista nacional. Dicha agrupación política obtuvo votos para dos diputados, quienes llegaron a presentar proyectos de ley en beneficio de los trabajadores. Con todo, tenían muy poca base para sustentar dicha actividad y el partido acabó por desvanecerse. Lo que sí es cierto es que tales sucesos pusieron de manifiesto que el estrato más bajo realmente tenía capacidad de organizarse por sí mismo y que ya por entonces buscaba alternativas fuera del marco político existente.

Un importante factor dentro de la evolución del movimiento fue el ingreso del partido republicano al poder en 1920, pero muy especialmente la presencia de Bautista Saavedra (presidente del gobierno republicano entre 1920 y 1925). En medio de las intrincadas luchas de facción, los saavedristas se encontraron en una posición débil y aunque sólo una minoría obrera podía participar en las elecciones, en cambio, muchos de los artesanos y semi proletarios de la capital sí lo hicieron. Así, pese a su reducido número el movimiento obrero artesanal estaba en posición de proveer su apoyo necesario a cualquiera de estas facciones dentro del impase en que se encontraba la élite dividida. (6) En su afán por lograr dicho apoyo, Saavedra promulgó decretos legalizando el derecho a la huelga y estableciendo un arbitraje formal del gobierno en caso de conflictos. Además llevó a la práctica la ley sobre horas de trabajo y aumentó ligeramente los impuestos a la industria estañífera.

Empero, la voluntad mostrada por Saavedra para promover la formación de grupos de poder más allá del contexto interno de la élite no fue muy grande. Así, en 1923, cuando la movilización minera a favor de sus derechos de organización se transformó en una huelga general en el campamento de Uncia, el gobierno de Saavedra la reprimió duramente y la organización se vino abajo. (7) Ese mismo año, Saavedra actúa con la misma fuerza y rigor para aplastar un levantamiento indígena en la comunidad altiplánica de Jesús de Machaca. Si bien Saavedra estaba dispuesto a utilizar a ciertos ele-

mentos tradicionales del estrato más bajo residentes en la capital como palanca en sus luchas de facción, ni él ni ningún otro líder permitiría cambios importantes en la distribución del poder vigente, particularmente si ese cambio se orientaba a grupos proletarios o a la masa campesina.

Lo experimentado con Saavedra no sólo sirvió de estímulo al creciente movimiento obrero-artesanal, sino también de lección objetiva. Su número era reducido y la mayoría de sus miembros estaban privados de derechos civiles, de modo que el movimiento del estrato más bajo poco pudo lograr a través del trabajo partidario y con las facciones de la élite tradicional. Su posición no les ofrecía muchas posibilidades de convertirse en un poderoso grupo de intereses dentro del sistema, por lo que se vio obligado a replegarse en sí mismo y a buscar formas alternativas de expresión. El mayor dilema se presentó a partir del hecho de que los mismos factores que obstaculizaban su expresión como grupo de interés actuaban simultáneamente contra la formación de un partido de clases viable y capaz de buscar poder por derecho propio; dilema que habría de frenar cada una de las fases subsiguientes del movimiento. Lo ocurrido con Saavedra fue el inicio de otros posibles sucesos -es decir, que aquellas facciones de la élite cuyo poder era débil, se sentirían tentadas a encontrar la forma de lograr apoyo de los de abajo. Pero, debido a la falta de solidez y a la desorganización del estrato más bajo, la situación política existente no se alteró fundamentalmente durante el corto periodo saavedrista. No obstante, el respaldo de los estratos más bajos habría de tener consecuencias más significativas en contextos posteriores.

En 1922 se produjo un hecho bastante importante dentro de esa situación. En un clima de intensa lucha y conspiración al interior de las facciones, Saavedra prohibió el servicio nocturno de taxis en la ciudad de La Paz, (8) con objeto de frenar la actividad de sus rivales. Los choferes de taxis reaccionaron severamente; y otros grupos (sobre todo los gráficos y ferroviarios) aprovecharon la oportunidad para

lanzar sus propias demandas. De modo que Saavedra tuvo ante sí una huelga general casi sin darse cuenta. Este paro de actividades tuvo un efecto notable; doblegó al gobierno que se vio obligado a suspender la prohibición a los taxistas, tuvo que hacer concesiones a otros grupos y reconoció a la Federación de Trabajadores Ferroviarios como la organización representativa oficial de este sector. (9) Este incipiente movimiento descubrió en la huelga su instrumento más eficaz. El movimiento laboral no podía actuar como grupo de intereses porque era demasiado pequeño, estaba desorganizado y en su mayor parte carecía de derecho a voto; por las mismas razones tampoco estaba en condiciones de lanzarse como un partido de clases; por último, en la situación vigente, su posición era débil frente a las administraciones empresariales. Sin embargo, en 1922 pudieron darse cuenta de que con una huelga se asestaba un duro golpe a la economía, se alteraba el orden público y se podía lograr una positiva atención del gobierno. Desde entonces, tanto las huelgas como las manifestaciones contra el gobierno llegaron a ser y se conservaron como los mejores instrumentos de lucha para los diversos grupos de artesanos, semiproletarios y obreros.

Luego de este su primer éxito, la actividad pública del movimiento obrero-artesanal pareció extinguirse, pero la organización perduró. El concepto de organización encarnado en el sindicato se difundió a lo largo y ancho de todo el estrato más bajo y el resultado fue una confusa multiplicidad de organizaciones. Con su orientación activista, el sindicato comenzaba a eclipsar la organización mutualista que se había mantenido al margen de la estructura sindical. Las corrientes generalizadas de descontento que surcaban todo el continente sudamericano también llegaron a Bolivia y se establecieron contactos con grupos chilenos y argentinos desde radical-socialistas hasta incluso anarquistas. La continua proletarianización de los artesanos, comerciantes de feria y grupos similares, y la consolidación de los sectores propiamente proletarios reforzaron el deseo de adoptar medidas de presión y su capacidad de llevarlas a la práctica. A lo largo de la década de 1920 tuvo lugar la última monopolización y

proceso de modernización de la industria estañífera y, en los campamentos más grandes, se sentaron las bases para la creación de sólidas organizaciones de trabajadores mineros.

Con todo, los ferroviarios siguieron ocupando el lugar más importante entre los proletarios y tendían a actuar independientemente aunque, en algunas circunstancias -como ocurrió en 1922-, se mostraban dispuestos a respaldar un esfuerzo común. Este sector constituyó la organización más fuerte y unida de la variedad de grupos en formación, pese a que, numéricamente, los grupos de artesanos y semiproletarios eran superiores y, dentro de ellos, los gráficos los más fuertes. Así, el movimiento en general seguía teniendo un sabor decididamente artesanal, con los gráficos como el grupo más representativo.

Aunque durante este importante período de gestación el movimiento mantuvo su programa de acción reivindicativa, se fue radicalizando más y más en términos ideológicos y retóricos y, aunque las posturas radical-socialistas ganaron terreno, la ideología más popular de ese período fue el anarquismo. Las dos posturas se atacaban mutuamente, obstaculizando así los esfuerzos por crear una organización nacional. Aún no disponemos de los datos necesarios para establecer la hipótesis, pero creemos que la predominancia del anarquismo fue posiblemente consecuencia de una mayor presencia de artesanos y semi-proletarios en el movimiento; posición que expresaba una reacción ante las devastaciones que se sufrían en nombre del desarrollo y la modernización, así como un deseo de volver al estado anterior de cosas. Los anarquistas se oponían a la formación de movimientos que buscaran poder político para utilizarlo; abogaban por la pureza sindical, por la destrucción del Estado por medio de la violencia y por el retorno a formas tradicionales de asociación. En todo caso, la relación del anarquismo con los movimientos artesanales cobra realidad si observamos que, después de 1935, lograron predominar en el movimiento los grupos verdaderamente obreros y el anarquismo se extinguió rápidamente en Bolivia. (10)

Los gráficos parecían definirse como un grupo de transición entre los sectores laborales con proyección al futuro y los artesanos apegados al pasado; ideológicamente estaban muy divididos y adoptaron diversas direcciones, pero nunca lograron una posición oficial. En la práctica, los gráficos buscaban sin cesar una posición socialista moderada. Con la posterior aparición de grupos proletarios organizados, los gráficos perdieron el liderazgo y actualmente no son más que un pequeño grupo moderado y mínimamente influyente. (11)

Finalmente, en 1927, el movimiento cumplió su deseo de crear una Confederación Nacional. En Oruro se realizó un congreso al que asistieron más de doscientos delegados y se dio comienzo a una organización denominada **Federación Obrera del Trabajo**. Si bien la asamblea adoptó una plataforma basada en el principio de lucha de clases, ante las diferencias entre anarquistas y socialistas, no hubo afiliación internacional alguna. Una vez lanzada, la Confederación ganó influencia hasta un cierto punto y, a pesar de las discrepancias internas, ha habido a partir de 1927 alguna forma de funcionamiento de la Confederación Nacional. Con todo, tanto ésta como las confederaciones posteriores nunca pasaron de ser meras agrupaciones sin mayor cohesión hasta 1952, por los factores ya mencionados y por otros que analizaré más adelante. El movimiento logró un cierto grado de unidad general, pero no pudo crear un movimiento unificado basado en el principio de la lucha de clases.

Fue asimismo a fines de la década de 1920 cuando se iniciaron los primeros contactos reales entre el movimiento obrero-artesanal y los intelectuales de izquierda de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía. Y, aunque sirvieron para impulsar la creación de diversos partidos socialistas, estos contactos fueron esporádicos y en aquella época no se llegó a establecer ningún lazo permanente. Los contactos, sin embargo, dejaron un importante legado ideológico y señalaron el camino hacia una coalición potencialmente más fuerte. (12)

De los apuntes anteriores pueden extraerse dos aspectos fundamentales: durante las dos primeras décadas de este siglo se acumuló en los niveles más bajos del sistema prerrevolucionario una considerable presión en favor de un cambio fundamental. Los grupos artesanos y semi-proletarios buscaban protección frente a los efectos de la política de desarrollo y libre comercio adoptada por el gobierno. En tanto que los grupos laborales modernos recientemente surgidos exigían satisfacción a sus nuevas aspiraciones, facultad para controlar sus condiciones de trabajo e instrumentos para competir por una porción del reparto económico.

Este tipo de movimiento combinado y presión de los de abajo constituye un rasgo característico de los procesos de desarrollo y modernización, donde quiera que ocurra. Se han realizado una serie de estudios para analizar por qué determinados países pudieron o no adaptarse al proceso. Uno de los problemas políticos esenciales de la era moderna es sin duda la descomposición de los antiguos grupos sociales y la incorporación de otros nuevos. Aún en las mejores circunstancias, la solución a este problema ha sido siempre difícil.

El hecho de que Bolivia no estaba en la mejor situación para salir del problema a fines de la década de 1920 es incuestionable. Es más, la élite nacional se mostraba cada vez menos dispuesta a favorecer cambio básico alguno ni en el orden económico ni en el político. En las décadas subsiguientes, optó por hacer frente a los enérgicos desafíos del estrato más bajo con resuelta intransigencia. Esta forma de encarar las demandas del estrato más bajo parece indicar que la élite gobernante boliviana era moderna en su retórica, pero profundamente tradicional y castiza en su estilo y práctica de acción; rasgos que la hacían sencillamente incapaz de constituirse en agente de adaptación y cambio elementales.

Pero el problema no se limitaba, en realidad, a la buena o mala voluntad de la élite para promover reformas y cambios; pues, el modelo de desarrollo desigual, la dependen-

cia de factores que estaban fuera del control local, el paulatino agotamiento de la industria estañífera y el debilitamiento del impulso al desarrollo, pusieron en tela de juicio la capacidad de adaptación del propio sistema. El movimiento obrero-artesanal ya estaba tocando las puertas de una situación económica crecientemente estática y las de un orden político que se estaba atrofiando poco a poco. La política de facciones dentro de la élite fue en aumento y, como señalaba anteriormente, el sistema tendía hacia un mínimo de cambio y movimiento en términos políticos, sociales y económicos. Por otra parte, el inmovilismo estructural contribuyó a reforzar dicha tendencia. El rumbo político que el estrato más bajo tomó después se puede explicar en función de la contradicción existente entre un movimiento fragmentado y las demandas de cambio dentro de un sistema general, estático en su capacidad de cambiar adaptándose.

A lo largo de este primer período de crecimiento, el movimiento obrero-artesanal evolucionó en la periferia de la estructura de poder político dominante en el país. No existía vínculo alguno a través del cual pudiera ganarse al movimiento para la lucha de facciones al interior de la élite; y el movimiento tampoco tenía la capacidad de lograr la solidez interna suficiente y proyectarse como fuerza independiente. Lo más que consiguió fue llamar la atención con sus ataques al sistema, por medio de manifestaciones y huelgas generales.

Como resultado de lo anterior, el movimiento experimentó un período relativamente largo de evolución interna independiente. Tanto en general como individualmente, los grupos del estrato más bajo aprendían a organizarse y comenzaron a edificar una tradición de trabajo autoconsiente e independiente. La continua marginación de que eran objeto y su propia impotencia contribuyeron a fomentar una orientación cada vez más radical y una mayor predisposición a los ataques agresivos al seno del poder político, cuando comprobaron que sólo así se atendían sus demandas económicas.

Sin embargo, más importante aún fue el surgimiento de un estrato de dirigentes por sector dentro del mismo estrato más bajo. Excluidos de la élite nacional, estos dirigentes se convirtieron en el punto de referencia y compromiso tanto para los artesanos como para los obreros, pero especialmente para estos últimos. Todos estos factores estaban en juego y contribuían a crear una sólida fuerza militante, marginal y paralela a la principal corriente política nacional boliviana. Además, había surgido una élite sectorial potencialmente muy fuerte, que no sólo podía presionar severamente en favor de las demandas de sus seguidores, sino que, a la larga, exigiría su ingreso dentro de la esfera de poder y de control nacionales.

Estancamiento Económico y Contradicciones Ideológicas

Como se mencionó anteriormente, la creciente ola de demandas de los de abajo era sólo una de las fuentes de la tensión que el país comenzó a experimentar en la década de 1920. Para entonces, el sistema nacional había dejado de crecer y la movilidad social ascendente se había interrumpido. La burguesía nacional erigió barreras de casta, raza, familia y estilo cultural entre ella y los otros grupos. La pequeña burguesía dependiente quedó atrapada en el medio, sin lugar a donde dirigirse, a no ser por un centro muerto o hacia abajo. La clase media artesana tradicional estaba bajo la presión económica y en un proceso de declinación social. El único elemento dinámico lo constituía una incipiente clase obrera nacida de la industria estañífera y sus actividades auxiliares; este ascendente dinamismo, apuntalado por las demandas artesanas, la llevó a un enfrentamiento directo con el creciente inmovilismo del sistema en su conjunto. Estaban entrando en juego fuerzas negativas, como el desempleo y otras formas de descomposición. En una palabra, se estaban desarrollando una multiplicidad de fuertes contradicciones.

La primera serie de contradicciones enfrenta valo-

res claves de la ideología liberal y aspectos de la realidad objetiva. Las nociones liberales de igualdad, ciudadanía y ascenso merecido se enfrentaban duramente con las siempre vigentes nociones tradicionales de casta, raza y linaje. Con las exigencias de poseer bienes raíces y de alfabetismo se estaba negando la ciudadanía a más de tres cuartas partes de la población. Además, frente al impulso de movilización iniciado con el auge del estaño, se encontraban nuevas barreras de casta. Pero había también otra cara de la situación: la clase artesana, cuya existencia y legitimación dependía de los valores tradicionales aún vigentes, estaba siendo metódicamente empobrecida por los principios liberales en la esfera mercantil.

Junto al liberalismo positivista adoptado a principios del presente siglo en Bolivia, se introdujeron los valores de nación y desarrollo sistemático. Los diversos gobiernos "liberales" justificaron su dependencia del estaño como la mejor forma de desarrollar el país. Aunque estos valores eran asumidos y utilizados por los sectores activos y educados de la población, chocaban con las realidades básicas del país. (13)

El inicial impulso de desarrollo a la producción de estaño disminuía paulatinamente y un retroceso se hizo evidente hacia fines de la década de 1920. Un ciclo reiterativo de auge y caída provocado por la expansión o contracción de la demanda en el mercado externo mostró de manera concluyente el escaso control que Bolivia ejercía sobre su economía. Además, el país vivía bajo la constante amenaza de pérdidas territoriales. Grandes extensiones de lo que legalmente constituía Bolivia no tenían vigencia nacional; la mayor parte de la población del país vivía fuera del "sistema nacional". De ahí que las ideas liberales de "nación", "autodeterminación" y "progreso" estuvieran en contradicción con la realidad de la Bolivia creada por los que suscribían la retórica liberal.

En un mundo donde el nacionalismo estaba ganando

primacía universal en la doble forma de progreso como meta y Nación-Estado como objeto de ese progreso, habría causado sorpresa que las anteriores anomalías no hubieran originado disidencias en Bolivia. (14) Pero, aún en este caso, un sistema fuerte podría haber frenado indefinidamente esa disidencia y avanzado gradualmente a través de la adaptación y el cambio; pero estaban en juego desequilibrios estructurales aún más fundamentales.

Como señalaba antes, hacia la década de 1920, la economía boliviana dependía casi exclusivamente de la buena salud de la industria estañífera. Para 1925, habían indicadores más y más evidentes de que dicha industria estaba lejos de ser saludable, hecho que ya tenía un grave impacto en la sociedad en su conjunto. En realidad, se podría afirmar que, aproximadamente a partir de 1925, Bolivia comenzó a sufrir un estado de crisis económica permanente; la que se transformó en obsesión nacional y motivo de alteración política. Esta agravada crisis económica, resultado de una base económica estática, fue el tema de un extenso artículo publicado por el periódico paceño *El Norte* en 1927, donde se reconoce la gravedad de la situación:

La república sufre en estos momentos una aguda crisis económica, que a medida que transcurre el tiempo, toma caracteres de mayor gravedad, a pesar de todas las reformas y proyectos formulados para aménorar y suprimir sus consecuencias... La industria minera, principal fuente de nuestra economía, no puede abastecer al progresivo aumento de las necesidades... El aumento de la población, que se concentra en determinados centros; la falta de vías de comunicación; las distancias que separan a regiones que podrían producir, de los centros de consumo, el ausentismo de enormes capitales y la carencia de industrias, son, ligeramente, las causas de nuestra difícil situación económica... El país no cuenta, exceptuando la minería, con ninguna otra fuente estable de riqueza. Durante los últimos

diez años, las necesidades de consumo y la atención de los servicios públicos, han aumentado enormemente. El aumento de producción no guarda relación alguna, y ese desequilibrio ha producido la angustiosa crisis financiera.(15)

Este artículo no fue una declaración aislada, pues, a fines de la década de 1920, tanto las páginas de *El Norte* como de *El Diario* se referían continuamente a las manifestaciones del desorden económico en todo el país. Uno de los problemas que se mencionaba con mayor frecuencia era el del efecto de la subida de precios en las economías de las clases media y trabajadora. (16)

Una importante consecuencia del desequilibrio entre sociedad y economía fue la problemática situación que debían enfrentar la pequeña burguesía, en general, y las futuras generaciones, en particular. El sistema estaba educando a una extensa generación de individuos para que cumplan papeles de primera y segunda categoría dentro de la élite, más allá de la capacidad de poder ofrecérselos. La sociedad no estaba en condiciones de brindar oportunidades en niveles para los que linaje y educación habían enseñado a aspirar a estos jóvenes.

El sistema educativo ponía más énfasis en preparar para carreras profesionales y administrativas, que en las empresariales. (17) Hacia 1920, las profesiones, que servían a un sector pequeño y estancado, estaban saturadas; y la burocracia gubernamental aumentaba sin objetivos funcionales. (18) Los cargos administrativos más altos de la mayor industria del país eran ocupados fundamentalmente por extranjeros; (19) la mayor parte del comercio de importación-exportación estaba en manos de empresas extranjeras. (20) El tipo de tierras apropiadas para la expansión y desarrollo de la hacienda comenzaba a escasear y los predios familiares eran subdivididos entre los hijos. Las actividades comerciales y empresariales eran despreciadas por los defensores de los valores tradicionales.

La política era, pues, la única salida para los ambiciosos jóvenes de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía. Caracterizada por un faccionalismo y un personalismo endémicos, la política de "pegas" se puso al orden del día (21). Las luchas al interior de la élite eran graves y hasta inmorales. Perder una de esas disputas constituía un desastre para la carrera de un individuo y para su familia; de modo que la violencia y las amenazas de golpe de estado aumentaron consecuentemente. En una palabra, se estaban sentando las bases para la alienación de las futuras generaciones de la élite y subélite.

Esta alienación se hizo realidad a partir de 1925. Surgieron focos de actividad política contra el sistema, primero en las universidades y, poco a poco, se extendieron por todos los niveles de profesionales jóvenes. Este descontento también se expresó en la actividad literaria; una situación equivalente al fenómeno prerrevolucionario que Crane Britton ha denominado la "deserción de los intelectuales". (22) La generación que, a fines de la década de 1920 y principios de 1930, alcanzaba la mayoría de edad miraba con desdén la política boliviana ávida de "pegas" y particularmente carente de alternativas viables; y, además establecieron una relación directa entre su miserable futuro y una economía atrapada en su base mono-económica.

Uno de los portavoces más claros de esa generación fue el periódico *La Calle*, creado en 1936 por jóvenes profesionales. En su primera edición, *La Calle* vituperaba así el problema de la política de "pegas":

Habiéndose concentrado las actividades del país en la explotación de la industria minera, que benefició determinados intereses, todos los gobiernos tropezaron con la carencia de otras fuentes de trabajo, que lógicamente, les obligó a satisfacer sus compromisos de orden político, buscando colocaciones en el Presupuesto y creándolas a medida que las exigencias se lo imponían. (23)

En un artículo posterior, *La Calle* retomaba el problema, centrándose en lo que supone esta situación para el individuo que entra en el círculo vicioso de ese tipo de "pegas" políticas:

Bolivia, desde hace muchos años, justamente, desde su crecimiento económico, estaba entregada a grupos políticos que se alternaban en el poder, con programas ampulosos que no se cumplían nunca y que al final estancaban a la república en un caos de retórica y de discursos demasiado grandilocuentes. El mando de cargos oficiales de importancia, eran el patrimonio de esos grupos que, sólo por excepción y por circunstancias especialísimas, solían admitir un elemento nuevo que se hubiese destacado. Y sucedía que muy pronto, los intereses creados, los compromisos, la presión de conjunto, acababan por anular toda personalidad, toda iniciativa en el nuevo elemento que entraba en el clan privilegiado. Pronto seguía la corriente y era uno más, frente a la enorme masa del pueblo inculto o semiculto y de la intelectualidad auténtica que, fatalmente, por necesidad, tenía que servir a los grupos en pugna por el poder. (24)

La generación que levantó sus primeras banderas políticas entre 1927 y 1928, lo hizo en un contexto donde se enfrentaban con dos realidades: por una parte tuvo que reconocer la desigualdad existente entre la situación general de su país y la de naciones más avanzadas; y, por otra, desde el punto de vista personal, se enfrentaba con una situación interna estática que sólo ofrecía alternativas inadmisibles para el desarrollo de una carrera aceptable dentro del marco vigente. (25)

Como parte de un proceso natural, estratos de la élite y subélite estaban sobrepasando las bases económicas de su propia condición. Hacia fines de 1920, el proceso había

llegado tan lejos, que el viejo estilo político de facciones al interior de la élite era un mecanismo cada vez menos viable para los ambiciosos y para los que buscaban seguridad. Anteriormente, Bolivia había tenido disidentes y exponentes de ideologías radicales; sin embargo, estas prematuras voces eran minúsculas e insignificantes de cara a la estructura fundamental de poder en el país. A fines de la década de 1920, hubo en el país un flujo continuo de literatura marxista y de otras ideologías, que habría de ganar gran popularidad, especialmente en las universidades. (26) Un creciente número de jóvenes de la élite boliviana se mostraba favorable a modelos de pensamiento y acción renovados; todos contrarios al liberalismo y proyectados hacia la reforma radical o la revolución. La ideología liberal positivista -a través de la cual la autoridad del orden existente encontraba su legitimación- estaba perdiendo control sobre el grupo más importante del país: la generación futura de la élite; la cual, en circunstancias normales, luego de asumir el marco de pensamiento y valores existente, asumiría el control del poder y le daría continuidad.

En realidad, se estaban comenzando a sentir los primeros efectos de una ruptura general -ruptura que, a nivel de la élite, profundizaría más y más las barreras entre ganadores y perdedores, junto al creciente alejamiento entre burguesía nacional y pequeña burguesía, su grupo de apoyo más importante. La expresión más inmediata de este debilitamiento en la unidad de los sectores dominantes del país se dio a nivel generacional.

Nacional-Reformistas y Revolucionarios Socialistas

La disidencia, el deseo de cambio y la heterogeneidad ideológica eran generales después de 1925, pero no estaban bien concebidas y no fueron más allá de la expresión de un profundo descontento y una creciente alienación. Retrospectivamente, estaba clara la división en dos tipos de pensa-

miento y acción dirigidos al cambio: la primera, una tendencia nacional-reformista y, la segunda, una socialista revolucionaria. Sus líneas políticas eran muy poco claras y muchas veces se confundían entre sí. El origen de las posiciones sistemáticas que se adoptaron después puede encontrarse, sin demasiado esfuerzo, en estos incipientes modelos de cambio, contrarios a aquel por entonces predominante. Desde el comienzo, ambas tendencias no sólo mostraban una percepción diferente del dilema que vivía la nación, sino también distintas preferencias en relación a tácticas y estrategias.

La tendencia nacional-reformista estaba más estrechamente relacionada con profesionales jóvenes que ya estaban en el escenario político, sobre todo en la ciudad de La Paz. Algunos de los nombres más notables ligados a este movimiento eran: Augusto Céspedes, Carlos Montenegro y Enrique Baldivieso. Por su parte, donde se evidenciaba más la tendencia socialista revolucionaria era entre los universitarios, particularmente en Cochabamba y Sucre; entre las personas más importantes comprometidas en esta tendencia tenemos a José Antonio Arze, Ricardo Anaya y Arturo Urquidí Morales. (27)

El grupo nacionalista tenía una organización poco definida y era desigual ideológicamente. Con frecuencia los miembros del grupo se referían a sí mismos como la "generación del centenario". No tenían claras las causas de su descontento, ni los remedios específicos que debían aplicarse y tampoco poseían una referencia ideológica determinada. Uno de sus miembros más ilustres manifestaba que no sabían mucho de marxismo y que estaban más influidos por escritores como Ortega y Gasset o Bergson; señalaba asimismo que los movimientos reformistas de la Universidad de Córdoba, Argentina, la revolución mexicana y el movimiento aprista peruano (Partido Revolucionario Nacionalista creado a principios de la década de 1920) les servían de estímulo, si bien se trataba de una respuesta más emocional que ideológica ante tales movimientos. (28)

Los nacionalistas planteaban su política desde una

posición emocional y negativa -un rechazo emocional generalizado ante lo que el pensamiento y acciones "liberales" habían dejado acontecer en Bolivia. Concebían a su enemigo como una oligarquía que, a través de los partidos tradicionales, se nutría del país: "Vacilábamos entre la anticultura mental y un sentimiento confuso, pero fuerte, de la obra negativa realizada por la oligarquía con las ideas liberales". (29) Afirmaban que su tarea era renovar el sistema, con objeto de redescubrir aquello que los liberales habían pervertido. Se consideraban, a sí mismo, una nueva generación cuyo destino era iniciar un período nuevo, por medio del cual recrearían la República. (30)

Desde el punto de vista táctico, este grupo actuaba dentro del marco de la política de facciones propia a la élite tradicional. Aunque se había creado un partido nacionalista, no dejó de funcionar como una joven camarilla elitista. No hubo intento alguno por construir una base de masas estable o de tomar contacto con el movimiento obrero-artesanal. Acorde con la situación contemporánea, procuraron ganar poder inmediatamente y aceptaron altos cargos en el gobierno. Consecuentemente, buscaban un líder entre las reservas existentes de poderosas figuras nacionales.

Finalmente, el grupo se unió a Hernando Siles, presidente de Bolivia después de 1925, y una de las personalidades más destacadas del partido republicano. Siles mismo participaba en una intrincada lucha de facciones al interior de su partido. Como sucesor elegido "a dedo" por Bautista Saavedra, Siles procuró diferenciarse de su antiguo mentor y asumió el liderazgo de su facción por derecho propio. El nuevo grupo nacional-reformista le brindó la oportunidad de construir su propia facción personal y él invitó al grupo de Baldívieso a unírsele en la "edificación de una nueva era". Como retribución a su respaldo, Siles se identificaba más y más con los nacionalistas e intentó algunas reformas. Su coqueteo con el impetuoso grupo de jóvenes provocó la oposición del resto del partido republicano. De modo que los nacionalistas se convirtieron en un partido semioficial, en la

única base de apoyo a Siles.

No era una base muy estable. En un clima de descontento social y crisis económica, Siles anunció, en 1929, su intención de permanecer en el poder con el respaldo nacionalista. De cara a la lucha por la rotación del poder al interior de la élite, este pecado capital fue el detonante para formar un frente unido contra Siles, con el resto de las facciones y sin diferencias partidarias. La oposición dió el paso decisivo el 27 de junio de 1930, día en el que se destronó a Siles y a los nacionalistas a través de un rápido golpe de estado.

Sin embargo, hay que decir que la alianza de Siles y los nacionalistas marcó un importante momento de transición. A pesar de sus planteamientos reformistas, los nacionalistas también eran una facción tradicional que, aunque se identificaban generacionalmente y por su orientación hacia el cambio, participaba en la tradicional lucha por el poder y los despojos y status que ello proporcionaba. Teniendo en cuenta las carreras ulteriores de algunos de estos hombres, es evidente que el oportunismo jugó un gran papel en la aventura nacionalista. (31) Y si bien es cierto que la lucha personalista de facciones al interior de la élite continuaba, se añadió una nueva dimensión ideológica, a partir de la cual los grupos rivales promovían una franca presión por cambios y reajustes básicos en el sistema.

En lo que a la tendencia socialista revolucionaria se refiere, desde su inicio ésta fue una fuerza más sistemática, más coherente y más organizada y su orientación fue y siguió siendo el marxismo leninismo. Sin mucho retraso, este grupo comenzó a formular una crítica marxista acerca de los males del país y a proyectar la substitución del orden liberal por uno socialista. (32)

Los nacionalistas procuraron ingresar en el gobierno inmediata e individualmente, con poca o ninguna idea de qué hacer con el poder. En tanto que la creciente tendencia

socialista se abocó a desarrollar su crítica ideológica y a sentar las bases para un movimiento de base amplia. Desde Cochabamba, por ejemplo, comenzaron a circular libros y folletos con un marxismo adecuado a la lectura y aplicación nativas; se buscaron e hicieron contactos con el movimiento obrero-artesanal y se discutió la posible formación de nuevos partidos y organizaciones.

En su primera etapa fue un movimiento fundamentalmente universitario. El tema específico y menos decisivo de la reforma universitaria -un símbolo continental por entonces- fue el punto central alrededor del cual se lanzó un impulso generacional concertado. En 1928, se llevó a cabo una reunión ampliada en la Universidad de San Simón de Cochabamba, a la que asistieron delegados de todo el país. Y aunque este grupo representaba no sólo posiciones socialistas, los líderes estudiantiles y académicos de izquierda estaban en franca mayoría. La reunión concluyó con la creación de una Federación Nacional de Estudiantes y Catedráticos y la decisión de luchar por alcanzar la reforma universitaria.

La movilización a favor de la reforma universitaria llevó al movimiento estudiantil -mayoritariamente socialista- a una confrontación directa con Siles y los jóvenes profesionales e intelectuales nacionalistas que lo rodeaban. Por su parte, Siles se opuso a sus demandas e implantó una política de represión al movimiento; lo que provocó la salida de los estudiantes a las calles, donde se unieron con obreros y otros grupos, aumentando así el nivel ya elevado de disturbios originados por la grave crisis monetaria que atravesaba el país y por los primeros efectos de la depresión mundial. Como parte de su táctica para acorrallar a Siles, las facciones tradicionales lograron el apoyo del movimiento estudiantil con la promesa de otorgar la reforma universitaria, la respuesta de los estudiantes fue un incremento en el ritmo e intensidad de sus manifestaciones; y el ejército no necesitaba otra cosa que mayor grado de desorden social como pretexto para tomar el poder en 1930. Sin el estorbo de Siles y los nacionalistas, se decretó la reforma universitaria y el

ejército entregó el gobierno a una coalición de facciones tradicionales.

Inmediatamente las facciones tradicionales se disputaron la presidencia y los cargos que desde allí se distribuían, retornando de esa manera al antiguo modelo político nacional. Pero, no hay que olvidar que tanto Bolivia como el mundo estaban bajo el peso de la depresión. En este país, los efectos se hacían sentir más debido a las contradicciones estructurales que, al no poder ya resolverse, hacían imposible cualquier retorno a políticas tradicionales.

Hacia 1930 ya se perfilaba el futuro político de Bolivia. La creciente presión resultante del estancamiento y el inmovilismo avivaron el clamor a favor del cambio. Cada vez más, jóvenes de la nueva generación de la élite abandonaban total o parcialmente el marco de valores bajo el que se formaron y todas sus energías y acciones se orientaban hacia un otro marco alternativo. Desde sus propias élites y subélites, el sistema estaba generando una ola de élites reformistas y revolucionarias.

Simultáneamente, el antagonismo entre el ascendente movimiento laboral, reforzado por la declinación económica de los artesanos, provocó demandas de cambio de otra índole. La intransigencia de la élite, la frustración originada por la propia incapacidad del movimiento obrero de influir en la lucha entre las élites o de crear un partido propio, y el descubrimiento de lo eficaz que podía ser la acción destructora, sirvieron de incentivo para que este sector tan crucial adopte un método revolucionario para garantizar el cambio. En los niveles más bajos del sistema nacional, un público potencialmente muy fuerte se estaba mostrando favorable a la movilización auspiciada por las contra-élites destinada al reordenamiento o destrucción del sistema.

CAPITULO IV

Depresión y Guerra: Aceleradores

Bolivia sufrió las primeras conmociones provocadas por la depresión mundial en 1927. La aparente elasticidad en la demanda de estaño por parte de los centros mundiales de la industria estaba más ligada a la preparación y ejecución de la guerra, que a las necesidades de un crecimiento natural. Con el final de la Primera Guerra Mundial y cuando aún no se rearmaban para la Segunda, hubo una contracción y nivelación en la demanda de estaño. Como resultado hubo una paulatina caída de los precios y del poder adquisitivo de la minería estañífera boliviana.

El nivel de producción siguió aumentando, hacia su cifra máxima de 1929. Se pudo mantener e incluso aumentar el valor general de las exportaciones. Con todo, era imposible

eludir el significado de esa tendencia. La industria tenía que incrementar permanentemente su producción simplemente para sobrevivir; ya que para aumentar sus ganancias habría sido necesario elevarla en mucho mayor grado. (1) Como si la brecha entre producción y precio no fuera lo suficientemente nociva, estaban en juego factores aún más negativos. La necesidad de ampliar el volumen en toneladas no sólo reflejaba la disparidad en el precio, sino el hecho de que la cantidad de estaño vendible por tonelada de tierra removida estaba disminuyendo. El mercado externo se estaba volcando en contra de esta industria, lo mismo que las extenuadas montañas de donde se extraía el metal. La industria se encontró frente a una doble determinación.

A largo plazo, las consecuencias de tal tendencia son evidentes; y los efectos más inmediatos se dejaron sentir, en primer lugar, en el campo de las finanzas gubernamentales. Hacia 1927, el gobierno boliviano estaba hipotecado a bancos extranjeros; y durante el segundo año de gobierno de Siles, el país soportaba la angustia que supone una crisis financiera total; crisis agravada por la creciente tensión fronteriza entre Bolivia y Paraguay, la cual a su vez aumentaría de manera considerable el porcentaje de gastos militares. Para el presupuesto nacional de 1929 el problema financiero mostraba tener una dimensión gigantesca: alrededor del 37% de los gastos fueron destinados exclusivamente al pago de la deuda externa, en tanto que un 20% correspondía a las necesidades militares; (2) lo cual contribuyó a debilitar peligrosamente la situación financiera del país. Entregado a la tarea de cumplir con el pago de la deuda externa -que exigía incrementos constantes en los desembolsos del presupuesto- el gobierno estaba reduciendo sus propios ingresos. Durante largos años había sobrevivido con su confianza puesta en el futuro y más allá de su capacidad financiera; pero la "gallina de los huevos de oro" estaba envejeciendo y los años de acumulación de la deuda ya resultaban una carga demasiado pesada de soportar.

Fuertemente golpeada por la depresión, Bolivia se

encontraba al borde del abismo; su estructura financiera había llegado al colapso. El gobierno suspendió el pago de la deuda externa y, en la práctica, se declaró la bancarrota total del Estado boliviano. Su reputación financiera internacional quedó aniquilada y el gobierno no tuvo más remedio que recurrir a los préstamos internos y a la flotación de la moneda para mantener en funcionamiento la economía. Con ello estaba dando el primer paso hacia una inflación ya inevitable. Empero, ese colapso no puede considerarse una aberración temporal originada por la depresión, sino consecuencia de los profundos desequilibrios estructurales acelerados por la depresión. Cuando sobrevino, el colapso fue definitivo y desencadenó una serie de dificultades financieras de las cuales todavía no se ha recuperado totalmente el país.

El edificio financiero del Estado se desmoronaba a medida que la industria estañífera perdía pie, pues la declinación del estaño tampoco era ninguna aberración temporal, sino el límite hasta dónde los problemas estructurales, profundamente asentados como consecuencia de la dependencia económica del país en esta industria, podían llegar. La tendencia descendente de los precios era una complicación más, pero la depresión ocasionó una declinación de la que la industria nunca se recuperaría de manera efectiva. El ritmo de la producción tendía a bajar irreversiblemente; y lo que es aún más grave, la cantidad y calidad de estaño por tonelada de tierra disminuía continuamente, ocasionando crecientes problemas de recuperación (3). Por otra parte, la tasa costo/utilidad era crecientemente desigual y Bolivia se encontró con dificultades en su capacidad competitiva. Con todo, el factor fundamental fue el constante retraimiento de inversiones en la industria a partir de 1929. El año anterior, el capital de esta industria era de aproximadamente 160 millones de dólares; en tanto que, en 1952, era apenas de 161.2 millones de dólares, lo que indica que el nivel de reinversiones superó muy poco el costo de mantenimiento de los equipos. (4) Quizas intimidados por la depresión o debido a que comprendieron cuál era la tendencia, los barones del estaño optaron por sacar poco a poco sus capitales de las minas.

Los efectos de la depresión se propagaron rápidamente hacia todos los sectores económicos activos del "sistema nacional". El desempleo era un mal generalizado y crónico, que obligó a los gobiernos locales y nacional a implementar proyectos de trabajo. (5) A los despidos masivos se añadieron elevaciones de precios y una aguda escasez de alimentos y otros artículos de primera necesidad en las ciudades. Al agotarse las reservas del país, se restringieron las importaciones, pero el sector agrícola local no estaba preparado organizativamente para compensar esa deficiencia. Tampoco en este caso fue la depresión la causa de los problemas, únicamente un factor que precipitó los desequilibrios y contradicciones ya existentes.

La agudización de la crisis económica se reflejó asimismo en la esfera política; las huelgas, manifestaciones y desórdenes civiles eran hechos cotidianos. Todo ello acompañado de la ampliación y radicalización del movimiento obrero-artesanal, junto al estudiantil. Lo más significativo de las expresiones de descontento fueron las manifestaciones y marchas de protesta de los grupos pertenecientes a la pequeña burguesía reaccionando ante la subida de precios y la escasez. En algunos casos, tales expresiones alcanzaron nuevos niveles de disidencia y se decía que hubieron intentos quijotescos de llevar a cabo revoluciones socialistas o anarquistas. (6)

La junta militar que derrocó a Siles en 1930 entregó sin demora el gobierno a una coalición de partidos tradicionales; quienes, a su vez, luego de una prolongada lucha interna ofrecieron la presidencia a Daniel Salamanca, el verdadero epitome de la élite tradicional. Como respuesta a los constantes desórdenes callejeros provocados por el agravamiento de la crisis, Salamanca declaró una guerra abierta a la amenaza "comunista". Expuso claramente que en su administración no se producirán cambios estructurales básicos y quien insistiera en reclamarlos, debía asumir las consecuencias.

Salamanca no sólo no se esforzó por resolver los desequilibrios causantes de la crisis, sino que avivó el temor ante una amenaza comunista extranjera entre la población. Y, cuando comenzaron a sonar los tambores que anunciaban la guerra, apeló al chauvinismo boliviano, de modo que los aprestos de guerra con el Paraguay le sirvieron de paraguas para justificar la represión dirigida a la oposición interna. Empleaba esos mecanismos en su afán por distraer las crecientes presiones internas en demanda de cambio.

A través del empleo de la fuerza, de los despidos por razones políticas, de los boycotts, encarcelamientos y exilios, se logró romper los movimientos huelguísticos y desmoralizar al movimiento obrero. Se utilizaron las mismas técnicas para sofocar las actividades estudiantiles y las de los intelectuales más radicales. Ese objetivo se logró con bastante éxito, pues la oposición radical se disgregó y pasó a la clandestinidad. Aunque se pudo reprimir las amenazas de los de abajo y de la izquierda política, prácticamente no se tocaron las causas del malestar.

En el clima de agitación que supone una crisis económica, existe un límite dentro del cual el gobierno logra sobrevivir con represión, especialmente cuando la crisis se agudiza paulatinamente y afecta al bienestar de sectores que normalmente conforman las bases sobre las que se asienta el gobierno. En el caso boliviano, la crisis afectaba precisamente a esos sectores y prueba de ello es el aumento de las actividades de protesta entre funcionarios de gobierno y otros grupos de empleados.

Cualesquiera que hayan sido sus razones, fue en este contexto que Salamanca decidió llevar a su país a una guerra internacional de enormes proporciones. La guerra se produjo a raíz de la disputa entre Bolivia y Paraguay en torno al territorio conocido como El Chaco. Esa fracción de tierra erial nada fértil, ubicada a una distancia de varios días de viaje desde La Paz, habría de ser el escenario donde un ejército compuesto por indígenas de los Andes y conducidos

por elementos urbanos de la misma región, pondrían a prueba el honor nacional y, por añadidura, la realidad de algo tan abstracto como la nación boliviana.

Guerra del Chaco

Desde un punto de vista teórico, la guerra puede considerarse como una buena apuesta: ¿qué resistencia podía ofrecer un país pequeño y atrasado como el Paraguay frente a Bolivia, país relativamente industrializado y cuyo ejército había sido entrenado por asesores militares alemanes de alto nivel (contratados años antes por el gobierno boliviano). Cuando se hizo evidente que, pequeño o no, el Paraguay, con respaldo financiero argentino, (7) tenía una excelente oportunidad de ganar la guerra, la humillación que sufrió Bolivia fue considerablemente magnificada.

La guerra se inició en julio de 1932 y llegó a su término en junio de 1936, con la victoria paraguaya. Desde el principio, los paraguayos superaron por completo en pensamiento, capacidad de lucha y resistencia a los aturridos bolivianos muchos de los cuales lucharon en un medio ambiente tan ajeno a ellos, que podía parecerles un otro mundo. Una guerra concebida como una operación relámpago, se transformó en una "guerrita" lenta, opresiva, sucia y agotadora. En un país donde apenas se podían proveer los medios necesarios para prolongar el esfuerzo militar, aún se buscó sacar más de una economía ya extenuada. (8) El gobierno aumentó sus préstamos internos (principalmente de Patiño) y siguió emitiendo moneda sin respaldo alguno.

Con objeto de hacer frente a las necesidades militares para, al menos, mantenerse firme en la guerra, el gobierno se vió obligado a iniciar un proceso dinámico de movilización y convirtió a la Guerra del Chaco en una cruzada nacionalista. Como incentivo a la movilización y en un intento de sublimar los sacrificios que implicaban una

guerra, se fomentó el fervor patriótico y el chauvinismo. En verdad, ésta fue la primera guerra "nacional" boliviana y el primer esfuerzo verdaderamente "nacional" de ese país.

Cuando en un Estado moderno se ha encendido y avivado el espíritu nacionalista hasta el grado de la exaltación, ese sentimiento tiende a adquirir características de un hondo principio de autoridad. El hecho de que pocos gobiernos y pocos órdenes políticos hayan sobrevivido a la derrota en una guerra moderna, movilizadora y justificada con el nacionalismo, indica una regla empírica de la política moderna: quienes utilicen el nacionalismo para justificar las demandas y sacrificios de una guerra mejor que sean los ganadores. Pero, la Bolivia de Salamanca fue un perdedor definitivo.

Por todo lo anterior, nos preguntamos: En un país como Bolivia, ¿para quién se supone que el nacionalismo sería el principio de acción que lleve al sacrificio y tal vez a la muerte? ¿Para el campesino indígena que vive como un pueblo dominado y al margen de todo el significado de lo que se llama Bolivia? Difícil. Si el indígena soportó el mayor esfuerzo de la lucha, también fue el soldado más reactivo a la guerra; pues, el ejército no lo reclutó, en realidad, lo secuestró. Habían regimientos cuya única función era la de cercar a los campesinos que se mostraban renuentes a servir a su nación. De acuerdo a los relatos literarios sobre la Guerra de Chaco, los indígenas reclutados estaban aturridos, nostálgicos y apenas se daban cuenta de lo que estaban haciendo; ni que decir acerca del motivo de su lucha. (9)

Tampoco para los obreros (muchos de ellos recientes migrantes campesinos) era muy fácil hacer del nacionalismo un poderoso aliciente. Pese a que ellos llevaban en su interior una base potencial de respuesta nacionalista, ésta no se había construido aún. Muchos obreros acudieron al llamado, sin embargo el grado de desertiones que se produjeron durante la contienda demuestra el poco entusiasmo con que lo hicieron. (10)

El nacionalismo es fruto de un sentimiento de identidad y, por lo tanto, presupone alguna base para dicho sentimiento. A principios de la década de 1930, solamente el pequeño sector que formaba parte del "sistema nacional" compartía ese sentir en Bolivia, aunque es probable que después de la guerra se haya difundido un poco más. Mientras que campesinos y, hasta cierto punto, obreros no respondieron ante el llamado del nacionalismo, otros grupos urbanos, como la pequeña burguesía, sí lo hicieron. De todos ellos, la juventud fue la que marchó a la guerra con más ganas y la que regresó más humillada. Los que realmente favorecieron esa cruzada nacional con verdadero entusiasmo, pertenecían a una generación que había puesto en duda la estructura misma del país.

Con todo, la opinión de esa joven generación estaba dividida en torno al problema de la guerra: los que antes buscaron una respuesta en el socialismo revolucionario, rechazaban la guerra tanto en su concepción como en su realización. Bajo el régimen represivo de Salamanca los jóvenes izquierdistas que se opusieron a la guerra, salieron al exilio o, los que no tuvieron esa suerte, fueron finalmente reclutados por el ejército en calidad de soldados rasos para las tropas de línea. Esta política puede haber sido un error, ya que los más corajudos aprovecharon la oportunidad para hacer proselitismo entre los soldados, tanto en las trincheras como en los campamentos de prisión. Consecuentemente, de la guerra regresaron más izquierdistas que los que habían ido. (11)

Aquellos jóvenes ligados a la cruzada nacionalista se entregaron a la guerra con verdadero fervor patriótico. La mayor parte sirvió en la categoría de suboficiales en el frente. Durante la guerra, se profundizaron las diferencias entre nacionalistas y social-revolucionarios. Guiados por un resentimiento todavía latente por el papel jugado por la izquierda en el derrocamiento de Siles, los nacionalistas atacaban a sus conciudadanos y los tachaban de internacionalistas dispuestos a utilizar al país como un peón en

un juego de mayor envergadura. Durante los años de la postguerra, los nacionalistas no cesaron de repetir que únicamente aquellos que padecieron los sinsabores de la guerra podían ofrecer soluciones legítimas a los problemas bolivianos.

Es difícil medir algo tan vago como es el impacto psicológico de una guerra en una población; pero, por la misma razón, es evidente que una guerra lo produce, particularmente si se trata de una guerra nacionalista como la del Chaco.

¿Qué efecto tuvo la Guerra del Chaco en los miles de indígenas que fueron llevados hasta allí? Indudablemente tuvo alguno. Los veteranos que regresaron del frente lo hicieron, cuando menos, con la conciencia de que había un mundo más grande; conciencia que después de la guerra se reflejaba en la transformación de los patrones culturales y, muy especialmente, en la ropa. Empero, el hecho más importante fue que, pasada la guerra, muchos campesinos indígenas ya no retornaron a sus tierras, y permanecieron en las ciudades (La Paz, sobre todo), (12) donde engrosaron las filas de desempleados y subempleados. Los que visitaban periódicamente sus anteriores hogares, sin duda hablaban allí de su nueva vida. Algunos se dedicaron a nuevos oficios como el de conductor de camión (oficio aprendido en el ejército), lo que les daba la oportunidad de realizar largos viajes. Es muy probable que aquellos que se quedaron en los centros urbanos pudieron haberse sentido atraídos por una vida diferente. Sin embargo, la pregunta sigue latente, ¿cuál fue el impacto producido por la guerra en el indígena y en el sistema agrícola propiamente dicho? (13).

En realidad aún no se ha podido detectar con claridad ese posible impacto en la masa indígena. Es cierto que en el Valle de Cochabamba llegó a formarse una especie de sindicato campesino inmediatamente después de la guerra. Con un éxito parcial, esta organización buscó la redistribución de las tierras entre sus miembros. Pero no se sabe, a cien-

cia cierta, si fue un experimento iniciado por los propios campesinos o por elementos urbanos ligados al gobierno reformista del Coronel David Toro (presidente boliviano entre mayo de 1936 y julio de 1937). (14) Asimismo, y como explicaré más adelante, hubieron otros factores en juego en el valle, tanto antes como después de la guerra; los mismos que considero importantísimos para comprender las actividades políticas que los campesinos indígenas de esa región desarrollaron más tarde. No se puede negar que la guerra cambió en algo a los campesinos del valle, pero yo creo que se debió fundamentalmente a que en la región ya había una predisposición al cambio; y que la guerra, a lo sumo, dio lugar a la aparición de un estrato que poseía un potencial de liderazgo que no maduraría políticamente mientras no hubiera experimentado una serie de incentivos de refuerzo durante los dieciseis años siguientes. En suma, aparte de ese caso aislado de organización sindical campesina, se puede decir que el impacto generalizado de la guerra en el promedio de campesinos indígenas es bastante dudoso, pues no se ha demostrado comportamiento político alguno cuyo origen pudiera relacionarse directamente con la guerra.

En cuanto al impacto de la guerra en obreros y otros grupos de los de abajo es aún más oscuro. Inmediatamente después de la guerra, se recrudecieron las manifestaciones de protesta popular y laboral con renovada vehemencia; también reaparecieron las organizaciones políticas clandestinas con más poder y más radicales que nunca; en las principales ciudades estallaron huelgas, manifestaciones y otros actos de protestas cuyo impacto político no tuvo igual por entonces. Una huelga general, precipitó el derrocamiento de un presidente y la permanencia de otros se hizo incómoda. Si bien el impacto psicológico de la guerra contribuyó al clima de agitación popular, no debe dársele excesiva importancia, pues conviene no perder de vista que, después de la guerra la crisis económica no estaba superada, y que el derrocamiento de Salamanca por el Ejército en Operaciones, en 1935, permitió la oportunidad de expresar demandas antes reprimidas. Sea cual fuere el factor que se quiera resaltar como causal, lo

importante es que el movimiento de los de abajo logró, con el final de la guerra, emerger como una fuerza social importante. Después de 1936 este movimiento estuvo permanentemente bajo el liderazgo de grupos más específicamente obreros, posteriormente, se hizo prácticamente imposible cambiar ese curso.

No cabe duda de que la guerra produjo un profundo impacto psicológico e intelectual tanto en la derecha como en la izquierda de la generación joven de los estratos medio y alto. Y, si se quiere establecer una relación directa entre la guerra y un comportamiento político posterior, es a este grupo ya parcialmente marginado a quien se debe tomar en cuenta. Probablemente es cierto que algunos indígenas encontraron algo tan abstracto como "Bolivia" en las arenas del Chaco, pero es más cierto el hecho de que los jóvenes de la burguesía descubrieron allí a los indígenas; y así lo demuestra el torrente de novelas, libros y folletos que se editaron después de la guerra, donde se muestra claramente que esa generación de jóvenes descubrió a la "verdadera" Bolivia en el Chaco; aunque quizás sea más exacto decir que encontraron la "no bolivianidad" de Bolivia. Se dieron cuenta de haber luchado por una nación que no existía; de ahí que, una y otra vez, se repitiera el mismo estribillo sobre la contradicción obvia entre lo que Bolivia debería ser y lo que realmente era.

Antes de la guerra, esta generación había manifestado su profundo descontento por el mundo que se les ofrecía. Además de su tendencia izquierdista, en ellos prevalecía un sentimiento de frustración generalizada, sin claridad sobre causas o remedios. Con el penoso final de la guerra, hubo una exclamación de asombro (¡Aja!) que se desprendía de la sensación de haber descubierto que quienes llevaron a la guerra eran demonios que utilizaron a Bolivia como el objeto de sus sucias intenciones, mientras que los jóvenes que habían combatido en la batalla se consideraban traicionados y utilizados. Puesta a prueba en la batalla y despojada de toda ilusión, la nueva generación juró conver-

tirse en el agente depurador y regenerador de la nación. Y esto se hacía más evidente sobre todo en los cuerpos subalternos de oficiales del ejército, quienes se veían a sí mismos, como las víctimas de víctimas.

El deseo de cambio provenía de anomalías percibidas en situaciones concretas; como, por ejemplo, la demanda de protección económica por parte de los artesanos, el deseo de avance social y económico del sector obrero y el problema de la falta de salidas económicas y sociales para la generación joven de la élite. A medida que los grupos se convencían de que sus gobernantes eran absolutamente incapaces o no se mostraban dispuestos a modificar el origen de tan graves situaciones este sentimiento se radicalizó. No hay nada más adecuado que una guerra completamente desatinada para convencer a sectores ya escépticos ante la total ineptitud de sus gobernantes, y, por lo tanto, de la falta de justificación para permanecer en el poder. Cuando esas anomalías son tan profundas y los errores tan grandes como sucedía en Bolivia, el pueblo tiende a rechazar no sólo a los líderes sino también todo el sistema de valores e instituciones que ellos representan. (15) Cuando la juventud de la élite y subélite retornaron del Chaco, reiteraron sus anteriores demandas de cambio con mayor vehemencia, y más aún, ahora exigían el derecho exclusivo de ejecutar ellos mismos los cambios propuestos. Fue así cómo, la autoridad del sistema nacional fue inapelablemente interpelada por su grupo más crítico. Entre los que todavía no habían participado en el sistema aún no se había establecido autoridad nacional alguna; pero ahora que planteaban su inclusión en el sistema, los principios vigentes resultaban cada vez menos convincentes. Bolivia emprendió la búsqueda de una base viable de autoridad política a partir de 1936 y todavía espera concluirla con éxito.

La guerra contribuyó al proceso de bancarrota económica, pues se libró a un enorme costo para el país. Se perdieron 65.000 hombres, entre los que se contaban a los más capacitados del país. Son mínimas las familias de la pequeña

burguesía que no se vieron directamente afectadas; y hay razones para creer que la guerra diezmó a los mineros mejor calificados. (16) A nivel financiero, la guerra constituye un esfuerzo gigantesco para un país de las dimensiones de Bolivia. Para ingresar en ella, el gobierno tuvo que continuar con su política crediticia interna y mantener la flotación de la moneda; de modo que la inflación se hizo evidente al final de la guerra y fue aumentando aceleradamente.

Los veteranos de la guerra -cuyas filas eran engrosadas por los indígenas que no pretendían retornar al campo- inundaron el mercado de trabajo y originaron desempleo y subempleo generalizados. Se agudizó el ya conocido problema de la escasez y el alza de precios de los artículos de primera necesidad en las ciudades, causando un terrible impacto en todos los sectores, pero con mucha mayor incidencia entre los sectores medios y entre los obreros de los principales centros urbanos.

Sin embargo, no todo lo acontecido a nivel económico era negativo, la restricción en muchos rubros de importación y la disponibilidad de capital inflacionado, contribuyeron a producir un relativo auge en la industria manufacturera. Así, mientras que el resto de la economía estaba al borde del colapso, este sector anteriormente olvidado comenzaba a crecer, si bien dicha evolución era bastante limitada y se daba casi exclusivamente en La Paz. (17) Evidentemente, un crecimiento secundario tan limitado como éste difícilmente podía sustituir al estancamiento, la base de la economía boliviana; dado que los fabricantes locales se atenían a la importación de artículos de primera necesidad siempre que podían y, por lo tanto, no favorecían el desarrollo interno. Además, un sector tan pequeño no poseía la capacidad de alterar en mucho el desempleo urbano. Durante sus años de mayor prosperidad, la industria manufacturera no empleó a más de 20.000 obreros. Finalmente, por la naturaleza y el alcance de estas industrias (la mayoría eran pequeñas empresas familiares), y el hecho de que sus dueños solían ser extranjeros, no parecía factible que se transformara en una carrera viable para la

futura generación de la élite. Es decir que, si bien suponía un impulso muy necesario, resultaba excesivamente pequeño y llegó demasiado tarde. (18)

Las consecuencias económicas más inmediatas de la guerra fueron la inflación y la caída permanente de la moneda. La inflación afectó fundamentalmente a las ciudades más importantes y el golpe más fuerte lo sufrieron los consumidores con ingreso fijo; constituía una grave amenaza para la estabilidad del mundo urbano y de la pequeña burguesía dependiente; un importante grupo social que ya, antes de la guerra, había comenzado a sufrir la presión del estancamiento económico. El sector que primero sintió esos efectos fue la generación joven; ya que, pasada la contienda, el conjunto de la pequeña burguesía, junto a algunos elementos de la burguesía nacional, soportaban una creciente presión. (19) Como fruto de ésta, perturbada su seguridad y bajo la amenaza de una declinación social, la pequeña burguesía transformó poco a poco su identificación con la burguesía nacional en resentimiento; hasta que, a fines de la década de 1930, este grupo que formaba parte de la élite urbana media, unió su voz a la de quienes reclamaban ayuda económica y cambios políticos. Ese viraje en el curso de los acontecimientos era muy grave, ya que la pequeña burguesía había sido el fundamento social más importante del orden socio-político vigente. Entre 1936 y 1939, tanto los elementos jóvenes como los antiguos de la élite media urbana fueron los sostenes más clamorosos de dos experimentos serios de reforma, iniciados por el gobierno.

Conclusiones

Seguramente ha quedado claro que en el presente estudio se ha estado desarrollando un argumento causal y que éste contradice a quienes señalan a la Guerra del Chaco como el origen directo de la revolución boliviana de 1952. Considero que las causas que la provocaron ya estaban en juego antes de la guerra, en lo que se refiere a situaciones anóma-

las concretas que dieron lugar a demandas de cambio entre los sectores más significativos de la población. Esas anomalías surgieron principalmente a partir de una serie de contradicciones derivadas del modelo de desarrollo desigual y del inmovilismo socio-económico antes expuesto. Es difícil especular acerca de si estos factores provocaron o precipitaron los acontecimientos, pero lo que sí parece claro es que el sistema socio-político liberal ya estaba enfrentando serias dificultades a fines de la segunda década del presente siglo.

Lo que quiero dar a entender es que se trata de una sociedad acosada por una serie de graves problemas que posteriormente adquirieron proporciones críticas y que esta situación fue agravada por dos experiencias traumáticas ocurridas en menos de seis años; la gran depresión mundial, por una parte, y la Guerra del Chaco, por otra. Estos dos sucesos se comprenden mejor desde la perspectiva de dos partes integrales de un proceso en desarrollo, que no se inició ni tampoco culminó con esos hechos, y donde ellos contribuyeron a acelerarlo hasta donde la revolución sin hacerse inevitable se hizo posible. Estos aceleradores elevaron las demandas de cambio a un nivel potencialmente revolucionario y políticamente nuevo al profundizar la descomposición existente. Es decir que llevaron al país a una situación revolucionaria, donde la política se estructuraba en torno a modelos de organización socio-política competitivos, que ofrecían diversas soluciones ante las crecientes presiones que se originaban en todos los niveles de la sociedad.

Mirando hacia atrás, podría decirse que la estabilidad política del orden prerrevolucionario dependía de tres factores básicos: (a) una industria estañífera sólida y en proceso de crecimiento; (b) una pequeña burguesía comprometida con la industria estañífera; y (c) una mínima movilización en aquellos sectores conscientemente definidos como fuera del sistema (aproximadamente el 75% de la población). Hacia 1936, la industria estañífera sufría una enfermedad crónica y sin posibilidades de mejoramiento. La pequeña burguesía se

alienaba cada vez más al verse atrapada entre un contexto económico y social estático y también amenazada por una probable declinación social. Casi toda la generación de jóvenes que, en condiciones normales habrían pasado a formar parte de la élite nacional, perdió totalmente su fe en la autoridad del orden existente. El movimiento de los bajos escalones del "sistema nacional" estaba logrando un nivel de madurez organizativa que habría de mantenerse como rasgo característico del escenario político nacional. Por último, se dieron los primeros pasos hacia un movimiento potencial de movilización de la masa indígena campesina a lo largo de todo el sistema agrícola.

De modo que las condiciones necesarias para producir una situación revolucionaria en Bolivia quedaron establecidas en 1936. No sólo habían élites reformistas y revolucionarias comprometidas con nuevos modelos de ordenamiento de la realidad, sino que tenían la capacidad de representar una seria amenaza para el orden vigente. A ello se añadía el surgimiento de un interlocutor en el sector artesanal y la pequeña burguesía, que expresaba su disposición y receptividad ante una movilización contra el sistema. En suma, estaban sentadas las bases para una organización seria de movimientos de oposición.

Sin embargo, no basta reunir las condiciones necesarias para producir una revolución, ya que ésta dependerá mucho de la respuesta que dé la élite del *status quo* a los desafíos que enfrentaba. A largo plazo, sería igualmente importante el problema de los medios que los diversos sectores potenciales de la población utilizarían para unirse a las distintas élites opositoras que luchaban entre sí con la misma ferocidad con que lo hacían contra la élite del *status quo*. En Bolivia, este proceso de despliegue del conflicto revolucionario, políticamente limitado por las relaciones entre las élites del *status quo*, las élites opositoras y los sectores potencialmente opositores de la población, en un marco económico en permanente crisis, habría de prolongarse por diecisiete años. Durante ese período, Bolivia hubo de

experimentar conflictos muy amargos, una incipiente guerra civil y una mayor participación de los grupos sociales hasta entonces excluidos del escenario político.

COPIA
1981

77W 010781
001114

PARTE II

Capítulo V

Apertura de la Situación Revolucionaria

Al concluir la infausta Guerra del Chaco en 1936, Bolivia ingresó en un período de tres años y medio de enfrentamientos más o menos constantes entre varios grupos disidentes y la élite política establecida. El viejo orden se puso inmediatamente a la defensiva y tuvo que actuar en consecuencia. En estos años de la post-guerra se experimentó un activismo intenso aunque confuso. Se invirtió mucha energía en la búsqueda de alguna forma de oposición; y tuvieron lugar interminables discusiones acerca de qué estaba mal, quién era responsable y cuál era su solución. Ante todo fue un período en que se debatían "nimiedades" ideológicas; donde, con fervor escolástico, las élites opositoras demoraron tanto en establecer diferencias entre ellas, como en objetar al viejo orden. El crisol boliviano se transformó en un microcosmos de la batalla ideológica que se estaba desatando en Europa.

Quienes emprendieron la búsqueda de alguna forma de oposición fueron los oficiales más jóvenes del ejército que fuera derrotado. Este grupo de hombres era parte de la generación alienada de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional. Después de la guerra, esa generación se enfrentó al problema ya general, de cómo lograr un avance significativo dentro de los canales que ofrecía una carrera específica. Como institución fundamental del orden prerrevolucionario, el ejército era una entidad aún más estática que la sociedad en su conjunto para brindar nuevas oportunidades. Muchos hijos de aquellas familias menos prósperas de la pequeña burguesía eran ambiciosos oficiales de menor rango. De ahí que la élite establecida comprendiera que el ejército estaba lleno de "arribistas" a quienes debían controlar, de modo que las posiciones de mando permanecieran en manos de oficiales de más edad ya establecidos.

La guerra trajo consigo la rápida expansión del ejército boliviano, ofreciendo en breve período increíbles oportunidades de ascenso a oficiales jóvenes, fundamentalmente en la forma de comandos en el frente. (1) Sin embargo, estos oficiales más jóvenes pronto tomaron conciencia de que, mientras ellos combatían en la guerra, los mandos oligárquicos ya planeaban poner fin a la necesidad de sus servicios. Pero, ellos habían conocido el poder de mando durante la Guerra del Chaco y, a su término, no estaban dispuestos a renunciar a él. Por ello, regresaron del Chaco señalando, con dedo acusador, tanto a los políticos como al comando del ejército. Desde su inicio las políticas personales envenenaron el esfuerzo bélico; los mandos estaban en permanente conflicto con la dirección civil, en tanto que los oficiales más jóvenes, intentaron provocar el enfrentamiento de ambos extremos. Los rencores originados por estas peleas internas se prolongaron hasta después de la contienda bélica. (2)

Gobiernos de la Post-Guerra: Toro y Busch

Cerca ya del final de la guerra y con la ayuda de

jóvenes oficiales de campaña un ambicioso grupo de comandantes del ejército depuso al Presidente Salamanca, colocando nominalmente en el poder a su vicepresidente, Tejada Sorzano. Menos de un año más tarde, el ejército actuó nuevamente, pero esta vez la influencia de los oficiales más jóvenes fue más evidente. Tejada Sorzano fue derrocado y se formó una junta militar bajo la dirección de uno de los manipuladores más astutos de la política interna del ejército, el Coronel David Toro. Aunque actuaba como portavoz público de la junta, estaba bastante claro que Toro dependía fundamentalmente del respaldo de los oficiales de menor rango, cuyo líder más popular fue Germán Busch, uno de los pocos héroes incorruptos de la Guerra del Chaco. Imbuidos del idealismo de quienes se sienten víctimas, estos oficiales se proponían depurar tanto el ejército como el Estado.

Aunque siguió imperando el viejo estilo de política de facciones ávida de "pegas", los conflictos tomaron un nuevo cariz. Mientras el reciente gobierno de Toro pretendía los beneficios personales del poder, también se propuso emprender ciertas reformas básicas; en cierto sentido, encarnaba el nuevo estilo que se presentía en el partido nacionalista formado en torno a Hernando Siles. Al interior de la vieja élite persistían las luchas de facción motivadas por la ambición de poder, aunque sólo fuera por el hecho de que las condiciones básicas que las originaron no habían cambiado. No obstante, el deseo de utilizar el poder para llevar a cabo cambios y reformas aún no definidas era claro. A esto contribuían las crecientes presiones ejercidas por la opinión pública, que actuaban como una amenaza de eliminación política de cualquier facción que simplemente se apoderara del poder y dejara las cosas como estaban.

Pero, el juego tal y como lo planteaban las élites tradicionales era cada vez más y más complejo. Ante la falta de alternativas que ofrecer, tanto las facciones antiguas de élite, como las nuevas, apoyaron el ascenso del ejército al poder. Por su parte, los partidarios de los oficiales jóvenes lo hicieron entusiasmados; en tanto que los partidos más

antiguos expresaron su aprobación con reservas y con la esperanza de que los militares pronto devolverían las riendas del poder a los civiles. Hubo otros grupos que también volcaron su apoyo a la "revolución militar", como se la denominaba popularmente. El renacido movimiento obrero-artesanal jugó un papel significativo en el golpe que derrocó a Salamanca en 1935, cuando, en la víspera de la maniobra del ejército, declaró una huelga general. Otro sector de creciente importancia fue el grupo de veteranos de guerra, cuyos miembros formaron la Legión de Excombatientes, donde predominaban elementos de la clase media urbana. La Legión prestó un importantísimo apoyo nacionalista al régimen de Toro (a través de manifestaciones y propaganda pública).

Toro adoptó una postura social-reformista, pero detrás de esa fachada se desató una intensa lucha entre los elementos más antiguos y los nuevos por influir en la orientación del régimen. En su gabinete inicial había una gran variedad de posiciones. La iniciativa más importante de su administración fue la creación del primer Ministerio de Trabajo, con el líder de los trabajadores gráficos, Waldo Álvarez, a la cabeza. Este paso fue significativo no sólo en su concepción, sino porque era la primera vez que alguien, no surgido de la élite o subélite, ocupaba un alto cargo público. En el gabinete de Toro se destacaron miembros del partido nacionalista anterior a la guerra, lo mismo que un grupo de jóvenes socialistas vinculados al viejo líder republicano, Bautista Saavedra. Asimismo, bajo el liderazgo de Baldivieso -un nacionalista también anterior a la guerra- se formó un partido socialista que se proclamó como el verdadero representante del socialismo que necesitaba Bolivia, una teoría nacional bastante *sui generis*. También estaban presentes en el gobierno antiguas figuras relacionadas con los intereses de la élite tradicional. (3).

En un comienzo, bajo la presión de los oficiales jóvenes, la permanente crisis económica y el desorden social, Toro parecía adoptar la línea definida por los jóvenes nacionalistas, imbuida tanto de alusiones nacionalistas como so-

cialistas. Toro prohibió todo tipo de actividades a los partidos tradicionales y convirtió el partido de Baldivieso en la agrupación política oficial del gobierno, denominándolo "Partido Socialista de Estado". El recientemente fundado periódico *La Calle*, dirigido por dos nacionalistas, Armando Arce y Augusto Céspedes, anunció emocionado su apoyo al nuevo orden y desarrolló en sus páginas la teoría del "Socialismo de Estado". El socialismo de estado era, esencialmente, una teoría de Estado corporativo, en la que se hacía énfasis en la intervención estatal dentro de la economía y en su responsabilidad de cara al bienestar público. En ese sentido, fue más una expresión de los problemas de sectores urbanos medios dependientes, de grupos artesanales y de aquellos jóvenes intelectuales moralistas, que de los sectores obreros en ascenso. Si bien se notaba su rápida evolución, los grupos verdaderamente proletarios todavía carecían de la fuerza y capacidad política necesarias para desempeñar un papel relevante en el gobierno propiamente dicho. Del movimiento mixto de los de abajo, los artesanos jugaron el rol más importante, pero aún éste tuvo un carácter sólo transitorio. Por lo tanto, se puede decir que en el gobierno de Toro, predominaron elementos de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía, fueran éstos jóvenes, viejos, reformistas o conservadores.

El gobierno de Toro tuvo una actitud paternalista y manipuladora con los de abajo, especialmente con los obreros. Una de las piedras angulares del Estado corporativo proyectado, fue el decreto sobre la sindicalización obligatoria, por el cual se disponía que todos los sectores obreros, artesanos, profesionales y empresariales formen sindicatos, a fin de discutir sus problemas económicos y sociales con el Estado. Hubo una idea adicional que nunca llegó a materializarse y fue el proyecto de creación de un cuerpo legislativo, en base a una representación funcional. Con tales medidas, se pretendía eliminar arbitrariedades e inseguridad en las relaciones sociales, al mismo tiempo que se consolidaban los patrones de propiedad y autoridad vigentes. El decreto de sindicalización fue un intento apenas velado de suprimir el autocontrol de las organizaciones obreras y de someterlas al

control estatal.

Esta actitud elitista y manipuladora no sólo reflejaba la propia orientación de Toro, sino aquella de sus seguidores nacionalistas (ahora nacional-socialistas); una agrupación que participó en una penosa disputa por controlar el movimiento obrero-artesanal, con los partidarios del socialismo marxista (a quienes los etiquetaban de "internacionalistas infantiles"). Con el decreto, en cierto modo, se pretendió quitar a la tendencia marxista radical su respaldo popular más natural. Esta lucha por el control la llevaron a cabo en congresos obreros, reuniones socialistas y en las páginas editoriales del periódico *La Calle*, donde día a día los radicales eran desdeñosamente tildados de antibolivianos. Por otra parte, en el decreto se ponía de manifiesto la profunda desconfianza y actitud de superioridad de la joven élite nacionalista, frente a los sectores obreros, a quienes consideraban irracionales y "subdesarrollados". (4)

Aunque de ninguna manera fue una preocupación esencial, el gobierno de Toro también abordó el problema agrícola. Lo que hizo en realidad fue manifestar que la situación de la agricultura del país, en verdad, presentaba problemas y que el gobierno debía encararlos algún día. Su actitud ante el campesino indígena era todavía más paternalista que la asumida con los obreros; pues redujo el problema indígena a un atraso cultural y hubieron discusiones acerca de la necesidad de "civilizar" al indio. Si bien se iniciaron algunos programas de reforma educacional a nivel rural, el Estado no dedicó esfuerzos verdaderamente importantes en esa perspectiva. Como ya se mencionó, el gobierno respaldó un programa experimental de redistribución de tierras en la hacienda de Santa Clara en el Valle de Cochabamba; una hacienda que perteneció a una comunidad de religiosas que la arrendaban a otros terratenientes. Se habló sobre la posibilidad de "reformular" otras propiedades "corporativas" como ésta, pero el proyecto nunca llegó a concretarse. En suma, si bien las relaciones de propiedad, en el campo y aquellas con el indígena cobraron alguna relevancia "nacional" en el régimen de

Toro, el tema acabó por debilitarse y, por lo tanto, nunca se cuestionó seriamente el problema de las relaciones rurales de propiedad vigentes. (5)

El propio Toro comprendió que su papel en la vida pública -a diferencia de sus intereses personales- era la de salvador y no la de "reconstructor" del país. Según el mismo expresó, tuvo el propósito de someter, por primera vez, los intereses del estaño a control estatal y, paralelamente, alejar el alarmante radicalismo del movimiento obrero, disminuyendo la presión económica que soportaba ese sector y afirmando su control sobre él. El gobierno no fue ni de izquierda ni de derecha, sino nacional, donde el papel del Estado era el de árbitro y garante de la seguridad. (6) En otros términos, fue un intento de frenar el movimiento obrero y promover el desarrollo, garantizando, al mismo tiempo, la permanente vigencia de los antiguos valores y hábitos sociales, sin incurrir en costos sociales generalizados. Fue una utopía condenada al fracaso.

Consecuente con su posición, el gobierno quiso instituir una serie de otras reformas. Estableció precios fijos y el subsidio de pulperías; aumentó los salarios y aprobó decretos para mejorar las condiciones de trabajo. También implementó reformas en el Poder Judicial, con la creación de ramas civiles y penales. Asimismo, discutió la posibilidad de llevar a cabo reformas en la educación; en este sentido, se creó una sección en el Ministerio de Educación, destinada a la reforma cultural de las escuelas indígenas. Durante este gobierno se crearon, además, los ministerios de Minas y Comercio, con la evidente finalidad de establecer normas para la producción. Paralelamente se dieron los pasos necesarios para proteger a las empresas mineras pequeñas y medianas de los grandes consorcios.

El acto más espectacular de ese gobierno fue, sin lugar a dudas, la nacionalización de las concesiones de la *Standard Oil* en Bolivia, por entonces considerada la causante de la Guerra de Chaco, ya que, según afirmaban los naciona-

listas, la contienda no fue otra cosa que una lucha competitiva entre la **Standard Oil** y la **Royal Dutch Shell**, en tanto que Bolivia y Paraguay fueron meros peones de ese tablero. La expropiación de propiedades de la **Standard Oil** fue una medida popular y su justificación tenía un valor simbólico. (7)

Sin embargo, pronto saldrían a la luz los puntos débiles de la política gubernamental, pues, la idea de colocar al Estado en una posición desde donde podría regular los intereses tradicionales y, al mismo tiempo, eliminar las presiones de los sectores obreros más radicales, sencillamente no pudo ponerse en práctica; toda medida que complacía a unos, disgustaba a otros. Tal era el grado de descomposición social, que ningún gobierno eficiente podía sobrevivir sin aliarse con ciertos intereses. El gobierno no podía serlo todo para todos, por el sólo hecho de que cada uno deseaba cosas contradictorias. Los decretos destinados a regular los precios para el consumidor causaban malestar entre los comerciantes; los planes para el sector rural disgustaban a los terratenientes; los decretos sobre salarios y jornadas de trabajo enojaban a las grandes empresas y, a la inversa, el no cumplimiento de tales decretos por parte de las compañías, originaba reclamos en los trabajadores. Por último, todos los sectores tradicionales estaban descontentos frente a la influencia política de la generación más joven y el gobierno tuvo que virar en alguna dirección: Toro eligió la derecha.

Empero, no pasó mucho tiempo antes de que las figuras políticas de la izquierda nacional se dieran cuenta de que la influencia que ejercían sobre Toro se estaba debilitando. En el Ministerio de Trabajo, Waldo Alvarez, líder de los gráficos, fue reemplazado por un representante de la vieja guardia. Simultáneamente, Toro se acercó a los intereses estañíferos, particularmente a los de los magnates **Hochschild** y **Aramayo**. A ello siguió una interesante y compleja división. **Hochschild** y **Aramayo** cooperaban públicamente con el gobierno. Esta medida refleja un deseo de contemporizar con el gobierno reformista, pero también respondió a la pretensión de los magnates del estaño a utilizar su influencia con

Toro para aumentar sus cuotas de producción a costa de **Patiño**. Por su parte, ante los proyectos de reforma fiscal y laboral, la empresa de **Patiño** respondió amenazando con reducir toda la producción. Atrapado en ese torbellino, Toro se sintió agredido tanto por los reformistas nacionales como por **Patiño**, los que, separadamente, conspiraban con sectores del ejército en contra suya. (8)

El instrumento de este juego recíproco, un tanto complejo, fue el joven héroe de la Guerra del Chaco, **Germán Busch**, quien reagrupó a los oficiales jóvenes y, con ellos, depuso a Toro el 13 de julio de 1937 y asumió la presidencia. A diferencia de Toro, que comenzara con un gobierno de izquierda y evolucionara hacia la derecha, **Busch** comenzó con un régimen derechista y dio un giro definitivo hacia la izquierda nacional; lo cual no sólo reflejó una personalidad excéntrica, sino la influencia que el grupo **Patiño** ejerció originalmente sobre él. Desde un principio, **Busch** asumió la presidencia con una actitud personal y altanera, y prefirió gobernar con medios artificiales propios; postura que inquietó sobremanera tanto al partido liberal como al republicano, que ya empezaban a sentir los efectos del largo período fuera del gobierno. El panorama de una etapa indefinida de regímenes militares fue el detonante para una deserción generalizada de los antiguos líderes de facción, aunque los más ambiciosos procuraron conseguir una ubicación personal dentro del nuevo esquema.

En 1938, cuando aún no había definido el curso de su gobierno, **Busch** llamó a una convención nacional con objeto de redactar un nuevo proyecto de Constitución y legitimar su posición de presidente. La convención se había programado para reunir una amplia representación de intereses funcionales y sectoriales. Los partidos tradicionales no fueron tomados en cuenta y se hizo evidente que **Busch** pretendía dejarlos de lado para siempre. La convención fue un evento muy disímil, donde estuvo representado el nuevo espectro ideológico en su conjunto. En las deliberaciones, los grupos nacional-reformistas y radical-socialistas originales, apunta-

lados por un nuevo grupo de independientes, se erigieron en el grupo más clamoroso de la convención. Por las razones que fueran, Busch se inclinó muy pronto por la posición nacional-socialista y, a partir de ello, surgió una coalición similar a aquella de la primera época del gobierno de Toro.

La convención de 1938 fue un hito en ese incipiente período. La Constitución que de allí salió, fue la declaración más solemne de la orientación nacionalista vigente hasta ese momento. El cambio más profundo con relación al pasado fue la adición de dos capítulos, uno económico y otro social, a lo que anteriormente habían sido documentos que tenían que ver casi exclusivamente con instituciones políticas. En ellos se introdujeron dos conceptos importantes; (a) la economía funcionaba para el bien del Estado y, por lo tanto, el Estado actuaría como la entidad reguladora de la economía; y (b) el Estado asumiría la responsabilidad de velar por el bienestar económico del conjunto de la población. Otro cambio importante se refirió a la modificación de las previas disposiciones constitucionales que legitimaban la propiedad privada; en adelante, ésta se reconocería constitucionalmente sólo si cumplía una función social. A la nueva Constitución, siguió la Ley General del Trabajo, donde se estipulaban los derechos del empleado frente a aquellos del empleador; se definían minuciosamente las leyes sobre salarios, jornadas y condiciones de trabajo, etc. Se otorgaba, asimismo, al Estado la autoridad para establecer reglamentos en todo lo referente a materia laboral. Así, el Estado se adjudicaba legalmente la posición de eje en las relaciones obrero-patronales y, constitucionalmente, en el centro organizativo de toda la economía. Inclusive en los posteriores gobiernos reaccionarios, tanto las características básicas de la Constitución como las del Código del Trabajo siguieron siendo la Ley del país (9).

Bolivia rechazaba así y oficialmente el marco ultraliberal y se comprometía a actuar como un moderno Estado de bienestar. Sin embargo, una cosa es el compromiso y otra su realización. La élite del orden liberal todavía no había

muerto y, aún en caso contrario, Bolivia no tenía el grado de desarrollo y de excedentes económicos suficientes para hacer ese sueño realidad. El país había sobrepasado sus posibilidades. Y, a pesar de que la Constitución fue permanentemente ratificada, perduraron los conflictos más esenciales y cobraron mayor gravedad. La renovada base jurídica de la vida política era artificial y las aspiraciones legítimas estaban condenadas al fracaso. En la Constitución se garantizaba que todo problema económico y social, automáticamente, se convertiría en una cuestión política de trascendencia nacional.

Una vez comprometido con la línea de la izquierda nacional, Busch actuó dinámica y decididamente; y asumió un comportamiento similar al de Toro frente a las fuerzas populares cada día más fuertes y radicalizadas. Por medios artificiales, intentó someterlas al estricto control estatal tanto de cara a su radicalismo socialista como para utilizarlas de sostén de su propio régimen. En su empeño, Busch experimentó caprichosamente, pero tendía a apoyarse fundamentalmente en la Legión de Excombatientes. Logró una identificación popular gracias a su magnetismo personal y a su política, pero la emergente élite del sector obrero se opuso a los intentos de reducir su poder o de destruir la independencia de su movimiento. En su propósito de organizar un partido desde arriba, Busch tropezó con iguales obstáculos. Con los barones del estaño adoptó una actitud francamente hostil, al extremo de lanzarles una amenaza de fusilarlos personalmente si interferían en su programa. Empero, cuando comprobó que su proyecto no tuvo resultados tan rápidamente como él hubiese deseado, lo atribuyó a la obstinación de los intereses establecidos y se proclamó dictador. La izquierda socialista y las antiguas facciones se opusieron a tal maniobra, en tanto que la izquierda nacional y los independientes, le dieron todo su respaldo junto al decidido apoyo del sector joven del ejército, que actuaba en el transfondo. Cuando hubo asumido totalmente el poder, Busch incorporó a su gobierno a nacional-reformistas e independientes; y con ese reducido grupo de jóvenes reformistas se dispuso a cambiar la faz de Bolivia.

Busch fue un dictador sin aparato; pues, tanto él como su camarilla de intelectuales reformistas carecían de vínculos estructurales con la población en general. Trató de hacer realidad sus sueños desarrollistas a través de las utilidades de la minería, en beneficio del Estado, pese a que, por entonces, éstas ya no eran nada elevadas. Creó el Banco Minero y, de ahí en adelante, sería el Estado, y no Hochschild, quien comercializaría la producción de la minería pequeña y mediana. Esto tuvo la finalidad de eximir a dicho sector del control que los consorcios ejercían sobre él y brindarle la protección estatal, especialmente en lo que concierne a moneda extranjera. Los jóvenes independientes, Víctor Paz Estenssoro y Walter Guevara Arze -que ya habían iniciado lo que sería una larga e importante carrera política- asumieron el control del Banco Minero.

A la creación del Banco Minero, siguió la medida más radical de ese gobierno: el 7 de junio de 1938, Busch aprobó un decreto obligando a los "Tres Grandes" de la minería a vender el 100% de sus divisas al Estado a una tarifa de cambio establecida por el gobierno. Fue una medida que la pequeña burguesía urbana consideró popular, pues ya responsabilizaba de sus problemas a los grandes capitalistas, al igual que el sector de los de abajo. Con todo, Busch no pudo encontrar la forma de traducir esa popularidad en una base estable de apoyo y las compañías mineras, desde ya, utilizaron toda su fuerza oculta para invertir el curso de la acción. El joven dictador tuvo que soportar tremendas presiones de todos los sectores. Pero, antes de que la lucha pudiera concretarse, Busch puso término a su carrera tan fulminantemente como la había iniciado, disparándose un tiro en la cabeza el 23 de agosto de 1939.

Dado que a nivel popular se consideraba que Busch había sido asesinado por los magnates del estaño, su muerte provocó una ola de manifestaciones públicas, dirigidas, sobre todo, por los jóvenes reformistas. Empero, las protestas callejeras no sirvieron de nada, pues la vieja élite actuó rápidamente para poner fin a esa peculiar etapa de experimen-

tación, argumentando que la impulsaban jóvenes que, a su criterio, no eran otra cosa que sobresaltados y desequilibrados mentales. Se negó la presidencia a Baldivieso, el vicepresidente de Busch y el poder fue asumido interinamente por una junta, donde predominaban antiguos comandantes del ejército. Se restablecieron los viejos partidos, los mismos que se aliaron entre ellos en un frente unido, conocido como La Concordancia, para asumir conjuntamente el poder. Así concluyó en Bolivia un período moderno inicial de experimentación de reforma radical, que dio paso a otro de reacción o "restauración".

Facciones Políticas de la Post-Guerra

Durante esta primera fase de la post-Guerra del Chaco, hubieron cuatro elementos importantes de cambio en Bolivia: (a) la juventud civil de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional; (b) los cuerpos de oficiales de menor rango del ejército; (c) la burguesía urbana dependiente y amenazada por la inflación; y (d) el movimiento obrero-artesanal. Las actividades ideológicas y gubernamentales fueron mayormente dirigidas por los dos primeros sectores bajo un transfondo de protesta y agitación originada por los otros dos. En espera de una gratificación inmediata por parte del aparato burocrático, las facciones personalistas continuaron estructurando la actividad política nacional; pero se añadió un nuevo compromiso ideológico hacia formas de organización renovadas.

Este período de cambio y conflicto apenas duró tres años (1936-1939); no obstante su corta duración, en esta etapa se experimentó un acelerado desarrollo y grado de madurez de todos los elementos de la ecuación política. Como señalaba anteriormente, entre la joven élite civil opositora (ahora conocida como "la generación del Chaco") hubieron dos tendencias básicas: (a) una nacional reformista y (b) otra marxista revolucionaria. Con la primera corriente de retó-

rica socialista que siguió a la guerra, se intentó crear un movimiento socialista unificado de izquierda. Pero, los esfuerzos fueron vanos y ambos movimientos continuaron por caminos independientes.

El regreso de Gustavo Navarro (más conocido como Tristán Marof) del exilio en 1936, sirvió de incentivo moral a la tendencia marxista revolucionaria. Como uno de los pocos intelectuales bolivianos de estatura internacional, Marof desarrolló una intensa actividad en los círculos revolucionarios europeos. Fue un escritor de considerable talento y sus obras ejercieron un gran impacto en los estudiantes bolivianos del período anterior a la Guerra del Chaco. Aunque sus trabajos tenían poca fuerza teórica y mostraban una acentuada tendencia a favor de un líder personalista fuerte para el gobierno, libros como la *Justicia del Inca* sirvieron para que muchos estudiantes iniciaran su carrera marxista. (10) En ese libro, Marof acuñó la frase que más tarde se convertiría en la consigna de los revolucionarios marxistas: "Minas al Estado, Tierras al Indio". Marof regresó a Bolivia a fines de la década de 1920 y contribuyó a la creación de una serie de partidos socialistas aciagos. Durante el régimen represivo de Salamanca huyó a la Argentina, donde se constituyó en el jefe de un grupo de exilados de la izquierda revolucionaria. Fue una importante etapa en que exilados bolivianos se codearon con izquierdistas radicales del vecino país. Muchos de ellos asimilaron la influencia trotskista.

A su retorno a Bolivia en 1936, Marof fue recibido por la juventud izquierdista como el líder del socialismo revolucionario. Sin embargo, el propio Marof desilusionó a quienes habían vivido con el mito de su nombre. Su extravagante personalidad y su evidente ambición de convertirse en el caudillo de la izquierda revolucionaria chocó con la juventud más conspiradora y organizativa que inició el movimiento de la reforma universitaria en 1928. En una convocatoria destinada a formar un partido socialista de izquierda en 1938, Marof reveló su línea política básicamente personalista:

...En este instante existe espontaneidad socialista y cariño por un líder, lo han dicho compañeros. Por qué no aprovechar esta oportunidad ventajosamente sobre los otros partidos, para crear el nuestro sobre bases sólidas y "nos adaptamos al ambiente boliviano, donde priman las influencias personales, las simpatías y se deja a un lado la teoría"... (11).

Esta invitación de Marof fue inmediatamente cuestionada por Ricardo Anaya, uno de los jóvenes líderes del movimiento de 1928, quien lo acusó de caudillista y oportunista; afirmando que un partido fundado en tales principios dividiría el movimiento socialista y llevaría a las masas a la trampa del reformismo. Anaya sostenía que el partido de Marof caería en manos de "la pequeña burguesía y candidatos a funcionarios que, en último análisis, tienen la vista en los cargos públicos". (12) En su exhortación, Anaya propiciaba, por su parte, la formación de un partido de clases enraizado en la teoría marxista-leninista. La izquierda estudiantil se apartó de Marof y siguió la línea de Anaya y de otro líder marxista aún más importante: José Antonio Arze.

Por su parte, Marof no desistió en su empeño de formar un movimiento socialista de amplia base. Su persistente interés en un partido basado en su indiscutible liderazgo personal engendró nuevos problemas en sus propias filas. En la segunda mitad del año 1938, se inició una controversia entre Marof y el popular José Aguirre Gainsborg. Marof pretendía lanzar un partido organizado desde arriba (controlado por la élite), dirigido a una base multclasista y orientado a una actividad legalmente electoralista. En tanto que Aguirre Gainsborg postulaba la formación de un partido de élite conspiradora, reducido en número y fundamentalmente destinado a la propaganda de clase. Rompieron finalmente y así se formaron los primeros dos partidos socialistas dignos de mención.

Gran parte del grupo se quedó junto a Marof, con-

formando el Partido Socialista Obrero Boliviano (PSOB). Aunque caudillo izquierdista, Marof apenas podía competir con el extravagante Busch que dominaba todo el escenario nacional. Al igual que el gobierno de Busch, el PSOB nunca logró crear nexos estructurales con ningún público específico para mantener el respaldo de facción. Por ello, después de un breve chispazo, el partido comenzó a declinar y Marof con él. A principios de la década de 1940, el PSOB desapareció y Marof, abandonado, terminó su carrera deambulando alrededor del cerco político, en procura de una base que nunca llegó a encontrar.

La facción de Aguirre Gainsborg formó una pequeña agrupación política autodenominada Partido Obrero Revolucionario (POR). Aguirre Gainsborg murió poco después de su ruptura con Marof y el POR quedó reducido a un grupito sectario y elitista. A la larga, el POR adoptaría por una línea francamente trotskista, afiliándose a la Cuarta Internacional e inició un ataque a la izquierda estudiantil acusando de estalinista a la agrupación política de Anaya. (13) Conservando su número y una actitud conspiradora, el POR buscó asiduamente lazos significativos con los grupos verdaderamente obreros, especialmente en las minas. A principios de la década de 1940, alcanzó parcialmente su objetivo y algunos elementos del proletariado cobraron importancia en el partido, junto a intelectuales provenientes de las clases media y alta. (14) Si bien el partido no pasó de ser bastante insignificante en ese período, con el tiempo logró mayor influencia en las minas y su impacto en los acontecimientos posteriores también fue considerable.

En lo que se refiere a la agrupación política marxista estudiantil -originada en torno a los primeros dirigentes universitarios del movimiento por la reforma universitaria de 1928, con centro en Cochabamba- José Antonio Arze fue la figura más sobresaliente. Exilado por los militares reformistas, Arze se estableció en Chile donde hizo importantes contactos con grupos marxistas de ese país donde, en 1939, formó un grupo denominado Frente de la Izquierda Boliviana

(FIB). (15) El FIB proponía una plataforma hondamente revolucionaria y su organización obtuvo un reconocimiento y apoyo inmediatos durante una conferencia en torno a la unidad de la izquierda, celebrada en Cochabamba ese mismo año. Con el apoyo de diversas federaciones estudiantiles, el FIB respaldó la candidatura de Arze en las elecciones de 1940, donde, para sorpresa de muchos, obtuvo un buen porcentaje de votos. Después de numerosas deliberaciones en que se postulaba la necesidad de un partido fuerte y revolucionario basado en clases, el FIB se transformó en el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), el 26 de julio de 1940. Fue el primer partido verdaderamente nuevo y moderno, surgido de una fermentación iniciada a fines de la década de 1920 y acelerada por la depresión y la guerra. Fue el descendiente inmediato del movimiento de la reforma universitaria de 1928 y la expresión más generalizada y vigorosa de la tendencia revolucionaria marxista-leninista que se hubo gestado a lo largo de mucho tiempo, entre la emergente generación elitista contestataria.

Desde los primeros días del movimiento revolucionario izquierdista, el PIR adoptó un estilo y orientación muy claros. El grupo tenía antecedentes elitistas, pero en un sentido específico, es decir, consideraba que, debido al desarrollo económico desigual, el proletariado boliviano era poco numeroso y su nivel de conciencia era bajo. Con todo, rechazó el postulado nacionalista y aquel de los marofistas, quienes básicamente sostenían la misma hipótesis. Pero, en lugar de propiciar un partido multclasista organizado desde arriba como Marof, el PIR se proponía crear a la larga un movimiento revolucionario desde abajo y dirigido por intelectuales radicales; o, lo que es lo mismo, una revolución proletaria, conducida por una élite concientemente radical, surgida de la clase media.

Aunque el PIR nunca se afilió a la Tercera Internacional, adoptó una postura casi estalinista. Su perspectiva a largo plazo daba primacía a un tipo de desarrollo económico (especialmente en la industria), que se creía necesario para la supervivencia de un estado socialista. Asimismo, conside-

raba que era preciso pasar por ciertas etapas de desarrollo y rechazaba la idea de la revolución permanente a nivel nacional o internacional, con el argumento de que, antes del socialismo, Bolivia tenía que experimentar una etapa previa de completo desarrollo capitalista. Si bien esta plataforma conceptual no fue claramente expuesta en 1940, ya se habían trazado sus lineamientos básicos. (16).

Desde el punto de vista táctico, el PIR eludió un ingreso inmediato al poder político. En su lugar, el partido se empeñó en la tarea de buscar una organización de base sólida, mientras conservaba una barrera ideológica permanente frente a la élite tradicional y a la élite nacional opositora o a lo que el PIR denominaba "falsos reformistas". De esa manera, el PIR se constituyó en el primer grupo de élite opositora que ejercía influencia directa en el movimiento obrero-artesanal, en un intento de radicalizarlo y elevar su nivel de conciencia política.

El principal éxito organizativo del grupo que habría de convertirse en el PIR fue crear una Confederación Nacional de Maestros en 1936. A la larga, este poderoso sector llegó a ser un baluarte del PIR. Aunque era más un grupo de la pequeña burguesía que del proletariado, la Confederación adoptó una postura radical y brindó al PIR cierta influencia en las escuelas primarias y secundarias del país, así como en varios grupos aislados. Desde el comienzo mismo, el partido tuvo un interés permanente en la teoría de la educación, como parte de su propósito de llevar a Bolivia hacia una revolución. Su control sobre la Confederación de Maestros le dio la oportunidad de poder experimentar sus teorías y dejar huellas, todavía visibles, en las próximas generaciones. (17)

Esta agrupación política también hizo lo posible, y con cierto éxito, por buscar un espacio a la cabeza de los movimientos populares de los estratos más bajos. Estableció lazos con diversos sectores artesanales y obreros, transformando al partido en el de mayor influencia en la Confedera-

ción Sindical de Trabajadores Bolivianos (CSTB), creada en 1936. El PIR se ganó el respaldo de todos los grupos laborales más importantes, incluyendo el de los mineros. El sector menos influido por el partido fue la reciente organización de trabajadores fabriles, en tanto que la que recibió mayor influencia fue la ya sólida Federación de Trabajadores Ferroviarios.

Durante un corto período de tiempo el PIR pudo erigirse en el representante político a nivel nacional del movimiento de los de abajo; pero, como lo demostraron los acontecimientos posteriores, esta agrupación elitista de izquierda revolucionaria, nunca llegó a confundirse lo suficiente con el movimiento obrero-artesanal para crear un verdadero partido obrero. La brecha se mantuvo perenne entre ellos; de ahí que el PIR no fuera sino un partido de la élite burguesa radical aliado con ciertos sectores laborales. En suma, si bien el PIR tuvo gran influencia en la dirección y aceleración de las actividades de los de abajo, nunca alcanzó una posición de identidad y control reales.

Quienes finalmente conformaron el PIR, fueron también los primeros en explorar la posibilidad de propiciar un movimiento político agrario. Desde su base en Cochabamba, los estudiantes y maestros radicales sondearon los puntos neurálgicos entre los indios del valle cochabambino. Los maestros radicales estuvieron presentes durante la reforma en Cliza y también fueron parte del cuerpo docente de la escuela campesina edificada en Ucureña el año 1937. Aunque su actividad era muy esporádica, el PIR fue el primer grupo organizado que inculcó a las masas indígenas la noción de utilizar la presión organizada como medio para lograr cambios. (18) En definitiva, el PIR -que incluía a estudiantes radicales que lograron la reforma universitaria- agitó, organizó y, con el tiempo, lanzó un partido marxista muy fuerte que jugó un importante papel en la preparación del terreno para el desarrollo de una situación revolucionaria.

El otro sector de oposición juvenil, que yo he de-

nominado "nacional reformista", experimentó una serie de cambios similares durante ese crítico período de tres años. Así como el marxismo atrajo a un sector de esa generación, una serie de ideas menos sistematizadas y relacionadas con el corporativismo, el fascismo y otras semejantes que estaban de moda en Europa, arrastraron al otro. También hubo quienes se interesaron en posiciones como el socialismo evolucionista y otras posiciones vitalistas. Sin embargo, el capitalismo anti-liberal, el anti-imperialismo, el estatismo y el principio de líder único, parecían ser los conceptos que generaron mayor atracción. El nacionalismo y una variante del racismo, que frecuentemente se refiere a la raza indoamericana, fueron los puntos de referencia más o menos genéricos del espectro global. Un buen número de estos conceptos fueron articulados en la teoría llamada "Socialismo de Estado".

Aunque una variedad de grupitos, algunos manifiestamente nazis, hicieron su breve aparición en el escenario político, surgieron básicamente tres subtendencias. El primer partido nuevo y duradero que se formó fue la Falange Socialista Boliviana (FSB), inspirándose en el modelo de la Falange Española (partido fascista de ese país) y adoptando la simbología externa de otros partidos fascistas similares de Europa, que incluían camisas blancas y posturas militares. En una primera etapa, la FSB fue la contraparte sectaria de la tendencia nacionalista con relación al POR (trotskista). Se mantuvo como un partido pequeño, rígidamente basado en un principio de estricto liderazgo. La FSB evitaba la acción política corriente y apelaba fundamentalmente a los burgueses más jóvenes y a diversos sentimientos tanto regionalistas como separatistas. Adoptó un planteamiento político conspirativo y violento, guardando celosamente su pureza política e ideológica. Con un tono moralista y una estrategia orientada hacia la acción violenta, la FSB siguió siendo, hasta hace poco, un grupo quijotesco más interesado en el gesto heroico y osado que en una búsqueda seria del poder. (19)

En el otro lado del espectro de la reforma nacionalista estaban los social-evolucionistas; en su mayoría eran

jóvenes profesionales y muchos poseían una experiencia política anterior, especialmente con la facción de Saavedra. Los moderados como Gabriel González y Pedro Zilveti Arce, jugaron relevantes papeles en los regímenes de Toro y Busch. No obstante, en lo fundamental, aunque era parte del agrado general frente a la retórica socialista de moda por entonces, este grupo no llevaba el paso con el resto de su generación. Luego de ligeros coqueteos con reformas de escasa importancia, esta agrupación acabó por hallar sus raíces sectoriales y se realineó gradualmente con la antigua élite. Rechazó las posiciones más radicales y, durante el período de La Concordia, unió sus propósitos a los de la restauración. En 1946, formó un sector "socialista", a partir de un frente donde se reagrupaban fragmentos del antiguo partido republicano, conocido como el Partido de la Unión Republicana Socialista (PURS). Más tarde, se convirtió en el ala reformista de la élite del status quo respaldando el orden tradicional, aunque propiciando la reforma, antes de que la presión revolucionaria acumulada barrierá con todo.

Entre estas dos agrupaciones, había una corriente más o menos identificable con aquella nacionalista cuyos orígenes se remontaban al partido nacionalista de Hernando Siles. Esta era la agrupación política de Céspedes-Montenegro, conformada por profesionales jóvenes vinculados al periódico *La Calle* e identificados con la primera época de Toro, con la última de Busch y con la teoría del socialismo de Estado. Aunque ideológicamente confuso, el grupo continuaba propiciando la tan *sui generis* doctrina del socialismo boliviano. En 1938, se unió a dicha agrupación el grupo de diputados independientes de la convención constitucional de Busch y juntos respaldaron a Busch y lo utilizaron en procura de sus confusos objetivos, muchos de los cuales encontraron su expresión general en la Constitución de ese presidente. (20)

A lo largo de ese período de experimentación, basado en lo militar, el núcleo nacionalista mantuvo las posiciones tácticas que había puesto de manifiesto bajo el régimen de Hernando Siles. Su planteamiento básico fue una re-

forma moderadamente radical e impuesta desde arriba por una pequeña élite estatista. Así y, a diferencia del PIR, este partido buscaba ingresar inmediatamente al poder político. Y, si bien estos nacionalistas ensayaron la formación de un partido, en lo esencial funcionaron como fracción. Respaldaron las iniciativas de integrar los movimientos de los de abajo al control estatal, pero no lograron establecer vínculos duraderos entre ellos y los grupos artesanales u obreros. En lugar de ello, se apoyaron en el líder fuerte, capaz de tomar el poder, de rodearse de miembros de su agrupación y de imponer reformas. Era una especie de élite intelectual platónica, ansiosa de comenzar con esa misión y sin la predisposición necesaria para construir bases para el futuro. Pertenecían a la burguesía media y alta y su posición era claramente elitista. En cuanto se refiere a los estratos inferiores, tenían una actitud francamente manipuladora, paternalista y desconfiada. Fue a partir de esta camarilla nacional reformista de élite de donde finalmente nació el partido moderno más importante del país, es decir, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). En ese momento, sin embargo, el grupo era todavía sólo un producto del antiguo proceso político de fracción y personalismo al que estaba fuertemente ligado.

La joven élite militar de oposición merece mención especial, ya que, a pesar de que era parte de la generación alienada en su conjunto, desde un principio se destacó como grupo con conciencia propia. Estas élites militares se organizaron en torno a una serie de sociedades secretas o logias. La más conocida era la llamada Razón de Patria o RADEPA. Las doctrinas corporativista, fascista y estatista europeas y latinoamericanas, fueron las que más influencia ejercieron en la orientación de esta agrupación. Su piedra de toque fue nacionalista y estatista. Sus miembros se autodefinían como víctimas de la Guerra del Chaco y, en virtud de haber librado una batalla pura y correcta, no sólo tenían derecho de tomar el poder y utilizarlo para depurar y limpiar a Bolivia, sino que lo consideraban algo así como una misión trascendental. Su punto de vista era muy romántico y se proyectaba a través

de símbolos y lenguaje viriles, moralistas y vitalistas; más allá de esa serie de inclinaciones y de tan vaga orientación, no poseían prácticamente ningún programa. Estratégicamente, se mostraban favorables a la toma directa del Estado, por medio de un golpe, para desde allí poner orden a la confusión reinante. Eran elitistas y autoritarios hasta la médula; no se esforzaron mucho por buscar una base de masas y sólo reaciosamente negociaron contactos con otros grupos opositores de su generación. Si en alguna medida concebían el poder popular, era con la perspectiva de organizar la máquina social desde el pináculo del poder estatal, a través de mecanismos tales como el sindicalismo obligatorio de Toro o la dictadura nacionalista de Busch. (21)

Mientras los grupos opositores de la élite urbano-burguesa luchaban entre sí y con la élite del *status quo*, la agitación a nivel no elitista se mantenía. Impulsados por los permanentes desequilibrios del ambiente político, por una parte, y como respuesta a contradictorios estímulos que venían desde arriba, por otra, prácticamente todos los sectores de población del "sistema nacional" estaban siendo llevados hacia una confrontación política directa. En este sentido, las agrupaciones no elitistas mostraron su poder en la huelga general que contribuyó a derrocar a Tejada Sorzano en 1936, así como en organizaciones activistas como la Legión de Ex-combatientes.

Antes de la guerra (1927), el movimiento obrero-artesanal pudo alcanzar un grado de coherencia a nivel nacional con la Federación Obrera del Trabajo. Coherencia que se confirmó en 1936, cuando un tercer congreso nacional dio como resultado la creación de la Confederación Sindical de Trabajadores Bolivianos (CSTB), lo que marcó la más alta unidad generalizada que hubo de lograr el movimiento antes de 1952. Unidad frágil, agobiada por divisiones ideológicas y hostigada por la orientación particularista de quienes la componían. Con todo, en la situación que vivía Bolivia, la CSTB fue suficiente para señalar, por primera vez, al movimiento como una fuerza política digna de tenerse en cuenta.

Al igual que las anteriores organizaciones nacionales, originalmente la CSTB reflejó la misma mixtura ideológica del gremialismo prosaico, del anarquismo o del socialismo radical. Inmediatamente después de la guerra, todavía primaba un gremialismo "económico" y un movimiento dispuesto a mantenerse como receptor pasivo de las reformas instituidas desde arriba. Aparte del breve ejercicio de Waldo Alvarez como Ministro de Trabajo, ningún otro dirigente obrero ocupó puestos importantes en aquel período. No obstante, la corriente socio-política del país, resumida en la Constitución y en el Código del Trabajo de Busch, contribuyó a politizar al sector laboral, pese a que los reformistas pretendían justamente lo contrario.

Muchos fueron los factores que hicieron la politización de los obreros prácticamente inevitable. En primera instancia, el deseo de superación de los sectores laborales se despertó en la medida en que comenzaron a vislumbrar mejores posibilidades de vida. La condescendencia de los reformistas de la post-guerra frente al movimiento le transmitió un sentido nuevo del poder que tenían para influir en el curso de los acontecimientos. Más aún, el mismo hecho de que los cambios propiciados se habían originado en el aparato gubernamental y que se había convertido al Estado en el eje de la economía garantizaba que, a partir de ese momento, los sindicatos dejarían de regatear con los empresarios para presentar sus demandas al poder gubernamental directamente.

Asimismo, se estaban experimentando cambios importantes dentro del propio movimiento. Tan vigorosos como siempre, los trabajadores ferroviarios lograron un nuevo nivel de organización y la antigua federación dio paso a una Confederación Nacional de Trabajadores Ferroviarios. La definitiva industrialización en las minas, tuvo lugar en la década de 1920 y ya estaba dando fruto en los primeros lineamientos reales de las poderosas organizaciones mineras, mientras que, en La Paz, el pequeño auge en las actividades económicas secundarias estaba generando un nuevo sector proletario de trabajadores fabriles. Es decir que, a pesar de que

un trabajador gráfico (Waldo Alvarez) estuvo en un puesto de cabecera en el gobierno de Toro, la influencia del sector artesanal estaba decayendo. El liderazgo del movimiento obrero-artesanal pasó gradualmente a elementos obreros y se convirtió en algo más que en un movimiento artesanal y obrero. Con la declinación del liderazgo de los artesanos, tanto el sindicalismo económico como el anarco-sindicalismo dieron paso a un sindicalismo político favorable a un socialismo radical.

Como señalaba anteriormente, los movimientos artesanal y obrero, en su mayor parte, se desarrollaron independientemente de las luchas que tenían lugar al interior de la élite nacional. Durante el gobierno de Saavedra una fracción de la élite hizo un leve esfuerzo por conseguir un mayor respaldo de los de abajo, pero no llegó a perdurar. Sin embargo, las élites opositoras de la post-Guerra del Chaco siguieron el ejemplo de Saavedra y ensancharon el espectro del poder. Los reformistas trataron de cooptar el movimiento desde arriba, en tanto que los revolucionarios de izquierda hicieron lo posible por impulsarlo con ellos a la cabeza. Hacia 1939, los acontecimientos evolucionaron hasta tal punto que ya no era posible retomar la antigua fórmula de Saavedra: una vez que se hubo ensanchado el escenario del conflicto, se lo tuvo que mantener así.

Se produjo un acercamiento entre los dos niveles de actividad. En un principio, el movimiento de los de abajo siguió, en cierto modo, la iniciativa reformista. Pero el propósito de instituir un sindicalismo dirigido (es decir, organizaciones de trabajadores controladas por el Estado) y el hecho de que las compañías privadas no hubieran implementado las reformas, condujeron al movimiento hacia la élite opositora revolucionaria e izquierdista. (22) Hacia 1938, el grupo de Arze-Anaya había logrado incursiones tan significativas entre los ferroviarios y la CSTB, que Busch se sintió obligado a depurar a los izquierdistas y a substituir oficialmente las verdaderas organizaciones obreras por la Legión de Ex-combatientes. Busch exilió a Arze y a varios dirigen-

tes obreros más. Si bien el movimiento obrero-artesanal aceptó, en gran medida, la dirección política de los intelectuales de la izquierda radical, lo hizo con cautela. En 1940, la CSTB declaró su intención de conservar su independencia de cualquier partido político; lo cual revelaba su profunda desconfianza frente a todo el espectro de jóvenes intelectuales, sean éstos nacional-reformistas o revolucionarios.

En Bolivia como en todo el mundo, jamás los intelectuales han demostrado sinceridad, afinidad y espíritu de lucha con las masas obreras, siempre llevan una intención oculta, un cálculo para traficar con nuestras fuerzas, siempre les guía el afán de encumbrarse a los cargos directivos, sin llegar antes a las bases, sin identificarse con ellas, sin compenetrarse de sus dolores angustias y rebel-días.(23)

Este enunciado no sólo refleja la desconfianza de una agrupación que antes fuera excluida, de cara a la juventud de la élite y subélite nacional, sino la preocupación de la élite obrera en surgimiento de salvaguardar celosamente su liderazgo y su control sobre el movimiento. Por una parte, el movimiento obrero constituía un punto de controversia capital entre las élites opositoras que pretendían influirlo y controlarlo; por otra, los propios dirigentes obreros se oponían a cualquier intento de ser sobrepasados por parte de los intelectuales burgueses, no importa cual fuera su ideología.

Durante años, el movimiento obrero-artesanal desarrolló un funcionamiento independiente, con organizaciones, orientaciones y dirigentes propios. El período de la post-Guerra del Chaco lo inició con la misma tónica y continuó dentro de su propia trayectoria. Aunque como público se mostraba cada vez más favorable a actividades reformistas y revolucionarias, conservó su papel de fuerza motriz independiente, cuya intención era radicalizar el escenario político nacional. El sector obrero siguió fundamentalmente inclinado

a lograr programas económicos concretos y hacia una actividad política que se expresaba a través de una simbología socialista, pero no optaba por variante socialista específica alguna. Conservando aún su identidad, se acercó más a la contestataria joven élite de oposición. Los contactos se hicieron en forma de alianzas entre las élites burguesas jóvenes y la élite sectorial obrera en surgimiento. Los obreros hicieron todo lo posible por mantener abiertas sus opciones de alianza.

Hubo también otro público potencialmente revolucionario que empezó a gestarse en la confusión de la post-Guerra del Chaco: la acrecentada pequeña burguesía. Cada año con mayor intensidad, la inflación comenzó a tirar abajo la estabilidad del mundo burgués. Es bien sabido que la clase media es uno de los segmentos sociales que resultan más fuertemente impactados con una situación inflacionaria muy severa, especialmente cuando ésta es dependiente como en Bolivia. La seguridad económica y de posición tan importantes para esta clase, son gradualmente succionadas de su vida cotidiana. (24) Es decir, que su temor más grande, que no es otro que el de quedarse atrás, es ya una posibilidad tangible. Era una burguesía que si bien no estaba satisfecha, al menos, logró confort en algún momento y después de 1936, tuvo que enfrentarse con un grave problema que ya se enunciaba en la década de 1920. En un principio, la burguesía se sintió intranquila, en la medida en que consideraba al viejo sistema responsable de los problemas e incapaz de solucionarlos. Más tarde fue un público cada vez más predispuesto a servir de base para actividades opositoras al sistema.

El rumbo que tomaron los acontecimientos fue muy crítico. Como hemos visto, la pequeña burguesía era la piedra angular del antiguo régimen liberal; por lo tanto, a diferencia del movimiento obrero-artesanal -un fenómeno relativamente nuevo- el descontento de la burguesía suponía, por lo menos, un debilitamiento de la base interna del orden liberal. En Bolivia, esta alienación fue mucho más allá del rechazo pasivo al *status quo*. Los segmentos de clase media

urbana dependiente se transformaron en un importante respaldo para las élites opositoras, especialmente para las nacionalistas.

La pequeña burguesía respondía a la actividad de oposición dentro de un marco de referencia diferente al de los trabajadores (aunque sí compartía algunos rasgos con los artesanos), pues su referencia más importante era la posición de que gozaba anteriormente. Los obreros previamente excluidos pretendían ganar un espacio nuevo, ya sea adaptándose, expandiéndose o, por último, destruyendo al viejo orden. En realidad, el movimiento obrero representaba un agregado más a la amenaza que pesaba sobre la pequeña burguesía, identificada con el viejo orden y sus valores. Aunque no se le permitía una plena participación en los asuntos que el sistema estimaba importantes, le había sido otorgado un lugar seguro y, al menos, la ilusión de estar en proceso de ascenso. La pequeña burguesía brindó su apoyo al viejo orden, a cambio de seguridad, cierto nivel y una remota posibilidad de ascenso.

Sin embargo, la inflación fue erosionando las bases de ese intercambio. De ahí que la pequeña burguesía comenzara a manifestar su resentimiento frente a "los grandes", quienes gozaban de una vida que ellos, "los pequeños" deseaban y se esforzaban por imitar. El problema básico de la clase media consistió en que la base económica que le proporcionaba capacidad para conservar un cierto estilo de vida se estaba agotando. La reminiscencia de lo pasado y la presencia de una burguesía nacional, como la principal referencia de estilo de vida, fueron los factores que establecieron los límites al tipo de contra-propuestas políticas que el sector medio y dependiente podía seguir. El corporativismo de estado y un estigma de nacionalismo, condimentado con alusiones raciales y anti-internacionalistas fueron la idea síndrome que más atrajo al sector de clase media, que siguió con renovado interés las actividades que se desarrollaron en Alemania e Italia, en tanto que el capitalismo internacional, la masonería y las conspiraciones semitas, eran temas corrientes de conversación. (25)

A diferencia del movimiento obrero, la clase media no poseía una tradición real de grupo independiente de acción o de "clase". Su experiencia política se restringió a brindar un auditorio legitimador a las luchas de fracción al interior de la élite, así como a buscar carreras burocráticas de segunda categoría. Por ésto, sintiéndose amenazada, la clase media tendía a buscar un líder que la salvara. A falta de una estructura política interna, -que no sea la de los viejos partidos divididos en fracciones-, la clase media fue el principal sector social predispuesto a una movilización directa dentro de aquellas nuevas organizaciones que las élites jóvenes de oposición intentaban crear. Acostumbradas a depender de la élite mejor colocada para procurarse seguridad, los sectores medios tenían más afinidad con el estilo y sistema de valores de las élites burguesas de oposición (especialmente con las nacionalistas), que con los sectores laborales.

Los rasgos más importantes de la situación revolucionaria se perfilaron hacia 1940. Las fracciones provenientes de la élite del *status quo* habían sido arrastradas a una especie de unidad interna, por circunstancias que, según su punto de vista, se les escaparon de las manos. Con La Concordancia se estableció la diferencia entre lo viejo y lo nuevo en términos de una hostilidad implacable y, por vez primera, violenta. Con ello se iniciaba una era de desafío y reacción, violencia y respuesta violenta, que envenenaría el diálogo político y destruiría toda base de entendimiento común.

El factor más significativo del breve período 1936-1939 fue la expansión constante del alcance del conflicto político, así como la creación de nuevas bases de poder. Durante los felices días del viejo régimen, el poder político y el conflicto fueron propiedad exclusiva de una escasa burguesía nacional. Mientras que la pequeña burguesía dependiente era un auditorio pasivo ante el drama interno de la élite y no participaba en lo que ocurría entre bastidores. El resto de la población estaba constitucionalmente impedida

de jugar incluso este pasivo papel. Aunque la acrecentada fuerza de los de abajo ya se dejó sentir en la década del 1920, no afectó en lo esencial el marco de poder y autoridad.

Todo eso había cambiado. La pequeña burguesía fue arrancada de su pasividad y obligada a asistir al flujo del conflicto nacional, aunque sólo fuera para alentar a los jóvenes caudillos. El movimiento obrero-artesanal fue llevado hasta el escenario central del conflicto, donde impuso sus demandas y ejerció sus ya fortalecidos músculos.

Anteriormente, las élites discutían en privado los grandes asuntos de Estado, mientras los auditorios pasivos se preocupaban por problemas como la construcción de una plaza de pueblo u otros semejantes. (26) Ahora, todo tema gubernamental era tema de interés público. Cada paso que daba el gobierno causaba un gran impacto general y, abiertamente, cada grupo exigía tiempo y atención a sus demandas. Dinamizado, el público ejercía presión en torno al centro nacional de decisión y llevaba cada uno de los temas a nivel de clamor popular, infundiendo un cariz de crisis permanente al aparato encargado de tomar decisiones.

Por su parte, cuando se debilitaban en la lucha por el poder, las élites políticas contendientes no vacilaban en dirigirse al público alentándolo a participar, con objeto de agitar sentimientos públicos frente a sus oponentes. En la época anterior, el poder se apoyaba en el control de los recursos económicos, de las tropas, de la posición social y de la administración. Después de 1935 y por primera vez, el poder de los grupos organizados fue un factor constante dentro de la ecuación de lucha política nacional. Entonces, las élites rivales tuvieron que enfrentarse entre ellas para aprovechar este nuevo poder para sus propios fines. Por lo tanto, en ese periodo no sólo se hicieron experimentos en lo que concierne a relaciones económicas y sociales, sino también a formas de organización política. Los antiguos tipos de organización no pudieron estructurar este nuevo fenómeno tan variable. Las artificiales organizaciones creadas desde

arriba y el magnetismo personal del héroe dejaron, a la larga, de tener éxito.

Encarnando en su personalidad excéntrica y explosiva las contradictorias presiones que estaban arruinando el cuerpo político boliviano, Busch transmitió la necesidad de forjar nuevos mecanismos y movilizar el poder de las multitudes de manera permanente. Un público alerta como el de la clase media bien podía buscar un héroe para su salvación; pero, como lo demostraría la exitosa reacción de La Concorancia, este tipo de relación, rara vez ofrece bases sólidas para gobiernos predispuestos al cambio. La línea del caudillismo personalista de Toro y Busch, compartida por Marof, resultó bastante ineficaz. La próxima vez, el conflicto político nacional habría de darse de acuerdo a los límites impuestos por una politización del movimiento obrero, del artesano y de la pequeña burguesía. Tanto la élite del *status quo* como las opositoras deberán buscar los medios para enfrentar a esa realidad específica.

ENCABEZADA POR EL GENERAL QUINTANILLA

CAPITULO VI

El MNR: de Facción a Partido

En marzo de 1940, una junta militar de transición, encabezada por el General Quintanilla, convocó a nuevas elecciones generales. La Concordancia postuló para presidente a Enrique Peñaranda, un general de la vieja guardia. Por entonces no habían verdaderos partidos de oposición y la única oposición real a Peñaranda, de cara a la presidencia, fue José Antonio Arze, candidato de la Federación de Estudiantes de Sucre, con el respaldo del FIB y de otros grupos estudiantiles de izquierda que habrían de unirse, pocos meses después, en el PIR.

Con esas elecciones se trató de rescatar la legitimidad del orden político vigente antes de la Guerra del Chaco. Bajo el sistema imperante de participación legalmente restringida, se emitió un total de apenas 60.000 votos. De ahí que, a pesar del importante aumento en la magnitud e intensidad del compromiso público en los asuntos políticos na-

cionales, la élite del status quo quería un régimen basado en el antiguo y muy reducido electorado.

Peñaranda salió triunfador absoluto en las elecciones, con cerca de 50.000 votos; frente a él, Arze -el joven y declarado marxista- obtuvo más de 10.000 votos, sin ningún aparato digno de mención. Considerando que Arze era un claro radical, ese resultado, con prácticamente la totalidad de los votos provenientes de la pequeña burguesía, fue un barómetro preciso para medir el creciente descontento que reinaba en los sectores medios; así como la cada vez más reducida base de apoyo de la élite del status quo. Pero, en realidad, las incursiones contra el sistema, dentro de los fundamentos básicos del viejo orden, fueron de mayor envergadura; ya que en la elección congresal, los elementos de oposición lograron bastantes representantes. Así, los partidarios de Arze formaron una importante bancada, los marofistas obtuvieron algunos escaños, mientras que otros seis individuos que se postularon como independientes, alcanzaron muy claras victorias. Por ejemplo, en La Paz, el independiente Rafael Otazo, obtuvo 6.000 votos más que Peñaranda. (1) Por lo tanto, se hizo evidente que una parte esencial del importante sector medio se había manifestado, de una u otra manera, en contra del status quo. Es decir, que los augurios sobre la capacidad de La Concordancia para reconstituir la vida política boliviana al estilo antiguo estaban lejos de causar impresión alguna.

Durante su primer año de existencia, el régimen de Peñaranda quiso dejar sin efecto la mayoría de las reformas instituidas por Toro y Busch, tanto desde el punto de vista legal como, notablemente, en la práctica. Sin embargo, el gobierno no retrocedió del todo al mundo anterior a 1930. Dejó de lado el decreto sobre divisas y el código del trabajo cayó en el olvido pero no se cambiaron en nada las medidas sobre la creación del Banco Minero y la nacionalización del petróleo. La Concordancia supo captar para sí a muchos de aquellos que tenían nexos con el partido socialista de Baldi-
vieso, así como a la mayoría de los saavedristas jóvenes. De

esa manera, la vieja guardia pudo ganar una rama de esa joven generación dedicada a promover algunas reformas moderadas; y lo hicieron con la teoría de que, para salvarse, el sistema debía adaptarse a los nuevos tiempos. Pero, debido a la presión interna -que a su vez estaba relacionada con la política de "pegas"- y a una nueva crisis política, ese flamante gobierno tuvo que enfrentar problemas inmediatos.

Las bancadas opositoras dentro del congreso (principalmente los nacionalistas) atacaban permanentemente a Peñaranda. Bajo ese gobierno, Bolivia se identificó con la causa de los Aliados en la II Guerra Mundial. A medida que el Japón ampliaba su control sobre el sudeste de Asia, Bolivia se fue convirtiendo en la única fuente de estaño disponible para la guerra de los Aliados y, con ello, su importancia estratégica fue mayor. Por otra parte, como consecuencia del aumento en la demanda a causa de la guerra, también la industria local experimentó un alza. Pese a tener el monopolio del mercado, Bolivia firmó un contrato de venta con los Estados Unidos de América, donde se fijaba un precio de 48.5 centavos de dólar por tonelada de estaño, cuando el precio de este mineral a nivel mundial era de 52 centavos de dólar por tonelada. Esta situación originaría el primer motivo de conflicto entre la oposición y el nuevo gobierno. La oposición acusó al gobierno, en términos de "regalar la riqueza nacional", al mismo tiempo que lo acusó de "entreguista". Entre las consecuencias que tuvo dicho debate, estaba la creciente preocupación que se originó en los círculos diplomáticos estadounidenses ante una supuesta simpatía por parte de los "nacionalistas" -que dirigían el ataque- hacia las potencias del Eje.

El año inicial de la "restauración" fue un período muy importante en el que los diversos grupos de jóvenes de la élite opositora tuvieron que detenerse a reflexionar acerca de sus objetivos a largo plazo. Y quienes dieron el primer paso fueron los revolucionarios izquierdistas, cuando formalizaron sus posiciones con la creación del PIR. Por el lado de los nacionalistas, el panorama era aún difuso. Hasta ese

momento, las dos tendencias jóvenes habían tenido experiencias bastante diferentes. El PIR fue una culminación lógica de los postulados y técnicas que, desde un comienzo, siguieran los revolucionarios izquierdistas. Por su parte, los nacionalistas ya habían tenido ocasión de saborear el poder gubernamental, aunque quedaron sin suelo en el que pisar con el repentino suicidio de Busch. Y pese a que por su estilo anterior no sacaron del todo los pies del palacio, carecían por completo de un claro programa para el futuro.

Como señaló un destacado miembro del grupo, "En 1940-41, nos encontramos, a diferencia del PIR, carentes de mecanismos para movilizar a las masas". (2) Sin un Busch que les proporcione un lugar en el poder, tuvieron que buscar la forma de crear una base de poder más predecible sobre la cual trabajar. De ahí que el grupo comenzara a tomar en cuenta un espectro más amplio de apoyo y particularmente a la clase media y al incipiente proletariado (empleados urbanos, los nuevos fabriles, choferes y otros similares). (3) El valor del despertar de muchos sectores se había hecho evidente, por lo que el grupo decidió impulsar una participación más amplia del público. Los grupos claves donde concentrarían sus esfuerzos vinieron a ser los perturbados sectores medios y aquellos más incipientes de los trabajadores urbanos.

Con el fin de crear una sólida base social, el grupo Céspedes-Montenegro de los nacionalistas de Siles mantuvo reuniones con el de los diputados independientes que habían respaldado a Busch. Siguiendo la iniciativa del PIR, los participantes de estas conferencias optaron por consolidar su caudal político lanzando una organización unificada: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), fundado el 25 de agosto de 1941, cuyo propósito fue el de "promover un movimiento patriótico de orientación socialista, dirigido a defender y afirmar la nacionalidad boliviana". (4)

Con la fundación del MNR, en Bolivia se iniciaba una nueva era política. Una etapa de transformación comparable a la que tuvo lugar a fines del siglo diecinueve, cuando

por primera vez, la política boliviana entró en la dinámica moderna de partido, ideología y clase. Los partidos que se fundaron entonces, poseían la capacidad de cambiar la fisonomía de Bolivia, pero no así de encontrar la flexibilidad interna, a través de la cual pudieran crecer y adaptarse a los cambios que se producían a su alrededor. En lugar de ello y, desde la perspectiva de la evolución del partido, retrocedieron al tipo de agrupación previa al partido, es decir hacia camarillas de élite personalistas. Con ello revelaban la falta de capacidad de expansión y de flexibilidad del orden liberal.

Este tipo de organización política perdió su viabilidad después de 1930. Los viejos partidos dejaron de tener atractivo para la juventud de la élite y subélite, la cual se había embarcado en una etapa de experimentación; de la misma manera en que los viejos partidos nunca fueron capaces de integrar dentro de sus estructuras de apoyo a ningún público sublevado. Las veteranas agrupaciones políticas se deterioraron y lograron sobrevivir únicamente juntándose en una coalición inestable. En un primer proceso de experimentación, la juventud de la élite nacionalista opositora coqueteó con nuevos mecanismos, pero apoyándose fundamentalmente en la fuerza de personalidades individuales. Empero, ante la debilidad de esa táctica y la innegable necesidad de instrumentos con los que controlar y dirigir a un público que acababa de despertar, se vieron obligados a buscar seriamente nuevos instrumentos políticos.

La formación tanto del PIR como del MNR pusieron de manifiesto varios aspectos. Por una parte, reflejó su distanciamiento de una política personalista caprichosa, en busca de la organización impersonal e ideológica. Por vez primera, dos partidos formalizaron coherentemente las dos tendencias de la juventud opositora que se habían estado gestando ya desde 1927, si no antes. También mostraba que había superado al viejo orden en cuanto a organización. Y, aunque con estrategias distintas, tanto el PIR como el MNR se dedicaron a buscar una base de poder entre los elementos cons-

cientemente excluidos del orden político legalmente vigente. Por vez primera, Bolivia estaba dando el paso hacia una "política de masas".

Uno de los aspectos más importantes de la política en ese momento fue la expansión de la esfera del conflicto; es decir, hasta que punto los diferentes públicos estaban o no directamente involucrados en la lucha política nacional. El control del grado y modo de participación de éstos se convirtió en el problema táctico más crítico de la política boliviana. Antes, la política había sido un juego que las élites jugaban entre sí, ahora entraba en él también el pueblo. La creación de partidos con una orientación más amplia, reflejaba un surgimiento gradual de masas, como el rasgo fundamental del poder político. Al final, la recompensa sería para quienes mejor convocaran y conservaran el respaldo público, en una variedad de niveles de actividad.

Desde esa perspectiva e inicialmente, el PIR fue al principio el partido más avanzado de las dos nuevas organizaciones. A pesar de haberse formalizado como partido, el MNR no dejó de ser la camarilla de jóvenes intelectuales elitistas que, si bien estaba consciente de que un apoyo más amplio era importante, no se mostraba realmente predispuesta a crear las instituciones capaces de organizar ese respaldo como una base constante. El MNR carecía de los mecanismos -o poseía muy pocos- para mantener el contacto entre una elección y otra. Como contrapartida, aunque el PIR no pudo superar todas sus limitaciones, al menos intentó ejercer un impacto cotidiano entre sus seguidores.

Desde su propia orientación, el MNR siguió propiciando reformas manipuladoras auspiciadas desde arriba por la élite. En tanto que el PIR mantuvo su propósito de construir una revolución, pero dirigida por la élite, desde abajo. El MNR alcanzó bastante coherencia ideológica, pero, desde el punto de vista pragmático, su posición siguió siendo vaga. Y aunque empleaba un marco intelectual que era marxista, según los propios teóricos movimientistas, el marxismo era para

ellos más un método que un programa dogmático; y, lo que es más importante aún, era un marxismo utilizado por los bolivianos para comprender Bolivia y carecía de todo rasgo internacional. Para el MNR, el gran fracaso de sus oponentes (los piristas) fue su compromiso, falta de toda crítica, con dogmas concebidos en base a realidades ajenas a su país. El PIR replicaba, a su vez, que los miembros del MNR eran seudomarxistas y reformistas burgueses renuentes a introducir los cambios básicos que Bolivia necesitaba.

Debido a su vaguedad programática, es difícil identificar las metas iniciales del MNR. En público adoptaba una postura xenofóbica, atacando todo aquello que consideraba internacional, comenzando por el imperialismo y terminando con masones y judíos. Crearon imágenes de hombres grotescamente poderosos como los barones del estaño, a quienes calificaron de ser el superestado. El MNR afirmaba que los barones del estaño (la Rosca) utilizaban a Bolivia para enriquecer los bolsillos, ya repletos, de los financieros internacionales, mientras se dejaba morir de hambre al boliviano común. Se refería, asimismo, a la constante declinación y amenaza que sufría la clase media, a la que calificaba de "clase media empobrecida". Señalaban que los extranjeros no sólo controlaban la economía, sino que también ocupaban los mejores puestos. El MNR exigía la contratación de trabajadores bolivianos para los puestos.

El MNR pedía el respaldo de obreros y campesinos, pero principalmente de artesanos, propietarios de tierras en Bolivia, profesionales, pequeños industriales, pequeños comerciantes, estudiantes y artistas... (5) Al mismo tiempo que proclamaba una serie de "pegajosos" slogans como:

"Contra la falsa democracia"

"Contra el pseudo-socialismo"

"Con el Movimiento Nacionalista Revolucionario"

"Por la consolidación del Estado y la seguridad de la patria"

"Por la liberación económica del pueblo boliviano". (6)

En los dos últimos slogans, son evidentes dos preocupaciones básicas del MNR original. En primera instancia, planteó el problema del poder del Estado Nacional boliviano en un mundo de Naciones-Estado. En segunda, propugnó el sometimiento de la economía local al control estatal, con objeto de aumentar el poder y dignidad del Estado. Vale decir que el MNR se preocupaba sobre todo por el control de la economía boliviana y el poder del Estado boliviano. El nacionalismo era el nexo simbólico y expresivo entre estas dos metas fundamentales y relacionadas entre sí. Hasta ese momento, hubo muy poca discusión sistemática acerca de los medios programáticos para el logro de tales objetivos, a no ser por las referencias que hacían a: (a) restringir la participación extranjera en la economía local, (b) hacer que el Estado sea quien regule la economía, (c) permitir cierto control estatal sobre los beneficios del estaño, y finalmente (d) lograr algún tipo de "justicia" para el campesino indígena. Mientras el PIR abogaba inequívocamente por una nacionalización de las minas y una reforma agraria integral. (7)

Unida a un antisemitismo cada vez más estridente, su xenofobia provocó la acusación de que el MNR era fascista y favorable al Eje; lo cual, con relación a ciertos individuos vinculados al partido, probablemente fue cierto. Sin embargo, en general, el MNR mostraba un extraordinario interés por la situación local. Para lograr sus fines, el partido estaba dispuesto a recibir colaboración de cualquier parte, posición muy similar a la de aquellos neutralistas contemporáneos que operan en ambos extremos de la guerra fría. La postura del MNR de cara al contrato del estaño nació principalmente del deseo de sacar provecho, por una vez, desde una situación favorable en el mercado. Indudablemente, a largo plazo, el MNR pensaba asegurar sus espacios y maniobrar a favor de una buena posición con los que ganaran la batalla, sean quienes fueran. Si bien no quería estar bajo control de los Aliados, tampoco le interesaba convertirse en un satélite del Eje.

El problema del anti-semitismo era más complejo,

pues fue y aún es una fuerza poderosa en América Latina. No obstante, a fines de la década de 1930, Bolivia brindó asilo a judíos provenientes de Alemania; se pensaba que estos migrantes irían a establecer colonias agrícolas en las tierras vírgenes del oriente; pero, la mayoría permaneció en la capital para competir con la pequeña burguesía y actuar a su mismo nivel. El tema de la migración judía dio un giro negativo, cuando se descubrió que miembros del cuerpo diplomático habían vendido pasaportes ilegales a los judíos que escapaban. Presionada por la inflación, la pequeña burguesía boliviana -al igual que su contraparte alemana- buscaba chivos expiatorios; y, como en Alemania, eligió a grandes capitalistas y a internacionalistas judíos. La imagen que se quiso dar, de una conspiración internacional que involucraba a judíos y capitalistas, obtuvo una aparente admisibilidad pues Hochschild, el poderoso barón del estaño, era judío alemán. Por ésto, la pequeña burguesía boliviana, que en el fondo había sido siempre antisemita, en aquel momento lo era activamente.

Al margen de lo que pudo haber sido el sentimiento personal de sus miembros a nivel individual, el propio partido estaba funcionando en un ambiente táctico, donde lo que buscaba fundamentalmente era el apoyo electoral de la pequeña burguesía. Consiguientemente, ese antisemitismo adoptado por el MNR no nació de adhesión alguna al nazismo, sino de una manipulación más bien cínica de los temores propios de ese momento entre los sectores dependientes de la clase media boliviana. (8)

La estrategia inmediata del MNR consistió en utilizar la retórica para avivar la intensidad de participación pública en el conflicto político nacional y acumular un respaldo electoral. El congreso se convirtió en la plataforma utilizada por el MNR y su bancada parlamentaria su principal instrumento de acción. Este partido consiguió mayor apoyo en las elecciones y su representación parlamentaria de 1942 aumentó a veinte. Tampoco desperdició oportunidad alguna para hacer escuchar su punto de vista sobre los problemas bolivia-

nos. El MNR dedicó mucho tiempo planteando y definiendo problemas. Y, desde la perspectiva retórica, Paz Estenssoro se destacó como el portavoz más efectivo del partido, para más tarde convertirse en el cabecilla extraoficial de la bancada parlamentaria y, finalmente, en jefe del partido. (9)

El permanente clima de crisis permitió al MNR convertir prácticamente cualquier debate a una discusión de los grandes temas nacionales. El estío experimentó cierta recuperación debido a las demandas originadas por la guerra, pero no fue suficiente para aliviar las repercusiones de la anómala estructura económica del país. La inflación, unida a la escasez y a otros problemas se agudizó, con el consiguiente deterioro de la situación de la clase media dependiente. El deseo de satisfacer las demandas originadas por la guerra, llevó al gobierno a adoptar una línea dura con los trabajadores, quienes, a su vez, aumentaban la intensidad de sus exigencias al negociar sus derechos y salarios. Y fue ese el momento en que la élite dominante de La Concordancia dio uno de los pasos más fatales en relación al movimiento obrero.

Durante los tres primeros años de la década de 1940, la fuerza de trabajo minero tuvo un rápido crecimiento: de treinta mil a cincuenta mil trabajadores. Había una doble razón para tan acelerado aumento. Por una parte, el rápido incremento en la demanda, provocado por la guerra. La ya evidente política de reinversión mínima de capital por las empresas, a lo que hay que añadir que los países Aliados no podían embarcar maquinaria, condujo a una masiva contratación de mano de obra para cubrir las necesidades de producción. Además, la calidad del mineral explotado había decaído de tal forma que contratar un mayor número de trabajadores era más rentable que utilizar maquinaria. Por esto, la industria estaba en el proceso de pasar del uso de capital intensivo en sus operaciones a un uso relativamente mayor de mano de obra intensiva. (10)

Con el aumento de la mano de obra se desarrolló un impulso concertado para sindicalizar a la población minera.

En su oposición a tales intentos de organización, las empresas adoptaron una política de disgregación sindical, al mismo tiempo que trataron de reprimir la creciente influencia política izquierdista presente en los campamentos. La resistencia fue especialmente aguda y despótica en la empresa de Patiño.

Como parte del impulso organizativo, el sindicato de Catavi-Siglo XX (un campamento de Patiño y el más grande de Bolivia) presentó una lista de demandas a la compañía en 1942. Esta rechazó las demandas y el sindicato las elevó al gobierno, que tampoco dio respuesta alguna. Bajo la amenaza de huelga, la compañía pidió la cooperación del gobierno y éste envió un fuerte destacamento militar a Catavi. En noviembre, la situación era muy tensa, la compañía cerró la pulpería del campamento (la principal fuente de alimentos de los mineros), en un intento de escarmentar a los mineros. En diciembre, los mineros iniciaron una huelga y el veintiuno del mismo mes se produjo un enfrentamiento entre los huelguistas y las tropas que ocupaban el campamento; las mismas que dispararon contra los huelguistas, dando muerte a una multitud de ellos. Aunque finalmente se rompió la huelga, el impacto de lo que se llamó la "Masacre de Catavi", llegó incluso a Washington.

Los grupos de oposición criticaron duramente al gobierno, en tanto que lo ocurrido causó indignación en la opinión pública. La situación fue tan grave, que el gobierno de los Estados Unidos de América envió una misión de alto nivel para observar el estado de los campamentos mineros. El informe de la comisión fue sumamente crítico a las condiciones de trabajo y comentó especialmente la resistencia de las compañías mineras frente a las legítimas demandas organizativas y económicas de los trabajadores de las minas. (11) El MNR y el PIR aprovecharon del documento para lanzar renovados ataques contra el gobierno.

En una interpelación tras otra, tanto el MNR como el PIR hicieron de tales sucesos el episodio más escandaloso

desde la Guerra del Chaco. La "Masacre de Catavi" fue considerada como el segundo gran símbolo del colapso del viejo orden. Y, en lo que se refiere a las minas propiamente dichas, se aceleró el proceso de sindicalización de los trabajadores. La influencia del PIR aumentó significativamente. Los campamentos mineros rápidamente se transformaron en bastiones de las organizaciones obreras más fuertes y poderosas del país, conservando siempre alta la lista de sus mártires.

Desde la fundación del MNR, hubo una contradicción inherente en el tipo de estrategia que adoptó públicamente. Pues, mientras ostensiblemente ganaba en popularidad, sus posibilidades de llegar al poder a través de elecciones eran bastante remotas. Tampoco se tomó el trabajo de construir la infraestructura organizativa para una insurrección de masas. Como partido, no era más que un grupito de intelectuales que fomentaba toda la agitación de que fue capaz. Pero, surge la pregunta, ¿con qué objeto?

Sin embargo, esa contradicción entre objetivos y medios para alcanzarlos era meramente superficial; ya que, en el trasfondo, el MNR perseguía silenciosamente las antiguas tácticas fraccionalistas para forjar su camino directo al poder. Cuando la batalla verbal era más encarnizada a nivel público, el MNR estaba ocupado en prolijas discusiones con oficiales jóvenes del ejército. Discusiones que culminaron en una alianza entre el MNR y la logia secreta RADEPA, una organización de jóvenes militares descontentos y reformistas. En poco tiempo, esa alianza cobró la forma de una conspiración. El acuerdo se hizo en base a la necesidad del MNR del poder militar de RADEPA y la de los oficiales de una aureola de legitimidad civil y el respaldo que el MNR podía brindar a un régimen militar. En la mañana del 20 de diciembre de 1943, la alianza civil-militar de una joven élite opositora protagonizó un golpe de estado clásico triunfante y sin derramamiento de sangre.

Asegurado el gobierno, los rebeldes colocaron como presidente al hasta entonces desconocido mayor de ejército,

Gualberto Villarroel, y formaron un gabinete con Paz Estenssoro y otros movimientistas en ministerios económicos claves. Así comenzó un nuevo periodo de experimentación; con un gobierno con base militar y un hombre fuerte. Los nacionalistas resurgieron en su papel acostumbrado, como hábiles manipuladores y asesores de ese hombre fuerte. Empero, el escenario había cambiado un poco con el tiempo y Villarroel no poseía el instinto de manipulación de Toro, ni la abrumadora personalidad de Busch. Los movimientistas tampoco eran ya los soñadores e idealistas de antes, sino políticos endurecidos por la lucha. Por otra parte, el MNR había ingresado en el gobierno como una agrupación pequeña pero compacta, cuyos miembros estaban acostumbrados a trabajar juntos y no una frágil colección de individuos ambiciosos como era habitual en gobiernos militares anteriores. Finalmente, en una situación de crisis e intenso despertar de la conciencia pública, el MNR había logrado, al menos, un principio de base popular.

Aunque lejos de mostrarse satisfechos con la vergonzosa política laboral del gobierno de Peñaranda, los países aliados estaban, sino más, muy preocupados con el gobierno MNR-RADEPA y se negaron a reconocerlo. Pero, luego de seis meses de largas maniobras diplomáticas, los aliados accedieron a dar su reconocimiento, a condición de que el MNR abandonara el gobierno. Aunque el MNR cumplió el compromiso, una vez que se hubo apaciguado el ambiente, Paz Estenssoro y otros destacados movimientistas encontraron la forma de recuperar sus puestos de alto nivel. La expulsada Concordancia, a su vez, intentó probar los lazos fascistas del gobierno y convencer al mundo que la suya era la causa democrática que estaba siendo amenazada por la contraparte boliviana de barbarismo nazi.

Inicialmente, el PIR exploró la posibilidad de entrar en el gobierno de Villarroel, pero fue rechazado, convirtiéndose así en una fuerza opositora. A la larga, sus miembros hubieron de unirse a la destronada Concordancia, en un gran frente "democrático" contra la "dictadura nazi-fas-

cista".

Pero no todo fue bien en el propio gobierno de Villarroel, ya que un sector de RADEPA no estaba de acuerdo con la participación de civiles en el golpe; y mucho menos de civiles movimientistas. En parte por ambición personal y en parte por el ya viejo antagonismo entre civiles y militares, este grupo se proponía tomar el poder y utilizarlo por sí solo; pero los oficiales pro-movimientistas los persuadieron en el debate subsiguiente y Villarroel, con una personalidad no muy dinámica, representó una elección de compromiso entre las enérgicas personalidades que estaban en ambos extremos del problema. Con todo, el sector contrario al MNR no cesó en su afán de minimizar las influencias de los movimientistas en el nuevo régimen. (12)

Al comienzo, Villarroel jugó un papel similar al de Busch en su primer año de gobierno. Aunque de manera más bien vaga, el gobierno se declaró reformista. Su clásica declaración de intenciones decía: "No somos enemigos de los ricos, pero somos más amigos de los pobres". Una vez que el MNR hubo salido del gobierno, Villarroel conformó un régimen con base más amplia, quizás en un intento de recuperar la confianza estadounidense. En cualquier caso, el gobierno experimentó pocos cambios durante su primer año y medio; lo cual no impidió a la oposición (a los partidos excluidos y el PIR) planificar, por lo menos dos intentos serios de golpe de estado lo cual indica que, dejando de lado los temas del debate nacional, la política de facciones ávida de "pegas" era aún un factor importante en la dinámica de la situación.

En enero de 1945, el MNR reingresó en el gobierno, con Paz Estensoro en la cartera de finanzas, Julio Zuazo Cuenca en la de agricultura y Germán Monroy Block en la de trabajo. El retorno del MNR al gobierno coincidió con la promulgación de una nueva Constitución, la misma que retomó los principios de aquella de 1938, aprobada por Busch. En ella se ratificó el rol del Estado como regulador de la economía y se declaraba que los intereses del Estado estaban por

encima de cualquier interés sectorial o individual. (13)

Desde su inicio, Villarroel siguió un régimen de estricta austeridad financiera y logró detener la inflación. (14) Logrado un cierto control de la economía y con las carteras económicas más importantes en manos del MNR, el régimen se aventuró a emprender una primera reforma. Un decreto promulgado por el ejecutivo en abril, obligaba a todas las compañías a vender el 60% de sus divisas al gobierno a una tarifa fija. Asimismo, se establecieron impuestos de exportación y sobre el pago de dividendos, cuando éstos fueran abonados en moneda extranjera.

Esas medidas fueron complementadas por una serie de decretos en favor de los trabajadores. Con el decreto denominado del Fuero Sindical, se prohibía el despido sin causa justificada y los traslados sin consentimiento previo. Fue una medida importante para los esfuerzos organizativos de los obreros, y su objetivo fue brindar protección a los organizadores, frente a las represalias patronales. También se promulgaron decretos sobre beneficios por despido y una variedad de otras primas. Una medida anteriormente aprobada por Busch, pero posteriormente ignorada, fue ratificada por Villarroel, en ella se decretaba que un trabajador podía retirarse voluntariamente, con derecho a un mes de sueldo por cada año trabajado, siempre que hubiera cumplido ocho años de servicio. Los decretos promulgados por el gobierno de Villarroel no se limitaron al ámbito obrero, pues también se referían a todos los empleados; lo que quiere decir que muchos sectores de la clase media urbana se beneficiaron igualmente. Por otra parte, se dieron pasos que afectaron los intereses de compañías privadas y, en especial, a las del grupo Aramayo.

El gobierno asumió, de la misma manera una posición favorable hacia el flamante sector manufacturero y, en ese sentido, fijó aranceles protectivos, con objeto de estimular la industria local. No obstante, esa medida tenía un lado negativo, ya que la batalla contra la inflación incluía una estricta restricción a los créditos. Si bien el programa de

austeridad contribuyó a detener la inflación, también generó enemigos poderosos y dignos de tomarse en cuenta. Por último, este gobierno propuso, por vez primera en la historia boliviana, un plan nacional para la diversificación de la economía. Pero, dado que el tipo de medidas que se requerían para el plan se oponían a intereses locales ya establecidos, el proyecto no llegó a materializarse. (15)

El experimento más radical del gobierno de Villarroel fue la convocatoria al Primer Congreso Nacional Indígena, el 10 de mayo de 1945, al que asistieron representantes campesinos de casi todo el país. Antes de la fecha programada por el congreso, los organizadores gubernamentales se trasladaron al campo, para promocionar la organización de los indios; (16) y se logró crear una Federación Nacional de Campesinos, bajo el liderazgo de Francisco Chipana Ramos, un indio de la provincia de Sicasica, departamento de La Paz.

Precedida de gran bullicio, en el Congreso se trató el complejo problema de la relación entre la población campesina indígena y la sociedad "nacional" hispana. Es interesante notar que allí no se planteó el tema de la reforma agraria, como tampoco se tomó previsión alguna de acción. En lugar de analizar las relaciones de propiedad en el campo, el Congreso se limitó a discutir el problema de las relaciones laborales. En las conclusiones de la convención de Villarroel se aprobaron dos decretos: uno relativo a la abolición del pongueaje y otro donde se introdujo el principio salarial en el sistema agrícola.

Con todo lo radical que fue este comienzo, en el Congreso se puso de manifiesto que el nivel de la concepción de élite "nacionalista" con relación al problema agrario era todavía muy restringido; pues nadie proponía una revolución agraria. El problema campesino agrícola había sido un tema nacional desde el gobierno de Toro, pero a excepción de los marxistas, el punto de vista nacional era aún esencialmente liberal. El tema agrario fue considerado fundamentalmente como una cuestión laboral, donde lo que se planteó fue la

necesidad de superar las formas estáticas de trabajo feudal e introducir formas modernas de contratación. Para ellos, el indio era un ser atrasado, a quien debía civilizarse según los términos definidos por los valores de la cultura dominante, es decir, que lo siguieron considerando un problema básicamente educativo. Probablemente, la expresión más significativa del pensamiento que estaba en boga por entonces, aún entre los reformistas, fue que la Constitución de 1945 mantenía la definición de ciudadanía, restringiéndola a aquellos que sabían leer y escribir en idioma español.

Sea como fuere, lo cierto es que inclusive medidas tan débiles como las que se tomaron, causaron una profunda consternación entre los terratenientes e inquietud en la pequeña burguesía. Los esfuerzos que anteriormente se hicieran para implementar reformas, se limitaron a someter tanto a las grandes compañías como a la economía "nacional". Fue la primera vez que se hubo abordado seriamente la posibilidad de implementar cambios en el vasto sistema agrícola. Debido a la relación profundamente ambivalente que, por factores nacionales y culturales existía entre la reducida cultura española dominante y la inmensa cultura indígena sometida, era lógico que surgieran profundos temores frente a cualquier indicio de organización de movimientos colectivos entre los indios.

A pesar de todo, ninguno de los decretos promulgados por el gobierno de Villarroel tuvo efecto; ya que el conjunto de los terratenientes simplemente los ignoraron y actuaron como hasta entonces. Al margen de su limitado alcance, lo verdaderamente importante del Congreso fue que los reformistas postulaban cambios básicos en el sistema agrícola. Y, el hecho de que estudiaran la posibilidad de que la masa indígena se organizara, por primera vez, como una poderosa base, fue aún más relevante. Hasta entonces, el acelerado crecimiento de la participación pública en el conflicto político se había restringido a pequeños, aunque poderosos, sectores activos de la sociedad; ahora se presentaba una posibilidad diferente, la de atraer a las masas indígenas, an-

tes ajenas, al escenario central.

Sin embargo, la preocupación por el campesino indígena fue sólo un aspecto de los esfuerzos que realizara el gobierno para crearse bases organizadas de apoyo. Durante su periodo parlamentario, el MNR fue tomando conciencia del potencial que representaba la organización de los trabajadores. Si bien el partido se acercó verbalmente a los obreros en debates como la huelga de Catavi, su influencia sobre los trabajadores no fue tan importante, si se la compara con la del PIR. Cuando retornó al poder, el MNR tuvo que reconocer que uno de sus principales opositores (el PIR), poseía ese vital respaldo. De modo que, para frenar la amenaza de una oposición por parte de los obreros, el gobierno propició la legislación a su favor. A ello hay que añadir que, con la finalidad de desplazar al PIR del lugar que ocupaba, el MNR empezó a trabajar en un impulso concertado para llevar al movimiento obrero bajo su control. Fue otro intento similar a los de Busch y Toro de utilizar el poder político y erigir un "sindicalismo dirigido", sometido a control gubernamental. En otras palabras, la política iniciada por el MNR, tenía por objetivo alejar al PIR del movimiento laboral, aunque concentró su trabajo en los campamentos mineros más flexibles y volubles.

Durante el régimen de Villarroel tuvo lugar una dura, y muchas veces sangrienta, batalla entre los dos grupos de élite opositores por el control del movimiento laboral. El MNR utilizó todos los recursos a su disposición para presionar a sus oponentes. Pero, como era de esperar, esto contribuyó a fortalecer la resolución del PIR de ayudar a las fracciones tradicionales a conspirar en contra de los reformistas civil-militares. Y, aunque, en cierta forma, el MNR logró desplazar al PIR, en ningún caso pudo reducir del todo su influencia. El éxito más evidente del MNR fue la organización de los mineros; pues, bajo el auspicio de ese partido, en 1944 se creó la primera Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB).

El nuevo secretario general de la FSTMB, Juan Lechín Oquendo, hasta ese año un político desconocido, es de extracción árabe, y como tal, el primer líder no elitista que cobró prominencia a nivel nacional, ya que su origen se consideraba inferior a aquel de las élites opositoras que, desde la guerra, se habían mantenido en un lugar privilegiado. Cuando Lechín terminó la secundaria, ganó popularidad como jugador de fútbol y, más tarde, ocupó un puesto de segunda categoría como funcionario del gobierno en el complejo Catavi-Siglo XX. A principios de 1944, rechazó públicamente un intento de soborno por parte de la compañía, convirtiéndose de inmediato en el héroe de los mineros. Y el MNR lo eligió por su popularidad para dirigir la flamante federación. La figura de Lechín creció rápidamente desde su posición de dirigente y pronto se convirtió en uno de los líderes obreros más poderosos del país. Lechín no había sido miembro del MNR, sino recién una vez hubo asumido el control de la FSTMB. Como parte de una nueva casta política, Lechín consolidó su propia base de poder muy rápidamente y dejó bastante claro que, ni él ni la FSTMB actuarían como simples marionetas de la élite dirigente del MNR.

Antes de que la política laboral o cualquiera de los otros aspectos desarrollados con Villarroel hubieran podido madurar, el régimen tuvo que encarar problemas muy serios. La coalición aliada en contra del gobierno estaba compuesta por fuerzas poderosas y ampliamente extendidas de la sociedad. Y, el ya antiguo antagonismo entre civiles y militares al interior del régimen, contribuyó a debilitar su unidad. Miembros del propio gobierno conspiraban activamente con la oposición. En julio de 1946, las manifestaciones callejeras organizadas por estudiantes y maestros del PIR, causaron confusión y estragos en La Paz. Los trabajadores que apoyaban al PIR se unieron a las marchas, aumentando así la intensidad de las protestas. En vista de la amenaza que esto planteaba, Villarroel se vio abandonado por muchos de sus seguidores y, en la mañana del 21 de julio de 1946, el desafortunado líder estaba atrapado en el palacio de gobierno, virtualmente prisionero de la multitud callejera. Concluyó

su mandato presidencial colgado a un poste de luz en la plaza principal.

Con la muerte de Villarroel y de sus seguidores -incluyendo a movimientistas que golpeaban las puertas de la embajada extranjera más cercana- el frente "democrático" tomó nuevamente el poder e inició un segundo período de "restauración". Una vez más, los nacional-reformistas del MNR tuvieron acceso al poder al haber apoyado a un hombre fuerte para presidente. Pero, nuevamente, tal hombre fuerte había sido derrocado y con él el MNR.

COPIA
1951

CAPITULO VII

El MNR: de Partido a Movimiento Revolucionario

En el martirologio movimientista, los años que corren entre el 21 de julio de 1946 al 9 de abril de 1952, se conocen como el "Sexenio"; un período en que los partidarios leales del MNR fueron perseguidos, muertos, y enviados al exilio, de donde finalmente regresarían triunfantes. El Sexenio marca el punto de madurez definitiva de la situación revolucionaria boliviana. Las fuerzas de oposición estaban moviéndose inexorablemente hacia la violencia como el árbitro fundamental de sus diferencias políticas. Después de 1946, la violencia fue tan frecuente, que el país ingresó en lo que esencialmente fue un estado de guerra civil. La posibilidad de resolver los problemas del país dentro de una nueva versión del viejo sistema -que antes fuera una alternativa real- era cada día más remota.

En el momento de su derrocamiento, el MNR era un

grupito de reformistas bastante bien articulado. El partido demostró una especial capacidad para granjearse el apoyo popular y particularmente el del sector medio. Había logrado algún contacto con los dirigentes obreros y construido una imagen favorable entre los trabajadores. Empero, el apoyo que éstos le brindaron no estaba coherentemente organizado o ligado al MNR de manera estable. A raíz de las incursiones hechas primero por el PIR y, más tarde, por el POR, muchos centros obreros manifestaron recelo y hostilidad al MNR.

Las monstruosas circunstancias de la caída de Villarroel confirmaron que el rencor acumulado se estaba convirtiendo en deseo generalizado de venganza; el mismo que condujo al nuevo gobierno a un esfuerzo concertado para aplastar, de una vez por todas, al MNR. Siguiendo una lógica predecible de conflicto, tan extrema reacción por parte del segundo gobierno de "restauración", reflejó hasta que punto el MNR representaba una nueva amenaza, como fuerza organizada de oposición. Dentro del empeño general de la élite del *status quo* por desbaratar el reto movimientista, el PIR, como parte del gobierno, también manipulaba los instrumentos estatales en contra de la organización del MNR; e hizo suya la oportunidad de tomar cierta revancha por la persecución de que fuera objeto anteriormente, al mismo tiempo que buscaba recuperar su prestigio entre los trabajadores. Hubo, entonces, una doble presión en contra del MNR, por diferentes y contradictorios motivos; y quizás por esa misma razón el ataque fue más despiadado. La mayor parte de los líderes movimientistas salieron al exilio; en tanto que los menos afortunados pasaron a la clandestinidad. El MNR desaparecía momentáneamente del escenario político.

El frente gobernante no representó una posición concertada u oligárquica, estaba invadido de profundas divisiones surgidas por la ya antigua dinámica de una política de "pegas" y por las diferencias ideológicas de la post-Guerra del Chaco. Obviamente, el PIR trató de sacar provecho de ello buscando llevar a la práctica algunos cambios fundamentales. Por su parte, los socialistas republicanos que, si

bien no fueron radicales, vieron la necesidad de cambios antes de que fuera demasiado tarde. Las fracciones e intereses tradicionales, sin embargo, deseaban explícitamente obstaculizar mayores cambios y restringir aquellos que ya se habían introducido. Dado que, aparentemente, se había disipado la amenaza movimientista, la imagen de unidad se vino abajo. Con el anticipo de las elecciones programadas para el 3 de enero de 1947, reapareció la antigua división liberal-republicana en una coalición formada a partir de fracciones y conocida como el Partido de la Unión Republicana Socialista (PURS), que se aprestó a enfrentarse a los liberales. El PIR por su lado formó una alianza electoral provisional con los liberales jugando esencialmente el papel de paria en dicha coalición.

El PURS, escasamente ganó las elecciones; pues, su candidato Enrique Hertzog obtuvo 44.700, frente a 44.300 votos del candidato liberal, Luis Fernando Guachalla. Se escrutaron un total de 105.000 votos, lo cual ponía definitivamente de relieve la situación anómala a la que había llegado la política boliviana. En un incipiente estado de guerra civil, habiéndose extendido e intensificado el grado de participación pública en el conflicto, se constituía un gobierno en base a 44.700 votos. (1) La élite tradicional en su conjunto, representó, como mucho, un total de 89.000 votos, y si se resta la contribución pirista, aún menos. La población políticamente activa no era demasiado numerosa; pero, solamente los tres sectores más grandes de trabajadores -ferroviarios, fabriles y mineros- sumaban alrededor de 100.000 personas. A partir de una base digna de lástima, el gobierno de Hertzog trató de introducir paz, así como de restaurar al país; pero en un sentido real, el gobierno era irrelevante en ese contexto.

Como se había señalado, el PURS fue una mezcla de republicanos clásicos, saavedristas y un ala de la "generación del centenario", que, si bien estaba dispuesta a efectuar cambios, no deseaba optar ni por una revolución, ni por reformas radicales. El gobierno de Hertzog fue aún más in-

constante. Quizas percibiendo la necesidad de ampliar su base, incorporando al sector obrero, invitó al PIR a participar en su gabinete. Jugando con las nociones de utilizar a sectores progresistas de la burguesía y debido a que ya había gustado la gratificación que suponía estar en el gobierno, este partido cometió el error de aceptar.

En la lista negra del MNR, y luego de su periodo de gobierno 1947-1951, el PURS era lo mismo que los liberales y ambos son retratados como una oligarquía unida y consagrada al retorno de Bolivia a la época anterior a la Guerra del Chaco. Aunque tal caracterización podría haber tenido utilidad política, táctica, obscurece ciertos aspectos de interés para el observador del proceso revolucionario. La historia muestra que el PURS consideró y, hasta cierto punto, intentó actuar como una única élite iluminada y decidida a salvar el sistema a través de una reforma limitada. En uno de sus documentos, el PURS plantea una tesis interesante, donde afirma que ninguna revolución es necesaria y que ésta se produce sólo por la falta de capacidad de adaptación por parte de la clase dominante. Pero, su periodo de gobierno hubo de ser la demostración (negativa desde su punto de vista) de la validez parcial de esta tesis. (2)

De cara al público, el gobierno de Hertzog adoptó una postura reformista, pues prometía ocuparse de los problemas económicos, aliviar a los grupos sociales de las presiones que soportaban y mantener el orden. Se abrogó la Constitución de Villarroel, pero el borrador redactado en 1947, apenas difería en algunos detalles de aquella, ya que contenía los mismos principios económicos y sociales vigentes desde el gobierno de Busch. Por otra parte, muy pocas de las reformas introducidas durante el régimen de Villarroel se rescindieron, de manera abierta. Empero, la verdad de las cosas es que, en la práctica, se eliminó parcialmente la presión sobre las grandes compañías, en tanto se ignoraron los decretos en beneficio de los trabajadores. (3)

La principal debilidad del gobierno del PURS fue su

incapacidad para formular una política coherente en dirección alguna. El partido estaba profundamente dividido entre reformadores y elementos de la vieja guardia y bajo una amenaza constante de desintegración. Los liberales, por su parte, adoptaron una línea muy hostil contra el gobierno de Hertzog. El periódico liberal *El Diario* atacaba al gobierno por su política anti-liberal, insinuando que se trataba de un régimen estatista y socialista. La élite del *status quo* estaba peligrosamente dividida y se mostraba resuelta a debilitar su propia capacidad de resistencia ante la presión acumulada a favor de cambios radicales.

Debido a éstos y otros factores, el gobierno del PURS fue sumamente caprichoso. Un día parecía responder a las demandas de los trabajadores, mientras que al otro, mostraba abiertamente su intención de aplastar a las organizaciones obreras. Si en un momento aparecía como títere de las compañías mineras, al otro estaba resuelto a ponerlas bajo su control. El sucesor de Hertzog, Mamerto Urriolagoitia, por ejemplo, reactualizó en 1951 el decreto de Busch, que exigía a las empresas vender al gobierno 100% de sus divisas. En realidad, la exigencia de Urriolagoitia resultaba aún más onerosa que la de Busch, ya que estableció un tipo de cambio inferior al del mercado para la transacción. Sin embargo, las compañías mineras presionaron tanto al gobierno que Urriolagoitia tuvo que ceder. El intercambio simbolizaba, en cierta medida, el estilo del PURS: vale decir que, públicamente, intentaba controlar los viejos intereses; pero a ello seguía una humillante capitulación, también pública. Con ese comportamiento, el gobierno dio la imagen de estar favoreciendo los intereses del estaño, a pesar de lo que decía. En otras palabras, habría estado actuando en beneficio de intereses que, por entonces, eran atacados por muchos, como la causa de todos los problemas de Bolivia.

La permanente vacilación del PURS debilitó tremendamente la ya escasa base que poseía. Para algunos sectores tradicionales de élite, el gobierno comenzaba a representar una amenaza potencial, debido, por una parte, a su política

y, por otra, a su absoluta incapacidad. A lo que habría que añadir que políticas tan caprichosas no sirvieron para generar apoyo popular alguno que sirviera de contrapeso. El PURS quería ser la respuesta para todos y sólo consiguió marginar a todos y colocarse en el medio para ser aplastado.

La situación crítica en la que se encontraba el PURS fue empeorada por la reaparición de la crisis económica, parcialmente causada por la guerra y recrudecida a partir de 1946. El precio del estaño comenzó a decaer nuevamente y con éste los ingresos del gobierno. Para cumplir con sus ya engordadas obligaciones, el gobierno recurrió una vez más al crédito y al empleo de la máquina emisora de billetes; empeorando con ello el ritmo de la inflación. La subida de los precios, la escasez, la especulación y otros males similares, volvieron a invadir las principales ciudades, provocando la demanda de medidas de acción. (4) Y lo que es más importante, las compañías, deseosas de bajar sus costos de producción decidieron reducir el personal incrementado durante la guerra. Por lo tanto, el desempleo y todo lo que se refiere a compensaciones salariales a los trabajadores se convirtieron en problemas nacionales molestos con proporciones de crisis.

En su afán por ganar apoyo laboral, el gobierno incorporó al PIR. Táctica que estuvo respaldada por un impulso contra las "ilegítimas" organizaciones obreras y sus líderes (por ejemplo, la FSTMB y otras organizaciones ligadas ya sea con el POR o con el MNR). Esta intención de reprimir a los líderes populares sumada a las políticas caprichosas del gobierno dieron paso a un intercambio, crecientemente imbuído de rencor, entre el gobierno y los trabajadores. Durante ese proceso se invalidó el potencial propagandístico de las autodenominadas reformas del PURS. Finalmente, la incapacidad de ese partido en el empleo de la violencia y su manifiesto intento de controlar a la clase trabajadora, fueron la gota que rebasó el vaso y llevó a este sector a un marco de pensamiento revolucionario.

Los primeros choques se produjeron en enero de

1947, cuando la Corte Suprema hizo su propia interpretación del Artículo referente a retiro voluntario del Código del Trabajo, ignorando la intención original de las compensaciones salariales. Como protesta, los trabajadores protagonizaron una ola de huelgas y manifestaciones que se iniciaron el 25 de enero, cuando los fabriles apedrearon el palacio presidencial. El gobierno respondió con arrestos y acusando al MNR de estar incitando los disturbios. Esta identificación del MNR con la protesta fue un error de propaganda que el PURS habría de cometer con infalible regularidad. Con su violenta oposición a las demandas laborales e identificando al MNR con ellas, el gobierno le estaba haciendo el juego a ese partido. En cierto sentido, el gobierno se convirtió en el agente de prensa del MNR hacia el movimiento obrero. (5)

El 29 de enero, las protestas contra la Corte Suprema estallaron en la gran mina de Hochschild en las afueras de Potosí. El gobierno ordenó apresar a los dirigentes sindicales; y, como los mineros respondieron violentamente, el gobierno envió tropas al campamento. Una vez más se repetía lo de 1942: los mineros en huelga eran matados a tiros por tropas gubernamentales, creándose un nuevo símbolo. El PURS fue para los trabajadores "el gobierno asesino". Los agitadores no cesaron de actuar, con una prueba más de que, cuando todo se hubiera dicho y hecho, la Rosca era una fuerza oligárquica, una fuerza resuelta a masacrar a los trabajadores antes que ceder a sus demandas.

Cuando las tropas del gobierno abrieron fuego contra los huelguistas, el supuestamente revolucionario PIR, tuvo que verse en la incómoda posición de tener a sus miembros en el Ministerio del Trabajo. Esa fue la primera de muchas veces en que algunos piristas estuvieron a la cabeza de las acciones gubernamentales en contra de los trabajadores. Naturalmente, los dirigentes laborales contrarios al PIR, no desperdiciaron la ocasión para señalar las contradicciones existentes entre la ideología y el comportamiento de ese partido. Hacia 1949, el PIR había perdido su más importante respaldo obrero y esa poderosa agrupación política de

la élite opositora quedó eliminada como contendiente en el juego del poder. (6)

En 1947, tuvo lugar un nuevo enfrentamiento entre el gobierno y los trabajadores; en esta ocasión, el escenario fue el histórico complejo Catavi-Siglo XX. La mano de obra de la empresa Catavi había aumentado considerablemente durante la guerra. Empero, debido a la declinación mundial de la demanda y a los problemas en torno a cambios en materia tecnológica en la mina, la compañía Patiño pretendía reducir drásticamente su personal. Dada la naturaleza estática de la economía, los mineros se opusieron a los despidos, por considerarlos una amenaza a su existencia económica. De esto se derivó otro problema no menos importante y es que los dirigentes y organizadores de la FSTMB fueron los primeros en la lista de despidos. Como siempre, el gobierno estaba en el medio, entre los trabajadores y las compañías y, una vez más, optó por respaldar a las últimas. Los despidos se pusieron en práctica, dejando a un gran número de mineros sin puestos de trabajo. (7) Con su experiencia en la manipulación de la simbología, los agitadores le dieron un nuevo título, que se incrustó en la mente popular: "Masacre Blanca".

Prácticamente todos los días, sucesos tan dramáticos como ese tuvieron lugar entre el gobierno del PURS y los trabajadores. La siguiente confrontación seria se produjo nuevamente en Catavi-Siglo XX, que por entonces era el punto central de la resistencia obrera. En mayo de 1949, los mineros iniciaron una serie de huelgas demandando aumentos de sueldo por el alto costo de vida, asimismo pedían contratos colectivos y garantías para la organización. Decidido a desbaratar la FSTMB, el gobierno deportó a varios dirigentes sindicales, provocando la misma situación trágica previa: los mineros reaccionaron violentamente y el gobierno respondió con balas. Fue una masacre más, otro símbolo más y una nueva incitación a la violencia pública. (8)

En 1950, el guión fue el mismo, pero había cambiado de ubicación. En ese momento, el movimiento obrero era la

fuerza radical más coherente del país. Reaccionando temerosamente, el gobierno intentó disolver las manifestaciones del primero de mayo en La Paz. El liderazgo obrero, ya enormemente politizado, aprovechó la oportunidad para convocar a una huelga general, cuya motivación y objetivos fueron claramente políticos. Para no variar, el gobierno respondió con arrestos y tropas para reprimirla. La aventura resultó en un combate callejero entre los trabajadores fabriles y las tropas del gobierno, en el distrito obrero conocido con el nombre de Villa Victoria. El gobierno, logró finalmente apagar la huelga; las tropas dominaron a los trabajadores, con un saldo de numerosos muertos. El precio del triunfo gubernamental fue otro símbolo laboral: "la inmolación de Villa Victoria". (9) Hacia 1950, ya era evidente que no había base alguna para el entendimiento entre gobierno y trabajadores; estaban en estado de guerra permanente.

Mientras tenía lugar esa dialéctica de escalada de violencia entre el PURS y el movimiento laboral, en otra esfera se reprodujo una dialéctica similar. A principios de 1947, la mayoría de los miembros del MNR dejaron la clandestinidad y el partido actuaba sin reservas, conspirando con quien estuviera a su alcance y utilizando cualquier oportunidad para fomentar la intranquilidad social; en ese sentido, el gobierno le brindaba un sin número de ellas. El régimen del PURS respondió al nuevo reto movimientista, con la caprichosa violencia que lo caracterizaba. Desde el punto de vista de su propia sobrevivencia, el gobierno no se equivocaba al querer reprimir drásticamente al MNR, pero cometía un error al considerar que ese partido estaba detrás de todos y cada uno de los desórdenes sociales. El PURS no hizo mucho por resolver los problemas sociales y económicos que provocaban desórdenes y, al contrario, con la represión y los ataques al MNR, contribuía a incitar más al público.

Cualquier tipo de desorden le servía de excusa para lanzar medidas violentas contra la cúpula del MNR. Entre tanto, el MNR se refería permanentemente a las normas tradicionales contra una excesiva violencia descargada sobre los

oponentes políticos y así ganó una gran simpatía popular. Una táctica particularmente astuta utilizada durante el proceso de lucha del MNR fue la participación de mujeres. Así, en una de las medidas represivas más severas en que una gran cantidad de militantes movimientistas fueron conducidos a empujones a los campos de prisión de todo el país, al día siguiente, las madres y esposas de los detenidos, se presentaron en gran número en el Palacio de Justicia, para declarar su intención de ingresar en ayuno voluntario hasta que sus esposos e hijos fueran liberados. El gobierno hizo caso omiso a la medida, pero, días después, hubo bajas entre las mujeres y tuvieron que ser llevadas al hospital. Cuando se hizo evidente que las mujeres persistirían en su medida de fuerza y que la opinión pública estaba profundamente conmovida, el gobierno no tuvo más remedio que ceder.

Esa fue una gran victoria moral para el MNR y un duro golpe para el gobierno. La huelga de hambre femenina se transformó en un arma permanente dentro del arsenal táctico movimientista y fue utilizada en muchas ocasiones con excelentes resultados. (10) A esto se añadieron otros instrumentos melodramáticos, como misas públicas conmemorando la caída de los héroes del partido. De esa manera, el MNR mantenía vivo y en un lugar destacado su nombre. Toda medida represiva era seguida de alguna de estas espectaculares tácticas; lo cual demostraba al público que, a pesar de la presión, el MNR seguía existiendo. Lo que, en términos generales, tuvo por efecto poner en tela de juicio la moralidad gubernamental y mostrar al MNR como un partido invencible.

Como señaló Maquiavelo, la violencia es un mecanismo peligroso de utilizar en contra de los enemigos, y cuando se la utiliza, debe hacerse con rapidez y cruel eficiencia, ya que un oponente brutalizado pero que todavía permanece activo es el más peligroso de todos. El gobierno del PURS utilizó la violencia rápida y despiadadamente, pero con escasa eficiencia. En efecto, su estilo de violencia ofendió a muchos, aún a la élite de la vieja guardia. (11) En 1951, un ministro de gobierno del PURS (Ciro Félix Trigo) se vio obli-

gado a renunciar y protestar públicamente por los métodos arbitrarios y violentos que empleaba la policía. De ahí que el uso de violencia tuviera el impacto negativo esperado sobre la imagen pública del PURS sin alcanzar su principal objetivo, que era el de destruir a las víctimas de la represión.

Entre 1947 y 1951 se repitió continuamente el mismo círculo vicioso: represión violenta que origina una ola de indignación pública y, ante la reacción negativa del pueblo, el gobierno declara amnistías y perdón a los presos políticos. Cuando el clima político se tranquilizaba un poco, el MNR empezaba otra vez a hostigar al gobierno; el que, a su vez, volvía a recurrir a la violencia y así sucesivamente. Como casi en todo lo demás, el gobierno del PURS fue terriblemente ineficiente para reprimir a la oposición.

Esta múltiple dinámica de provocación-respuesta se producía en medio de una crisis económica sin límite, que el PURS fue incapaz de mitigar. Hacia 1949, el país era un caos a nivel social, político y económico. El régimen del PURS ya tenía tres imágenes públicas: (a) incapaz de controlar la crisis económica; (b) implacablemente contrario a la clase trabajadora; y (c) ejecutor de una violencia caprichosa, cruel y aparentemente inútil.

Ante la desintegración del orden público, Hertzog eludió o fue obligado a abandonar las responsabilidades de su cargo y asumió la presidencia Mamerto Urriolagoitia, el vicepresidente. El 26 de agosto de 1949 explotó una revuelta de alcance nacional, en la que participaron todos los grupos de oposición. El país se encontraba en un estado de auténtica guerra civil. Las fuerzas rebeldes controlaron todas las capitales de provincia y campamentos mineros con notable éxito, pero, fracasaron en la ciudad de La Paz. Las tropas leales al gobierno operaron desde La Paz, como su base, para ir sofocando a los rebeldes en cada una de las provincias, como para demostrar que esa ciudad conservaba su carácter estratégico de cara al poder político. En dos semanas se doblegó a

los rebeldes. Aunque salió triunfante de dicho enfrentamiento, no era necesario ser adivino para saber que el gobierno de Urriolagoitia estaba frente a un serio problema, al igual que el sistema en su conjunto. (12)

Funcionamiento Interno del MNR

La violenta caída de Villarroel en 1946 fue un golpe traumático para un partido todavía novato como el MNR. El grupo de nacional-reformistas había estado dos veces a la cabeza y en ambas ocasiones fue derribado (para algunos, como Céspedes y Montenegro, fueron tres). Después de 1946 se reinició un serio análisis sobre tácticas partidarias entre los exilados y los miembros de partido que permanecieron en Bolivia. De dicho análisis surgieron dos líneas básicas: una "acomodacionista" ligada a Rafael Otazo, subjefe del partido, y otra nueva y revolucionaria, ligada al jefe del partido, Víctor Paz Estenssoro.

La fracción de Otazo proponía una dinámica de desarrollo partidario más lento, al mismo tiempo que aconsejaba un *modus vivendi* con el gobierno de restauración. Desde el exilio Otazo envió una carta a sus correligionarios que aún estaban en el país, donde expone su línea de pensamiento y los exhorta a poner fin a las actividades anti-gubernamentales y dejar de fomentar huelgas como partido. (13)

Por su parte, Paz sostenía que, entre la vieja élite y el MNR, jamás se llegaría a convenio alguno y que la única opción que le quedaba al partido era planificar una revolución violenta. Su fracción señaló un aspecto importantísimo cuando decía que hasta entonces el MNR había confundido poder formal con poder real. El MNR alcanzó el poder formal en dos oportunidades, pero, estando la Rosca en control de la minería y la agricultura, esta tenía el poder real en sus manos y podía utilizarlo para invalidar los esfuerzos reformistas del MNR. Aparentemente, Paz y algunos otros, al

menos, pensaban en cambios más profundos -cambios que desvirtuarían las bases de poder de la élite del *status quo* y que permitirían al MNR continuar con su decidida tarea de construir una Bolivia nueva y poderosa. Es imposible establecer cuántos compartían esa radical posición y hasta dónde pensaba llegar la fracción de Paz. Lo que sí se puede afirmar sin temor es que un gran número de cuadros de esa agrupación política decidió participar nuevamente en el gobierno, utilizando cualquier medio a su alcance, para desde allí asegurarse de que ya no correrían el peligro de ser derrocados a través de un golpe.

Para resolver esa batalla interna, fue necesario que transcurriera un tiempo y muchos rencores. No fue sino en 1948, durante la convención del partido, cuando finalmente se confirmó la derrota de Otazo y sus seguidores y su expulsión del MNR. Entretanto, los dirigentes que permanecían en el campo, comenzaron a convertir al MNR en una organización conspirativa, dedicada a la tarea de preparar una revolución violenta. Con esa nueva línea, el MNR buscó conscientemente la construcción de una base de masas, especialmente después de 1948. A lo largo de ese proceso, el MNR evolucionó de fracción reformista a movimiento dirigido por una élite y destinado a lograr una revolución desde abajo.

Lo más importante de la nueva ofensiva fue su táctica destinada a ampliar la intensidad del conflicto social y atraer a sectores más y más amplios del pueblo al escenario político. Indudablemente, la incapacidad del gobierno del PURS y la creciente crisis económica facilitaron enormemente la tarea. Con todo, debido a la complejidad que supone el ascenso del MNR durante ese periodo, para analizarlo conviene tomar especialmente en cuenta a los sectores sociales y llevar a cabo el análisis por fases.

Dentro de esa nueva línea, el primer paso que dio el MNR fue crear una organización partidaria nacional cuyo nuevo órgano directivo, el Comité Político Nacional, tenía su sede en La Paz y era comandado por antiguos miembros del par-

tido. La composición de dicho Comité no se alteró sustancialmente durante el período 1946-1952, y estuvo compuesto casi exclusivamente por profesionales de la burguesía media y alta, así como de intelectuales. Del comité central dependían una serie de comandos regionales y locales; y de éstos un sistema de células partidarias, donde teóricamente, sus propios miembros no se conocían entre sí. Las escasas fuentes disponibles actualmente señalan que los comandos estaban conformados por elementos de la burguesía urbana, aunque muchas veces de una posición social inferior. Además de esa red, habían sectores especiales, como el "sector femenino", el "sector militar" y el "obrero-artesanal". (14)

La composición del sector obrero-artesanal definitivamente era más artesanal que obrero. En 1947 y 1948, el MNR realizó incursiones organizativas entre choferes de taxi, camioneros y grupos similares. Si bien el MNR tomó contactos con dirigentes fabriles, su relación fue muy superficial y muchas veces preñada de cierta hostilidad. (15) En 1951, el sector obrero-artesanal había evolucionado hasta convertirse en lo que se conoció como "Los Grupos de Honor", una serie de células paramilitares localizadas, sobre todo, en La Paz y Cochabamba. Los Grupos de Honor tenían su órgano ejecutivo propio; cuyos miembros, en algunos casos también lo eran del comité nacional. No obstante, con una afiliación de 500 a 800 miembros, esta nueva organización generalmente operaba independientemente de la jefatura nacional. Hacia el final del Sexenio, los Grupos de Honor se fueron transformando en unidades de tipo terrorista, tan comunes en situaciones revolucionarias prolongadas. Socialmente, estaban compuestos fundamentalmente por elementos provenientes de los sectores medios más bajos: artesanos, obreros de industrias pequeñas no tan bien organizados y elementos de la clase popular (un grupo urbano inferior inclasificable).

Hacia principios del período 1948-1949, el conjunto del partido ya había crecido, pese a que los grupos de comando de que disponía eran aún pequeños. Se coordinaron muy mal las tácticas a seguir y la comunicación dentro del partido

fue prácticamente nula. La principal fuente de actividad fue el comité nacional, aunque generalmente funcionaba por su cuenta. Ocasionalmente, se coordinaban los esfuerzos; pero, en términos de una acción efectiva, se mantuvo fundamentalmente como camarilla elitista burguesa. (16)

Los esfuerzos organizativos eran un aspecto de los objetivos de lucha del partido, pero se hicieron otros esfuerzos, así como el de acumular la mayor cantidad posible de armas, con las que formó un importante arsenal. Por otra parte, el comité nacional mantenía lazos conspirativos permanentes con la FSB (nacionalista de derecha), así como con grupos de militares, con quienes protagonizó un sinnúmero de golpes de estado frustrados, al estilo del de Villarroel. Aparte de tales contactos, el MNR exploró la posibilidad de realizar alianzas con elementos descontentos de fracciones de la vieja élite. Aunque ampliaba su base, el liderazgo movimientista demostró su invariable preferencia por el antiguo "atajo" al poder -es decir, un golpe de estado en alianza prácticamente con quien estuviera dispuesto.

La escasamente sólida estructura celular, dependiente del comité central, formó lo que podría considerarse el sistema de operaciones más importante del MNR; cuya época de más rápido crecimiento fue a fines de la década de 1940; aunque seguramente su mejor momento fue alrededor de 1951. Este sistema partidario era sustancialmente distinto de lo que pudo haber sido el MNR antes de 1946. El partido se había convertido, en efecto, en un movimiento de sólida base, a lo cual habría que añadir que el principio de toma del poder a través del empleo de violencia generalizada fue aceptado e intentado en 1949. Sin embargo, el viejo estilo de facción al interior de la élite fue arrastrado al nuevo período. Seguía habiendo preferencia por un golpe de estado, donde el MNR pudiera participar de una nueva coalición reformista de gobierno, siempre que ésto fuera posible.

En lo que se refiere a su alcance social, la organización movimientista siguió siendo muy limitada, fundamen-

talmente urbana, en ella se agrupó a la pequeña burguesía, a los artesanos, a obreros de fábricas pequeñas y a subempleados. En otras palabras, la estrategia fundamental del partido fue la perspectiva de movilización para elementos sociales que hasta entonces no se habían organizado, ni económica ni políticamente. La estructura básica agrupaba a todos aquellos elementos que gradualmente se alienaban debido a la inflación, la escasez y el desempleo y que antes no hallaron salida para sus frustraciones. Ellos conformaron lo más importante de la afiliación movimientista, tanto desde el punto de vista psicológico como organizativo.

El MNR y su Relación con los Obreros

Las relaciones que el MNR tuvo con el público obrero durante ese período de cambios fueron complejas y difíciles de comprender. Los regímenes en los que el MNR participó adoptaron posiciones en favor de los trabajadores, pero la élite movimientista intentaba acercarse a la clase obrera desde su posición de poder, en lugar de utilizarla como medio de alcanzarlo. Los contactos que hizo con los trabajadores siempre fueron en términos de crear organizaciones auspiciadas por el gobierno. Como resultado de ello, el movimiento obrero mostró cierto recelo frente a la élite movimientista. En muchos centros laborales el MNR fue considerado reformista burgués con la sola pretensión de cooptar al obrero para un sistema de sindicatos controlados por el gobierno. Si tomamos en cuenta el estilo de funcionamiento de esta agrupación política, tendríamos que decir que fue una sospecha con fundamento.

Después de 1946, el sector del MNR que adoptó la línea revolucionaria, por vez primera, vió en los obreros una base movilizable, a través de la cual acceder al poder. No obstante, el movimiento obrero había experimentado un período de crecimiento a fines de la década de 1940 y ya tenía sus líderes e ideas propias acerca del poder político y la manera

de usarlo.

En 1946 predominaban tres grupos laborales: los trabajadores ferroviarios, los mineros y los fabriles. Debido a la secuencia cronológica de su aparición como grupos y a la organización de sus respectivas actividades de trabajo, estas agrupaciones laborales evolucionaron separadamente y estuvieron aisladas la una de la otra y de la sociedad en su conjunto. El sindicato de ferroviarios fue el primer grupo proletario que, luego de salir a la luz, logró madurez organizativa. Jugó un importante rol en la fase obrero-artesanal anterior a la Guerra del Chaco. Después, los ferroviarios consolidaron su sindicato en una organización nacional fuerte.

Desde el punto de vista social, los ferroviarios agruparon a indios y mestizos culturalmente bien asimilados; y, en general, antes de convertirse en obreros, habían estado socialmente vinculados con áreas urbanas y con el sistema nacional. Aunque estos trabajadores se trasladaban de un lugar a otro con mucha frecuencia, en su mayor parte vivían en barrios de los alrededores de las principales estaciones de ferrocarril o en campamentos instalados a lo largo de las vías férreas. Este modelo de residencia contribuyó a su sólida cohesión como grupo, pero al mismo tiempo, le dio un carácter muy particularista.

Los fabriles fueron el último sector laboral en organizarse. Como sector, en alguna medida consecuente, no tomó forma sino después de la guerra, paralelamente al pequeño auge de la industria manufacturera. En cuanto a su composición social, en el sector fabril hubieron grupos marginales urbanos previos y migrantes indígenas que llegaron a la ciudad después de la contienda bélica. En términos generales su asimilación cultural al sistema nacional era menor. La organización de los fabriles fue muy precaria, pues los sindicatos funcionaron a nivel de fábrica y, en la práctica, la federación no existió sino en vísperas del levantamiento de 1952. De ahí que este sector estuviera mucho menos poli-

tizado, a lo cual contribuyó el hecho de que la mayoría de ellos trabajaba en fábricas pequeñas y de tipo tradicional. (17)

Dado que más del 70% de las actividades manufactureras del país se desarrollaban en la capital, el sector fabril fue esencialmente un fenómeno paceño. Vivían en barrios aislados en los alrededores más elevados de la ciudad; un gran porcentaje estaba concentrado en la población altiplánica de Viacha cercana a La Paz y fundamentalmente fabril. Además de dicha forma de residencia, los fabriles tendían a convivir y socializar entre ellos. Así, aunque vivían en la ciudad, tendían al aislamiento y formaron grupos reducidos con estilos de vida tradicionales. También se hizo evidente un enérgico particularismo en ese sector. (18)

De lejos, y sin lugar a dudas, el grupo más aislado fue el de los mineros; su modelo de desarrollo también fue distinto. Los ferroviarios y los fabriles se crearon a partir de tipos semiurbanos anteriores, con un elevado grado de mestizaje; en tanto que los mineros eran una directa transformación de campesinos indígenas en trabajadores. El origen del minero podría encontrarse en la vieja fórmula española de trabajo forzado, impuesto a la población indígena conquistada. A partir de este reclutamiento obligatorio se desarrolló, a lo largo de los años, un pequeño pero claro grupo de mineros que trabajaron esencialmente en la extracción de plata.

Cuando, a fines del siglo XIX surgió la industria estañífera, los primeros contingentes de trabajadores estuvieron compuestos del pequeño círculo de mineros asociados a la extracción de plata. A medida que esta industria crecía, a éstos se sumaron trabajadores contratados y reclutados entre los campesinos indígenas; la mayoría de ellos provenientes de la población quechua de Cochabamba y Potosí. Por lo general, estos contratos fueron temporales y, por lo tanto, hubo una población flotante de campesinos que, durante algunos meses, trabajaba en la mina y luego regresaba a sus hogares

en el campo. Al pasar de los años, más y más campesinos permanecían en los campamentos, aumentando así la población residente.

A fines de la década de 1920 y principios de 1930, se consolidó la industria del estaño y las grandes compañías racionalizaron su producción. Aunque rodeada de un océano de mano de obra, la evolución de esa industria al pasar del pico y pala al empleo de maquinaria, demandó un mayor nivel de capacitación que los campesinos contratados no podían proporcionar. De ahí que, utilizando diversos medios -desde el incentivo a la cohesión-, las compañías se empeñaron en crear una población estable de personal calificado. Si bien continuaron empleando mano de obra flotante, los principales campamentos se transformaron en comunidades bastante estables, y complejas. La instalación de tales campamentos aumentó considerablemente durante la fase de mano de obra intensiva de la II Guerra Mundial. En los grandes campamentos, a partir de la década de 1920, comenzó a tomar forma una población proletaria relativamente consciente y numerosa, la misma que se consolidaría a principios de la década de 1940. Y, si bien mantuvieron vínculos con su zona de origen, así nació el minero como tipo social independiente. (19)

Los campamentos mineros y en especial aquellos más extensos como Catavi-Siglo XX fueron, en realidad, sociedades individuales aisladas. Debido a los medios que se utilizaron para reclutar al minero, al tipo de trabajo y a su estilo de vida, este vivió aislado del sistema nacional pese a que era una parte vital en la producción del país. Los campamentos tenían una estructura de estratificación propia: estaba encabezada por el personal técnico y administrativo de la empresa (clase alta); luego estaba el sector inferior de los empleados (clase media) y finalmente los trabajadores mineros (o clase baja). El minero trabajaba para la compañía que, a su vez y en la práctica, actuaba como su gobierno. Las empresas controlaban funciones administrativas, judiciales y policiales. Los campamentos eran, de alguna manera, un tercer sistema socio-político. Para el minero, la autoridad nacional

fue básicamente una especie de aliado extranjero de la compañía.

La organización de estas tres agrupaciones laborales fue el reflejo del grado de compartimentación en que se encontraba la Bolivia prerrevolucionaria. Podemos hablar de sectores obreros que, de una manera u otra, estuvieron relacionados con el sistema nacional, pero no podemos hablar de una clase obrera como tal. En primera instancia, el así llamado movimiento obrero fue una mezcla de grupos semitradicionales con otros un poco más modernos. En la fase anterior a la Guerra del Chaco, predominó la primera forma, mientras que en la fase de la post guerra, el sector modernizado dio la tónica dominante. En ambos períodos, hubo una fuerte tendencia particularista y predominaba la búsqueda de los intereses de grupo, antes que los intereses de "clase". La diversidad de la composición social y la tendencia al particularismo entorpecieron los esfuerzos por formar federaciones que abarcaran a la industria, para no mencionar confederaciones con dimensión de clase. En 1936 se formó la CSTB y sobrevivió hasta 1952, pero nunca alcanzó el nivel de portavoz único del movimiento obrero boliviano.

Una característica importante que separó a los grupos proletarios específicamente modernos de los grupos artesanales más tradicionales y de la clase media urbana, fue la actitud frente al desarrollo dentro de su orientación básica. Mientras que los artesanos y grupos de clase media urbana reaccionaban y se oponían al impulso de la modernización, el obrero se hacía cada vez más una parte integral de ella. La situación del obrero no era en nada satisfactoria, pero, en la mayoría de los casos suponía una mejora con relación al empleado flotante o al campesino, cuando menos llevó al obrero a un mundo cualitativamente diferente donde (a menudo por vez primera) puedo experimentar el sistema de intercambio de dinero, así como las posibilidades y complejidades de la modernización. El grado hasta el cual Bolivia vivió el fenómeno de "espectativas crecientes" asociadas al proceso de modernización se encontró principalmente entre los sectores

obreros. Cuando los trabajadores hubieron probado el sabor de este tipo de mejoras, demandaron más. En realidad parecía que cuanto mejor era el grupo, más radical tendía a ser. Las conclusiones de la comisión estadounidense que investigó la situación en las minas, después de la masacre de Catavi ocurrida en 1942, señalaban que, si bien la situación era mala, los mineros estaban en relativamente mejores condiciones que cualquier otro sector de trabajadores. (20)

A los sectores obreros no solamente su pobreza les servía de incentivo, sino, aún más, la persistencia de una pobreza relativa, luego de haber experimentado la posibilidad de mejores condiciones de vida. El movimiento se radicalizó y politizó cuando ese impulso ascendente tropezó con la etapa de estancamiento y regresión que acogotaba al sistema. Después de 1940, los obreros demandaron más de una "torta económica" que ya había quedado pequeña, al mismo tiempo que protegía aquello que ya había conseguido, de los peligros de la inflación, los despidos y amenazas similares. (21) Los sectores medios y de artesanos reaccionaron fundamentalmente ante la pérdida de un mundo, mientras que los trabajadores lo hacían ante la posibilidad de ganar un mundo. Los primeros respondían a instancias anarquistas, corporativistas y a la gama de instancias estatales y nacionalistas, en tanto que el sector obrero moderno respondía a instancias socialistas revolucionarias, que les brindaban acceso a un orden completamente nuevo, donde el trabajador ocuparía un lugar preponderante.

El impulso obrero-artesanal original fue lo suficientemente fuerte como para presionar a favor de cierta legislación "social" con el partido republicano del gobierno de Bautista Saavedra (1920-25). Sin embargo, en 1923, el mismo gobierno sofocó todo intento de organización por parte de los mineros. El movimiento obrero-artesanal cobró fuerza después de 1925; años en que se hicieron esfuerzos por lanzar partidos "socialistas" que finalmente no perduraron. La agitación laboral y las huelgas florecieron de manera significativa entre 1929 y 1932, pero, al igual que otras cosas, desapare-

cieron con la guerra. Después de la contienda, el activismo reapareció fortalecido y renovado. Entre 1935 y 1940, en el movimiento siguieron predominando los sectores de artesanos y empleados; ni los mineros ni los trabajadores fabriles se destacaron por entonces. El movimiento fue esencialmente "apolítico" y su meta fundamental fue la presión a gobiernos militar-reformistas de clase media a favor de una legislación laboral. Estos gobiernos respondieron a las demandas por temor a un viraje hacia la izquierda del sector laboral, así como a un intento por utilizarlos para cierto tipo de Estado corporativo.

Entre 1940 y 1945, el hecho más significativo fue la aparición del sector minero como fuerza organizada, lo cual cambió drásticamente el carácter del movimiento. El liderazgo pasó definitivamente de los sectores artesanos a los obreros -más específicamente a mineros y ferroviarios-. Desde el punto de vista político, ese fue el período realmente formativo del movimiento; y se distinguió porque en él se dieron los primeros contactos permanentes entre obreros y élites opositoras de clase media. Con el PIR y el POR se configuró una nueva orientación política, cuya inclinación fue socialista y revolucionaria.

Con todo, el impulso revolucionario definitivo en Bolivia no comenzó sino hasta la caída de Villarroel; período en que hubo un acercamiento entre un movimiento reformista, básicamente de clase media y encarnado en el MNR, y el progresivo movimiento obrero revolucionario.

Retrospectivamente, la politización y radicalización del movimiento obrero tiene relación con dos factores fundamentales. En primer término, estaba el enfrentamiento entre el impulso ascendente de los trabajadores y el estancamiento del sistema boliviano. La realidad económica era tal que hubiese sido difícil para los empresarios satisfacer las demandas de los trabajadores, aún en caso de estar dispuestos a ello. Pero, lo cierto es que las compañías se resistieron infatigablemente a las demandas. En este punto muerto entre

trabajadores y empresarios, el papel que adoptó el gobierno fue crucial. Apareció un modelo que habría de ser definitivo: con Salamanca, el gobierno hizo causa común con las empresas para aplastar a los obreros; con Toro y Busch, el movimiento obrero prosperó relativamente; con Quintanilla y Peñaranda, el gobierno se alió nuevamente con las compañías y atacó ferozmente al sector obrero; con Villarroel, el gobierno se mostró nuevamente a favor de los trabajadores; y, en 1946, otra vez se inició una ronda de reacción anti-laboral.

Entre 1935 y 1946, si bien marcado por agudas reacciones, el movimiento laboral avanzó en términos absolutos. El gobierno influyó tanto en ese avance como en la reacción. Los trabajadores comprendieron que su progreso dependía de la existencia de gobiernos amigables, pero que, en ese contexto, tales gobiernos eran susceptibles de ser derrocados. Por consiguiente, comprendieron que el desarrollo del movimiento obrero como fuerza política, la transformación del contexto político, y algún control del Estado por parte de los trabajadores eran condiciones *sine qua nons* para una futura situación del movimiento laboral boliviano. Como lo había aprendido a base de experiencia, para el movimiento obrero la teoría política marxista cobró validez. Por ello, las demandas de subsistencia se convirtieron en demandas de control político para el sector laboral.

Después de 1940, un factor importante en la politización de los trabajadores fue el comienzo de un contacto permanente con las élites burguesas jóvenes de oposición. Estos contactos se dieron fundamentalmente con miembros del PIR y del POR, con quienes articularon una nueva tendencia política, orientada a un socialismo revolucionario. Este ala de la joven generación alienada dejó una marca duradera en los obreros con el empleo de la retórica, de símbolos, de slogans y de programas. Después de 1946, el PIR transigió y perdió influencia en los trabajadores. El POR, en cambio, se había ido convirtiendo en un partido con sólida influencia proletaria desde 1940. Este partido se concentró básicamente en los mineros y penetró hondamente en sus organizaciones

sindicales a nivel local. Hacia 1946, el POR se había asentado firmemente en las minas; y, aunque la FSTMB había sido auspiciada por el MNR, en su Comité ejecutivo se destacaron miembros del POR.

Por lo tanto, en 1946, el movimiento obrero ya estaba enormemente politizado y funcionaba dentro de un marco marxista revolucionario. Pero, pese a la fuerza que le daba su posición estratégica en la economía, el movimiento obrero boliviano no era ni lo suficientemente grande, ni lo suficientemente desarrollado a nivel organizativo como para llevar a cabo su propia revolución. Prueba de ello fueron los muchos partidos socialistas que fracasaron. Cuando el PIR perdió credibilidad, los trabajadores quedaron sin un instrumento político nacional. Y, si bien el POR tuvo influencia, estaba demasiado restringido a un sector para llenar ese vacío. De ahí que el liderazgo del movimiento, incluyendo al POR, se dio cuenta de que era preciso buscar un instrumento más viable.

Al mismo tiempo, la base burguesa del MNR comprendió que no podía ir sola. Se habían sentado las bases para la unidad del movimiento reformista, básicamente burgués, resumido en el MNR y el creciente movimiento obrero revolucionario. Los motores de ambos movimientos fueron diferentes en lo fundamental y potencialmente contradictorios. Ambos se acercaron mutuamente, cautos y suspicaces; y en cada uno de ellos hubo elementos que manifestaron su oposición a la alianza. En el periodo de activismo 1935-1936, los jóvenes de la élite burguesa propugnaron una reforma desde arriba, con el respaldo del sector medio amenazado por la inflación. Luego, los trabajadores jugaron su rol presionando desde afuera y restringiendo la acción, hasta que, después de 1946, se unieron directamente a la lucha central. Los obreros se convirtieron en el factor ascendente que empujaba a la nación hacia el camino de la revolución.

Aparte de los sectores fabriles menos organizados los obreros no llegaron a formar parte directa en la estruc-

tura principal del MNR, los diversos sectores laborales de importancia tenían sus organizaciones y dirigentes propios, los que a su vez daban forma y contenido al mundo del obrero tanto en cuanto a su identidad como ser social, así como a su vida cotidiana. Entre la élite movimientista y el auditorio obrero se erigía el sindicato laboral, la federación funcional y en algunos casos la confederación nacional. Así el movimiento laboral pudo mantenerse como fuerza independiente, empero sus élites sectoriales comenzaban a explorar concientemente la posibilidad de una alianza con la élite del MNR, esto por que dentro del movimiento obrero existían poderosas tendencias centrífugas cuya orientación obraba más sobre la base de agrupaciones ocupacionales específicas que sobre la base de una agrupación de clase social. El MNR jamás logró un control significativo de los sectores laborales claves; en lugar de ello se convirtió en el instrumento político nacional elegido por el liderazgo obrero. (22)

Queda aún una diferenciación que hacer. Como señalaba anteriormente, muchos artesanos, empleados y elementos semi-proletarios ingresaron directamente al partido, convirtiéndolo en su más importante perspectiva. Por su parte, los poderosos ferroviarios mantuvieron una estricta distancia del partido y, a pesar del fracaso político del PIR, sus líderes fueron siempre considerados básicamente como piristas, cuando a estos líderes les parecía tácticamente ventajoso, cooperaron con el MNR. (23)

La relación del MNR con los mineros fue aún más confusa. Había ganado pie en las minas en 1944, a través de la FSTMB y la afiliación de Lechín. Y, pese a que el MNR fue destronado con Villarroel, Lechín no dejó de ser líder de la FSTMB, ya que el poder que tenía en las minas tuvo su origen en las organizaciones obreras y no en la estabilidad del MNR. Durante el periodo de reorganización del MNR, Lechín estaba aislado y obligado a actuar por su cuenta. En ese momento se acercó al POR, partido que controlaba muchos de los sindicatos afiliados a su federación; se alió con él y consecuentemente su influencia dentro de la FSTMB fue mayor que la del

MNR.

En 1946, la FSTMB redactó su primera declaración ideológica, conocida como la "Tesis de Pulacayo"; un documento escrito por Guillermo Lora, el líder trotskista del POR. Los conceptos fundamentales de ese documento contradecían a aquellos del MNR. El MNR convocaba a un movimiento basado en el concepto de la "nación" versus la "antinación". La Tesis de Pulacayo planteaba un implacable conflicto interno de clases. Mientras el MNR proponía un movimiento multclasista, dirigido por la élite de clase media, la Tesis de Pulacayo hablaba de la necesidad de que el proletariado jugara un rol dirigente en cualquier revolución; difería del MNR en otra serie de puntos importantes. (24)

Con bastante influencia en las minas a través de Lechín, dentro de los límites señalados, el MNR mantuvo una alianza, muchas veces difícil, con el POR. Las razones para tal alianza estaban en la necesidad de una fuerza obrera para el MNR, por una parte, y en que, para los dirigentes laborales del POR, el MNR era el único grupo político más o menos favorable a los obreros con capacidad para alcanzar el poder gubernamental. El POR pretendía utilizar al MNR a nivel nacional, al mismo tiempo que encaminarlo hacia una posición crecientemente radical. (25)

El período de interludio que fuera el régimen de Villarroel generó, entre la masa trabajadora, un sentimiento favorable hacia el MNR. Esos sentimientos se expresaron frecuentemente cuando los trabajadores -no muchos debido a restricciones- depositaron en las ánforas sus votos a favor de candidatos movimientistas, durante las elecciones nacionales y, muy especialmente, en las de 1951. Por otra parte, en las decisivas elecciones sindicales predominaron seguidores de Lechín y miembros del POR. El liderazgo del MNR nunca fue dueño de la situación en las minas o en otras organizaciones laborales importantes. (26)

Aún después de que hubo afirmado una cierta alian-

za, el liderazgo central del MNR y el de la FSTMB funcionaron independientemente. El MNR atacó toda maniobra antiobrera del PURS y la capitalizó a su favor; pero, al mismo tiempo, pactó secretamente con la FSB y las logias militares, a fin de tomar el poder sin la ayuda directa de los trabajadores. De manera similar, Lechín y otros dirigentes sindicales del MNR aplicaron sus propias tácticas, ignorando con bastante frecuencia los lineamientos del Comité Político Nacional. El aislamiento y las condiciones de trabajo en los campamentos mineros fueron dos factores que contribuyeron a inhibir el estrechamiento de contactos entre este sector laboral y los líderes movimientistas. Permanecer en los campamentos u otras áreas no urbanas, no correspondía al estilo de la élite burguesa del MNR; su medio era la capital y allí preferían residir y conspirar.

La naturaleza problemática de la relación entre la élite movimientista y los trabajadores se hizo evidente a través de diversos comportamientos: antes de las elecciones de 1947, el Comité Nacional del MNR envió su lista de candidatos a Lechín y sus seguidores, quienes la ignoraron. La FSTMB ni siquiera conoció en las elecciones candidatos movimientistas, más bien, ellos formaron su propio bloque, el Bloque Minero. Los candidatos elegidos por ese bloque fueron Lechín, Mario Torres y Lora, el líder del POR, además de otros poristas. (27) En las elecciones municipales realizadas en La Paz en 1947, el partido tomó contacto con organizaciones fabriles locales para proponerles que participen en las elecciones con candidatos movimientistas, pero estos grupos se negaron y repudiaron todo contacto posterior con el MNR. (28)

En septiembre de 1947, bancarios y fabriles se declararon el huelga, en protesta por el aumento del costo de vida. El MNR tomó inmediatamente contacto con sus líderes e impulsó la huelga, al mismo tiempo que conspiraba con oficiales jóvenes y funcionarios de policía para dar un golpe; el MNR pretendía utilizar la huelga como pantalla para tomar el poder. Pero todo el plan fracasó cuando el gobierno accedió

a las demandas de los bancarios y éstos retornaron a sus labores. (29) Solos, los fabriles no tuvieron más alternativa que suspender la huelga sin logro alguno. Fue un caso típico y la prueba de que el MNR no tenía la capacidad necesaria para controlar las actividades laborales y orientarlas según sus fines. Reveló asimismo el grado de particularismo de los sectores laborales, entre quienes no era difícil provocar enfrentamientos.

Cabe señalar también que ni el Comité Político Nacional ni los demás cuerpos directivos del MNR incluyeron, sino hasta muy tarde, dirigente laboral alguno dentro de su juego político; y, cuando lo hicieron, la representación laboral fue muy escasa. En sus listas de dirigentes aparecen, una y otra vez los mismos nombres, lo cual refleja la orientación y composición original de élite del MNR. Es evidente que las élites de la vieja línea movimientista guardaron celosamente sus puestos jerárquicos. Estaban dispuestos a utilizar al sector laboral, en caso necesario, pero no tenían la menor intención de permitir que las élites del sector laboral ocupen posiciones de control. Hubiesen preferido, sin lugar a dudas, llegar al poder sin los trabajadores y se esforzaron en ello en diversas ocasiones, con sus viejos aliados militares. Hablaban de revolución por necesidad, pero se comportaban como élites reformistas. No obstante, los tiempos estaban cambiando y el conflicto nacional se generalizó, mientras la capacidad de control del flujo de fuerzas y acontecimientos por parte de la élite del MNR se hacía cada vez más difícil.

El primer esfuerzo conjunto del MNR y los trabajadores tuvo lugar en la guerra civil de 1949. En esa acción, los combativos mineros dejaron fuera de toda duda su fortaleza y valor; lo mismo que durante la huelga general de 1950, en que dieron prueba del poder e importancia que poseían. En la medida que los trabajadores demostraron su poder, los incesantes fracasos golpistas pusieron en tela de juicio la viabilidad de las viejas técnicas del MNR y sus aliados. En 1951, el MNR inició activamente la construcción de una base

de masas y los trabajadores fueron la clave de tan renovados esfuerzos. (30)

El gobierno llamó a elecciones para el 14 de mayo de 1951 y el MNR decidió participar. No sólo utilizó la ocasión para conquistar votos, sino también para ganar el respaldo de aquellos elementos excluidos del proceso electoral. Buscaba el poder, pero también una legitimidad generalizada. El impacto del eje de izquierda laboral dentro del MNR se hizo evidente en la campaña preelectoral. Tanto secreta como abiertamente, el MNR buscó alianzas con el POR y un incipiente partido comunista, formado con piristas disconformes (Partido Comunista de Bolivia o PCB). Y lo que es más importante, por vez primera el partido se comprometió a poner en práctica un programa específico, donde se incluyó la nacionalización de las minas, la reforma agraria y el voto universal. El MNR había adoptado, en efecto, el programa de la tendencia socialista y revolucionaria; ahora patrocinada esencialmente por un eje de izquierda laboral. (31)

Como lo probaron los hechos posteriores, la adopción de ese programa fue, sobre todo, una acción táctica para la mayoría de la élite movimientista que se encontraba en el país. En realidad el liderazgo del partido estaba dividido en torno a muchos problemas. Algunos estaban en contra de una o de todas las medidas, en tanto que las ideas de quienes, en principio, estaban a favor, estaban muy por debajo del radicalismo que conllevan. En todo caso, el liderazgo del MNR se embarcó en un camino retórico y no le sería fácil retroceder.

Después de 1946, el MNR decidió ampliar su partido y formar un movimiento basado en masas. Con el evidente éxito de esa estrategia, el partido pasó a depender más del creciente poder del público laboral. Cada vez que el alcance e intensidad de la politización pública crecía, el movimiento obrero se acercaba más al MNR, pero a costa de una mayor radicalización del partido. En la campaña electoral de 1951, se hizo evidente que la renovada orientación de masas del MNR

más que un control de las fuerzas motrices de la situación revolucionaria que estaba en marcha, supuso una adaptación de ese partido a ellas. En ese momento, la fuerza más sólida, la que contribuyó a radicalizar e intensificar el conflicto, fue el movimiento laboral con mayoría minera y un programa marxista.



CAPITULO VIII

La Insurrección

La decisión del MNR de participar en las elecciones del 14 de mayo de 1951 resultó un golpe maestro. Las viejas facciones de élite fueron incapaces de crear un frente unido con fines electorales. Urriolagoitia exhortó al PURS y a los liberales a formar un frente democrático con objeto de frenar el reto movimientista, que ya se lo pintaba tanto nazi como comunista. Los liberales rechazaron la propuesta y, en su lugar, recriminaron al PURS por llevar al país a la bancarrota. La disensión dentro de la propia organización del PURS ya estaba cargada de rencores y era pública. Se dividió en belicosas fracciones en torno al problema del candidato presidencial, lo cual originó el colapso del partido. Frecuentemente se acusó al PURS de haber estado al acecho de puestos gubernamentales. Finalmente, un gran bloque, con el prestigioso líder Demetrio Canelas a la cabeza, se separó del PURS para formar un frente electoral denominado Acción Cívica.

Los meses anteriores a las elecciones fueron caóticos. Lo que quedó del PURS fue ferozmente atacado desde todos los ángulos políticos -izquierda, derecha y centro-. El periódico liberal **El Diario** mostraba en sus páginas editoriales un panorama de caos económico, brutalidad policial y de total absurdo gubernamental. La asociación de mineros, dominada por los "Tres Grandes", sacaba solicitudes a toda página, acusando al gobierno de intervenir arbitrariamente en la economía y de capitular ante los izquierdistas. La asociación de industriales siguió ese ejemplo y acusó al gobierno de acceder a demandas de los sindicatos "comunistas". Los rumores sobre golpes de estado, patrocinados por las empresas estañíferas, se generalizaron y en todas partes se habló de una posible intervención militar.

En la izquierda el clamor fue semejante. Las huelgas y manifestaciones protagonizadas por estudiantes y grupos cívicos fueron el pan de cada día. El gobierno, en algunas ocasiones, accedía a las demandas populares y, en otras, llevaba a cabo arrestos y deportaciones masivas. Por su parte, el periódico **El Diario** denunciaba que nunca antes se había obligado a tantos bolivianos a vivir fuera de su país. En su estilo característico, luego de aplicar medidas tan enérgicas, el gobierno dictaba amnistías para importantes números de dirigentes, incluyendo a Lechín (exilado después de la guerra civil de 1949). Hubo informaciones acerca de otras conspiraciones golpistas de confuso origen izquierdoderechista.

Con todo, el panorama fue confuso dentro de la propia izquierda. Los periódicos especulaban diariamente sobre nuevas alianzas electorales, fórmulas y divisiones. Un día se decía que el MNR se había aliado con los comunistas y al día siguiente, que elementos disidentes estarían negociando con el PURS. Según se reveló después, en el MNR hubo una división entre izquierdistas y derechistas. El ala derecha propiciaba una alianza electoral moderada, mientras que Paz arrojó toda su influencia en apoyo de los izquierdistas. El MNR propuso un acuerdo, de modo que tanto el PCB como el POR

apoyaran sus candidaturas presidencial y vicepresidencial.

Bolivia concurrió a las elecciones en un ambiente de violencia, recriminaciones mutuas y desorden. En la víspera de las elecciones sucedió un pequeño drama que reflejaba las contradicciones inherentes al estilo político del PURS. Después de años de haber seguido una línea política errática con relación al movimiento obrero, el gobierno hizo una parodia de última hora para conseguir el apoyo de los mineros; decretó un 32% de aumento salarial, con los correspondientes incrementos y beneficios adicionales. Las compañías mineras desafiaron abiertamente al gobierno a través de sus asociaciones y no sólo se negaron a obedecer la orden, sino que amenazaron con reducir los salarios, en caso de que el gobierno siguiera insistiendo. (1) Ante tan franca provocación, los pursistas que quedaban entraron cojeando a la contienda electoral.

Para sorpresa de todos y sofocón de la mayoría, había ganado el MNR. Obtuvo 54.049 votos, frente a 39.940 de su rival más cercano, el PURS. Los otrora poderosos liberales, obtuvieron apenas 6.441 humillantes votos. En la medida en que el PURS era conocido como un partido reformista y medianamente socialista, el resultado de la votación reflejó un repudio absoluto a un sistema puramente liberal y a un deseo generalizado en favor de algunos cambios y reformas. Si se tiene en cuenta que la votación expresaba únicamente los sentimientos de la burguesía alta y media, de los artesanos y de algunos obreros, los resultados cobran una profunda significación.

Analizando más detenidamente los resultados, la situación fue aún más interesante. Con 17.501 votos, el MNR tuvo un triunfo definitivo en La Paz, frente a los 10.667 votos del PURS. También triunfó en Cochabamba, Oruro y Potosí. Perdió en el resto de los departamentos. Lo cual es signo de que el MNR pudo arrastrar a la parte más activa y "nacional" de Bolivia, no así a las regiones tradicionales más aisladas. Dada la naturaleza crítica de la ciudad de La

Paz y de las demás ciudades del sistema nacional, el MNR supo donde asentar su fortaleza. Obviamente, el partido podía reclamar amplio respaldo entre las bases sociales claves de legitimidad política. (2)

Suponiendo que realmente una gran parte del PURS pertenecía al ala reformista de la élite tradicional, si sumamos sus votos a aquellos de los liberales y de Acción Cívica, se obtiene un total de 52.941 votos, que representan un apoyo al *status quo* en su sentido más amplio. El MNR sobrepasó esa cifra por sí solo, es decir, la fuerza mancomunada de lo que fuera La Concordancia de 1940. Parecería que el PIR había sido el elemento más importante en la toma democrática del poder de 1946. En cambio, en esta oportunidad y con una línea independiente, este desacreditado partido apenas obtuvo 5.170 votos. Tomando en cuenta que el POR y el PCB apoyaron al MNR, lograremos una idea aproximada de la preferencia centro izquierdista del país, si se añaden los votos del PIR a aquellos del MNR: 59.219 votos. Por consiguiente, si tomamos la definición en términos puros, el sistema político vigente estaba completamente polarizado: el centro derecho tuvo 52.940 votos y el centro izquierda 59.219 votos. Ahora, si consideramos la preferencia del sector laboral excluido, evidentemente izquierdista, se hace patente el alejamiento del viejo orden. El papel de eje jugado por el MNR dentro de la política civil y en medio de una situación tan polarizada, de viraje izquierdista, fue inequívoco.

Ante el fracaso de su último intento de defenderse por medio de las normas legales del juego, las élites y los intereses asociados con el viejo orden recurrieron a los militares. Si bien el MNR logró una ventaja en la votación, no obtuvo la mayoría necesaria para asumir inmediatamente el mando, y, según la Constitución, la elección presidencial le correspondía al congreso. Sin embargo, dada la desorganización de las fracciones tradicionales, lo que hubiese salido de semejante votación podía ser cualquier cosa. De ahí que, en lugar de correr el riesgo, los militares, apoyados por las compañías estañíferas, los liberales y algunos sectores del

PURS, obligaron a Urriolagoitia a entregar el gobierno a una junta militar.

Encabezada por el General Hugo Ballivián, la Junta declaró que su acción no fue la de un golpe de estado, sino que los militares asumían el poder como parte de su tarea de proteger la democracia y la libertad frente a una amenaza nazi-comunista. Se declaró estado de sitio, ilegalidad de las huelgas y se arrestó a los dirigentes políticos de izquierda, así como a los del movimiento obrero. Se hizo público un documento con el propósito de revelar un pacto MNR-PCB, sobre cuya base el MNR fue declarado ilegal, mientras no rompiera con los comunistas.

Los puntos que más explotaron los militares fueron la imposición del orden, recuperación de eficacia y solución a los problemas económicos del país. Sus primeros y vigorosos decretos hicieron pensar que quizás poseían la capacidad necesaria para brindar al país la tan ansiada tranquilidad. Les llegaron declaraciones de apoyo de todos lados y, sin duda alguna, la Junta comenzó con buenos augurios. Con todo, quedaba en pie la pregunta de qué haría exactamente la Junta, además de obligar al pueblo a aceptar una situación que éste evidentemente rechazaba, en términos generales, a menos que estuviera dispuesta a implementar reformas estructurales fundamentales. Pero como la Junta no pretendía llevar a la práctica reforma básica alguna, el caos social, económico y político reapareció tal cual muy rápidamente. Pronto, el apoyo se convirtió en oposición y no pasó mucho tiempo antes de que la Junta tambaleara por el mismo tipo de reveses que habían ensangrentado al PURS. La reacción de la Junta fue la misma: sacudirse entre una crisis y otra.

La situación económica continuó deteriorándose; los males que aquejaban la economía desde la Guerra del Chaco prevalecieron -la inflación, el desempleo y la escasez- y, detrás de éstos, los problemas estructurales originados por una economía dividida, una minería enferma y un gobierno en quiebra. La absurda situación fiscal se hizo patente en

1950, cuando Bolivia reasumió el pago de su deuda externa, donde la parte más importante del presupuesto correspondió al pago de intereses sobre la misma. La siguiente cifra más importante del presupuesto estuvo destinada a la defensa nacional. En el presupuesto proyectado por la nueva Junta militar, en realidad, se había asignado más a la defensa que al pago de la deuda externa. (3) El periódico *El Diario* criticó duramente el presupuesto, afirmando que se trataba de un completo disparate y censuró a la Junta de la misma manera que hizo con el PURS.

Al igual que los presupuestos de la década de 1920, el de 1952 se preparó esencialmente para atender los pagos de la deuda externa y las demandas del ejército. Entretanto, de las Constituciones de Busch, Villarroel y Hertzog, el gobierno heredó una serie de obligaciones destinadas al bienestar social, las mismas que fueron imposibles de cumplir, ya que los ingresos del gobierno eran ligeramente superiores a los de la década de 1930. Consecuentemente, el movimiento laboral reinició una nueva ola de huelgas, en demanda de mejoras salariales y del cumplimiento de las promesas sobre seguridad social. Empero, desde el punto de vista financiero, el país estaba nuevamente en bancarrota.

Como si todas esas dificultades no fueran suficientes, surgió un nuevo fantasma, cuando el gobierno de los EEUU anunció la reducción general de los precios que pagaría por el estaño y su intención de disminuir las reservas acumuladas durante la Guerra de Corea. El país entero reaccionó violentamente. El gobierno militar consideró la actitud de los EEUU como un auténtico golpe mortal a la economía boliviana. Nunca se hizo más evidente la absoluta dependencia boliviana frente al estaño y la de este mineral frente a EEUU. La izquierda respondió satisfecha: "Les advertimos". Las denuncias acerca de una guerra económica, la agresión imperialista y otras semejantes que, durante mucho tiempo, pertenecieron al repertorio movimientista, ahora eran barajadas por las viejas fracciones, así como por las compañías mineras. (4) Las negociaciones sobre el precio del estaño con los EEUU se

transformaron en tema trascendental de preocupación pública. Luego de varios meses de negociaciones, caracterizadas por un encarnizado resentimiento, el gobierno norteamericano se conmovió un poco y, tentativamente, fijó un precio muy por debajo del exigido por Bolivia. La Junta no tuvo más opción que aceptar. (5)

El resultado de las negociaciones sobre el precio constituyó un duro golpe para el prestigio de la Junta. En todo caso, con ese intercambio se dio razón a las críticas sobre la economía que formularan las élites opositoras desde 1935. La capitulación de la Junta, luego de haber avivado el sentimiento nacionalista durante meses, resultó tremendamente humillante. Por lo demás, ¿quién volvería a confiar en un gobierno tan incapaz de proteger el rubro más vital de la economía nacional? ¿quién iba a creer que podría resolver la magnitud de los problemas económicos y sociales que oprimían a cada uno de los sectores de la población?

Al igual que el previo gobierno del PURS, muy pronto la izquierda y la derecha se dedicaron a acechar a la Junta, en busca de su punto más débil. Luego de que Ballivián hiciera ominosas declaraciones, afirmando que quizás fuese necesario que los militares permanezcan en el gobierno unos veinte años, las fracciones civiles tradicionales comenzaron, una vez más a exhortar a la formación de un frente "democrático" similar al de la Concordancia. Como era de prever, el MNR volvió a conspirar día y noche con todos y cada uno de quienes buscaban una fórmula para llegar al poder.

De la misma forma que el PURS, la Junta se estaba desmoronando por dentro. Ballivián pugnaba abiertamente con el Jefe de Estado Mayor del Ejército, General Torres Ortiz y circularon rumores señalando que Torres no se mostraba reacio a ocupar la silla presidencial. Otros miembros de la Junta también conspiraban en el trasfondo. Uno de ellos, el Ministro de Gobierno, General Antonio Seleme, comenzó a negociar con el Comité Político Nacional del MNR.

Durante la segunda mitad del año, ya no se especulaba sobre la caída o no de la Junta, sino sobre cuándo y en manos de quién. El MNR estaba resuelto a actuar como agente de la muerte política de Ballivián. Agilizó sus contactos con Seleme y juntos formularon un plan para un golpe de estado; paralelamente, inició negociaciones con la FSB y con el General Torres Ortiz. La fórmula prometía que Torres sería presidente y que la FSB estaría ampliamente representada en el gabinete; pero, Torres se retiró a último momento y la FSB vacilaba en su decisión. Ante la posibilidad de ser descubierto, el MNR decidió seguir con Seleme y cambiar la fecha acordada para el golpe, del 15 al 9 de abril. De acuerdo a la fórmula original, Seleme sería presidente con un gabinete de unidad movimientista-militar. En el ala derecha del MNR hubo asimismo la pretensión de excluir a Paz Estenssoro y poner al entonces jefe y líder del partido, Hernán Siles Zuazo, como vicepresidente. (6)

En la mañana del 9 de abril, los Grupos de Honor del MNR paceño iniciaron la insurrección, junto a la policía nacional (o carabineros), al mando de Seleme. En el levantamiento participaron relativamente pocas personas y se restringió a la unidad de La Paz. Luego de un éxito inicial, la rebelión pareció perder fuerza; gran parte del ejército se mantuvo fiel al gobierno y se movilizó para aplastar la rebelión. Cuando la insurrección parecía haberse perdido definitivamente, Seleme buscó asilo hacia el final del día.

Siles y otros dirigentes se negaron a capitular y reagruparon al partido. En la tarde del segundo día, la rebelión había cobrado impulso y estaba extendiéndose. En Cochabamba, Oruro y Potosí tuvieron lugar intensos enfrentamientos. Las armas capturadas al ejército fueron distribuidas entre los fabriles de La Paz y trabajadores armados del cercano pueblo fabril de Viacha también marcharon hacia la capital. Cuando los mineros armados de Milluni tomaron la estación de ferrocarril del Alto de La Paz y, al mismo tiempo, capturaron un tren con municiones, el curso de los acontecimientos cambió drásticamente. La ciudad de Oruro también

fue rodeada por mineros armados, con objeto de cortar los posibles refuerzos hacia la capital. Con los mineros armados en El Alto y los rebeldes controlando el centro, las tropas de la capital quedaron atrapadas, sin esperanza de recibir refuerzos. Después de una heroica pero inútil resistencia final por parte de estudiantes del colegio militar, el gobierno fue derrocado. El 11 de abril de 1952, el MNR ya poseía su tan preciada presa y, por vez primera, con su propio anzuelo -al menos nominalmente.

Aunque los detalles están lejos de ser claros, hay algo que se puede afirmar con fiabilidad y es que el MNR se encontró frente al control del poder formal, en circunstancias bastante inesperadas. El plan original se parecía mucho a la fórmula utilizada por Villarroel, es decir, un golpe de estado con escasa participación civil y luego la conformación de un gobierno de coalición civil-militar. Hay razones para creer que se trató de una decisión consciente por parte de algunos dirigentes, no sólo por razones tácticas, sino con la intención de reducir el papel de los obreros en el golpe y su influencia en el futuro gobierno. Probablemente, estos criterios estaban detrás del deseo de colocar a Siles en la vicepresidencia en lugar de Paz -que ya era considerado un poco más radical-. En otras palabras, existen buenas razones para pensar que la élite movimientista que permaneció en el país, deseaba establecer un régimen reformista al estilo de aquel de Villarroel, donde el movimiento laboral, en el mejor de los casos, jugara un rol secundario. (7) Lo que hubiese ocurrido si se mantenía el plan original y si los mineros no hubiesen intervenido en el conflicto, es imposible de decir. Pero lo cierto es que, después de tres días de intensa lucha generadora de un creciente compromiso social, a pesar de haber actuado como un partido de reformistas, el MNR estuvo a punto de convertirse en el auspiciador de la segunda "gran" revolución latinoamericana.

Antes de entrar en el análisis de la revolución misma, convendría observar más detenidamente la estructura del partido que asumió la autoridad gubernamental el 11 de

agosto de 1952.

Estructura del MNR como Partido Político

Entre 1946 y 1952, los persistentes problemas económicos del país y las caprichosas e ineficaces políticas del PURS posibilitaron el crecimiento ininterrumpido del MNR. Como resultado de su importante actuación en las elecciones de 1951, el partido se consolidó como el principal contendiente entre los diversos grupos elitistas de oposición que se gestaron desde 1935. No resulta sorprendente que el éxito electoral del MNR redundara en una imagen de fuerza generalizada. Pronto el partido se transformaría en el imán capaz de atraer a diversos públicos, así como a las élites opositoras en busca de un vehículo político victorioso.

No sería exagerado afirmar que, después de 1951, en realidad hubieron tres partidos movimientistas. El primero era la estructura central, compuesta por el Comité Político Nacional, los comandos, las células y los Grupos de Honor. El segundo, la fracción de izquierda obrera, agrupada en torno a Lechín y la FSTMB, incluyendo a otros dirigentes laborales y estudiantiles. El tercer grupo era el de los miembros del MNR exilados en la Argentina, liderizados por Paz. Aunque hubieron importantes excepciones, los tres representaron básicamente orientaciones diferentes en cuanto a objetivos, estilo y tácticas. La línea del primero fue, en grueso, de derecha y reformista; la del segundo, socialista revolucionaria y la del tercero nacionalista pragmática.

La línea que sustentaba la estructura central fue la descendiente más directa del MNR original. Estuvo compuesta por los remanentes de la élite partidaria de segundo nivel que permaneció en el país (líderes de segunda categoría, que cobraron importancia después de 1946) y en cuyo seno se cobijaba la clientela movimientista original, donde predominaban miembros de la "clase media empobrecida" y del "pro-

letariado incipiente". Los dos elementos más activos de la estructura central eran el comité central, compuesto por una élite pequeño burguesa, que mantuvo vivo al partido durante los duros días del Sexenio, y, después de 1951, los Grupos de Honor, cuyos integrantes protagonizaron la mayor parte de los ataques casi cotidianos al gobierno. (8)

La orientación derechista del núcleo original derivó de la naturaleza esencialmente pequeño burguesa, tanto de sus líderes como de la mayor parte de sus seguidores organizados. Quienes se sintieron atraídos por su aparato fueron, en su mayor parte, aquellos que reaccionaban ante la destrucción de un previo estilo de vida, aunque dependiente, garantizado. Los primeros en integrarse fueron los dirigentes que no encontraban futuro alguno dentro del antiguo sistema; y, sus seguidores, un amplio número de miembros de la pequeña burguesía y de la declinante burguesía nacional, al descubrir que la esencia de su posición social tradicional estaba en vías de desaparición. Estos elementos sociales fueron, en cierto modo, los más debilitados por las contradicciones del sistema. Conservaban los valores del sistema, pero su capacidad de plasmarlos fue cada vez menor. Percibieron una necesidad de cambio, pero su deseo se motivaba por imágenes del pasado y no por perspectivas futuras. Los artesanos experimentaron prácticamente el mismo problema. Los elementos "populares" del partido fueron esencialmente grupos lumpen, frustrados por su marginalidad, pero carentes de toda tradición organizativa propia para fines de grupo.

Uno de los aspectos más sorprendentes de esa estructura central del partido, tanto en los dirigentes como en sus seguidores, fue la falta de objetivos y programas claros. Inicialmente, el MNR tuvo una idea bastante nítida de los problemas bolivianos; pero, carecía de un programa serio, más allá del uso de símbolos vagos sobre la dignidad nacional y la autodeterminación colectiva. Aún la imagen que el MNR tenía sobre la oposición era expresada en términos poco concretos, es decir, la Rosca, la antinación y otros parecidos. Uno de los rasgos más constantes de este grupo nuclear, y

especialmente de los Grupos de Honor después de 1946, fue la tendencia activista y de compromiso, en torno a lo que un dirigente movimientista denominó la "mística de la revolución violenta". (9) Este grupo se interesó más por tomar el poder que por utilizarlo. Una vez embarcados en la vía revolucionaria, no sabían muy bien a dónde se dirigían, aparte de su deseo de lograr un lugar en la constelación política. (10)

Dentro de esta estructura central de partido, respondieron principalmente a conceptos abstractos y emotivos, tales como "nación", "armonía", "dignidad nacional", "antisemitismo" y otros. La original imagen fascista del MNR suponía estos componentes. A pesar de su variable imagen pública después de 1949, y bajo el símbolo de uniformes y rituales secretos, esos conceptos lograron conservar la unidad organizativa básica. Una cosa que se puede afirmar sin temor a caer en contradicciones es que, pese a su falta de programa, el MNR esperaba estar en control de la situación una vez alcanzado el poder. Asimismo, para muchos de quienes formaban parte del núcleo partidario, el problema del poder político fue esencialmente un problema personal -es decir, el problema de ocupar los puestos de quienes estaban en función de gobierno-. El mero deseo de conseguir "pegas" políticas era todavía bastante patente. (11) Por esta razón, los líderes originales del partido preferían trabajar, en lo posible, con las élites provenientes de su propio mundo social y no con los dirigentes de la más radical izquierda obrera.

Anteriormente ya señalé que, con Villarroel, luego de un intento inicial de crear una estructura sindical controlada por el Estado, los contactos entre el núcleo movimientista y la FSTMB se deterioraron significativamente. Lechín se había adentrado más profundamente en los problemas sectoriales de los trabajadores y, poco a poco, cayó bajo la influencia del POR. Aunque después de 1946 la FSTMB reanudó relaciones con el MNR, en los asuntos cotidianos, Lechín estuvo más ligado a dirigentes sindicales de izquierda y a los poristas.

Desde el punto de vista social, Lechín estuvo rodeado de gente bastante distinta de quienes integraban el cuerpo directivo del MNR. Ya que, a pesar de que hubo algunos intelectuales radicalizados, predominaron elementos de origen proletario y semiproletario. Lechín trabajó con la élite de ese sector, surgida durante la prolongada evolución del movimiento obrero y que entonces comenzaba a tomar forma propia como grupo de poder político.

Lo que inicialmente fuera un grupito de líderes mineros alrededor de Lechín, evolucionó en una fracción de izquierda laboral bastante coherente. Hubieron dos factores que contribuyeron de manera importante a dar coherencia a la fracción. El primero fue el exilio de Lechín a Chile, junto a otros líderes obreros, en 1949, donde aprovecharon el tiempo para planificar conjuntamente el futuro, además de participar en movimientos de la izquierda radical chilena y recibir su influencia. El grupo retornó al país fortalecido y con Lechín como su líder reconocido. El segundo factor que consolidó al grupo como fracción coherente fue su fusión con el MNR después de las elecciones de 1951.

En la ola de novatos políticos hubieron varios derechistas que se afiliaron a la estructura primitiva del MNR, aunque la mayoría de estos recién venidos eran gente de izquierda. Entre los novatos se incluyeron antiguos miembros del PIR, jóvenes izquierdistas post-Villarroel y poristas. En algunos casos, éstos integraron efectivamente al MNR, mientras que otros trabajaron con el MNR conservando su antigua identificación partidaria. Estos nuevos elementos izquierdistas estuvieron relacionados fundamentalmente con la fracción de izquierda obrera de Lechín y así convirtieron a ese líder sindical en una de las figuras políticas más importantes del país.

El flujo de izquierdistas a las filas movimientistas antes y después de 1952 se conoce en Bolivia como "entrismo" (lo que más o menos significa "infiltración"). El entrismo anterior a 1952, junto a la creciente importancia

política del movimiento obrero dieron lugar a un giro definitivo al poder interno dentro del movimiento general del MNR hacia la fracción de izquierda obrera. Ignorar la figura más y más dirigente de Lechín fue cada vez más difícil. Un elemento que contribuyó a fortalecer la posición de izquierda fue la formación de un ala movimientista radical compuesta por estudiantes y conocida como "la avanzada universitaria". Después de 1946, los nuevos militantes fueron generalmente izquierdistas o, cuando menos, centro izquierdistas.

A diferencia de la derecha, el liderazgo izquierdista tuvo objetivos y programas claros y su base obrera estaba bien educada en retórica y slogans marxistas. (12) La posición original de la fracción de izquierda obrera, incluyendo un último y previsto enfrentamiento con los líderes burgueses del MNR, fue expuesta en la Tesis de Pulacayo antes mencionada. Los "entristas" y "colaboracionistas" de izquierda se unieron al MNR, después de 1951, con la justificación de que éste era un sector progresista de la burguesía y el grupo de oposición con más posibilidades de triunfo. Por consiguiente, su misión era la de radicalizar al partido desde adentro y conducirlo al socialismo. La plataforma electoral utilizada por el MNR en 1951 expresó que aquel era un curso de acción racional.

El centro nacionalista pragmático estuvo compuesto por muchos de los líderes tradicionales más destacados del partido como Paz Estenssoro, Guevara Arce, Siles Zuazo y Céspedes, gran parte de los cuales estuvieron en el exilio durante todo el Sexenio; aunque algunos como Siles Zuazo se las arreglaron para ingresar nuevamente al país. Comparado con el liderazgo tradicional del partido que permaneció en el país y con el ala relativamente reciente de la izquierda obrera, el centro movimientista pragmático no poseía base institucional de poder alguno. Su influencia yacía, en gran parte, en la mística de Paz Estenssoro y en un liderazgo exilado y creado por las otras dos alas, con objeto de conservar la unidad, legitimidad y coherencia. Este grupo actuó asimismo como moderador de las diferencias entre las tendencias

de derecha e izquierda del partido.

La mayoría de los ideólogos originales del partido pertenecían al centro pragmático. Un aspecto muy peculiar del Sexenio fue que la mayoría de estos pensadores vivieron en el exilio, y quienes permanecieron en el país eran, sobre todo y en general, hombres de acción. Integrado por intelectuales, el grupo central tuvo una perspectiva más amplia de las cosas que muchos de los dirigentes que se quedaron en el país. Pues, durante su obligado exilio, tuvieron la oportunidad de examinar más profundamente las causas que provocaron su caída en 1946. A lo cual hay que añadir que dirigentes como Paz Estenssoro y Guevara Arce siempre fueron considerados más radicales en sus planteamientos, pese a que muy pocos de sus programas originales fueron incluidos en los documentos oficiales del partido. (13)

Desde el punto de vista ideológico, el centro pragmático se rigió por un marco teórico marxista, reformulado en valores nacionalistas. Su orientación ideológica fue esencialmente nacional desarrollista; su meta principal era la creación de una Nación-Estado desarrollada. Su posición fue más actitud que un programa claro y, a la larga, surgieron varios conflictos dentro del grupo. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que esa élite progresista nacida de la burguesía habría de ser la cabeza dirigente, no importa cual fuera la vía de desarrollo. A pesar de pertenecer al mismo medio social que los derechistas, esta élite difería de aquellos en términos de compromiso original, perspectiva y deseo de adaptarse a las nuevas situaciones de poder. Los pragmatistas fueron quienes más propugnaron la transformación del partido en un movimiento de masas de base amplia, favorecieron un nexo permanente con la izquierda y quienes, en 1951, instaron a la adopción de una plataforma radical. Por estas y otras razones, entre los dirigentes derechistas que permanecieron en el país hubo una creciente oposición a Paz. (14)

El centro pragmático también difería de las otras dos alas del MNR en cuanto a su orientación táctica. La de-

recha se inclinaba por la acción violenta y por alcanzar el poder político y el gobierno. La izquierda quería dar forma a las acciones de las organizaciones de masas, de acuerdo a metas socialistas concretas. Y el centro tenía un enfoque más manipulativo de los problemas tácticos. Estuvo a tono y dispuesto a adaptarse a la realidad cambiante del poder dentro del grupo. El centro pragmático se adaptó a la situación cuando el movimiento obrero surgió como la principal fuerza impulsora y el ala izquierda del MNR se convirtió en una decisiva fracción de poder dentro del partido. Dio un giro a la izquierda, pero con proyecciones más allá de un mero logro inmediato del poder. Como hubo de revelarse a la larga, siempre procuró cooptar a la izquierda, así como reducir su impulso y colocarla dentro de un marco nacional desarrollista. Nunca dejó de ser una élite intelectual burguesa, cuyos esfuerzos estuvieron encaminados a utilizar las fuerzas sociales con objeto de crear una Bolivia a su imagen y semejanza.

En suma, los pragmáticos como Paz Estenssoro diferían del ala derecha del partido porque eran más futuristas y tenían una imagen desarrollista en mente. En tanto que sus diferencias con el ala izquierda estaba en que para los pragmáticos, el socialismo no era una preocupación fundamental. Y tampoco tuvo la intención de ceder el liderazgo más de lo necesario (en situaciones tácticas dadas), a la élite del sector obrero que estaba en pleno surgimiento.

Como conductor que hubo de ser más tarde de la insurrección de 1952, el MNR fue bastante lejos, desde que, en 1927 y 1928, provocó los primeros signos de reacción entre los jóvenes elitistas. Evolucionó de pequeña fracción reformista a partido elitista y, más tarde, a movimiento popular con base de masas. Con todo, apenas logró formar un movimiento unificado coherente. En su lugar, el MNR fue más bien una alianza multicefálica y multiorganizativa, compuesta por grupos sociales potencialmente antagónicos.

Por encima de todo esto, el MNR fue específicamente

un producto de lo que yo he denominado el "sistema nacional" basado en el estaño. Tanto desde el punto de vista de las élites como aquel de importantes públicos, el partido surgió de las diversas reacciones sectoriales ante las contradicciones del "sistema nacional". A la larga, el partido evolucionó y se adaptó a las cambiantes situaciones tácticas que se planteaban dentro del complejo basado en el estaño. Las élites opositoras dedicaron gran parte de su pensamiento al problema del estaño.

En ese período, la relación del MNR con el campesino indígena -un importantísimo público potencialmente revolucionario- fue bastante dudosa. Al igual que otros partidos, mantuvo contactos con los líderes campesinos más destacados. En términos generales, fue el ala izquierda del MNR y los partidos izquierdistas quienes actuaron en el campo para verificar si podrían obtener respaldo. Es bastante evidente que, dentro del ala derecha del MNR, hubo una tenaz resistencia a cualquier tipo de participación campesina en las actividades revolucionarias proyectadas. Durante la guerra civil de 1949, por ejemplo, los dirigentes movimientistas de Cochabamba se negaron a buscar respaldo campesino, aunque existen razones para pensar que hubiesen podido lograrlo. (15) Si algo les preocupaba profundamente a los derechistas del MNR fue la posibilidad de levantamientos campesinos antes que obreros; lo cual en parte se debió a que muchos líderes de derecha eran pequeños o medianos terratenientes. A lo que hay que añadir que la burguesía se oponía, en general, al surgimiento de grupos que pudieran suplantarlos en su posición social. Los hondos sentimientos de inferioridad y superioridad, fruto de las relaciones coloniales entre la Bolivia española "civilizada" y la Bolivia indígena "salvaje", eran muy profundos. Como cultura minoritaria cuya existencia era fruto de la conquista y dominación, los que pertenecían a la cultura hispana, tuvieron siempre un profundo terror al levantamiento masivo de indígenas en busca de venganza. En el mejor de los casos, los programas para los indios estaban destinados a "civilizarlos" y formarlos a su imagen y semejanza. La idea de que los indios pudieran escapar a su con-

Si bien el MNR fue un movimiento popular con base de masas y la insurrección un gran esfuerzo popular, su acción se limitó a las principales áreas urbanas relacionadas y organizadas para el embarque del estaño hacia las industrias de los EE.UU. Los campesinos indígenas no jugaron papel alguno en la insurrección de 1952. Aún con la significativa expansión del alcance del conflicto, en la insurrección participó sólo una pequeña parte de la población real de Bolivia.

Copyright © 2004 by John Wiley & Sons, Inc.

CAPITULO IX

La Revolución

Primera Fase: El Sistema Nacional

El alcance de la victoria rebelde sorprendió a todos, incluyendo al propio MNR, y, como se puede suponer, la confusión reinaba en todos los niveles. El control de las oficinas locales del gobierno fue tomado por los comandos movimientistas en varias partes del país y lo mismo ocurrió con las comisarias de policía. Al mismo tiempo, los mineros establecieron unidades armadas y cuerpos de control en los campamentos mineros más grandes y en los pueblos circundantes. En pocos días, unidades del MNR, o grupos que actuaban en su nombre, habían impuesto su autoridad en los principales centros urbanos y en todos los departamentos del país.

En La Paz, Hernán Siles Zuazo asumió la presidencia a nombre del MNR. Y, a pesar de las presiones de ciertos sectores del partido para que se mantuviera en ella, Siles declaró que presidiría el gobierno sólo interinamente y manifestó su intención de entregar el poder al jefe del partido, Víctor Paz Estenssoro, apenas éste pueda regresar. Entretanto, Paz negociaba febrilmente con el gobierno argentino por garantías para salir del país.

Como parte de sus funciones de presidente interino, Siles nombró un gabinete también provisional, en el que se reflejó toda la diversidad de opiniones del partido. Además de los movimientistas fieles, nombró tres ministros de los denominados obreros (representantes oficiales de la izquierda laboral): a Juan Lechín Oquendo como Ministro de Minas y Petróleo, a Germán Butrón como Ministro de Trabajo, y a Ñuflo Chávez Ortiz como Ministro de Asuntos Campesinos. Si bien esta fórmula supuso una clara concesión al poder de la izquierda, la mayoría de los ministerios y subsecretarías fueron otorgados a dirigentes de la organización básica del partido, lo cual era signo de un amplio espíritu anti-izquierdista.

Paz Estenssoro regresó el 17 de abril de 1952 a La Paz, donde una enorme multitud le dio la bienvenida en El Alto y lo acompañó todo el trayecto hasta el palacio presidencial con una caravana de automóviles. Las multitudes repitieron siempre la misma consigna: "Viva el MNR", "Viva Víctor Paz", "Nacionalización", "Reforma Agraria". Desde todo punto de vista fue un espectáculo sensacional, que logró impresionar al líder que volvía a su país después de seis años de aislamiento y exilio. Paz recibió la silla presidencial de Siles, quien a su vez asumió la vicepresidencia. Ratificó el gabinete nombrado por Siles y, desde ese momento, Bolivia contó con un nuevo gobierno.

Notablemente, Paz y Siles reclamaron su derecho a gobernar constitucionalmente. Argumentaron que sólo estaban asumiendo los poderes que les habían sido delegados por el

electorado en 1951 y que les fueron negados injustamente por los militares. (1) En otras palabras, la acción armada que tuvo lugar entre el 9 y el 11 de abril de 1952, devolvía la legitimidad revocada un año antes, es decir que ellos eran, en rigor, los mandatarios constitucionales del país. Tal línea no fue únicamente una proeza verbal, ya que ponía en evidencia profundos elementos de la orientación de la vieja guardia del MNR de cara a las relaciones entre el poder político y los problemas socio económicos de Bolivia.

Más adelante, tendremos ocasión de profundizar más sobre esa actitud; por ahora, lo significativo es que el MNR justificó su existencia no solamente a través de la acción revolucionaria, sino fundamentalmente en referencia a la continuidad de la legitimidad constitucional. A nivel político formal, no hubo idea de ruptura radical con el pasado; y el hecho de que el gobierno revolucionario no redactara una nueva Constitución hasta 1961 no fue mera coincidencia. Por consiguiente, aunque el nuevo gobierno expresó una intención revolucionaria -o cuando menos reformista- hacia las esferas sociales y económicas, basaba su autoridad en normas políticas tradicionales y en la Constitución vigente.

Además de una reorganización substancial en los campos administrativo y judicial, el único cambio político formal introducido por el MNR fue otorgar el voto universal a los adultos. Indudablemente fue una medida trascendente que ha demostrado ser un factor decisivo en el escenario contemporáneo. La concesión de derechos de sufragio a cerca del 75% de la población había de tener repercusiones en la esfera política. Pero de haber sido la única medida revolucionaria, las consecuencias no hubiesen sido tan importantes, pues un voto campesino controlado por hacendados era algo fácilmente posible. Por ésto, el voto cobró su verdadero significado con la reforma agraria, ya que con ella se destruyeron los patrones de control vigentes en el sistema agrario. En ese momento, la reforma del voto no fue realmente un acto revolucionario, en términos de las normas políticas anteriores. Más que cambiar las instituciones políticas vigentes, con el

voto se estaba ampliando la comunidad ciudadana que participaría en ellas. El MNR aún formaba parte del punto de vista liberal, por lo menos en la dimensión política.

A diferencia de la mayoría de las revoluciones modernas, en Bolivia no hubo intención de crear una nueva comunidad política con concepciones de legitimidad, instituciones, definiciones, etc., propias. Era más bien una ampliación de la comunidad política vigente; donde no se anunció ruptura total alguna con el pasado.

Una característica común de la mayoría de las revoluciones modernas, comenzando por la francesa, es su predisposición a romper totalmente con el pasado, tanto en la concepción política como en el quehacer económico y social. Por otra parte, generalmente existe la intención de crear un nuevo orden conceptual e institucional; y en ese proceso es vital el desarrollo de nuevos conceptos de legitimidad y autoridad. El nuevo orden es dotado de legitimidad por la Nación, por el acto de un líder carismático o -más recientemente- por un partido revolucionario. En Bolivia el proceso fue invertido; el núcleo del partido revolucionario no se dispuso a legitimar un orden de cosas completamente nuevo. Lo que hizo fue legitimar su exigencia de realizar ciertos cambios, utilizando antiguas normas políticas. Recurrió al pasado para reclamar su derecho a gobernar y nunca se declaró como fuente de derechos en sí mismo.

Para comprender la revolución boliviana son muchas las inferencias que se pueden hacer a partir de ese hecho. En primer lugar, no importa cuán revolucionario llegara a ser en los actos, el MNR de la vieja guardia (no hablo de la izquierda obrera) se mantuvo esencialmente reformista, tanto en espíritu como en orientación política. Dicho en otras palabras y como afirmara una de las figuras más destacadas de la revolución: "No pretendíamos hacer una revolución social o política, sino una revolución económica". (2) Este objetivo hubo de convertirse en una fuente de enorme confusión semántica -especialmente por la manera en que habrían de llevarlo

a cabo los del grupo que yo he denominado nacionalista pragmático-, lo cual exacerbó los inevitables conflictos que surgieron dentro del grupo revolucionario. El espíritu de la vieja guardia movimientista (tanto de derecha como de centro), si no en sus declaraciones oficiales, estaba destinado a desgastar la bien desarrollada ofensiva marxista de sus aliados de izquierda obrera. De manera similar, el MNR se colocó en una posición donde, primero, sus remanentes del *status quo* y, más tarde, la propia ala derecha del partido, pudieron atacar diversas acciones de gobierno, señalando las contradicciones entre actuaciones revolucionarias posteriores y las normas sobre las cuales el partido basaba su legitimidad.

En los primeros días de la época revolucionaria hubo una especie de esquizofrenia normativa oficial en la vida pública boliviana, la misma que habría de desgarrar las entrañas del MNR y debilitar su capacidad de reorganizar el país. Hubo una seria contradicción entre el apego del MNR a las antiguas normas e instituciones y el proceso, muchas veces violento, a través del cual se dismantelaron los fundamentos sociales y económicos de esas normas e instituciones. Con bastante frecuencia, la abrogación violenta de normas oficiales fue ejecutada por grupos que actuaron en nombre del MNR, pero que, en la práctica se salían de su control. En tales casos, la dirección del MNR era incapaz de lograr que esos importantes grupos sociales se sometieran a las normas establecidas, y se veía obligada a legitimizar esas acciones después del hecho, con magras referencias a la "justicia revolucionaria". (3)

En lugar de anunciar el advenimiento de una era totalmente nueva que definiría y legitimaría su propio mundo a través de la acción revolucionaria, el MNR se atenía a la comprensión tradicional del derecho al mismo tiempo que presidía un proceso que necesariamente constituía un ataque directo al corazón del pasado. Así se enfrentaron justicia oficial y justicia revolucionaria, con el resultado de una situación en que ni había justicia ni entendimiento de lo que

sería justicia. En realidad, la justicia se transformó en algo que habría que definirse localmente a través del poder y, con mayor frecuencia, de la fuerza. Como el poder real acabó por diferenciarse enormemente a lo largo del país, lo mismo ocurrió con las nociones de lo justo o lo correcto. Una situación así es intrínseca, casi por definición, a los procesos que llamamos "revoluciones". En el caso de Bolivia, la situación se vió exacerbada por un aferramiento oficial a una serie de abstracciones, frente a una realidad que estaba acabando con la solidez que les servía de fundamento.

Le guste o no al MNR, a través de la acción, se colocó en tal posición que fue la única institución que tenía la oportunidad de llevar al país hacia un todo coherente. Para llevar a cabo esa tarea, el MNR habría necesitado -al menos hasta cierto punto- una cohesión organizativa y de propósitos que nunca logró. El partido continuó dividido en torno a lo que estaba haciendo (¿Estaba construyendo una nueva Bolivia o salvando la vieja?) y nunca definió fundamentos de juicio dentro del partido. A la larga, el MNR llegó a un punto muerto, sin que ninguna de las tendencias partidarias lograra imponer sus concepciones a la organización del partido, ni qué decir al país en su conjunto.

El grado de identificación del núcleo del MNR con normas y estilos pasados se puso de manifiesto no sólo al conservar formalmente una fachada constitucional. Aparte de un reducido número de palabras y conceptos básicos, generados principalmente por la izquierda obrera, el MNR no creó lenguaje revolucionario alguno; proceso que, por lo general, es muy intenso en otros contextos revolucionarios. Tampoco hubo intentos de forjar nuevas religiones, de fomentar un patrón cultural alternativo o de adoptar estilos distintivos como el uso de barba, uniformes u otros similares. Todavía no habían dejado de oírse las metralleras de la insurrección, cuando el victorioso partido encabezó una tradicional procesión de Viernes Santo hasta la Catedral. Actuación que estuvo seguida de otros contactos rituales con decisivas instituciones, así como con valores, del pasado. Los miembros del MNR no

llevaron a cabo cambio alguno en sus propios estilos, esencialmente burgueses, de vida. El fenómeno común del puritanismo revolucionario no se produjo en Bolivia: el puritanismo como estilo fue común únicamente entre los grupos de extrema izquierda como el POR. Los retratos presidenciales de Paz y posteriormente de Siles, nos proporcionan una última manifestación de la identificación espiritual, psicológica y de orientación del núcleo movimientista con el pasado. Ataviados con frac y faja y con la medalla de la República en el cuello, encajan perfectamente dentro de una línea ininterrumpida de retratos presidenciales bolivianos. En el mejor de los casos, el núcleo del MNR fue una reacia banda de revolucionarios.

Con todo, durante los primeros días de la revolución, estas expresiones de continuidad compartían el escenario político con clamores más radicales, formulados en un lenguaje nuevo que emanaba de la izquierda. El resultado fue confusión y un ambiente de expectativa que unos contemplaban con alegría, mientras que otros lo hacían con honda perturbación. La expectativa fue acrecentada por el rápido surgimiento de una división entre los revolucionarios. Paz hizo discursos en torno a generalidades que tenían que ver con la unidad nacional, la independencia económica y la justicia. Pero, desde la izquierda, llegaban demandas específicas, en términos de un rápido cumplimiento de las promesas electorales de 1951. Los oradores izquierdistas hablaban ominosamente de las camarillas reaccionarias dentro del MNR y exhortaban a sus seguidores sobre la necesidad de una continua vigilancia revolucionaria. Por medio de diversos órganos de propaganda, la izquierda hizo circular panfletos con demandas y actitudes que discrepaban con el estilo oficial del MNR. Como reacción, la tendencia derechista del MNR sacó su propia propaganda, atacando a la izquierda con apelativos que anteriormente habían estado reservados para La Rosca. El antiguo vocero del Comité Político Nacional, En Marcha, expuso abiertamente la reducida perspectiva que tenía de la revolución la tendencia derechista y el firme compromiso que ésta mantenía con un pasado cristiano, al mismo tiempo que alertaba sobre

un intento "comunista" de apropiarse y falsear la "revolución nacional". (4)

Pronto se hizo imposible para el gobierno retrasar por más tiempo la ejecución de reformas decisivas. Se habló de analizar la viabilidad de una reforma agraria, pero, desde el punto de vista oficial, se hizo muy poco por concretar tales discusiones. Como cabía esperar, los primeros pasos realmente decisivos se los dio en el contexto del "sistema nacional" anterior, lanzando ataques a sus dos instituciones más desacreditadas: las compañías estañíferas y el ejército.

La primera agresión definitiva al baluarte económico de las "Tres Grandes" compañías mineras de estaño tuvo lugar el 2 de julio de 1952, cuando el gobierno estableció un monopolio estatal para la exportación y venta de todo mineral. La agencia que se hizo cargo de esta gigantesca función fue el Banco Minero, originalmente instituido bajo el régimen de Busch. En realidad, este decreto fue una ampliación del concepto de Busch, donde originalmente el Banco Minero tenía una doble finalidad: (a) tener bajo control gubernamental todas las divisas obtenidas por las empresas mineras pequeñas y medianas; y (b) debilitar el poder económico de Hochschild y otros "rescatistas" que tenían fuertes ganancias en divisas al actuar como agentes de ventas para las empresas más pequeñas. Por otra parte, dicha medida tenía la finalidad de fortalecer al sector más pequeño de propietarios independientes, al liberarlos del control de los grandes rescatistas privados y someterlos a la atención supuestamente más benigna de una agencia estatal. De ahí que la medida de Busch no afectara de manera alguna a la propiedad privada, sino que buscara la protección de las pequeñas empresas independientes contra los monopolios.

Esta línea de pensamiento, destinada a fortalecer al empresario privado pequeño y a incrementar el ingreso de divisas para el Estado, era parte del punto de vista del núcleo movimientista en torno a los problemas económicos del país. Dentro de esa concepción se incluyó asimismo la idea

de que el estancamiento y freno al crecimiento de Bolivia se debieron a la falta de reinversión en el país, de los beneficios que reportaba la minería; lo cual, a su vez, se debió al monopolio y a la supremacía que se diera a los principios del mercado internacional liberal en detrimento del desarrollo nacional. El comportamiento de todos los gobiernos reformistas en que participó el MNR, directa o indirectamente, demuestran que nunca tuvieron como meta el socialismo, en términos de oponerse al principio mismo de propiedad privada. El Estado intervino en la esfera económica, especialmente en la minería, a fin de garantizar, de una u otra manera, la reinversión. Esto se pondría en práctica con un aumento de los impuestos y controlando todas o gran parte de las divisas obtenidas a través de la minería; de ahí: el Banco Minero, el decreto de Busch sobre divisas, etc.

Es evidente que el decreto del 2 de julio se hizo bajo esa perspectiva. Pues, si solamente se aplicaba el decreto, habría tenido el efecto de garantizar dólares para el Estado, pero sin tocar el principio de propiedad privada. Existen fuertes argumentos para creer que un gran número de miembros del núcleo movimientista deseaba restringir las acciones punitivas contra los "Tres Grandes" dentro de este extremo. (5) En aquel momento circulaba el rumor de que Paz no tenía demasiada convicción en la nacionalización y que se inclinaba más a favor de la restringida visión expresada en el decreto del 2 de julio. (6)

Sin embargo, desde los primeros coqueteos del MNR con el poder estatal se produjeron diversos acontecimientos. Uno de los desarrollos más importantes fue la radicalización y politización del movimiento obrero y un cambio radical en la composición y organización del MNR. Con claridad meridiana, la izquierda obrera declaró que, desde su punto de vista, el origen del problema estaba en las relaciones de propiedad y que no aceptarían otra cosa que la nacionalización. Los rumores acerca de un fuerte espíritu contrario a la nacionalización dentro del núcleo movimientista y la supuesta poca convicción de Paz, dieron lugar a ominosas quejas y amenazas

en los círculos izquierdistas. Como movimiento de oposición, los izquierdistas propusieron una ocupación inmediata de todas las empresas mineras por parte de los propios trabajadores, a la cual debía seguir una nacionalización total, sin derecho a indemnización. En el trasfondo, tuvo lugar un intenso debate sobre la política a aplicar de cara al sector minero. Durante la segunda parte del año 1952, la izquierda obrera -ya formalmente organizada como Central Obrera Boliviana (COB) y liderizada por Lechín- auspició una continua ola de marchas y manifestaciones multitudinarias, en que la demanda de nacionalización se repitió con creciente fuerza. Aunque muchas veces se confundió el perfil exacto de los temas, es evidente que el núcleo movimientista y la izquierda obrera tenían concepciones esencialmente diferentes acerca de la causa del problema económico, así como sobre la naturaleza de la revolución y cómo debía ser una Bolivia nueva.

Asimismo, durante el proceso de conclusiones del debate sobre este tema, estuvieron en juego ciertos aspectos inevitables de la propia experiencia política del núcleo del MNR. Miembros del MNR habían estado en el poder en dos ocasiones y en ambas intentaron llevar a cabo reformas en el sector minero, y en ambas fueron destituidos. Por lo tanto, el problema de las minas no sólo era un tema de política general, sino un tema concreto de poder político. No sin razón, la mayoría de los dirigentes movimientistas estaban convencidos de que los magnates del estaño fueron los propulsores responsables de sus previos derrocamientos. ¿Qué habría de evitar que lo repitan en el futuro? ¿Sobre qué base podría asegurarse aún un régimen reformista frente a este superestado? Para algunos no fue difícil argumentar que nunca estarían seguros, mientras un poder económico tan enorme siguiera en manos de unos pocos, pues lo menos que harían las compañías para acabar con las reformas sería pervertir al partido con dinero. Sea cual fuere la lógica económica y las decisiones que se tomaran respecto a la propiedad, también hubo una lógica política que se reveló elocuentemente en el pasado. En el momento en que los elementos más pragmáticos del núcleo partidario comenzaron a sopesar los factores de poder,

se hizo más ostensible la necesidad de extirpar el poder político de los barones del estaño. De ahí que, dejando de lado los principios, la necesidad de algún tipo de nacionalización fue evidente. Su estrategia exigía tácticas provisionales adaptadas a realidades que respondían a una situación concreta. La resistencia hizo imperativa la insurrección, pero, en ese momento lo imperativo era neutralizar dicha resistencia.

Fue en ese contexto ideológico y de situación que el MNR evolucionó a favor de la nacionalización, una acción que muchos miembros del núcleo movimientista acogieron reaciosamente. Se nombró una comisión para estudiar el tema de la nacionalización; pero, a pesar de ese gesto, la izquierda obrera manifestó su desconfianza en el núcleo del MNR, conservando su "vigilancia revolucionaria", a través de huelgas, manifestaciones y delegaciones políticas. El movimiento favorable a la nacionalización se hizo irreversible hacia el segundo trimestre de 1952. Y, el 2 de octubre del mismo año, se fundó la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) y se le asignó la responsabilidad de explotar, comercializar y administrar las minas pertenecientes al Estado. El 7 del mismo mes, el Estado ocupó las empresas de Patiño, Hochschild y Aramayo, y el 31 se firmó el decreto de nacionalización.

En su forma final el decreto de nacionalización, significó un compromiso conscientemente instrumentado entre las posiciones en conflicto dentro del MNR. Mientras la preocupación fundamental de la tendencia derechista era el control estatal de los beneficios en dólares y la reinversión; la izquierdista estaba preocupada por las relaciones de propiedad y una nueva distribución social del poder político y económico.

En primer lugar, la nacionalización tenía límites bien definidos en cuanto a su alcance, ya que sólo afectó a la propiedad de los "Tres Grandes". Las empresas medianas y pequeñas, que incluían algunas propiedades de capital privado extranjero como la Grace & Cia., no sufrieron impacto alguno.

En la práctica, el gobierno se comprometía a fomentar el crecimiento de ese sector a través del Banco Minero. El decreto no repercutió ni en la propiedad -y por la misma razón- ni en el capital extranjero como tales. Con la aplicación de indemnizaciones a favor de las compañías desposeídas, el gobierno rindió su velado homenaje a la noción de propiedad privada. Dejando de lado la aversión de muchos miembros del núcleo movimientista de cara a la nacionalización, con un ojo previsor puesto en Washington, se tomaron medidas e hicieron pagos compensatorios. En diciembre de 1952, el embajador movimientista de Bolivia en los EEUU, expresaba así la posición del núcleo movimientista en torno al restringido significado de la nacionalización y, por lo tanto, de la propia revolución nacional:

1) Mi gobierno se suscribe tesoneramente al principio de democracia.

2) La nacionalización de las propiedades de Patiño, Hochschild y Aramayo son un caso especial. La nacionalización de la propiedad privada no es la política boliviana.

3) La nacionalización de las minas de estaño no significa el despojo de la propiedad. Tenemos intención de pagar a los antiguos propietarios cada centavo de lo que les debemos.

4) El gobierno de Bolivia está consciente de que el capital privado puede contribuir al desarrollo de sus recursos con una parte y pretende atraer dicho capital al país.

El embajador Andrade acotó que fue la actitud de esas tres compañías la que hizo necesaria la nacionalización.

(7) Dicho de otro modo, la nacionalización no fue, de manera alguna, el principio básico para el núcleo movimientista en su enfoque de la política económica. Fue una medida aislada, casi aberrante, y que no formó parte de una visión integrada

de la revolución y el cambio social. Su compromiso democrático correspondía a la forma de democracia encarnada en las Constituciones "liberales" bolivianas desde 1880 y restringidas en su alcance por las limitaciones al voto.

La posición "oficial" del MNR se refleja más claramente en el decreto mismo de nacionalización y, por lo tanto, merece una transcripción algo detallada:

... Que las grandes empresas, sin tener en cuenta los superiores intereses del país, subordinaron el esfuerzo nacional, a la exclusiva explotación de sus minas...

... Que en contraste con el desmesurado enriquecimiento de los magnates del Estaño, el Estado boliviano, se empobreció gradualmente...

... Que para implantar y sostener, a lo largo de medio siglo, semejante régimen de explotación, los tres empresarios mineros lograron dominar, mediante el soborno, el halago o la intimidación, a los personeros de todos los poderes del Estado...

... Que el régimen de trabajo impuesto por las grandes empresas mineras, es de tal manera inhumano y opresivo que el promedio de vida de los obreros ocupados en el interior de las minas es apenas de 27 años...

... Que las manifestaciones culturales del país sufrieron también las consecuencias de la dominación de esos intereses privilegiados, pues ningún esfuerzo del espíritu que no estuviese a su servicio tenía esperanza de encontrar apoyo y estímulo...

... Que la victoria nacional de Abril, culminación de un largo proceso revolucionario, al liquidar la

dominación política de las grandes empresas mineras, ha hecho posible materializar la decisión irrevocable del pueblo boliviano... (8)

Pero el punto más importante y de mayor interés para comprender desarrollos políticos posteriores, es aquello que no menciona el decreto. Esa acusación fue un ajuste de cuentas dirigido a tres compañías en particular. No habla de un concepto global de nacionalización o de impulso socialista alguno. En la medida que se suponen principios generales, éstos serían que los intereses generales del país están por encima de los privados; afirma asimismo que los intereses del país son expresados por el Estado y tienen su manifestación en su propia riqueza; y agregan finalmente que cuando los intereses privados amenazan el interés general, el Estado interviene en nombre de la nación. De esto se infiere un principio adicional y es que el Estado interferirá en la propiedad e intereses privados únicamente cuando éstos amenacen los intereses generales. En una palabra, es una expresión del nacionalismo pragmático que se mide en términos de la riqueza y poder del Estado, centro y expresión de la Nación. Los hilos originales de la orientación movimientista, que distinguieron al partido de otras tendencias opositoras, mostraban su extraordinaria persistencia, a pesar de lo que supuso cambiar realidades tácticas.

Si bien las sutilezas de concepción probablemente reflejaron más la posición centro derechista del MNR -como el tema de la indemnización-, la aplicación del decreto fue más una manifestación del poder de la izquierda obrera. La concesión más importante que el MNR hizo a la izquierda fue una cláusula conocida con el nombre de "Control Obrero con derecho al veto"; a partir de la cual, dos de los siete directores de COMIBOL debían ser representantes designados por los trabajadores. En la práctica, esto significaba que la FSTMB designaría dos miembros. Por entonces la federación era la voz única del minero boliviano.

Más importante fue, sin embargo, la cláusula rela-

tiva a la elección del "Control Obrero" en las minas, que le atribuía la capacidad de asesoramiento y decisión y el poder de veto para aquellas decisiones que considerara adversas a los intereses de las minas y de los mineros. La cláusula tuvo el efecto de crear un nuevo centro independiente de poder en las minas, bajo el control de sindicatos. Las consecuencias de esto, de cara a la administración de COMIBOL y distribución del poder político en el país a largo plazo, fueron tremendas.

Mientras los abogados movimientistas elaboraban cuidadosamente una exposición de hechos en contra de los "Tres Grandes" y el embajador Andrade aplacaba los temores de Washington se produjeron situaciones concretas que se estrellaron con su retórica. El decreto de nacionalización fue oportunamente firmado en el campamento minero María Barzola cerca al gran complejo Patiño. A su llegada, el presidente Paz fue saludado con veintidós dinamitazos, una herramienta de trabajo de los mineros, que, muy a menudo, fue su principal arma de lucha contra las compañías y el aborrecido ejército.

El acto de firma del decreto tuvo lugar al aire libre, en presencia de miles de mineros, quienes expresaron su regocijo, disparando, una y otra vez, con sus nuevos rifles y ametralladoras hacia la tenue capa de aire andino. El primero en firmar el decreto fue Víctor Paz Estenssoro, presidente de la República y "jefe máximo" del MNR. Lo siguió Juan Lechín Oquendo, Ministro de Minas y Petróleo, Secretario General de la COB, Secretario Ejecutivo de la FSTMB y "líder máximo de los trabajadores bolivianos". La firma de Lechín en el documento reflejó algo más que un refinamiento legal, pues ponía de relieve una realidad que saltaba a la vista: la disparidad entre el poder formal y el poder real.

El MNR y la Institución Militar

Desde la época de Toro, la institución militar fue

un eje en la instrumentación del proceso revolucionario. Durante ese período, el ejército estuvo ásperamente dividido, fundamentalmente por líneas generacionales; lo cual contribuyó significativamente al debilitamiento de la élite del *status quo*, cara a cara con los desafíos planteados por las élites opositoras. Indudablemente, uno de los factores más importantes que hicieron posible el éxito de la insurrección del 9 de abril fueron los desórdenes, sospecha mutua y división ideológica dentro de los cuerpos de oficiales del ejército.

Sea como fuere, el MNR llegó al poder a través de una insurrección en que grandes segmentos de la población lucharon contra el ejército. Más aún, la insurrección pretendía derrocar a un gobierno militar. En este sentido, la última expresión de la resistencia del antiguo régimen fue el ejército contra el pueblo. Cuando a este hecho se añaden los acontecimientos de 1942, 1947 y 1949, se tiene un mar de fondo con tendencias favorables a la destrucción de tal institución de una vez y para siempre. La COB alimentó ese sentimiento e intentó transformar ese mar de fondo en una marejada.

Dentro del núcleo del MNR, el sentimiento hacia los militares fue siempre ambivalente. La Guerra del Chaco y las muchas batallas libradas desde entonces originaron desconfianza y desdén permanentes hacia los uniformados; un sentimiento todavía presente en los círculos movimientistas, donde si bien se canonizó públicamente a Busch y Villarroel, a nivel privado se los retrató de mentecatos inútiles. No obstante, el núcleo movimientista conservó sus antiguos vínculos con oficiales jóvenes de RADEPA y, sin duda, hubieron muchas amistades personales. La pregunta de si el partido sería capaz de eliminar completamente al ejército, era otro problema. También hubo división entre derecha e izquierda sobre este tema y los pragmatistas ingeniarón, una vez más, un compromiso de trabajo, con el cual no sólo se pretendía aminorar el conflicto entre derechistas e izquierdistas, sino que también reflejaba un enfoque definitivamente pragmático

del problema. Como en el caso de las compañías grandes, los pragmatistas consideraban que no podían confiar en el ejército en tales condiciones; pero, al mismo tiempo, temían perder del todo ese símbolo de soberanía. La respuesta fue una reorganización del ejército.

Realmente, gran parte del problema estaba siendo resuelto por la desintegración espontánea de la institución militar. Temerosos de las represalias, los oficiales de campo muchas veces dejaron su equipo y escaparon; y, en la misma medida, los soldados desertaron, con el resultado de que un sinnúmero de armas fueron a parar en manos de civiles.

Se puede afirmar casi con certeza que la tendencia partidaria de Paz deseaba, en primer lugar, reconocer al ejército y convertirlo en fiel servidor del MNR. Sin embargo, la presión de la izquierda fue tal, que el grupo gobernante no pudo hacer más para evitar represalias sangrientas en contra de los militares. Al abordar el tema de los militares, al igual que el de otros grupos, conviene tener en cuenta que Bolivia es el único ejemplo moderno de cambios revolucionarios generalizados, sin represalias sangrientas masivas. Detrás de hecho tan singular está la actitud esencialmente reformista del MNR y la destreza y habilidad de Víctor Paz y los nacionalistas pragmáticos que lo rodeaban.

En cualquier caso, contrariamente a los deseos de los izquierdistas, la política del MNR tuvo la siguiente evolución: primero, depuró profundamente los cuerpos de oficiales a través de un tribunal militar; lo cual contribuyó a amortiguar la crítica izquierdista, al mostrar su intención de castigar a los culpables, cuando se dio de baja a un gran número de oficiales. El hecho de que la depuración del ejército fuera conducida por un tribunal militar y no por una corte revolucionaria le otorgaba legalidad. Un procedimiento que sirvió como una prueba más del compromiso básico del MNR con la institución militar y con la legalidad vigente. Indirectamente, el ejército tuvo la oportunidad de limpiarse y, con ello, de salvarse. Desde el punto de vista institucio-

nal, nunca hubo ruptura alguna entre un ejército "nuevo" y otro "viejo". Con la depuración del ejército se relevó de sus cargos a más de quinientos oficiales. Algunos cumplieron sentencias cortas en prisión, pero, con el tiempo, la mayoría salió al exilio. En algunos casos, oficiales que anteriormente habían sido considerados hostiles fueron "rehabilitados" e incorporados al partido y, al mismo tiempo, se les permitió reasumir sus funciones. (9)

Por regla general, el resto de los oficiales, en uno u otro momento, juraron lealtad al partido y se unieron al ala militar del MNR. Empero, los actos de conversión e integración de ese sector, fueron hechos meramente formales. Para mantener un puesto u obtener un ascenso, era necesario ser miembro del MNR, es decir, que bastaba con afiliarse a ese partido y hacer las promesas pertinentes. Otra vez, a diferencia de otras situaciones revolucionarias como la rusa, cubana o china, los cuadros políticos nunca ingresaron en el terreno militar o lograron controlarlo. Los oficiales más astutos aceptaron pasivamente la reducción del tamaño y fuerza del ejército, pero se esforzaron por mantener su independencia institucional. Mientras tanto, entre los oficiales menos ambiciosos políticamente se desarrolló una orientación institucionalista. El primer comandante post revolucionario, Coronel Inofuentes y, más tarde algunos generales como Molina, adoptaron la política de aceptar la dirección revolucionaria, de mantenerse alejados del público y evitaron particularmente ser centro de atención política. Pretendían retroceder momentáneamente y construir silenciosamente un futuro resurgimiento de la institución militar. Temporalmente se contentaron con aparecer en el trasfondo y lo hicieron con tal habilidad que, en el exterior, muchos creyeron que el ejército había sido definitivamente desmantelado.

Otra medida gubernamental, más dramática que real, contra los militares fue la clausura del Colegio Militar, el último foco de resistencia que cayó frente a los rebeldes. Empero, el 31 de mayo de 1952 se fundó una nueva academia de Fuerza Aérea en Santa Cruz, lo que para los militares fue un

logro, ya que tenían una nueva división. El Colegio Militar reabrió sus puertas a principios de 1953 con el nombre de "Instituto Militar Coronel Gualberto Villarroel". Como parte de una línea renovada, la academia aceptó en sus aulas a un espectro social más amplio, incluyendo a mestizos de las clases más bajas y a indígenas educados. Sin embargo, no se ha podido establecer con exactitud el impacto que esto causó en la composición social de los cuerpos de oficiales. Pero, es un hecho por todos conocido, y parcialmente confirmado al observar los tipos raciales que portan uniformes de oficiales, que los cuerpos de oficiales ahora incluyen a muchos miembros de baja extracción social. Con todo, es difícil medir su significado en términos políticos. (10)

Lo más importante del enfoque movimientista de cara a los militares fue la redefinición de sus principales funciones. El cambio fundamental se basó en la idea de un "ejército productor". Se intentó transformar a una institución que, en el pasado, no hizo otra cosa que perder guerras, reprimir huelgas y participar en intrigas políticas, en un instrumento controlado del desarrollo económico nacional.

El nuevo papel de los militares fue esbozado por el Coronel Inofuentes el 5 de junio de 1952. En su declaración Inofuentes lamentó el hecho de que el ejército fuera utilizado por La Rosca como un instrumento para favorecer sus propios intereses. Prosiguió comparando la organización anterior a 1952 con una nave navegando sin destino y, por lo tanto, sin jamás alcanzar puerto alguno. La responsabilidad de esa situación inútil fue de los viejos generales y de La Rosca. Añadió que, con hombres como él, el ejército había descubierto la tarea que le correspondía y fue la de convertirse en un órgano productivo dentro del plan general de desarrollo nacional. Para lograrlo, el ejército debía reeducarse en todas las ramas necesarias de la historia, sociología y economía. (11)

Después de esa declaración, poco se supo de los militares. El hecho es que un ejército bastante reducido se

transformó en una brigada armada de trabajadores. El ejército boliviano fue el primer ejemplo latinoamericano de una nueva "acción cívica militar", ahora en boga. Al principio, se limitó esencialmente a limpiar tierras y a construir caminos. Posteriormente, sus tareas se ampliaron a la construcción de escuelas, distribución de alimentos y otras. A esa ampliación de funciones contribuyó el inicial coqueteo y posterior compromiso de los EEUU con la idea de los "ejércitos modernizadores". Una función que ejerció más tarde, y muy importante, fue la de alfabetizar a la masa indígena y entrenarla en oficios técnicos básicos. Aunque la historia de los programas de acción cívica en Bolivia tiene mucha relevancia, para nuestros propósitos, se trata de señalar que los militares sobrevivieron a la revolución de 1952. El precio fue una reducción del tamaño del ejército, una redefinición de objetivos y un eclipse temporal. Sin embargo, "quien humildemente comienza, logra grandes cosas".

Impacto Político del Gobierno Revolucionario

Por el momento nos interesa conocer sobre todo el impacto político de las acciones -ya señaladas- del gobierno del MNR. ¿Cuál fue el efecto de esas acciones en las relaciones de poder propias al viejo "sistema nacional"? Desde el punto de vista político, los cambios que se producen en la economía y en la sociedad son importantes. Pero, lo esencial de una revolución está en que los medios políticos se utilizan conscientemente para lograr tales cambios sociales y económicos. Y lo que es más importante, que se producen cambios en la composición de los grupos políticos que ejercen la capacidad de gobernar y controlar.

En Bolivia, la transformación más inmediata en el modelo de gobierno y control después de 1952 fue el dramático surgimiento del sector obrero como grupo clave de poder; y cuya fuerza se puso ya de manifiesto después de 1946. Dirigido por su propia élite sectorial, en parte por su propio

desarrollo interno y en parte por un estímulo externo, el movimiento obrero ingresó al centro de la ecuación política. El alcance de tal desarrollo se reflejó en la naturaleza organizativa del MNR y en la radicalización progresiva de su retórica. El acelerado proceso de movilización y la expansión del alcance del conflicto fueron parámetro y fuerza para la lucha política y éstos fueron los aspectos que impulsaron un giro en la ecuación de poder. En este contexto, la élite sectorial unida al movimiento obrero, se convirtió en el grupo con el mayor potencial de poder, en tanto que el de las otras élites declinaba o se estancaba.

Esa tendencia fue reforzada con la propia insurrección, así como por los cambios estructurales realizados por el gobierno revolucionario. La intención y alcance del previsto golpe original eran limitados. Y si hubiese triunfado, no habría significado sino la mínima destrucción de las estructuras e instituciones vigentes, particularmente del ejército. La imprevista generalización de esa acción y el dramático y decisivo papel jugado por los trabajadores armados en la victoria llevaron a la élite del *status quo* a una derrota de mayores proporciones. Lo cual estaba simbolizado por la derrota de los militares ante una fuerza heterogénea de civiles. Como consecuencia de ello, esa importante institución nacional experimentó un proceso de desmoralización y degeneración a todo nivel.

Uno de los resultados más significativos de la insurrección fue la rapidez con que las armas y equipo del ejército fueron acaparados por la población civil. En todo el país surgieron grupos de civiles armados, quienes tomaron prefecturas locales, comisarías de policía y guarniciones del ejército, a nombre del MNR, aumentando así el número y tipo de armas en manos de los civiles. En términos generales, la diseminación de armamento fue esporádica y espontánea, pero en los distritos obreros, y especialmente en los campamentos mineros, este proceso fue rápidamente organizado. La velocidad con que se organizó es signo no solamente de previsión y planificación de la izquierda obrera, pues los dirigentes

locales anunciaron de inmediato que, en sus zonas, habían milicias organizadas. Unos cinco días después de que la lucha en La Paz hubo concluido, ya existía un sistema nacional de milicias obreras. (12)

Si bien es evidente que el núcleo movimientista pretendió redefinir el ejército antes que destruirlo, los militares quedaron desvirtuados como organización de lucha y, por lo tanto, los elementos de fuerza pasaron a manos de la población en su conjunto. La primera y más sólida expresión de esa capacidad de fuerza organizada correspondió a las milicias obreras. Teóricamente, esas milicias habrían de formar parte de lo que más tarde fue el sistema de milicias movimientistas, sujetas a la autoridad de la organización partidaria central. Sin embargo, en la práctica, conservaron su autonomía, bajo el control de la élite sectorial de la izquierda obrera. Es más, aún el control por parte del liderazgo obrero nacional sobre las milicias parciales era problemático.

Este acontecimiento tuvo profundas repercusiones en el futuro de las relaciones de poder dentro del país. Como señalara Max Weber, una de las características fundamentales del Estado moderno es su capacidad para exigir, de manera efectiva, un monopolio legítimo de la utilización de la fuerza dentro de sus fronteras. De todas las funciones que el Estado se reservó para sí durante el proceso histórico de desplazamiento de los dominios jurisdiccionales intermedios, el más decisivo fue la organización y control de la capacidad de empleo de fuerza.

Como señalé, desde un principio, la orientación del núcleo movimientista fue la idea del desarrollo nacional, lo cual se mediría en términos del incremento del poder del Estado boliviano. Este cometido estaba profundamente enraizado en aquellos a quienes me he referido como los nacionalistas pragmáticos. Cuando el núcleo movimientista hizo la "revolución", se esforzó por conservar intactos la estructura de Estado vigente, así como los conceptos básicos de autoridad

que lo acompañaban. Luchó por una continuidad del nivel político formal y, en gran medida, lo logró. Con todo, si bien se mantuvo la continuidad formal, hubo un prerequisite funcional importantísimo que se escapaba de la realidad operativa del poder formal, y es que la capacidad de organizar y utilizar la fuerza se desarrollaba en cuerpos intermedios, cuyas relaciones tanto con el Estado como con el partido fueron, cuando menos, difíciles.

La aparición de milicias obreras bien organizadas cobró mayor significado cuando se conformó una Central Obrera Boliviana (COB), once días después de la insurrección. Antes de 1952 ya hubieron confederaciones de alcance nacional, pero éstas eran débiles y sufrían constantemente la amenaza de las federaciones miembros o de confederaciones rivales. Y, a nivel nacional, su coherencia fue bastante elemental. La fundación de la COB supuso un cambio significativo en esa forma de funcionamiento. Así como la FSTMB se consolidó como la única voz legítima de los mineros, la COB se instituyó, en teoría -y con un alcance extraordinario en la práctica-, en la voz generalizada de los trabajadores bolivianos. Acogió dentro de su estructura formal a todas las expresiones organizadas de la Bolivia "obrero"; desde grupos verdaderamente obreros, hasta organizaciones de empleados y grupos de artesanos.

Únicamente los grupos afiliados a la COB eran reconocidos. Organizaciones anteriores como la CSTB y la Federación Obrera Local anarquista (FOL) se estancaron y desaparecieron. Toda agrupación sindical se integraba en la COB y, en algunos casos, bajo bastante presión. La COB exigió y obtuvo el reconocimiento gubernamental oficial como representante legítimo de los trabajadores bolivianos. Paralelamente, todos los grupos políticos de izquierda ingresaron en masa a la COB. De ahí que, si bien este organismo sindical se identificó oficialmente con el MNR, se autodefinió expresamente como la voz de la izquierda obrera. Y lo que es muy significativo, reconoció el derecho de los partidos de izquierda como el PIR, POR y PCB a estar oficialmente presentes

en su seno.

La COB afirmó su afiliación al MNR desde un principio, pero así también su independencia. (13) Tampoco dejó de atacar, sin tapujos, a los "reaccionarios" ni de señalar su profunda desconfianza en el MNR, considerado en su integridad. Además, rechazó la tesis movimientista sobre la armonía de intereses entre segmentos del movimiento. En ese sentido la COB adoptó una posición basada en la idea de conflicto esencial de intereses entre el liderazgo "burgués" del MNR y la "clase trabajadora" a la que representaba. La afiliación meramente formal de la izquierda obrera al MNR se puso de manifiesto cuando la COB demandó el co-gobierno. La COB estableció su condición de co-gobernante, tanto en teoría como en la práctica.

Uno de los pilares teóricos del co-gobierno fue el viejo concepto medieval español de "fuero sindical"; sobre cuya base, la COB afirmó la autonomía jurídica del movimiento obrero, dentro del reino funcional de su interés más esencial, lo que en realidad se traducía en toda la economía. A su vez, la idea de "co-gobierno" tenía como fundamento dos concesiones más. Primero, un número garantizado de ministros obreros en el gabinete nacional. Al principio se exigió tres, pero más tarde ese número fue ampliado a cinco. Estos ministros obreros eran elegidos por la COB y funcionaron a nivel oficial como sus representantes en el gobierno estatal. La COB también garantizó su representación en los órganos ejecutivos del partido. La segunda condición importante fue el control obrero en las minas, lo cual proporcionó a la COB una poderosa voz en el manejo de la economía.

Dentro de lo que significó esa posición formal otorgada a la COB, su capacidad de plasmar y aumentar su autonomía real fueron decisivas. En este sentido, el decreto de nacionalización fue importante, en torno al problema del control obrero y por encima de éste. Antes de 1952, las compañías fueron la fuente real de poder y autoridad en los grandes campamentos y no el gobierno. Como ya señalé, las

compañías funcionaron como gobiernos en sus propios dominios independientes y soberanos. Con la eliminación de las compañías, se extirpó la autoridad real de los campamentos; pero, cuando se creó la COMIBOL para administrarlos, los sindicatos ya eran los verdaderos centros de poder y autoridad -un poder respaldado por la presencia de milicias ligadas a los sindicatos. Por consiguiente, la autoridad de la COMIBOL, en los campamentos y por ende la del gobierno, fue más nominal que real. Es posible que el gerente de la mina haya tenido autoridad formal, pero todos sabían que quienes realmente llevaban la voz cantante eran los dirigentes del sindicato y el control obrero. De hecho y como lo demostrarían acontecimientos posteriores, su poder a nivel local era tal que podían actuar independientemente de la COB y del MNR si así lo deseaban.

Por lo tanto, en el antiguo sistema nacional se desarrolló una importante divergencia entre poder y autoridad. A través de la COB, la izquierda obrera fue un gobierno dentro del gobierno y, en algunos sentidos, más poderosa que el gobierno mismo. La COB tuvo una base de apoyo superior a la del partido del que oficialmente formaba parte. Lo que dejó traslucir que el MNR asumió oficialmente el poder y la responsabilidad del gobierno estatal, pero la COB se constituyó en un centro sin rival capaz de iniciativa y veto con relación al poder central. Es decir que tuvo poder de gobierno, pero no responsabilidad.

Un último elemento de la nueva posición de poder del movimiento obrero era su situación estratégica en el conjunto de la economía boliviana, ya que, el cierre de las minas significaba, en la práctica, el cierre de toda la economía. Dejando de lado los problemas de capacidad de fuerzas y derechos de dirección la amenaza de una huelga minera era suficiente para aumentar la fuerza de las exigencias de los trabajadores. En realidad, la COB fue el verdadero gobierno de los obreros bolivianos y, con ello, de la economía nacional. De hecho, poseía las características simbólicas y funcionales de una entidad soberana, incluyendo órganos ejecuti-

vos, deliberativos y judiciales, un área definida de autoridad, electores y, lo que es más importante, de fuerzas armadas. La COB se alió con el MNR, pero desde una base independiente y sólo a cambio de una posición corporativa oficialmente garantizada dentro del gobierno estatal.

Conviene subrayar que la COB no fue una entidad monolítica. Su falta de unidad quizás sirva para explicar por qué no se apoderó inmediatamente de la revolución -como propugnaron algunos trotskistas. Hubo conflictos entre los diferentes grupos miembros, como ser entre obreros, empleados y artesanos. También hubo divisiones de tipo ideológico entre las tendencias izquierdistas del MNR, PIR, POR y los comunistas. Y, como indiqué antes, habían también gruesas líneas divisorias debidas al particularismo de los grupos laborales mismos, especialmente entre los ferroviarios (por mucho tiempo, cerca del PIR) y los mineros (por mucho tiempo cerca del POR). Fronteras que más tarde hubieron de sacudir la COB hasta dividirla. Sin embargo, durante el periodo inmediatamente posterior a la insurrección, la COB, con Lechín a la cabeza y bajo un compromiso interno, presentó un frente unido ante el núcleo movimientista, en torno a los grandes problemas en relación al curso que debía tomar la revolución. Lechín se aseguró un sólido apoyo de la COB y se convirtió en el segundo hombre, después de Paz, para dar forma a la revolución. La base de su poder era su control de la FSTMB y la identificación emocional de los mineros con su persona. A su vez, la FSTMB era el grupo más poderoso y radical dentro de la COB y, cuando todo estaba dicho o hecho, el grupo más poderoso en toda la configuración inmediata de poderes e intereses.



CAPITULO X

La Revolución Agraria

Un aspecto sorprendente del proceso revolucionario boliviano que desembocó en la insurrección de 1952 es que se restringió casi exclusivamente al "sistema nacional" basado en el estaño. Destronada la vieja élite al entrar en juego nuevas relaciones de poder, la ofensiva revolucionaria comenzó a desbordar sus límites socio-políticos anteriores. A fines del segundo semestre de 1952, en La Paz se dejaron escuchar los primeros informes sobre actividades de protesta campesina. A principios de 1953, la protesta esporádica cobró la forma de presión generalizada en contra del orden rural vigente. En enero de 1953 esa presión fue incontenible y la necesidad de una reforma fundamental inevitable. El 20 de enero de 1953, el gobierno de Paz creó una comisión para estudiar la reforma agraria. Evidentemente, la revolución estaba llegando hasta el "sistema local" agrario. (1)

Hubo cierta resistencia ante la idea de nacionalización del estaño, especialmente si ésta suponía una amenaza al principio de propiedad privada. Con todo, durante años hubo una conciencia cada vez más profunda entre los círculos de la élite y élites opositoras sobre la necesidad de hacer algo sobre el estaño. (2) Por ello, cuando a la lógica económica se añadió la política y quedó claro que la nacionalización afectaría únicamente a los "Tres Grandes", para muchos (incluyendo a elementos de la élite del status quo) la nacionalización fue una píldora amarga pero posible de tragar. (3) Sin embargo, el tema de la reforma agraria era algo completamente distinto, especialmente en el ambiente de una franca y violenta protesta campesina.

Para empezar, el decreto de reforma agraria fue un golpe al principio de propiedad privada. De lejos, la mayor cantidad de propiedad real en Bolivia correspondía a tierras; y cada una de las Constituciones trató de conservar la sagrada categoría de las relaciones de propiedad, incluyendo aquella sobre la cual el MNR basó tácitamente su derecho a gobernar.

La única limitación a ese derecho a poseer bienes fue después de 1936, la noción de función "social" de la propiedad. Pero, obviamente, esto no implicaba necesariamente la expropiación a toda una clase social y la devolución de los derechos de propiedad a la masa de campesinos indígenas.

La propiedad no fue el único tema en discusión, pues también estuvo en juego un complicado sistema de valores y un estilo de vida que se remontaban al período colonial. La relación entre patrón y colono, entre amo y sirviente, era el patrón de las relaciones entre los hombres y de las nociones de autoridad que permeaban todo el sistema de valores bolivianos. (4) La reforma agraria no contribuía sino a destruir esa forma tradicional de relacionamiento político y social.

En Bolivia, la posesión de tierras era algo funda-

mental y casi mística. A través de la posesión de tierras uno se aseguraba un espacio en el mundo; y el nombre de la familia cobraba permanencia histórica, siempre que la tierra pasara de padres a hijos. La tierra fue la base de la seguridad económica en un medio carente de seguridad. El trabajo de la tierra por parte de los colonos incrementaba su valor económico, les confería prestigio y creaba un escenario donde desarrollar el papel prototípico de señor o caballero. No tener tierras significaba dependencia y subordinación.

Hablar de élite prerrevolucionaria o de clase alta en Bolivia, es hablar de terratenientes -la tierra organizada de manera que esté consagrada al apuntalamiento económico y social de un sistema de vida y de toda una forma de enfocar el mundo. (5) El crecimiento del estaño dio lugar al surgimiento de una nueva élite que, con frecuencia, provenía de orígenes sociales más bajos y carentes de tierras; pero, cuando este nuevo grupo se unió al viejo, ambos se reconciliaron y el nuevo adoptó sus valores y luchó, a menudo despiadadamente, por adquirir tierras y a los indios que vivían en ellas. (6) Simplemente no era miembro de la élite quien no hubiera consolidado su posición política y profesional -que podían fluctuar radicalmente- con la estabilidad económica que suponía poseer tierras. El nombre y la raza definían la posición, y la riqueza proporcionaba los medios para ese determinado estilo de vida. La tierra y los colonos servían de fundamento para todo ello.

Pero, los valores relacionados con la posesión de tierras y el estilo de vida que le servía de base no estaban reservados para la camarilla de clase alta conocida como La Rosca, pues la pequeña burguesía la tenía como su grupo de referencia y aspiraba a la misma posición de terrateniente. En la práctica, fueron pocos los que alcanzaron esa posición, pero muchos hicieron todos los sacrificios necesarios para asegurarse una hacienda pequeña, con unos cuantos colonos indios a su cargo. Con un importante número de miembros que respaldaba al MNR, el sector medio comprendió a su manera "la revolución" y, para él, la tierra también era meta y sím-

bolo de una forma de vida muy preciada.

Además de esos factores, hubieron problemas entorno al poder real. Tanto fuera como dentro del MNR, después de la nacionalización, muchos observaron el fin de Patiño y de los otros con resignación, si no con regocijo. Si para muchos fue motivo de privaciones, para otros probablemente fue la oportunidad de lograr cierto progreso -lo cual dependía del individuo y de su habilidad para maniobrar. Y aunque la nacionalización contribuyó a debilitar a La Rosca, evidentemente no la destruyó. Empero, un cambio fundamental en la tenencia de la tierra no sólo destruía la base social y económica de La Rosca, sino, según la forma en que se pusiera en práctica, también aquella de algunos miembros de la pequeña burguesía que apoyaba al MNR.

El indígena fue la otra cara de la medalla. La cultura urbana de habla hispana en Bolivia, si no completamente basada en la explotación del indio, cuando menos exigía que éste renunciara a su posibilidad de plantear una cultura diferente en el contexto de la realidad geográfica de Bolivia. La cultura hispana ("civilizada") nació con la conquista y perduró a través de la dominación. La relación de la cultura nacional española con las culturas indígenas locales fue siempre colonialista. Como en la mayoría de los casos, la relación estuvo cargada de odio recíproco, desconfianza y un miedo oculto en términos raciales. La palabra "indio" conjuraba la imagen de un ser infrahumano, atrapado en la ignorancia y propenso a una venganza violenta. (7) Dada su situación de minoría extrema en número, tanto los miembros urbanos como rurales de la cultura española, los mestizos y los blancos, vivían temerosos de la acción de la masa indígena y de ser exterminados por una exaltación de venganza. Una de las pinturas más notables expuesta en la alcaldía paceña, retrata a la ciudad sitiada por una horda indígena. Más aún, estos temores no eran infundados, pues, en numerosas ocasiones, los indios se levantaron ya sea en masa o en grupos aislados. (8) Ese miedo estaba basado en un juicio exacto sobre el potencial de violencia de la situación. Hay su-

ficientes datos que demuestran que la mayoría de los sustentadores de la cultura dominante consideraban a la ciudad como repositorio de la civilización y a la hacienda como su puesto de avanzada rural. Destruir la hacienda significaba devolver al campo su característica barbarie y permitir que la ciudad sea rodeada por estos elementos bárbaros. (9)

Ante tales hechos, no es de extrañar que hubiera una tenaz resistencia a la idea de reforma generalizada de tierras, tanto dentro como fuera del MNR. En este caso como en otros, el panorama interno del partido tampoco era claro o monolítico; la tendencia partidaria favorable a una reforma de gran alcance provino fundamentalmente de la izquierda dominada por la COB; en tanto que la resistencia a ella fue ejercitada principalmente por la derecha burguesa, albergada en el sistema original del partido. En algunos casos hubo oposición a la reforma misma. Pero, en términos generales, la tendencia derechista del MNR se mostró predispuesta a aceptar una reforma limitada, es decir, dotar a los colonos de títulos para sus pequeños predios, conservando los títulos de los hacendados. En otras palabras, se trataba de devolver los derechos legales a los campesinos y no de una expropiación como tal, de modo que la estructura de poder agraria quedara más o menos intacta. (10) Los miembros de la tendencia de centro se mostraron a favor de una u otra dirección, dependiendo de la inclinación personal. Víctor Paz y, hasta cierto punto Guevara Arze, que habían manifestado una actitud más radical en torno al problema agrario, fueron más partidarios de la posición izquierdista. Y sobre este tema, hay que añadir que las posiciones de la élite movimientista no fueron estáticas, pues fluctuaron de acuerdo al contexto estratégico de fines de 1952 y principios de 1953. (11) En este contexto táctico tan variable, los factores dominantes eran, por un lado, el afianzamiento de la izquierda obrera en la COB y, por otro, el aumento de la presión que emanaba de la propia masa indígena.

Probablemente no hay aspecto más importante y peor comprendido que el papel del campesino indígena en el proceso

revolucionario boliviano y esto se debe a la inmensidad geográfica de la Bolivia agrícola, así como a la tremenda variedad regional e intra regional que la caracteriza. La diversidad dentro del sistema rural llevó a una igual variedad de comportamiento políticamente relevante del campesino indígena. A partir de 1952 se llevaron a cabo una serie de excelentes trabajos que han contribuido a atenuar nuestra ignorancia, aunque aún estamos lejos de haber logrado un panorama completo. (12) Con todo, los estudios de este tipo no han podido eludir una confrontación inmediata con el indio como actor político. De ahí que la presente exposición sobre cómo entiendo e interpreto el hecho histórico en relación al indígena y la revolución, la emprendo no sin vacilaciones. El análisis se basa en la lectura de material secundario, estudio de escaso registro escrito disponible en Bolivia, y en entrevistas y observaciones personales.

El Indio Bajo el Sistema de la Hacienda

Algunas estadísticas generales nos proporcionan cuando menos una idea global de la situación agraria anterior a 1952. En el censo agrario de 1950, se calculó que 8,1% de los terratenientes controlaba el 95,1% de tierra cultivada. Dichas propiedades abarcaban más de 500 hectáreas. Las propiedades medianas (de aproximadamente 35 a 500 hectáreas) correspondían al 3,8% de las tierras. En cuanto a las pequeñas (aproximadamente entre 3 y 35 hectáreas) correspondían al 0,7% de las tierras con dueño. Los minifundios (de menos de 5 hectáreas) correspondían al 0,2% de las tierras con dueño. (13)

Como se indicó anteriormente, la institución rural dominante era la hacienda. El propietario de la hacienda funcionó como centro de poder y autoridad en el campo. El hacendado era asimismo el nexo decisivo entre el sistema nacional y el local, compuesto por esos dominios independientes, múltiples y, hasta cierto punto, autosuficientes. Los

colonos indígenas estaban directamente subordinados al hacendado. En general, predominaron dos tipos de relaciones: el colono, quien recibía una parcela de tierra a cambio de un número determinado de días de trabajo en las tierras de la hacienda; y el pongo, o indio que ofrecía su servicio y el de su familia en la casa de hacienda o en la residencia urbana del patrón. (14) Las formas de funcionamiento de ambas categorías variaban de una región a otra. Por otra parte, sobrevivieron algunas comunidades indígenas "libres", que si bien eran legalmente independientes en sus asuntos internos, debían subordinarse a las demandas económicas y de mano de obra de las diversas figuras oficiales (o no) que las rodeaban. Por lo tanto, la vasta población indígena estuvo sometida, de una u otra manera, al sistema imperante, manifestado a través de un pequeño número de figuras tiránicas. El mundo de un indígena medio estaba estructurado por la personalidad e idiosincracia del hacendado y, por lo tanto, era inherentemente arbitrario. Mucho del comportamiento del indio reflejaba una reacción defensiva ante una realidad de explotación por parte de la Bolivia "nacional". (15) A su vez, el sistema dominante exigía un cierto nivel de mano de obra y un alto grado de pasividad por parte del indígena.

La pasividad fue el aspecto emocional más importante de la vida cotidiana en el campo. Empero, ni la pasividad ni la sumisión fueron totales. La historia de la región andina está marcada por levantamientos indígenas, muchas veces de considerable dimensión. Aunque la mayoría de esos levantamientos fueron arranques efímeros y marginales; hubieron otros bien organizados y dirigidos. Entre los más famosos se incluyen los levantamientos de fines del siglo XVIII de Tupac Amaru y Tupac Katari. Durante la guerra civil de 1898, un ejército indígena conducido desde dentro, motivado por las promesas de concesión de tierras, fue el factor decisivo para la victoria liberal. Como siempre ocurre en estos casos, su recompensa fue la masacre de sus dirigentes y una nueva ronda de expropiación de tierras. El ejército del "temible" Willka demostró que el indio era capaz de organizarse y que la promesa de tierra era capaz de provocar movimientos

masivos. Ya sea que tales levantamientos se organizaron para asegurarse de tierras o como un intento de destrucción en busca de venganza, revelan la auto-conciencia indígena de su posición de conquistado, así como su deseo de crear los cimientos de su futura independencia y separación de la cultura conquistadora.

Saltando un poco la historia, hay algo que se puede afirmar casi con certidumbre y es que, no importa cual haya sido la historia de las actividades de protesta de los indios, éstos no jugaron un rol digno de mención en la insurrección del 9 de Abril de 1952. No obstante, poco después, las manifestaciones de protesta se extendieron con increíble rapidez a lo largo del campo y el indio se convirtió muy pronto en un actor político de primera magnitud. Con el fin de intentar describir los factores que la originaron y comprender sus consecuencias políticas posteriores, vale la pena señalar algunas de las influencias ambientales que llevaron al indio a un estrecho contacto con la cultura del conquistador.

En primer lugar, no debe olvidarse que, si bien la actividad de protesta post-revolucionaria abarcó toda el área rural boliviana, ésta fue particularmente intensa y bien organizada en el valle de Cochabamba y en la zona inmediatamente adyacente al lago navegable más alto del mundo, el Lago Titikaka. Hacia fines de 1953, los pueblos de Ucureña en el valle y Achacachi en el lago se transformaron en los centros oficiales y, muchas veces rivales, del movimiento campesino. Y por ello, algunos materiales que brindan antecedentes de esos lugares, pueden ser dignos de atención. Hay muchas diferencias entre las dos regiones. El valle de Cochabamba es una zona templada y próspera situada al sureste de La Paz y cuya altitud es unos 1.500 m. menor. El lago Titikaka está a menos de dos horas del norte de La Paz y yace en medio del mundo yermo y despiadado del altiplano. Los habitantes del valle hablan el idioma quechua (cerca del 60% de toda la población indígena), en tanto que los del lago, y el resto del departamento de La Paz, hablan aymará. A pesar de estas y

otras diferencias que expondremos a continuación, estas zonas tienen asimismo una serie de importantes aspectos comunes.

Dentro del sistema de la hacienda (pequeño en relación con la masa total de tierra), ambas zonas corresponden a las de mejor tierra disponible; Cochabamba por su altitud y clima; y Achacachi por los efectos benéficos del agua fresca del Lago Titikaka. Por estas razones, ambas fueron zonas de alta densidad de población desde la época de los Incas; y lógicamente, en las que primero se fijaron para el establecimiento de haciendas. En Cochabamba y en las zonas ubicadas al sur de ese departamento se organizaron haciendas de un extremo a otro y mucho antes que en la región del lago, ya que antes del siglo XX, la vida "nacional" se concentró en el sur, con Sucre como la capital. Hay razones para creer que el establecimiento de nuevas haciendas alrededor del lago y la expansión de las viejas, aumentó de manera notable cerca al cambio del siglo, (16) un fenómeno relacionado con el triunfo político liberal que dio lugar a que el eje de la vida "nacional" con base en Sucre y en la plata, se trasladara a La Paz y al estaño, con el consecuente desarrollo de esta ciudad.

Históricamente, Cochabamba fue calificada de granero de Bolivia. Pero, el crecimiento de La Paz brindó motivos para desarrollar la agricultura alrededor del Lago, pues este se encuentra a sólo dos horas de camión desde la capital. Por lo tanto, la poca agricultura comercial que hubo en Bolivia, tenía su centro en los alrededores del lago Titikaka y el valle de Cochabamba. También se desarrolló alguna agricultura comercial en los valles semitropicales cercanos a La Paz y conocidos como los Yungas. Las diferencias geográficas entre las dos zonas permitieron cierta especialización regional. Los mercados de ambas abastecían a los departamentos de La Paz, Oruro, Cochabamba y los centros mineros, con artículos comestibles. Sin embargo, la demanda por parte de estos centros urbanos fue extremadamente inflexible, por lo que no se desarrollaron operaciones comerciales de largo alcance.

También existen fundamentos que hacen pensar que el régimen del colono fue significativamente más duro en esas zonas que en el resto del país. En términos generales, la vieja élite con base en Sucre fue una élite con recursos independientes como propietarios de minas de plata. Adquirían tierras fundamentalmente por razones de posición, y éstas no eran un elemento esencial de la riqueza familiar. (17) Por otra parte, las élites más recientes, surgidas con el estaño, fueron con frecuencia profesionales de alto rango que debían sus posiciones a cargos en las compañías y/o a éxitos políticos. Por lo tanto, eran económicamente más dependientes que los grupos de la élite tradicional. Como el valle tenía cierta historia comercial agrícola, en él se desarrollaron grupos que vivían de los productos de sus tierras. Si bien es verdad que, en términos generales, el sistema boliviano de la hacienda sirvió para respaldar un estilo de vida al que los hacendados aspiraban o estaban acostumbrados; y no fue simplemente un medio de acumular capital, hay razones para creer que, en ambas zonas, los terratenientes dependieron de sus tierras como fuente importante de ingresos. Por ésto y porque así ascendían en posición, las nuevas élites lucharon por adquirir tierras. En estas dos zonas, entonces, hubo cierto comercio de productos agrícolas, junto al deseo y posibilidad de obtener beneficios. Por consiguiente, la tendencia a exigir más a gran cantidad de mano de obra barata disponible (los colonos) fue creciente y tuvo la finalidad de aumentar excedentes vendibles. A esto hay que añadir que, a menudo, los campesinos estaban obligados a vender al hacendado cualquier pequeño excedente que obtenían y éste disponía de él a través de sus propios canales comerciales.

Sin embargo, hay otros factores más que diferenciaban a estas dos regiones del resto del país. Debido a la fertilidad de la tierra, estas áreas se conocen históricamente como lugares de alta densidad y concentración de población. (18) Esto estuvo reforzado por la tendencia del hacendado a buscar buenas tierras y mano de obra indígena disponible. Las poblaciones indígenas rurales, circunscritas a esas regiones, crecieron a través de los años, lo cual originó

serios problemas en el factor hombre-tierra, agotamiento de los suelos, extensión y fragmentación de la propiedad. Los factores hombre-tierra y fragmentación fueron particularmente graves en el valle. (19)

En un grado mucho mayor que otras partes del país, estas dos zonas estaban ligadas y dominadas por sus respectivas capitales regionales: La Paz y Cochabamba. La proximidad geográfica y las estructuras de mercado dieron lugar a un flujo de gente y mercancías entre campo y ciudad. Esto fue especialmente notable en el departamento de Cochabamba, donde las distancias eran menores y donde la ciudad era clara y estructuralmente una parte de la región. En lo que se refiere a La Paz, esta ciudad no fue parte de la zona que la rodeaba y, debido a su situación geográfica (se encuentra en una gran cavidad en medio del altiplano) es literalmente invisible para el campo. (20) Empero, en la década de 1920, se amplió la red de carreteras principales y secundarias entre La Paz y el lago. Además, esta zona en torno al lago tuvo el estímulo del tránsito al Perú a través del lago y el de la capital provincial Achacachi, considerablemente extensa.

Es interesante observar que la zona del valle, que, después de 1952, se convirtió en la de mayor actividad campesina, fue también la zona rural donde, antes de 1952, las fronteras culturales no fueron tan marcadas y donde la movilidad campesina era, de lejos, mayor que en el resto. Aparte del flujo de poblaciones indígenas entre el campo y la ciudad, hubo asimismo una gran movilidad entre el campo y los centros mineros. Muchos indios vallunos trabajaron en las minas, algunos se quedaban en los campamentos, mientras que otros regresaban a sus tierras llevando consigo una nueva experiencia. Los indios del valle también se dedicaban al transporte y comercialización de madera y sal. Como resultado de ello, muchos tenían dinero y, en algunos casos, hubo quienes lograron convertirse en pequeños terratenientes independientes, antes de la reforma agraria. (21) Se estaba desarrollando una pequeña pero real clase de indios terratenientes, que se diferenciaba de la condición general de vasallaje

de sus hermanos de raza. No obstante, es muy importante observar que estos indios movilizados no se urbanizaron, "cholificaron" o "mestizaron". Como Patch demostró de manera convincente, ya antes de 1952 se desarrolló un patrón de asimilación cultural completamente nuevo en el valle. (22)

Un factor importantísimo de la estructura valluna fueron las relaciones hombre-tierra, hombre-hombre y cultura-cultura, cuya complejidad fue mayor que en ninguna otra parte de Bolivia. Hubo una diferenciación mucho mayor en los modelos de tenencia de tierra, que incluían grandes haciendas tradicionales, propiedades más pequeñas de blancos y mestizos, minifundios de propiedad de indios y una variedad de sistemas de arrendamiento y cultivos de aparcería. El funcionamiento del sistema de tierras fue más comercial en el valle y los terratenientes, especialmente aquellos que poseían propiedades medianas y pequeñas, ejercieron un control más directo en la supervisión de tales operaciones. Por último, tanto el pongueaje como las demás formas de prestación personal humillante impuestas al indígena fueron más generalizadas y onerosas en el valle. (23)

Otro aspecto importante de la región del lago Titikaka y el valle cochabambino fue la existencia de grandes escuelas no pertenecientes a la hacienda y cuya antigüedad se remonta hasta la década de 1930. En 1931, se inició un experimento educacional interesantísimo en el pueblo de Warisata, cercano al lago y bastante próximo a Achacachi. Los fundadores de la escuela de Warisata fueron intelectuales radicales imbuidos de la corriente ideológica indigenista en boga en México y, en menor medida, en Bolivia. (24) La escuela fue abiertamente pro-indígena y socialista utópica en su orientación. Sus fundadores definieron el rol de la escuela, afirmando que, a través de ella se intentaba elevar la posición del indio. Poco después, evangelistas canadienses construyeron una escuela misionera en el pueblo de Huatajata a orillas del lago, con la finalidad de inculcar al indio de nuevos valores sociales y religiosos. Todo parece indicar que, en la zona del lago, el protestantismo evangélico llegó a ser una

poderosa fuerza. En 1936, se creó una escuela campesina en Ucureña, hasta cierto punto inspirada en el modelo de la escuela de Warisata. Muchos de sus docentes, tanto al principio como posteriormente fueron miembros del PIR, al igual que la mayoría de los maestros del país después de la Guerra del Chaco.

Es difícil medir el impacto que tuvieron estas escuelas indígenas, pero lo que es cierto es que los terratenientes de la región del lago vieron en la escuela de Warisata una amenaza, pues la Asociación Protectora Rural (creada para proteger los intereses de los terratenientes) trató de boicotearla constantemente, hasta que, en 1943, lo logró y la escuela fue clausurada. Por último, resulta significativo el hecho de que el puñado de dirigentes campesinos que alcanzó rango nacional después de 1952, hubiera asistido a una u otra de estas instituciones.

Me inclino a creer que, después de 1952, las actividades de protesta campesina de estas dos regiones pueden explicarse, cuando menos parcialmente, a partir de los factores circunstanciales antes esbozados, a través de los cuales los indígenas de dichas zonas lograron un contacto más permanente con la cultura de la conquista. Con esos nexos pudieron conocer las posibilidades de la cultura dominante más gráficamente, al mismo tiempo que experimentaron un mayor grado de represión personal. Sin embargo, esto no es todo lo que hay detrás del resurgimiento indígena, pues también es necesario relacionar al campesino con los grandes acontecimientos y el desarrollo de la lucha política que sacudieron Bolivia a partir de 1930.

Efectos Políticos e Inicios del Movimiento Agrario

Al tocar anteriormente el tema de la Guerra del Chaco, dije que se debía ser cauteloso y no poner demasiado énfasis en el impacto directo de esa contienda bélica en la

masa campesina. Si bien es cierto que miles de indígenas fueron a la guerra, el empleo de brigadas de presión y la elevada tasa de deserciones me lleva a cuestionar descubrimiento alguno de la realidad "nacional" boliviana por parte de la gran masa de conscriptos indígenas. La relativa tranquilidad del campo durante la post-guerra también muestra que el efecto directo de la guerra en el indio como factor político no fue tan importante. Ya se dijo que, sin duda, tuvo algún efecto, pero fundamentalmente en aquellas regiones donde los indios ya habían desarrollado una predisposición hacia comportamientos nuevos, debido a la confluencia de los factores circunstanciales antes descritos. Aun entonces, lo más importante fue que surgieron líderes potenciales. A fines de la década de 1930, esos líderes potenciales fueron casos aislados y poco numerosos, que bien pudieron haber retrocedido, de no ser por los demás factores que estaban en juego en el escenario "nacional", que contribuyeron a reforzar las incipientes y localizadas tendencias rurales.

Como se indicaba antes (capítulo 5), y no deja de ser significativo, el signo de lo que vendría después fue lo ocurrido en la hacienda de Santa Clara en el área de Ucureña. Respaldado por el gobierno de Toro, ese experimento fue una maqueta de los ingredientes rurales claves posteriores a 1952, en otras palabras, devolución de pequeñas parcelas de tierra a los propietarios campesinos y una primera organización de los campesinos en lo que evolucionaría hasta convertirse en el sindicato de hoy en día. Indudablemente, los esfuerzos de algunos terratenientes de los alrededores por frustrar el experimento provocó el rencor y un deseo encubierto de volverlo a intentar por parte de los indios. Pero, tal predisposición pudo haberse estancado de no ser por la presencia de otros factores. (25)

Si bien el sistema nacional estañífero y el agrario local estuvieron separados por una serie de barreras, parece difícil creer que 17 años de agitación y conflicto civil a nivel nacional no tuvieran un efecto retroalimentador en el campo. Y no cabe duda que este efecto fue más importante en

las zonas donde ya se vivía un proceso de asimilación cultural; a su divulgación contribuyó la incursión política periódica al campo de agitadores de los diversos grupos de la élite opositora y aunque se concentraron mayormente en el valle, también operaron en el altiplano cercano a La Paz. Este estímulo externo de agitación tuvo un especial impacto en las dos áreas más importantes: alrededor del lago y en el valle. En las demás zonas casi no hubo agitación alguna. La razón era esencialmente logística. Las ciudades de La Paz y Cochabamba eran los principales centros de actividad opositora al sistema. La falta de carreteras y otras limitaciones obstaculizaban cualquier generalización de tal actividad más allá de estos centros. Por lo tanto, quienes pretendían impulsar un movimiento campesino tuvieron que restringirse a las zonas rurales inmediatamente accesibles en torno a La Paz y Cochabamba. En Oruro y sus alrededores -otro centro de actividad opositora-, tuvo lugar una dinámica semejante pero los lugares de residencia, esparcidos a lo largo y ancho de esa árida región, dificultaron enormemente esa tarea que, por lo demás, era muy poco gratificante.

A fines de la década de 1930 y principios de 1940, la agitación en el campo era tarea casi exclusiva del PIR y la FOL anarquista. El PIR operaba desde su centro en Cochabamba y la FOL desde La Paz. También aquí es difícil medir los impactos, pero hay evidencia de que el PIR tuvo cierta influencia real en el valle; (26) y la escuela de Ucureña sin duda jugó un importante papel, pues muchos de los que más tarde se convertirían en líderes campesinos de alto nivel incluyendo al alguna vez todopoderoso José Rojas, recibieron su primera educación política del PIR. Es imposible adivinar cuál fue el efecto de la FOL en el altiplano, pero baste con decir que, a fines de la década de 1940, los anarquistas afirmaban contar con más de veinte mil indígenas organizados en sindicatos afiliados a la FOL. Hoy en día hay pocos indicios acerca de tales organizaciones. (27)

La penetración en el campo por parte de las élites políticas opositoras aumentó durante el breve y trágico go-

bierno de Villarroel. Con el fin de preparar el Congreso de 1945, representantes del gobierno (entre ellos miembros del MNR) visitaron diversas regiones para fomentar las organizaciones y la elección de delegados. (28) Este fue quizás el primer contacto real del MNR con el campo. El Congreso indígena de 1945 marcó el primer contacto realmente importante entre una base campesina y las élites opositoras. En lo que se refiere al MNR, ese contacto declinó significativamente después de la muerte de Villarroel. Desgraciadamente no hay fundamento real a partir del cual medir el impacto de este Congreso en el campo. Algunos estudiosos y por lo menos un destacado dirigente indígena contemporáneo opinan que más que cualquier otro factor anterior, éste fue el momento en que una actividad esporádica y aislada de protesta se transformó en un potencialmente real movimiento de base amplio. Afirman que esto se logró en la medida en que los contactos entre los campesinos y la actividad del sistema nacional de oposición se extendieron e intensificaron. (29)

Tanto el PIR como el POR se esforzaron por ganar influencia en el valle después de 1946 y este último ganó alguna influencia. El éxodo de los principales dirigentes del MNR debilitó los nexos de esa organización política con el campo. Si bien se mantuvieron algunos contactos movimientistas, parecería que todos sus esfuerzos estuvieron viciados por la resistencia de las unidades de comando urbanas y de la de los dirigentes de la organización partidaria original como lo demuestra su indiferencia a buscar apoyo campesino en 1949. (30) La agitación en el campo fue más intensa después de 1946, como resultado de la creciente actividad política de la nueva generación de estudiantes que, independientemente de la afiliación partidaria, optaron por una línea de izquierda más radical. Apoyaron la reforma agraria y contribuyeron a agitar las turbulentas aguas del área rural. Las dos principales zonas, de actividad de protesta después de 1952 experimentaron una agitación externa más y más intensa, a medida que el estancamiento a nivel nacional se prolongó más allá del período post-1946. Nuevamente fue Cochabamba el departamento que más impulso recibió. En términos generales, tales

actividades se originaron en la izquierda radical tanto dentro como fuera del MNR.

En 1947, el valle recibió un impulso adicional. Como sostuvo un actor político clave, el primer Ministro de Asuntos Campesinos, Nuflo Chávez Ortiz, fue el impulso final necesario que hizo del valle la primera zona de latente actividad política campesina. Recordemos que, en 1947, el complejo Catavi-Siglo XX fue escenario de una crisis socio-política, que en la historia laboral boliviana se conoce como la "Masacre Blanca". Se refiere al despido masivo de mineros de la compañía de Patiño (las estimaciones hablan de varios miles) después de la reducción de la demanda de estaño por la guerra y un cambio en la tecnología utilizada en las empresas mineras. Al negárseles trabajo en las minas, muchos regresaron a sus lugares de origen, que en la mayoría de los casos fue Cochabamba. Este flujo cobra mayor significación política si consideramos que, para frenar la agitación, las compañías utilizaron los despidos como excusa para deshacerse de importantes dirigentes y de los mineros más politizados. Así, muchos de los despedidos eran miembros del POR y del PIR y seguidores de Lechín. De ahí que el valle se viera dotado de una gran cantidad de ex-mineros altamente politizados y con una sólida tradición de protesta organizada. (31)

Antes de 1952, tres factores incidían en las regiones del valle y lago: (a) un proceso generalizado de creciente contacto con la cultura de la conquista, acompañado de una presión más y más onerosa; (b) el surgimiento de líderes potenciales como resultado de la guerra; y (c) una serie continua de estímulos de refuerzo debidos a una retroalimentación de la lucha que se daba en el "sistema nacional".

Probablemente, los fundamentos para un movimiento campesino ya se habían consolidado antes de abril de 1952. Sin embargo, no debe perderse de vista el hecho de que, en aquel momento, el gobierno boliviano fue derrocado sin ayuda de la masa indígena. En cualquier caso, la naturaleza de esta derrota gubernamental debe considerarse como un factor

más dentro de la posterior actividad campesina. Para la vieja élite fue una derrota absoluta; a lo largo y ancho del país hubo un repliegue del sistema de poder y autoridad del viejo orden. Simultáneamente, surgían nuevos centros de poder, resueltos a revolucionar todas las esferas de actividad socio-económica. Para los dirigentes campesinos más conscientes, la situación debe haberse mostrado como una excepcional oportunidad para corregir antiguos errores. Por lo menos, parecería que los primeros levantamientos indígenas del valle, después de la insurrección, estaban motivados tanto por un deseo de venganza como por sus derechos a tierra o poder. Esas primeras actividades fueron bastante violentas, especialmente en aquellas haciendas donde los capataces fueron duros y hostiles. Casas de hacienda fueron saqueadas e incendiadas, en tanto que se apaleó y, a veces, mató a sus ocupantes. En algunos casos, el instinto de venganza se volcó contra la iglesia; se profanaron edificios y se maltrató a los curas. (32) A medida que el movimiento cobró ímpetu, tomó la forma de una guerra racial o, al menos, cultural. Los campesinos rodearon y amenazaron pueblos enteros y, en algunos casos, hubo invasiones y batallas campales. (33)

Muchas veces los observadores extranjeros se han preguntado si este movimiento habría sido espontáneo o dirigido y si el papel del MNR habría sido incentivador o todo lo contrario. Lo que es cierto es que el movimiento se produjo en un contexto sumamente confuso. El sistema general de autoridad estatal se desmoronaba y los estímulos tanto a favor como en contra impactaban tanto el ámbito urbano como el rural. Por otra parte, el MNR no era la única fuerza revolucionaria en juego y no hay que olvidar que esta agrupación política estaba lejos de ser monolítica y, a su interior, algunas tendencias pretendían ampliar el alcance de la revolución al campo, mientras que otras estaban resueltas a oponerse a esa tendencia.

Aunque los líderes indígenas podían actuar por su cuenta, no cabe duda que recibieron ayuda y estímulo de la izquierda. Después de la insurrección, organizadores de la

COB se dirigieron al valle y a otras regiones con la noticia de que, en efecto, se había producido una revolución. Los organizadores cobistas exhortaron a la movilización del campesino indígena antes de que los "reaccionarios" logren frenarla. De acuerdo a las descripciones más tempranas, el POR estuvo particularmente activo en los primeros levantamientos del valle; momento en que se consideraba que la mayoría de las organizaciones campesinas estaban, si no bajo el control del POR, por lo menos bajo su influencia. (34)

En las raíces del movimiento campesino del valle (originado en Ucureña) habían rasgos que motivaban su espontaneidad. Pero, la aceleradísima expansión del movimiento por las otras regiones rurales tiene orígenes distintos. Es probable que el efecto ejemplar de los acontecimientos del valle haya sacudido a los indios de otras regiones. Sin embargo, en un país como Bolivia donde faltaba todo hasta los medios más primitivos de comunicación, la revolución y los levantamientos del valle pudieron haberse producido sin que la mayor parte de la población rural tuviera conocimiento de ellos. (35) Con todo, el pueblo lo supo y alguien tuvo que correr la voz.

En el campo, las tendencias de izquierda dentro y fuera del MNR se encargaron de difundir la revolución. Y, en ese sentido, la COB jugó un papel decisivo, cuando exhortó a los campesinos a sublevarse y a tomar las tierras. Pero, quizás, la entidad que más contribuyó a divulgar el movimiento fue el Ministerio de Asuntos Campesinos, a cuya cabeza estaba un miembro de la COB: Ñuflo Chávez Ortiz. (36) Bajo la dirección de Chávez se implementó una campaña semi-oficial para organizar a los campesinos en sindicatos. Los organizadores recorrían los campos y el propio Chávez viajaba al campo otorgando reconocimiento ministerial a un sindicato tras otro. Una de las zonas más receptivas a los esfuerzos de la COB y Chávez fue la región del lago. El pueblo de Achacachi se destacó muy pronto, al igual que Ucureña, por sus violentas insurrecciones.

La toma de tierras, la violencia y los saqueos se propagaron en la misma medida que los sindicatos se organizaban. Retrospectivamente, es probable que los informes sobre violencia fueran exagerados; pero, a pesar de todo, el movimiento fue un proceso violento que avivó los sentimientos de temor y aversión entre los bolivianos mestizos y blancos. Terratenientes, administradores y pobladores de las áreas rurales comenzaron a huir del campo hacia la ciudad de La Paz, trayendo relatos sobre la venganza india.

La estructura rural no sucumbió sin resistencia. Algunos terratenientes se defendieron o intentaron aplastar a los sindicatos antes de que comiencen a funcionar. También los vecinos de pueblos se organizaron para la defensa y libraron sangrientos combates con los sindicatos campesinos. El MNR se dividió en torno a la violencia rural. En algunos casos, el gobierno ordenó a la policía local que apoyara a los terratenientes en su resistencia. (37) A menudo, el comando local del MNR era la base de resistencia pueblerina ante las exigencias campesinas. El ala derecha del MNR apoyó abiertamente una resistencia a los campesinos, en tanto que el centro tuvo una posición ambigua. Al principio, esta tendencia desaprobaba la violencia campesina, con el argumento de que obedecía fundamentalmente a una instigación comunista. Por lo tanto, el panorama, tanto en el campo como en los círculos oficiales del MNR, era confuso y lleno de declaraciones y acciones contradictorias.

A principios de 1953 comenzó a surgir una línea oficial. La descripción más cabal de esa línea es la de una resignación ante lo inevitable. El núcleo político del partido decidió declarar una reforma agraria, en un esfuerzo por mantener, por lo menos, cierto control sobre la situación rural. Si el gobierno accedía a las exigencias campesinas, lo hacía con la esperanza de que los campesinos optarían por la posición movimientista oficial, en lugar de optar por la izquierda. Por lo cual el MNR resolvió apoyar a los sindicatos. (38) Legalizó a los sindicatos y prometió aplicar una reforma de amplio alcance. Se reestructuraron los comandos

locales y los derechistas fueron reemplazados por militantes más favorables a los objetivos de los campesinos.

El 20 de enero de 1953 se convocó a la comisión facultada para redactar el decreto de Reforma Agraria, cuyos miembros revelaron un viraje izquierdista general en la configuración del poder. En ella se incluyeron no solamente a miembros de la izquierda movimientista, sino también al antiguo y conocido miembro del PIR Arturo Urquidí Morales y al destacado porista Ernesto Ayala Mercado. No obstante, la convocatoria a la comisión no fue suficiente para poner fin a los levantamientos, invasiones de tierra y violencia en el campo, pues tales acciones aumentaron y la presión rural continuó hasta -y aún después de- la firma del decreto de Reforma Agraria el 3 de Agosto de 1953.

Durante la segunda mitad del año 1953, en el escenario nacional predominó la discusión en torno a la manera en que se habría de aplicar la Reforma Agraria. Se debatieron intensamente diferentes perspectivas a puertas cerradas en el partido o abiertamente en los pasillos de la COB. Ciertos miembros de la tendencia derechista y central propiciaron una reforma mínima, que, en una palabra, se traducía en la entrega de pequeñas parcelas a los colonos, mientras se conservaría la integridad de las tradicionales tierras en las haciendas; al mismo tiempo que se argumentaba enfáticamente que debía compensarse por todas las apropiaciones. Por su parte, los elementos de la tendencia izquierdista del MNR y miembros del POR, presionaron a favor de una expropiación total sin derecho e indemnización, así como la creación de mecanismos que proporcionaran las bases para formas mínimas de funcionamiento colectivo, cuando menos.

La posición que más se destacó fue la de Urquidí Morales y, de hecho, el decreto final es bastante semejante a su plan. (39) En este sentido, se puede decir que la Reforma Agraria se basó en el enfoque original del PIR sobre el problema agrario. El mismo que partió de su concepción determinista de la historia, a través de la cual el PIR sostenía que

no se podía alcanzar el socialismo sin antes pasar por una etapa del capitalismo bien desarrollado.

Al igual que otros grupos de izquierda, el PIR siempre sostuvo que Bolivia era una sociedad "combinada", es decir, una sociedad donde se mezclaba un sector capitalista semi-moderno y otro semi-feudal más grande. Con esta premisa, no se trataba de conducir a Bolivia directamente al socialismo, sino de romper primero las cadenas feudales y, así, permitir el surgimiento de un capitalismo controlado por el Estado. Por lo tanto, su objetivo fue la "revolución democrática burguesa" y no la revolución socialista; un enfoque particularmente importante para la solución del problema del agro en ese momento.

La lógica del plan de Urquidí tenía fundamentos tanto políticos como económicos, con el evidente predominio de lo económico. La meta esencial de esa reforma agraria era, en primer lugar, la de buscar una base racional para el desarrollo económico agrario. La segunda finalidad de la reforma fue la de convertir al campesino en una fuerza "motriz" y en defensor de la revolución. Lo primero se lograría adoptando formas capitalistas de producción en el campo; y lo segundo respondiendo a las exigencias campesinas de tierras, organizando sindicatos y creando milicias afiliadas al partido revolucionario. (40)

El marco teórico de la reforma para alcanzar su objetivo económico fue el siguiente. En primer lugar, la destrucción de los latifundios (grandes propiedades basadas en el trabajo del peón con una reducida tasa de capital, en relación a la mano de obra); con esto se aniquilaba el fundamento de la estructura feudal y se dejaba en libertad, tanto a la gente como a la tierra de adoptar formas más racionales de articulación. Así, el indio tendría posibilidades de mayor movilidad social y, al convertirse en terrateniente, adquiriría el carácter de productor y consumidor al mismo tiempo. En el decreto se diferencia los latifundios de las propiedades pequeñas (propiedades individuales del campesino),

medianas y de las empresas agrícolas (o grandes propiedades con una tasa superior de capital en relación a la mano de obra). Con esto se brindaba protección a las empresas agrícolas y, a través del crédito rural, se impulsaba su creación como empresas privadas destinadas al logro de utilidades. Por último, a los latifundistas se les permitiría conservar cierta porción de sus propiedades, como empresas medianas (cuyo tamaño se determinaría caso por caso). El tamaño de las diversas categorías dependería de las características ecológicas y demográficas de cada región del país.

El decreto de reforma o Ley de Reforma Agraria del 3 de agosto de 1953 incorporó todos estos principios y una cláusula adicional de indemnización, en base a bonos de veinticinco años. Estableció cláusulas sobre la devolución de tierras a colonos, trabajadores de hacienda sin predios y a los descendientes de comunarios (miembros de las comunidades de indios libres) originalmente desposeídos. Se definieron los tipos de tenencia de la tierra y se trazaron los límites de extensión para cada región. Como señalara certeramente el POR, fue una revolución liberal que establecía la individualidad, el deseo de lucro y la propiedad privada moderna como la base del sistema agrícola. Sin embargo, esta forma de capitalismo impuesto se basaba en una cláusula previa donde se explicitaba que, el derecho primitivo del suelo, subsuelo y agua pertenecía al Estado y que la propiedad privada debía estar al servicio útil de la colectividad nacional. La tierra, entonces, era otorgada en usufructo, las metas del desarrollo estaban por encima de la ganancia individual y el guardián de la economía era el Estado. Aunque el MNR nunca detalló antes su proyecto de reforma, es evidente que la que adoptó encaja dentro de su antigua orientación hacia un desarrollo nacional auspiciado por el Estado, a través de un sistema capitalista modificado y basado en el hombre común.

Al igual que el de nacionalización, la firma del decreto de Reforma Agraria fue un símbolo de los cambios en las relaciones de poder que estaban en juego en el país. Para ese evento, el presidente Paz Estenssoro viajó a Ucure-

ña, que, por entonces, se consideraba el centro simbólico del "movimiento campesino". En una plataforma al aire libre rodeada por miles de campesinos indígenas armados, la Reforma Agraria adquirió la categoría de Ley. Como demostración de su regocijo y nueva fortaleza, los espectadores realizaron varias rondas de disparos al aire.

Empero, las sublevaciones, tomas de tierra y violencia campesinas no cesaron con la firma del decreto. Es más, durante los meses siguientes aumentó su ritmo; pues, ajenos a los refinamientos de la ley y de la teorización, los campesinos estaban ansiosos por reclamar sus tierras. De igual manera, otros pretendieron desagraviarse de antiguos errores y, siempre que podían, intentaron una recuperación violenta. No obstante, después de la firma del decreto la violencia cobró características distintas. El carácter antisocial de las anteriores incursiones cedió paso a una acción más organizada y con propósitos determinados. La lucha por controlar los órganos formales y reales del poder había comenzado.

Al principio, todo hizo suponer que, por extensión del sistema de comandos, el campo quedaría eficazmente ligado a la estructura central del Estado a través del MNR. La COB hizo un esforzado intento por lograr un control independiente en el campo, al dar cabida a una representación sectorial de los sindicatos campesinos. Por aquella temprana época los izquierdistas parecían predominar en el campo; y se consideraba que los sindicatos del valle estaban bajo la influencia del POR. El primer representante nacional de los campesinos ante la COB fue Ñuflo Chávez, en tanto que los primeros representantes nacionales de los sindicatos departamentales de La Paz, fueron miembros no campesinos de la COB.

Las tonalidades ideológicas nacionales sirvieron para encubrir un impulso independista en ciertas regiones. En poco tiempo, se conformaron las federaciones departamentales de los sindicatos campesinos, que culminaron con la fundación de una Confederación nacional. Rápidamente, los pues-

tos directivos fueron ocupados por verdaderos campesinos o, por lo menos, por personas ligadas al campo, desplazando a los dirigentes no campesinos. Muy pronto, el POR perdió bastante influencia en el valle. En el altiplano, los campesinos conservaron su identificación con Lechín y la COB, pero declararon la efectiva independencia de sus dirigentes. En suma, lo que previamente era una situación potencial se había vuelto realidad. El movimiento comenzó a generar sus propios líderes e identidad. Si no en todas, por lo menos en algunas regiones, adquirió independencia política propia, y estaba en búsqueda de un curso de acción.

Al igual que los obreros, los campesinos se armaron y organizaron en milicias. (41) Aunque a nivel nacional estas unidades estaban supuestamente bajo el control del comando del partido, en la práctica, estaban controladas a niveles inferiores.

El efecto más inmediato de la reforma agraria y de la divulgación del movimiento campesino fue el colapso de la anterior estructura agraria. Hubo un debilitamiento general en las estructuras de control, seguida de un alejamiento de la influencia cultural "civilizada", es decir, hispana. Los hacendados y administradores huyeron y, pese a su derecho teórico de conservar un predio de medianas dimensiones, las organizaciones campesinas prohibieron el retorno de sus antiguos patronos. Y, en los casos en que el propietario regresó de todas maneras, por lo general sufrió amenazas y fue acosado por los campesinos. Paralelamente, en las poblaciones rurales más pequeñas hubo un éxodo de tenderos y comerciantes mestizos. De ahí que la anterior estructura de mercado también sucumbió. (42)

Las zonas lejanas a las principales ciudades, en efecto, se dejaron para el campesino indígena. El nexo entre el sistema nacional y el local, anterior a 1952, fue aniquilado; y la brecha abierta por ese proceso de desintegración fue casi inmediatamente llenada por el sindicato. Con excepción de las comunidades (en este contexto me refiero a "co-

munidades de indios libres") que aún sobrevivían, el sindicato se transformó en el núcleo económico, político y social del campo. El mundo rural se indigenizó por primera vez desde la conquista; y, en aquellas zonas donde la organización ya era sólida, como en la región del lago, el sindicato gobernó tanto en el pueblo como en el campo. Los indios se trasladaron a los pueblos, que adquirieron la categoría de poblaciones básicamente campesinas. (43) Comerciantes mestizos y funcionarios gubernamentales ingresaron al campo, pero ya entonces, a través de las organizaciones locales, un nuevo estrato de líderes campesinos sirvió de nexo entre el sistema nacional y el campesinado indígena rural.

Dicho lo anterior, sólo cabe añadir de pasada que, al igual que en otras dimensiones de la vida boliviana, en el campo reinaba una gran confusión. Las tendencias sectoriales centrifugas se hicieron más evidentes en el campo. La Confederación Nacional de Campesinos nunca logró un nivel de control sobre su sector como lo hizo la COB con los obreros. Fue, y todavía lo es hoy en día, una organización poco definida, cuya influencia sufrió altibajos de acuerdo a las variables circunstancias tanto a nivel local como nacional; y su liderazgo, muy frecuentemente, fue reflejo de las cambiantes alianzas entre poderosos líderes regionales. De ahí que pocas veces mostrara unidad interna y, por lo general, fuera incapaz de proyectar una línea política coherente. La Confederación fue siempre más un consejo de jefes locales que una institución con vida y esencia propias. Sus decisiones se llevaron a la práctica únicamente en la medida en que los jefes regionales estuvieron dispuestos a aceptarlas. (44)

El problema latente para lograr coherencia en el campo fue la antigua vigencia del sistema de la hacienda. El campo estaba dividido por las innumerables fronteras de esos dominios previamente independientes. Después de 1953, los celos locales, las disputas fronterizas y la ausencia de una tradición sólida de acción ofensiva o defensiva dieron lugar a una fuerte tendencia hacia la atomización. Acentuando este proceso estaba la tendencia individual del campesino a aislar

su parcela de tierra y apartarse del cuadro político general a fin de asegurar su subsistencia. La visión de mundo del campesino había sido forjada a través de los siglos en relación a la defensa personal de sus derechos contra las acciones arbitrarias de la sociedad dominante hispana. En este contexto la tierra aparecía como la única opción para poder mantenerse al margen de un mundo exterior hostil. La mayoría de los campesinos no estaban dispuestos ni preparados para actuar como una fuerza nacional colectiva una vez que se hubo asegurado la tierra. Por el contrario, la primera reacción del campesino fue la de una abstinencia defensiva.

Luego de la ola de reportajes que precedieron e inmediatamente siguieron a la reforma, hubo una constante disminución de información sobre las actividades del campo en los noticieros nacionales. Esto reflejaba, en primer lugar, una disminución del uso de la violencia y en segundo lugar indicaba que la actividad campesina como influencia cotidiana sobre el sistema nacional de decisión estaba perdiendo fuerza. Con esto, lo que se quiere decir no es que la actividad campesina haya desaparecido sino que ésta no llegó a constituirse en un tipo de presión diaria sobre el sistema nacional, como logró hacerlo la actividad laboral. Este período de relativo eclipse nacional duró hasta fines de la década de los cincuenta.

Organización Rural: El Sindicato y la Central

Durante el período post-insurreccionario, en el campo se inició un proceso de gestación de unidades y tipos de organización, de acuerdo a los diferentes ámbitos. Ningún modelo único era aplicable a lo largo del vasto complejo de la Bolivia rural. El sindicato fue la unidad formal de organización rural, en base a los límites de lo que anteriormente fuera la hacienda. Empero, la naturaleza de los sindicatos variaba enormemente tanto dentro de las regiones como entre ellas. Si una organización sindical era muy sólida en una ex-hacienda, en la vecina ocurría todo lo contrario. En al-

gunas regiones como el valle y el lago, predominó la tendencia a fortalecer sindicatos individuales, y, más adelante, a consolidar agrupaciones de sindicatos sujetos a poderosos centros regionales de comando. En otras regiones, el sindicato cobró el carácter de entidad comunal importante, pero con menos alusión a la política y sin la tendencia a consolidarse regionalmente. Hubieron aún otras donde los sindicatos no fueron mucho más que un nombre, y se mantuvieron vigentes formas más tradicionales de control. Todo dependía de si los líderes sindicales obtenían la categoría de comando o se convertían en cabecillas tradicionales, capaces de lograr una acción conjunta únicamente sobre la base de un consenso de movilización comunal. En algunos casos, los sindicatos experimentaron un ciclo: crecimiento, centralización del comando y politización que culminaba con una regresión en la forma de descentralización, declinación de la función de comando y despolitización. (45) La relativa fortaleza del sindicato dependía generalmente de situaciones antes vigentes, así como de la fuerza y personalidad de los líderes locales.

Un ejemplo de una comunidad donde la personalidad de un dirigente jugó un papel importante en su ciclo de crecimiento es el valle de Cinti, al sur de Bolivia. Este valle es famoso como centro vinícola y como productor de singani (bebida equivalente al pisco peruano). La región de Cinti posee características similares a las del valle cochabambino y del lago Titikaka, especialmente en cuanto a comercio agrícola. Después de la firma del decreto de Reforma Agraria se creó un importante sindicato campesino. La zona logró un nivel superior de consolidación y centralización de comando, bajo el liderazgo de la poderosa personalidad de Juan Chumacero. Pero, precisamente en ese momento, Chumacero fue asesinado en misteriosas circunstancias y el proceso se invirtió luego de su muerte. Fue el fin del esfuerzo concertado y, poco después, los sindicatos individuales empezaron a declinar. En el curso de un año, esa organización sufrió un irreversible retroceso. El sindicato original fue la única organización más o menos importante que perduró y aún este no fue ni la sombra de la eficacia organizativa del primero. (46)

El valle de Cinti no fue en absoluto un caso excepcional. Y, si bien es evidente que el surgimiento de fuertes centros consolidados de organización fue sólo la excepción que confirmó la regla, tales centros se convirtieron en factores políticos decisivos y aún lo son. Sin embargo no por ello debemos caer en la tentación de generalizar y aplicar esta conclusión a toda el área rural boliviana. Al mismo tiempo, conviene tener en cuenta la variabilidad de la personalidad individual de los líderes. En los lugares donde la organización regional y local cobró fuerza, fue por la personalidad de un individuo dominante. La suerte (positiva o negativa) que corrieron las actividades políticas campesinas a partir de 1952, debe analizarse mayormente a través de las acciones de un conjunto de destacados "caciques" surgidos desde la revolución.

El debilitamiento del sindicato como centro de comando no significó la incursión del Estado u otras agencias gubernamentales. Por el contrario, generalmente supuso una mayor separación de la comunidad y un aislamiento de la realidad nacional. Si se tiene en cuenta que la integración nacional fue uno de los grandes temas bolivianos desde 1952, este factor de aislamiento es realmente importante. En vastas extensiones de Bolivia, y desde el punto de vista estatal, el indio retornó a una subsistencia pasiva o participó mínimamente en la Bolivia "nacional". Masivamente, el indio no adquirió la categoría de productor-consumidor como se pretendía y que era tan importante en los planes de desarrollo de la élite nacional. El grado de distanciamiento fue tal que, desde el punto de vista nacional, fue francamente antisocial. En el Norte de Potosí, por ejemplo, dos grupos indígenas locales -los laimis y jucumanes- aprovecharon la nueva situación para reeditar un antiguo feudo histórico. La violencia y las guerras masivas inter-grupales continúan aún hoy, desafiando toda tentativa de pacificación.

Fue precisamente en aquellas zonas, donde los sindicatos crecieron, se consolidaron y organizaron muy bien, donde la masa campesina comenzó a evolucionar como elemento

activo del escenario nacional. Se ha indicado ya que las dos zonas donde hubo un mayor desarrollo fueron el valle de Cochabamba y la región del lago. En ambas regiones, los sindicatos individuales lograron consolidarse en agrupaciones fuertes, sujetas a un control centralizado. En ciertos momentos, la consolidación de ese poder alcanzó niveles de federación departamental, pero, en general, tendió a concentrarse en torno a la denominada "central" (de veinte a treinta sindicatos ligados a un centro de comando, situado cerca o en un pueblo). Entre el sindicato individual y la central hubo un nivel intermedio de consolidación, conocido como la Subcentral. En ambas regiones se desarrolló un gran número de centrales fuertes; por ejemplo, en el valle, Ucureña, Cliza, Punata y Totorá, fueron algunos de los centros más importantes y, en el altiplano, Achacachi, Warisata y Huarina. Estos centros estuvieron ligados a poderosos caciques que permanentemente lucharon entre sí por el poder regional y por ganar jurisdicción. Su poder fue mayor o menor, dependiendo de su capacidad de someter a su dominio personal el control de sus centrales y las de otros caciques. Las luchas fueron tan intensas y los intereses tan grandes que, desde el punto de vista de los caciques, las dos regiones no estuvieron nunca lejos de una guerra civil entre campesinos.

En realidad, ambas zonas han experimentado lo que se llaman guerras civiles. El conflicto más serio que convulsionó al valle cochabambino ocurrió entre 1957 y 1961, cuando dos caciques, José Rojas y Miguel Veizaga, se disputaron el control único del valle. También el lago Titikaka fue testigo de esa violencia entre caciques; el incidente más impactante ocurrió cuando un cacique Felipe Flores, fue matado en un enfrentamiento con armas de fuego, en las escaleras del Ministerio de Asuntos Campesinos. Un ingrediente importante de esos conflictos fue la rivalidad personal, pero también las diferencias de concepción o disputas entre fracciones nacionales.

En las zonas donde realmente se consolidaron las organizaciones, éstas fueron impuestas desde arriba y, fre-

cuentemente, a través de la coerción. (47) Los sindicatos, pero más aún las centrales, llegaron a ser unidades independientes y casi soberanas. La central adquirió rasgos de un miniestado y ejerció muchas de sus funciones. A través de las milicias, monopolizó la fuerza de su zona y, en algunos casos, incluso creó cuarteles que funcionaban con los impuestos obligatorios que pagaban los sindicatos miembros. Los dirigentes de las centrales recolectaban impuestos e imponían multas a sus miembros. Con esas fuentes independientes de financiamiento, a menudo, compraron armamento y municiones y pagaron sueldos a un personal permanente. Instituyeron leyes regionales y castigos para los transgresores. Un descuido en cumplir órdenes de la directiva podía resultar en multas, encarcelamientos, palizas o incluso la muerte. La organización sindical se colocó entre el campesino individual y el resto de la sociedad y sus funciones fueron las de un intermediario con el Estado nacional. El sindicato fue muchas veces el encargado de reclamar tierras y de supervisar su distribución. (48)

A pesar de que en el sindicato habían 12 carteras, el poder real residía en un hombre: el secretario general, quien a su vez coordinaba su trabajo con las subcentrales y centrales, de donde emanaban las órdenes. La secretaría general de la central o federación departamental frecuentemente recayó en la indiscutible persona del cacique y abarcaba un amplio territorio con miles de campesinos. Entre los caciques que surgieron después de 1952, los más sobresalientes fueron Toribio Salas, que en determinado momento controló prácticamente todo el departamento de La Paz, desde sus oficinas centrales en Achacachi y, en el valle, José Rojas, quien estuvo a punto de convertirse en el jefe campesino más poderoso de todo el país.

Mientras estaban en comando, estos caciques podían levantar un ejército con objeto de frenar una ofensiva contrarrevolucionaria o, por el contrario, desafiar al gobierno del MNR. Estaban en condiciones de bloquear todos los caminos y detener todo el tráfico, lo cual significaba una ame-

naza de hambre para La Paz o Cochabamba. Dentro de sus dominios, ellos eran la ley y ni siquiera el presidente de Bolivia podía entrar sin previo consentimiento, es decir que, aún para la ley estatal, fueron intocables. En noviembre de 1959, por ejemplo, el Ministro de Asuntos Campesinos, Vicente Alvarez Plata fue matado de un balazo, después de concurrir a una asamblea campesina departamental; y se comentó que el autor del crimen fue Toribio Salas, el cacique de Achacachi, a quien no solamente no se le impuso castigo alguno, sino que nunca se lo sometió a ningún tipo de interrogatorio. Existen varios casos (fáciles de detallar) de leyes y figuras de Estado que han sufrido burlas, insultos o amenazas por parte de estos poderosos jefes. (49)

Las asambleas de la confederación se transformaron en una especie de charla entre poderosos, donde los dos, tres o cuatro grandes caciques -dependiendo de las circunstancias- se sentaban a discutir la postura que optarían ante el Estado y sobre qué temas. Por lo tanto, rotos los nexos anteriores a 1952, el campo escapó a la soberanía real del Estado boliviano. Por una parte, el campo retornó a formas primitivas de organización comunal, a través de las cuales un gran número de poblaciones volvieron a su aislamiento atomizado; por otra, surgieron poderosos dominios sometidos al control de un individuo y funcionaron como pequeños estados que luchaban entre ellos y, a menudo, aún con el nominal Estado nacional.

No se puede hacer demasiado énfasis en la complejidad de la situación del campo boliviano a partir de 1952, ya que toda generalización se enfrenta inmediatamente con excepciones. Las situaciones variaron tanto dentro como entre las regiones y a través del tiempo; lo que fue cierto para una zona en un año determinado, podía ser absolutamente falso al año siguiente. Con todo, y desde un punto de vista temporal, se pueden señalar tres tipos de situaciones: (a) en el Norte de Potosí hubo un divorcio absoluto con la realidad boliviana moderna; (b) hubo extensas áreas de subsistencia y repliegue pasivo; y (c) hubo importantes y extensas áreas de crecimiento y desarrollo campesino autónomo con tendencia a

convertirse en actores políticos nacionales bajo el tutelaje de poderosos caciques regionales.

Otro modelo importante fue aquel recientemente expuesto por antropólogos que realizan investigaciones en el valle de Yungas, cercano a La Paz. (50) En esta región la situación fue aparentemente análoga a aquella de los EEUU cuando hubo un sistema de jefes políticos acompañados de sus secuaces en grandes ciudades. También en el valle de Yungas se desarrollaron sindicatos, pero no fueron entidades totalmente independientes, ni parte de estructuras basadas enteramente en el comando. Desde una temprana época caracterizada por un elevado nivel de politización (a menudo con influencia izquierdista), sin perder la organización, muchos sindicatos acabaron por despolitizarse. Y, aunque los secretarios generales cobraron importancia, antes de emprender acciones de peso, necesitaban crear consenso. Las autoridades estatales intervinieron en los asuntos internos de la zona controlada por el sindicato, pero generalmente sólo cuando eran invitados. Empero, los sindicatos tendieron a buscar el respaldo y ayuda estatal para conciliar diferencias internas y, al mismo tiempo, fueron conscientes de la importancia del Estado y de la política nacional, particularmente como fuente de cooperación en la construcción de escuelas, provisión de electricidad, etc. Los campesinos de esa zona no ejercían presión directa con su comando, sino a través de acciones manipuladoras de la estructura partidaria y otras vías de acceso a la autoridad central. El deseo, por parte de organizaciones sindicales, de obtener aquello que sólo podía otorgar el centro nacional, junto a la falta de voluntad o capacidad para exigirlo abiertamente, dieron lugar a una mayor dependencia en estructuras de manipulación y esto tuvo por efecto una gradual integración en las redes formales e informales del sistema nacional.

Antes de 1964, el principal mecanismo de integración fue el partido del MNR y el jefe local (que no fue el mismo que el cacique independiente). Cuando menos en uno de los casos sobre el que se conocen detalles, el jefe surge

como nuevo tipo social. No es el secretario general del sindicato, como tampoco el representante formal del partido; es un hombre con cierta importancia económica en la zona y conocido por tener "muñeca" dentro de los poderes vigentes. Actúa como el receptor de los favores que el partido reserva para el área. Los recibe porque de esa manera garantiza los votos y la estabilidad de la zona. En cambio, su capacidad políticamente productiva es fruto de la receptividad que su papel ha tenido entre los campesinos debido a que muestra resultados beneficiosos para ellos. Su posición personal se basa en ciertos rasgos relacionados con los del cacique, como fortaleza, valentía y resolución de imponer sanciones a sus oponentes. Podría organizar peleas, pero sus acciones obedecen más, en primera instancia, a su capacidad de manipular las estructuras económicas y políticas controladas por otros. Mientras el cacique representa la autoridad semigubernamental autónoma de manera independiente, el jefe es un auténtico agente que cubre el vacío entre dos estructuras convergentes. Al igual que su contraparte de otros contextos mundiales, al actuar de nexo dependiente entre las dos estructuras, a la larga, el jefe contribuye a su integración.

Por todo lo anterior, la verdadera revolución boliviana tuvo lugar en el campo y no sólo en un sentido literario. Por su importancia general, los cambios que se generaron en el viejo "sistema nacional" no son comparables, ni en profundidad ni alcance, a aquellos cambios que se dieron en el campo. En capítulos posteriores ahondaré más en algunas de las implicaciones políticas de estos cambios en el sistema local, así como en el sistema nacional.

CAPITULO XI

Grupo, Facción y Personalidad: 1952-1960

Considerando lo que ya sabemos acerca de las situaciones revolucionarias en general, habría sido excepcional que el MNR ingrese en el período post insurreccional como un monolito de unidad. Los desacuerdos y luchas sin tregua en torno al rumbo que debe tomar la revolución son hechos de esperar. En el caso boliviano, las diferencias ideológicas y de orientación dentro del movimiento eran tan enormes, que los enfrentamientos que tuvieron lugar después de la insurrección fueron particularmente encarnizados. Esto se debió a una serie peculiar de circunstancias que, después de 1946, hicieron del MNR una especie de imán que atrajo a todas las tendencias opositoras, tanto de derecha como de izquierda, reformistas como revolucionarias. Al extremo de que, en 1951, el movimiento fue una mezcla heterogénea de orientaciones y posiciones contradictorias. El MNR que dirigió la in-

surrección de 1952 fue una alianza poco clara de grupos reacios entre sí y condenados a una lucha interna, una vez eliminados los antagonistas comunes.

A un paso del triunfo, ya se vislumbró la lucha que habría de producirse entre las élites revolucionarias. Las tres tendencias más importantes, descritas en anteriores capítulos, formaron fracciones dentro de un espectro que abarcaba a la izquierda y derecha políticas. La tendencia derechista estuvo conformada por el liderazgo original del partido, que organizó y soportó la mayor tensión en la batalla librada dentro del país entre 1946 y 1952. Los dirigentes de esta fracción eran intelectuales y profesionales de nivel medio. Asimismo, el sector que le dio su apoyo estaba compuesto por elementos de clase media y de la poco organizada "clase popular" urbana. El grupo directamente opositor fue la izquierda socialista obrera. La tendencia izquierdista surgió originalmente después de 1946, como resultado de los esfuerzos del partido por movilizar a los trabajadores durante el Sexenio; fue una tendencia que experimentó un notable crecimiento. Otro factor que contribuyó a apuntalar a esta fracción fueron las desertiones del PIR y POR a favor del MNR. Previsiblemente, la victoria provocó una nueva ola de desertiones formales o informales a favor del MNR, que engrosaron aún más las filas izquierdistas.

En medio de estas dos tendencias políticas, estaba otra que yo he denominado centro nacionalista pragmático; un grupo compuesto por las figuras fundadoras más destacadas del partido, las que, en su mayoría, vivieron en el exilio durante el periodo 1946-1952. Las inclinaciones individuales eran diversas dentro de este grupo. Empero, logró cierta coherencia por el deseo de todos sus miembros de evitar enfrentamientos dentro del partido y por su disposición a promover un objetivo poder partidario interno.

La paulatina concentración de factores que desembocaron en las luchas partidarias internas fue compleja y parcialmente ocasionada por las presiones de las élites no

partidarias. En la derecha hubo una amenaza contrarrevolucionaria por dos vías distintas. La primera fue externa y se refirió a una amenaza de invasión apoyada por los exilados desde el extranjero y/o por sanciones financieras que aplicaría la comunidad estañífera internacional. Intimamente ligada a esa amenaza estaba la pregunta sobre la posición que adoptaría EEUU. Desde el comienzo mismo, el núcleo pragmático del MNR sostuvo que ninguna revolución boliviana habría de llegar al extremo de alienar a EEUU o de amenazar muy seriamente a sus países vecinos más inmediatos, especialmente al Perú o la Argentina. Esta posición no fue solamente resultado del temor a una intervención directa -anticipada más por Perú o Argentina que por EEUU- sino también ante una posible represalia económica por parte de EEUU. Puesto que Bolivia dependía de ese país para cubrir sus costos de producción de estaño y para sus importaciones, tal represalia habría sido desastrosa. (1) Ante tales consideraciones, la tendencia centrista del MNR aconsejó de inmediato moderación, al mismo tiempo que se hicieron negociaciones de urgencia a nivel diplomático sobre las relaciones con el país del norte. Factores diplomáticos que indudablemente culminaron en el tono evolucionista de Paz en torno a su primer gobierno (donde subrayaba la restringida naturaleza de la revolución y la necesidad de una continuidad con el pasado). Sea como fuere, los esfuerzos por complacer a EEUU lograron su objetivo y la administración de Eisenhower adoptó una posición cautelosamente favorable a la "Revolución Nacional Boliviana". Tanto éstos como otros factores contribuyeron a reducir la posibilidad de una amenaza extranjera y, cuando menos por ese lado, los rebeldes lograron un flanco seguro.

La segunda amenaza contrarrevolucionaria derechista adoptó la forma de una oposición interna (dentro de las fronteras bolivianas), con cierta ayuda exterior. Esta amenaza no se logró disipar y, en realidad, cobró fuerza. Desafiados por el programa revolucionario en marcha, las organizaciones externas al MNR comenzaron a buscar una vía política y la encontraron en la FSB, una agrupación de derecha. A pesar de que fue el partido más antiguo sobreviviente de la post-Gue-

rra del Chaco, hasta 1952, la FSB no fue sino una camarilla de jóvenes románticos con escaso o ningún significado político, fuera de ser un elemento adicional de fastidio para la élite del status quo. Perdida su oportunidad de participar en la revolución, la FSB se vió ante la disyuntiva de buscar un electorado o enfrentarse a su extinción en manos del ubérrimo MNR. De ahí que la FSB se convirtiera en portavoz de aquellos sectores bolivianos que estaban a punto de ser depuestos por la revolución. Fiel a su pasado, adoptó un estilo político conspirador y violento, a través del cual ganó cierta simpatía entre quienes fueron marginados después de 1952.

Los antiguos grupos liberales y del PURS perdieron del todo sus ya escasas bases y la FSB pasó a ser la oposición contrarrevolucionaria más importante del MNR. A lo largo de la siguiente década, la FSB hubo de presentarse como una amenaza constante para el MNR. La falange boliviana protagonizó varios intentos de golpe; ambos, el MNR y la FSB, se vieron atrapados en un intercambio de violencia que atormentó al país hasta 1960. La FSB fue asimismo el símbolo de la contrarrevolución fomentado por el centro movimientista, con objeto de mantener en línea a los elementos disidentes del partido y evitar una división interna que debilitara la capacidad de resistencia de la revolución. Por lo tanto, la FSB jugó un importante papel conformando el marco para el juego político post-insurreccional.

Pero no todos los truenos provenían de la derecha contrarrevolucionaria, pues la izquierda no movimientista era también un serio problema para el partido. Los ominosos rumores sobre "revoluciones permanentes" y de amenazas de tomar el poder de manos de la burguesía, representaron problemas tácticos fundamentales para el futuro del liderazgo movimientista. Dada la distribución real del poder físico, la posibilidad de un golpe izquierdista tenía que ser tomada en serio por la tendencia centrista. En suma, además de los innumerables problemas que representaba el reagrupamiento de la sociedad, los flamantes gobernantes tuvieron que encontrar la

forma de mantener la integridad del control movimientista, ante tan coherentes amenazas en contra del partido. Amenazas que provenían tanto de la izquierda como de la derecha. Y es en este contexto que los acontecimientos posteriores cobraron significado y forma.

La izquierda obrera del MNR salió de la insurrección con toda la capacidad y voluntad de agarrar el toro por las astas, en torno al tema de dar forma a una nueva Bolivia. A partir de 1946, uno de los elementos claves del drama revolucionario fue la socialización del conflicto, en alcance e intensidad. Dado que en este proceso la movilización de los de abajo y de los trabajadores fue la preocupación esencial, la menor expansión del poder redundaba en beneficio de la izquierda obrera; sector político que ya antes de la insurrección misma fue la fracción partidaria con el potencial de ascenso más evidente. A principios de 1952 todavía estaba lejos de plasmar ese potencial en toda su plenitud.

La propia dinámica de la insurrección contribuyó a expandir el poder de la izquierda obrera. La franca derrota del ejército y su consecuente desintegración dio prioridad al significado político de los grupos de irregulares organizados. Por lo tanto, la rápida aparición de milicias obreras tuvo un nuevo significado. De ahí que sea necesario tomar en cuenta la desaparición de toda actividad sindical, exceptuando la de la COB, así como la capacidad de ese organismo de adjudicarse el tutelaje de una gran parte de las milicias que nominalmente pertenecían al partido. En un lapso extraordinariamente corto, la izquierda obrera logró destacarse como la agrupación armada y organizada más grande del país.

Un factor intangible pero importante de la ecuación de poder fue la relativa coherencia ideológica de la tendencia izquierdista del partido y la aceptación táctica funcional sobre el inevitable enfrentamiento con la derecha "burguesa" del MNR. Desde la memorable Tesis de Pulacayo, una obra de Lora adoptada por la FSTMB de Lechín en 1946, la izquierda obrera trabajó en el marco definido por la meta de

crear una sociedad verdaderamente socialista. Por una parte, las nociones de conflicto de clase resultaron muy útiles para ese fin, dentro del contexto que supone un frente de sectores progresistas contra la élite del *status quo* y, por otra, de cara al inevitable enfrentamiento entre la clase obrera revolucionaria y los intereses de la clase media reformista. Para lograr el objetivo de un Estado socialista, entonces, era necesario antes conseguir que la clase obrera ascienda, con el tiempo, a una posición de liderazgo nacional. (2) Ambos elementos del modelo fueron inaceptables para la tendencia centrista, los mismos que para la derecha del MNR. Las orientaciones primitivas fueron reforzadas por deserciones izquierdistas a favor del MNR a fines de la década de 1940 e inmediatamente después de la insurrección. Este fenómeno, al que antes denominé de "entrismo", fue racionalizado por la siguiente lógica: la izquierda no podía acceder al poder por sí sola y el MNR contaba con las mejores posibilidades de tomar el poder; por lo tanto, se trataba de conducir al MNR hacia una posición radical, insertándose en el partido. Sin embargo, tal radicalización suponía una previa derrota de la derecha movimientista. (3)

A diferencia de la izquierda, después de la insurrección, la tendencia derecha del partido estaba sumamente desorganizada y localizada. Con todo, tuvo a su favor dos importantes factores. Primero, un relativo control sobre la organización partidaria original, aunque no carente de dificultades. Durante el Sexenio, el problema de la organización interna del partido fue muy grande; el contacto entre el Comité Político Nacional y los comandos locales fue esporádico en el mejor de los casos. Así, el Comité Político Nacional desempeñó gran parte de sus funciones en el vacío, mientras las unidades locales fueron abandonadas a sus propios recursos. La coordinación y el control fueron más problemáticas -si posible- después del colapso provocado por la insurrección. En medio de la confusión reinante, para el núcleo dirigente nacional con sede en La Paz fue muy difícil manejar como le hubiera gustado, tan extendida y difusa estructura partidaria.

El segundo factor vital a los derechistas, fuera de lo anterior, fue la disponibilidad de los Grupos de Honor, una importante base de fuerza organizada. Aunque sin duda fueron grupos poderosos, su número era reducido y la sede de sus unidades estaba limitada a las ciudades de La Paz y Cochabamba. La tendencia derecha del partido creó una especie de comando no oficial en la alcaldía de La Paz que, encabezada por el Alcalde Jorge Ríos Gamarra, estuvo plagada de derechistas. La Municipalidad de La Paz era difícilmente una base desde la cual rivalizar con la COB.

Ideológicamente, la tendencia derecha también era muy dispersa. Los derechistas desarrollaron el concepto de "nacionalismo", pero no le dieron ningún contenido preciso para el futuro. Detrás de las pomposas declaraciones de independencia económica y otros, no daban una imagen real de la "nueva" Bolivia. Lo suyo fue una reacción en términos de la creciente incapacidad de plasmar los objetivos y valores del antiguo sistema, cuya imagen fuera definida en gran medida por La Rosca. Su nacionalismo -que antes fuera antisemitismo- y su latente xenofobia dejaron entrever su frustración por la falta de mecanismos para hacer carrera, así como ante el monopolio de las posibilidades económicas y la contratación de extranjeros para puestos importantes.

Entre los derechistas se desarrolló un cierto romanticismo en la concepción de la revolución nacional. Hubo una creencia implícita de que, con un golpe violento, aliviarían las presiones y resolverían sus problemas. Los largos años de amargo conflicto y represión los llevaron a hacer de la violencia una acción gloriosa en sí misma: "la mística de la revolución violenta", una predisposición particularmente fuerte en los Grupos de Honor. El secreto, los rituales muy elaborados, el empleo de símbolos dentro de los grupos, los golpes temerarios y osados por la noche, de todo esto se alimentaron los Grupos de Honor, por esto vivieron y, hasta cierto punto, se volvió una obsesión. Todavía hoy, muchos miembros de los Grupos de Honor miran el Sexenio nostálgicamente, como una época de pureza, honor y solidaridad. Los

derechistas estaban preparados para pelear, pero no así para utilizar el poder constructivamente, una vez que accedieran a él. (4)

El concepto de centro nacionalista pragmático, tal como lo he desarrollado es post hoc y, hasta cierto punto, especulativo. Sin embargo, esta noción cobra validez operacional por el hecho de que, tanto la derecha como la izquierda del partido, percibían esa postura centrista. La izquierda consideraba a Paz y a algunos de sus seguidores diferentes de la tendencia derechista y susceptibles al tipo de presiones que la izquierda podía aplicar. La derecha, por su parte, se mostró suspicaz y temerosa de que Paz los vendiera.

(5) Es por esta razón que algunos instaron a Siles a permanecer en la presidencia después de la insurrección. Un hecho curioso que puede tener o no significado es que, aunque el triunfo de la insurrección quedó asegurado el 11 de Abril de 1952, Paz no hizo el viaje de 10 horas de avión de Buenos Aires a La Paz sino el 17 de Abril.

El centro nacionalista pragmático fue sin duda el grupo más pequeño y débil desde el punto de vista de las bases de poder. Su debilidad estructural estuvo contrarrestada por la mistificación de la imagen de Paz durante el Sexenio y por la necesidad de conservar un foco de unidad partidaria. En todas las tendencias hubo el deseo de evitar una abierta confrontación, cuyos resultados podrían haber llevado a la reacción. Ambos extremos optaron por presionar dentro del partido para mantener una continuidad y dar legitimidad a sus posiciones. Por lo tanto, Paz y el centro eran necesarios para amortiguar una lucha dentro del partido, así como para brindar un símbolo de fortaleza y coherencia al partido revolucionario.

El centro nacionalista pragmático no sostuvo su posición sólo por ser el punto medio entre dos polos; yo afirmaré que, en el caso de Paz y otros como él, hubo un compromiso con cierta imagen de la futura Bolivia. Por entonces, los detalles operativos de dicha imagen eran aún muy

vagos, pese a que ciertos valores fundamentales eran manifiestos y se pueden resumir en los conceptos de "nación", "estado" y "desarrollo". Como reacción a los modelos de estado nacional europeos, desde un principio, el centro pragmático mostró un claro compromiso en su aspiración de hacer de la disparidad boliviana una Nación-Estado moderna y desarrollada, y cuanto antes. Es más, hubo un deseo por parte de este grupo elitista de ser el conductor de dicha tarea; pues se consideraba a sí mismo como el único capaz y dispuesto a completarla. Su pragmatismo obedeció a una flexibilidad en cuanto al empleo de determinadas vías institucionales, necesarias para alcanzar ese objetivo general.

Inicialmente, el grupo se inclinó más por la aplicación de reformas impuestas desde arriba, y, en ese afán, no desperdició ningún medio a su alcance, como tampoco las instancias ideológicas disponibles, frecuentemente contradictorias. Pero, las cambiantes realidades tácticas obligaron al partido a adaptarse, incluyendo su transformación y radicalización. Para ellos, el partido no fue sino una máquina cuyos componentes fueron los factores de producción, que ellos (la élite) habrían de manejar para lograr el desarrollo previsto. Para cumplirlo, estaban dispuestos a realizar todo ajuste que la realidad táctica demandara y a retirarse de muchas áreas, pero siempre lucharon por mantener la situación dentro de ciertos límites, aunque amplios, definidos por ellos mismos. (6)

La primera iniciativa en la lucha post-insurreccional provino, como era previsible, de la izquierda. Esto obligó a reaccionar tanto a las fracciones derechistas, como centristas del partido. Faltos de una imagen alternativa coherente de la nueva Bolivia y frente a las demandas de nacionalización, reforma agraria, sufragio universal y destrucción del ejército, la tendencia derechista se vió de pronto defendiendo la estructura institucional básica del viejo orden. La tendencia de centro, por su parte, se encontró ante el desafío a su papel como élite que inaugurara y debía definir la nueva Bolivia.

La tendencia izquierdista jugó su primera carta el día del regreso de Paz, al presentarle lo que significaba el nuevo poder que Paz ayudó a construir después de 1946: el poder de las calles, de las fábricas y de las minas, un poder que, ya entonces y en lo esencial estaba fuera del control del MNR. En dicha manifestación, la izquierda utilizó una táctica que habría de cobrar más y más precisión en los años siguientes. Asumiendo que los objetivos de Paz y sus seguidores eran diferentes a los suyos y que la posición de ese grupo respondía a un poder objetivo y ostensible, la izquierda resolvió dar permanentes pruebas de su poder a la posición pragmática de centro. Consciente de que su poder se basaba en la organización, la izquierda se dispuso a asegurar que el alcance del conflicto -ampliamente extendido entre 1946 y 1952- se extendiera aún más y a conservarlo en un punto siempre alto. La movilización se convirtió entonces en la consigna de la tendencia izquierdista.

Toda decisión importante o tuvo su origen en las calles o bien fue sacada de los límites partidarios a la luz pública, donde, el peso del número de individuos participantes habría de influir enormemente en los resultados. Como reacción, la élite del partido hizo lo posible por mantener el conflicto dentro de los asuntos internos del partido, haciendo énfasis en la necesidad de disciplina, liderazgo y unidad. A lo cual, la izquierda respondió exigiendo que se escuchara la voz del pueblo; sus persistentes consignas fueron: democracia partidaria e independencia laboral.

Cuando la revolución se extendió de la esfera nacional a la agrícola, el peso de elementos públicamente movi-
lizados fue extraordinariamente mayor y, por lo tanto, su efecto inmediato fue el fortalecimiento de la posición izquierdista. Lo cual hubo de cambiar radicalmente después. A la presencia de los obreros armados en las calles se añadió la de los muchas veces enfurecidos campesinos armados. En cada una de las continuas manifestaciones se repitieron las mismas consignas: "¡Nacionalización!", "¡Reforma Agraria!".

Además de las manifestaciones masivas, la izquierda obrera mantuvo presente la realidad de su poder, al reproducir, una y otra vez, una dramática y simple escena: casi todos los días se presentaba en La Paz una delegación de obreros o campesinos para realizar una visita de cortesía al presidente. La diferencia se hacía patente en la posterior recepción oficial, cuando el intelectual blanco, urbanizado, en la majestuosidad de su salón y vestido con su frac presidencial o un traje de negocios, recibía a la delegación india o mestiza que, ajena a la ciudad, llevaba o bien guardatojo y botas de minero o el clásico poncho campesino y que, ostentando sus armas, posaba junto al presidente para la fotografía oficial; para más tarde, con toda solemnidad y con un entusiasmo hecho real por el armamento que portaban, declaraban su fidelidad y lealtad a la Revolución Nacional y su imperecedero compromiso de defenderla hasta las últimas consecuencias. Simultáneamente, estas delegaciones presentaban su pliego de peticiones al presidente, instándolo a "profundizar" la revolución y dejando claro que el respaldo que le ofrecían con una mano, estaba condicionado a la satisfacción de las exigencias que le presentaban con la otra.

A la presión popular sobre la fracción centrista del MNR se añadían un sinnúmero de postulados extraordinariamente radicales, emanados por el órgano oficial de la COB, **Rebelión**. En una primera declaración de principios, la COB puso de manifiesto una permanente crítica del partido. La declaración decía, en efecto, "o hacen nuestra revolución o se la quitamos".

La experiencia, ha demostrado, sin embargo, que los Ministros Obreros en los Gabinetes de la Burguesía nada pueden hacer en beneficio del proletariado por más buena voluntad que tengan...De lo que se trata no es de llevar un obrero al gabinete capitalista, conservando el orden económico intocado, sino de tomar todo el poder para la clase obrera y cambiar toda la estructura económica capitalista, sustituyéndola por otra que corresponda a

los intereses colectivos del pueblo...

La clase obrera no puede supeditarse a la política oficialista de cualquier régimen que no sea el de los trabajadores. El sindicalismo dirigido ha demostrado ser de lo más funesto para la clase obrera.

Contra la especulación y el negocio de las divisas, los trabajadores demandan el monopolio total del comercio por el Estado.

La COB planea la ocupación de fábricas y minas por los obreros como única garantía para prevenir el sabotaje a la Revolución y la desocupación.

Nacionalización de las minas, sin indemnización y bajo control obrero. Los trabajadores no aceptamos ninguna otra forma de nacionalizar las minas...El pueblo boliviano no puede cargar con el peso que significaría el pago de fabulosas indemnizaciones...

La movilización y la acción directa de las masas es la única garantía para la realización del programa revolucionario de la clase obrera... Las manifestaciones, los mítines, son las formas en que las masas deben expresarse en sus luchas contra el capital...

El destino de la Revolución se liga íntimamente al destino de la propiedad privada, que sólo podrá ser superada por la acción revolucionaria de las masas. Ningún otro método de lucha podrá liquidar ese fundamento del régimen capitalista...

El programa de la insurrección en su integridad sólo podrá ser realizado por los obreros y campesinos en el poder...Este poder no puede ser otro

que el Obrero y Campesino, que organice la sociedad sobre bases colectivistas...

El Congreso Nacional de Trabajadores, es un paso hacia la obtención de un Parlamento Obrero que superando la estructura jurídica democrático-burguesa abrirá el camino hacia el Gobierno Obrero y Campesino...

De ahí que la lucha anti-capitalista y anti-imperialista que comienza en el marco nacional se profundiza en lo nacional y también se extiende en lo internacional, adquiriendo el carácter de permanente en ambos sentidos. La consigna que tiene validez es la de los Estados Unidos Socialistas de Latino América... (7)

Tan extremo planteamiento provocaba la típica reacción de la tendencia derechista que la COB esperaba. El 18 de septiembre, cual toro enfurecido, la derecha expresó sus puntos de vista sobre la revolución y su opinión sobre la COB, a través del viejo órgano oficial del partido, *En Marcha*.

El 12 de septiembre de 1952, el periódico *Rebelión* publicó una declaración de principios francamente comunista, a nombre de la COB; un hecho crítico para el país y para el futuro de la revolución nacional; por lo que el MNR tuvo que declarar ante el público tanto nacional como internacional lo siguiente:

Que el Movimiento Nacionalista Revolucionario es en su esencia un partido Nacional y en consecuencia contrario al Comunismo Internacional.

Que el mencionado programa ideológico de la Directiva de la Central Obrera Boliviana es contrario al sentimiento nacional y al de los trabajadores en particular, ya que éstos son bolivianos, naciona-

listas, con profundo sentimiento religioso cristiano y, por tanto, enemigo del comunismo materialista y ateo.

Que noventa por ciento de los obreros son nacionalistas y pertenecen al MNR; en cambio los dirigentes de la COB son en su mayoría elementos comunistas de todas las Internacionales: POR, PIR y Partido Comunista...

Que el problema de Bolivia es de carácter nacional y de lucha excluyente de clases sociales que es el principio-comunista.

Que el programa del MNR postula la nacionalización de las minas, de los ferrocarriles y de todos los servicios públicos, exigiendo a las empresas el pago de lo que adeudan al Estado por incumplimiento de leyes impositivas, sociales y sobre cambios, respetando los convenios internacionales y el derecho de propiedad.

El MNR considera que en el país debe fomentarse el espíritu de empresa entre los bolivianos y también atraerse capitales extranjeros...Consiguientemente no acepta lo afirmado por la Directiva de la COB en cuanto a la supresión del comercio y la empresa privada...

Que contrariamente a la disolución del ejército, tal como lo sostiene la Directiva de la COB en su declaración, el MNR plantea la necesidad de reorganizar el Ejército Nacional...

Que la Directiva de la COB, siguiendo una consigna internacional, pretende desarrollar una política antiboliviana en favor del imperialismo Ruso-Soviético...

...El MNR reafirma su posición absolutamente adversa a todo imperialismo que pretenda esclavizar a Bolivia y salva su responsabilidad histórica ante el país, como Partido Nacional contrario a toda ingerencia extranjera... (8)

Después de este intercambio público, ya no caben dudas acerca de la división interna del MNR en el sentido más fundamental de la palabra; como también acerca del abismo entre la derecha y la izquierda. En su afán por frenar mayores enfrentamientos de este tipo y por erradicar las luchas ideológicas públicas, el Comité Político Nacional del MNR, bajo la dirección de Paz, hizo la siguiente declaración:

El CPN del MNR, notifica a los militantes del Partido que el único organismo autorizado para emitir manifiestos, votos y otros documentos en nombre del MNR, es el Comité Político Nacional estando absolutamente prohibido hacerlo a militantes, grupos, Comandos Departamentales o Especiales, en asuntos que no se refieran a las atribuciones privativas de su organización o régimen interno. La contravención a las presentes disposiciones dará lugar a la aplicación de las sanciones previstas en los Estatutos... (9)

En ese contexto, la declaración del Comité Político no fue sino un velado ataque a la tendencia derechista del MNR. El documento de la izquierda obrera hablaba en nombre de la COB y no del partido. Con las reglas de juego del cogobierno, la COB podía continuar haciendo declaraciones independientemente. En cambio, los derechistas lo hicieron a nombre del partido y, a través de su órgano oficial. En realidad, lo que pretendía con ésto el Comité Político Nacional era advertir a la tendencia derechista que se contenga y arme de paciencia. Lo hizo con la finalidad de reducir la escalada del conflicto público y negar municiones a la izquierda no-movimientista, la que estaba empujando a la COB a inclinarse por una dirección más extrema, cuando advirtió que los

derechistas planeaban una contrarrevolución burguesa.

Yo pienso que la declaración del Comité Político Nacional revela que el centro pragmático estaba consciente de que si el partido estaba dividido también lo estaba la COB -y, en efecto, no se equivocaba-. La COB incluía una infinidad de posiciones que desafían toda categorización sea de la derecha, del centro o de la izquierda. En términos generales, se puede decir que las organizaciones de empleados -que en verdad hubo un buen número- sostenían básicamente una postura de clase media, pero con el ingrediente adicional de lograr una redistribución que los favoreciera. Obedecieron a una orientación más económica que política. No obstante, el POR, el PIR y el flamante PCB (Partido Comunista de Bolivia), cuya base eran los sindicatos más específicamente obreros, planteaban, por principio, temas políticos de mayor alcance. Había ásperas divisiones entre ellos, y los temas de conflicto fueron las antiguas diferencias personales e ideológicas que los separaban desde fines de la década de 1930 y durante la década de 1940. Sin embargo, cada uno a su manera se tuvo que enfrentar a una serie de graves problemas en torno a la posición que debían adoptar de cara al MNR y frente a la tentación de arrebatarse la revolución. Para muchos, fue una tentación irresistible y dejaron oír su voz para reclamar una revolución socialista inmediata.

En medio de todo ello se erigió la avasalladora personalidad de Lechín, apuntalada por la poderosa FSTMB y sus antiguos aliados del POR; y, entre ellos, un buen número se fue alejando de la posición central de ese partido, para identificarse progresivamente con la posición de Lechín, por considerarla más "realista". La postura de Lechín se basaba en el viejo postulado entrista de que el proletariado no era, ni lo suficientemente grande, ni poseía el nivel de conciencia necesaria para tomar el poder y utilizarlo por sí sólo. Si se precipitaba, podía ser destruido y garantizaría el gobierno a la pequeña burguesía. Por lo tanto, era mejor que la izquierda construya su propia base y la utilice dentro del MNR para radicalizar su posición a favor de la izquierda,

tarea que se vió facilitada gracias a la presencia del centro pragmático que supuestamente respondería al estímulo izquierdista. A la larga, la izquierda alcanzaría una posición predominante y el gobierno naturalmente pasaría a manos de la izquierda y, dadas las condiciones objetivas de ese momento, se impondría el socialismo. (10)

Lechín y sus aliados manejaban la COB sin mucha dificultad. Un documento público firmado por la dirección de la COB, a través de sus representantes, el Ministro de Trabajo Butrón (autorizado por la COB) y el propio Lechín, fue signo de la predisposición del líder cobista de nutrir al MNR y transar con él:

Los Secretarios Ejecutivos y General de la COB declaran que la publicación que bajo el título de: **"Posición Ideológica de los Trabajadores de Bolivia"** ha aparecido en el periódico **Rebelión**, no es sino un proyecto preparado por una Comisión y no traduce el pensamiento oficial de la COB, el cual será acordado en el próximo Congreso de esta Organización...(11)

En efecto, en sus respectivas declaraciones, la tendencia del centro pragmático del MNR y el núcleo de la COB pusieron de manifiesto su resolución de llamar al orden a sus mutuos disidentes e iniciar negociaciones entre ellos, con objeto de evitar una ruptura definitiva. En esa coyuntura, las reglas del juego eran definidas por Paz y Lechín. Pero como se lee claramente en la anterior declaración de la COB, si bien la línea dura expuesta en el periódico **Rebelión** no fue la posición oficial de la COB, bien podía llegar a serla.

La situación de la tendencia centrista del MNR fue obvia. El apoyo de la COB para impedir una contrarrevolución era necesario, en tanto que los disidentes no movimientistas de la COB plantearon una nueva amenaza. El MNR necesitaba estar seguro de la lealtad de la COB; y, para ganar ese apoyo, y paralelamente aislar a la izquierda no movimientista,

convenía reforzar el predominio de Lechín en la COB. Para lograrlo, el partido tuvo que acceder a la voluntad de la izquierda, pues las aspiraciones de Lechín fueron abiertamente izquierdistas, lo cual demuestra que la lógica difundida por Lechín para conservar el apego de la COB fue, en efecto, acertada. Con ello se estaba delineando un vago perfil de lo que hubo de ser un eje de centro-izquierda en torno a Paz y Lechín.

Con la declaración del Comité Político Nacional, el co-gobierno y las relaciones amistosas entre Paz y Lechín, la derecha vio materializar sus temores iniciales con relación a Paz Estenssoro. Temor que finalmente cobró la forma de oposición. En círculos internos del partido, este sector lanzó advertencias sobre el peligro inherente que suponía el estar ascenso de Lechín y de la COB. Con el paso de los días, su débil posición frente a la COB se hizo cada vez más patente. Como admitiera más tarde un miembro de ese grupo, un elemento clave de este cambio de posición fue la respuesta de Paz ante la presión pública que ejerció la COB y sus milicias sobre el MNR.

Organizada la COB y realizados dos o tres grandes desfiles, en los que aprovechó Lechín muy bien la euforia revolucionaria de los obreros, pronto se notó que el Presidente Paz Estenssoro, quedó completamente ganado al lado que iba a comunizar al MNR y a su gobierno... (12)

Aún antes de que la izquierda obrera pusiera de manifiesto su poder a nivel de objetivos concretos, ya lo había hecho a nivel del gobierno político y de la estructura partidaria. Una cantidad de notables dirigentes de la derecha, con impresionantes credenciales por su lucha durante el Sexenio, fueron reemplazados por miembros de la COB en puestos claves, cuyos credenciales ante el MNR estaban lejos de causar impacto alguno. La derecha reaccionó enconadamente ante este hecho, pues consideró que los revolucionarios, cuya trayectoria había sido probada y real, fueron sustituidos por

sujetos que llegaron tarde. Detrás de esa reacción no sólo hubo enojo por la pérdida de posiciones claves de poder, a favor de los izquierdistas, sino por el hecho mismo de perder los puestos. Como señalé antes, la política de "pegas" fue un elemento importante dentro de la dinámica política boliviana durante gran parte del presente siglo; y la insurrección no originó cambios fundamentales en las condiciones económicas que alimentaban esa tendencia. Es decir, a los temas ideológicos que separaron a la tendencia izquierdista de la derechista, se añadió el problema, igualmente penoso, de las "pegas". Basándose en su buena fe como miembros antiguos del MNR y fieles al partido, en las buenas y en las malas, los elementos originales del partido consideraban que las "pegas" más altas les correspondían por derecho propio. El sentimiento de los "veteranos" desplazados por una ola tardía de oportunistas afectó incluso las posiciones apadrinadas de segunda, tercera y cuarta categoría. (13)

A principios de año, los derechistas sufrieron otro golpe importante. Por las razones que fuere, Paz cerró el periódico *En Marcha*. Con la pérdida de ese órgano informativo la tendencia derechista del partido quedó sin su único medio autorizado de presentar su postura ante el público. Para reemplazar al periódico *En Marcha* se creó uno nuevo y oficial: *La Nación* que, según la derecha, contó con una redacción izquierdista. Los derechistas se consideraron a sí mismos como las víctimas de una política sistemática de aislamiento y mutilación.

Hacia fines del segundo trimestre de 1952, los dirigentes de la tendencia derechista mantuvieron conversaciones entre ellos, sobre la necesidad de tomar medidas más drásticas. Encontraron simpatizantes entre los oficiales del ejército más descontentos y entre miembros de la policía, todos ellos irritados ante la declinación de sus instituciones y el consecuente surgimiento de milicias de obreros y del partido. Paralelamente comenzó a resonar el campo, y el temor a levantamientos campesinos empezó a perturbar la mente de los grupos medios. La reforma agraria se convirtió en un

importante y explosivo tema para el partido. Luego de mostrar una vacilación inicial y de ciertos intentos esporádicos por frenar las invasiones de tierras por parte de los campesinos, la fracción centrista del partido giró gradualmente hacia una posición más favorable a una reforma radical. Los acontecimientos estaban yendo demasiado lejos y la tendencia derechista se vió obligada a actuar.

En la mañana del 6 de enero de 1953, el Ministro de Asuntos Campesinos fue secuestrado, como prólogo a un golpe de estado. (14) Hacia el medio día, ya era de conocimiento público que muchas de las prominentes figuras del partido junto a oficiales del ejército y de la policía habían provocado una revuelta. Los "golpistas", declararon su propósito de impedir que los comunistas tomen el poder, de revertir el poder de la COB y de recobrar los principios nacionalistas. Pero, hacia el atardecer ya se hizo evidente el fracaso de la intentona golpista. En una última tentativa por defender sus posiciones, muchos de los conspiradores desertaron y declararon su lealtad a Paz. Las fuerzas derechistas habían fallado e ingresaron en escena los izquierdistas.

La COB convocó a las milicias de obreros y campesinos a una movilización general a nivel nacional. En la mañana del 7 de enero, se llevó a cabo una masiva manifestación auspiciada por la COB. Los manifestantes exigían la reforma agraria inmediata e irrestricta. Y el hecho de que se nombrara una comisión para redactar el decreto de reforma agraria el 20 de ese mes, luego de varios meses de constantes postergaciones, no fue mera coincidencia. (15) Los manifestantes pidieron asimismo las cabezas de los golpistas. A través de las clamorosas demandas de la COB, se escucharon también las voces de la línea del POR que exigía la destrucción total del ejército, la provisión de armamento a toda la población y la declaración de su, largamente sostenida, fórmula de "gobierno-obrero-campesino". Paz y su camarilla tenían problemas y lo sabían. (16)

Para detener la amenaza de la izquierda no movi-

mientista, Paz tomó medidas contra los derechistas, pero con tal moderación que para comprenderlas es necesario admitir una profunda renuencia de su parte. Si bien tenía la voluntad de cultivar relaciones y, en la práctica, de asimilar a la izquierda, Paz no deseaba en absoluto ponerse totalmente en sus manos. Pese a los reclamos de castigos sangrientos, Paz se mantuvo en una postura benigna. El gobierno disolvió a los Grupos de Honor y degradó y exilió a muchos de los principales conspiradores. No hubo derramamiento de sangre y la participación de algunas figuras claves en el intento de golpe fue encubierta. Paz siguió oponiéndose a las demandas de destrucción completa del ejército. (17)

Como resultado del fracasado golpe, la tendencia derechista se ausentó temporalmente de la vida política. El incipiente eje centro-izquierda comenzó a operar. En un sentido real, la fuerza motriz de la revolución durante esa etapa fue la izquierda obrera. Los cuatro primeros años del período post-insurreccional correspondieron a la COB y a los obreros. A las grandes reformas a favor de los trabajadores, se añadieron otra serie de medidas aprobadas en respuesta a sus exigencias y con la esperanza de garantizar su apoyo al MNR. Entre las medidas se incluían aumentos de sueldos, bonos, protección contra despidos, control sobre arriendos, límite de precios, subvención de pulperías y una serie de medidas sobre seguridad social y otros aspectos de "consumo". Por otra parte, se recontrató a los trabajadores que fueron despedidos y el gobierno intervino, a nombre de los trabajadores, en las discusiones sobre salarios, con las gerencias de las empresas. Los dirigentes laborales fueron promovidos a importantes puestos de gobierno y de partido. Los campesinos también se beneficiaron enormemente (quizas más) a través de la protección contra impuestos, inversiones rurales y otros. Sin embargo hay que decir que, durante este período y hasta 1956, fueron los trabajadores y la COB quienes surcaron en el mar. A través de sus exigencias al gobierno y de la cobertura de prensa, los obreros tomaron conciencia de que, después de muchos años de negativa y oscuridad, los trabajadores, con sus problemas, exigencias y poder, predominaron

en la conciencia nacional de Bolivia. Tan poderosa fue la imagen que crearon, que la figura de Lechín creció a niveles que rivalizaron con la de Paz. Entre los dos -Paz y Lechín- simbolizaron la revolución y empujaron cualquier otra figura estelar anterior o potencial. (18)

Dentro del contexto posterior al golpe, la posición del centro pragmático del MNR -a despecho de la imagen de Paz- tuvo que usar todos los medios a su alcance para mantenerse en una posición formal de poder dentro del gobierno y del partido. Gran parte de las energías de esta tendencia se consagraron a sujetar, aunque sólo fuera con una rienda no muy tensa, la izquierda, a fin de evitar que se desborde completamente del partido. Los que quedaban del núcleo movimientista adoptaron una postura jacobina, radical y retórica, pero predispuesto a una construcción permanente para cuando la presión de los de abajo sea menor o pueda controlarse. Por entonces, su posición fue comparable a la de un jinete en un caballo desbocado, que prefiere mantenerse así hasta que el animal se canse, antes de correr el riesgo de saltar.

Este papel jacobino no sólo fue fruto del temor a una corriente izquierdista desenfrenada, sino también de la necesidad de construir una base de defensa para frenar una contrarrevolución. Con la experiencia de Siles, Busch y Villarreal, el núcleo movimientista recordaba más bien lo vulnerable que podía ser un gobierno predispuesto al cambio, si no estaba firmemente apoyado en una base de masas. Considerando que dicho núcleo no controló directamente esa base, no tuvo más remedio que mantenerla en línea, respondiendo a las exigencias de gratificación por parte de sus miembros ordinarios, al igual que a las demandas de poder de los líderes y los beneficios resultantes del mismo.

A medida que se mitigó la amenaza de una intervención externa (espectro que nuevamente sería erigido por la aventura guatemalteca, donde el gobierno izquierdista fue destronado por exilados apoyados por EEUU), la falange boliviana comenzó a hostigar con más fuerza. La posibilidad real

de una amenaza seria por parte de la FSB y la necesidad de apoyarse en la COB para no perder su respaldo fueron más patentes a principios de la década de 1950, y fue impulsada por una de esas dinámicas de conflicto tan peculiares de las que se impregna toda situación revolucionaria. Si bien comenzó siendo un movimiento de reforma, dirigido y apoyado por la pequeña burguesía urbana, el MNR observó consternado cómo dicha base de apoyo inicial vacilaba y poco a poco se mostraba pasivamente hostil o francamente a favor de la FSB.

Las primeras razones fueron esencialmente aquellas que motivaron el golpe del 6 de enero. La profundidad y naturaleza de los cambios implementados fueron mucho más allá de las expectativas de la clase media. La posición radical de la COB, la creciente imagen de su poder y la eficacia de sus exigencias, plantearon una grave amenaza al mundo de la clase media dependiente. Además, el espectro de una gigantesca ola indígena también generaba temores. Por último, la Bolivia revolucionaria se encontró atrapada en una espiral inflacionaria, que empujó todo lo que había conocido antes. (19) La combinación de todos estos factores hizo que el sector medio se alejara del MNR, en busca de mecanismos para detener el impulso revolucionario.

Pero, ya en acción, la dinámica siguió su propia lógica. La amenaza contrarrevolucionaria obligó al núcleo movimientista a apoyarse más y más firmemente en la izquierda. En un intento de asustar literalmente a la oposición para obtener su asentimiento, la tendencia centrista del MNR y el eje de izquierda de la COB, protagonizaron manifestación tras manifestación de su poderío armado. Milicias de mineros y campesinos fueron llevadas permanentemente a la ciudad en camiones y allí marcharon ante la población, lanzando alocadamente descargas de rifles. Con el saludo de la victoria movimientista, amenazaron a todo el que albergara pensamiento de revertir la revolución. El panorama de miles de indios y obreros armados, bien pudo haber producido el impacto de miedo deseado, pero no sirvió para reafirmar la lealtad del sector urbano medio al régimen.

A tales amenazas se añadió el esfuerzo concertado del gobierno por controlar las actividades contrarrevolucionarias por la fuerza. Los periódicos persistentemente anti-revolucionarios como *La Razón* y *Los Tiempos* fueron saqueados y destruidos por hordas callejeras dirigidas por la COB. El edificio de la redacción de *La Razón*, propiedad de la familia Aramayo, fue simbólicamente convertido en el Ministerio de Minas y Petróleo. Luego de un intento de golpe por parte de la FSB, que incluía un ataque al domicilio del presidente, Paz creó el Control Político ("fuerza de seguridad del Estado"), a quien dio la responsabilidad de aplastar las rebeliones derechistas. (20) Una vez descubiertos, a los conspiradores se los encarceló y envió al exilio y se establecieron centros de detención que la oposición etiquetó de "campos de concentración", por aquellos días, rara vez estuvieron vacíos. La violencia mutua, que muy a menudo terminó en asesinatos, fue el pan de cada día.

Aunque se justificaban a través de la tradición "constitucional" vigente, el MNR y la COB acosaron a todos los grupos de oposición y, en la práctica, impusieron un gobierno unipartidario. El control de la contrarrevolución fue frecuentemente indiscriminado y lo sufrieron tanto culpables como inocentes. Asimismo, hubo casos en que se hicieron acusaciones políticas que sólo eran venganzas personales. Esa situación de vida no es atractiva, en general, para una clase media cuya mente se rige por la seguridad -especialmente cuando carece de los medios para defenderse.

Aunque trágicos, estos aspectos no deben sorprender al estudioso de la revolución. Si se tienen en cuenta la dimensión de los cambios y el relativamente corto lapso en que se dieron sin mencionar la cantidad de odio acumulado que envenenó al país, lo que sí sorprende es la relativa benignidad de este proceso revolucionario. Si bien la violencia contrarrevolucionaria fue enfrentada con represión también violenta, Bolivia no fue un reino del terror. Ni la oposición ni el conjunto de las clases sociales fueron sistemáticamente eliminadas o expulsadas del país. La represión se

reservó fundamentalmente para los conspiradores activos y aún éstos sufrieron sólo encarcelamientos o exilios temporales. Aunque reales, los aspectos autoritarios nunca fueron regla declarada. Las normas de constitucionalidad, oposición legítima, posibilidad de sucesión, etc. fueron respetadas como parte de la retórica pública. A ningún partido, ni siquiera a la FSB se le negó existencia legal. (21)

En la medida que el centro del MNR podía poseer un modelo revolucionario hemisférico, ése era el de México. Como dijo un dirigente: "Queremos hacer una revolución mexicana, pero sin los 10 años de Pancho Villa". (22) Pese a que la situación en Bolivia fue violenta, cuando menos hasta ese momento, el país evitó toda semejanza con la mortífera violencia que destruyó México.

Empero, en ciertos lugares se corrió el riesgo de provocar un baño de sangre al estilo mexicano, debido a que, en ocasiones, las milicias obreras y campesinas se tomaron la justicia revolucionaria por su mano. En un momento dado, los miembros cobistas de las milicias acusaron, no sin razón, a las universidades de ser centros de actividad contrarrevolucionaria y tomaron el control de prácticamente todas en el país. La COB tuvo la pretensión de transformar las universidades "oligárquicas" en universidades "populares". Se llegaron a crear unos cuantos institutos superiores populares, pero, a la larga, el centro del MNR ayudó a restablecer la autonomía universitaria y las universidades siguieron siendo centros de actividad contrarrevolucionaria.

Los gestos de moderación hacia la tendencia derechista del MNR, la oposición y de cara a las normas constitucionales, no fueron casuales. Pues, como señalé anteriormente fueron equiparados con una restricción análoga en lo que se refiere a la enarbolación de símbolos de legitimidad, estilo, forma y retórica. El que en Bolivia no se hubiera desarrollado un estilo revolucionario cabal puede estar relacionado con muchos factores; pero, sin duda, una de las razones fundamentales fue el hecho de que cuando todo hubo sido

dicho y hecho, los miembros originales del MNR no fueron revolucionarios apasionados. En los hechos y el estilo de la Revolución Nacional Boliviana hubo y aún hay una serie de contradicciones básicas. Y esa constante disparidad es prueba de que, a pesar del creciente poder de la COB, la tendencia centrista pudo mantener la corriente revolucionaria dentro de ciertos límites. Además, con la ventaja de poder mirar hacia atrás, vemos que la permanente fuerza impulsora de la izquierda obrera habría chocado, tarde o temprano, con las metas desarrollistas de la élite reformista de clase media del MNR. Había un límite en cuanto al alcance de lo que la tendencia centro-pragmática podía ceder.

La Revolución Nacional: 1956-1960

Dentro del desarrollo de la revolución nacional, 1956 fue un año importante. Acorde con su propensión a no romper totalmente con el pasado, el MNR llamó a elecciones con la intención de constitucionalizar la revolución en un marco político democrático. La diferencia más tangible con el antiguo sistema, en que el voto estuvo restringido, fue que en estas elecciones participarían todos los adultos. Es seguro que el MNR colocó las cartas a su favor y nunca pensó seriamente en perder. A pesar de ello, se permitió a los partidos opositores presentar candidatos y se les dejó un espacio relativamente libre para sus campañas. El MNR estaba deseoso de constituirse en el partido semioficial, pero se mostró reacio a optar por el camino de la dictadura personal o partidaria. Como se preveía, el MNR barrió con todos en las elecciones, pero la FSB logró un gran porcentaje de votos en todas las principales ciudades, lo cual, a su vez, fue signo de que los resultados fueron bastante veraces. Y lo que es más importante, el voto falangista confirmó el abandono al MNR por parte de la mayoría de su electorado de clase media. (23)

La división entre derechistas e izquierdistas den-

tro del MNR, temporalmente mitigada por el golpe abortado de 1953, volvió a hacerse evidente durante la convención preelectoralista del partido, pero en esa ocasión tuvo un carácter particularmente fastidioso. Walter Guevara Arze, uno de los dirigentes más sobresalientes del partido y que antes se mantuvo al margen de la tendencia derechista, atacó abiertamente a Lechín, a la COB y a la FSTMB, cuando los acusó de ser aventureros izquierdistas que estaban conduciendo a la revolución a la ruina. (24) Fue un campo de batalla errado, pues Lechín y la COB controlaron la convención y pudieron introducir una moción oficial del partido, donde condenaron las acusaciones de Guevara y lo presionaron para que renunciara al Ministerio de Asuntos Exteriores. (25) Con esto se provocó un conflicto que casi culmina en la destrucción del partido y que dejó a una gran parte de la tendencia centrista del MNR hecha pedazos.

En un esfuerzo por mantener la unidad, los dirigentes crearon un programa de compromiso, cuando postularon a Hernán Siles Zuazo, segundo jefe del partido, como candidato presidencial y a Ñuflo Chávez, el Ministro de Asuntos Campesinos y alto miembro de la COB, como candidato a la vicepresidencia. Aunque a Siles se lo consideró simpatizante de la derecha, ante todo fue una de las fuerzas unificadoras del partido. (26) A Chávez, antiguo miembro del POR, se lo incluyó como representante de la izquierda obrera. El hecho de que un conocido miembro de la COB fuera llevado a la candidatura vicepresidencial fue una aprobación tácita del poder de la izquierda obrera. Además, la COB estaba en condiciones de preparar listas congresales a fin de garantizarse una mayoría en el congreso, además de aumentar su representatividad en el núcleo jerárquico del partido. Y sólo la amenaza de renuncia que hiciera Siles, a último momento, sirvió para que la línea dura de las tendencias derechista y centrista del MNR, logran cuando menos algunos escaños en el congreso y posiciones dentro del partido. Siles manifestó públicamente su intención de institucionalizar la revolución, es decir, trasladarla de su fase destructiva más o menos anárquica a una más constructiva y ordenada. Consiguientemente, Siles se estrenó

como Presidente y Paz se ausentó a Londres para ocupar el cargo de embajador.

Aún antes de que Paz desapareciera de escena, el MNR tenía como tarea primordial contener la inflación, pues la consideraron económica y socialmente destructiva. Con ese propósito, el MNR buscó ayuda del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del gobierno de los EEUU. Ambos señalaron que cualquier tipo de ayuda, tendría que basarse en la aceptación por parte de Bolivia de las recomendaciones de una comisión conjunta EEUU-FMI. El gobierno de Siles aceptó y se redactó un programa en base a las sugerencias de George Jackson Eder, representante estadounidense del FMI. Fiel a su palabra, Siles anunció la aceptación del plan inmediatamente después de su investidura y, en ese mismo momento, comenzó una lucha que se prolongaría hasta el final de su periodo presidencial.

El plan se basó fundamentalmente en dos principios: (a) un estricto congelamiento de los salarios y beneficios suplementarios y (b) un retorno a los principios de la libre economía. Dado que la COB quiso evitar acusaciones en su contra por respaldar la inflación, anunció una cautelosa aprobación del plan, previo un adecuado aumento de salarios antes de su implementación. Sin embargo, cuando se puso en práctica, fue evidente que el plan habría de impactar duramente en los beneficios acumulados por la clase obrera durante los cuatro años anteriores. El gobierno anunció su intención de eliminar los subsidios de alimentos y suprimir el apoyo estatal a las pulperías. (27) Esta última medida hubiese tenido especial impacto en las minas, donde tales pulperías fueron un elemento significativo de los salarios reales de los mineros. (28) Cuando la COB se dió cuenta de la verdadera dimensión del plan, reaccionó violentamente y el MNR se precipitó en su crisis interna más grave desde 1953.

Bajo amenazas de paros laborales y de una huelga general, Siles recurrió a una variedad de medidas defensivas. Capitalizando su extraordinaria popularidad personal, como el hombre que condujo la revolución de 1952, desapasionada y

eficazmente exhortó a la disciplina y sacrificio revolucionarios y acompañó esa súplica de una serie de huelgas de hambre y amenazas de renuncia. Nadie quería contemplar los resultados de una renuncia presidencial y, por lo tanto, sus tácticas contribuyeron a contrarrestar a la oposición y a inculcarle el temor de estar precipitando una confrontación. Al mismo tiempo, Siles hizo todo lo posible por dividir a la tendencia izquierdista del MNR y destruir el poder personal de Lechín sobre la clase trabajadora; lo que logró con un éxito sorprendente.

Al actuar sobre las viejas diferencias personales e ideológicas entre miembros del PIR y del POR, Siles abrió una profunda herida en la unidad de la COB. Mediante una astuta manipulación de los ministerios laborales, sedujo a una serie de destacadas figuras de la COB y los convenció de evitar a Lechín. El hecho de que los programas destinados a estabilizar la economía no tuvieran un impacto uniforme en todos los sectores laborales facilitó dicha manipulación. Entre 1952 y 1956, los más beneficiados fueron los mineros y, por lo tanto, quienes corrieron más riesgos de perder después de 1956. Los demás sectores comprendieron que el impacto de las medidas sobre ellos no sería muy grande y que quizás lograrían ciertas ventajas. Como resultado de esto, la COB se dividió y surgieron dos ejes, uno favorable al POR y a Lechín y cuya base estaba conformada fundamentalmente por miembros de la FSTMB; y otro favorable a Siles y expiristas, respaldados esencialmente por los ferroviarios y los fabriles. Este último grupo se autodenominó "bloque reestructurador de la COB" y fue el protagonista de permanentes ataques a Lechín. En la práctica, hubo dos COBs en ese momento.

Luego de una frustrada convocatoria a huelga general, el 1 de junio de 1957, Siles amplió su ataque a la base de Lechín. A través del Ministerio de Gobierno, presidido por el estadista José Cuadros Quiroga, Siles empleó las mismas tácticas divisionistas aún en las minas. Siles avaló a dirigentes y organizaciones en su ataque a Lechín y sus seguidores. Esto originó una situación de anarquía en las mi-

nas, donde se experimentó una dura violencia y muertes generalizadas. Después de una lucha particularmente encarnizada, en 1959, Siles dejó de lanzar ataques y convenció a Cuadros de que aceptara un puesto diplomático. Hay quienes afirman que con ello, Siles perdió la oportunidad de darle el golpe de gracia, al ya considerablemente debilitado Lechín. (29) Sea como fuere, es probable que, temeroso de una franca división, Siles retrocediera, pues incluso cedió un poco ante las exigencias salariales y mantuvo las pulperías de los mineros. Pero, es evidente que no estaba dispuesto a claudicar totalmente; ya que puso a Guevara en lugar de Cuadros en un ministerio clave: el Ministerio de Gobierno.

La reaparición de Guevara en un puesto de tanta jerarquía no fue casual, sino parte de un plan de rehabilitación general de los dirigentes que la COB etiquetó de derechistas, incluyendo algunos que se destacaron en el golpe de 1953. Luis Peñaloza y Jorge Ríos Gamarra, por ejemplo, recuperaron altos puestos gubernamentales y de partido. Muchos de estos miembros de la vieja línea se agruparon en torno a una fracción oficial del partido denominada "La Defensa del MNR". Dicha fracción, junto al bloque antilechinista de la COB, fueron la columna vertebral de la lucha de Siles contra Lechín y los miembros más radicales de la COB. Táctica que se mostró efectiva cuando, en 1958, los lechinistas perdieron el control del partido y del congreso. (30) Como respuesta, los izquierdistas se refugiaron en los sindicatos y en las organizaciones partidarias locales.

El resultado político de las maniobras conducidas por Siles fue la reducción definitiva del poder e influencia de la izquierda obrera, especialmente aquella relacionada con los mineros y el ya antiguo eje Lechín-POR. Consecuentemente, en el partido se produjo un giro centro-derechista. Si bien esta nueva coalición fue oficialmente sólida, de ninguna manera fue la dominante. Era, sobre todo, una estabilización del poder político. El resultado fue un empate entre derecha e izquierda. La situación fue algo similar a la experimentada inmediatamente después de la insurrección de 1952. La

izquierda volvió a fijarse en Víctor Paz en busca de soluciones.

Un resultado imprevisto de la lucha fue el resurgimiento definitivo de la influencia de las líneas duras del trotskismo y comunismo (PCB y no PIR) en los principales campamentos mineros. Lechín y su camarilla de extrotskistas empezaban a ser atacados tanto de frente como por detrás. Gran parte de la postura radical adoptada por Lechín en este periodo se puede atribuir a esta reacción dentro de su propia base tradicional de poder. Realmente Lechín se vió en la posición en que muchas veces había puesto a otros, la de ser presionado desde abajo hacia una línea radical, principalmente para mantener su propia posición oficial. El temor de que los mineros rompieran con el MNR al encontrarse sin Lechín, probablemente estuvo por detrás de la decisión de Siles de disminuir las presiones contra el líder sindical.

Hubieron otros importantes aspectos en las luchas del período Siles. El primero, fue la pretensión de Siles de arrebatarse a la izquierda las principales zonas de apoyo campesino. Pero como este tema es complejo, lo analizaremos más adelante; por el momento hay que destacar que Siles logró un considerable apoyo en el valle de Cochabamba, por todos conocido como el área más estratégica. Y fue Siles quien incluyó a un campesino por primera vez, en el gobierno nacional cuando nombró a José Rojas como Ministro de Asuntos Campesinos, lo cual se tradujo en una actitud crecientemente anticobista por parte de los sindicatos cochabambinos, y, por primera vez, el gobierno amenazó con utilizar milicias campesinas para romper las huelgas no autorizadas. Con Siles surgió una creciente división entre el obrero y el campesino, como fuerzas políticas, ambos con motivaciones cada vez en mayor desacuerdo.

La segunda acción relevante de ese gobierno fue la decisión de Siles de reconstruir el ejército. Con la ayuda de los EEUU, el ejército comenzó a crecer nuevamente, tanto en tamaño como en eficiencia. (31) Y lo que es más importan-

te, Siles volvió a otorgar al ejército una función político-policia1 cuando, en un esfuerzo por detener una guerra civil campesina en el valle de Cochabamba, la declaró zona militar. Como no era todavía lo suficientemente fuerte como para pacificar el área, en la práctica, el ejército intervino junto a José Rojas y así lo convirtió en el líder indiscutible del valle. (32) El fenómeno del surgimiento campesino como actor político nacional agresivo y el resurgimiento de un ejército político, estuvieron íntimamente relacionados.

Finalmente, con Siles cambió la naturaleza de la relación del MNR con los grupos contrarrevolucionarios. Con el paso del tiempo, la amenaza externa a la revolución quedó reducida a proporciones insignificantes y la oposición a descontentos dentro de las fronteras bolivianas. Hacia fines de la década de 1950, fueron pocos, aún dentro de Bolivia, los que creían que todavía era posible volver atrás en la revolución, por lo tanto, el tema fue el rumbo que habría de tomar. La relativa honestidad de las elecciones de 1956 y una aceptable actuación por parte de la FSB abrieron la posibilidad de que la oposición derechista participara en el poder y, hasta cierto punto, a través de medios no violentos. Tales esperanzas fueron fortalecidas por el giro centro-derechista de Siles, quien, disgustado por la pérdida del apoyo de la clase media, comenzó a coquetear con los grupos derechistas de oposición. El plan de estabilización económica fue una de las piedras angulares de ese esfuerzo. Bajo Siles, disminuyó la intensidad de la represión política y hubo una liberalización general del clima político. Con excepción de un último intento quijotesco de golpe de estado, la FSB optó por un *modus vivendi* con el MNR. (33)

Se podría decir que, de acuerdo al patrón izquierdista, durante los cuatro años del gobierno de Siles, la revolución llegó a un punto muerto y luego se inició una reacción jacobina. El sello distintivo del período de Siles fue la estabilización. El impulso izquierdista fue detenido y hubo intento de iniciar un nuevo impulso centro-derechista. La oposición contrarrevolucionaria fue menor y la amenaza de

un poder antirrevolucionario serio se redujo. En suma, se produjo una ruda nivelación del poder político.

El frágil equilibrio de fuerzas logrado con Siles fue inmediatamente puesto en tela de juicio durante la carrera de posiciones para la elección presidencial de 1960. Guevara dejó ver claramente que él aspiraba a la nominación presidencial y que la tendencia derechista del partido lo respaldaba junto a muchos de la tendencia centrista. Contraria a forzar una división, la izquierda obrera convocó a Paz a competir nuevamente, con Lechín como su compañero de fórmula. La tendencia izquierdista fue esencialmente la misma de 1952; y, como reacción a una nueva amenaza de centro-derecha, la COB pudo recuperar gran parte de su antigua unidad. Paz aceptó la invitación y reasumió el liderazgo del partido. En realidad, fue el único capaz de alinear a la masa del partido. Y por lo tanto la lucha pasó al plano de ver quién asumiría la vicepresidencia.

En la manipulación previa a la convención, se hizo evidente que el poder de Lechín estaba lejos de desaparecer. Temiendo una separación de la tendencia izquierdista, tanto Paz como Siles vetaron la candidatura vicepresidencial y presidencial de Guevara, lo cual demostró que la izquierda obrera aún tenía fuerza. (34) Convencido del nuevo giro izquierdista, Guevara actuó rápidamente, abandonó el partido y formó uno propio: el Partido Revolucionario Auténtico (PRA). La mayor parte de los miembros de la tendencia derechista del partido, así como muchos de la fracción de centro se unieron a Guevara. Durante la convención del PRA, los disidentes acusaron a Paz de querer vender nuevamente al verdadero MNR a la izquierda socialista. (35) Sin Guevara, la fórmula Paz-Lechín triunfó sin mayor dificultad. Pero hubo algo proféticamente desagradable que estropeó a la nueva coalición. Paz amenazó con renunciar si no le permitían controlar las listas congresales. A diferencia de las elecciones de 1956, para éstas Paz se aseguró de que la COB no acapararía todo a su favor.

El MNR volvió a barrer en las elecciones, pero sus resultados fueron pobres, una vez más, entre la clase urbana media. (36) Cuando hubieron concluido las elecciones, transcurrió cerca de un año, en el que se mantuvo el equilibrio de poder logrado bajo Siles. Confiada en su posición, la fracción izquierdista no cesó de anunciar que Lechín recibiría la presidencia en 1964 y que así la revolución entraría en su fase final.

CAPITULO XII

Estructura y Proceso de la Política Post-Insurreccional

El éxito de la insurrección de 1952 se debió más al colapso político de la élite del status quo y la debilidad del orden sobre el que se asentaba, que al poder de la endeble coalición revolucionaria. Erigido sobre una base económica precaria y operando sobre una sociedad casi estática, desde 1935, el viejo orden sobrepasó su capacidad de adaptación y sucumbió en el intento. Los protagonistas de la insurrección no tomaron el poder en sentido real alguno; lo que hicieron fue confirmar el fracaso de un poder "legítimo" organizado. Las colosales medidas revolucionarias de 1952-53 continuaron el proceso de destrucción de dicho poder y, con ello, rompieron los tenues lazos con los que Bolivia se había mantenido unida como realidad colectiva. (1) Y cuando terminaba el drama de la destrucción revolucionaria, la élite mo-

vimientista opositora, ostentando los símbolos de poder estatal, tuvo que enfrentarse al dilema de la construcción revolucionaria.

Una insurrección como la dirigida por el MNR entre el 9 y el 11 de abril de 1952 no constituye ni el comienzo ni el fin de una revolución; es sólo parte de un proceso más largo -y quizás el más dramático. Como proceso compuesto, la revolución se inicia cuando la sociedad ingresa en lo que yo he querido denominar "situación revolucionaria".

En la introducción al presente trabajo, he presentado a este proceso dividido en dos fases diferentes. A la primera la he llamado "fase insurreccional", que coincide con lo que generalmente se considera toma de poder; es decir, el momento en que los revolucionarios destronan a la élite del status quo y destruyen el poder y sistema que la acompañan. La segunda se refiere a una redefinición de la imagen del país y a la construcción de un orden revolucionario que, en caso de resultar exitoso, se traduce en un nuevo status quo. Un revolucionario ideal es tanto destructor como creador. No sólo pretende destruir el poder vigente, sino que se propone crear uno nuevo, a fin de rehacer la sociedad a su imagen y semejanza.

Por lo tanto, la situación revolucionaria continua después del momento insurreccional o destructor. Con una insurrección triunfante, la vieja élite y la antigua estructura de poder son hasta cierto punto eliminados del campo de batalla. Empero, el conflicto se mantiene entre las élites revolucionarias y las divergentes concepciones alternativas sobre nuevo orden. A cada paso, se produce una tensión entre las demandas de poder y los valores e imágenes deseadas. Por lo tanto, a medida que las situaciones tácticas cambian se alteran las ideologías, lo mismo que las coaliciones entre grupos. La revolución continúa hasta crear un nuevo status quo, es decir, un nuevo eje matriz autoritario, donde se resuelven las diferencias.

Bolivia ingresó en lo que yo denomino una situación revolucionaria al término de la Guerra del Chaco. Año tras año, la matriz institucional de la Bolivia liberal se hizo cada vez más incapaz de resolver el conflicto social interno. Las tendencias contrarias, en un principio rudimentarias, comenzaron a tomar forma, primero a través de la manipulación de los instrumentos de poder existentes -como algunos sectores del ejército- y, más tarde, a través de la movilización del nuevo poder de masas, las élites opositoras ganaron cada vez mayor credibilidad como amenazas. La élite del status quo respondió aumentando más y más el uso de la fuerza; de modo que, hacia 1949, el país se encontró en un estado de guerra civil. Cuando en 1952 el ejército se dividió todavía más, el régimen tambaleó y acabó por caer. La triunfante insurrección de 1952 llevó a la incongruente coalición del MNR al poder formal. Inmediatamente, se inició una pelea entre las diversas élites opositoras sobre la forma que adoptaría la nueva Bolivia. Es en este punto donde comenzó la segunda y más crítica fase de la situación revolucionaria la que aún se prolonga hasta hoy en día.

Cuando una insurrección revolucionaria ha tenido éxito, por lo general lleva a una profunda destrucción de la autoridad, el control y el orden a nivel estatal. De ahí que las élites revolucionarias se enfrentan no sólo a la tarea de reordenar la sociedad, de acuerdo a imágenes específicas y a una búsqueda de metas concretas, sino que, más premiosamente, enfrentan el problema de conseguir el orden *per se*. La primera dificultad que se les presenta es la de la soberanía. En el presente caso, los problemas fueron: (a) la integridad del Estado boliviano en un mundo de Naciones-Estado; y (b) la autoridad y el poder del gobierno estatal, cara a cara con los diversos componentes internos del Estado.

El problema de la soberanía está íntimamente ligado a las metas elegidas que las élites revolucionarias intentarán realizar en el país; estos objetivos plantean demandas sobre el alcance del poder y control que el orden mínimo va a tener que lograr. Por ejemplo, en la Bolivia prerrevolucio-

naria existía una entidad estatal jurídicamente reconocida. Sin embargo, dado que como país monoprodutor servía de proveedor a los grandes centros industriales, al Estado "nacional" le interesaba gobernar únicamente a una porción mínima de la entidad geográfica boliviana. La mayor parte de la población apenas estaba ligada al sistema nacional, y éste no exigía mucho más que tiempo y energía a la población en general, además de su conformismo y pasividad. El gobierno de las masas fue dejado a los patrones locales o a los sistemas tradicionales, los que podían variar enormemente entre y dentro de las regiones. Hubo grandes extensiones del país donde el gobierno estatal estuvo prácticamente ausente. Por lo tanto, como realidad operativa, el Estado boliviano fue pequeño y un epifenómeno respecto a la entidad geográfica boliviana. Y sólo cuando la Guerra del Chaco puso en evidencia las contradicciones entre Bolivia como entidad estatal y Bolivia como unidad geográfica, la extensión interna de la soberanía estatal comenzó a ser un tema de candente actualidad nacional.

Como fruto de esa revelación, en los jóvenes grupos de élite opositora surgió la aspiración de hacer de Bolivia un estado soberano y una entidad geográfica unificados. Este deseo fue reforzado por el creciente compromiso de varias élites opositoras con el objetivo general de lograr un rápido desarrollo económico. Al confrontar el problema post-insurreccional de establecer un orden interno *per se*, las élites revolucionarias se enfrentaron a la necesidad de lograr un orden verdaderamente "nacional", es decir, un orden donde el Estado fuese el que regule la ley a lo largo y ancho de Bolivia. En cierto sentido, los nacionalistas que tomaron el "control" en 1952 estaban en una situación similar a la de las élites nacionalistas de muchos países subdesarrollados de hoy: poseían los ornamentos del poder estatal y, por lo tanto, debían encontrar la "nación" donde colocarlos.

En este capítulo analizaré el problema de una nueva soberanía y dejaré el tema de las imágenes preferidas y de las nuevas formas para el próximo. No obstante, conviene

subrayar que los objetivos con valor estratégico imponen requisitos con relación al alcance de la soberanía y, por lo tanto, ambos problemas están íntimamente ligados. De cara al análisis, observaré el proceso desde la perspectiva de los problemas que confrontó la élite del núcleo movimientista, en la medida en que trató de establecer su autoridad y redefinir Bolivia en términos del modelo que había elegido. Correcto o no, lo que está claro es que este grupo de élite se consideró creador de una Nación-Estado nueva y moderna, con los valores conceptuales básicos de Nación, Estado y Desarrollo. Por lo tanto, pretendió imponer una soberanía nacional, nueva y real en Bolivia.

El Problema de Construir un Orden Nacional

Las importantísimas medidas revolucionarias auspiciadas por el MNR fueron resultado de presiones políticas, aunque muchos también las consideraron un prelude ineludible para la construcción de una Bolivia más fuerte, más integrada y verdaderamente nacional. Sin embargo, el efecto inmediato de tales medidas evidentemente fue el contrario. Se dió libre cauce a la tendencia hacia la atomización inherente a la Bolivia prerrevolucionaria y se puso en marcha un poderoso movimiento centrífugo.

En capítulos anteriores se ha mostrado que el MNR, como fuerza política "nacional", se dividió en tres grandes sectores de élite, casi inmediatamente después de la insurrección. En consecuencia, se produjo una deflación del poder nacional y el país volvió a formas "inferiores" de organización. (2) El poder de decisión se localizó y/o fragmentó. A medida que los centros de decisión local no autoritarios crecieron, el poder y eficacia del centro autoritario nacional declinó significativamente. La insurrección no llevó a la "toma" del poder estatal, sino a su destrucción.

El proceso centrífugo se puso casi inmediatamente

de manifiesto con la creación de la COB. Bajo la teoría y práctica del co-gobierno, de hecho, se establecieron dos gobiernos -el gobierno estatal autoritario y la COB-. Durante los años 1952-1956 especialmente, el gobierno estatal tuvo la autoridad y responsabilidad de gobernar, pero no así el poder. Por su parte la COB tuvo el poder, pero no la autoridad ni la responsabilidad.(3) No obstante, el proceso de dispersión del poder real no tardó en sobrepasar este simple fraccionamiento dicotómico.

Cuando se produjo la deflación del poder del Estado nacional, lo mismo ocurrió con el control de la élite nacional del MNR. Y, a medida que disminuyó su poder, surgieron, élites locales y sectoriales que posteriormente monopolizaron el control real sobre el comportamiento relevante dentro de los límites de sus respectivos feudos.

El proceso centrífugo originado por la destrucción de la burguesía nacional y el aniquilamiento del marco institucional previo, fue significativamente reforzado, cuando el Estado dejó de ejercer la fuerza como monopolio legítimo. Durante la insurrección, el ejército nacional fue definitivamente derrotado por las irregulares fuerzas populares e, inmediatamente después, su potencia y tamaño quedaron radicalmente disminuidos. En cambio, a lo largo de todo el período previo a la insurrección, la población civil se proveyó continuamente de armamento. Durante y después de la insurrección, esa dispersión de armas en la población civil se aceleró. Al principio, las armas estuvieron fundamentalmente en manos de los simpatizantes del MNR, obreros y clase media; pero, a medida que la revolución se extendía al campo, también los campesinos se armaron. Hacia la década de 1960, hubo una fuente que informó que, de una u otra manera, dos tercios completos de la población masculina estaban armados. (4)

Resulta difícil exagerar la importancia de la aparición de esta población armada. Como proceso extra-institucional, la lucha en torno a las matrices fundamentales que

definirán la legalidad y la justicia en una sociedad tiende a hacer necesaria la fuerza como el principal árbitro de las diferencias sociales en una revolución. Este hecho no se modifica con la eliminación de la vieja élite y su estructura de poder, no importa cuán completa sea, pues el problema de cómo habrá de reorganizarse la sociedad todavía está pendiente en su totalidad. En una sociedad como la boliviana, con una fuerte tendencia al particularismo, el problema es más grave.

La devolución de la capacidad de ejercer fuerza es un fenómeno que adquiere mayor significación en el contexto del "desarrollo" moderno. Bolivia es un país de recursos extremadamente limitados, disponibles para la inversión destinada al desarrollo. Por lo tanto, en el mejor de los casos, una élite que está en pos de un desarrollo económico tendrá que hacer importantes demandas a la sociedad, a su voluntad y capacidad de sacrificio, en nombre de un excedente colectivo para la inversión. Sin embargo, la movilización originada por la lucha revolucionaria se basaba, en gran medida, en la articulación de las demandas originadas por las necesidades reales y percibidas por los grupos que se movilizaron. Como resultado de ello, hubo una tensión natural entre las demandas que la élite desarrollista habría de hacer a la población y aquellas que ésta habría de hacer a la élite y a los recursos disponibles de la sociedad. Con la dispersión de la capacidad de utilizar la fuerza, los grupos movilizados podían respaldar sus demandas, si fuese necesario, con la amenaza del empleo de fuerza, en tanto que la élite desarrollista no podía hacer lo mismo. Más adelante analizaré las consecuencias de este hecho.

El proceso centrífugo fue reforzado todavía más por la terrible y extenuante inflación que hizo presa de Bolivia después de la insurrección (el valor del boliviano se devaluó de 60 por dólar americano en 1952 a 1.200 en 1956). Si bien la inflación no fue un fenómeno nuevo en Bolivia, la intensidad de la espiral posterior a 1952 no tuvo precedentes. La prolongada inflación debilitó la economía del país y desgarró

la delicada estructura socio-psicológica que mantenía unida a la sociedad. La desenfrenada fluctuación del sistema monetario envenenó el carácter de la vida colectiva. La sociedad se hizo impredecible, lo cual dió lugar a una profunda inseguridad en todos los sectores sociales. Grupos e individuos se replegaron en sí mismos y se inició una lucha de todos contra todos. La autodefensa se transformó en la postura pública más generalizada. La defensa marcó el carácter de las relaciones de los grupos con el Estado y entre ellos mismos. En tales circunstancias, el individuo opta por apoyarse en la fuerza y en el liderazgo de las organizaciones locales, puesto que son las más accesibles armas a su disposición para librar la funesta batalla. Los individuos menos capaces de organizarse en esta forma fueron los de la clase media urbana y, por lo tanto, los que más sufrieron. Los obreros y campesinos poseían organizaciones basadas en clases o sectores para defenderse. Empero, a medida que aumentó la presión económica, aún en estos sectores hubo resquebrajamiento y los grupos se vieron obligados a limitarse a organizaciones aún más localizadas dentro de su clase.

Todo sentimiento comunitario originado por el esfuerzo común de 1952 fue destrozado por la inflación. Lo que se hacía para aliviar la presión sobre un grupo, sólo contribuía a avivar el fuego y alienar a los que no recibían ayuda. Por lo tanto, las tradicionales tendencias a la atomización aumentaron considerablemente. Los diversos grupos y sectores de la sociedad llegaron a mirarse entre sí como enemigos y amenazas potenciales y al gobierno con ojos suspicaces, en busca de alguna señal de favoritismo hacia otros grupos.

Las divisiones que se presentaron paralelamente al proceso centrífugo lo hicieron dentro de tres líneas generales: región, clase (o quizás, más exactamente, sector) e intrasectorial. El regionalismo fue siempre un poderoso foco de lealtades en Bolivia. La causa inmediata de esto era la diversidad étnica y geográfica del país. Las tres regiones principales del país -el altiplano montañoso, la región del valle inter-andino y la planicie tropical que se extiende

hacia el oriente- están separadas entre ellas por extraordinarias barreras naturales. La organización de estas regiones se hizo en nueve departamentos, cada uno con su propia capital, desde donde se controlan las regiones que la rodean, tanto económica como políticamente. Si bien estaban ligados al centro por una estructura administrativa napoleónica, los gobiernos municipales eran independientes y elegidos localmente; fueron gobiernos que tendieron a ejercer el poder real en sus correspondientes regiones. (5)

Las capitales regionales, controladas por gobiernos municipales fuertes, fueron para muchos eje de la identidad pública y el límite de su lealtad. En todas las regiones, la noción práctica fue que los pueblos y caseríos remotos pertenecían a la capital del departamento. El grado de regionalismo fue tal que bien podemos decir que, hasta 1952, ningún gobierno central logró jamás establecer una soberanía real sobre toda la unidad geográfica boliviana. Y la prueba más elocuente de esto es que actualmente Bolivia tiene aproximadamente la mitad de la extensión que tuvo en 1825. Además, la rivalidad siempre fue muy fuerte; y cada capital de departamento exigía todos los instrumentos de que estaban provistos los otros. Por ejemplo, aunque pequeñas y escasamente atendidas, con un personal pobre, todas las capitales regionales, con excepción de Cobija y Trinidad, tienen sus universidades propias. Todas las capitales dependen enormemente de los desembolsos del gobierno central para administrar instituciones como éstas. Por lo tanto, había una enérgica competencia regional en torno a los fondos centrales, al mismo tiempo que un profundo resentimiento cuando se producía un evidente avance en una región a costa de otra. Así, las capitales nacionales -primero Sucre y luego La Paz- fueron muchas veces consideradas, en lo esencial, como capitales de departamento rivales que aprovechaban su situación para desarrollarse a expensas de las otras. Este sentimiento jugó un importante papel en la guerra civil de 1898, cuando la sede de gobierno se trasladó de Sucre a La Paz.

En realidad, los diputados y senadores eran envia-

dos a La Paz no para preocuparse de los precios internacionales de estaño o asuntos semejantes, sino para forzar la asignación de una plaza local y cosas por el estilo. Esta disparidad entre las preocupaciones locales y nacionales en el Congreso, sirvió para que los que tenían intereses más globales (por ejemplo, las compañías estañíferas) dieran forma a la política general en su propio beneficio. Las redes de comunicación creadas para servir a la industria del estaño, acercaron a La Paz, Oruro y Cochabamba, pero aumentaron el aislamiento de las otras zonas. No había conexión por carretera entre la capital de Santa Cruz y el resto del país, sino a partir de 1954. Aún hoy, las capitales de los departamentos de Pando y Beni carecen de otro medio de comunicación que el avión o el caballo. (6).

Desde 1952, el regionalismo estuvo siempre presente en los gobiernos revolucionarios. En gran parte del país, aunque la presión regional fue dura, estuvo velada por divisiones y conflictos sectoriales e intra-sectoriales más complejos. Este separatismo regional se hizo más evidente en los exuberantes y potencialmente ricos (aunque escasamente poblados) departamentos del oriente, Santa Cruz y Beni.

Estas regiones, y en particular Santa Cruz, donde el separatismo ya había madurado, presentaron problemas de control muy serios para el MNR. (7) Sin instituciones nacionales capaces de establecer nexos con estas regiones, el MNR intentó lograr su vinculación a través de sus propios mecanismos partidarios y los comandos departamentales del partido cobraron carácter supremo. El problema fue que el partido nacional pronto perdió el control sobre sus organizaciones locales. La organización movimientista nunca estuvo bien desarrollada en esas regiones, pues, debido a su aislamiento del gobierno central, estas organizaciones locales fueron llevadas más allá del control central por caudillos locales que apenas mostraban una ficticia identificación con el partido nacional.

En la práctica, después de algunos años, estas in-

mensas y aisladas regiones fueron feudos personales de dos caudillos rivales: Rubén Julio Castro (que controlaba Pando y gran parte del Beni) y Luis Sandoval Morón (que controlaba algunas zonas del Beni y Santa Cruz). Puesto que el MNR estaba demasiado ocupado con la lucha por gobernar el resto del país, y puesto que estos cabecillas eran por lo menos un nexo partidario nominal con esas importantes regiones, el MNR los dejó actuar independientemente. Para un norteamericano del siglo XX es difícil captar la situación: el 40% de un país estaba bajo el dominio indiscutido de dos individuos. Estos individuos controlaban la economía local, sostenían ejércitos personales, elaboraban leyes y administraban justicia. En realidad, eran príncipes modernos. El poder de ambos adquirió tales características que, muchas veces, libraron batallas entre ellos, cuando, alguno intentaba extender su control hasta las regiones aisladas de los principales departamentos, como La Paz. Los dos se convirtieron en poderosas figuras del partido nacional y del gobierno. Fueron, lo bastante fuertes como para ejercer la iniciativa y el poder de veto sobre la política que les interesaba para sí y para sus regiones. Negociaban independientemente con el gobierno nacional; pues a la larga, las decisiones nacionales se traducían a la política local a través de su voluntad y no la del Estado, el gobierno o el partido.

La segunda separación más importante se produjo a lo largo de líneas de clase o sectoriales. La ideología movimientista declara que el partido es el instrumento de liberación para la nación oprimida; la misma que socialmente estaba dividida en tres grupos principales que compartían un interés nacional común por estar igualmente oprimidos: la clase media, los obreros y los campesinos. La nación estaba oprimida por el centro industrial que ejerció un control económico imperial a través de su representación local: La Rosca. Por medio de estos ejercicios verbales, el MNR redujo una multiplicidad de sistemas paralelos de estratificación altamente complicados, a una gran dicotomía entre opresores y oprimidos. En el papel parecía una teoría formidable pero, como base operativa para la política boliviana post insurrec-

cional, resultó extraordinariamente irreal.

En el capítulo anterior he señalado la división casi inmediata entre la élite de clase media y los sectores de la élite obrera del MNR. Los obreros no tardaron en aclarar que no aceptarían realmente la teoría movimientista de "nación" versus "anti-nación". Este sector se organizó para luchar por sus propios intereses de "clase". La COB exigió para sí y, en gran medida, lo logró, el mismo tipo de iniciativa y poder de veto en sus dominios, que Sandoval Morón y Rubén Julio lograron en los suyos. El ascenso de la COB y la abrumadora inflación aislaron a la clase media, que volcó su lealtad a la contrarrevolucionaria FSB y con ello originó nuevos problemas prácticos de control gubernamental.

Como grupo de interés, la clase obrera fue una cosa, pero el ascenso de la COB como entidad semiestatal fue evidentemente otra. En este caso, una vez más, los ficticios lazos partidarios del MNR encubrieron superficialmente un pasaje del poder real del Estado a instrumentos sectoriales. A través del co-gobierno, el control obrero y las milicias, a quienes el partido controló sólo nominalmente, la COB se definió como una entidad soberana y, en la práctica, lo fue. Al igual que los cabecillas del oriente, Lechín se convirtió en un caudillo que negociaba con el gobierno estatal, a partir de una base de independencia casi soberana. Una vez más, las decisiones que interesaban a la COB se tomaban únicamente con la voluntad y aprobación de esa entidad sindical. El factor que más limitaba el poder de la COB -en sí una organización a nivel "nacional"- era esa potente fuerza centrífuga, bajo cuya influencia la COB iba perdiendo el control sobre sus propios integrantes. La COB también tuvo que enfrentar un grave problema interno de soberanía.

El tercer componente de esta división sectorial fue el campesino indígena. Vista desde una perspectiva a largo plazo, el hecho de que grandes sectores del campesinado se convirtieran en actores políticos potenciales de primera magnitud, fue el resultado más importante de la revolución.

Siguiendo la tendencia general de fragmentación, los campesinos vieron igualmente a los otros sectores como a sus competidores, en lugar de sus aliados en un movimiento nacional. Cuando no optaron por una retirada política, los campesinos se consolidaron en miniestados campesinos, bajo el control de caciques, quienes, al igual que la COB y los caudillos del oriente, monopolizaron la fuerza sectorial, gobernaron el territorio, gravaron impuestos, dirigieron y, a veces, hasta aplicaron sanciones a sus miembros.

Por lo tanto, los tres grandes pilares de la revolución estaban divididos entre ellos y perseguían nociones particularistas e intereses sectoriales. Llegaron aún a ver una amenaza en el otro y posteriormente se enemistaron; la lucha no fue la de grupos de interés rivales. El debilitamiento del poder nacional, la dispersión de la fuerza y la organización espontánea de la unidad, en torno a un poder local concreto, la convirtió en una lucha entre soberanías fragmentadas.

Dentro de esta serie de divisiones regionales y sectoriales hubo otras dentro de los sectores, particularmente durante el período inflacionario. Rubén Julio peleó con Sandoval Morón por el control territorial. Toribio Salas desafió a Rojas por el control de la Confederación Nacional Campesina, en tanto que, en sus respectivas áreas, ambos tenían que utilizar la fuerza para detener los desafíos provenientes de sindicatos rivales. Por último, durante el enfrentamiento con Siles, la COB empezó a desmoronarse. En un momento dado, la división fue tan profunda que un campamento minero luchó abiertamente contra otro. (8)

Desde el punto de vista de un orden estatal nacional viable, Bolivia retrocedió a una situación anárquica. Como estructura de poder formal, el Estado fue cada vez menos importante como perspectiva organizativa. Por debajo de la lucha de fracciones de la élite nacional por el poder formal, se desarrolló una estructura de poder informal que negó los medios formales y, con ellos, al Estado. Lo que ocurrió en

realidad es que el Estado boliviano comenzó a deteriorarse.

Se crearon complicadas organizaciones y burocracias para administrar la Reforma Agraria y la industria estañífera nacionalizada, pero su autoridad era cuestionada a cada paso, de modo que estos dominios de autoridad formal, en la práctica fueron manejados por normas dictadas desde abajo. El complejo sistema judicial tuvo poca importancia, más allá de las fronteras de las principales ciudades. A lo largo de la mayor parte del país, la ley se determinaba ya sea por un consenso basado en costumbres o por la voluntad del cacique.

Superficialmente, Bolivia funcionó más o menos como un Estado monopartidista, un modelo común en los países subdesarrollados. Pero, el centro pragmático del partido, los aspirantes a constructores de una nación, se encontraron presidiendo un partido en desintegración y un Estado en la misma condición. Hacia 1956, el grupo original de apoyo -y el único de apoyo popular-, la pequeña burguesía urbana, bajo la presión inflacionaria y el resentimiento ante el creciente poder de otros grupos, se volcó en contra del MNR y su revolución. Por lo tanto, el gobierno estaba dirigido por una leve capa de la élite de la clase media; con todo, su permanencia en el poder dependía del apoyo de grupos autónomos, organizados y armados sobre quienes ejercían muy poco o ningún control directo. En otras palabras, al capitalizar y favorecer la expansión del conflicto y la movilización de públicos cada vez más amplios, la élite original del MNR pudo "tomar el poder", pero, a partir de entonces, se convirtió en reo de los grupos que fomentaron. Desde la perspectiva del Estado, el problema no fue la desintegración de la estructura de poder como tal, sino el tipo de estructura específica que surgió en su lugar.

Estructuralmente, la élite política nacional del MNR estuvo conformada por un estrato muy endeble y prácticamente carente de nexo con la sociedad en su conjunto. Después de 1952, no existieron grupos con verdadero liderazgo nacional; de ahí que el sistema nacional de la Bolivia con-

temporánea sea aún menos significativo que en el pasado. Los grupos que anteriormente fueran parte de la Bolivia nacional (la burguesía nacional y la pequeña burguesía) quedaron eliminados o progresivamente alienados de las estructuras nacionales oficiales sin una base más efectiva que las reemplace.

De modo que, por una serie de razones relacionadas con la estructura y organización de la Bolivia prerrevolucionaria y la forma en que grupos específicos, como los campesinos indígenas y los mineros, ingresaron en el sistema post-revolucionario, en Bolivia se desarrolló una continua dispersión de la capacidad efectiva de tomar decisiones hacia los centros locales no autoritarios, como los sindicatos obreros y campesinos, etc. A esto hay que añadir el surgimiento de una serie de élites locales diferenciadas, que tenían el monopolio de la legitimidad en sus sectores específicos y, por lo tanto, un monopolio práctico de control sobre el comportamiento político de los subgrupos del sistema. Como resultado de la degradación de los militares y una población armada en 1952, también un cierto monopolio de la fuerza. No hubo una integración ya sea vertical u horizontal de estos centros localizados. De ello es consecuencia una estructura caracterizada por una élite nacional débil con el control nominal de los centros nacionales de toma de decisiones, sin lazos estructurales directos para con la mayoría de la población total. Al mismo tiempo, el proceso revolucionario aumentó tanto la conciencia política como las expectativas de agrupaciones sociales significativas y con ello creó una atmósfera política de fuerte articulación de las exigencias de todos los sectores del país.

Para formular esta situación hipotética en términos más formales, quizás sería útil emplear dos de las variables utilizadas por Kornhauser en *The Politics of Mass Society* y comparar la situación estructural que se adelantó para Bolivia con aquella que Kornhauser propuso para una sociedad de masas. (9) Con las variables élite y masa, Kornhauser plantea dos dimensiones importantes de una sociedad de masas: (a) una élite expuesta; y (b) una masa disponible -particular-

mente para actividades contrarias al sistema-. Si utilizamos las mismas variables, la situación estructural en Bolivia se puede expresar de la siguiente manera: (a) una élite nacional expuesta; y (b) una masa que, si bien no está disponible para una movilización directa de la élite nacional, lo está para la movilización directa de élites sectoriales locales. Teniendo esta visión estructural en mente, yo quisiera ahora analizar el juego extremadamente complejo de la lucha política que se desarrolló en Bolivia después de 1952.

Presiones Económicas y Conflicto Político

Incluso en los casos más extremos, una revolución no es capaz de borrar todas las normas y modelos de comportamiento que la precedieron. En el caso de Bolivia, donde los revolucionarios movimientistas mostraron una absoluta renuencia a alterar los estilos, símbolos y formas de retórica vigentes, cabe esperar una fuerte persistencia de patrones prerrevolucionarios; lo cual podría justificarse si puede demostrarse que tales patrones están relacionados con situaciones que, por una u otra razón, no cambiaron esencialmente con la revolución. En Bolivia, no sólo se mantuvieron ciertos aspectos básicos de la situación política prerrevolucionaria después de 1952, sino que realmente se generalizaron y profundizaron. Este fenómeno fue negativo, desde el punto de vista de aquellos que deseaban establecer un nuevo orden capaz de acoger un desarrollo económico auspiciado por el Estado.

En la Bolivia prerrevolucionaria, existió una evidente correlación entre el poder económico y el poder político. El poder político estuvo dominado por la burguesía nacional (la Rosca), la cual tenía un pie en el sistema agrícola semifeudal y otro en el sistema semimoderno con base en el estano. Esta estructura fue apoyada y legitimada (como democrática) por la clase media dependiente, que se identificó con la burguesía nacional cuyo status esperaba alcanzar.

Como ya señalé, la política de fracción intraelitista y ansiosa de alcanzar puestos gubernamentales surgió no sólo de la presencia de una base económica estática, sino también del hecho de que la movilidad social en el grupo era mínima y que las líneas de estratificación estaban rigurosamente trazadas. La élite pudo ser indulgente en este juego, precisamente porque no hubo grupo alguno que planteara desafíos dignos de crédito al orden sociopolítico propiamente dicho. Con todo, la situación tenía sus peligros; por ejemplo, para reforzar su posición de fracción, los republicanos saavedristas buscaron apoyo del incipiente movimiento obrero-artesanal. Lo lograron y el apoyo fue parcialmente recompensado con la aprobación de parte de la primera legislación social boliviana. Al mismo tiempo, Saavedra reprimió duramente una huelga de los mineros en 1923, al igual que un levantamiento indígena, lo cual indicó claramente que no estaba dispuesto a consentir ningún movimiento de los de abajo que pondría en peligro la estructura básica. La relativa debilidad de los grupos no elitistas hizo posible en ese momento la política de coqueteo selectivo con los estratos inferiores, para reforzar la posición de la fracción respecto de la lucha original. Se estableció un patrón: cuando las fracciones de élite se mostraban débiles en el conflicto original, buscaban apoyo no-elitista. En posteriores contextos esto habría de tener repercusiones fundamentales.

Un crítico período de transición en la política boliviana fueron los últimos años de la década de 1920 y aquellos de principios de 1930. En ese momento, las contradicciones inherentes al orden estático se sintieron como nunca. El grupo de élite creció y presionó más y más las bases económicas tan necesarias para el mantenimiento del estilo de vida de la élite. Como resultado de ello, proliferaron las fracciones y la intensidad de la lucha dentro de la élite fue mayor.

El grupo que habría de sentir más directamente la presión fue la nueva generación joven de las clases alta y media; pues sus posibilidades de encontrar buenas carreras

profesionales o relaciones políticas reales disminuyeron. La contradicción se hizo cada vez mayor, hasta cobrar proporciones de crisis, cuando el país estuvo agobiado primero, por la depresión e inmediatamente después por la Guerra del Chaco. En ese momento, las bases económicas no sólo fueron estáticas sino que tendieron a contraerse. Lo que antes fue una presión, se convirtió en opresión para un número cada vez más grande de miembros de la clase media, así como para ciertas ramas de la clase alta. Bajo esta presión, el deseo de cambios básicos en el orden vigente fueron articulados con creciente vehemencia por parte de la nueva generación. Al nivel de la élite se provocó una división global entre vencedores y vencidos, al igual que entre la burguesía nacional y su principal grupo de apoyo, la clase media urbana. La primera expresión de esa división se puso de manifiesto a lo largo de líneas generacionales.

Con esto se añadió una dimensión ideológica a la dinámica política, en la que se introdujo el tema de cambios básicos en el orden vigente. Junto a las divisiones en el nivel superior de los círculos elitistas y subelitistas, hubo una creciente presión de los de abajo, particularmente de aquellos grupos laborales en ascenso a quienes se les había impedido trepar la deseada escalera económica y social. Siguiendo el ejemplo de Saavedra, el período posterior a la Guerra del Chaco fue testigo de una tendencia cada vez mayor a obtener la ayuda de los grupos inferiores no elitistas en las luchas dentro de las fracciones. Sin embargo, el desarrollo interno de estos grupos no elitistas fue tal en ese período, que ya no pudieron ser simplemente utilizados para luego ser desechados. Es más, el grado de su compromiso diseñaba el perfil del escenario para conflicto el político. Bolivia ingresó en un período de conflicto ideológico, impulsado por el proceso de compromiso y movilización de los grupos no elitistas, tanto en alcance como en profundidad. Las fracciones personales evolucionaron y se transformaron en partidos modernos y, finalmente, en un movimiento multiclasista amplio que derribó al sistema.

La fibra de la antigua dinámica política de "pegas" atravesó todo este proceso. Como ya indiqué, durante gran parte de este período, los grupos elitistas disidentes utilizaron el viejo mecanismo de crear fracciones personales como el instrumento preferido de lucha. Siguieron empleando la estrategia de colocar a un líder en la presidencia de modo que, a través de él, pudieran ocupar un cargo alto de inmediato. Ya sea por fracción civil, por camarilla militar o por alianza entre ambos, las élites reformistas no vacilaron en tomar y utilizar los codiciados cargos en beneficio personal, al mismo tiempo que proyectaron e intentaron implementar cambios. Teniendo en cuenta el hecho de que el problema básico de la circulación de la élite y de alternativas para ellas no sufrió modificación alguna, pues en realidad empeoró, una élite disidente no tenía más opción que la de hacer concesiones al viejo juego de las "pegas", no importa cuan puras fueran sus intenciones.

En todo caso, la persistencia de esta dinámica, probablemente intensificó la profundidad de las divisiones ideológicas. No cabe duda que aumentó el furor de las luchas de fracciones ideológicas dentro del propio MNR posteriores a 1952. (10) Por lo tanto, si bien después de 1935 se plantearon serios problemas ideológicos, que no dejaron de influir en la configuración del conflicto político boliviano, estos temas esenciales fueron frecuentemente ensombrecidos por los ya antiguos problemas de las "pegas" y el "personalismo" (en general un "sistema donde los lazos personales están por encima del deber hacia conceptos y principios abstractos"). El permanente proceso de movilización de los grupos no elitistas durante el largo período de lucha revolucionaria hizo más difícil una clarificación de la lucha ideológica -lo que la nueva Bolivia debía ser-. En parte a través de un impulso propio y en parte debido a una movilización desde arriba, todos los grupos que antes se mantuvieron en la sombra ingresaron en el escenario central del conflicto político. Con ellos surgieron una multitud de exigencias, planteadas con la urgencia nacida de largos años de frustración y marginalidad.

Un conflicto político es siempre contextual; lo cual sin duda resulta trivial. Pero, vale la pena repetirlo, pues, en cualquier caso dado, existen algunos factores contextuales inherentes que sencillamente son inevitables, tanto para los actores como para observadores. En Bolivia, uno de estos aspectos fundamentales fue el construir un país sobre bases económicas que sufrieron un proceso de contracción durante los últimos 30 y más años, luego de haber alcanzado su punto máximo de expansión. Esto planteó el grave problema de tener que ceder ante las demandas de los grupos internos y al mismo tiempo acumular un excedente para la inversión. Este factor ha sido una constante subyacente y causa principal en la revolución. Desde 1952, ha sido un obstáculo de cara a todo intento de concluir la revolución dentro de un orden nacional socio-político nuevo.

Esta constante de agravada escasez se evidenció en el conflicto político en dos niveles distintos: en primer lugar, se produjo una permanente lucha por "pegas" dentro de la élite, derivada de un deseo de mantener o alcanzar cierto nivel superior de estilo de vida; en segundo lugar, hubo un clamor en los grupos emergentes, demandando se los alivie de la presión económica de inmediato y en busca de posibilidades de avance. A nivel de élite, el tema fue el mantenimiento de los estilos deseados, en tanto que para los de abajo estuvo ligado a un problema inmediato más profundo, cual es el nivel de subsistencia tolerable. Por un lado, está en juego el estilo de vida, mientras que por el otro, se trata de la existencia en sí. (11)

Desde 1952, en Bolivia se dieron dos tipos básicos de conflicto político. En primera instancia hubo una lucha ideológica donde el tema fue y aún es, a partir de la destrucción del viejo orden, el futuro de la nueva realidad económica de Bolivia y quién habrá de jugar el papel principal en la redefinición y reconstrucción de la misma. Esa fue una batalla librada esencialmente por la élite y el origen de la división derecha-izquierda-centro en el MNR y en las mortíferas luchas que tuvieron lugar entre dichas tendencias entre

1952 y 1964.

El segundo tipo de conflicto político fue la lucha generalizada en torno a las angustiosas demandas sobre recursos del país; la clásica batalla sobre qué, cuándo, cómo y quién. Aunque analíticamente distintos, ambos conflictos estuvieron íntimamente ligados en Bolivia. A través del mismo, las posibles élites nacionales lograron un acercamiento, a menudo cargado de tensión, con los diversos públicos movilizadores a favor de la revolución. Las élites se enfrentaron entre ellas principalmente por la redefinición de la sociedad, pero también por una distribución inmediata de las prebendas revolucionarias. Los públicos movilizadores se preocuparon fundamentalmente por el problema de la distribución; pero, dado que cualquier orden nuevo formalizaría, tarde o temprano, algún tipo de modelo de distribución, también tuvieron que considerar los órdenes alternativos proyectados por las ideologías que estaban compitiendo.

En resumen, inmediatamente después de 1952 surgieron dos tipos fundamentales de conflicto en un ambiente caracterizado por recursos muy limitados para una pronta satisfacción de la demanda, así como por el ingreso de nuevos grupos en el escenario político, grupos que aumentaban cuantitativa y cualitativamente las demandas sobre esos mismos recursos. El conflicto ideológico, la movilización, un volumen mayor de demandas y un excedente distribuible limitado constituyeron los primeros problemas que tuvo que encarar la política nacional post insurreccional.

El MNR y la Secuencia de la Revolución

Dejando de lado por un momento los problemas ideológicos, el panorama del gobierno boliviano después de 1952 fue el de una delgada élite movimientista estructuralmente aislada y débil, en sí producto de una clase históricamente no nacional, en busca de lograr un orden básico que abarque

toda la nación. El partido estuvo peligrosamente dividido y el centro pragmático intentó encontrar una coalición gobernante que fuera viable, capaz de conservar su posición de eje para guiar y marcar la línea del proceso revolucionario que se había desplegado. Por debajo del nivel de las élites contendientes había una sociedad en perpetuo movimiento y cuyos grupos más importantes conformaron nominalmente el MNR, pero que estaban estructuralmente divididos en líneas sectoriales o de otro tipo, al extremo de ser grupos contendientes y mutuamente hostiles. La tarea del liderazgo del MNR fue la de convencer a estos grupos que acepten el Estado, que el partido controlaba nominalmente, como su punto de referencia básico y como árbitro legítimo de las diferencias sociales. El partido necesitaba de estos grupos para generar la lealtad, apoyo y asentimiento suficientes, a fin de permitir que el gobierno movimientista reorganice la sociedad sobre una base nacional.

Un aspecto curioso de la revolución boliviana fue el grado hasta el cual el MNR pudo atraer a prácticamente todos los grupos básicos de la sociedad a su órbita, cuando menos nominalmente, tanto antes como inmediatamente después de la insurrección. Si bien los motivos que originaron la conciencia revolucionaria en estos grupos indudablemente, fueron complejos, uno de los principales factores que intervinieron fue, sin duda, la ausencia de gratificación bajo el antiguo sistema. Es más, fueron las demandas que surgieron ante esa negativa lo que la élite movimientista articuló y utilizó para llevar a estos grupos a oponerse al viejo orden. Y, a lo largo de la lucha, el MNR agudizó las expectativas de sus grupos de apoyo y acumuló una importante deuda hacia ellos. Una deuda que aumentó en proporciones con el ingreso de la masa campesina indígena al escenario político después de 1952. Cuando hubo concluido la insurrección, los diversos grupos comenzaron a hacer efectivos sus reclamos; y el MNR se enfrentó, entonces, directamente con las exigencias que tan hábilmente hubo dirigido contra la vieja élite y su orden. Con todo, resultaba difícil imaginar dónde encontraría el MNR los medios para atender las demandas de consumo de sus elec-

tores y, al mismo tiempo, dirigir el desarrollo económico.

Teóricos de los sistemas contemporáneos han señalado que uno de los elementos básicos de la estabilidad política es la capacidad del gobierno para encontrar el equilibrio entre la presión que se hace al sistema y el respaldo que se le ofrece. Ese respaldo se puede obtener ya sea por la fuerza, a través de la satisfacción de las demandas o de una socialización política. Para este último mecanismo es necesario mantener el compromiso efectivo al sistema, mediante la transmisión generacional de sus símbolos, normas y mitos. Es el mecanismo ideal empleado por un sistema completamente desarrollado que posee un almacén donde acumular un apoyo efectivo y una serie de mecanismos de transmisión a las generaciones futuras. En una situación revolucionaria como la boliviana, sin embargo, nos enfrentamos al intento consciente de crear un sistema en un clima en que coexisten las diferencias más agudas acerca de lo que este debe ser. No hay tradición alguna surgida de largos años de éxito gubernamental en transmitirla; la única tradición que está relacionada con el gobierno es el fracaso. Aparte de algunos lazos emocionales surgidos en la lucha contra un enemigo común (inmediatamente debilitados con su ausencia), y de la capacidad de manipular ciertos símbolos ideológicos (que fundamentalmente expresan demandas), los futuros constructores de nuevos sistemas, como la élite del MNR, han acumulado poco capital emocional en que apoyarse. Igualmente, puesto que la estructura institucional básica del gobierno fue destrizada, los medios para transmitir esta instancia emocional son muy escasos.

Por lo tanto, la élite revolucionaria tiene la fuerza y/o la satisfacción de las demandas como sus mecanismos disponibles más a la mano. Como hemos visto, la devolución de la capacidad de ejercer la fuerza y la tendencia del país a organizarse por segmentos y localmente dejaron al Estado nacional con poca capacidad de fuerza. A menos que esté dispuesto a utilizar despiadadamente la fuerza organizada de un sector contra uno o más de los otros, la débil élite movi-

mientista nacional careció de este mecanismo. Y aunque el MNR sí utilizó la fuerza en contra de la vieja élite y de los contrarrevolucionarios como la FSB, pese a las historias de terror, su empleo se limitó al logro de los principales objetivos revolucionarios y estuvo destinado a frenar una contrarrevolución. Nunca hubo una eliminación de raíz de esos elementos y aún hoy persisten como aspectos importantes de la ecuación política. Y lo que es más importante, hasta la última parte del periodo de Siles, la fuerza no se utilizó nunca, en un sentido real, para mantener el orden contra el público revolucionario original.

Frente al problema de generar respaldo para un orden nacional, la élite movimientista estuvo privada de una capacidad real o de voluntad de aplicar la fuerza y, al mismo tiempo, se sintió amenazada por subgrupos organizados autónomos los que, en realidad, tuvieron el monopolio de la fuerza. De manera que tuvo que depender del mecanismo de satisfacción de las demandas, reforzado, en parte, por el deseo de la élite movimientista de mantener el mito del triple movimiento de masas, basado en una armonía de intereses entre las tres "clases" oprimidas del país. Sin embargo, una vez que se hubo iniciado el proceso de atención de las demandas, los apetitos aumentaron y la armonía dió paso a disonancias. Cada sector social (a la larga grupos dentro de los sectores) presionaron por sus propias exigencias con creciente exclusivismo. Pero, dentro del proceso y poniendo en duda su eficacia, surgió el inevitable hecho de que los medios disponibles para satisfacer las demandas de la disímil familia revolucionaria eran en extremo limitados.

De ahí que, no quedándole otra opción, la élite gubernamental del MNR intentó ganar respaldo para sí y el Estado revolucionario atendiendo a las demandas inmediatas y a las a largo plazo para sus principales grupos de apoyo. Se dispuso a comprar la lealtad y condescendencia. Se desarrolló un complejo sistema de mercado, donde el apoyo al liderazgo nacional se convirtió en negociable y donde la rápida gratificación concreta actuó como medio de intercambio. A

medida que se desenvolvía el proceso, era obvio que las organizaciones locales y sectoriales no autoritarias cobraban fuerza, en tanto que el centro autoritario nacional se debilitaba. Hacia 1957, un observador pudo constatar que "los sindicatos pueden vivir sin el partido, pero es dudoso que el partido pueda vivir sin los sindicatos". (12) La élite nacional movimientista precisaba de las diversas organizaciones de nivel inferior, más de lo que éstas necesitaban del MNR. Por lo tanto, pasó a ser el mercado del vendedor y, consecuentemente, aumentó el precio del apoyo.

Las grandes reformas revolucionarias conllevan reflexiones ideológicas profundas, al igual que otras; pero la forma en que se implementaron, las coloca claramente dentro del contexto que está en discusión. La nacionalización de las minas como medio de garantizar el control estatal sobre la economía fue una cosa, pero la reconstrucción de miles de mineros despedidos (alrededor de 7.000 despedidos entre 1946 y 1952), su indemnización, la edición de bonos y la implementación del control evidentemente fue otra. La FSTMB y su directiva dejaron claro que cualquiera sea la función económica, a largo plazo, que el Estado considerara apropiada para la industria minera, por encima de todo estaba su función social. (13) De igual manera, la Ley de Reforma Agraria podría incluir toda clase de valoraciones o referencias acerca de la dimensión más favorable para las unidades de producción y sobre a quién no se le otorgaría tierras, no obstante, en ciertas áreas, la élite reformista del MNR no hizo sino ratificar lo que otros grupos locales ya habían ejecutado. En estas medidas observamos el inicio de un modelo. Los líderes nacionales proyectaron medidas relacionadas con objetivos nacionales. En algunas zonas hasta fue posible comenzar a implementarlas, pero en aquellas donde las organizaciones locales eran fuertes -generalmente las zonas más importantes-, las medidas nacionales invariablemente se adaptaron a las exigencias y metas locales. En realidad, muchas fueron diferentes de los objetivos superiores.

Por ejemplo, la Ley de Reforma Agraria plantea en

detalle el problema del tamaño y naturaleza de las empresas agrícolas. Teóricamente, la ley aborda más directamente el tema de los latifundios, es decir, grandes propiedades de tierra que no emplean métodos modernos y, por lo tanto, improductivas. La ley permitía la continuidad de las propiedades pequeñas, así como de aquellas grandes que empleaban técnicas modernas. Empero, en el valle de Cochabamba, las propiedades que corresponden a estas dos últimas categorías o fueron directamente tomadas por los campesinos, a lo largo de años de presión sindical, o les fueron distribuidas en parcelas. Lo que ocurrió generalmente fue que, cuando los campesinos no tomaron las tierras, tampoco permitieron que sus amos produzcan en ellas, negando así la base lógica del objetivo nacional. Esos casos fueron más regla que excepción. (14)

Cuando se hubo casi completado la implementación de cambios revolucionarios básicos, la etapa de búsqueda de un equilibrio entre demandas y apoyo adoptó un carácter más específico y, desde el punto de vista nacional, más virulento. Durante los primeros años del gobierno revolucionario, las exigencias concretas sobre aumentos de salarios, bonos, subsidios, etc. incrementaron el volumen día a día y fueron directamente elevadas al gobierno nacional y siempre que fuese posible directamente al presidente. Cada pedido era presentado con la urgencia que nacía de la situación verdaderamente problemática por la que pasaban los grupos y cada grupo o sector apoyaba su pedido con toda la fuerza o ayuda que podía lograr. Es más, dieron a sus demandas el carácter de problema nacional de candente actualidad y cuya atención debía darse de inmediato. El gobierno no poseía o simplemente no utilizaba los mecanismos de negociación a niveles inferiores con grupos sectoriales o exigencias locales. Por lo tanto, todo, desde las demandas salariales de una fábrica en particular, hasta los problemas de espacio de una escuela cobraron interés nacional. Al cabo de un tiempo, no hubo tema demasiado pequeño que no demandara tiempo, energía y atención al más alto nivel y que no representara en cierto sentido, una amenaza de crisis para el gobierno.

No era nada nuevo para el gobierno verse comprometido en temas como la definición de sueldos o precios. Los peticionarios siempre procuraron llevar sus demandas directamente al gobierno y más específicamente al presidente. Sin embargo, este proceso se intensificó y generalizó después de 1952. El número de peticionarios aumentó astronómicamente en ese periodo, lo mismo que el volumen y el tipo de sus exigencias. La revolución hizo inevitable ese estilo: ausente el patrón, ¿a quién recurriría el sindicato campesino a pedir ayuda? Al no existir la mina privada, ¿a quién recurriría el sindicato minero? Más aún, cada grupo pudo argumentar, con cierta legitimidad, que coadyuvó al proceso revolucionario o bien que sin estos grupos no había podido mantenerse y que ahora, entonces, esperaban la recompensa que se les había prometido. Hubo una abundante cantidad de pedidos canalizados ya sea a través del partido, de la COB, de organizaciones campesinas o directamente de individuos.

La primera ola de exigencias se refirió esencialmente a mejoras económicas inmediatas, garantías y seguridad. En una explosión de leyes sociales sin paralelo, el gobierno respondió con un decreto tras otro sobre aumentos salariales, bonos, condiciones de trabajo, vacaciones, programas de construcción de viviendas, subsidios familiares y temas similares. Y no es impertinente observar el hecho de que tales decretos no tuvieron relación con problemas generales, sino con problemas específicos de grupos: viviendas para los ferroviarios, bonos para la mina de San José, una paga adicional para maestros y así sucesivamente. Este estilo político reflejó el enfoque particularista de los grupos demandantes y la respuesta *ad hoc* del gobierno: problema por problema, crisis por crisis. Además de las disposiciones más generales en el campo de la educación, la salud y el bienestar público, estos decretos brindaron al país -cuando menos en el papel- uno de los motores de legislación y sistemas de servicio sociales más avanzados del mundo, sin considerar la tremenda carga que esto supuso para el presupuesto nacional. (15)

El extraordinario flujo financiero, originado por

estas medidas y el impacto de otras políticas de gobierno fomentaron tendencias inflacionarias ya crónicas en la economía boliviana. Como no hubo control sobre la inflación, el valor del boliviano inició una vertiginosa caída. Como consecuencia del miedo a ser barridos por la presión inflacionaria o a perder las ventajas logradas por la revolución, surgió una segunda ola de demandas. Y como se puede prever, dichas demandas fueron elevadas con creciente estridencia a la vacilante coalición gobernante. De modo que la propensión del gobierno a dar respuestas ad hoc a la crisis fue aún mayor. (16)

Muy pronto el gobierno tambaleó de crisis en crisis, en tanto que su respaldo público se dividió en una infinidad de grupos que compitieron entre sí por una protección contra la inflación y respaldaron sus demandas con presiones que desembocaron en manifestaciones y huelgas masivas. Agobiado ante la presión de que fue objeto, el gobierno accedía a las demandas de un grupo e inmediatamente los otros exigían un tratamiento igual. La no atención a los otros grupos originaba cierre de escuelas, paros de una industria vital o convertía a las calles de La Paz en un campo de batalla. En medio de esta atmósfera de crisis, la capacidad de cualquier grupo de abrirse paso entre el estrépito y obligar al gobierno a atender sus exigencias específicas, dependía del tamaño y viabilidad de la amenaza que era capaz de plantear si se sentía ofendido.

Como dije antes, el grupo menos capaz de presentar alguna amenaza inmediata fue la amorfa y escasamente organizada clase media urbana. Dado el tipo de organización, los instrumentos de lucha con que contaba y la naturaleza vital de sus actividades, los grupos laborales pudieron -y así lo hicieron- amenazar al gobierno con absoluta objetividad en cuanto a sus resultados. Entre 1952 y 1956, el grupo de clase media perdió terreno permanentemente y no por una política movimientista deliberada, sino por su incapacidad de luchar en el tipo de guerra social que libraba Bolivia. Por otra parte, los grupos laborales estaban protegidos frente a la

corriente inflacionaria por los aumentos en el poder adquisitivo, pulperías subvencionadas, prohibición de despidos y otra serie de mecanismos. Pero dicha protección no fue equitativamente repartida, pues los grupos de élite como los mineros lograron mucho más en la defensa de sus posiciones, que aquellos grupos menos fuertes como los obreros de la construcción. (17)

La capacidad de la clase obrera de defenderse dio lugar a hostilidades y encono entre otros sectores de apoyo movimientista. No se trató únicamente de celos, pues los logros en ese sector, muchas veces implicaron privaciones en los otros. El control sobre alquileres, estabilización de precios en productos vitales y los programas de distribución de alimentos, condenó a algunos grupos a recibir ingresos fijos, mientras que los precios en otras áreas aumentaron inexorablemente.

Aunque los grupos laborales, en especial los mineros, fueron los beneficiarios más evidentes de esa situación, los campesinos -aunque menos visibles- también salieron del paso bastante bien. Por supuesto que la Reforma Agraria conllevó una redistribución masiva e inmediata de la riqueza. Con la tierra y, frecuentemente, con la capacidad de autoabastecimiento en la mayoría de los productos de primera necesidad, los campesinos no sufrieron el impacto de la elevación de los precios de los alimentos ni de la escasez propia de las ciudades. Como abastecedores de productos de primera necesidad, en realidad, se beneficiaron; y, en este sentido, el más aventajado fue el intermediario indígena, un nuevo estrato de comerciantes que ocupó el espacio comercial entre el campo y las ciudades. El sector rural fue asimismo el blanco para fuertes inversiones gubernamentales en una variedad de esferas. (18) Por último, el campesino fue beneficiario de una cantidad de servicios públicos, entre los que se destaca un programa intensivo para la edificación de escuelas rurales. (19) De modo que, durante este periodo, el campesino tomó conciencia de la posibilidad de satisfacer necesidades antes nunca soñadas. Con el ejemplo, se le enseñó a

utilizar la fuerza organizada para negociar y amenazar. Una prueba de los logros campesinos y de su capacidad de negociación fue que el gobierno no pudo recaudar un impuesto directo de los campesinos o persuadirlo de pagar lo que estipula la Ley de Reforma Agraria por su tierra, a pesar de los esfuerzos que hizo desde el año 1952.

Si observamos a los campesinos, a la pequeña burguesía urbana y a los grupos laborales como sectores independientes, comprobaremos que fueron aislados entre sí y obligados a pelear durante los primeros cuatro años de la revolución. Al principio, la lucha giró principalmente en torno a la distribución de la preciada riqueza pública; pero, a medida que cobró fuerza la inflación y que la producción conjunta del país comenzó a declinar, el conflicto se produjo en la distribución de las pérdidas. Los decretos gubernamentales protegieron a la mayoría de los sectores laborales y afectaron directamente a los grupos de la clase media urbana y ayudaron a aumentar el ritmo inflacionario. La diversidad de programas de inversión en el sector rural para diversificar la economía redundaron en beneficio del campesino, pero en detrimento de otros sectores. Esto fue especialmente cierto en lo que se refiere a la industria estañífera nacional que se descapitalizó gradualmente para financiar dicha inversión. La primera baja de esta guerra entre sectores fue el sector de la clase media urbana, que respondió volcando su apoyo a la contrarrevolucionaria FSB. Puesto que en ese período la FSB funcionó como grupo conspirador y responsable de varios intentos de golpe de estado, así como de alentar el separatismo cruceño, su fortalecimiento a costa de la desertión del sector medio no sirvió mucho al MNR en su intento de crear un orden nacional viable. El MNR perdía control sobre las ciudades más importantes y, en el mejor de los casos, se tuvo que resignar con una conformidad meramente pasiva. El partido temió siempre que se produzca un golpe rápido en la capital.

Hacia 1956 el país estuvo en constantes sobresaltos provocados tanto por la crisis política como económica. Am-

bos componentes estuvieron interrelacionados y mutuamente reforzados. La crisis económica se reflejó en la declinación constante de la producción económica del país. Y detrás de esta declinación estuvieron en juego tres factores primordiales: (a) cuantiosas pérdidas en la empresa minera estatal (COMIBOL); (b) una declinación precipitada de la producción agrícola; y (c) el agotamiento de la magra reserva de oro del país. Con todo, el panorama económico no estuvo del todo oscuro, pues hubieron tendencias económicas positivas. Y, si bien la economía estuvo deficientemente organizada, al menos fue dinámica. (20)

Desde un punto de vista a largo plazo, la redistribución general de la riqueza, en el peor de los casos, alivió la pobreza y creó un mercado potencialmente más grande de consumo. El gobierno hizo un esfuerzo concertado por construir una infraestructura de desarrollo en carreteras, transporte y comunicación. Además, los primeros pasos para diversificar la base económica del país los tomó cuando intentó desarrollar nuevas tierras agrícolas y estimuló a la largamente inactiva industria petrolera. El punto crucial de la dificultad fue una permanente tensión entre las políticas de distribución de la riqueza gubernamental y sus políticas de desarrollo. Si se toma en cuenta la mínima base de recursos, fue prácticamente imposible poner en práctica ambas políticas al mismo tiempo. El primer resultado negativo más obvio fue la espiral inflacionaria originada por un aumento repentino en el poder de compra, una caída en la producción y el financiamiento de proyectos de desarrollo a través de la emisión de dinero por el gobierno, el préstamo y el empleo de diversas tarifas de cambio.

Con la manipulación de las tarifas de cambio, el gobierno absorbió los beneficios de la COMIBOL y los empleó en gastos de bienestar social y desarrollo. Esta táctica fue la consecuencia lógica del pensamiento movimientista, cuyo origen se encuentra en la década de 1930, por ejemplo, cuando se utilizaron beneficios del estaño para fines de diversificación. Sin embargo, el problema era que, en la década de

1950, la industria no fue ni la sombra de su antecesora. La calidad del mineral había disminuido gravemente, las plantas y los equipos apenas funcionaban y la mayor parte del personal técnico extranjero se marchó después de la nacionalización (cerca de 170 a 200). Además, el precio del estaño en el mercado mundial declinó de manera constante después de la Guerra de Korea (a un mínimo de 90 centavos por libra). Por último la reconstrucción de miles de trabajadores despedidos, la elevación de salarios y una serie de programas de bienestar social (escuelas, hospitales, pensión, etc.) aumentaron astronómicamente los costos de operación de la COMIBOL (se elevaron a 1,25 dólares por libra hacia 1960). La propia COMIBOL necesitaba de una urgente inversión de capital, al extremo de que, en un momento dado, el gobierno ya no distraía beneficios sino descapitalizaba la empresa. Los efectos a largo plazo de esa política de "despilfarro" de estaño amenazaron con eliminar a la gallina que, supuestamente, pondría los huevos de oro. (21)

Hubo muchas razones para que el gobierno intente aplicar políticas de consumo e inversión al mismo tiempo, pero la causa fundamental fue la situación política descrita anteriormente, así como el conflicto entre las lógicas políticas y económicas. En este contexto, la lógica política exigía del gobierno la atención a las exigencias de sus grupos decisivos de apoyo; por ejemplo, facilitar la distribución de los ingresos y el consumo. Por otra parte, la lógica económica exigía una restricción del consumo, en nombre de la acumulación y de la inversión. Empero, el país no pudo seguir actuando siempre tan precipitadamente, más si pretendía atender las demandas de todos. Tarde o temprano tendrían que tomarse algunas decisiones fundamentales; y cualesquiera que éstas fueran, necesariamente las repercusiones, muy graves por cierto, serían políticas y/o económicas. (22)

En la situación económica del período 1952-1956 hubo una mezcla de aspectos positivos y negativos; pero, especialmente fue dinámica. Lo mismo puede decirse de la situación política. Los aspectos mayormente negativos fueron

la creación de un ambiente de crisis y el concomitante estilo utilizado para tomar decisiones (ad hoc). De manera similar, la destrucción de la unidad del partido y la creciente amenaza de una contrarrevolución dirigida por el centro de la FSB y la clase alta también fueron el origen de muchos problemas. A pesar de ello, la revolución adoptaba una forma clara y una dirección específica. El considerar que fue un manejo correcto o incorrecto depende de la ideología personal. De lo que se trata es que la coalición de centro-izquierda, impulsada por la COB, brindó un estímulo de avance a la revolución, respaldada por una formidable base de poder. El precio a largo plazo, sin duda, hubiese sido un reemplazo gradual de la élite de clase media del MNR por una élite de izquierda obrera en surgimiento y, finalmente, una revolución socialista esencialmente más radical.

En 1956, Siles ingresó a esta situación tan variable e intentó ponerle freno tanto económica como políticamente. Como hizo de la estabilización monetaria la tónica de su política económica y aceptó la estrategia monetaria del FMI, Siles se colocó en una posición necesariamente antagónica frente a la izquierda obrera. Cualesquiera que hayan sido sus metas personales, el hecho es que Siles adoptó una estrategia política encaminada a debilitar el poder de la izquierda obrera. Por extensión, se transformó en un objetivo para volcar o cuando menos desviar el impulso de la revolución. Bajo su mandato, los derechistas del MNR, anteriormente desplazados, protagonizaron un retorno y reiniciaron la antigua lucha con la élite de la izquierda obrera movimientista por el control gubernamental y el poder de definir el curso de la revolución.

Siles pudo alcanzar la meta primordial de estabilización monetaria, pero el precio económico de esto fue un despunte tanto de las tendencias positivas como negativas de la economía. Se detuvo la espiral inflacionaria, pero con ella toda la economía. Se redujo el consumo, pero también las inversiones. Se estabilizó la moneda, pero al mismo tiempo se estancó la economía. (23)

En lo que se refiere a la asignación de costos, la estabilización supuso una ruda compensación dentro de la situación económica. Se dejó de presionar al sector de clase media, pero se descargó el peso sobre la clase obrera y, en particular, sobre los mineros. Asimismo, la solidaridad de la izquierda obrera, aunque siempre precaria, acabó por destruirse. La agitación de la clase obrera aumentó y de las huelgas pasó a una violencia generalizada, a guerras entre sindicatos, a la toma de rehenes y a un desafío general de la autoridad gubernamental. (24)

El gobierno tuvo que luchar para lograr cierta apariencia de orden en las minas. Finalmente, incapaz o no dispuesto a aplastar a la oposición, Siles logró una postura incierta. Pero, en cualquier caso, el apoyo obrero al MNR se debilitó de manera permanente. La clase obrera se dividió como público de respaldo. La tendencia izquierdista del POR y el PCB aumentaron su control local y regional entre los grupos de trabajadores y, una vez más, fueron quienes más incursionaron en las minas.

El primer resultado político más claro de la política de Siles fue haber logrado amortiguar la amenaza falanquista y el espectro de un golpe de estado con base urbana. Pero, si bien neutralizó a la clase media urbana, el MNR no volvió a obtener un respaldo positivo de ésta. La incapacidad del MNR de controlar a los campamentos mineros como un sector decisivo fue absolutamente obvia. El temor a un enfrentamiento abierto con la izquierda disminuyó con el tiempo, pero también en este caso, el respaldo positivo dio lugar a una temporal y sombría pasividad. Ambos sectores acabaron por mirar a la élite central del MNR con renovada desconfianza.

En términos de las dos bases sociales históricas de la revolución (la clase media urbana y los trabajadores), la situación acabó en un alejamiento muy negativo. Ningún grupo se opuso activamente al MNR, pero tampoco lo apoyaron; ningún sector fue capaz de imponer sus intereses sobre el otro, como

tampoco de cara a la revolución; pero cada uno de éstos fue capaz de autoprotegerse hasta cierto punto. Ninguno tuvo poder de definición, pero ambos tuvieron en sus manos medidas definitivas de poder de veto. Con ello, la revolución perdió su impulso dinámico y se convirtió en un ente obstaculizador. En la medida que la economía se estancaba, lo mismo ocurría con la revolución. Bolivia cayó en un inmovilismo político y económico; y la capacidad de la élite nacional de iniciar cualquier acción positiva, disminuyó aún más. (25)

El tercer miembro y el más nuevo de la familia revolucionaria, el campesino, fue siempre una incógnita. Pero, dado el evidente potencial de poder del campesinado, el problema de qué camino habría de tomar fue decisivo.

A fines de la década de 1950, los campesinos habían desarrollado un juego político muy independiente e hicieron de las demandas regionales y locales específicas lo más importante. Como estuvieron cada vez más conscientes de su fortaleza, presionaron directamente a los cuerpos de decisión nacional. En todos los casos, las demandas estuvieron respaldadas por una presión de fuerza organizada que, en diferentes ocasiones, se tradujo en la toma de las oficinas locales del partido, en amenazas de tomar pueblos, bloqueos de una zona y de reducir el tráfico de las mismas. Utilizaron las mismas tácticas para oponerse a cualquier tipo de impuestos gubernamentales, al pago de las tierras u otras medidas semejantes.

La tan mentada lealtad del campesino con el MNR es más un mito que realidad. En general hubo gratitud por la reforma agraria; pero, ésto fue algo extremadamente difícil de canalizar en direcciones concretas, más allá de la simple determinación de aferrarse a la tierra. Las preocupaciones del campesino se restringieron fundamentalmente al ámbito local y la conciencia sobre los temas nacionales fue muy escasa. La mayor parte de los campesinos utilizó sus tierras así como a las nuevas organizaciones sindicales para profundizar su aislamiento de la realidad nacional: una tendencia

que, desde el punto de vista del establecimiento de un orden nacional, era claramente negativa.

En aquellas zonas donde poco a poco se desarrolló una preocupación y orientación nacionales, fue bajo el auspicio de jefes locales y no del MNR. El modelo que surgió fue aquel de grupos reivindicadores fuertes y organizados, que mostraron un apetito más bien voraz. Si lo que se quería lograr fue una base funcional de orden, el resultado fue la creación de una otra fuente de exigencias a la ya compleja ecuación. La dificultad de encontrar un equilibrio entre las exigencias y la búsqueda de apoyo se hizo todavía más grande. Mientras que los otros grupos heredaron ciertos vestigios de lealtad como fruto de una lucha común, los campesinos ingresaron sin ese legado. Desde un principio pusieron un alto precio a su apoyo. En realidad no hubo un apoyo campesino global digno de mención. El mayor número de campesinos era inerte y fundamentalmente reacio a apoyar régimen u orden nacional alguno. Aquellos que sí estuvieron dispuestos, fue sobre una base regional y no de grupo; aún en este caso, los problemas de disputas regionales y locales hicieron cuestionable dicho apoyo. En realidad, si bien los centros campesinos organizados estuvieron en posición de formular exigencias y provocar rupturas, su viabilidad como grupo de apoyo estuvo llena de dificultades, por decir lo menos. (26)

Durante su lucha por el poder con Lechín, Siles hizo un franco esfuerzo por conseguir apoyo campesino. Nombró al dirigente campesino del valle, José Rojas, Ministro de Asuntos Campesinos. Rojas fue el primer campesino indígena en la historia boliviana que haya ocupado un puesto con rango de gabinete; y su ascenso se debió tanto al reconocimiento de las nuevas realidades de poder, como a un afán de ganarse a los campesinos a favor de la posición centro-derechista de la revolución.

Mientras ejerció funciones en La Paz, el control del valle por parte de Rojas fue puesto en duda por un líder rival: Miguel Veizaga. Como resultado de ello, en el valle

se inició una guerra civil entre campesinos; una lucha ante la que el gobierno era impotente. Finalmente, en 1959, Siles intervino en la lucha, pero no como autoridad soberana que pone coto a una situación intolerable y así pone de manifiesto su control real. Como parte de su estrategia para ganar el apoyo campesino, Siles intervino del lado de Rojas, a quien se identificaba con el MNR, en tanto que Veizaga era identificado con el POR. La intervención fue positiva y Rojas consolidó su dominio en el valle en nombre de Siles y del MNR. (27) Veizaga quedó aislado en el pueblo de Cliza.

La influencia del MNR en el valle no se basaba en un control real gubernamental o por parte del partido, sino en la fidelidad feudal de Rojas y sus lugartenientes; lealtad un tanto negociable, como habría de demostrarlo el futuro. Un aspecto importante del drama valluno fue el hecho de que Siles intervino a través del ejército y en nombre de Rojas.

Siles inició calladamente, y con asistencia americana, una reconstrucción del ejército regular. El empleo de este "nuevo" ejército en la empresa de pacificación del valle, marcó una grave y renovada tendencia política. Poco a poco, Siles restructuró la imagen pública del ejército, a fin de revivir su fortaleza y antiguas funciones de control.

Mientras que el valle se convirtió, a todas luces, en bastión pro-movimientista y antiizquierda obrero, la situación en el altiplano fue diferente; allí Salas, el jefe de Achacachi volcó todo el peso de su liderazgo a favor de Lechín y la COB. Alineados en dos lados opuestos, estos dos bastiones de poder campesino independiente, en la práctica, reforzaron el estancamiento político y el inmovilismo nacional.

Las maniobras de estos poderosos caciques no reflejaron tanto el surgimiento de un compromiso ideológico como de otro aspecto de los complejos patrones de liderazgo en la Bolivia revolucionaria. En realidad hubieron dos niveles de lucha elitista; uno nacional, cuyas dimensiones fueron ex-

puestas anteriormente y otro local, en que intervinieron luchas sectoriales y regionales provocadas por las élites locales, en torno al control de las organizaciones y de los territorios. Ambos niveles convergieron en un complejo proceso de fracciones y alianzas en que los contendientes nacionales trataron de apuntalar sus posiciones a través de arreglos con los responsables del control del poder local, en tanto que los contendientes locales buscaron alianzas con líderes de fracciones nacionales a fin de consolidar su dominio sobre los centros de poder locales. Por ejemplo, Rojas se identificó con diferentes grupos y posiciones nacionales en uno y otro momento. De igual manera, Salas coqueteó con muchos grupos; lo mismo que Veizaga, quien, en 1958, estuvo identificado con el POR, en 1960, con la tendencia derechista del MNR (una escisión de este partido, dirigida por Guevara). (28) Sandoval Morón y Rubén Julio también hicieron y deshicieron alianzas con los contendientes y fracciones del poder nacional. Todas las consecuencias de estos complejos intereses ideológicos y de poder, donde intervinieron diferentes niveles de élites y situaciones muy variables, habrían de hacerse más evidentes en el segundo y tercer gobiernos de Víctor Paz.

Resumen

En este capítulo he intentado analizar, en términos de su estructura y proceso, el perfil político boliviano que se esbozó después de 1952 y se consolidó durante el gobierno de Hernán Siles. Este modelo acabó por congelar los gobiernos de Bolivia en posiciones extremadamente negativas, frente al objetivo de institucionalizar la revolución en un marco que de acogida a un desarrollo económico auspiciado por el Estado. La dinámica de este modelo puede resumirse en los siguientes términos.

Después de 1952 hubo una rápida incorporación de nuevos e importantes grupos muy exigentes al escenario polí-

tico -en especial de campesinos y mineros-. Estos sectores presionaron a favor de un volumen acrecentado de exigencias a una élite nacional que, a su vez, luchaba por crear un nuevo sistema dentro de un ambiente caracterizado por recursos enormemente limitados para satisfacer de inmediato las demandas.

Para enfrentar el problema de generar un apoyo a las iniciativas nacionales, la élite tuvo que optar por el método de satisfacer las demandas. La situación se complicó, pues aparentemente los compromisos reales habrían sido monopolizados compartimentadamente por estructuras y élites localizadas. Esas élites sectoriales articularon las demandas de sus grupos y presionaron al sistema nacional. Por otra parte y como consecuencia de lo anterior, las estructuras nacionales encargadas de tomar decisiones recibieron una ola permanente de exigencias, muchas veces contrarias, que no pasaron por filtros afectivos. Además tuvieron un respaldo circunstancial y en lo inmediato, junto a los continuos pedidos de satisfacción a las demandas: una situación que podríamos tildar de política de "intereses puros".

Lo que intento sugerir es que, en Bolivia, el modelo de interacción que se desarrolló dentro de este proceso fue tal, que los encargados de tomar decisiones a nivel nacional sólo fueron capaces de lograr el apoyo suficiente para ocupar circunstancialmente el poder. No tuvieron la capacidad de lanzar programas de desarrollo para desviar los recursos destinados a la satisfacción de demandas o que pudieran percibirse como una amenaza a los intereses de ningún grupo interno importante (especialmente campesinos y mineros). Al mismo tiempo, el proceso desvió constantemente las energías y recursos potenciales de desarrollo, lo cual dió como resultado un "circulo vicioso" de subdesarrollo, el que se manifestó políticamente en un incremento de la dispersión y abandono de poder a centros localizados, de las brechas sociales tanto horizontales entre los grupos locales, como verticales entre grupos locales y estructuras nacionales, las que aumentaron, con una consecuente profundización del conflicto so-

cial y la inestabilidad política.

Flotando como siempre, por encima de este marco general, el gobierno nacional del MNR acabó reaccionando simplemente unas veces frente a esta tendencia y otras frente a esta otra. El MNR no funcionó de acuerdo a como se describe un partido en las concepciones occidentales tradicionales de democracia -es decir, como el vínculo entre el gobierno y el pueblo-, ni tampoco según la teoría moderna de partidos en los nuevos estados monopartidistas -es decir, como un mecanismo para movilizar el apoyo a las iniciativas gubernamentales. En lugar de ello, el partido se convirtió en el instrumento a través del cual varios sectores podían atacar legalmente el magro excedente colectivo del sistema. El partido llegó a tener escaso o ningún control sobre sus partes constituyentes y, consecuentemente, tanto el partido como el gobierno quedaron presos de combinaciones de poder sectoriales y locales variables. Por su parte, importantes formas de poder fueron reducidas fundamentalmente al control directo sobre sectores de la economía y, finalmente, a una capacidad de amenazar al gobierno con fuerza autónoma. Debajo de la máscara de partido único, hubo una sociedad en un estado de guerra civil incipiente. Obligado a apoyarse en la satisfacción de las demandas, por la situación, pero carente de una base de recursos capaz de atender totalmente las diversas exigencias que le eran presentadas, los variados gobiernos movimientistas tuvieron que protegerse a través de un complejo sistema de "robar a Pedro para pagar a Pablo". Fue un proceso autodestructivo que, si bien permitió al gobierno aferrarse a los símbolos de poder, obstaculizó todo tipo de desarrollo nacional al agotar la base de recursos de capital, ya de por sí limitada, del país, así como gran parte del capital que ingresaba en forma de ayuda extranjera. (29) La meta de lograr una sólida base de apoyo, finalmente, les estuvo negada. La capacidad económica del país fue profundamente debilitada por la naturaleza de la Reforma Agraria, las crecientes demandas salariales y el mantenimiento de pulperías subvencionadas entre otros ingredientes. Al mismo tiempo, la devolución del poder, autoridad y posición a ciertos

grupos, a expensas de otros, hizo impacto en el escaso capital psicológico del país y el resultado fue una situación política nacional en constante deterioro.

Durante el gobierno movimientista, ese proceso se transformó en un estilo de vida pública. Las organizaciones proliferaron, pues cada sector intentó construir un frente sólido con el que proteger lo que tenía, al mismo tiempo que atacaba al sistema en busca de mayores logros. Por su parte, se multiplicaron las fracciones movimientistas, así como las fracciones dentro de fracciones, a través de las cuales cada grupo buscaba una "participación" legítima a nivel nacional y protegía su base de poder local. Muy poca gente perteneció al MNR en sí en el país en su conjunto, en realidad fueron representantes de los ferroviarios, representantes de los mineros, de los bancarios y así sucesivamente. Uno u otro grupo logró parcialmente lo suyo, dependiendo de cómo se agrupaban las fracciones en un punto dado. Cuando los mecanismos elegidos para presionar a favor de sus demandas fracasaban, debido a las coaliciones formadas en ese momento, el grupo debilitado optaba por salir a las calles en huelgas, paros laborales o levantamientos parciales y, por lo tanto, el sistema vivió una crisis permanente.

Casi se podría decir que, con Siles, este estilo se institucionalizó de tal forma, que ganó una especie de aceptación entre algunos sectores. Ninguno de ellos podía imponerse por sí solo y, en ese momento, ya no hubo grupo que confiara lo suficiente en otro para formar una alianza permanente. De manera que, en lugar de arriesgarlo todo y romper el círculo, la mayoría de los grupos acabaron por perpetuarlo, activamente o por omisión. El mito de la revolución y su instrumento popular, el MNR, se fortalecieron; se hicieron acuerdos y más acuerdos que se violaron con la misma facilidad.

Me he referido a este estilo como una política de "intereses puros"; un estilo que puede contrastarse con un sistema basado en la mera fuerza o en la pura movilización de

compromiso. Ninguna de estas formas de control político se presenta jamás en prístina pureza, pues siempre hay una mezcla. Sin embargo, en distintos períodos uno y otro domina y existe evidencia más que suficiente para apoyar la hipótesis de que la estabilidad política varía inversamente al grado en que la fuerza o la satisfacción de intereses logran convertirse en las bases predominantes de lealtad política. Con el MNR, Bolivia respalda esa hipótesis y su situación puede comprenderse parcialmente a partir de ella. En este país, la satisfacción de intereses fue la base más importante de lealtad y, cuando importantes sectores consideraban que no se les había satisfecho en sus intereses, volcaron su primitivo respaldo en hostilidad y en una potencial rebelión. Además, ciertas élites gobernantes se enfrentaron con el hecho de que aquellos contendientes que se proyectaran como más capaces de satisfacer las demandas, podrían "comprar" la base de su gobierno de los sectores que estaban por debajo de ellos.

La política de "intereses puros", así como aquellas de relativa fuerza, son rasgos endémicos de las situaciones revolucionarias y son, asimismo, situaciones de conflicto grado cero, es decir, donde la victoria de uno de los contendientes se percibe como la derrota del resto. Pero, este tipo de política también se reproduce en otros contextos. Por ejemplo, la política de "pegas" y fracciones de la Bolivia prerrevolucionaria fue considerada así dentro de la élite y, más tarde, se extendió a otros grupos, como el de los trabajadores, cuando el sistema prerrevolucionario negó a estos sectores una participación sobre bases iguales en el juego.

Detrás de este tipo de política de grado cero, existe una percepción general, acertadamente etiquetada de "mundo de bienes limitados", es decir, cuando los actores ven que el surtido de bienes preciados disponibles es limitado y estático: una "torta económica" sin posibilidades de expansión. (30) Como hemos visto, desde la década de 1920, esta fue una comprensión más bien cabal de la situación, por parte de actores políticos bolivianos relevantes. Mi interpretación de la revolución es, en parte, una reacción a este fac-

tor socio-económico fundamental. La situación boliviana empeoró debido a que se produjo en un mundo en que las élites experimentaron el efecto demostrativo del crecimiento general de otras unidades estatales, en tanto que los sectores no elitistas experimentaron el efecto demostrativo del crecimiento de los niveles de consumo de sus contrapartes en otros países. El impulso al desarrollo del Estado nacional (aún si todas las consecuencias de ese compromiso se entienden sólo superficialmente) puede interpretarse como una reacción ante el problema real de "bienes limitados" inmediatos, en un contexto mundial más amplio de "bienes en expansión".

Sin embargo, la historia de Bolivia es un ejemplo de la trágica realidad que representa el compromiso ideológico con el desarrollo (expansión de la "torta económica") cuando éste se enfrenta con una situación recalcitrantemente localizada de "bienes limitados". La ambición de desarrollo, reforzada por un deseo de compartir ciertos estilos de vida, indujo a las élites opositoras a crear una situación revolucionaria. Su capacidad de hacer real tal situación fue fruto de las frustradas necesidades de públicos de apoyo, que, por la "limitación de bienes", no podían avanzar al nivel deseado (los trabajadores y luego los campesinos) o experimentaron una degradación en su antiguo nivel (la clase media urbana). El surgimiento de una situación revolucionaria en la Bolivia de la post Guerra del Chaco y su prolongación hasta 1952, aumentó el alcance, la dinámica y la intensidad de las demandas a los bienes colectivos acumulados. Debido a los factores estructurales antes expuestos, esa acumulación de bienes no sólo fue limitada sino que estaba en proceso de disminución. La realidad de un conjunto de bienes en permanente reducción, con relación al incremento de las demandas, fueron factores de refuerzo mutuo en el proceso político y económico de continuo deterioro que culminó en la revolución de 1952.

La triunfante insurrección, seguida de la Reforma Agraria como extensión de la revolución, contribuyeron a aumentar el alcance y ritmo de las demandas al cúmulo de bienes colectivos. La dinámica política grado cero dentro de la

élite antes de la Guerra del Chaco se generalizó en términos de participantes, hasta el extremo de que abarcó prácticamente a todos. Y la situación anterior, de bienes en proceso de disminución, se transformó, después de 1952, en una situación de "bienes lastre". Luego de un periodo inicial de relativo avance de los nuevos grupos (a expensas de los antiguos) la situación se deterioró tanto (y se reflejó en la inflación), que todos los grupos se vieron obligados a adoptar una postura defensiva para proteger sus recientemente logrados avances o para evitar un deterioro mayor. El juego político ya no sólo fue de grado cero, sino declinante. Los diversos sectores sociales reaccionaron según las circunstancias, con tendencia a la división interna, a la inestabilidad política y a la regresión económica. Hacia fines de la década de 1950, lo mejor que pudo lograr el gobierno revolucionario fue una etapa de inmovilismo político y económico.

Esto no quiere decir que los problemas ideológicos y la creación de nuevos modelos de Bolivia perdieron importancia. El tema de un nuevo orden se mantuvo y a él se agregó un ingrediente moral que sirvió para intensificar aún más la naturaleza del conflicto. No obstante, el problema ideológico estuvo interrelacionado y parcialmente incluido en aquel más urgente de la distribución; un problema que, a su vez, se volvía menos de distribución de valor y más de asignación de costos. Por lo tanto, para todo esfuerzo de reorganización e impulso al desarrollo, los temas básicos que cualquier élite tenía que enfrentar eran la asignación de costos y la acumulación del poder necesario para hacer cumplir la toma de decisiones sobre la asignación de costos.

CAPITULO XIII

El Problema del Desarrollo

Como se dijo anteriormente, los diversos grupos de la élite opositora en Bolivia, incluyendo al MNR, se consideraron protagonistas del desarrollo y la modernización. Por esta razón, yo concibo la revolución boliviana como una manifestación de un fenómeno más global al que denomino "revolución desarrollista moderna". En todas las revoluciones modernas es común el deseo de marginar a todo orden político anterior, al que "responsabilizan" del subdesarrollo y de establecer órdenes nuevos que sepan acoger un desarrollo económico acelerado de las unidades de estado nacionales. En este contexto, las estructuras políticas pasan a ser casi exclusivamente instrumentos, es decir, los medios destinados a la meta del desarrollo y, por lo tanto, es común concebir los diversos marcos políticos proyectados como "modelos políticos" de desarrollo. En la fase post-insurreccional del

proceso revolucionario, una de las causas fundamentales de conflicto entre las élites revolucionarias gira en torno a definiciones alternativas de un nuevo orden. En la situación revolucionaria moderna, dicho conflicto constituye una contienda que básicamente gira alrededor de los distintos modelos políticos de desarrollo.

Modelos de Desarrollo Político: Una Lucha Ideológica

Los modelos de desarrollo político se expresan formalmente en ideologías, símbolos y programas. Durante el período 1952-1964, la lucha ideológica boliviana se consolidó alrededor de dos líneas diferentes, expresadas en los conceptos de "sociedad democrático-burguesa" y "gobierno obrero-campesino". Es interesante observar que el primer concepto se desarrolló a partir de la tradición ideológica del PIR y el segundo del pensamiento formal del POR. Sin embargo, la lucha entre ambos tuvo lugar, finalmente, dentro del partido movimientista posterior a la insurrección, en que la tendencia centro-derechista del MNR apoyó al primero y, la izquierda obrera con base en la COB, al segundo. (1)

Los primeros desafíos de importancia que se levantaron contra el viejo orden surgieron con el movimiento de estudiantes y profesionales jóvenes, a fines de la década de 1920. En ese momento aparecieron dos tendencias contrarias, una reformista y otra revolucionaria; las mismas que reaparecieron después de la Guerra del Chaco. Comenzó así un proceso de formalización y evolución dentro de la situación revolucionaria en curso. A principios de la década de 1940, ambas habían logrado cierta solidez y expresión organizativa dentro del MNR y del PIR.

En aquellos primeros días, las diferencias entre el PIR y el MNR parecían bastante tajantes. El PIR planteó una reorganización fundamental de la sociedad, incluyendo la nacionalización y la reforma agraria, en base a una estrate-

gia revolucionaria masiva desde abajo. En tanto que el MNR planteó una reforma muy vaga y pobremente definida programáticamente, en base a una estrategia reformista de élite, desde arriba y, en lugar de la insurrección, propugnó el golpe de estado. A pesar de estas diferencias, debemos recordar que ambas posiciones nacieron de la misma generación joven de la élite y subélite, que enfrentaba esencialmente los mismos problemas de vida. Por lo tanto, las dos fueron reacciones urbano-burguesas. No obstante las diferencias estratégicas y tácticas, ambas se consideraban a sí mismas los agentes elegidos para dirigir sus respectivos movimientos y diseñar la nueva sociedad. Tampoco debemos olvidar que la fuerza propulsora de la situación del período 1935-1946 fue el sector urbano medio, cuya actitud fue crecientemente desleal. El rol de la clase obrera fue esencialmente el de poner límites al conflicto central; en tanto que la masa campesina no jugó papel digno de mención.

Entre 1940 y 1946, surgieron dos factores muy importantes en esta situación; la creciente politización del movimiento obrero y el hecho de que la élite del *status quo* no estaba dispuesta a aceptar el reformismo del MNR. El primero sirvió para garantizar a la clase obrera como la base potencial del MNR; y el segundo, contribuyó a que el MNR busque dicha base masiva. En la clase obrera hubo disponibilidad como base de apoyo, pero de acuerdo a sus propios criterios. Hacia fines de la década de 1940, el MNR dejó de lado gran parte de sus rasgos claramente fascistas, corporatistas o peronistas. El punto crítico se presentó después de 1946, cuando el MNR intentó encontrar una base revolucionaria de masas y la clase obrera surgió como el motor clave de la situación revolucionaria. En la práctica, el MNR adoptó las estrategias y tácticas del PIR y, una vez hecha esa elección, a la larga, también adoptó su programa. Así, en 1951, el MNR desplegó sus banderas de lucha con los conceptos de nacionalización, reforma agraria y sufragio universal. Aunque después de 1946 el PIR quedó eliminado como candidato al poder. En términos generales, su imagen fue incorporada al MNR. Las dos posiciones burguesas, en principio contrarias, práctica-

mente se fundieron en una sola.

La comunión de las dos tendencias se puso de manifiesto en la Ley de Reforma Agraria de 1953, que como señalé anteriormente, se apoyó muchísimo en el pensamiento del antiguo miembro del PIR, Urquidí Morales. La noción clave de funcionamiento detrás de la ley, y el concepto de "sociedad democrático-burguesa" respaldaban la idea de que Bolivia debía atravesar, primero, por una etapa netamente capitalista, antes de cualquier intento por establecer una sociedad socialista. Por lo tanto, el objetivo del Estado revolucionario fue la institución de una sociedad capitalista controlada. Postura que también se podría encontrar en el decreto de nacionalización, donde se cuidó de evitar ataques al concepto de propiedad privada en sí. El Estado tomó control de la propiedad monopolizada a fin de garantizar una inversión nacional con las utilidades del estaño, una viabilidad a las empresas privadas medianas y pequeñas y, finalmente, para asegurar la producción al servicio de un propósito socialmente productivo. Las medidas no fueron socialistas pues en realidad propugnaron un capitalismo controlado y auspiciado por el Estado. En la práctica, la cúpula movimientista pretendió utilizar al Estado para cumplir la meta original de los liberales y, cuando los EEUU comprendieron esos objetivos movimientistas, lanzaron su apoyo a la revolución. (2)

Detrás de esta imagen de fusión MNR-PIR hubo la creencia de que el rol directivo y definitivo del nuevo orden recaería en una élite progresista nacida de la clase media. Esta actitud se insertó profundamente en los escritos de la élite opositora burguesa, que se remontan, por lo menos, hasta los trabajos originales de Tristan Marof. La idea fue básicamente esta: si bien es cierto que los obreros y campesinos merecen una vida mejor, no poseen el poder, la visión o la capacidad de guiar una redefinición o reordenamiento del país. (3) Esta perspectiva no resulta extraña si consideramos que el MNR y el PIR procuraron transformar la Bolivia pre-revolucionaria, a pesar de que ellos mismos fueron productos del estrato elitista y subelitista del viejo orden y,

por lo tanto, llevaban los más acendrados prejuicios de una sociedad conquistadora que se consideraba a sí misma el paladín de la cultura occidental y nacida para gobernar y civilizar a la sociedad indígena conquistada, esencialmente inferior. Este comportamiento se vió reforzado por los ingredientes elitistas del pensamiento leninista y estalinista del PIR y por los diversos conceptos fascistas, corporativistas y peronistas del MNR primitivo. En años posteriores, esta orientación recibió un estímulo adicional del pensamiento elitista tecnocrático, basado en modelos de desarrollo democrático-occidentales. Al igual que las anteriores generaciones trajeron varias "Europas" a América, ellos -la élite progresista- habría de traer la última fase industrial del siglo XX de Europa y los Estados Unidos a los elevados Andes.

Como ya expuse, en realidad, la élite movimientista fue una banda de revolucionarios reacios. Reformista o revolucionaria, la meta principal de la cúpula nacionalista pragmática del MNR fue económica antes que política o social. Los cambios políticos o sociales fueron para ellos instrumentos para lograr el objetivo de reorganizar la economía. Cuando esta cúpula elitista quería encontrar una referencia de qué buscaba y cómo alcanzarlo se fijaba en México y en su revolución.

Finalmente, la imagen teórica que resultó de todo esto fue la idea del "movimiento revolucionario nacional", una alianza multiclasista dirigida por una élite progresista de clase media, que excluiría los aspectos negativos de la antigua sociedad para erigir en su lugar la imagen exacta de una Nación-Estado moderna, europea, con una economía sólida. Las dos nuevas bases del movimiento (obreros y campesinos) no fueron tomadas en cuenta como creadoras de la nueva sociedad, sino como fuentes objetivas del móvil del poder político y como "capital humano" al que habría que educar, entrenar y asignar. (4) Con un nivel de vida más alto, el obrero podría convertirse en un ser más sano, más satisfecho y, por lo tanto, más productivo. La reforma agraria podría liberar al campesino tanto desde el punto de vista político como social;

pero, lo que es más importante, contribuiría a transformarlo en productor-consumidor. Este paternalismo desarrollista moderno fue más evidente en la conceptualización movimientista de la masa indígena: es necesario "integrarlo" o "incorporar" al indio en la sociedad nacional; no se lo consideró una fuerza creativa y con derecho a participar en la construcción de una nueva sociedad "nacional". Si la vieja élite hablaba de "civilizar" al indio, la nueva élite más joven hablaba de "integrarlo". En cualquier caso, se actuó bajo la suposición de que una sociedad dada es buena y que la tarea de sus líderes era transformar al campesino de acuerdo a su propia imagen. (5) En este caso, los dirigentes que pretendían llevar a cabo el trabajo de definir la imagen del país, fueron aquellos que conformaban la élite progresista del MNR.

Este panorama, más bien idílico, se desequilibró bastante pronto después de la insurrección en 1952. Un aspecto que nunca fue comprendido realmente por la élite movimientista fue el costo del proceso desarrollista en el que quiso embarcarse. A medida que, tanto los líderes como sus seguidores, tomaron conciencia de tales costos, se hizo evidente que nadie estaba dispuesto a pagarlos; todos preferían que los asumiera otro. Una vez que se hubieron agotado los recursos de la vieja élite no había lo suficiente para acceder a las demandas de consumo y, al mismo tiempo, hacer inversiones en el desarrollo; alguien de la familia revolucionaria también tendría que pagar los costos. Fue así como se empezó a perder la armonía revolucionaria y comenzó la guerra "intra-familiar".

El segundo modelo desarrollista (el "gobierno obrero-campesino") evolucionó a partir de un fundamento diferente. Los poristas comenzaron igual que las demás tendencias de élite opositora, pero ya en sus primeras etapas optó por una orientación bastante distinta. Mientras el MNR y el PIR intentaron ampliar sus bases a través de líneas de clases, el POR buscó conscientemente restringirse a una sola. A principios de la década de 1940, el POR se refugió fundamentalmente en el movimiento obrero, pero con un interés especial en las

minas. En este proceso el POR se proletarizó gradualmente. A nivel de liderazgo, el MNR y el PIR fueron básicamente sectores de la clase alta y media, en tanto que el liderazgo del POR fue el único grupo político específicamente obrero; en un sentido real, que habría de surgir en la Bolivia preinsurreccional. Si bien el POR fue expresión real de una tendencia importante dentro de la clase obrera cada vez más política, su influencia estuvo muy localizada -prácticamente carecía de fuerza entre los ferroviarios, por ejemplo- como para dominar el movimiento, menos para ser la punta de la lanza de una revolución de la clase obrera.

En 1944, el MNR hizo su primer contacto real con el movimiento obrero. Se fundó la poderosa FSTMB y, en virtud del control que ejerció sobre ésta, Lechín fue predestinado como el líder más influyente de la clase trabajadora nacional. Aunque Lechín y los otros dirigentes de la FSTMB fueron miembros nominales del MNR, sus posiciones de poder se debían a la base trabajadora y no al partido. Lechín no fue un trabajador propiamente dicho, pero evidentemente provino de un estrato social inferior y bastante marginal; los demás líderes de la FSTMB definitivamente fueron obreros. Este grupo que empezó a ganar prominencia después de 1946 conformó una inédita élite opositora con base sectorial. Es más, como ya indiqué, durante algún tiempo esta élite sectorial mostró una creciente desconfianza hacia las élites opositoras con base burguesa del PIR y el MNR.

Después de la caída de Villarroel, el MNR perdió temporalmente contacto con la FSTMB. En ese periodo, Lechín y los otros dirigentes de la federación se acercaron más y más al POR, que a su vez, se refugió en la estructura local del sindicato. La gran influencia del POR en la orientación política de Lechín y la FSTMB se hizo evidente en la Tesis de Pulacayo, respaldada por Lechín. Cuando finalmente el MNR retomó contacto, lo hizo con un movimiento cada vez más poderoso y organizativamente independiente, que contaba ya con un liderazgo propio y una orientación política definida y propia. El MNR consiguió transformarse nuevamente en la expre-

sión política de la clase obrera, pero en una alianza preñada de mutua desconfianza.

Aunque la FSTMB se alineó políticamente con el MNR fue muy similar al POR en cuanto a orientación ideológica. Además, después de 1946, el movimiento obrero ya no estuvo dispuesto a aceptar un papel pasivo, dirigido por los sectores intelectuales medios y altos, a cambio de gratificaciones prosaicas. A través del POR y de la FSTMB, la clase trabajadora ya pudo exigir un papel activo y, con el tiempo, de control en la redefinición y reconstrucción de Bolivia.

A la larga, la FSTMB rompió con el POR que a su vez adoptó tres direcciones: la división se produjo en torno a temas de oportunidad y tácticas y no sobre conceptos fundamentales. Un número considerable de poristas ingresó al MNR y se alió con Lechín. El segundo se formó a partir de antagonismos personales básicos, tuvo corta vida y actualmente ya casi no existe. El resto del grupo porista original siguió jugando un rol predominante en algunos sindicatos mineros y durante los primeros años de actividad de la COB en que predominó Lechín. Tanto miembros de la COB como del POR jugaron un papel fundamental en el impulso de la revolución agraria. Aún después de que su influencia se extinguiera en el valle, la COB repercutió enormemente en el altiplano. Esta corriente destinada a la complementación de la revolución nació directamente del concepto de "gobierno obrero-campesino", respaldado por la COB y el POR.

Incorporando a la COB, el MNR adoptó el concepto del POR y así se inició la lucha entre proyectos rivales: el concepto MNR-PIR de "sociedad democrático burguesa" y el concepto COB-POR de "gobierno-obrero-campesino". El primero propició una sociedad capitalista de estado, dominada por una élite progresista de clase media; el segundo una sociedad socialista de estado, dominada básicamente por una élite mixta, en parte proveniente de y principalmente basada en la clase obrera. En el primer caso, predominaría un modelo esencialmente de sector medio. El obrero y el campesino se

beneficiarían con aumentos de sueldos, medidas favorables a ellos y el status de propietario absoluto para el campesino. En lo que se refiere al segundo concepto, este modelo del sector medio daría lugar a una definición de clase obrera, especialmente en temas de propiedad. A través de una colectivización gradual, el campesinado se convertiría en proletariado rural. El primer concepto siguió la orientación mexicana, en tanto que el segundo vaticinó una Cuba. (6)

Dadas las imprevistas consecuencias de la insurrección, ninguno de los conceptos tuvo esperanza de realizarse plenamente. Por esta razón, la cúpula pragmática del MNR se separó de su ala derechista y la tendencia lechínista de la COB se alejó del ala izquierdista radical. Se desarrolló una coalición de centro-izquierda, donde ambos aceptaron sus respectivas realidades, pero intentaron mantener sus posiciones básicas. También hay que tomar en cuenta que la élite movimientista fue menos consciente de los conflictos inherentes al movimiento revolucionario que la COB. (7)

Con objeto de enfrentar el problema inmediato de la satisfacción de las demandas, la élite movimientista luchó valientemente para responder a las exigencias de todos, desde su restringida imagen del movimiento multiclasista basado en una comunidad de intereses. Por otra parte, la tendencia de izquierda obrera expuso claramente que estaba consciente de que, en esas circunstancias, su demanda de control tendría que hacerse a expensas de la tendencia derechista del MNR y que aquellas sobre los recursos disponibles se harían a expensas de la clase media urbana en general. Por tanto, si bien la COB aceptó la dirección movimientista, inmediatamente se esforzó por convertirse en eje del partido, para construir desde allí un posterior surgimiento como fracción de poder capaz de controlar y definir la revolución.

La COB no logró lo que quería, pero al principio sí lo que consideraba necesario para el surgimiento de su modelo ideológico: (a) una base campesina masiva, (b) un co-gobierno y (c) un control obrero. De igual manera, la COB consiguió

ver plasmadas sus exigencias sobre los principales recursos disponibles de la nación. Y, como se hizo más y más evidente que la izquierda obrera pudo lograr sus exigencias inmediatas de control y satisfacción, la tendencia derechista del MNR se alejó del partido. El sector medio, en general, se dejó arrastrar por el respaldo a la FSB, en busca de un instrumento para defender sus intereses.

Aunque hacia 1956 el modelo obrero-campesino ya no era el predominante, todo pareció presagiar su inevitable triunfo. En la convención de 1956, la COB obligó al congreso a censurar a Guevara Arze, uno de los dirigentes movimientistas más notables. Asimismo, tuvo mayoría en las listas electorales del partido, más que paridad en el Comité Político Nacional, pudo mostrar sus preferencias para la vicepresidencia y elevó el número de ministros obreros de tres a cinco.

Por lo tanto, se puede decir que, durante el período 1952-1956, una élite que se identificó básicamente con los trabajadores lograba el rol definitivo en la revolución que estaba en curso. Los costos sociales del proceso pudieron ser legados, hasta ese momento, al sector urbano medio políticamente débil. La clase obrera en su conjunto fue el principal beneficiario aparente; pero, en términos reales, el gran beneficiario fue la masa campesina. Teniendo en cuenta las líneas extraordinariamente particularistas del campesinado, sus dirigentes no participaron directamente en la lucha central en torno a definiciones y modelos. En general, los campesinos adoptaron una posición defensiva basada en la protección de los beneficios que obtenían, especialmente en lo que se refiere a derecho de propiedad. Las élites campesinas gastaron sus mejores energías en pos de la obtención y mantenimiento del control territorial local. El poder campesino se destacó dentro de la lucha por el poder central, como aliado potencial de una u otra posición rival. Pero no apareció modelo ideológico nuevo o diferente alguno con esta nueva y potencialmente importante fuente de poder. Las exigencias de los campesinos se articularon esencialmente a nivel de recursos y, hasta entonces, no se elevaron a demandas sobre

control nacional o definición ideológica.

El problema que confrontó la élite movimientista y su modelo preferido fue encontrar una base social lo suficientemente poderosa que sirviera de fundamento para imponer su modelo al resto de la sociedad. Puesto que confió en la satisfacción de demandas para ganar apoyo, el MNR perdió su base del sector de clase media por omisión, lo cual fortaleció el poder, a largo plazo, de la izquierda obrera. De modo que, cuando Siles intentó controlar la crisis inflacionaria a través de una serie de medidas económicas adoptadas del modelo democrático burgués aprobado por los EEUU, al mismo tiempo, tuvo que hacer un esfuerzo por reordenar la estructura básica de poder en el país. A su vez, esta necesidad política hizo necesario formar una coalición lo bastante fuerte para dominar a la izquierda obrera y volcarla a su favor. Como hemos visto, Siles se las arregló para frenar el impulso favorable al modelo obrero-campesino, pero no logró movilizar una base lo suficientemente poderosa para imponer el modelo democrático-burgués. El resultado fue un nivelamiento estático del que se habló antes. Es importante, sin embargo, analizar las acciones políticas de Siles, pues hubieron de ser reproducidas y difundidas más tarde por Paz, en su intento por desarrollar una base de poder y forzar un desarrollo dentro del modelo capitalista de estado o democrático burgués aprobado por los EEUU. (8)

A un comienzo, Siles procuró eliminar a la élite de la izquierda obrera de las posiciones de control nacional y obligarlos a retroceder hasta sus bases sectoriales. Paralelamente, restituyó a muchos de los más connotados derechistas del MNR a posiciones nacionales, tanto en el gobierno como en el partido. Además, pretendió dividir a la propia izquierda obrera, al revivir antiguas disputas ideológicas e incentivar a aquellos grupos obreros que no se beneficiaron de las reformas revolucionarias en la misma medida que los mineros. (9) A través de esta maniobra se puso de manifiesto la afinidad histórica entre el MNR y el PIR. Y los sindicatos antes dominados por el PIR se alinearon con Siles. (10) Una

vez más hubo un acercamiento entre Lechín y el POR. Los miembros de la COB que apoyaron a Siles se autodenominaron Bloque Restaurador de la COB, en tanto que la tendencia lechínista los etiquetó de "trotcobistas" muy despectivamente.

Estas acciones fueron reflejo de giros en la estructura de poder existente y no tanto de nuevas configuraciones. Lo mismo puede decirse de la perspectiva de Siles con relación al grave problema de los costos sociales; pues se limitó a volcar la tendencia y trasladar los costos sociales de la clase media urbana a la clase trabajadora y especialmente a los mineros. (11)

Las acciones más innovadoras y, a la larga, más importantes de Siles tuvieron lugar cuando intentó forjar una nueva base de poder. Lo más clave de esto fue su propósito de abrir una brecha entre la masa campesina y la izquierda obrera. Siles quiso que el MNR cambie su punto de mira, para lograr apoyo de masas, al campo. El MNR "tomó" el poder con la ayuda de los obreros, pero estaba intentando hacer un tipo particular de revolución con la ayuda de los campesinos. Esta nueva táctica triunfó parcialmente cuando Siles ganó para sí a las organizaciones del valle. La acción trajo consigo el surgimiento del líder campesino José Rojas a la posición de autoridad nacional y tales acontecimientos marcaron un significativo desarrollo en la realidad política boliviana. Las consecuencias más amplias de dicho desarrollo apenas comienzan a sentirse, pues es el origen de un giro entre los campesinos, de una posición política defensiva a otra ofensiva. El resultado de ese viraje será analizado más adelante en este capítulo.

Otro ingrediente en la búsqueda de una base de poder nueva, llevó a Siles a revivir -con la ayuda de los EE-UU.- a la desacreditada fuerza militar nacional. En este caso, la jugada fue obvia, pues se trató de recobrar algo de la decisiva capacidad que Max Weber denominó "el legítimo monopolio de la fuerza" para el Estado controlado por la élite movimientista. El tamaño del ejército fue aumentado y su

imagen reforzada como ejército revolucionario nuevo. Mantuvo sus funciones "desarrollistas" y, en parte, recobró sus funciones tradicionales de control. La resurrección del ejército y la procura del apoyo campesino añadieron dos componentes importantes a la lucha nacional. Se preparó el escenario para una reconstrucción dramática de la dimensión de poder de toda una situación revolucionaria. Empero, aunque Siles agregó estos nuevos elementos, no pudo integrarlos en una fórmula eficaz. Fue en ese momento cuando Paz tomó el poder.

Si bien resulta difícil especular sobre la personalidad y ambiciones -buenas o malas- de Paz Estenssoro, yo creo que cuando Paz reasumió el poder en 1960, por encima de todo su propósito político fue el de pasar a la historia como el hombre que construyó la nueva Bolivia. Paz hizo del desarrollo económico la piedra angular de su administración. Es más, lo cambió en términos de una nueva y actualizada versión del modelo democrático-burgués. Paz se dispuso a crear una imagen real de economía dinámica, que crecía dentro de la estructura de un sistema capitalista de estado dominado por una élite de clase media. (12)

Un factor importante que dió lugar a algo que estuvo a punto de convertirse en una obsesión en torno al desarrollo económico con Paz después de 1960, fue el ascenso de John F. Kennedy a la presidencia de los Estados Unidos de América. Con Kennedy, lo que antes fue un deseo tímido de evitar que la revolución se torne comunista, se transformó en un objetivo positivo para hacer de Bolivia, junto con Venezuela una muestra de cambio "revolucionario democrático" dirigido. Se aumentaron y ampliaron los compromisos de una ya abultada ayuda internacional. (13). La proscripción a toda ayuda a la compañía minera manejada por el Estado se dejó sin efecto y se envió un embajador prorrevolucionario a La Paz: Benjamín Stephansky. Victor Paz estaba convencido de que los Estados Unidos habían "comprendido" por fin lo que pretendía con la revolución y que Kennedy estaba dispuesto a brindar su apoyo hasta el final. Por esto, Paz decidió seguir con EEUU

hasta las últimas consecuencias y conformar un régimen estrictamente de acuerdo a las expectativas de la Alianza para el Progreso. (14)

Para alcanzar esa meta, Paz tuvo que enfrentarse directamente con los problemas de liderazgo, poder y costos sociales. Sobre todo, tenía que crear una base social lo suficientemente poderosa como para romper el estancamiento vigente y sentar las bases sobre las que afirmar las iniciativas nacionales. Para cualquier acción de esa naturaleza era necesario romper el negativo estancamiento logrado por Siles y reiniciar una lucha sectorial de gran envergadura, tanto a nivel de recursos como de control.

Cuando Paz asumió la presidencia por segunda vez en 1960, la situación general de las autoridades nacionales era bastante absurda. No exagero al decir que la autoridad nacional terminaba donde comenzaban los límites de la ciudad de La Paz. En la práctica, Sandoval Morón y Rubén Julio gobernaban entre ambos casi la mitad del territorio rural. La mayor parte del altiplano estaba gobernado por el pulgar de Toribio Salas. José Rojas controló el valle; aunque, debido a los constantes desafíos de Veizaga, su control era aún débil. El norte de Potosí vivía un estado de guerra entre tribus. Los principales campamentos mineros estaban indiscutiblemente controlados por los sindicatos locales. La situación general se deterioró a tal punto que los funcionarios nacionales, incluyendo al presidente, no podían viajar seguros por grandes sectores del país, sin el permiso y protección expresa de los jefes locales.

Aparte de esto y como hemos visto, el país estaba paralizado a nivel del poder interclasista (o intersectorial). Con todo, la forma que cobró el retorno de Paz a la presidencia y el ascenso de Lechín a la vicepresidencia vaticinaron que se retomaría la tendencia centro-izquierdista del período 1952-1956 y que, a la larga, se daría prioridad a los intereses e imagen que correspondían a la izquierda obrera.

El poder fue fragmentado y dilapidado dentro de la organización partidaria. Durante más de ocho años en el poder, el MNR no logró establecer un criterio rígido de militancia y tampoco depurar realmente fracción importante alguna. Aunque la desertión de Guevara redujo del partido el tamaño en términos absolutos, quedó un abultado y heterogéneo número de miembros necesitados de padrinzago en todos los niveles. Como señalé, la política de fracciones ávida de pegas fue heredada por el flamante régimen movimientista. El número de fracciones políticas personalistas aumentó en la misma medida en que el partido engordó de posiciones de padrinzago. Tales fracciones adoptaron denominaciones ideológicas, pero, en la mayoría de los casos, fueron sólo camarillas alineadas en torno a figuras notables de segunda categoría dentro del partido, quienes esperaban su turno para acceder a un puesto, desde donde expandir su influencia política. Por su parte, ninguno de estos ambiciosos dirigentes reparó en utilizar su cargo para construir bases de apoyo independientes, donde la lealtad original era para él y sus propias aspiraciones. (15)

Toda estrategia desarrollista con ánimo de triunfo tenía que tomar en cuenta los problemas de poder e interés en cada uno de los tres niveles siguientes: regional, sectorial y partidario. Pues, en cada uno de ellos, estuvo en juego lo ideológico junto a los intereses personales de grupo o región. Muchas veces, posiciones ideológicas e intereses chocaron directamente entre sí, por lo menos durante un tiempo. En suma, la realidad colectiva del país fue extraordinariamente débil y el contexto político en extremo complejo. Hacer algo más que ocupar puestos exigía una acción resuelta, pero quien emprendía ese rumbo tenía necesariamente que enfrentarse a una Caja de Pandora y Paz decidió hacerlo.

Al nivel de un control soberano, el gobierno de Paz se movió cautelosa pero firmemente. La estrategia de Paz combinaba dos políticas: (a) una de dividir-para-conquistar; en la que él apoyaba a los caciques locales pro-gobierno (en realidad, pro-Paz) en detrimento de los dirigentes menos con-

fiables y (b) otra de implementar lenta pero continuamente una clara presencia del gobierno nacional.

A fin de ganar control sobre la gigantesca región tropical del oriente boliviano, Paz dirigió su atención a Santa Cruz, como departamento estratégicamente importante. Siempre que alguien soñó con una Bolivia próspera se fijó en el oriente y especialmente en Santa Cruz, como el límite más prometedor. Desde que se terminó de construir la carretera de Cochabamba a ese departamento, en 1954, Santa Cruz adquirió la categoría de frontera política y económica para Bolivia. Paz dió mucha prioridad a los programas de desarrollo del potencial agrícola del departamento -particularmente arroz, azúcar y ganado-. Asimismo, el gobierno hizo un esfuerzo concertado para promover la emigración de la población del altiplano hacia el oriente. Bajo ese doble impulso, Santa Cruz fue beneficiaria de una importante inyección de capital y flujo permanente de poblaciones nuevas. Como resultado de ello, en relación al resto del país, la zona experimentó auge económico. Este estímulo económico coadyuvó a una constante integración económica de la región dentro de una estructura de mercado nacional, incipiente pero real. (16) Para completar el proceso, Paz necesitaba garantizarse una lealtad política en la zona; y, en ese sentido, inició acciones destinadas a romper el poder de Sandoval Morón.

Incapaz de simplemente someter a la zona, Paz procuró debilitar a Morón, dando respaldo a fracciones locales rivales y, lo que es más importante, patrocinando a Rubén Julio, su mayor rival. Las tensiones entre los líderes rivales originaron una serie de actos de violencia a gran escala. Esa dinámica alcanzó proporciones peligrosas con el tiempo; pero, desde el punto de vista nacional, tuvo el efecto deseado, pues el predominio de Morón en el área se debilitó considerablemente. (17)

En su acercamiento a otras áreas importantes, Paz utilizó la misma estrategia de oponer a los líderes locales. Contribuyó a liquidar políticamente a Veizaga en el valle de

Cochabamba y, ello ayudó a Rojas a consolidar su posición. Sin embargo, la situación no estuvo tan claramente definida, ya que en un momento dado, Paz parecía haber respaldado al joven líder Julián Chávez, otro que representó una amenaza para Rojas; no obstante, el control de Rojas resultó ser tan fuerte, que la figura de Chávez acabó por desvanecerse. Paz volcó su apoyo a favor de Rojas, quien a su vez declaró públicamente su respaldo al gobierno y, más tarde brindó una importante ayuda armada al gobierno para aplastar huelgas mineras. Con todo y probablemente porque no olvidó su antigua enemistad con Paz, Rojas expuso claramente que, para él era Siles y no Paz el gran líder de la revolución. Pero, cabe señalar un hecho trascendental y es que, a fines de 1963 y principios de 1964, su nombre empezó a ligarse con una nueva figura política, la del general Barrientos Ortuño, (18) la cabeza popular de la Fuerza Aérea y el hombre que habría de derrocar a Paz, su tutor, en 1964.

Paz también dirigió su atención al altiplano y a la base de poder procobista de Achacachi, donde Toribio Salas controló la decisiva zona del lago. En este caso, estimuló las actividades de los centros de poder rivales, pero especialmente de los sindicatos cercanos a Huarina y a Huatajata. En esa región se creó una fracción favorable a Paz, de la que surgió un fuerte rival de Salas: Felipe Flores. Como era de prever, Salas respondió violentamente y provocó el estallido de una guerra civil entre campesinos en el departamento de La Paz. La lucha por el control del altiplano fue causa de numerosas muertes. El propio Felipe Flores murió en una pelea con armas de fuego, a la luz del día en el centro de La Paz. A medida que Paz aplicaba su ofensiva, los incidentes individuales de violencia por motivos políticos aumentaron a lo largo y ancho del país. Los caciques regionales estaban a la defensiva y respondieron encarnizadamente.

Paz no limitó sus ataques contra los caciques a un nivel puramente regional. Por ejemplo, mientras atacaba regionalmente, al procobista Salas intentó formar una coalición favorable al gobierno y capaz de dominar la Confederación

Campesina Nacional. Por otra parte, hizo lo posible porque la confederación deje de ser un consejo de jefes regionales y se convierta en una entidad verdaderamente nacional y amigable al gobierno. A largo plazo esto habría significado que los futuros dirigentes de la confederación fueran parcialmente dependientes del gobierno en su posición de líderes nacionales, en lugar de simplemente regionales.

Aparentemente, Paz seguía una estrategia de largo alcance. Primero con objeto de derrotar a ciertos jefes regionales y posteriormente para "nacionalizar" a los que conservaron sus posiciones. Rojas, por ejemplo, aspiraba sólo al liderazgo regional, tuvo una base suficiente de poder de cara a sus objetivos y así conservó su independencia. Para convertirse en líder nacional hubiese tenido que trascender su base local y conformar alianzas de más alto nivel, a menos que fuese capaz de conquistar al país. En ese contexto, necesitaba de aliados entre los jefes (él y Flores forjaron tal alianza), pero también de un patrocinador gubernamental para legitimar la confederación y proveerse de los recursos económicos que la hicieran funcionar. Como líder nacional habría sido más dependiente de las fuentes de poder externas a su propio control. Al mismo tiempo, habría implementado un lugar dentro de la existencia efectiva de mecanismos nacionales como el partido.

En el caso de Rubén Julio, el proceso fue similar. Primero surgió como líder en el senado y, en 1946, como decisivo contendiente en la nominación vicepresidencial. Este incuestionable movimiento hacia la "nacionalización" de los jefes regionales tendió a establecer una simetría en las relaciones de poder nacional-regionales. El gobierno nacional no pudo prescindir aún de los jefes regionales, pero estos caudillos también tomaron conciencia de la necesidad de organismos nacionales de funcionamiento, con objeto de ver realizados sus anhelos de alcance nacional. En condiciones de igualdad, se podría suponer que, con el tiempo, pudo haberse conformado un escenario nacional, donde, con una capacidad de manipulación de las organizaciones nacionales, se habría po-

dido suplantar gradualmente el control de la fuerza regional como base de liderazgo; y donde sus caudillos habrían sido más semejantes a aquellos jefes guardianes del antiguo escenario político urbano de los EEUU. Sin embargo, el éxito de este proyecto potencial estuvo sujeto a la solución de una serie de otros conflictos en varios niveles. Por el momento, el efecto de las muchas acciones regionales de Paz fue una mayor fluidez, aunque salpicada de violencia en las relaciones entre los centros de decisión locales y nacionales.

La segunda dimensión de ese propósito de lograr soberanía dentro de la realidad geográfica del país, incluyó la instauración de una presencia institucional en toda la zona; lo cual se hizo a través del ejército nacional. Paz siguió por el camino abierto por Siles y construyó en él. No se limitó a continuar la labor de reconstrucción del ejército, sino también aquel de la Fuerza Aérea, y a un ritmo mucho más acelerado.

Cuando Siles intervino por primera vez en el valle, la declaró zona militar. Paz adoptó y perpetuó dicho sistema y cuando intervino en Santa Cruz (agosto de 1962) también declaró a ese departamento zona militar. En ambas intervenciones, donde Barrientos jugó un rol importantísimo, se utilizó el poder militar para reforzar su lado en contra del otro en las luchas regionales. (19) Con ésto se puso de manifiesto la capacidad de un foco de fuerza nacional en tan decisivas regiones. De modo que, si bien no se hubo eliminado una fuerza regional independiente y al margen del control nacional directo, se creó una capacidad paralela de fuerza con base nacional. Hubo soldados en uniforme y milicias luchando codo a codo. Si se toma en cuenta los compromisos de ayuda militar norteamericanos, el potencial de crecimiento del ejército nacional obviamente fue superior. Y, cuando menos, la autoridad nacional pudo acercarse más a las principales regiones, con la intención de someterlas a su control soberano.

La presencia militar en Santa Cruz fue sólo una

faceta del creciente papel que Paz delegó a los militares en su multifacética tendencia a gobernar y organizar Bolivia para el desarrollo nacional. Las funciones desarrollistas de los militares fueron enormemente ampliadas, a pesar de que recobraron su función de control. A través de los programas de "Acción Cívica", batallones de obreros militarizados abrieron carreteras de ingreso a nuevas regiones, crearon vías de comunicación, construyeron puentes, transportaron y establecieron colonizadores y edificaron innumerables escuelas rurales. (20) El ejército, que ya contaba con cerca de diez mil hombres entre oficiales y soldados, incluso ejecutó y administró gran parte del programa de desarrollo del gobierno. Por otra parte, el ejército contribuyó a popularizar una buena parte de la ayuda de los EEUU cuando distribuyeron las remesas de Food for Peace entre los campesinos y habitantes de pueblos remotos.

Con el restablecimiento del servicio militar obligatorio, al ejército se le añadió una función como una de las instituciones educativas más importantes de la nación. Allí, los campesinos indígenas aprendieron primero a hablar español, a leer y escribir y luego habilidades funcionales modernas. De esta manera, el ejército jugó el papel de institución "nacional" multifacética en el país. De una u otra forma numerosos grupos de población rural lograron su primera y, muchas veces única, conexión con una realidad gubernamental nacional, a través del nuevo "ejército revolucionario".

Cuando Paz volvió a poner sobre el tapete el problema de la permanencia relativa de los sectores claves de la sociedad, los modelos ideológicos de desarrollo opuestos fueron más evidentes. Para la mortificada izquierda obrera, el retorno de Paz no fue presagio de un renovado impulso centro-izquierdista que pudiera consolidar la revolución de acuerdo a su imagen. Por el contrario, Paz planteó el más importante desafío a la permanencia de la COB, cuando cuestionó la vigencia de la clase obrera en los niveles de control y de los costos sociales. Dadas esas acciones consecutivas, sólo resta sacar la conclusión de que Paz decidió eliminar a la clase

trabajadora como contendiente nacional de poder y en algún momento descarga sobre ella (especialmente en los mineros) el mayor peso del desarrollo económico, cuando menos momentáneamente.

Entre la lucha que protagonizó Paz y la de Siles con la izquierda obrera, hubo tanto diferencias como similitudes interesantes. La diferencia fundamental está en el ímpetu con que se emprendieron las acciones concretas. El comportamiento de Siles tuvo lugar en base a la necesidad de una estabilización. Supuso que con un aumento de los sueldos y control de precios se fomentaba la inflación y, por lo tanto, optó por reducir la escala de los beneficios laborales. Lo cual provocó enfrentamientos; pero, nunca tuvo intención de romper el movimiento propiamente dicho. Una vez alcanzada la estabilización, las acciones de Paz obedecieron a su deseo de poner fin a la paralización económica y política e iniciar un desarrollo económico. Esto último fue lo único que, como factor, justificó y sirvió para juzgar las acciones. La escasa productividad laboral se definió como el único obstáculo arraigado para el desarrollo, y el poder obrero y la "indisciplina" como las principales causas de una baja productividad. Por lo tanto, se trataba de acabar con el poder de la clase obrera y de someterla a una nueva forma de control.

Un importante elemento presente en el ámbito de acciones fue la declinación de la amenaza contrarrevolucionaria. Hubo un sutil giro en el concepto de enemigos; si antes lo fueron aquellos que se ubicaron en la derecha política, en ese momento pasaron a ser enemigos quienes se ubicaron en la izquierda política. Bajo el silogismo desarrollo-productividad, la izquierda pasó a la categoría de contrarrevolucionaria. Paz defendió públicamente sus acciones, como parte de una jugada general contra el comunismo y el "izquierdismo infantil" en Bolivia.

En cuanto al enfrentamiento de Paz con los trabajadores, hubieron una serie de factores que lo llevaron a ello. Entre los más importantes están: (a) la orientación histórica

del MNR, que siempre fue elitista de clase media y destinada a reformular al orden anterior, en lugar de reconstruir totalmente la sociedad; (b) la decisión de aceptar la Alianza para el Progreso norteamericana y evitar el bloque soviético como fuente legítima de ayuda; y (c) las inevitables realidades de la situación económica boliviana. Para desarrollarse, Bolivia necesitaba capital y ninguna fuente externa estaba dispuesta a suscribir todos los gastos. De manera que se tuvo que exprimir capital de los ahorros internos, lo cual significó que las demandas de consumo, cuando menos de ciertos grupos, tuvieron que ser denegadas.

En esta perspectiva a largo plazo, Paz confiaba en el futuro de Bolivia a través de la zona oriental, en la agricultura y en el petróleo. Durante sus cuatro primeros años, Paz propugnó la diversificación en el oriente. En dicho período, el gobierno hizo énfasis tanto en el desarrollo como en el consumo. La antigua Bolivia corrió con los costos, pues fue permanentemente despellejada por la inflación, una sistemática descapitalización de la COMIBOL y por el agotamiento de las reservas. En la década de 1960, por razones políticas internas y externas, ya no fue viable la política inflacionaria. Y lo que es más grave, la COMIBOL había quebrado; la antigua Bolivia ya no tenía nada que brindarle a la nueva. Paz conservó su objetivo de impulsar el desarrollo en el oriente; pero, para llevarlo a cabo tenía que salvar la COMIBOL. Y, como más tarde habría de descubrir Cuba, ningún país puede escapar a una economía monoexportadora por decreto. Para financiar la diversificación fue necesario un ingreso continuo de divisas; que, a su vez, crea una permanente dependencia en la exportación de un único producto. Bolivia estaba aún encadenada al "metal del diablo". (21) Gustara o no, salvar la COMIBOL como fuente de capital invertible llegó a convertirse en la piedra angular del segundo gobierno de Paz.

Para encarar el problema de la COMIBOL, el tema de la posición de los trabajadores se planteó de inmediato. En 1956, el gobierno de Siles contrató a la firma neoyorquina de

ingeniería, Ford, Bacon and Davis para analizar la situación general de la compañía minera estatal. En el informe resultante (nueve volúmenes), los males de la COMIBOL fueron presentados como innumerables: falta de capital, plantas y equipos destrozados, agotamiento de los depósitos de mineral, falta de desarrollo de nuevas minas y muchos otros. Con todo, el informe concluía diciendo: "En términos generales se piensa que los problemas técnicos se pueden superar dentro de límites razonables, pero los verdaderos problemas que enfrenta la industria son de naturaleza humana". El estudio añadía que los problemas "humanos" a los que se refiere, en realidad eran problemas laborales; vale decir, el elevado costo de los obreros, los servicios sociales que se les habría otorgado y la falta de disciplina laboral. (22) A partir de ese primer estudio, tanto los diversos gobiernos bolivianos como las misiones de ayuda norteamericana afirmaron que la raíz del problema de la COMIBOL y, por ende de toda la economía, eran los obreros.

La salvación de la COMIBOL se proyectó en términos de un esfuerzo internacional con la mediación del llamado Plan Triangular, en que intervienen los EEUU, Alemania Occidental y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), los que aportarían con capital y ayuda técnica para reorganizar la industria. El plan contempló una fuerte inversión de capital, la promoción de nuevas fuentes de mineral y una "racionalización" de la estructura administrativa vigente. Este último concepto fue una auténtica "caja de sorpresas", donde se plantearon una serie de problemas, incluyendo el de los obreros. (23) El plan asumía que para que la COMIBOL fuera solvente debía comenzar por reducir el componente laboral de sus costos. En otras palabras significaba: (a) un abandono de actividades puramente "sociales", por ejemplo, minas no productivas, pulperías, etc.; (b) un ajuste de salarios a niveles productivos; y (c) una reducción de la mano de obra. Además, el plan exigía la instauración del principio de autoridad; es decir, poner fin al control obrero. Puesto que el juego político era de grado cero, donde la victoria de un contendiente significa la derrota de todos los demás, para

alcanzar ese objetivo hubiera sido preciso reducir el poder de los mineros en cuanto a su capacidad de plantear demandas o crear un poder opositor superior.

Aún en el caso de que la orientación básica del MNR hubiese sido otra, para la lógica del programa desarrollista en el que se hubo embarcado Paz fue necesario reducir la ya limitada cuota de bienes disponibles para los mineros. En esas circunstancias, Paz tuvo que "romper el lomo" político de la FSTMB. Un aspecto decisivo de ese objetivo político fue la eliminación del control obrero. Sin embargo, para la imagen que la izquierda obrera tenía de la revolución y para su estrategia de cara al futuro desarrollo hacia un modelo ideológico obrero-campesino, el control obrero y el co-gobierno eran dos aspectos centrales. Por lo tanto, atentar contra el control obrero significaba un atentado contra toda la izquierda obrera; lo cual se hizo más patente cuando Paz inició una sutil eliminación del co-gobierno. En una palabra, la estrategia económica conllevaba una táctica política, cuya meta fue la eliminación de la COB como fuerza política decisiva.

Giros de Poder: Modelos de Desarrollo en Conflicto

Para comprender el consiguiente enfrentamiento entre Paz y la COB es fundamental entender antes los giros contextuales básicos que tuvieron lugar entre 1952 y principios de la década de 1960. Entre 1952 y 1956, el contexto político fue tal que la izquierda obrera fue el eje de poder de la situación revolucionaria. Pero, entre 1956 y 1960, la izquierda obrera llegó al máximo de su relativa capacidad de poder y luego se niveló. En este importante período, el espectro de poder sufrió un cambio esencial; en primer lugar, cuando el campesinado comenzó a surgir como grupo nacional con tendencia ofensiva; y en segundo, cuando se tomó la decisión de reconstruir y modernizar el ejército.

Tales giros políticos fundamentales cobraron mayor significación cuando la lógica del pensamiento económico a largo plazo comenzó a imponerse. La imagen desarrollista del MNR se expuso en términos de la diversificación; lo cual suponía una reorientación básica del país que lo alejaba de una realidad nacional basada en el estaño para optar por una Bolivia latente: más allá del estaño. En todos estos giros en el enfoque del objetivo nacional a largo plazo, la masa campesina indígena fue el grupo humano decisivo. Y, de acuerdo a esa misma lógica, la institución nacional más importante de cara a la nueva realidad fueron los militares favorables al desarrollo. De modo que, hacia comienzos de la década de 1960, Bolivia experimentó un cambio fundamental en su ubicación histórica, donde estos factores contribuyeron a debilitar políticamente y volver económicamente anacrónicos a los viejos grupos obreros, especialmente a aquel de los mineros. Estos mismos factores pusieron tanto a los campesinos como al ejército en una frontera económica. A principios de la década de 1960, su importancia política creció tanto como declinó la de los mineros.

La tensión entre Paz y la izquierda obrera fue en aumento a lo largo del período 1962-1963. Cuando Paz definió al desarrollo como el objetivo principal de la revolución, no hizo sino colocar a la izquierda la etiqueta de contrarrevolucionaria y a esa imagen añadió la del espectro de subversión comunista. (24) Los ataques en contra del comunismo no fueron un simple ejercicio retórico; pues, continuando con su política de dividir a campesinos y obreros, él repitió el estribillo de que una sociedad basada en el modelo ideológico de la izquierda obrera, se traduciría en una colectivización de la agricultura y, por lo tanto, en una negación de los derechos individuales de propiedad otorgados por la revolución. Este fue un factor importante para movilizar a los grupos campesinos en contra de la izquierda. En cualquier caso, aumentó la intensidad de la lucha, la izquierda fue obligada a salir primero del gobierno y después del partido. Finalmente, a la izquierda no le quedó otra alternativa que la de romper con el MNR y retornar a sus bases organizativas

originales y relativamente debilitadas.

El cierre de las pulperías, las amenazas de despidos masivos y contra el control obrero dieron lugar a que en las principales minas se organizara la resistencia. Los jefes de los sindicatos locales, en su mayoría trotskistas o comunistas, acusaron no sólo a Paz sino también a Lechín de venderse al imperialismo yanki. Sintiendo amenazado, Lechín volvió a dar un giro en su posición, desde la retaguardia y en un afán por evitar un ataque político múltiple en 1962, aceptó el puesto de embajador en Italia. Pero la escalada de tensión lo puso frente a la disyuntiva de regresar o encarar su extinción política.

Cuando Lechín regresó, Paz prefirió ignorarlo. Al mismo tiempo, comenzaron a circular rumores de que Paz intentaría permanecer otros cuatro años en el gobierno. Cuando los rumores parecían convertirse en realidad, se vieron en aprietos tanto Lechín como la izquierda obrera y, en una precipitada carrera por recobrar su base de poder, rivalizaron con los líderes sindicales más radicalizados, lanzando epítetos contra Paz y el Plan Triangular. La tensión entre Lechín y Paz creció tan aceleradamente, que ambos titanes se vieron colocados en una situación de enfrentamiento.

Hacia fines de 1963, el gobierno ordenó despidos masivos en las minas; sólo en Catavi y Siglo XX, cerca de un millar de mineros recibieron avisos de despido. (25) Esta medida llevó a su extremo la tensión entre el gobierno de Paz y la izquierda obrera. Y cuando los sindicatos incitaron a una protesta violenta, el 7 de diciembre de 1963, el gobierno arrestó a dos dirigentes mineros: Federico Escobar e Ireneo Pimentel. Como represalia, los mineros tomaron diecisiete rehenes, tres de los cuales eran ciudadanos norteamericanos; declararon su intención de ejecutarlos en caso necesario y marchar sobre La Paz.

En muchos sentidos, esta crisis fue el canto del cisne de la izquierda obrera. En este drama estuvieron en

juego los aspectos más importantes del nuevo contexto de poder. Lechín, que una vez fuera la segunda figura de la revolución y también vicepresidente de la nación, carecía del poder necesario para evitar la crisis o negociar un acuerdo favorable a los combativos mineros. No le quedó más alternativa que unirse a los mineros en su campamento, donde se mantuvieron firmes, como último vestigio del una vez independiente poder de la izquierda. Allí se mantuvo Lechín con sus mineros, aislado y completamente rodeado de una fuerza mixta y compuesta por el renovado ejército y las unidades de sindicatos campesinos cochabambinos. Se pudo evitar un enfrentamiento directo, pero únicamente a costa de la capitulación minera ante una coalición de fuerzas superior. El 15 de diciembre, Lechín y sus mineros aceptaron la rendición incondicional. Las huelgas de solidaridad de otros sindicatos y las manifestaciones de la COB no sirvieron de nada; la izquierda obrera estaba en proceso de desaparición.

Este enfrentamiento entre Paz y la izquierda obrera fue signo de la intención de Paz de romper el inmovilismo intersectorial con la instauración de una nueva coalición de poder, basada en el ejército y los campesinos; coalición capaz de reducir el poder de la izquierda obrera al mínimo y de dar a Bolivia la fuerza necesaria para salir de ese punto muerto y conducirla hacia el establecimiento de un sistema de capitalismo de estado, con renovado impulso. Si analizamos las variables que resultan de la exposición anterior, sobre demandas y apoyos, la estrategia de Paz a nivel de poder intersectorial, puede resumirse así:

- 1) Un intento por ganar un apoyo campesino más sólido, accediendo a sus demandas a expensas de otros grupos y particularmente de los mineros.
- 2) Una nueva imposición de la capacidad de ejercitar sanciones energicas a través de la reconstrucción y modernización del ejército.
- 3) Con la combinación de los dos puntos anteriores,

ruptura del poder de otros grupos y estímulo al desarrollo patrocinado por el Estado a través de una política selectiva de satisfacción de las demandas y aplicación también selectiva de fuerza, en caso necesario.

La estrategia se tradujo en una política pública con varias modalidades. En nombre de la estabilidad monetaria, el gobierno no cedió ante el tema de los aumentos salariales. Asimismo, anunció claramente que se produciría una continua reducción de mano de obra en las minas, que se suspenderían los beneficios de la pulpería y que se reanalizarían otros aspectos salariales y de bonos. Se aplicaron los mismos principios en otras áreas de las relaciones obrero-patronales; el significado global de todo esto fue que, de ahí en adelante, las consideraciones económicas estarían por encima de las sociales o políticas dentro de la política laboral del gobierno.

Paralelamente, el gobierno incrementó las inversiones generales con destino al desarrollo agrícola e hizo un mayor esfuerzo por satisfacer demandas rurales concretas, tales como escuelas, sistema de agua potable y distribución de los alimentos de Food for Peace. Muchas de estas tareas fueron cumplidas con la mediación de los programas de acción cívica militar. Para mitigar cualquier temor causado por una persistente inseguridad sobre la tenencia de tierra, Paz aceleró extraordinariamente el proceso de otorgación formal de los títulos de tierras. Esta búsqueda de apoyo campesino logró que la identificación pública de la revolución con el campesino fuera mayor. Dedicó más y más atención nacional y retórica al campesino y sus problemas. Elevó la imagen del campesino a la categoría de símbolo nacional e hizo todo lo posible por convencerlo de que el gobierno proyectaba en él el futuro de Bolivia. (26)

El gobierno coqueteó con el campesinado tanto como con los militares. Se creó una escuela de altos estudios militares y, en torno a ella, la imagen de un oficial nuevo; que no solo fuera diestro en la guerra, sino también en las

ciencias sociales y en las ciencias exactas modernas. El militar ya no era símbolo de la opresión, sino uno de los elementos más importantes dentro del impulso del país hacia el progreso. Como era de suponer, la parte destinada a "defensa" en el presupuesto nacional aumentó anualmente. (27) Los militares resurgieron como eminentes figuras a nivel nacional.

Los costos por satisfacción de las demandas de consumo de los grupos campesinos y militares, así como para conservar un alto nivel de inversiones destinadas al desarrollo, fueron descargados sobre el ahora más débil sector obrero. En el terreno puramente económico, la estrategia dio un resultado bastante rápido. La economía volvió a crecer, la producción agrícola y petrolera aumentaron y el PNB a nivel nacional mostró incrementos anuales bastante respetables. (28)

Fue en el tercer nivel del conflicto -las luchas de fracciones dentro del partido- donde Paz se enfrentó con su mayor obstáculo. A diferencia de Siles, Paz no retrocedió hacia la vieja derecha del partido cuando se enfrentó con la clase obrera. Esto se debió, en parte, desde la ruptura con Guevara, a que grandes sectores de la derecha ya no estaban en el partido. Empero, hubo consideraciones más importantes, pues resulta sumamente interesante observar que cuando se separó del partido, Guevara hizo una declaración que definió el modelo de desarrollo democrático-burgués y atacó a Paz de traición por capitular ante la izquierda. ¿Por qué Paz no trató de modificar el estado de cosas con Guevara cuando tomó acciones contra la clase obrera?

En cierto sentido, se debió a las ambiciones personales antagónicas de ambos líderes. Pero la otra causa fue el hecho de que sencillamente hubo demasiados miembros del partido hambrientos de pegas, respecto a la cantidad disponible. En diversas ocasiones, Paz expresó públicamente su fastidio cuando afirmó que el gobierno no podía dar pegas a todos los miembros y que eso significaría un daño para el país

económicamente. (29) La razón fundamental se manifestó en una serie de declaraciones públicas en que Paz afirmó que los tecnócratas eran una de las necesidades esenciales de desarrollo del país. (30)

Sin duda, los puntos de vista de Paz sobre el desarrollo tuvieron su origen en la primitiva concepción movimientista de una élite progresista de clase media que dirigía al país hacia la tierra prometida, con su modelo democrático-burgués. Un teórico contemporáneo especializado en el problema de los modelos políticos de desarrollo postuló dos modelos ideales típicos, donde las élites de clase media juegan el papel preponderante en el estímulo al desarrollo. Al primero lo denomina "capitalismo nacional"; una clase media empresarial que coopera con el Estado orientado al desarrollo. El segundo es el "capitalismo de estado"; una élite tecnócrata de clase media que utiliza al Estado para fomentar el desarrollo. El autor, Helio Jaguaribe caracterizó a la Bolivia del régimen movimientista dentro del segundo modelo. (31)

Según Jaguaribe, el modelo capitalista de estado es aquel en que el "desarrollo patrocinado por tecnócratas de clase media, que generalmente se instalan en el poder a través de un golpe de estado y lo ejercen en alianza con campesinos y trabajadores por medio de un partido revolucionario." (32) Esta declaración coincide directamente con la imagen que el MNR tiene de sí y es, en mi opinión, la imagen que sirvió de marco para la estrategia de Paz Estenssoro.

Si damos por sentado que Paz procuró conscientemente establecer un modelo capitalista de estado, conviene observar entonces que, además de los otros problemas se enfrentó a un hecho preocupante que, ni el sector de clase media boliviana en general, ni la élite movimientista en particular, eran en absoluto empresarios o tecnócratas. Aparte de esto y dada la época y las circunstancias del hecho, si bien la élite movimientista se consagró retóricamente al desarrollo, conservó una serie de valores más profundos y quiso alcanzar un estilo de vida que, dentro del contexto boliviano,

se contradecía con un verdadero compromiso desarrollista.

El MNR primitivo fue sólo una manifestación de la corriente nacionalista surgida en toda América Latina durante la década de 1930. Sus líderes fueron siempre elementos desclasados de la clase alta o jóvenes intelectuales de la clase media. Estas "élites opositoras" reaccionaron principalmente ante situaciones de incompatibilidad de status -la incapacidad de lograr estilos de vida que habían aprendido a aspirar-. Cuando, más tarde, estas élites establecieron lazos con aquellos grupos sociales inferiores que reaccionaron a la frustración de sus expectativas de ascenso, en Latinoamérica surgieron una serie de "movimientos populares nacionales". Como indicara Aníbal Pinto, para estos movimientos dirigidos por la clase media, el nacionalismo fue más la expresión de un patriotismo violento y de un deseo de eliminar a los extraños de las posiciones sociales a que aspiraban, que un compromiso de encarar los problemas vitales de desarrollo. (33) En países como Bolivia, donde los nacionalistas pudieron expresar oficialmente sus metas, lo hicieron a través de documentos como la Constitución de Busch, que garantizó esquemas de bienestar patrocinados por el Estado, y cuyas formas fueron a menudo más avanzadas que aquellas de estados económicamente desarrollados. Tales documentos fueron compromisos con niveles generalizados de consumo que sobrepasaban la capacidad de los recursos de los estados latinoamericanos. La legitimación de las aspiraciones de consumo creó graves problemas desde entonces; y, el más inmediato es la tendencia en las élites y públicos de apoyo a hacer de la distribución de la riqueza y el consumo su preocupación fundamental. No obstante, todos estamos de acuerdo en que, para la solución de los problemas más críticos del desarrollo, es preciso adoptar nuevos valores y limitar el consumo.

Hay que recordar que el sector de clase media boliviano, a la que antes me he referido como pequeña burguesía, era en cierto sentido, un pariente pobre de la burguesía nacional -la rosca-, cuya posición esperaba alcanzar y no pudo con el antiguo sistema por falta de recursos, linaje o raza.

Es más, este sector de clase media fue dependiente de la burguesía nacional a través de la contratación directa o prestación de servicios. (34) La base del núcleo movimientista y su liderazgo original se formó a partir de estos grupos y de aquellos elementos cuya movilidad social estaba en plena declinación. La evolución del MNR primitivo no fue una reacción antagonista de clase, sino una reacción dentro de los grupos de élite y protagonizada por quienes no poseían la capacidad de compartir esta serie de valores comunes a las élites y subélites del sistema.

Es por esto que sostengo que el MNR jamás fue realmente revolucionario. Proyectó cambios, pero sólo aquellos que permitieron a estos elementos excluidos aumentar su cuota de participación de los valores de la antigua élite tradicional. Esta orientación de la cúpula movimientista se reflejó en el hecho de que, si bien promulgaron cambios revolucionarios bajo presión, se mostraron contrarios a todo intento de transformar ya sea los estilos públicos o aquellos privados del antiguo régimen. Los cambios que llegaron a implementarse contribuyeron a alejar su base de apoyo del sector de clase media movimientista original; a pesar de ello, el núcleo de la élite movimientista persistió en su intento de reproducir el estilo de la vieja burguesía. De igual forma, conservó una visión básicamente negativa con relación a las clases inferiores, una perspectiva que pretendieron racionalizar dentro del concepto ideológico democrático burgués. (35)

En esta perspectiva elitista, existió la voluntad de elevar el nivel de vida de los grupos de masas; pero, yo creo que siempre dentro del marco de un estilo de vida elitista, lo cual significó dar continuidad a las viejas relaciones de dominación y sumisión con los grupos inferiores. Cuando, como en el régimen de Siles, la élite se mostró dispuesta a hablar de producción, sacrificio de los trabajadores, etc., no estaba dispuesta a cambiar, en lo fundamental, el estilo de vida de la élite tradicional. Hecho que no perdió de vista la izquierda trabajadora, que atacó encarnizadamente a la élite movimientista por mantener un estilo de vida

burgués, al mismo tiempo que a ellos se los obligaba a sufrir. (36) Hay que añadir también que si los valores de la élite tradicional fueron en parte responsables de la falta de desarrollo (sobre lo que hay un acuerdo general), la persistencia de ese estilo de vida bajo el régimen movimientista fue un obstáculo al desarrollo.

En este contexto, pienso que la élite del MNR deseó sinceramente desarrollar Bolivia una vez que ingresó en el poder, pero su orientación básica fue de redistribución, tanto entre ellos mismos, como entre la población en general. Tuvo escasa conciencia de los "costos" del desarrollo y cuando la tuvieron, dada la inflación, intentaron dejarlos caer sobre otros grupos, a fin de conservar su propio estilo de vida. Esta tendencia de la élite a mantener su estilo de vida se tradujo en una presión cada vez mayor sobre la base que patrocinó el gobierno; lo cual, a su vez, alimentó divisiones continuas del partido en fracciones ávidas de pagas. (37) Las consecuencias más importantes de esto fueron: surgimiento de una élite que, debido a su educación y antiguos valores, no contó con la calificación necesaria para favorecer el desarrollo y, en cambio, planteó enormes demandas de recursos necesarios; la permanente división del liderazgo del partido negó aún más la posibilidad de que el partido se transforme en una institución de integración y movilización nacionales. En realidad, la élite del partido fue un obstáculo más para el desarrollo.

En el tercer nivel del conflicto, se puede detectar un decidido alejamiento del partido y de la clase media "tradicional" durante el segundo período de Paz. Este giro reflejó en parte la necesidad de Paz de crear su propia fracción leal a su persona. Sin embargo, en mi opinión, también reveló un cambio más profundo en la perspectiva de Paz sobre el futuro. Parcialmente inspirado en los consejeros norteamericanos y en las teorías occidentales vigentes, Paz sentía la necesidad de crear una nueva élite tecnocrática capaz de llevar al país hacia el desarrollo esperado.

Prácticamente toda la gente que entrevisté en Bolivia coincidió en afirmar que, durante su segundo período presidencial, Paz prestó cada vez menos atención a los asuntos partidarios. En lugar del viejo liderazgo, se rodeó de un consorcio de cerebros, conformado por jóvenes agresivos posteriores a 1952, a quienes les dio más y más altas responsabilidades, en la forma de altos puestos de dirección en el partido, de puestos administrativos y puestos de gobierno. A lo cual hay que añadir que invitó a elementos ajenos al partido para ocupar cargos técnicos. Al mismo tiempo, Paz creó un Ministerio de Planeamiento, y exhortó constantemente a los burócratas gubernamentales a que adopten valores modernos más eficientes. Aunque mantuvo su control del partido nacional, la mayor parte de sus energías fueron consagradas al aparato gubernamental. Aún más, estableció una norma a nivel partidario, afirmando que, ser miembro antiguo del partido o miembro solamente, no bastaba para garantizarse el "premio" de un puesto gubernamental. Como es de prever, esa perspectiva originó protestas dentro del partido; los grupos partidarios de nivel inferior comenzaron a acusar a Paz, afirmando que sus políticas reducían la democracia partidaria. Con creciente audacia, las fracciones partidarias rivales criticaron públicamente a Paz y su "camarilla".

Hubieron otros elementos generales dentro de ese impulso destinado a crear una nueva élite tecnológica. Como indiqué, Paz fundó la Escuela de Altos Estudios Militares, cuya motivación esencial fue más ambiciosa, pues pretendía generar "el modelo de un ejército en proceso de modernización". De la escuela militar egresaron las primeras generaciones de jóvenes y agresivas figuras con mentalidad más técnica, cuando menos retóricamente. En otras palabras, además de las otras funciones que le habían sido delegadas, Paz se apoyó en el ejército con objeto de que le proporcionara una vanguardia de técnicos calificados. (38)

Sin embargo, lo más teatral del gobierno de Paz fue el establecimiento del Instituto Tecnológico Boliviano (ITB); cuyo interés principal está en que, además de la pretensión

de producir técnicos civiles, se creó independientemente del sistema universitario vigente. La mera creación de este instituto fue una bofetada en la cara para las escuelas de ingeniería de entonces. Y, lo que es más relevante, con una escuela independiente de la universidad, el gobierno rechazó abiertamente los valores y calidad de la educación impartida en ellas. Puesto que la universidad boliviana posterior a 1952 fue el bastión del sector de clase media, el nuevo instituto, por extensión, constituyó para ella un desafío, incluso a su forma de vida.

Anteriormente, la universidad había sido el pasaje garantizado al ingreso y a la existencia de la clase media. El interés profesional y la presión estudiantil salvaguardaron a un régimen que sopesó más el valor del status que brindaba un diploma, que la satisfacción profesional de la educación, lo cual se eliminaría con la creación de un nuevo instituto. La graduación de esa escuela exigiría rendimiento objetivo y su dinámica sería la misma que la de cualquier escuela técnica de culturas industriales más avanzadas. Gran parte de su personal facultativo fue extranjero, incluyendo a voluntarios del Cuerpo de Paz, quienes pretendían educar a los jóvenes bolivianos de acuerdo al modelo en el que ellos mismos habían sido formados.

Desde el principio, el ITB tuvo que enfrentarse a una mordaz y generalizada resistencia, particularmente fuerte entre el personal académico y estudiantil de las universidades. Tanto el problema del ITB como aquel relacionado con éste, el de la autonomía universitaria, se convirtieron en temas públicos trascendentales. El día mismo de la caída del gobierno de Paz, lo primero que hicieron los estudiantes universitarios fue invadir el ITB e incorporarlo al sistema universitario. Los voluntarios del Cuerpo de Paz tuvieron que escapar por las puertas traseras del edificio, en tanto que los estudiantes dieron rienda suelta a su ira contra todo aquello que se relacionara con el experimento.

Sobre este tema conviene destacar tres aspectos.

Primero, durante su segundo periodo de gobierno, Paz marginó persistentemente a la gran mayoría de los miembros del MNR. Hasta donde pude averiguar, hacia 1964, un total de 60% del partido conspiró activamente contra Paz o esperó pasivamente que su gobierno termine. Segundo, Paz marginó a la siempre decisiva comunidad universitaria y éstas se transformaron en centros de importante actividad opositora. Finalmente, en su intento de evitar un gobierno partidista, Paz comenzó a depender de su camarilla de líderes jóvenes, burócratas de gobierno y del ejército.

En resumen, con una considerable ayuda norteamericana, durante el gobierno de Paz se trató de encontrar una solución para la revolución y comenzar un impulso al desarrollo, según la imagen de una versión actualizada del antiguo modelo democrático-burgués. Lo cual incluyó una estrategia de poder, dirigida a niveles regional, intersectorial e intra-élite. En primer lugar, se trató de sustituir a los caudillos opositores a Paz por caudillos pazestensoristas. Simultáneamente, se pretendió "nacionalizar" a estos últimos, así como a las regiones que estaban bajo su control y establecer una presencia institucional a través de los militares. A nivel intersectorial se trató de crear una base masiva con los campesinos de la revolución mediante la satisfacción tanto de sus exigencias objetivas como subjetivas (identidad). Por lo tanto, se utilizó a los campesinos y al ejército para negar las exigencias de control de los trabajadores y descargar sobre sus espaldas los mayores costos sociales de desarrollo, cuando menos temporalmente. A nivel de la élite se intentó marginar a la élite partidaria sólidamente dividida en fracciones y de crear una nueva élite partidaria. Por otra parte, se sentaron las bases para generar una élite de clase media diestra, comprometida y capaz de presidir un sistema desarrollista y capitalista de estado.

En esta dinámica general, hubieron dos grupos que predominaron claramente: los campesinos y los militares. De los dos, en lo inmediato, el más decisivo para el gobierno fueron los militares. En primer lugar, porque el ejército

desarrollaba importantísimas funciones en los campos de control y desarrollo; y, en segundo lugar, porque fue estratégicamente importante en los tres niveles de conflicto (regional, intersectorial e intra-élite). El potencial a largo plazo de la masa campesina es difícil de medir, pero, dentro del panorama inmediato, fue una fuerza decisiva como elemento de poder antiobrero, como grupo vital de producción y como base de acumulación de energía y legitimador de la imagen de Paz de la revolución. Por otra parte, siempre pragmático, Paz se apoyó en los campesinos armados como la fuerza capaz de controlar las ambiciones que los militares pudieran desarrollar. Sin embargo, esto dependió de la predisposición de la masa campesina para escuchar el llamado de Paz.

Caída de Paz y del MNR

Según muchos observadores extranjeros, la caída de Paz en noviembre de 1964 fue un duro golpe. La imagen que se tenía de Bolivia era la de poseer un ejército enormemente depurado, consagrado a la construcción de caminos y sujeto al control de un partido revolucionario basado en una masa de campesinos armados, dispuesta a defenderlo hasta de la última amenaza contra "su" revolución. (39)

En realidad y como seguramente he evidenciado a lo largo de este análisis, la situación fue bastante diferente. Un observador directo expresó sucintamente la situación en los siguientes términos: "Paz tenía demasiados castillos en el aire y desgraciadamente todos se le vinieron abajo al mismo tiempo". (40) La caída de Paz tuvo una profunda ironía; ya que como dije, la economía experimentó un nuevo crecimiento a partir de 1960. Bolivia resurgía a un ritmo relativamente acelerado. Pero, la situación que confrontó obviamente influyó mucho más que las tasas de crecimiento del PNB.

La decisión de Paz de mantenerse otros cuatro años en el gobierno precipitó el golpe de 1964. En Latinoamérica

existe una tradición en el tiempo, en contra de la autosucesión de un presidente; tradición profundamente arraigada en las luchas de circulación intraelitista, pues los políticos circulan de fracción en fracción y, por lo tanto, en los puestos gubernamentales cambiando de presidentes. El intento de permanecer en el gobierno demasiado tiempo por parte de una fracción se conoce con el nombre de "continuismo", lo cual es intolerable desde la perspectiva de quienes están fuera del gobierno. (41)

El anuncio de Paz, en 1963 de permanecer en el gobierno un nuevo período originó reacciones negativas en todo el país. En lo más inmediato, con eso puso a Lechín y a la izquierda obrera contra la pared y les brindó prácticamente una única alternativa la de dejar el partido. Lechín y gran parte de lo que antes fuera la COB formaron una nueva agrupación política: el Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN). Siles exhortó a Paz a reconsiderar su decisión de permanecer en el poder otro período y cuando éste se negó, rompió con él abiertamente. Por lo tanto, en la víspera de las elecciones de 1964 sólo quedó una de las cuatro cabezas originales (Paz, Siles, Guevara y Lechín) de la revolución del MNR. La alianza primitiva del partido revolucionario se dividió en tres partidos -el PRA, el PRIN y el MNR-. Los dos públicos que originalmente respaldaron la revolución, los sectores de clase media urbana y el movimiento obrero, pasaron en su mayoría a la categoría de enemigos pasivos o activos. El resto del MNR dirigido por Paz, se apoyó en los campesinos, militares y en el gobierno de los EEUU para garantizar su existencia y permanente capacidad de fomentar el desarrollo.

Con su continuismo, Paz incentivó la lucha de fracciones al interior del partido. Y clara muestra de ello fue la intensa batalla por la vicepresidencia. En un momento dado, hubo nada menos que siete individuos con fracciones personales bien montadas, en busca del premio. Con el firme control de lo que básicamente fue una convención fraudulenta, Paz introdujo por la fuerza a su elegido personal: Federico

Fortún Sanjinés. No obstante, después de la convención, el ejército obligó a Paz a cambiar su decisión y a designar al ya popular jefe de la Fuerza Aérea, René Barrientos Ortuño, como su compañero de fórmula. Los militares recorrieron un largo camino desde 1952.

Con intención de mantenerse en el poder, Paz, puso contra la pared a todos aquellos cuya posición era negativa, frente a su programa desarrollista; pues, al cabo de otros cuatro años, era bien probable que ya no retrocediera a opciones anteriores. Por lo tanto, los caudillos desafiados, la izquierda obrera, gran parte del partido, las universidades y quienes eran contrarios a la revolución, de una u otra manera, se vieron ante la disyuntiva de actuar o someterse. Las complicadas tendencias dentro del conflicto a todo nivel lograron aglutinar sus contradictorias ambiciones personales, ideologías e intereses sectoriales y en un momento dado, fueron causa común para la meta predominante de derrocar a Paz.

Aún se desconocen los detalles sobre la caída de Paz. Pero, frente a ello, el panorama es bastante claro. Las manifestaciones y huelgas en las minas, a fines de 1964, por salarios y despidos, fueron los instrumentos generalizados de ataque al gobierno por parte de la izquierda obrera. Al ambiente de crisis y confusión generales, se añadieron manifestaciones estudiantiles y violencia. Momento en que, además, los maestros protagonizaron una huelga a nivel nacional, aparentemente para reclamar salarios, pero evidentemente como parte de la corriente política.

El país se encontró al borde de la anarquía y a Paz no le quedó más remedio que ordenar al ejército y a la policía que entren en acción. En medio de esa crisis, Barrientos se esforzó por lograr el poder y en esa perspectiva atacó públicamente al ya acosado Paz. Luego de preparar cuidadosamente la situación, el ambicioso general se trasladó a Cochabamba, desde donde se declaró en rebeldía. El espectáculo del vicepresidente atacando al gobierno en Cochabamba y el del gobierno disparando en contra de obreros y estudiantes,

acabaron con la imagen del gobierno de Paz. Todos los grupos de oposición exhortaron al ejército a intervenir; éste vaciló debido, por una parte, a un desacuerdo interno y, por otra, a que todavía no estaba seguro de su poder.

En un momento dado Paz estuvo literalmente sólo frente a todos. Se había desarrollado una alianza opositora a Paz, donde se podía encontrar toda la gama ideológica todos y cada uno de los partidos políticos, incluyendo a grandes sectores del MNR. Quienes obviamente apoyaron el poder en esa situación fueron los militares y campesinos. Pero, la oportunidad fue demasiado tentadora para que los ambiciosos la dejaran pasar; por eso, amplios sectores del ejército declararon su oposición a Paz. Los legalistas del ejército no tuvieron más opción que unirse a ellos o dejarse aplastar. Paz pasó a depender de las hordas armadas de legendarios campesinos que, según se dijo, nunca permitirían el derrocamiento del hombre que les dio sus tierras. Pero la leyenda resultó ser un mito, porque nunca se materializó la defensa por parte de los campesinos.

El momento crucial sobrevino cuando se hizo evidente que ninguna masa de campesinos llegaría a salvar a su líder. Las razones del fracaso de la movilización campesina fueron muchas. Lo más importante fue que, si bien los campesinos fueron una fuerza combativa potencial, su comportamiento político no respondió a una estructura nacional de dirección, sino a aquella de caciques locales. Es decir, que la clave de ese apoyo yacía en la lealtad de estos caciques. Actualmente, no cabe duda de que Barrientos pudo hacer convenios con los más altos dirigentes, incluyendo a José Rojas. (42)

Unos días antes de su caída, Paz logró traer una pequeña fuerza de campesinos del altiplano de La Paz, donde hicieron demostración de su fuerza. Sin embargo, el grupo no fue grande y, cuando se hubo desbandado, fue difícil volverlos a reunir. Además, se me informó que cuando intentó volver a movilizarlos el 3 de noviembre, se lo impidió una ame-

naza de saquear sus hogares por parte de los sindicatos pro-barrientistas. En el valle, el poderoso sindicato de Punata declaró su lealtad a Paz, pero el área circundante, incluyendo a Cliza y Ucureña, apoyaron a Barrientos. Ninguna unidad campesina luchó francamente al lado de Barrientos, pero tampoco necesitaban hacerlo. En la situación de Paz, un campesinado neutral era equivalente a una fuerza hostil. Como en 1952, la mayoría de los campesinos no hizo mucho más que observar el drama nacional, que, (al igual que en 1952) fue resuelto en la ciudad de La Paz. Por lo tanto, rodeado por una sociedad hostil, con sólo unas cuantas unidades de milicias leales, Paz se vio obligado a capitular cuando el ejército se le declaró totalmente en contra.

El 4 de noviembre de 1964, Paz consideró prudente retirarse del país. Fue escoltado hasta el aeropuerto por su comandante en jefe, el General Ovando Candia y no supo, hasta varios días después, que Ovando fue uno de los principales conspiradores. Una vez que Paz estuvo fuera del país, el MNR se vino abajo. Se estableció un gobierno militar. En la confusión, y en un viraje sorprendentemente rápido, Barrientos negó toda relación anterior con el MNR y aterrizó como presidente de la nueva junta militar. (43)

La caída de Paz no significó el fin de la revolución, sino un compás de espera en la estrategia específica que formuló para resolverla. El golpe tampoco resolvió básicamente nada; la situación revolucionaria siguió pendiente. El problema de la soberanía y orden mínimo es decisivo aún hoy en día. Y lo mismo ocurre con el problema del poder intersectorial. La necesidad de un modelo desarrollista viable sigue vigente. Subyacente a todo ello, sigue la amarga y trágica pregunta de quién asumirá los costos de cualquier impulso desarrollista en este vapuleado país.

1910-1911
A. B. C.

PARTE IV

UNIVERSIDAD
DE LA PLATA

CAPITULO XIV

Conclusiones

Al igual que muchos estados de América Latina, Bolivia no ingresó al siglo XIX vacía, lo hizo saturada de fuerza e impulsada por un crecimiento económico y de modernización política y social. Aunque ese proceso de desarrollo fue real, también fue limitado, pues se basó en el avance de una sola esfera económica -la minería-. Por lo tanto, el impulso desarrollista de este país no pudo plasmarse en un crecimiento interno y autosuficiente. Al intentar encontrar un fundamento económico para explicar los problemas políticos contemporáneos de Bolivia, así como de otras naciones latino-americanas, llegué a la conclusión de que el principal no es el "subdesarrollo" como tal sino los efectos específicos de los limitados modelos de desarrollo anteriores.

Precondiciones

La premisa inicial adelantada en el presente estudio sobre el fenómeno de la revolución boliviana, se refiere a que, durante un período de cuarenta años (de 1880 aproximadamente a 1920), Bolivia experimentó un modelo de desarrollo y modernización desiguales y trancos. Un futuro crecimiento se planificó en base al potencial de una sola industria importante: el estaño. Desde fines de la década de 1920, la industria estañífera sufrió una regresión que llevó a la economía a un estancamiento total. De manera que, según la hipótesis histórica general que aquí se expone, la revolución boliviana se puede interpretar en parte como una reacción a la situación provocada por ese modelo de desarrollo desigual y, el fracaso del MNR en la reorganización económica o política del país a su arribo al poder a través de una insurrección, se debió mayormente a la persistencia de realidades creadas por el anterior modelo de desarrollo.

En el conjunto de este estudio, he querido demostrar cómo ese modelo económico se relacionó con determinadas experiencias dentro de las estructuras sociales y políticas del país. El resultado trascendental del desarrollo económico estañífero fue una diferenciación interna del país entre una esfera urbana relativamente moderna y otra rural más tradicional. Políticamente, ambas estuvieron ligadas por un delgado estrato de élite que dominó el aparato gubernamental y cuyos intereses personales estaban en los dos sistemas. El surgimiento de intereses privados que monopolizaron la industria estañífera y controlaron recursos económicos muy superiores a los que había disponibles en el Estado "liberal", constituye un elemento de particular importancia en lo que respecta a la dinámica política de ese período y donde se manifestó cierta modernización política en la creación de un Estado centralizado, conceptos y principios políticos modernos, el surgimiento de grupos de interés y evolución de partidos políticos. Puesto que la modernización no cobró la forma de un proceso generalizado, lo mismo ocurrió con la

modernización política. Las instituciones políticas modernas no construyeron la vida cotidiana de la población del país; y, cuando comenzó a sentirse una regresión económica, hubo una consecuente tendencia a la atrofia política.

Hacia fines de la década de 1920 y luego de experimentar un período de considerable expansión económica, gracias al desarrollo de la industria del estaño, Bolivia se vio cada vez más atrapada en un inmovilismo político, económico y social con la declinación de esta industria. Fue una sociedad ni totalmente moderna ni completamente tradicional, pero tampoco transitoria -en la práctica, toda la economía boliviana estuvo a punto de estancarse-. La grave interrupción del crecimiento y desarrollo dieron lugar a una variedad de tensiones estructurales que, a su vez, generaron problemas serios para importantes grupos de la sociedad boliviana. En términos del marco de trabajo utilizado para el presente análisis hay tres prerequisites para una situación revolucionaria: la experimentación de disfunciones múltiples; el surgimiento de una élite intransigente; y, finalmente, la presencia de aceleradores.

En Bolivia, la principal fuente del primer prerequisite -disfunciones múltiples- fue la enfermedad crónica de la industria estañífera, cuya salud fue la condición *sine qua non* para lograr un equilibrio social, sea estático o dinámico. El inmovilismo económico en que se vió atrapada Bolivia, redujo el excedente de la sociedad y originó el desarrollo de una serie de crisis financieras después de 1925, que culminaron en una quiebra general en 1930. En ese período aparecieron los primeros indicios de una espiral inflacionaria que habría de prolongarse por más de tres décadas.

El inmovilismo provocó asimismo graves problemas en varios niveles de la sociedad. En primer lugar, hubo una opresión económica generalizada sobre los sectores urbanos medios. El endurecimiento de las líneas de estratificación hicieron más y más difícil lograr un ascenso vertical para estos grupos. Su ubicación dentro del sector de servicios en

la economía y su dependencia de los salarios y honorarios hicieron de la clase urbana media un sector particularmente susceptible a las fluctuaciones del sistema financiero. Por lo tanto, cuando la sociedad experimentó crisis financieras crónicas, para estos grupos fue cada vez menos fácil conservar el estilo de vida que correspondía a su status e identidad. La inseguridad y un esfuerzo esencialmente debilitado por mantener sus posiciones sociales vigentes, fueron una realidad cotidiana.

Otra situación significativa a fines de la década de 1920, fue aquella experimentada por la nueva generación de la juventud de la élite y subélite. Por derecho de nacimiento, esta generación esperaba disfrutar de un status elevado y, por su educación, estaba preparada para desempeñar roles adecuados en las profesiones liberales, en la política y en el aparato burocrático. Creo que, debido a la declinación general de su capacidad económica, como sociedad, Bolivia fue incapaz de mantener un número de roles de status elevado, en el nivel requerido para absorber a estas generaciones y a las venideras. Como consecuencia, hubo una gran brecha entre las expectativas legítimas y la posibilidad de realización. A este problema de incongruencia de status (como lo llamarían los sociólogos) contribuyeron otros dos factores: una contradicción entre la retórica oficial del "positivismo liberal" de progreso económico y la verdadera realidad que confrontaba el país; y la comparación no demasiado edificante de la posición global de Bolivia frente a la de otras naciones más desarrolladas (el efecto demostrativo). La convergencia de estos factores alimentaron una división generacional en los estratos bolivianos de la élite y subélite.

La tercera dimensión de resquebrajamiento y tensión surgió a partir de la descomposición de aquellas agrupaciones sociales más tradicionales y el problema de la incorporación de otras nuevas. El desarrollo económico de un marco "liberal" dió lugar a una presión sobre muchos grupos artesanos tradicionales y, al mismo tiempo, a la creación de renovados grupos de trabajadores. Los primeros respondieron con exi-

gencias que mitiguen la presión económica descargada sobre sus espaldas, mientras que en los otros se produjo el fenómeno del "aumento de sus expectativas"; exigieron salarios más altos, mejores condiciones de trabajo, derecho a organizarse y representación política. Se oprimió a los grupos artesanos tradicionales, pero no se los desalojó completamente; surgieron nuevos grupos de trabajadores, pero no llegaron a crearse cimientos sólidos para el desarrollo de una clase obrera amplia. De ahí que, aún en el sector urbano "semimoderno", el estrato inferior de la sociedad, estuvo compuesto tanto por elementos modernos como tradicionales. No obstante, ese estrato inferior se fue convirtiendo en el portador de las clamorosas demandas de cambio.

Las consecuencias de tales tensiones estructurales fueron evidentes a fines de la década de 1920, en que las huelgas, manifestaciones y violencia política fueron el pan de cada día. Pero, el desarrollo de un movimiento obrero-artesanal fue aún más importante, ya que gradualmente adoptó una orientación radical y destructiva. Por último, apareció un movimiento generalizado de estudiantes y profesionales jóvenes, que plantearon duras interrogantes acerca de la legitimidad del orden "liberal" vigente. Es decir que, ya entonces, se expresaron los rasgos definitivos de dos de los componentes básicos de una situación revolucionaria: élites y públicos opositores potenciales.

El inmovilismo fue origen de posteriores tensiones muy graves, y no lo fue menos la creciente tendencia a la fraccionalización dentro de la élite dominante. Como observara Merle Kling, en una sociedad estática, donde el control de las principales fuentes de riqueza (en Bolivia, minas y tierra) es relativamente firme, se tiende a desarrollar un problema de circulación de la riqueza entre la élite. (1) Las oficinas públicas se convierten en un instrumento fundamental de circulación horizontal y dentro de la élite hay una tendencia a hacer de la política la batalla por controlarlas. Esta lucha fue extraordinariamente importante en la política boliviana de la década de 1920. Por procesos naturales, la

élite dominante sobrepasaba, en la práctica, la base económica de su propio elitismo, y el resultado fue una fraccionización cada vez mayor de los partidos más relevantes y una creciente predisposición al empleo de la violencia entre las fracciones de élite. En el momento mismo en que se hizo necesario tomar ciertas medidas de adaptación y/o de represión, la élite dominante agotó sus energías en luchas recíprocamente destructivas.

En vista de las demandas de cambios y de reformas, la élite dominante adoptó una actitud cada vez más intransigente. El gobierno de Saavedra coqueteó con ligeras reformas, pero aplastó cualquier tentativa de organización independiente entre los mineros o campesinos. Hernando Siles enarboló la bandera nacionalista; pero, cuando estuvo a punto de declararse una crisis financiera, hizo lo posible por aplastar el movimiento de reforma universitaria. El siguiente presidente, Daniel Salamanca, lanzó una ola de represión en todo el país.

Aún en el caso de que algunos sectores de la élite gobernante hubiesen deseado adaptarse a las presiones a favor del cambio, el inmovilismo económico imposibilitó los medios. Finalmente, la posición económica de la élite, que en sí fue precaria, y su tendencia a fraccionizarse, pusieron en duda su capacidad de control a largo plazo, de las presiones políticas que se acumularon tanto a su alrededor como dentro de ella, sea cual fuera el método que utilizaron. De manera que se añadió el segundo prerequisite a la ecuación: una élite dominante cada vez menos dispuesta e incapaz de emprender acciones adaptativas.

En suma, hacia fines de la década de 1920, Bolivia ya mostraba los síntomas de un mal interno grave, aunque probablemente no fatal. El desequilibrio estructural básico y el inmovilismo general originaron una serie de importantes líneas de tensión y desunión; las mismas que a su vez generaron demandas significativas por parte de ciertos sectores de la sociedad, a favor de algún tipo de solución. Por una par-

te, estas tensiones crearon un fuerte potencial opositor al sistema, en tanto que debilitaron la capacidad de innovación y resistencia de las élites dominantes. Con todo, el síntoma inmediatamente más serio fue la fragmentación generacional que se produjo en los niveles de la élite y subélite de la sociedad. Para mí, este fue el nexo absolutamente vital entre la acumulación de presiones por el cambio en los niveles medios e inferiores de la sociedad y los signos de debilidad en el nivel superior. No obstante y a pesar de que el estado general era el mismo, como otras sociedades, especialmente en Latinoamérica, el paciente (Bolivia) pudo haber seguido convaliente indefinidamente e incluso recuperar total o parcialmente la salud. Pero, las cosas estuvieron lejos de ser iguales.

En 1929, la depresión mundial golpeó vehementemente a Bolivia y destruyó los débiles retoños de su estructura financiera. Más tarde, cuando hubo sobrepasado el tiempo escasamente necesario para evaluar todo el daño de la depresión, el régimen represivo de Salamanca llevó al país a la derrota en la Guerra del Chaco. Cualesquiera hayan sido las intenciones de Salamanca, podemos afirmar que, de haber tenido éxito en su afán de librar una guerra de "honor nacional", Bolivia pudo haber salido de ella en mejor estado. Pero, como han señalado muchos, las guerras extranjeras son armas de doble filo: "Las aventuras militares son excelentes diversiones y los éxitos militares pueden unir a sociedades disgregadas, pero los fracasos militares evidentes, no pueden dejar de acelerar la revolución en tales casos". (2) Entonces, además de sus otros problemas, Bolivia experimentó una terrible depresión y un humillante desastre militar, en un período inferior a cinco años. Estas dos experiencias enormemente disociadoras, sirvieron de aceleradores: el tercer prerequisite que empujó a Bolivia hacia una situación revolucionaria.

Situación Revolucionaria: Primera Fase

Bolivia ingresó en una situación revolucionaria, cuando se terminaba la Guerra del Chaco. La primera fase de esta situación de guerra interna duró diecisiete años; tan extensa duración constituyó un factor importante en la escalada tanto de la violencia como del grado de cambio que, a la larga, habría de experimentar la sociedad. La primera fase de esa situación revolucionaria puede analizarse fundamentalmente a través de cuatro etapas de desarrollo definidas por giros en la posesión de gobierno por élites opositoras y élites dominantes; élites opositoras entre 1936-1939; élites dominantes entre 1939-1943; élites opositoras 1943-1946; y élites dominantes 1946-1952.

Entre 1935 y 1952, Bolivia sufrió cinco golpes de estado: (1935, 1936, 1937, 1943 y 1951); dos insurrecciones urbanas (1946 y 1952), por lo menos tres choques sangrientos de gran envergadura entre el ejército y grupos laborales (1942, 1947, 1950); y una no muy prolongada guerra civil en 1949. Esto sin contar que, contra todo un trasfondo de provocación y represalias políticas, se originaron una serie de incalculables conspiraciones golpistas abortadas, huelgas y manifestaciones con y sin derramamiento de sangre, asesinatos políticos e innumerables exilios y encarcelamientos. Aunque esta violencia política no fue una experiencia del todo nueva para la vida pública boliviana, en términos de cantidad y calidad no tuvo precedentes en ese período. Aún más, esa etapa de mutua destrucción fue la primera desde la guerra civil de 1898. Fue una era en que los temas de mayor interés no se limitaron a implementar cambios de personal, valores o definiciones básicas de la sociedad.

La confirmación más importante de esta nueva situación que Bolivia experimentó después de la Guerra del Chaco, probablemente fue la renovada y acrecentada división generacional que, por primera vez se produjo en la década de 1920. Todo parece indicar que las humillaciones sufridas durante la

guerra del Chaco fueron profundamente disociadoras para la juventud de la clase media y alta. Después de 1936, ya no hubo ninguna duda de que un gran porcentaje de esta generación quedó altamente alienada del orden político imperante. Se añadió un elemento importantísimo a la situación, cuando las grietas ideológicas y generacionales que, en gran medida, desgarraban a la sociedad se extendieron a las fuerzas armadas de la nación -una institución vital en cualquier situación revolucionaria.

La mayoría de los estudiosos de la revolución coinciden en señalar que el "síntoma maestro" de una situación revolucionaria es el fenómeno de la "deserción de intelectuales"; en la medida en que éstos juegan un rol social en el desarrollo y mantenimiento de los valores y conceptos políticos. La transferencia de lealtad intelectual, por lo tanto, debilita la estructura de valores del sistema vigente y abre un período donde nuevas definiciones de estructura y propósito político compiten por esa lealtad. Este nuevo resquebrajamiento generacional confirmó la deserción de los intelectuales bolivianos.

El período inmediatamente posterior a la guerra fue uno de efervescencia ideológica; intelectuales jóvenes de la nación buscaron desesperadamente una explicación de los males bolivianos y se esforzaron por crear modelos nuevos. Con la evolución de la situación revolucionaria surgieron dos orientaciones opuestas, más o menos coherentes: una socialista revolucionaria y otra nacional renovacionista. La primera se desarrolló entre aquellos que, a la larga, formaron el PIR y el POR; mientras que el esquema de la segunda correspondió fundamentalmente a quienes finalmente conformaron el MNR. A través de estos modelos ideológicos, la juventud inició una demolición del modelo de pensamiento político vigente y procuró ganar el apoyo de los diversos públicos. Con el control del aparato educacional, los grupos opositores ejercieron influencia en los estudiantes más jóvenes de las escuelas primarias y secundarias y lograron hacer de las universidades los bastiones de la actividad y sentimiento opositores.

La consecuencia más seria de la Guerra del Chaco fue una agudización y proliferación de las grietas generacionales. Un fenómeno que partió en dos la estructura de control vigente y agravó la situación revolucionaria. Fortaleció la presión a favor del cambio, brindó un enfoque ideológico y espacio para el liderazgo. Y también debilitó la ya débil élite dominante al negarle las energías de su propia generación más joven. La destrucción de la unidad y disciplina militares fueron vitales para este último caso, ya que con ello se redujo su eficacia como mecanismo de defensa del orden imperante.

De modo que el origen primordial de las élites opositoras no fueron los sectores marginados u oprimidos de la sociedad, sino la élite y subélites pre-existentes. Esta fragmentación de los estratos de élite y subélite no sólo se dio en Bolivia. Observadores recientes señalan que es un fenómeno común. Estos mismos observadores sostienen -y la situación boliviana parece confirmar esa hipótesis- que tales fracturas son importantes para generar movimientos de tipo "populista" y es la forma que comúnmente adopta el sentimiento opositor en esas sociedades. (3) En el caso boliviano, esas fracturas son fruto de una combinación entre la incongruencia de status y el efecto demostrativo; los mismos que se ven enormemente agravados por una derrota bélica.

En el presente estudio, he analizado el drama revolucionario boliviano del período 1936-1952. Los problemas básicos de inestabilidad financiera, inflación, escasez, desempleo y subempleo, los he considerado como temas que o bien fueron una constante o se deterioraron, y, por lo tanto, prepararon el escenario para una solución revolucionaria.

Las penurias económicas pesaron más en las espaldas de los sectores urbanos medios y los grupos obreros o artesanales. De manera que fueron las reacciones de estos grupos las que proporcionaron el público para los movimientos opositores desarrollados durante este período. En ambos casos, la base de su descontento no fue una carencia absoluta, sino

relativa -una incapacidad para mantener los estilos de vida anteriormente conseguidos o de realizar sus aspiraciones recientemente despertadas-.

La clase media urbana nunca había experimentado una presión tan fuerte, pues su capacidad de conservar el estilo de vida acorde con la imagen que tenía de sí misma fue cada vez menor. Para los trabajadores, el problema fue una inseguridad económica básica por sus frustrados intentos de ver plasmadas sus aspiraciones. En ambos casos, estos grupos percibieron la incapacidad y absoluta mala voluntad de la élite dominante, como la causa fundamental de sus males. No obstante, es importante destacar que los problemas ante los cuales reaccionaron estos grupos fueron bastante diferentes, pues este factor jugó un rol trascendental en la política posterior a 1952.

A partir de la década de 1930, estos dos sectores sociales fueron hondamente atraídos al núcleo de la lucha política. En la expansión del conflicto político, cobraron importancia nuevos modelos de organización de ese potencial humano disponibles para ambos lados y, como respuesta a esta necesidad, surgieron las estructuras formales de partidos nuevos como el MNR, el PIR, el POR y la FSB.

Hacia mediados de la década de 1940, el sector urbano medio fue el público opositor más relevante; y la base de apoyo de los esfuerzos reformistas civil-militares de Toro, Busch y Villarroel. Durante el ejercicio del régimen de Villarroel se hizo evidente que el potencial de un movimiento opositor basado, en gran parte en el grupo medio, se había extinguido. Más aún, ya estaba claro que el movimiento obrero pasó de una etapa anterior de receptividad más o menos pasiva de reformas a otra de política más agresiva. La represión gubernamental y la proselitización real del PIR y POR convirtieron a la clase trabajadora en una fuerza política más radical y coherente.

El derrocamiento de Villarroel y el intento de vol-

car los impulsos reformistas del período 1943-46 crearon una vertiente esencial para la situación revolucionaria boliviana. Hasta entonces, las fuerzas opositoras se dividieron en dos grupos mutuamente hostiles. Ambos fueron dirigidos por intelectuales de clase media y alta, pero uno, el MNR, fue básicamente reformista y proyectado a la clase media urbana como público. En tanto que el otro, (PIR-POR) se dirigió a la clase trabajadora en busca de base de apoyo, con una orientación más revolucionaria. Probablemente ninguno tenía la fortaleza requerida para alcanzar por sí sola sus metas.

La caída de Villarroel marcó el final de un período en que una solución reformista fuera altamente viable y el comienzo de otro en que la revolución cobró mayor posibilidad. Entre 1936 y 1946, las viejas élites derribaron dos gobiernos reformistas y aplastaron brutalmente todo intento del movimiento obrero por aplicar remedios. Sin embargo, la élite dominante no fue capaz de resolver los problemas estructurales básicos que sacudían a la sociedad. Y esto resultó en una radicalización de las posiciones de las élites reformistas que antes se opusieron a una solución revolucionaria, así como a una politización y radicalización paralelas en el movimiento obrero. Tras lo cual, la sociedad tendió a polarizarse definitivamente, en la medida en que los elementos opositores tanto de las tendencias revolucionarias como reformistas, mostraron una predisposición a cooperar en una amplia coalición opositora.

Después de 1946, el potencial revolucionario cobró fuerza, pues una buena parte de la actividad opositora se desarrolló bajo la débil luz del MNR. La participación tanto de la clase media urbana como de la clase obrera aumentó en magnitud e intensidad. Y, aunque lo más importante de la lucha se llevó a cabo dentro del movimiento, con las banderas del MNR, los grupos obreros más radicales marcaron el tono predominante en la batalla. La reciente influencia de los trabajadores se reflejó más claramente en la radicalización retórica y programática del MNR.

Hasta ese momento, la situación se puede resumir en los siguientes términos: debido a una serie de desequilibrios estructurales originados por el modelo de desarrollo económico que Bolivia experimentó, varios sectores claves de la sociedad exigieron cambios básicos en el sistema político, ya en la década de 1920. Las élites dominantes se opusieron a tales demandas. En el país se habían desarrollado dos prerequisites esenciales para una situación revolucionaria -diseñados múltiples y una élite incapaz e intransigente- y el efecto combinado de la depresión y la Guerra del Chaco aceleraron a Bolivia hacia una situación revolucionaria. Entre 1936 y 1952, el país estuvo sumido en desórdenes económicos, políticos y sociales cada vez más profundos; los desequilibrios estructurales básicos o fueron constantes o empeoraron; a lo largo de ese período, las élites del *status quo* conservaron una posición intransigente y si bien fueron capaces de obstaculizar la reforma a través de las élites opositoras, no fueron capaces de dirigir cambios adaptativos como tampoco de imponer una solución contrarrevolucionaria efectiva. El resultado del comportamiento de las élites dominantes fue una profundización de la crisis social y una radicalización de todos los elementos de la ecuación. La permanente expansión del alcance e intensidad del conflicto social fueron vitales en el curso de esta situación. Los grupos con mayor potencial de poder en ese período fueron aquellos que conformaron el movimiento obrero relativamente autónomo; que, si bien no pudo hacer la revolución por sí solo, definió la línea principal del conflicto después de 1946. Los grupos de la élite opositora impulsaron la expansión del conflicto, pero no fueron capaces de controlar el proceso para sus propios fines. De manera que, por ejemplo, la élite movimientista opositora primitiva dejó de ser una pequeña camarilla elitista de clase media y alta, propiciadora de reformas aplicadas desde arriba y pasó a convertirse en la directiva formal de un movimiento populista más amplio. Con todo, el control del movimiento por parte de esa dirección política, fue, digámoslo así, cuando menos problemático.

Aquí convendría detenerse y plantear ciertas con-

clusiones generales del presente análisis, con relación a la primera fase de la situación revolucionaria boliviana. El caso de Bolivia parece confirmar una serie de hipótesis anteriores: por ejemplo, la opinión de que una constante pobreza no es el factor primordial en la generación de un potencial revolucionario. El campesinado, como el grupo más golpeado por la pobreza en Bolivia, fue el menos revolucionario antes de 1952. En tanto que, los dos públicos opositores más importantes, la clase media urbana y la clase obrera, aunque sí sufrían dificultades económicas, pero se trataba de problemas más complejos que la simple pobreza. Ambos grupos sufrieron una privación "relativa" -como se dijo antes, la incapacidad de conservar niveles de vida previamente alcanzados o de realizar sus aspiraciones recientemente descubiertas. La situación boliviana confirma, asimismo, que la condición más explosiva es aquella en que los grupos con ambiciones relativamente elevadas llegan a la conclusión de que la sociedad no le ofrece suficientes oportunidades para plasmarlas. (4)

La situación boliviana sugiere, asimismo, que la explicación de esa "frustración ante las expectativas" se encuentra en parte en la naturaleza y dinámica del tipo de desarrollo que experimenta la sociedad. El presente estudio se apoya en la hipótesis de que una sociedad es más vulnerable cuando sufre retrocesos económicos, luego de un sólido y, en cierto modo, prolongado período de avance.(5) Sin embargo, aquí parece plantearse todo el problema en base al desarrollo. Muchos observadores señalan que tanto las sociedades absolutamente modernas como aquellas muy atrasadas son poco susceptibles a una revolución u otras formas de inestabilidad política. En cambio, evidentemente las sociedades en transición son las más susceptibles a diversas manifestaciones de inestabilidad. Con esta observación se llegó a la noción de "crisis de transición" general. No obstante, muchos países se las han arreglado para sobrevivir un período de transición y ganar un nivel mayor de desarrollo, sin revolución. En este contexto, cabe preguntarse ¿Por qué Bolivia fue víctima de una revolución?

Bolivia ingresó en un período de transición a principios del presente siglo y luego de un período de desarrollo inicial, el ritmo del mismo se redujo hasta estancarse. De acuerdo a su historia, Bolivia es un ejemplo del peligro que supone un desarrollo repentino que no puede sostenerse y generalizarse y donde la sociedad más vulnerable es aquella que no es ni totalmente moderna ni totalmente tradicional y que, por alguna razón, no avanza de una etapa de transición.

Una sociedad que cae en ese eslabón transición-inmovilismo genera una extensa gama de disfuncionalidades que dan lugar a un volumen cada vez mayor de demandas de acción para remediarla. Empero, la naturaleza del dilema es tal, que la capacidad de emprender una acción para solucionarlo se restringe y probablemente declina. Por lo tanto, para las élites dominantes no es fácil proponer acciones adaptativas y la sociedad en su conjunto es más vulnerable a los efectos de experiencias disociadoras más fuertes, tales como depresiones y aventuras militares mal concebidas.

Por otra parte, el caso boliviano también muestra que una sociedad en el eslabón transición-inmovilismo es menos vulnerable a los movimientos opositores de clase, especialmente los que se forman en torno a las clases bajas, que a las alianzas intersectoriales. Esto se produce porque la debilidad fundamental en la estructura de esa sociedad es su incapacidad de mantener una cohesión en las capas superiores e intermedias de estratificación. En este contexto y particularmente en lo que se refiere a los límites generacionales, la presión provoca rupturas en el núcleo mismo de la estructura de control de la sociedad; lo cual origina un mayor debilitamiento en su capacidad de mantener coherencia, así como una situación irregular en el hecho de que las élites y públicos opositores surgen en los estratos de élite y subélite vigentes. Si estos grupos opositores no son capaces de lograr la implementación de reformas, tenderán a pasar a través de la estratificación y a crear bloques interclasisistas. En términos de algunos estudiosos, el MNR boliviano entraría dentro de la categoría de "movimiento popular nacional".

Estos movimientos surgen, con mayor frecuencia, en países semidesarrollados como Bolivia, donde no existe una base para desarrollar movimientos de "clase" al estilo europeo. Los movimientos populares nacionales son alianzas intersectoriales indeterminadas, cuyo objetivo es eliminar los obstáculos al desarrollo y a las reformas y que, en su momento más alto, tienen tres características: (a) una élite contraria al status quo y ubicada en los niveles medio y superior de estratificación; (b) una masa movilizada que es fruto de una revolución de expectativas; y (c) una ideología o un estado emocional generalizado que sirve para facilitar la comunicación entre líderes y seguidores y generar fervor colectivo. (6)

En el caso boliviano la base fundamental para dicho movimiento es el eslabón transición-inmovilismo; pero la biografía real del movimiento habrá de variar según los contextos específicos. En este sentido, se presentan tres factores esenciales: las respuestas de las élites dominantes a los esfuerzos reformistas; los tipos de públicos movilizados; y el modo en que tal movimiento alcanza el poder formal (si lo alcanza).

Suponiendo que no hay variación en los factores socio económicos, la situación boliviana es una demostración de la importancia del papel de las élites dominantes en la sustentación de movimientos populares nacionales y la provocación de una revolución. La élite que probablemente origine este tipo de acción es aquella capaz de obstaculizar los esfuerzos reformistas, pero es incapaz o renuente a resolver los problemas estructurales básicos y no posee la fuerza o voluntad de destruir los movimientos opositores. En Bolivia, este tipo de élite llevó a una permanente ampliación del conflicto, en términos de alcance e intensidad, así como a una radicalización de la actitud originalmente reformista del MNR e instó a los dirigentes movimientistas a atraer hacia su órbita el movimiento obrero más radical, sobre el cual antes sólo había tenido un débil control. Mas tarde, en 1952, el MNR asumió el poder formal, a través de una insurrección popular, donde los obreros armados (el grupo más radical dentro

del movimiento) jugaron un rol fundamental. Cualesquiera fueran sus intenciones originales, lo que ocurrió fue que el MNR se encontró de pronto presidiendo una revolución.

Como lo manifiesta la situación boliviana, una revolución es producto de la acumulación de fuerza por parte de los grupos opositores, pero también es producto de un debilitamiento de la fuerza de los grupos dominantes. Uno de los aspectos más sorprendentes en el caso boliviano es constatar que haya triunfado un movimiento relativamente débil y mal organizado. En este caso y sospecho que también en otros, la debilidad de las fuerzas del status quo fue un factor tan o más importante que la fuerza de los rebeldes. En realidad, tanto en este como en otros contextos, sería más exacto observar el curso de la revolución desde la perspectiva de un claro agotamiento del status quo, más que como resultado de la "toma del poder" por parte del movimiento revolucionario. Muy frecuentemente, el poder está ahí esperando que alguno lo tome y no podemos dejar de pensar que hay ocasiones en que los rebeldes se sorprenden ante la facilidad con que sus adversarios sucumben.

Hasta aquí he señalado una variedad de factores por los que la élite dominante boliviana fue débil en relación a los problemas que enfrentó. En nada se manifestó más claramente esa fragilidad como en la capacidad y deseo de reprimir por parte del status quo. Desde el cese de hostilidades en la Guerra del Chaco, el ejército boliviano se dividió profundamente y, por lo tanto, las élites dominantes no podían depender totalmente de su fuerza. Aún más, en cierta ocasión se produjo un enfrentamiento entre sectores del ejército. Este defecto potencialmente fatal se vió agravado por la falta de capacidad de la élite para decidir cómo y cuándo utilizaría su aptitud represiva.

Durante el régimen del PURS (de 1947 a 1951), el gobierno vaciló entre reprimir a la oposición y hacer sondeos de paz y reconciliación. Si un día su política fue de una evidente capitulación ante las demandas populares, otro ne-

gaba violentamente esas demandas. Un comportamiento que sirvió de irritante en la situación revolucionaria. Los últimos gobiernos civiles del viejo régimen siguieron un curso de acción que no sólo enardeció y, en la práctica, fortaleció a los rebeldes, sino que logró sacar de sus casillas a quienes buscaban una pacificación. Ni siquiera pudieron satisfacer a los que deseaban aplastar a la oposición de una vez y para siempre. El ejército y la policía quedaron atrapados en medio de tales vacilaciones y sintieron que se ponía en duda su moral y lealtad interna a la política civil (como se observa en la decisión del ejército de asumir autoridad en 1951).

Es posible que un gobierno militar unificado haya podido detener las presiones a favor del cambio o cuando menos cambiar su rumbo; pero ya en el poder, se hizo evidente que los militares estaban demasiado divididos para implantar una política coherente. La Junta no hizo mucho más que repetir los errores de sus predecesores civiles. Resulta irónico y al mismo tiempo es un signo de debilidad del viejo régimen el que la traición de un miembro de alto rango en la Junta sirviera para abrir las puertas a una futura revolución.

Situación Revolucionaria: Fase II

Una insurrección triunfante como la conducida por el MNR entre el 9 y el 11 de abril de 1952, no es en sí una revolución, sino la eliminación de un obstáculo para hacer posible la revolución. Sin embargo, una vez que se ha tomado posesión formal, la pregunta que se plantea es cuál será la dirección que habrá de tomar la revolución y quién habrá de dirigirla. Empero, cuando se pone esta interrogante en el tapete, evidentemente la situación de guerra interna no ha terminado y en realidad tiende a empeorar. Las diferencias implícitas de intereses y valores dentro de la familia revolucionaria se vuelven explícitas. En Bolivia, el MNR se dividió muy pronto en tres fracciones de élite mutuamente hostiles que competían por el control del partido y por dar for-

ma al proceso revolucionario.

Los sucesos ocurridos en Bolivia ponen de relieve el hecho de que una sociedad revolucionada no es una bola de arcilla que puede amoldarse de acuerdo a los deseos de uno u otro grupo de élite. Destronada la vieja guardia, la estructura del proceso revolucionario es más frágil y más difícil de prever que antes. Los acontecimientos se escapan de las manos y, mientras los responsables del nuevo orden pelean entre sí, no tienen más remedio que reaccionar a los imprevistos sucesos que genera la sociedad que les rodea. En realidad, no es muy exacto hablar de "sociedad", ya que la coherencia colectiva de la entidad se ve amenazada con el colapso de la vieja estructura de control. Las insurrecciones revolucionarias ponen en marcha un poderoso proceso centrífugo de fragmentación. El problema de "hacer la revolución" -construir un nuevo orden- varía de acuerdo al grado de fragmentación que se produce.

Esta fragmentación de la coherencia colectiva depende de una serie de factores. Uno de los más importantes parece ser el nivel previo de integración de la sociedad antes de la revolución. Es evidente que el nivel de integración y coherencia de la Bolivia prerrevolucionaria dejaba mucho que desear. El país estaba estructuralmente dividido y la mayoría de los campesinos indígenas no participaba en el sistema nacional de habla hispana. Más aún, el Estado nacional nunca extendió realmente su gobierno sobre el conjunto del territorio del país. El estrato de la vieja élite fue el nexo fundamental que mantuvo una cierta unidad entre los diversos componentes sociales; de modo que, cuando el viejo orden se derrumbó, el lazo se rompió y los elementos comenzaron a disgregarse. Otro factor de cierta relevancia en el periodo que transcurre hasta que aparece una nueva coalición de poder en el centro nacional autoritario. Cuanto más tiempo luchan las fracciones por el control, la tendencia a la fragmentación es mayor; y, consecuentemente, más difícil les será gobernar eficazmente a la fracción de élite o a las alianzas de fracciones, cuando se ha alcanzado cierto grado de

control del aparato gubernamental.

Uno de los resultados más importantes, acaecidos en Bolivia después de la insurrección, fue una aguda divergencia entre el poder formal y el real. En 1952, el MNR tomó La Paz, los edificios gubernamentales y la silla presidencial, pero muy pronto se hizo evidente que estos instrumentos formales no tenían en sí tanto poder. No fueron más que la manifestación externa de un sistema de poder subyacente que ya no tenía vigencia. Desde 1952, uno de los obstáculos más persistentes que impidieron completar la revolución y conformar un nuevo orden nacional coherente fue el problema de cómo cerrar la brecha entre los centros formales encargados de tomar decisiones y aquellos sectoriales, que surgieron como resultado de la insurrección y de los acontecimientos posteriores. A pesar de una fachada formal de gobierno monopartidista, hubo una constante dispersión del poder efectivo desde los centros autoritarios nacionales a unidades locales intermedias autónomas.

La divergencia entre el poder formal y el real (y un proceso de desintegración nacional) no fue exclusivo de la revolución boliviana, pues constituyó un importante factor en el desarrollo de muchas revoluciones, incluyendo a la francesa, rusa y mexicana. Y aunque la revolución cubana ha demostrado que este fenómeno no siempre tiene que producirse, para la mayoría de los países "en desarrollo", en víspera de revolución, podemos predecir que experimentarán una clara tendencia hacia la fragmentación interna. En cualquier caso, este es un importante tema para futuros estudios comparativos de la revolución. Así, por ejemplo, sería útil saber bajo qué condiciones se da la fragmentación, qué factores la refuerzan o retardan y cuál será su efecto en el curso posterior de tales revoluciones.

Si en Bolivia hubieron planes conspirativos para hacer la revolución, quedaron obsoletos antes de que las primeras luchas callejeras tocaran su fin. Partiendo de este hecho, los dirigentes obraron siguiendo su instinto, reaccio-

nando en un momento ante un suceso y en aquel ante otro, en un afán de aprovechar las acciones fortuitas para su propio beneficio. Una consecuencia harto insospechada de la insurrección fue el grado hasta el cual los grupos inferiores -y especialmente el de los obreros y campesinos- participaron directamente en la conformación del curso político. Antes de 1952, el alcance del conflicto se expandió considerablemente, pero la insurrección impulsó el proceso casi hasta completarlo. Un importante hecho dentro de este proceso de movilización fue la notable capacidad demostrada por estos grupos para forjar dirigentes efectivos. Desde sus primeros días, la élite movimientista se fijó en obreros y campesinos como una masa inerte a la que debía moldear de acuerdo a su imagen. Con la insurrección se inició un período donde la élite estuvo totalmente ocupada tratando de impedir que esa misma masa la margine.

El hecho de que los trabajadores lograran desempeñar un rol político no fue en sí una sorpresa. Lo inesperado fue la velocidad con que se formó un bloque obrero coherente y la habilidad con que presionaron a favor de sus demandas. El liderazgo del MNR no estaba en absoluto preparado para enfrentarse con un bloque obrero autónomo, capaz de plantear la revolución con tanto tesón. No cabe duda que ese bloque influyó como ninguno en la radicalización de la revolución durante la primera época.

El resultado menos esperado de la insurrección fue el despliegue de un movimiento campesino a nivel nacional que, en el transcurso de unos meses, barrió con la arcaica estructura rural de Bolivia. La movilización del campesinado fue en sí una revolución. Incluso podríamos afirmar que, teniendo en cuenta la naturaleza básicamente rural de Bolivia, esa fue la revolución, cuando menos, fue una segunda revolución y, a la larga, seguramente la más profunda. La revolución urbana que culminó con la nacionalización de tres de las principales compañías estañíferas dio otro cariz a la imagen boliviana; pero la revolución rural, ratificada por la Ley de Reforma Agraria, la transformó completamente. Ya no cabe

ninguna duda acerca del grado de destrucción del viejo orden.

El movimiento campesino boliviano es tan complejo e importante que merece un estudio especial. Sin embargo, unas conclusiones generales son significativas. Sean cuales fueran los eventos acaecidos en la esfera rural antes de 1952, la revolución campesina estuvo supeditada a la urbana. La propensión a iniciar una actividad opositora que se desarrolló entre los campesinos estuvo permanentemente reforzada por el malestar a nivel urbano. Hubo una serie de factores que impulsaron a los campesinos de ciertas regiones a tomar conciencia de que podían hacer algo más que manifestarse en alienados arranques de ira. Los contactos directos con miembros de los grupos opositores de la burguesía y de la clase trabajadora fueron ciertamente parte de los efectos de retroalimentación más importantes de la esfera urbana. No obstante, no hay demasiados datos que respalden una capacidad o predisposición de la masa campesina para solucionar su difícil situación, antes de 1952.

La insurrección de 1952 y los acontecimientos posteriores cumplieron una función de aceleradores en la esfera rural. El impacto psicológico de esas decisivas semanas seguramente fue de por sí significativo, pero más aún, la destrucción de la vieja estructura de control y el surgimiento de grupos que simpatizaron con las demandas campesinas en posiciones de poder lo fueron mucho más. Se dieron, entonces, los instrumentos y la oportunidad para la movilización de los campesinos. A pesar de que hubo cierta espontaneidad en el movimiento campesino posterior y de que estuvo fuera del control de los grupos urbanos, es difícil concebir el advenimiento de la revolución rural sin el precedente urbano.

El caso boliviano respalda la opinión de muchos, incluyendo la recientemente vertida por Barrington Moore, Jr. El sostiene que, si bien la participación campesina en un contexto revolucionario más general, sin duda contribuirá a acelerar el ritmo y a ampliar los cambios que habrá de experimentar la sociedad, es difícil pensar que el campesinado

pueda iniciar o lograr un proceso revolucionario extendido por sí mismo. (7) Impulsado por un movimiento guerrillero dirigido a protagonizar una insurrección o por la extensión posterior a una insurrección, el potencial revolucionario del campesinado depende de su contacto con los otros sectores sociales y de un debilitamiento de la estructura de control vigente provocada, por los grupos opositores de la esfera urbana.

La insurrección y las grandes reformas revolucionarias de 1952 y principios de 1953 fueron el comienzo de un tremendo proceso de movilización en Bolivia. Grupos antes excluidos del viejo orden político estaban entonces en condiciones de plantear significativas demandas al gobierno y a los recursos del país. La consecuente dispersión del poder armado del Estado al pueblo en su conjunto también fue un elemento trascendental. El doble proceso de movilización y aparición de la población en armas fueron probablemente los factores más radicalmente importantes dentro de la estructuración política revolucionaria boliviana a lo largo de los siguientes 15 años.

Estos procesos sirvieron para reforzar y consolidar la desintegración de la coherencia nacional y la brecha entre el poder formal y real. A través del control de las armas, los grupos de interés sectorial fueron capaces de asumir una autonomía casi soberana en sus negociaciones con el partido y con el gobierno. Y este factor complicó enormemente el problema de establecer cualquier modelo de gobierno nacional.

Estos factores cobran aún mayor importancia si se considera el caso boliviano dentro del contexto de una revolución desarrollista moderna. La revolución nacional boliviana debe analizarse a partir de la compleja tendencia mundial a una modernización y desarrollo económicos. En el presente estudio he interpretado al MNR (al igual que a los otros grupos) como un movimiento resultante de los problemas estructurales originados por un impulso desarrollista estancado. Ciertamente, sus dirigentes lo percibieron así y se

consideraron los protagonistas del desarrollo y la modernización. Justificaron su toma violenta del gobierno como el único medio de arrancar a su país de las garras reaccionarias de la "oligarquía" retrógrada y antinacional. Por lo tanto, y de acuerdo a sus propios términos, hay que concluir que el MNR fracasó, cuando menos en parte, ya que destronó al viejo orden, pero ni él ni ninguna otra agrupación política pudo construir, hasta ahora, un orden nuevo, dentro del cual se pudiera plasmar el sueño de un desarrollo acelerado y es en ese sentido que la revolución continúa.

El tipo de disputas de fracción a nivel de la élite que tuvieron lugar dentro de la familia revolucionaria boliviana después de 1952 están presentes en todos los contextos revolucionarios. En ellas intervienen ambiciones personales e intereses de grupo; pero fundamentalmente se trata de enfrentamientos en torno a diversos modelos del nuevo orden; los mismos que han adoptado más y más la forma de batallas alrededor de lo que se han denominado "modelos políticos" de desarrollo económico acelerado. En la introducción argumenté que estas disputas se originan en los problemas relacionados con el control elitista y el costo social, y se complican por la tensión inherente entre la lógica económica y política en ámbitos caracterizados por extrema escasez y elevado nivel de movilización. El primer paso para solucionar estos problemas es crear una coalición de élite y públicos lo suficientemente poderosos como para asignar los costos sociales e imponer a la sociedad un modelo político que encarne sus valores e intereses.

A la luz de este punto de vista y concentrándonos especialmente en el MNR, se pueden sugerir una serie de factores que contribuyen a explicar por qué la revolución boliviana no ha concluido. En muchos sentidos, todo contexto revolucionario es único, pero yo creo que los factores trascendentales para el contexto boliviano también son importantes para otras revoluciones desarrollistas modernas. Aunque no es posible formular hipótesis precisas, al menos podemos identificar con precisión un conjunto de problemas comunes

que tendrán que encarar los grupos revolucionarios de varios contextos.

En Bolivia, el choque entre los imperativos para la ambición desarrollista de la élite (acumulación) y las demandas de quienes apoyan el movimiento (consumo) surgieron casi inmediatamente después de la insurrección de 1952. Un enfrentamiento que fue gravemente exacerbado por tres resultados imprevistos de la insurrección: (a) una fragmentación de la coherencia nacional; (b) una aceleración del alcance e intensidad de la movilización, especialmente cuando la revolución se extendió a la esfera rural; y (c) la divergencia entre poder formal y real, originada por el surgimiento de un pueblo en armas.

La primera reacción de la élite ante esta realidad fue la de formar una coalición de centro-izquierda que intentó responder a las demandas de consumo de obreros y campesinos e inversión al mismo tiempo. La tendencia de esta coalición fue hacia una política socialista de estado que impone los costos sociales a la vieja élite y la clase media urbana. Debido tanto a razones internas como externas, esta política debilitó a la ya frágil industria estañífera, provocó una desenfrenada inflación y alienó a la clase media urbana. En 1956, se descartó la opción de la coalición de centro izquierda y se intentó otra de centro-derecha. Pero, las políticas aplicadas por esta nueva alianza dieron lugar a un estancamiento económico y a la marginación de importantes grupos obreros, cuando éstos tuvieron que soportar los costos sociales. Hacia 1960, el control movimientista de todos sus públicos de apoyo y el país se vió atrapado en un inmovilismo político y económico. El MNR siguió en el poder, pero le fue casi imposible gobernar.

Entre 1960 y 1964, una nueva coalición de centro-derecha, entusiastamente apoyada por los EEUU y comprometida con la Alianza para el Progreso, intentó imponer un modelo capitalista de estado. Esta nueva tendencia quiso basarse en una combinación de poder entre un ejército resucitado y la

masa campesina. La coalición rompió el inmovilismo político y económico, pero provocó una violenta oposición por parte de otra coalición formada por lo que quedaba de la vieja élite, la clase media urbana y toda la izquierda obrera. La violencia volvió a reinar y los militares flamantemente resurgidos sintieron que poseían tanto la capacidad como la oportunidad y se convirtieron en el eje político de los asuntos internos bolivianos. Llevados por una mezcla de ambición personal, interés institucional y compromiso ideológico, los militares derribaron al MNR con increíble facilidad.

La experiencia boliviana confirma un fenómeno que se ha hecho más y más evidente en muchos contextos: la naturaleza de la revolución desarrollista moderna es tal que, en un momento dado, entra en juego una organización militar (nueva o reformada) que pasará a desempeñar uno de los papeles protagónicos en la conformación del proceso de cambio. Y ésto no es una simple reacción Termidoriana. Sea dirigida por un Bonaparte, un Boumediene o un Barrientos, el ejército rara vez juega un rol contrarrevolucionario en el sentido estricto de la palabra. Mas bien parece que, en una situación donde la fuerza es la dimensión principal del conflicto político, los militares ambiciosos encuentran difícil reflexionar acerca de las razones por la que no debieran tomar el poder o, cuando menos, estarán seguros de convertirse en el poder detrás del trono. Pero el ejército no puede hacer girar las manecillas del reloj al revés (y muy rara vez lo desean), pues ellos también deben arreglárselas con la Caja de Pandora que supone la situación revolucionaria moderna.

Su rol como administradores de la fuerza brinda a los militares un enorme potencial en cualquier revolución. La situación desarrollista moderna tiene tales características que su potencial se magnifica considerablemente. Como hemos visto, en Bolivia existe la tendencia, dentro del contexto desarrollista, a ampliar el alcance de las funciones que desempeña el ejército. A través de programas de tipo de "acción cívica", el ejército asume la tarea adicional de movilizar recursos humanos y materiales, así como de propor-

cionar asistencia técnica en los proyectos de desarrollo. A menos que una organización vertical fuerte -como un partido político- pueda imponer el control original sobre la población, el ejército podría transformarse en la única institución con verdadero alcance nacional. Si esto ocurre, no se puede hacer mucho para impedir que el ejército asuma un abierto control. Casos recientes, como el de Cuba, indican que aún cuando se ha establecido una organización partidaria fuerte, los "militares en proceso de modernización" todavía pueden ponerse como fuerza preponderante en cualquier coalición gobernante.

La experiencia boliviana demuestra asimismo que el inevitable enfrentamiento entre la lógica política y económica de la estructura revolucionaria moderna es exacerbado por la naturaleza del propio movimiento popular de la nación. La retórica movimientista sostuvo que el problema de Bolivia no fue la explotación de clase por clase, sino el saqueo de la "nación" por la "antinación". Por lo tanto, agrega su retórica, todas las clases sociales de la nación (la clase media, la clase obrera, y los campesinos) se aglutinarán en torno a una élite burguesa progresista y marcharán hacia un período de paz y prosperidad. Un concepto clave es que, como la propia nación es la oprimida, todos los elementos que la componen (con excepción de los agentes de la antinación) tienen una serie de intereses comunes. Un argumento que se repite prácticamente en todos los movimientos populares latinoamericanos. La experiencia boliviana muestra que no importa los méritos que tenga la teoría de nación versus antinación, el suponer que existen una serie de intereses comunes es en extremo optimista. Esto es especialmente cierto cuando se trata de sectores tan diversos como una clase media urbana económicamente dependiente y racialmente consciente, obreros de industrias en diversos grados de desarrollo y un campesinado indígena con poco o ningún contacto con la sociedad nacional.

Antes de 1952, Bolivia no fue una "nación" en el sentido moderno del término. Sus integrantes vivían en mun-

dos radicalmente diferentes, impedidos de cualquier comprensión de la realidad del otro. Incluso antes de 1952, la tensión y la desconfianza mutua dentro del movimiento revolucionario fue evidente, en la medida en que los diferentes grupos reaccionaban ante diferentes problemas y expresaban distintas aspiraciones. Cuando el ámbito económico está condicionado por una terrible escasez, estas inevitables diferencias se exacerban. Cuando se destruyó a la Rosca, la precaria unidad del MNR fue aniquilada por el problema de la distribución de recompensas y, más tarde, por aquel más grave de la distribución de los costos.

Los dos puntos contradictorios analizados -acumulación contra consumo y los diferentes intereses dentro de un movimiento popular nacional- son inherentes a cualquier situación de desarrollo contemporáneo, donde las élites modernizantes intentan implementar cambios a través de movimientos populares, logren o no el poder formal con la insurrección. Como expuse antes, la escasez generalizada es la característica fundamental del contexto del subdesarrollo; provoca la contradicción entre inversión y consumo y aumenta las tensiones originadas por los diferentes intereses y aspiraciones de los múltiples públicos de apoyo al movimiento popular. Bolivia fue un caso extremo en este problema general.

Un observador se ha referido, con acierto, a la experiencia boliviana como a la "revolución al nivel del hambre". (8) Antes de la revolución de 1952 y con excepción de Haití, Bolivia era el país menos desarrollado de Latinoamérica. Aparte de algunas familias, incluyendo a la ya legendaria Rosca, fueron moderadamente ricas, si se comparan con las élites gobernantes de las hermanas repúblicas de Bolivia. De modo que, la vieja Bolivia tuvo poco que dar a la nueva. Una vez que hubo sido saqueada no quedó lo suficiente para atender las demandas sociales de justicia y desarrollo económico. Como dice un refrán común entre la clase media boliviana, "lo que hizo la revolución fue socializar la pobreza". Es más, como lo demuestra la experiencia cubana, el apoyar la economía en un sólo producto de exportación no puede proscri-

birse a través de un mandato revolucionario. Pero, si los cubanos pudieron apoyarse, a la larga (aunque con dificultad) en una industria azucarera reorganizada, a los bolivianos no les quedaron más que montañas exhaustas, un equipo de minería anticuado y una mano de obra excesiva.

La pobreza y el atraso pueden crear las condiciones que motiva al hombre a revelarse violentamente. Estos levantamientos violentos bien pueden destruir la fibra del orden social antes vigente, pero el problema de "hacer la revolución" en el contexto desarrollista moderno es diferente del proceso de destrucción del antiguo. La revolución moderna es un proceso de desmantelamiento de los grupos sociales antes dominantes (en algunos casos grupos no tan importantes) y reorganizarlos a ellos y sus recursos dentro de un marco político y económico renovados, con la meta declarada de un desarrollo nacional. La capacidad de complementar satisfactoriamente el proceso depende, en parte, del nivel previo de desarrollo. El relativo éxito de las revoluciones mexicana y cubana en la institucionalización de nuevos modelos políticos-económicos está indudablemente relacionado con el hecho de que ambas sociedades estaban entre las más desarrolladas de América Latina cuando se produjeron las revoluciones. El caso boliviano parece demostrar, por último, que las posibilidades para completar una revolución desarrollista en países que están por debajo de un cierto nivel de desarrollo son extremadamente difíciles, en el mejor de los casos.

ESTO LO HIZO
* * * * *

VERGARA
1961

NOTAS

GLOSARIO

NOTAS A LOS CAPITULOS

INTRODUCCION

Marco de Análisis

- 1 Harry Eckstein, "On the Etiology of Internal Wars", *History and Theory*, Vol. 4, No. 2 (1965), p.133.
- 2 Chalmers Johnson, *Revolution and the Social System*, Hoover Institution Studies No. 3 (Stanford, 1964).
- 3 Alexis de Tocqueville, *The Old Regime and the French Revolution*, (Garden City, 1955).
- 4 *Revolution and the Social System*, p.13.
- 5 El concepto de alcance del conflicto ha sido tomado de E. E. Shattschneider, *The Semi-Sovereign People* (New-York, 1960).
- 6 Hannah Arendt, *On Revolution* (New York, 1965).

PARTE I

CAPITULO I

Desarrollo Económico de Bolivia bajo el Período Liberal

- 1 Ver la formación e importancia de la hacienda tanto en Charles Gibson, *Spain in America* (New York, 1967), pp. 153-56, como José Medina Echeverría, "A Sociologist's View", en *Social Aspects of Development in Latin America*, Unesco (Belgium, 1963), pp.33-41.
- 2 Como parte de un continente generalmente obsesionado por

el fenómeno del caudillismo, Bolivia se destaca por haber estado bajo el dominio de algunas de las figuras más alocadas del siglo diecinueve; uno de los caudillos bolivianos más extravagantes fue Mariano Melgarejo. Sobre Melgarejo y el estilo de la política boliviana en el siglo XIX, ver Richard Patch, "Bolivian Background", *American University Field Staff Reports* (October 10, 1958).

- 3 La comunidad indígena "libre" era una entidad legalmente reconocida y basada en los Ayllu Inca (unidad comunal básica del Imperio Incaico), cuyas tierras comunitarias se organizaban en torno al derecho de usufructo. Los métodos legales y no tan legales empleados para despojar a estas comunidades de sus tierras, son expuestos por Abraham Maldonado, *Derecho Agrario* (La Paz 1956), especialmente Caps. 27-32. La nueva definición legal de mayor trascendencia fue redactada durante el Gobierno de Melgarejo en 1866; y, a partir de entonces, la ocupación de tierras indígenas aumentó considerablemente. Ver George M. McBride, *The Agrarian Communities of Highland Bolivia* (New York, 1921), p.10.
- 4 La mejor exposición en inglés sobre los cambios que se produjeron en Bolivia después de la década del 1860 es la que hace Herbert Klein, "The Impact of the Chaco War on Bolivian Society" (Tesis doctoral inédita, Universidad de Chicago, 1963), especialmente Cap. 1.
- 5 Lo que se quiere reiterar es que Bolivia ingresó en una etapa de transición de un modelo de lucha política que yo considero pre-moderno a otro que considero moderno. Este modelo pre-moderno concreto, que fue efectivo en gran parte de los países latinoamericanos durante el siglo diecinueve, fue aquel del "caudillaje" (en la práctica fue una fuerza irregular individual, utilizada para conciliar territorio y población). Recientemente, Wolf y Hansen han definido este modelo con las siguientes características: "(1) repetida aparición del clien-

telismo armado, en base a relaciones personales de dominación y sumisión y a un deseo común de obtener riqueza con la fuerza de las armas; (2) falta de medios institucionales para la sucesión de cargos; (3) empleo de violencia en la contienda política; y (4) reiterados fracasos por parte de líderes de la élite gobernante, en su afán por asegurar su posición de jefe". De ahí que la transición fuera dirigida hacia una forma más institucionalizada de política, transformándose, entonces, tanto la forma como la naturaleza de la lucha. Como intentaré resaltar en posteriores capítulos, dentro del nuevo modelo reaparecieron elementos también renovados del caudillismo; por lo tanto resultó una mezcla y, desde el punto de vista político, la reaparición de elementos más antiguos en este nuevo modelo era esencialmente regresiva. Es más, su resurgimiento tuvo consecuencias relevantes y fundamentalmente negativas con relación a la capacidad de la nueva élite de mantener el control cuando era amenazada por grupos de orientación reformista o revolucionaria. Sobre caudillaje, ver Eric R. Wolf y Edward C. Hansen, "Caudillo Politics: A Structural Analysis", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 9 (1967), pp. 168-79

- 6 Enrique Finot, *Nueva Historia de Bolivia* (La Paz, 1964), cap. 13.
- 7 El mejor análisis sobre el papel indígena en la guerra civil lo hace Ramiro Condarco Morales, Zárate: "El Temible Willka" (La Paz, 1965).
- 8 Klein, "Impact of the Chaco War", Cap. 2. Las ideas políticas de ese período fueron explicadas con bastante claridad por Guillermo Francovich, *El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX* (México, Buenos Aires, 1956), puntos 1 y 2.
- 9 Entre 1897 y 1899, la exportación del estaño aumentó repentinamente de 3.749,5 toneladas métricas a 9.279,5

toneladas métricas y posteriormente experimentó el siguiente aumento 1901-05, 13.163; 1906-10, 19.333; 1911-15, 23.282; 1916-20, 27.158; 1921-25, 29.219. Los datos corresponden a Luis Peñaloza, *Historia Económica de Bolivia*, Vol. 2 (La Paz, 1964), p.213 y *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: Desarrollo Económico de Bolivia* (México, 1958), p.7.

- 10 El estudio más exhaustivo sobre las finanzas del gobierno, impuestos y balanzas comerciales se encuentra en Eduardo López Rivas, *Esquema de la Historia Económica de Bolivia* (Oruro, Bolivia 1955).
- 11 *Análisis y Proyecciones*, p. 41.
- 12 Margaret A. Marsh, *The Bankers in Bolivia* (New York, 1928) hace una descripción aunque parcializada, completa sobre la posición financiera de Bolivia durante las primeras tres décadas del presente siglo.
- 13 Klein, "Impact of the Chaco War", p. 69.
- 14 Debido a la escasez y poca fiabilidad de los datos censales bolivianos, es sumamente difícil obtener una idea clara en torno a su crecimiento demográfico durante el presente siglo. En este periodo, se hicieron únicamente dos censos; uno en 1900 y otro en 1950. De acuerdo a expertos, ambos son cuestionables en cuanto a su valor, pero los resultados del censo de 1900 parecen particularmente desconfiables. Con todo, existe una coincidencia general que señala a la década de 1890 como el comienzo de un rápido crecimiento demográfico en la ciudad de La Paz, sobrepasando a todos los demás centros de población. Ver, por ejemplo, Olen E. Leonard, "La Paz Bolivia: Its Population and Growth" en comps. O. Leonard y C. Loomis, *Readings in Latin American Organization and Institutions* (Ann Arbor, 1953), pp. 173-78.

Según un estudio de población efectuado en Bolivia por

Averanga Mollinedo en base a correcciones estadísticas al censo de 1900, los departamentos de Bolivia que, entre 1900 y 1950, mostraron un importante crecimiento demográfico fueron La Paz, Oruro, Potosí, Beni y Pando. En realidad, el Beni posee la tasa más alta de crecimiento demográfico; pero, dado que este departamento estaba prácticamente desolado en 1900 (32.300 hab.), su crecimiento absoluto (hasta 199.770 hab.) aún lo reduce a una zona de población insignificante. Lo mismo ocurrió con Pando, cuyo crecimiento fue de 9.000 hab. a 19.804 hab.; pero conviene añadir que a estos dos departamentos sólo se puede llegar por avión. Evidentemente el crecimiento más significativo fue el de aquellos departamentos que antes de 1950 mostraron las cifras más importantes de población.

En otro acápite de ese estudio se muestra una tendencia que podría ser muy significativa. Aparentemente, entre 1900 y 1950 hubo un cambio regional definitivo en la composición racial del país. En 1900, la composición racial de La Paz era de 18,59 % no indígena y 74,20 % indígena. En 1950, los porcentajes variaron de manera drástica: 32,87 % y 67,13 % respectivamente. Entre las otras zonas donde había una concentración tradicionalmente indígena, la única que reveló un cambio similar fue Oruro: 25,65 % y 68,13 % respectivamente, a 38,95 % y 61,05 %. Los demás departamentos mayoritariamente indígenas experimentaron tales cambios pero en dirección opuesta: en Chuquisaca, el 57,36 % era no indígena en 1900 y 36,87 % por ciento era indígena; hacia 1950, esa tasa se convirtió en 28,43 % no indígena y 71,57 % indígena. En Cochabamba hubo una variación de 70,44 % y 22,59% a 24,77% y 75,23% respectivamente; en Potosí de 34,05% y 57,44% a 22,88% y 77,12%.

Estas variaciones en la composición racial podrían interpretarse como un reflejo del cambio de objetivos de los grupos dominantes no indígenas; al mismo tiempo que confirman que La Paz y Oruro eran los mejores lugares

donde ir en busca de una carrera en esa época. En todo caso, se confirma que, el dominio que ejercían las regiones más antiguas en el siglo diecinueve, posteriormente pasó a La Paz y a sus principales satélites. (Datos de Averanga Mollinedo, *Aspectos Generales de la Población Boliviana* [La Paz, 1956], pp. 28-88,89).

Si se quiere buscar otras alternativas para comprender mejor el desarrollo experimentado, conviene enfocar el estudio en las tasas comparables de crecimiento urbano y rural. Según Olen Leonard durante el período 1900-1946, la tasa de crecimiento urbano fue superior únicamente para La Paz, Cochabamba y Oruro. En todos los demás departamentos, la tasa de crecimiento rural fue superior a la urbana. Por lo tanto, en términos generales, parecería que el proceso de desarrollo de principios de siglo tuvo su mayor impacto en La Paz, Oruro y Cochabamba, convirtiéndolos en los departamentos que más se destacaban demográficamente; entre los que Potosí apenas ocupaba el cuarto lugar. La Paz y Oruro eran importantes como nexos urbanos del sistema minero, mientras que Cochabamba se transformó en la única región donde se desarrolló cierto grado de agricultura comercial. El resto del país se estancó y sufrió un retraso. Pero no se puede hacer tanto énfasis en el predominio de la ciudad de La Paz, aún frente a este panorama, sin decir que frenó el desarrollo del resto de las áreas urbanas del país en todas las formas de actividad: política, social y económica. Ver Olen E. Leonard, *Bolivia: Land, People and Institutions* (Washington, D.C., 1952) pp. 41-42, 196-97 con relación al crecimiento rural/urbano y al rol que jugó el departamento de La Paz.

- 15 Harold Osborne, *Bolivia: A Land Divided* (New York, 1964) analiza cómo el país se dividió internamente. Una antigua viajera interpreta con bastante claridad la situación boliviana, cuando observa:

Aquí se demuestra de manera contundente el

papel que juegan las vías de comunicación en el desarrollo de un país; pues, pueden traerse artículos básicos de una distancia de 5 a 6.000 millas y colocarlos en La Paz con menos costo que los mismos artículos comprados en los ricos y fértiles valles situados a una cosa de 100 Km. al lado este. Por ejemplo, los pesados maderos utilizados en las minas para estibar son importados de los bosques de Oregón, cuando a menos de 50 millas (en línea recta) existen bosques cuya madera podría servir igualmente si hubiese un medio fácil de transportarla. También se importa arroz y azúcar en un país donde se puede producir lo suficiente para abastecer entre veinticinco y treinta mil personas. En las ciudades y campamentos mineros se paga un dólar y cuarto de oro por una lata de una libra de mantequilla o un dólar por una lata de duraznos, cuando a menos de un día de viaje hay tierra apta para que pasten un sinnúmero de vacas y para producir duraznos suficientes para alimentar a todo un ejército. (Alicia Overbeck, *Living High* [New York, 1935] p.12).

- 16 *Análisis y Proyecciones*, pp.8-9, refuerza este análisis.
- 17 El establecer grupos de población en Bolivia constituye un problema bastante complejo. Según el censo de 1900, el 75% de la población era rural y sólo el 14,3% vivían en centros urbanos, de una cifra de cinco mil habitantes. De acuerdo a cifras estimadas, en 1950 la distribución de la mano de obra era así: de una población económica activa estimada de 1.835.827 habitantes, el 78,9% (1.448.595) correspondía al sector agrícola y sólo el 2,5% (45.330) a la industria extractiva, 3,1% (58.550) a fábricas, 3,0% (55.800) a los artesanos urbanos y el 12,4% (227.552) desempeñaban actividades de servicio. Si tomamos en cuenta el crecimiento urbano y el hecho de

que la industria se desarrolló principalmente a fines de la década de 1930 y 1940, se puede suponer que la magnitud de diferenciación fué aún mayor durante las primeras décadas del presente siglo. Convendría asimismo destacar que más del 70 por ciento del reducido sector industrial vivía en La Paz. Ver **Análisis y Proyecciones**, p.15.

- 18 También hubo cierta actividad comercial en los valles de Yungas cercanos a La Paz, especialmente de hojas de coca; además de una cierta cultura vinícola comercial en las regiones del Sur, particularmente en el valle de Cinti.
- 19 De acuerdo al estudio de las Naciones Unidas, realizado en 1956, aún en 1950 se aprovechaba apenas entre el 2% y 3% del espacio agrícola disponible. De las zonas cultivadas, el 90% correspondía al altiplano y los valles adyacentes. **Análisis y Proyecciones**, p.254.
- 20 Rodolfo Stavenhagen, "Seven Fallacies About Latin America" en comps. James Petras y Maurice Zeitlan, **Latin America Reform or Revolution**, Greenwich, Conn.,1968), pp. 13-31.
- 21 Martín Sobrados, **Influencia de la Minería en las Economías de Chile y Bolivia** (Madrid, 1953) hace un amplio análisis de los problemas internos en las minas y de la difícil situación competitiva de Bolivia.
- 22 Por ejemplo, el presidente Montes y sus aliados cercanos -la familia Goitia- establecieron una serie de haciendas durante ese período; las más conocidas fueron Taraco y Pillapi.

CAPITULO II

Estructura y Proceso del Antiguo Orden

- 1 Andrew N. Cleven, **The Political Organization of Bolivia** (Washington, 1940),p. 213.
- 2 Ibid., p. 212. Como resultado de tales restricciones, en 1951 el electorado estaba compuesto por apenas unas cien mil personas, de una población próxima a los cuatro millones de habitantes.
- 3 En esa etapa, Bolivia forma parte del escenario político latinoamericano que Germani y Silvert han denominado "democracia representativa con restringida participación", Gino Germani y Kalman Silvert, "Estructura Social e Intervención Militar en América Latina", **Argentina Sociedad de Masas** (Buenos Aires, 1965), p. 234.
- 4 Ver Herbert Klein, "The Creation of the Patiño Tin Empire". **Interamerican Economic Affairs**, Vol. 19, No. 2, pp. 3-25.
- 5 Las diferencias entre los barones del estaño y los magnates de la plata han sido claramente expuestas por Herbert Klein en "The impact of the Chaco War on Bolivian Society" (Tesis doctoral inédita, Universidad de Chicago, 1963), pp. 34-35.
- 6 En 1897, La Paz era una ciudad con 44.620 habitantes, población que posteriormente aumentó así: 1909: 78.856; 1928: 142.549; y 1942: 287.097. **La Paz en su Centenario 1548-1948**, Vol. 4 (La Paz, 1948).
- 7 Entre los miembros más ilustres de la nueva élite y que respondían a este modelo está Benedicto Goitia. Nació en el pueblo sureño de Camargo en 1851. Desde allí fue trazando su camino hasta llegar a La Paz, donde en 1867 fue contratado como oficinista de una casa comercial.

El primer paso importante que dió para ascender fue alistarse en uno de los regimientos que ayudaron a derrocar al extravagante caudillo Mariano Melgarejo en 1871; hacia 1875, ocupó importantes cargos en provincias, tanto por elección como por nombramientos a dedo. Por otra parte, en la guerra del Pacífico creó su propio regimiento de batalla, destacándose por ello; en tanto que en la década de 1880, Goitia ocupó importantes cargos en La Paz, donde se uniría a los liberales y compartiría con ellos la necesidad de una política económica progresista y de que La Paz fuese la sede del gobierno nacional. Durante la Guerra Civil comandó el regimiento liberal y, a su término, el nombre de Goitia ocupaba ya un lugar especial junto al del presidente Montes. Ocupó una gran variedad de altos cargos públicos, unas veces por elección y otras también por nombramientos a dedo; entre éstos se cuentan los de Senador, Presidente de la Cámara de Diputados, Ministro Boliviano en el Perú, Secretario del Tesoro y Ministro de Relaciones Exteriores. Asimismo, adquirió vastas extensiones de tierra en las proximidades del Lago Titicaca, entre las que se destaca la Hacienda Pillapi. Defensor del desarrollo económico con la fórmula liberal, también fue fundador y presidente del Banco Industrial, el cual más tarde se convertiría en el Banco de la Nación Boliviana. El nombre de Goitia no sólo sobresalía a nivel público, sino también entre los terratenientes. (Información tomada de *Bolivians of Today*, Hispanic Notes and Monographs [New York, 1922], pp. 125-29).

- 8 En 1922, la *Hispanic Society of America* editó un volumen titulado *Bolivians of Today* (Ver nota anterior), con las biografías de 132 bolivianos notables. En la medida en que aclara que en ella no se incluyen todos los nombres, el libro se ha concebido como una lista de aquellas personas que más se destacaron en el mundo boliviano. Si analizamos rápidamente los datos más sobresalientes de estas biografías, tendremos una idea bastante clara de lo que fue la estructura de la élite boliviana en esa

época. 58 de los 132 están clasificados simplemente como hombres públicos, 25 como escritores, 22 como educadores, 21 como abogados, 18 como comerciantes intermedarios, 10 como médicos, 10 como soldados y unos cuantos más dedicados a otras actividades. De los 132, sólo 3 son calificados de hombres de negocios, otros 3 como banqueros, propietarios de minas y capitalistas. Pero, observemos más detenidamente su historia educativa, a fin de lograr un panorama más revelador: de los 92 que poseen títulos, 78 han estudiado derecho, 8 medicina 2 ciencias políticas (una rama del derecho); hay 2 licenciados en ciencias y artes (uno con título en artes y letras y uno que aparece simplemente con una licenciatura). A partir de este ejemplo, es evidente que la actividad más ilustre era la vida pública. Había una mayoría abrumadora de profesionales liberales y el derecho constituía, de lejos, el mejor camino para adquirir carrera. Las actividades y estudios técnicos empresariales prácticamente no existían. De ahí que aún en 1922, los roles y actividades "tradicionales" todavía eran rasgos definitorios evidentemente predominantes dentro de la élite boliviana. Este panorama es interesante también en términos de su distribución geográfica: 49 habían nacido en La Paz, 23 en Sucre, 7 en Potosí, 7 en Tarija, 5 en Oruro, 4 en Santa Cruz y el resto en varios otros lugares. Un análisis más detallado nos permitió llegar a la conclusión de que, por lo menos, 8 personas de la muestra prosiguieron sus estudios en La Paz. En 1922, por lo tanto, La Paz era evidentemente la principal fuente y escenario de este corte estadístico de bolivianos ilustres.

- 9 Tanto la fusión entre grupos antiguos y nuevos, como la aparición de una élite nacional amalgamada, han sido claramente expuestas por Klein en "Impact of the Chaco War", pp.38-39.
- 10 El tan arraigado sentimiento de imitación literaria de la élite nacional boliviana acertadamente analizada por

Murdo Macleod, "Bolivia and its Social Literature Before and After the Chaco War: A Historical Study of Social Literary Revolution" (Tesis doctoral inédita, Universidad de Florida, 1962). La orientación estilística no nacional de la élite fue uno de los principales puntos que han destacado grupos opositores más tarde. Es así como uno de los tratados políticos nacionalistas de mayor influencia concentra su atención en la mentalidad no nacional de esta élite. Ver Carlos Montenegro, *Nacionalismo y Coloniaje*, 3ra edición (La Paz, 1953, primero apareció alrededor de 1942).

- 11 Ver *Area Handbook for Bolivia* (Washington, D.C., 1963), p. 103. donde se hace una descripción más amplia de la clase media y sus valores.
- 12 El material sobre la clase media boliviana no es abundante; como apoyo al análisis que hago, consultar *Area Handbook for Bolivia*, p. 103 y "La Clase Media en Bolivia: Nota para el Estudio y Comprensión del Problema", comp. Theo Crevenna, *Materiales para el Estudio de la Clase Media en Latino América III*, mimeografiado, Washington Pan American Union (Inédito).
- 13 El cuadro que presentamos a continuación ilustra el antiguo sistema tributario sobre exportación de estaño:

BOLIVIA: Impuestos sobre Exportación de Estaño 1900-1920

(en miles de Bolivianos)

Año	Valor Comercial de Exp.	Impuestos de Exportac.	Porcent. de Impuestos sobre el valor de las Exportac. de Estaño
1900	14.608	293	2,0
1901	17.533	397	2,3
1902	15.847	401	2,5
1903	19.540	450	2,3
1904	17.064	468	2,7
1905	26.250	661	2,5
1906	35.248	1.564	4,4
1907	29.892	1.402	4,7
1908	30.929	929	3,0
1909	31.654	1.104	3,5
1910	37.007	1.455	3,9
1911	52.640	2.269	4,3
1912	60.238	2.767	4,6
1913	67.784	3.761	5,5
1914	42.480	1.949	4,6
1915	44.885	2.159	4,8
1916	42.652	2.539	6,0
1917	85.258	4.910	5,8
1918	129.611	7.381	5,7
1919	99.924	5.951	6,0
1920	112.282	6.208	5,5

Fuente: Análisis y Proyecciones del desarrollo Económico IV: El Desarrollo Económico de Bolivia (México, 1958), p. 10.

Esta estructura fiscal fue un tanto compleja, especialmente después de 1936. René Ballivián, *Tasas e Impuestos sobre la Industria Minera en Bolivia* (La Paz, 1946), analiza la situación tributaria de ese período en forma detallada.

- 14 Klein, "Impact of the Chaco War", p. 84, hace una comparación entre poder financiero público y aquel de las tres compañías más grandes.
- 15 Ya en 1922, era evidente que Patiño representaba al poder financiero más grande del país. El siguiente párrafo nos da una idea del alcance de sus posesiones hasta 1922:

Las actividades del señor Patiño no se limitan al campo de la minería; es también el único dueño del Banco Mercantil de Bolivia, cuyo capital es de cuatro millones de dólares. Además de sus actividades bancarias y mineras, está relacionado con la compañía que administra el monopolio de alcohol y bebidas, cuya importancia está en el hecho de que paga más de 400.000 pesos anuales al gobierno por ese privilegio. Tiene acciones importantes en la **Colonizing Company of Isiboro**, propietaria de vastas extensiones en el departamento de Cochabamba, lo mismo que en el ferrocarril Machacamarca-Uncía, que unirá las regiones mineras de Huanuni, Uncía, Llallagua y Amayapampa. Además tiene garantizada una concesión para construir el ferrocarril Cochabamba-Rio Mamoré, que, cuando esté terminado permitirá la salida de los productos bolivianos al Atlántico. (Bolivians of Today, p. 214.)

- 16 Con Saavedra, el monto de los impuestos gubernamentales aumentó de 5,5% a 13,3%. **Análisis y Proyecciones**, p. 10.
- 17 Klein, "Impact of the Chaco War", p. 184.
- 18 Merle Kling, "Toward a Theory of Power and Political Instability in Latin America" comp. John Martz, **The Dynamics of Change in Latin American Politics** (Englewood

Cliffs, N.J., 1965), p. 138.

- 19 La política personalista de camarillas no era nueva en Bolivia. En diversos sentidos, fue el estilo político boliviano del siglo diecinueve, como en la mayoría de los países latinoamericanos. Yo afirmaría que se trata de una reaparición de la política de camarillas, luego de un movimiento destinado a establecer un tipo político distinto. Desde el punto de vista de un concepto de desarrollo político, el tema gira en torno al resurgimiento de este fenómeno con algunos rasgos diferentes y dentro de un contexto también distinto. Dada la aparente evolución de camarillas a partidos, este resurgimiento se puede considerar regresivo. Pero, no es un problema de partido o camarilla, pues existen lazos personales y facciones en todo partido, no importa cuán desarrollado esté; de lo que se trata es de cuál es más relevante, la camarilla o el partido.

En los casos en que se han desarrollado partidos modernos, la política de camarilla ha sido controlada dentro del marco de interacción entre partidos, grupos de interés y el público. A mi me parece que, debido al crecimiento parcial y a la larga interrumpido, de la economía boliviana, el desarrollo político siguió los mismos pasos. Una de las manifestaciones más esenciales de esta paralización del desarrollo es que la reaparición de la política personalista de camarillas volvió a cobrar importancia, en tanto que aquella de partidos pasó a ocupar posiciones más y más secundarias. Dada la estructura, el pequeño porcentaje de la élite que controlaba la vida pública boliviana, ésta se inclinaba por la política de fracciones al interior de la misma; lo cual obedecía principalmente a que no era un grupo que controlara formas sólidas de riqueza, con excepción de la tierra; forma de riqueza que, en este contexto, estaba definitivamente limitada en cuanto a sus posibilidades de expansión y transferencia. El proceso de desarrollo dio lugar a factores nuevos (nuevos intereses,

nuevos ricos, nuevos partidos y nuevas bases de poder) con una configuración renovada, que reflejaba la política de pegas al interior de la élite. El proceso de desarrollo no llegó ser un proceso autogenerador ni mucho menos generalizado, de modo que cuando el impulso al crecimiento empezó a debilitarse, la tendencia a la política de pegas se ahondó aún más.

En este nuevo contexto, el desarrollo "regresivo" habría de generar problemas políticos cada vez más serios. De ahí que nos preguntáramos ¿Hasta cuándo podrían las facciones dar cabida a los sectores ambiciosos de la élite, cuyo número seguiría aumentando naturalmente por procesos biológicos u otros? ¿Dónde queda el nuevo sector urbano medio creado por el proceso de desarrollo? ¿Dónde quedarán las demandas que formularían los nuevos grupos de la clase trabajadora? ¿No comenzarían a desarrollarse una serie de focos de tensión dentro de la nueva estructura? En su descripción acerca del desarrollo experimentado a fines de la década de 1910, Klein señala:

Debido al prolongado período de gobierno Montista se desarrolló un gran cuadro de políticos profesionales sedientos de puestos. Por lo tanto, el modelo clásico de los que están "en" el poder, contra los que están "fuera" de él, allanó el terreno para el surgimiento de un gran partido de oposición; mientras que el modelo personalista y tradicional lo único que logró fue exacerbar ese clima. Esta combinación de modelos podría haberse evitado, en la medida en que Montes parecía hacer milagros económicos. Pero una vez que ese impulso de progreso se hubo detenido, el resultado fue una inevitable fragmentación, como tan claramente reconocía Salamanca. (Herbert Klein, "Parties and Political Change in Bolivia: 1880-1952" [manuscrito inédito, p. 86, que

será publicado en breve por la Cambridge University Press]).

- 20 Klein, "Impact of the Chaco War", p. 90, describe el aumento de la violencia, el faccionalismo de partidos y el estilo formal de debate político.
- 21 Hernando Siles fue uno de los fundadores del Partido Republicano. Aunque Saavedra lo eligió a dedo para sucederlo, una vez que llegó al poder se separó de éste y formó su propia facción, que más tarde se convertiría en el primer partido nacionalista de Bolivia. Hernán, uno de los hijos de Siles, fue fundador del MNR y uno de sus líderes más destacados. Benigno Carrasco, Hernando Siles (La Paz, 1961), ha hecho una de las biografías de Siles padre.

CAPITULO III

Conflictos Grupales y Presiones por un Cambio

- 1 Harry Hawthorn, "Stratification in a Latin American City: Sucre", comps. C. Loomis y O. Leonard, **Readings in Latin American Social Organization and Institutions** (Ann Arbor, 1953), señala un modelo más bien simple de estratificación en los pueblos del interior.
- 2 El censo realizado en la ciudad de La Paz en 1942 estima una población flotante no censada de 14.353 habitantes. **Censo demográfico de la Ciudad de La Paz**, 15 de octubre de 1942 (La Paz, 1943), p.7.
- 3 De una población urbana estimada de 301.450 habitantes, en 1942, 82.856 eran blancos, 86.202 mestizos y 64.565 indígenas, todos ellos pertenecían al departamento de La Paz, Ibid., pp.22-25.
- 4 Guillermo Lora, **Historia del Movimiento Obrero 1848-1900** (La Paz, 1967), p. 3, analiza extensamente la reacción de los artesanos ante los primeros efectos de la modernización.
- 5 Los datos sobre el movimiento laboral boliviano todavía están dispersos. Las dos mejores fuentes de datos sobre este tema en idioma inglés son: Robert J. Alexander **The Bolivian National Revolution** (New Brunswick, 1958) y Herbert Klein, "The Impact of the Chaco War on Bolivian Society" (Tesis doctoral inédita, Universidad de Chicago, 1963). El análisis más detallado en habla hispana es de Agustín Barcelli, **Medio Siglo de Luchas Sindicales Revolucionarias en Bolivia** (La Paz, 1956). Un estudio más reciente es el de Jaime Ponce G. **Breve Historia del Sindicalismo Boliviano**, monografía IBEAS (La Paz, 1968). Además de haber consultado esos trabajos, en mi análisis me he apoyado en entrevistas sostenidas con líderes la-

borales bolivianos y en una interesante historia de los movimientos izquierdistas bolivianos, inédita y cuyo autor es Guillermo Lora, la cabeza del POR (ver glosario).

- 6 Klein, "Impact of the Chaco War", pp. 99-100.
- 7 Barcelli, *Medio Siglo de Luchas*, p. 108.
- 8 Después de cierta hora, el taxi era el único medio de transporte; por lo tanto, esa prohibición no sólo dificultaba las reuniones de la oposición, sino que facilitaba la posibilidad de detectar carros no oficiales en las calles prácticamente vacías, mientras los amigos de Saavedra podían desplazarse en vehículos oficialmente autorizados. Esta es una práctica común tanto en Bolivia como en otros países latinoamericanos aún en la actualidad.
- 9 Klein, "Impact of the Chaco War", p. 99-105.
- 10 Las luchas entre anarquistas y socialistas están descritas en los trabajos antes citados. Por otra parte, gracias a la generosidad de Robert J. Alexander (Department of Economics, Rutgers University) pude examinar la rica colección de entrevistas que el profesor Alexander había reunido desde 1946 y conocer otra faceta del pensamiento anarquista. Entre ellas, la más interesante es la que mantuvo con el anarquista boliviano, José Mendoza Vega. Allí Mendoza recalca el deseo de los anarquistas de permanecer al margen de partidos políticos y gobiernos, al mismo tiempo que ataca a otros sindicatos de falta de principios en su afán por alcanzar el poder político.
- 11 Los datos sobre los gráficos fueron recogidos de un documento contenido en el folleto del **Primer Congreso Nacional de Trabajadores Gráficos** (La Paz, 1952); y de extensas entrevistas personales sostenidas en La Paz en 1966 con Waldo Alvarez, por mucho tiempo dirigente de

ese sindicato y el primer Ministro de Trabajo de Bolivia.

- 12 Klein, "Impact of the Chaco War", p. 170.
- 13 En el estudio más interesante sobre las posibilidades económicas de Bolivia a principios del presente siglo, Paul Walle, un visitante francés dió gran importancia al espíritu nacionalista y al deseo de desarrollo que estaba siendo fomentado por los liberales en este país. Ver Paul Walle, *Bolivia* (New York, 1914).
- 14 Se puede decir que los sectores educados del país se vieron prácticamente invadidos por una sensación de retraso a partir de 1920. El derroche ideológico iniciado en ese período es reflejo de un juego continuo sobre el evidente retraso y pobreza de los bolivianos frente a otras naciones. El tema era tan trascendental entre los jóvenes que propiciaban el cambio, que parece legítimo afirmar que la juventud educada comenzó a experimentar el así llamado "efecto manifiesto" de los estados avanzados.
- 15 *El Norte*, 4 octubre, 1927, p. 1-1
- 16 Ver, por ejemplo, *El Norte*, 20 octubre, 1927, p. 5-5 y *El Diario*, 23 noviembre, 1928, p. 7-3.
- 17 Como vimos a través de la muestra de 132 bolivianos destacados (Capítulo 2, Nota 8), cualquiera que fuere la elección final de una carrera, la preparación educativa básica era Leyes. Por otra parte, el estudio y la práctica de las Leyes aparentemente era un canal especialmente importante para el sector urbano medio. Así, un grupo de observadores señaló por ejemplo que: "Durante algún tiempo, alrededor de 1920, fueron tantísimos los "cholos" urbanos deseosos de ascenso, que optaron por la educación profesional como un camino hacia el progreso socio-económico, de modo que la práctica de las Leyes

cayó en desgracia entre los miembros de la Rosca ('clase alta'), como la etiqueta de los arribistas en muchas ciudades provinciales". (*Area Handbook for Bolivia*, [Washington D. C., 1963]).

- 18 Aunque no hay datos precisos acerca de la evolución del servicio público boliviano, un análisis general de la situación, dirigido por las Naciones Unidas, a fines de 1940, nos brinda un panorama de un servicio civil inflado, cuyos problemas se han ido desarrollando durante años. De acuerdo al mismo, el número de empleados públicos era muy elevado; estaban deficientemente preparados para desempeñar sus tareas y, en términos generales, representaban un desgaste para la ya forzada economía. La causa de ello era la ya vieja costumbre de crear y suprimir cargos en base a la política vigente. **Informe Keenleyside** (reeditado en La Paz por la Universidad Mayor de San Andrés, 1952, pp. 31-33.)
- 19 El predominio de extranjeros en los puestos de alto nivel de las compañías mineras se convirtió en motivo de cierto descontento. En un artículo de *El Norte*, 23 noviembre, 1927, p. 5-3, titulado "Nacionalización de la Patiño Mines" se decía: "Varias publicaciones, tratando el desarrollo de los trabajos de la 'Patiño Mines' aseguran encontrar en él, un personal extraño al país, campeándose en los puestos principales y de mayor influencia, con trabajo cómodo y un lucro desmedido, mientras que los nacionales se hallan pospuestos, remando siempre por la subsistencia de la vida, en puestos inferiores y, con un jornal medido" (*El Norte*, 23 noviembre, 1927, p. 5-3).
- 20 Walle, Bolivia, p. 58, señala sorprendido el predominio de extranjeros en casi todas las actividades comerciales y empresariales.
- 21 El problema de una política sujeta a la presión de una clase media hambrienta de puestos también empezaba a

convertirse en una preocupación nacional. En un matutino se decía, por ejemplo, que el país estaba caracterizado por sufrir una enfermedad denominada "empleomanía", la misma que estaba alcanzando proporciones de crisis. *Renovación*, 23 enero, 1926, p. 1-1.

- 22 Crane Britton, *The Anatomy of Revolution* (New York, 1938).
- 23 *La Calle*, 23 junio, 1936, p. 3-3.
- 24 *La Calle*, 18 julio, 1936 p. 6-1. Poco después, en ese mismo mes, nuevamente se atacaba a la política de facciones sedienta de puestos y se la etiquetaba con el nombre de "política criolla", modismo utilizado para decir "estúpida búsqueda de puestos". *La Calle*, 30 julio, 1936, p. 7-1.
- 25 Muchos años después, un eminente revolucionario y exponente de esa generación, Walter Guevara Arze, recordaba a sus compatriotas la situación que habían confrontado, con estas palabras: "Hasta entonces el profesional o el empleado que no estaba al servicio directo o indirecto de la oligarquía, debía vegetar en la mediocridad ocupacional y económica, puesto que los únicos clientes y empleadores que podían pagar regularmente, no necesitan más que un número limitado de médicos, abogados o ingenieros. Por otra parte, para desempeñar cargos de verdadera importancia y responsabilidad en esos campos, se importaban generalmente a extranjeros..." (Discurso titulado "Hay que Reconciliar a la Clase Media con la revolución", texto reeditado en *El Diario*, 28 julio, 1959, p. 6-1.)

Considerando que gran parte de los sectores indígenas, medios y altos no valoraban ni tenían como meta las carreras empresariales o técnicas, sino que se aglomeraaban en torno a las profesiones liberales, es importante destacar que el censo realizado en La Paz en 1942 inclu-

ye a más de 800 abogados, (versus 269 en la ciudad, según el censo de 1900), al servicio de una población permanente alrededor de 287.097 habitantes. Esta situación se consideraría desequilibrada; de modo que, si tomamos en cuenta el escaso porcentaje total de población que podía permitirse el pago de honorarios razonables, parecería sensato concluir que el mercado de abogados de La Paz -el escenario más importante del país- estaba un tanto sobrecargado. Empero, estos problemas no se restringen a la ciudad de La Paz, ya que de acuerdo a un historiador cochabambino:

...Los jóvenes que no tuvieron la oportunidad de seguir carreras industriales o comerciales, se han ido a los centros mineros o han abandonado el país. La agricultura estaba en declinación, debido al sistema regresivo del Latifundio. (Rafael Peredo Antezana. *La Provincia de Quillacollo* [Cochabamba, 1963], pp. 141-142).

26 Klein, "Impact of the Chaco War" p. 176.

27 La mejor crónica sobre el grupo nacional reformista de aquellos días es la de Augusto Céspedes, *El Dictador Suicida* (Santiago de Chile, 1956). En tanto que sobre el grupo socialista, la hace Miguel Bonifaz, *Bolivia: Frustración y Destino* (Sucre, 1965).

28 Céspedes, *El Dictador Suicida*, p. 82.

29 Céspedes, *El Dictador Suicida*, Ibid.

30 Ibid., p. 83.

31 Muchas figuras relacionadas con el movimiento se las arreglaron para estar prácticamente en todos los gobiernos hasta 1952, fuese cual fuese su color ideológico.

32 Las primeras declaraciones ideológicas de este grupo político están contenidas en Ernesto Ayala Mercado, *Crítica de la Reforma Universitaria* (Sucre, 1938, reeditado en La Paz, 1955). Su primera declaración formal fue anunciada con el establecimiento de la Federación Universitaria Boliviana, que ha sido reeditada en Alberto Cornejo, *Programas Políticos de Bolivia*, (Cochabamba, 1949), p. 297.

CAPITULO IV

Depresión y Guerra: Aceleradores

- 1 En 1925, 32.598 toneladas dieron un valor de 27.123 bolivianos; en 1930, 38.722 toneladas pudieron dar apenas un valor de 26.967 bolivianos. Ver **Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El Desarrollo Económico de Bolivia** (México, 1958), p. 12.
- 2 Herbert Klein, "The Impact of the Chaco War on Bolivian Society" (Tesis doctoral inédita, Universidad de Chicago, 1963), p. 154.
- 3 En el importantísimo complejo minero de Catavi-Siglo XX, por ejemplo, la cantidad de estaño fino explotado en 1925 era del 7%. Hacia 1929, decayó a 3,5% y desde entonces bajó constantemente hasta menos 0,5% que se obtiene actualmente. La calidad del estaño constituye otro problema sumamente grave, ya que las dificultades de recuperación aumentan significativamente en la medida en que la calidad disminuye, deteriorando paulatinamente la producción (datos tomados de estudios inéditos de C. Blott, ex director del complejo minero Catavi-Siglo XX y ex-asesor técnico del Banco Minero, La Paz.)
- 4 **Análisis y Proyecciones** p. 13.
- 5 Klein, "Impact of the Chaco War" p. 167 y los estudios inéditos de Guillermo Lora citados anteriormente (Capítulo 3, Nota 5).
- 6 Klein, "Impact of the Chaco War", pp. 190-205 describe el desorden general de ese período.
- 7 La explicación sobre el respaldo argentino al Paraguay es un tema controvertido, pues mientras unos dicen que respondía a su propósito de salvaguardar los intereses

extranjeros puestos en el petróleo, otros opinan que su intención era debilitar al Estado político boliviano como parte de su propia política.

- 8 En Bolivia se ha producido una enorme cantidad de literatura sobre la Guerra del Chaco. Una de las relaciones más interesantes y, hasta cierto punto, un texto erudito corresponde a Roberto Querejazu Calvo, *Masamaclay* (La Paz, 1965). Existe asimismo otra excelente relación en inglés de David H. Zook, Jr., *The Conduct of the Chaco War* (New Haven, 1960).
- 9 Estos relatos han sido extensamente analizados por MacLeod en "Bolivia and Its Social Literature, Before and After The Chaco War". A Historical Study of Social and Literary Revolution" (Tesis doctoral inédita, Universidad de Florida, 1962).
- 10 En el Norte argentino se congregó una colonia bastante grande de desertores bolivianos durante la Guerra del Chaco; según Zook, el ejército boliviano sufrió aproximadamente diez mil desertiones. Zook, *The Conduct of the Chaco War*, p. 240.
- 11 Klein, "Impact of the Chaco War" p. 218.
- 12 Ibid., p. 333. Aparentemente el flujo de habitantes a la ciudad de La Paz era lo suficientemente grande como para que el gobierno se viera obligado a decretar el trabajo obligatorio.
- 13 Una escuela de pensamiento está relacionada principalmente con el Profesor Richard Patch (Departamento de Antropología de la Universidad estatal de Nueva York en Buffalo); quien dirigió el trabajo de exploración más importante en torno a una variedad de problemas de la Bolivia contemporánea y hace especial énfasis en la Guerra del Chaco, como el factor causante de actividades indígenas posteriores. Si bien yo no rechazo esta inter-

pretación -que está fuera de mi alcance-, pienso que en términos generales se han sobreestimado los efectos causales más directos de la guerra y que se deben tomar en cuenta otra diversidad de factores de igual o mayor trascendencia para formular una interpretación más adecuada. Ver nota 12 del Capítulo 10 del presente libro.

- 14 En sus informaciones sobre los sucesos de Cochabamba, el periódico *La Calle* lo consideraba un esfuerzo del gobierno de Toro por implementar reformas en las haciendas, cuyo sistema de propiedad se hacía en torno a entidades corporativas como la iglesia católica. (El gobierno de Toro estaba conformado por reformistas jóvenes militares y civiles que formaban una coalición. En el Capítulo 5 se brinda mayor información sobre Toro). De ello se deduce claramente que dicha iniciativa corresponde, al menos en parte, a aquellos grupos de élite que controlaban el gobierno después del golpe de 1936. *La Calle*, 7 noviembre, 1936, p. 4-1.
- 15 En esta relación, Zook recalca una y otra vez una conducción completamente errónea de la guerra por parte de las autoridades bolivianas. Zook, *The Conduct of the Chaco War*.
- 16 En un estudio muy importante sobre Bolivia, realizado por el personal de la Embajada de los Estados Unidos entre 1940 y 1941, se subraya la pérdida de obreros calificados de Bolivia, especialmente en la minería. El título del informe es *The Bolivian Report* y la Embajada de los Estados Unidos en La Paz tiene una copia mecanografiada.
- 17 Hacia 1952, más del 70% de las fábricas del país estaban en La Paz.
- 18 Este impacto mínimo en el crecimiento del sector manufacturero es resaltado por la misión técnica de la ONU en su informe *Keenleyside*, de acuerdo a la siguiente

El número de trabajadores empleados se elevó en el mismo período de unos 12.000 a unos 20.000. Sin embargo, el tamaño de los establecimientos continúa siendo pequeño; y en la actualidad emplean por término medio únicamente unos 10 trabajadores cada uno. El capital invertido en 1950 se calcula en unos 2.000 millones de bolivianos, y por consiguiente, el capital medio por establecimiento será, de 1.000.000 de bolivianos aproximadamente. El grado de capitalización y mecanización, según se deduce de estas cifras es pequeño y muchos establecimientos inscritos como industrias serían clasificados normalmente como talleres artesanos.

Informe Keenleyside [reeditado en La Paz por la Universidad Mayor de San Andrés, 1952], p. 257).

En *La Paz en su Centenario*, Vol. 4, pp. 31-127, se hace un análisis detallado sobre el sector manufacturero de La Paz.

- 19 *Análisis y Proyecciones*, pp. 57-63 incluye un estudio pormenorizado de la inflación en ese período; en que la circulación de moneda aumentó de 60,4 millones de bolivianos a 863,1 millones de bolivianos. Un interesante estudio histórico general sobre la inflación en Bolivia, fue realizado por Guillermo Alborta Velasco, *El Flagelo de la Inflación Monetaria en Bolivia, País Monoproductor* (Madrid, 1963).

CAPITULO V

Apertura de la Situación Revolucionaria

- 1 El ejército fue uno de los canales de movilidad social más importantes para los sectores inferiores; y el hecho de que así lo entendieran las clases altas ha sido subrayado por Harry Hawthorn, "Stratification in a Latin American City: Sucre", Comps. C. Loomis and O. Leonard, *Readings in Latin American Social Organization and Institutions* (Ann Arbor, 1953), p. 215.
- 2 David H. Zook, Jr., *The Conduct of the Chaco War* (New Haven, 1960), destaca reiteradamente los efectos extenuantes de la política personalista frente al esfuerzo que supuso la guerra.
- 3 En Augusto Céspedes, *El Dictador Suicida* (Santiago de Chile, 1956) Cap. 11 y Herbert Klein, "David Toro and the Establishment of Military Socialism in Bolivia", *Hispanic American Historical Report*, Vol. 65, No. 1 (1965) pp. 25-52, se hacen dos excelentes relatos sobre la composición del gobierno de Toro.
- 4 La actitud de la élite nacionalista con los obreros se expresaba frecuentemente en las páginas editoriales del periódico *La Calle*; así en uno de sus editoriales observaba:

"...Creemos, sinceramente, empero, que las masas de trabajadores no tienen un concepto claro aún de los deberes que importará el sindicalizar sus actividades". "Siendo así -continúa el editorial- los sindicatos deben ser controlados por el Estado". *La Calle*, 7 julio, 1936, p. 4-3. En el siguiente párrafo pone más claramente de manifiesto su visión manipuladora: "Los sindicatos estarán bajo la tui-

ción y el control permanente del Gobierno Socialista, y la organización sindical será incorporada al mecanismo del Estado como base para la constitución funcional de los poderes públicos". *La Calle*, 23 julio, 1936, p. 5-4.

5 Toro expresaba así su percepción del problema indígena:

No se trata de arrancar al indígena de su atonía actual, elevándolo bruscamente a esferas espirituales pues no se encuentra aún preparado; ni de dotarlo de elementos intelectuales extraños a su origen... Eso lejos de ser buena política, es lírico empeño vacío y fugaz por el momento... Hay que alfabetizarlo primero. *La Calle*, 6 noviembre, 1936, p. 1-1.

6 Entrevista con el General David Toro, La Paz, Bolivia, 1966.

7 Herbert Klein, "American Oil Companies in Latin America: The Bolivian Experience", *Inter-American Economic Affairs*, Vol. 18 (Otoño, 1964), pp. 42-72, hace una descripción sobre la nacionalización de la Standard Oil en Bolivia.

8 Durante la entrevista personal que sostuve en La Paz el año 1966, Toro me expresó que sus relaciones con Patiño siempre fueron malas mientras que pensaba que Hochschild y Aramayo comprenderían mejor sus intenciones. Añadió asimismo, que había llegado a la conclusión de que los nacionalistas más jóvenes eran excesivamente radicales y que los había retirado de su gobierno con objeto de disminuir el impacto del cambio.

9 Ver Herbert Klein, "Germán Busch and the Era of Military Socialism", *Hispanic American Historical Report*, Vol. 67, No. 2 (Mayo, 1967), pp. 166-84.

10 Tristán Marof, *La Justicia del Inca* (Bruselas, 1926). Otro trabajo suyo importante es *La Verdad Socialista en Bolivia* (La Paz, 1938).

11 Citado en Miguel Bonifaz, *Bolivia: Frustración y Destino* (Sucre, 1965), p. 129.

12 Ibid., p. 140.

13 La controversia entre Marof y Gainsborg y la formación del POR han sido detalladas por Guillermo Lora en: *José Aguirre Gainsborg: Fundador del POR* (La Paz, 1960.)

14 El símbolo de la creciente influencia del proletariado en el POR fue la preeminencia lograda por la figura de Guillermo Lora, el hijo de un minero de Siglo XX. Además del propio Lora, quién dedicó su vida a actividades políticas e intelectuales, su hermano Cesar, junto a otros trabajadores mineros, jugó un relevante papel en el partido.

15 El FIB fue lanzado a la luz pública con el documento titulado: *Hacia la Unidad de las Izquierdas Bolivianas* (Santiago de Chile, 1939).

16 El primer programa del PIR está reeditado en Alberto Cornejo, *Programas Políticos de Bolivia* (Cochabamba, 1949), pp. 181-86. En tanto que su posición en 1970 estaba expresada en *PIR y Desarrollo Nacional* (La Paz, 1961).

17 Prácticamente ningún documento partidario o libro escrito por alguno de sus miembros, omite el análisis detallado sobre la educación. Tanto Arze como Anaya dedicaron grandes esfuerzos a la elaboración de minuciosos programas de educación.

18 Jorge Dandler-Hanhart, "Local Group, Community and Nation: A Study of Changing Structure in Ucureña, Boli-

via", (Monografía, Universidad de Wisconsin, 1967), Cap. 3.

- 19 En Rodolfo Surcou Macido, **Hacia la Revolución Integral** (La Paz, 1961) están los enunciados de la FSB, en tanto que en Cornejo, **Programas Políticos de Bolivia**, pp. 131-41, su programa.
- 20 Durante el período 1936-1940, el principal órgano público del pensamiento nacionalista fue el periódico **La Calle**, en cuyos editoriales y ensayos extensamente polémicos, se expresaba la ideología nacionalista. Uno de esos ensayos, suscrito por un Sargento Yujra, expone claramente parte de los conceptos que dieron forma al pensamiento y actitudes de la agrupación política. El artículo comienza con un ataque a los "izquierdistas infantiles" por su sometimiento a las teorías "internacionalistas" y, lo que es más interesante, por no haber apoyado la guerra. Más adelante, el concepto de "socialismo de Estado", insistiendo en que se trata de una nueva ideología nacionalista, adecuada a toda nación colonial en surgimiento. Pero, dado que cada país debe desarrollar una ideología autónoma, se refiere a un "socialismo boliviano". En lo que se refiere a la solución de los problemas bolivianos, el autor opina que "la condición semicolonial de Bolivia obliga a que esa minoría blanca y mestiza combata previamente el imperialismo como acción primordial, antes de ingresar a la revolución social. Sólo la soberanía económica de la nación dará paso a la igualdad económica de los individuos."

Prosigue diciendo que en el contexto boliviano, tanto la Rosca como los extremistas de izquierda son agentes del imperialismo. Por lo tanto, los nacionalistas tenían la misión de ayudar al ejército en su lucha contra la Rosca, el comunismo y el caudillismo, y trabajar a favor de una posición socialista boliviana, disciplinada. Para esta tarea, el grupo más importante fue el de los ex-combatientes. **La Calle**, 22 agosto,

1936, p. 4-2.

- 21 Como era una sociedad secreta, el material disponible acerca de RADEPA es escaso. He extraído algunos puntos de los folletos más recientes de la organización, que nos pueden orientar acerca de su posición. Los objetivos de la organización eran:
- a) Crear un espíritu profundo de nacionalidad dentro del deseo de enriquecer Bolivia.
 - b) Fortalecer cada una de las tendencias bolivianas y liberar al país de las influencias internacionales.
 - c) Combatir y destruir a todos aquellos que atentan contra los intereses del país.
 - d) Elevar los valores morales del pueblo.
 - e) Elevar el comportamiento militar hacia una doctrina y pensamiento únicos. (Alberto Candia Almaraz, **Razón de Patria Ante la Historia** [Cochabamba, 1957]).
- 22 Sindicalismo dirigido, tal como se lo utiliza en el presente estudio, significa "sindicalismo dirigido por la élite reformista". Desde el comienzo mismo de dicho período y mientras daban su respaldo a los reformistas, los obreros se quejaban porque consideraban que los cambios concretos que les llegaban eran muy pocos. Y, en ese sentido, fue característica la protesta de los mineros de Colquechaca, editada en **La Calle**, 27 agosto, 1936, p. 4-1.
- 23 Citado en Agustín Barcelli, **Medio Siglo de Luchas Sindicales Revolucionarias en Bolivia** (La Paz, 1956), p. 155.
- 24 Si tomamos los datos de 1931 como un total de cien, el

costo de vida entre 1936 y 1940 subió repentinamente de 214 a 865; tan sólo los alimentos aumentaron de 201 a 716; el combustible de 186 a 722; la ropa de 238 a 941; los servicios de 140 a 388 y los alquileres de 253 a 1.347. **Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El desarrollo Económico de Bolivia** (México, 1958) p. 61.

- 25 Aunque los datos disponibles son fragmentarios, hay razones para creer que el antisemitismo era común entre la clase media boliviana. El capitalismo antimonopolista y el antisemitismo entonces en voga en Europa aparecieron en Bolivia y se concentraron en torno a Mauricio Hochschild (un judío alemán) cuya figura provocó un odio generalizado en los bolivianos.
- 26 Nuevamente los datos son fragmentados pero existen razones para creer que el ciudadano común estaba más interesado en la política municipal que en la nacional. Por distintos factores, el regionalismo era una fuerza más poderosa que el nacionalismo antes de 1932. La población se identificaba mucho más con su municipalidad que con el Estado. Pese a que el Estado era unitario, las municipalidades eran independientes. Las mujeres podían votar en las elecciones municipales pero no en las nacionales. En todos los departamentos de Bolivia los gobiernos municipales eran más fuertes que las prefecturas y los presupuestos municipales eran considerablemente mayores que los departamentales. El gobierno municipal era una de las mayores fuentes de empleo para la clase media. La importancia del localismo, de las finanzas municipales, etc. está reiterada continuamente en el **Informe Keenleyside** (reeditado en La Paz por la Universidad Mayor de San Andrés, 1952), sección III, pp. 23-52.

CAPITULO VI

El MNR: de Facción a Partido

- 1 Luis Peñaloza, **Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario: 1941-1952**, p. 35.
- 2 En una entrevista personal con Germán Monroy Block quien fue uno de los fundadores del MNR y ocupaba el puesto de Ministro de Trabajo bajo el gobierno de Villarroel (La Paz, 1966). Otro fundador del partido hizo también hincapié en el carácter de clase media del grupo y en su falta de contacto con sectores sociales significativos:

"La lucha contra el gobierno de la restauración, incluso después de la formación del Movimiento Nacionalista Revolucionario, fue desarrollado por una minoría de la clase media. No se hicieron contactos con el pueblo quién, por su parte, estaba mal informado y tenía poca conciencia de sus derechos" (Augusto Céspedes, **El Presidente Colgado**, Buenos Aires, 1966, p. 46).
- 3 Entrevista con Germán Monroy Block, La Paz, 1966.
- 4 Peñaloza, **Historia del Movimiento**, p. 39.
- 5 La primera declaración ideológica formal del MNR fue un panfleto intitulado simplemente Movimiento Nacionalista Revolucionario (7 de junio de 1942). En Bolivia se hace frecuentemente referencia a esta declaración con el nombre de El Libro Verde. Desafortunadamente existen aún pocas copias de este documento. Por suerte, pude encontrar una copia y un microfilm de él está ahora disponible en la biblioteca de la Universidad de Pittsburgh. La cita en el texto es de la p. 40.
- 6 Movimiento Nacionalista Revolucionario. p. 40.

- 7 Pudiera añadir que la presencia de extranjeros en las posiciones más altas de trabajo tiende a substanciar el argumento de que esta joven generación se encontró restringida en sus posibilidades de encontrar ocupaciones que tengan futuro. En El Libro Verde exigen la prohibición de emplear a extranjeros y, en un punto por demás interesante, demandan el retiro de todos los oficiales de las Fuerzas Armadas que tengan más de 55 años. (pp. 41-42).
- 8 En una reciente entrevista personal (La Paz, 1966), el importante líder del MNR, Augusto Céspedes, declaró por su parte y por otros que el anti-semitismo era principalmente de carácter táctico. También debería destacarse que La Calle -entre 1936 y 1939- repudió el fascismo y atacó frecuentemente sus acciones en Europa; por ejemplo, La Calle apoyó a los leales en la Guerra Civil Española.
- 9 Los discursos parlamentarios de Paz Estenssoro correspondientes a dicho período fueron agrupados y posteriormente publicados; constituyen una fuente invaluable en torno a la ideología inicial del MNR. Ver Víctor Paz Estenssoro, *Discursos Parlamentarios* (La Paz 1955).
- 10 La importancia de los requerimientos técnicos relacionados con el grado de mineral explotado fue señalada por C. Blout (Gerente de la empresa de Catavi-Siglo XX, a principios de la década de 1960 y actual asesor de la industria minera boliviana) en una entrevista personal sostenida en La Paz, 1966.
- 11 *Labor Problems in Bolivia*, informe de la comisión de trabajo conjunta Bolivia-Estados Unidos, *International Labor Office* (Montreal, 1943), ver especialmente p. 17.
- 12 Las tensiones originadas durante el régimen de Villarroel se analizan en Peñaloza, *Historia del Movimiento*, Cap. 5.

- 13 En su artículo 107, la constitución declaraba que la principal función de la economía era "responder especialmente a principios de justicia social, que tiendan a asegurar para todos los habitantes una existencia digna del ser humano." En el artículo 108, daba al Estado el título previo sobre toda la tierra, minerales y agua, y el poder de regular su utilización privada. El artículo 109 hacía del Estado el eje de la economía:

"El Estado podrá regular, mediante ley, el ejercicio del comercio y de la industria, cuando así lo requieran, con carácter imperioso, la seguridad o necesidad públicas. Podrá también en estos casos, asumir la dirección superior de la economía nacional. Esta intervención se ejercerá en forma de control, de estímulo o de gestión directa". (Ciro Félix Trigo, *Constitución Política del Estado*, [La Paz, 1945].)

- 14 Con el gobierno de Villarroel se redujo la inflación de 23,74% a 7,7%. *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El Desarrollo Económico de Bolivia* (México, 1958), p. 62.
- 15 En Peñaloza, *Historia del Movimiento*, Caps. 6 y 7, se pueden encontrar detalles sobre los mismos.
- 16 El significativo impacto que tuvieron tales esfuerzos organizativos ha sido certificado en un reciente estudio antropológico de la región de Nor Yungas de La Paz, Bolivia. Uno de los primeros recuerdos más gráficos de la vida política nacional entre los campesinos de esa región es el congreso y organizadores que lo precedieron. Ver Bárbara Leons, "Changing Aspects of Social Stratification in an Emergent Bolivian Community". (Tesis doctoral inédita, UCLA, 1966).

CAPITULO VII

El MNR: de Partido a Movimiento Revolucionario

- 1 Luis Peñaloza, *Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario: 1941-1952* (La Paz, 1963), p.123.
- 2 El documento en cuestión declara que el partido es una organización orientada al "socialismo evolutivo científico" y acepta el análisis marxista de sociedad, aunque rechazando toda concepción violenta de "revolución". En su análisis sobre la revolución, el documento argumenta: "No hay revolución absolutamente necesaria ni absolutamente indispensable -escribió Schomoller-. Toda revolución puede evitarse con una reforma oportuna. Y todo el progreso de la historia consiste en hacer reformas en lugar de revoluciones". Continúa afirmando que solamente la oposición de la clase dominante a realizar cambios, provoca revoluciones. Más adelante, el documento desarrolla un análisis sobre Bolivia que resulta increíblemente similar a aquel del MNR. Señala el retraso de los obreros y campesinos bolivianos y, por lo tanto, la necesidad de que la clase media sea la conductora de un movimiento multclasista de reformas. Sienta un programa relativamente radical que, en términos de especificidad, era mucho más elaborado que cualquier aspecto con el que se haya identificado el MNR anteriormente. Entre otras cosas, el programa demandaba la planificación del desarrollo económico, la supresión de los monopolios, la nacionalización de los beneficios públicos y el control de las utilidades de la minería, con el propósito de realizar inversiones para el desarrollo; también incluyó muchos puntos a favor de los obreros, así como un programa para las áreas rurales. **Declaración de Principios y Programa de Acción de la Unión Socialista Republicana** (La Paz, 1949).
- 3 Entre 1940 y 1943, alrededor del 40% del valor de las exportaciones de estaño fueron a dar al Banco Central.

Con el gobierno de Villarroel, esa cifra aumentó al 60% y con el PURS decayó nuevamente a cerca del 50%. **Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El Desarrollo Económico de Bolivia** (México, 1958), pp. 34-35.

- 4 A lo largo de ese período, en un editorial tras otro, *El Diario* se quejó de los graves problemas económicos que enfrentaba la ciudad de La Paz: "En ningún período como el actual ha sufrido el pueblo mayores hambres y necesidades... No hace un mes se produjo la carestía, la falta absoluta de pan y ya se está repitiendo el fenómeno..." (*El Diario*, 3 de Marzo, 1950, p. 4-1). El que este comentario no se hiciera simplemente por maniobra política lo certifica el *Informe Keenleyside* (reeditado en La Paz, por la Universidad Mayor de San Andrés, 1952), que fundamenta extensamente el estado abismal de la economía boliviana hacia 1951.
- 5 Este suceso es descrito, con cierto regocijo, por Peñaloza, *Historia del Movimiento*, p. 127.
- 6 Un relato más o menos popularizado del ascenso y caída del PIR puede encontrarse en "Historia del PIR, la Muerte del Primer Partido de Masas de Bolivia", *Primera Plana*, No 7 (agosto, 1965).
- 7 Las estimaciones van de setecientos a siete mil.
- 8 Con cierta preocupación por su imagen pública, la compañía Patiño publicó una larga colección de documentos y textos, donde exponía su punto de vista sobre la violencia en las minas a lo largo de 1947. *Los Conflictos Sociales en 1947* (La Paz, 1948).
- 9 La versión de los obreros sobre este enfrentamiento es presentada por Agustín Barcelli en *Medio Siglo de Luchas Sindicales Revolucionarias en Bolivia* (La Paz, 1956), pp. 227-31.

- 10 La huelga de hambre y otras actividades de las mujeres del MNR son relatadas por Lydia Gueiler Tejada en *La Mujer y la Revolución* (La Paz, 1959). Ver especialmente capítulo 4.
- 11 *El Diario* sacó su edición del 22 de enero de 1951 con un titular que decía que hasta entonces nunca Bolivia había experimentado tantas y tan tristes deportaciones y aprehensiones políticas.
- 12 En Peñaloza, *Historia del Movimiento*, Cap. 18 y José Felman Velarde, Víctor Paz Estenssoro: *El Hombre y la Revolución* (La Paz, 1955), punto 3, Cap. 4, hay referencias favorables a los rebeldes.
- 13 Peñaloza, *Historia del Movimiento*, p. 128.
- 14 La composición de clase media del liderazgo del MNR se pone de manifiesto en la historia de ese partido escrita por Peñaloza. En un pasaje de ésta, describe orgullosamente el liderazgo de Cochabamba, cuando dice: "... todos ellos de la juventud de la clase media, distinguidos en la sociedad cochabambina y algunos en las letras y las artes nacionales." (*Historia del Movimiento*, p. 49). Para mayores datos sobre esta organización, ver Caps. 10, 11 y 12.
- 15 *Ibid.*, p. 134.
- 16 Estas conclusiones se basan en la *Historia del Movimiento* de Peñaloza y en numerosas entrevistas con líderes del MNR que participaron en el proceso, así como con otros dirigentes políticos que jugaron su rol en ese momento.
- 17 Una fábrica promedio en La Paz no empleaba a más de diez personas. Habían sólo dos o tres fábricas que tenían más de cien trabajadores, en tanto que la más grande (SAID) oscilaba entre los doscientos y trescientos tra-

bajadores.

- 18 Este modelo que rige la convivencia de los trabajadores fabriles es evidente aún hoy en día. En muchos casos, el sindicato de la fábrica había adquirido un edificio o una serie de ellos para alquilar viviendas a ese sector. Estas concentraciones tendieron a funcionar como la principal comunidad -y en cierto sentido total- de los trabajadores.
- 19 El análisis se hizo en base a los datos que aparecen en Paul Walle, *Bolivia* (New York, 1914) y *The Bolivian Report* (se encuentra en la Embajada de los EEUU en La Paz).
- 20 *Labor Problems in Bolivia*, informe de la Comisión de Trabajo Conjunta Bolivia-Estados Unidos, "International Labor Office" (Montreal, 1943), p. 8. Es importante observar que el salario en efectivo de los mineros tenía un suplemento a través de pulperías subvencionadas vivienda y atención médica. Nada de ello fue particularmente excelente, pero sí aumentaba el nivel de vida real de los mineros.
- 21 En las informaciones de prensa sobre las demandas de los mineros después de 1946, se destacaron la protección contra despidos, el incremento del nivel de vida y derecho a organización.
- 22 En entrevistas personales (Lima, Perú, 1966) Víctor Paz Estenssoro subrayó la incapacidad del MNR para incorporar y controlar realmente a los trabajadores como factor importante en la comprensión de la revolución.
- 23 Uno de los dirigentes más importantes de los ferroviarios fue Juan Sanjinés Ovando, generalmente identificado como pirista. La actitud cautelosa de los ferroviarios frente al MNR fue destacada en una entrevista que sostuve con otro líder sindical, Ramón Claure, La

Paz, 1966.

- 24 La Tesis de Pulacayo demandaba asimismo la nacionalización, la reforma agraria, la ocupación inmediata de las minas por los trabajadores y, a la larga, un gobierno basado en el proletariado. La Tesis fue reeditada en Alberto Cornejo, *Programas Políticos de Bolivia* (Cochabamba, 1949), p. 314.
- 25 La estrategia del POR fue puesta de relieve por Edwin Moller en una entrevista en La Paz, 1966. En ese momento era porista y más tarde miembro del MNR. Actualmente es una importante figura del nuevo partido de Lechín, PRIN.
- 26 Entrevistas con Paz Estenssoro, Lima, Perú, 1966.
- 27 Peñaloza, un feroz enemigo de Lechín y dirigente del núcleo movimientista relataba disgustado la situación de las minas:

En las minas, en especial Uncía y Chocaya, apareció el "bloque minero" compuesto de trabajadores de las minas bajo administración comunista-trotskista. (Partido Obrero Revolucionario) protegidos por el dirigente Juan Lechín que desechó las proposiciones del enviado del MNR Augusto Cuadros, para que algunos movimientistas postulasen candidaturas por determinadas minas. (Peñaloza, *Historia del Movimiento*, p. 123).
- 28 Ibid., p. 150.
- 29 Ibid., p. 145.
- 30 Agustín Barcelli se refiere a la inclinación del liderazgo movimientista por la táctica del golpe y su permanente temor a la participación de las masas; en especial

aquella de los campesinos, como uno de los fracasos claves de la guerra civil:

Pero fundamentalmente el error residió en la ninguna confianza de los hombres del Partido en la capacidad revolucionaria de las masas y el temor a estas cuando se puso de manifiesto. Obsesionados por la idea del "golpe" no alcanzaban a comprender que la insurrección tendía a transformarse en una acción de masas, que para ganarse el apoyo de éstas eran necesarias medidas de carácter revolucionario. La nacionalización de minas, bancos, ferrocarriles y compañías de seguros; la reforma agraria, la supresión del "pongueaje", la sindicalización campesina habrían asegurado el apoyo de esas masas inquietas. (Barcelli, *Medio Siglo de Luchas*, p. 219.)

- 31 El 7 de noviembre de 1950, el periódico *El Diario* informaba de un pacto MNR-PCB, acompañando un documento que contenía tales fines específicos. El MNR desconoció el pacto unos meses después, aunque no así los objetivos. En todo caso, la mayor parte de las fuentes coinciden en señalar que el MNR siguió funcionando en base a dicha plataforma en 1951. Con todo, los informes de periódico fueron los únicos documentos que pude encontrar para confirmar tan generalizado punto de vista. Sin embargo, luego de numerosas entrevistas, soy partidario de la opinión general de que el MNR, en efecto, se unió a la mentalidad popular en esas metas después de 1951. Además de los relatos de noticias, pude encontrar una página mimeografiada que trataba específicamente del problema de la reforma agraria. Esta había sido publicada en Santa Cruz, por un grupo local del MNR y era más una exhortación acerca de la posición partidaria de un grupo al resto del partido, que una declaración política. El escrito decía: "Tierra para todos tiene que ser la consigna del MNR en su larga y sacrificada lucha por el

pueblo". Es interesante observar, sin embargo, que según esa página, la forma de alcanzar esas metas era mucho menos radical que las posiciones adoptadas por los partidos izquierdistas. Primero hace énfasis en un plan basado en la disponibilidad de nuevas tierras, además de la distribución de aquellas que poseía el Estado. Recién entonces pasa a atacar los latifundios, señalando que posiblemente sea necesario redistribuir algunas tierras; empero tal redistribución se haría en base a una justa compensación. Ese documento fue publicado a fines de 1950 y señala dos aspectos sobre el punto de vista fundamental del partido sobre la reforma agraria: (a) no fue un planteamiento sostenido por todos en el partido, sino aún un tema de discusión y exhortación; y (b) ese plan específico al menos, no fue tan radical como aquel de la izquierda; hizo énfasis en medidas no confiscatorias en torno a un programa de expropiación y redistribución. Parece justo especular entonces y decir que aún cuando el MNR se identificó públicamente con un programa más radical, lo hizo con vacilación y con una visión un tanto restringida de lo que suponía el programa. El folleto en cuestión titulaba **Tierra Propia para Todos Ofrece el MNR** (Santa Cruz, 8 de diciembre de 1950) y está firmado por Ovidio Barbery Justiniano.

CAPITULO VIII

La Insurrección

- 1 El Diario, 9 mayo, 1951.
- 2 Los resultados fueron publicados en El Diario, durante varios días consecutivos, mayo de 1951.
- 3 El Diario, 30 enero, 1952, p. 4-3.
- 4 Un ataque particularmente agudo en contra de los EEUU y patrocinado por las empresas estañíferas, comenzaba con el título: "La disminución de los ingresos de un pueblo pobre, para el beneficio de un enorme poderío económico". El Diario, 9 octubre, 1951, p. 1-7.
- 5 Luego de ofrecer 1,06 dólares por libra fina (metal puro), los EEUU finalmente aumentaron el precio a 1,12 dólares. *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El desarrollo Económico de Bolivia* (México, 1958), p. 31.
- 6 Luis Peñaloza, *Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario: 1941-1952* (La Paz, 1963), Caps. 21 y 22.
- 7 Estas especulaciones provienen fundamentalmente de las entrevistas que mantuve con varios dirigentes laborales del MNR y de partidos izquierdistas. Cobran cierta validez al leer el violento ataque que hizo un antiguo líder de la FSB y que se uniera a la derecha del MNR en 1950. Ver Alfredo Candia, *Bolivia: Un Experimento Comunista en América* (La Paz, s.f.). Ver especialmente Caps. 2,3,4,5 y 6.
- 8 La mejor información sobre los Grupos de Honor está en Lydia Gueiler Tejada, *La Mujer y la Revolución* (La Paz, 1959). La Sra. Gueiler (actualmente esposa del antiguo

porista Edwin Moller) fue una de las principales organizadoras de los Grupos de Honor entre 1950, 1951 y 1952. A lo largo de varias entrevistas personales con ella en La Paz, la Sra. Gueiler me dió más detalles acerca de los datos contenidos en su libro.

- 9 Peñaloza, *Historia del Movimiento*, p. 149.
- 10 Lydia Gueiler hace énfasis en el planteamiento emocional y en la casi total falta de metas específicas de esta agrupación política, *La Mujer y la Revolución*, Cap. 6.
- 11 Entre otros, Lydia Gueiler subraya la ambición de "pegas" como factor motivador dentro de ese grupo. *Ibid.*, p. 98.
- 12 Desde los días de Tristán Marof se propició principalmente la nacionalización de las minas y la reforma agraria. Después de 1946 el movimiento obrero fue más allá al exigir un rol directivo para los trabajadores y su liderazgo en la conformación de una nueva Bolivia.
- 13 A fines de la década de 1930, los nombres de ambos estuvieron relacionados con programas destinados a la reforma agraria. Klein, "Impact of the Chaco War", p. 403. Más tarde, a principios de la década de 1940, Paz Estenssoro presentó un programa moderado de reforma a una Asamblea Nacional; el proyecto contemplaba fundamentalmente la introducción de mano de obra asalariada y se restringía a su departamento de origen, Tarija. Víctor Paz Estenssoro, *Discursos Parlamentarios* (La Paz, 1955), p. 297. Conviene destacar, sin embargo, que ni en *El Libro Verde*, ni en el posterior programa reeditado en Alberto Cornejo, *Programas Políticos de Bolivia* (Cochabamba, 1949) p. 143, se menciona una reforma fundamental en el agro. Según lo que pude averiguar, la reforma agraria como tal no estuvo públicamente asociada con el MNR hasta 1951.

- 14 La desconfianza hacia Paz entre los dirigentes que permanecieron en el país es explicada por Candia, *Bolivia: Un experimento Comunista*.
- 15 José Fellman Velarde, Víctor Paz Estenssoro: *El Hombre y la Revolución* (La Paz, 1955), p. 228. La resistencia del ala derecha del MNR también fue subrayada por Richard Patch, "Bolivia: U.S. Assistance in a Revolutionary Setting", Richard Adams al., *Social Change in Latin America Today* (New York, 1960), pp. 108-76.

RECEIVED
JAN 10 1961
LIBRARY

CAPITULO IX

La Revolución

Primera Fase: El Sistema Nacional

- 1 Robert J. Alexander, *The Bolivian National Revolution* (New Brunswick, 1958), p. 46.
- 2 Entrevista con Walter Guevara Arze, La Paz, 1966. El impulso económico de la revolución también fue destacado por Paz Estenssoro, quien afirmó: "el país permanece en un grado de atraso extraordinario en lo económico y se proyecta al campo social" (Victor Paz Estenssoro, *La Revolución Boliviana* [La Paz, 1964], p. 9).
- 3 En los años posteriores, los teóricos del MNR se esforzaron por reconciliar las contradicciones entre la justicia oficial y revolucionaria. Uno de los ejemplos más interesantes está en Alipio Valencia Vega, "Teorética sobre Política Nacional" *Abril* (julio-agosto, 1964), pp. 18-35.
- 4 Ver Alfredo Candia, *Bolivia: Un Experimento Comunista en América* (La Paz s.f.) Cap. 5, donde se hace un resumen de la posición del ala derechista de ese tiempo. En las páginas del periódico movimientista oficial, *La Nación* se encuentra una importante fuente de la expresión pública de disputas dentro del partido; asimismo, en Saturnino Rodrigo, *Diario de la Revolución Nacional* (La Paz, 1955) se encuentran artículos seleccionados que proporcionan la visión del centro pragmático del MNR sobre los hechos.
- 5 De acuerdo a Armando Arce, uno de los fundadores del MNR, esta visión tan limitada le pertenece a él y a muchos de los miembros más antiguos del partido. Entrevista en La Paz, 1966. Punto de vista que también fue ex-

presado por una destacada figura de la tendencia derechista del partido, Hugo Roberts. Entrevista en La Paz, 1966.

- 6 Información presentada en *Hispanic American Report* (Mayo, 1952).
- 7 Citado en Alexander, *The Bolivian National Revolution*, p. 103.
- 8 Citado en *Bolivia: 10 años de Revolución* (La Paz, Abril, 1962), p. 35.
- 9 Un caso de oficial depurado, encarcelado y luego rehabilitado es el del General Alfredo Ovando Candia. Cuando se hubo reincorporado al ejército, Ovando juró lealtad a Paz y al MNR. En la década de 1960, ascendió con el cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército a través de hábiles maniobras. En 1964, se destacó entre las figuras que derrocaron a Paz y al MNR y, luego de un tiempo, primero como co-presidente y más tarde como presidente de una junta, ocupó nuevamente el cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército.
- 10 El Ministro de Asuntos Campesinos nombrado por la junta que gobernó después de la destitución de Paz en 1964, fue un indio aymara puro. Un estudioso de los militares sostiene que, después de 1952, hubo pocos cambios en la composición de los cuerpos de oficiales. Estima que en 1956, el 80% del cuerpo fue miembro antes de 1952. William Brill, *Military Civic Action in Bolivia* (Tesis doctoral inédita, Universidad de Pennsylvania, 1965), p. 132.
- 11 *El Diario*, 5 junio, p. 4-3.
- 12 En una entrevista sostenida con uno de los estudiosos bolivianos mejor informados sobre asuntos laborales, el Sr. Daniel Bracamonte, éste destacó la rapidez de la

organización de milicias obreras. Instituto Boliviano de Estudios y Acción Social, La Paz, 1966.

- 13 Este concepto de independencia, generalmente expresado en la idea de "fuero sindical" se destaca en todos los documentos de la COB. Ver, por ejemplo, *Programa Ideológico y Estatutos de la Central Obrera Boliviana* (La Paz, 1954), pp. 24-25, donde se detallan los siguientes puntos:

Sólo el proletariado apoyado en el campesinado puede evitar que la pequeña burguesía, cuyos intereses actualmente coinciden, abandone el campo de la revolución.

El proletariado está interesado en llevar "la revolución hasta sus últimas consecuencias..."

Y la mejor garantía de defensa en esas conquistas, la constituye la participación obrera en el gobierno, el control obrero con derecho a veto y la organización sindical y militar del proletariado y campesinado...

CAPITULO X

La Revolución Agraria

- 1 Estos avances han sido informados en su totalidad por El Diario durante ese período.
- 2 Esta preocupación se reflejó en el incremento de los impuestos sobre el estaño en la década de 1930 y 1940 y en el intento, por parte del gobierno de Urriolagoitia de apoderarse de las divisas obtenidas por las compañías mineras en 1950.
- 3 En *The Bolivian National Revolution* (New Brunswick, 1958), p. 102, Robert J. Alexander cita los exilios de la vieja guardia favorable a las medidas de nacionalización.
- 4 Muchos han destacado el rol vital de la hacienda en prácticamente todos los países latinoamericanos. Ver José Medina Echeverría, "The Sociologist's View", *Social Aspects of Economic Development in Latin America II* (Naciones Unidas, 1963) p. 33 y también Frank Tannenbaum, *Ten Keys to Latin America* (New York, 1963), Cap. 5.
- 5 La generalidad de los estudiosos de latinoamérica coinciden en que la hacienda no fue simplemente una institución económica, sino más bien una entidad absolutamente multifuncional.
- 6 Desde la independencia hasta la década de 1920, la historia de la tierra en Bolivia estuvo marcada por la permanente expropiación inhumana de tierras a indígenas. Esta versión fue tomada en cuenta por muchos estudiosos, entre los más importantes: Abraham Maldonado, *Derecho Agrario* (La Paz, 1956); Arturo Urquidi Morales, *El Feudalismo en América y la Reforma Agraria Boliviana*

(Cochabamba, 1966); y Rafael Reyeros, *El Pongueaje* (La Paz, 1949). En Edmundo Flores, "Taraco: Monografía de un Latifundio Boliviano", *El Trimestre Económico*, Vol. 22, No. 86 (1958), pp. 209-29, se encuentra un estudio detallado de cómo una comunidad de indios fue desposeída a principios del presente siglo.

- 7 Existen muchas descripciones novelísticas acerca de una mítica aversión racial y de la desconfianza en Bolivia. Una de las más conmovedoras es la famosa novela de Alcides Arguedas, *Raza de Bronce* (Valencia, 1923).
- 8 Uno de los levantamientos más recientes y que ha quedado en la memoria de muchos fue aquel de 1924, cuando los indios de la localidad de Jesús de Machaca invadieron un pueblo del altiplano y mataron e incendiaron a la mayoría de sus habitantes.
- 9 Basta con pasar una corta temporada en Bolivia y hablar con la gente de la ciudad para escuchar cómo tipifican al indio de sucio, traicionero, áspero, ladrón, estúpido, vengativo y otra serie de apelativos parecidos. Ser llamado "indio" en Bolivia es recibir uno de los más graves insultos. Por esta razón, el gobierno revolucionario proscribió ese término y actualmente al indio se lo llama campesino.
- 10 Según el señor Hugo Roberts, entonces importante figura de la tendencia derechista del MNR, tan limitada concepción de la Reforma le correspondió a él y a gran parte de su sector partidario. Entrevista personal en La Paz, 1966.
- 11 He tenido que basarme en entrevistas personales, debido a que el debate se llevó a cabo fundamentalmente entre bastidores. Con todo, debo aclarar que ninguna de las figuras que entrevisté se mostró reacia a expresar su opinión; y las diversas historias que me fueron relacionadas coincidieron extraordinariamente.

- 12 Los primeros estudios son: Richard Patch, "The Social Implications of The Bolivian Agrarian Reform" (Tesis doctoral inédita, Cornell University, 1959); Edmundo Flores, "La Reforma Agraria en Bolivia", *El Trimestre Económico*, Vol. 20, No. 79 (1953), pp. 480-560. Dwight B. Heath, "Land Reform in Bolivia", *Inter American Economic Affairs*, Vol. 12 (1959), pp. 3-27; William E. Carter, *Aymara Communities and the Bolivian Agrarian Reform*, (University of Florida, Monograph Series No. 24 [Otoño 1964]); Bárbara Leons, "Changing Patterns of Social Stratification in an Emergent Bolivian Community". Tesis doctoral inédita, U.C.L.A., 1966). Otros trabajos importantes que aún están en proceso son: un estudio comparativo Perú-Bolivia, por Melvin Burke de la Universidad de Pittsburgh; un estudio que está realizando el Land Tenure Institute de la Universidad de Wisconsin y un estudio, de tres años, recientemente concluido por el Research Institute for the Study of Man, Nueva York.
- 13 Los datos se basan en un censo incompleto realizado en 1950, pero que incluye a 86.377 terratenientes. Censo Nacional Agropecuario de 1950, Oficina Nacional de Estadísticas y Censo, Sección Agropecuaria (La Paz, 1950).
- 14 Para más detalles ver cualquiera de los trabajos citados en la nota 12. Cabe aclarar que en las regiones orientales hubo grandes extensiones de tierra, pero no haciendas clásicas. Allí, generalmente los trabajadores percibieron un salario. El gobierno poseía amplias extensiones en esa zona. Pero, la gran masa de indios vivió en las haciendas.
- 15 El comportamiento exageradamente defensivo de los indios ha sido enfatizado en el primer estudio sistemático de las relaciones rurales en Bolivia y publicado en inglés, Olen E. Leonard, *Bolivia: Land People and Institutions* (Washington, 1952), pp. 96-97.

- 16 En un importante estudio sobre la zona del lago se destacó por ejemplo: "Durante los últimos años del siglo pasado y primeros del presente, se inició el establecimiento masivo de latifundios. La comunidad de Chivo, junto a otras, fue incorporada como hacienda a las propiedades de la familia Goitia". (Francisco Baluarte Garray, *Tierra y Reforma Agraria en Chivo*, Estudios de Comunidades Bolivianas, No 4 [Lima, 1964], la paginación del manuscrito es confusa).

- 17 Paul Walle, por ejemplo, observó en su estudio:

En los departamentos de Chuquisaca y Potosí, los indios que viven en haciendas rurales grandes, trabajan gratis dos días a la semana. En los departamentos de Oruro y La Paz, este servicio es más oneroso, pues deben construir sus casas, arar, sembrar, cosechar el grano y llevarlo al mercado, sin mencionar el trabajo compulsivo o prestación obligatoria conocida como pongueaje... (Paul Walle, *Bolivia* [New York, 1914], p. 374).

A través de su trabajo *El Pongueaje*, Rafael Reyeros (ver nota 6) hace mucho énfasis en las onerosas condiciones del campesino en el valle de Cochabamba. En entrevistas personales con bolivianos bien informados, los entrevistados coincidieron en que ese régimen fue más difícil en el valle y en los alrededores del lago. Los que me proporcionaron más informes fueron los ex-terranientes Hugo Ernst de La Paz y Percy Aiken de la región de Potosí.

- 18 En 1950, la densidad de población por Km² en cada departamento fué: Chuquisaca 5,49; La Paz 7,08; Cochabamba 8,82; Potosí 4,52; Oruro 3,92; Santa Cruz 0,77; Tarija 3,37; Beni 0,56. En la provincia de Omasuyos donde se encuentra Achacachi, hubo una concentración de 31,37 en tanto que en la provincia valluna de Jordán donde está

Ucureña, la cifra fue de 76,91. *Censo Nacional*, pp. 7-10.

- 19 El problema del factor hombre-tierra en el valle es gráficamente descrito en el importante trabajo realizado por Olen E. Leonard, *Canton Chullpas: A Socio Economic Study of an Area in the Cochabamba Valley of Bolivia*, U.S Department of Agriculture (1948).

- 20 La importancia psicológica de la visibilidad o falta de ella, de las dos ciudades ha sido explicada de manera bastante convincente en un excelente artículo general sobre Bolivia. Ver Christopher Rand, "Letter from La Paz", *New Yorker* (December 31, 1966), pp. 35-36.

- 21 En la provincia valluna de Quillacollo, por ejemplo, se observó que

"la división de propiedades grandes tuvo lugar antes de la reforma agraria, a través de la compra directa por los campesinos que regresaron de los salares y de las minas, con suficiente capital para adquirir predios pequeños ..." (Peredo Antezana, *La Provincia de Quillacollo*, [Cochabamba, 1963] p. 186).

- 22 Patch, "Bolivia: U.S. Assistance in a Revolutionary Setting", p. 137.

- 23 Reyeros, *El Pongueaje*, p. 127. Ver Leonard, *Bolivia: Land People and Institutions*, p. 113 sobre la variabilidad de los modelos de tenencia.

- 24 El indigenismo es una ideología latinoamericana que ensalza la cultura indígena, pero especialmente las civilizaciones primitivas como la azteca, maya e incaica. Ver Elizardo Pérez, *Warisata: La Escuela Ayllu* (La Paz, 1962), donde se encuentra una fascinante descripción de la escuela.

25 Un importante y reciente estudio sobre el desarrollo de las actividades en Ucureña corresponde a Jorge Dandler-Hanhart, "Local Group, Community and Nation: A Study of Changing Structure in Ucureña, Bolivia" Monografía, Universidad de Wisconsin, (1967).

26 La influencia del PIR en ese período fue puesta de relieve en entrevistas con dos personas íntimamente familiarizadas con los acontecimientos del área: el señor Walker Humérez (antes miembro del PIR) y el señor Roberto Carvajal que trabajó en calidad de ingeniero agrícola en la hacienda de Santa Clara en la década de 1940, Cochabamba 1964. Dandler-Hanhart señala, asimismo la influencia del PIR particularmente a través de la nueva escuela creada en Ucureña. Observa, por ejemplo:

Durante este período, los colonos fueron cada vez más dependientes del liderazgo del director, recientemente nombrado Juan Guerra. Como la mayoría de los maestros de escuela de su generación, él creía firmemente que a él le correspondía defender a los indios de la explotación. Además, Guerra se hizo miembro del Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), un partido marxista militante que tenía un detallado programa de reforma sobre la tierra, educación del indio, nacionalización de las minas y otras medidas ("Local Group, Community and Nation", p. 71).

27 Esta afirmación fue hecha en las entrevistas antes citadas, por el líder anarquista, Mendoza Vega, llevadas a cabo por Robert J. Alexander (Cap. 3, Nota 10).

28 De considerable número de dirigentes campesinos con los que hablé, todos mencionaron ese evento como algo que tenían vivo en su recuerdo.

29 El dirigente campesino a que me refiero es Macedonio

Juárez, actual jefe de Cliza. Expresó su posición en un intercambio más bien acalorado de palabras con el ahora destituido José Rojas. Doble entrevista Cliza, 1965. El estudioso extranjero es M. Jean Pierre Bernard, *Attaché de Recherches a la Fondation Nationale des Sciences Politiques* que actualmente está trabajando en un detallado estudio sobre la historia del movimiento agrario.

30 Un destacado dirigente del MNR observa, por ejemplo, que durante la guerra civil de 1949 en Cochabamba "...hubo escrúpulo entre algunos dirigentes del MNR sobre la conveniencia de desatar un movimiento campesino cuyas consecuencias eran imprevisibles...". (José Fellman Velarde, Víctor Paz Estenssoro: *El Hombre y la Revolución* [La Paz, 1955], p. 228).

31 En opinión de Chávez, los mineros jugaron un importantísimo rol en la organización de los sindicatos. Señaló que cuando asumió el cargo en 1952, los sindicatos encabezados por ex-mineros pudieron hacer exigencias ante su despacho y que más tarde ellos contribuyeron a expandir la organización en otras zonas. Entrevista personal, La Paz 1966.

32 Por ejemplo, en el altiplano atacaron la Casa Cural de Santiago de Huata y destruyeron objetos religiosos. *El Diario*, 20 agosto 1953, p. 7-4.

33 En febrero de 1953, por ejemplo, campesinos armados invadieron la ciudad de Cochabamba. *El Diario* 2 febrero, 1953, p. 5-3. El 1ro. de julio de 1953, los campesinos de Ucureña invadieron el pueblo de Tarata y lo saquearon totalmente, con el resultado de cuatro muertos y veinte heridos. *El Diario*, 3 julio 1953, p. 5-1.

34 Esta opinión aparece con reiteración en los informes de prensa y muchos líderes entrevistados por el Profesor J. Alexander durante el período en cuestión, coincidieron en afirmarlo.

- 35 En entrevistas con dirigentes indígenas de zonas relativamente cercanas, pero aisladas, éstos me informaron que no tuvieron conocimiento de que se hubiese preparado una revolución. Y, aunque más tarde escucharon algunas noticias muy vagas, lo supieron realmente cuando llegaron los organizadores movimientistas.
- 36 De acuerdo a los informes de prensa y a la información que él mismo me proporcionó sobre otras personas, queda poca duda acerca del papel preponderante que desempeñó Chávez Ortiz para incentivar el movimiento agrario.
- 37 La invasión a Cochabamba antes mencionada (nota 33) fue provocada por el arresto de importantes dirigentes campesinos por la policía local. En diciembre, un grupo movimientista de Oruro exigió la destrucción del movimiento campesino. El Diario, 14 diciembre, 1952, p. 7-1. En ese mes, la prensa informaba asimismo sobre la ayuda que la policía prestó a un terrateniente para controlar a los colonos rebeldes. El Diario, 31 Diciembre, 1952, p. 7-3.
- 38 Según Chávez Ortiz, dentro del gabinete la pelea fue encarnizada y la decisión aprobada por un solo voto. Entrevista personal en La Paz, 1966.
- 39 Este proyecto de Urquidí fue reeditado en la *Revista Jurídica*, Universidad Mayor de San Simón (UMSS) (Cochabamba, 1953), pp. 154-220.
- 40 En relación al desarrollo, Urquidí afirma por ejemplo:
- Pero tal desarrollo no sería posible sin la adopción de formas progresivas de producción, sin el paso de la pequeña explotación campesina, a la agricultura capitalista en gran escala, que permite la aplicación de métodos agrícolas modernos y una mejor organización de trabajo... Dentro de la etapa actual de nues-

tra evolución es pues forzoso reconocer el carácter progresista del capitalismo en el campo. (*Revista Jurídica*, pp. 204-05).

El proyecto de Urquidí también reclamaba la indemnización (citada en principio en el decreto de reforma). Como por contraste, el miembro del POR Ayala Mercado, no reclamaba indemnización alguna y, en cambio aceptó la asignación de predios individuales al indio. El documento concluye diciendo:

Finalmente, en las distintas zonas rurales, en tierras fiscales o expropiadas a los latifundistas, el Estado debe organizar granjas colectivas pilotos, para impulsar el progreso agropecuario general "para evitar la absorción de las explotaciones agrarias de tipo capitalista y para demostrar las ventajas del colectivismo agrario bajo la conducción del Estado". (Ernesto Ayala Mercado, *Revista Jurídica*, p. 294).

- 41 La opinión generalizada es que los campesinos fueron provistos de armas por el MNR. Si bien esto probablemente fue real en algunos casos, muchos campesinos me aseguraron que ellos habían comprado sus propias armas. Es más, en aquellas regiones donde todavía hoy la organización es sólida, el sindicato cobra un impuesto que, en parte, es destinado a la adquisición de armamento y municiones.
- 42 En un estudio de la región de los alrededores del lago, se hace énfasis en el éxodo de mestizos y blancos. Ver el estudio mimeografiado del Instituto Boliviano de Estudios y Acción Social (IBEAS), La Paz, 1965. Varios expropietarios de haciendas que he entrevistado, se quejaron amargamente por la imposibilidad de regresar a sus tierras. Este proceso también ha sido expuesto en el estudio de William E. Carter, a publicarse en James

M. Malloy y Richard Thorn, Comps., *Bolivia Since the Revolution* (Pittsburgh, 1971).

- 43 El equipo del *Research Institute for the Study of Man* que vino a Bolivia informó que el pueblo de Sorata donde realizaron estudios, fue tomado por los indios después de 1952. A partir de entonces, la administración del pueblo fue ocupada por funcionarios del sindicato local y lo mismo ocurrió en muchos otros pueblos rurales.
- 44 Después de diversas visitas infructuosas a la oficina de la confederación en La Paz, llegué a la conclusión de que el único momento en que seguramente funcionaba era cuando estaba en la ciudad el actual dirigente del valle, Jorge Solíz. El resto del tiempo apenas estuvo abierta o si lo estuvo allí estaba una secretaria no muy ocupada. Otro signo de la debilidad de la confederación fue la manera en que distribuían los fondos del campesinado. Según un informe inicial el 50% de los fondos estuvo destinado a nivel intermedio, conocido como la central, el 40% a las federaciones departamentales y sólo el 10% a la confederación nacional. *El Diario*, 26 enero, 1956, p. 4-4.
- 45 En una conversación que sostuve con la doctora Bárbara Leons del Departamento de Antropología de la Universidad de Pittsburgh ella me describió el modelo. La Dra. Leons trabajó en la región de Yungas durante 16 meses.
- 46 Está descrito en detalle en un excelente estudio realizado bajo el auspicio del *Research Institute for the Study of Man*. Víctor Novick, "Revolutionary Change in a Bolivian Hacienda Town", ponencia presentada en una reunión de la *American Antropological Association*, Pittsburgh, Pa., 1966.
- 47 Cabe señalar que según parece, las organizaciones regionales centralizadas del altiplano se derrumbaron a partir del golpe de estado de 1964. Sin embargo, la pode-

rosa organización valluna lo siguió siendo y quizás es ahora más poderosa que nunca.

- 48 Yo visité personalmente un cuartel campesino en Punata, donde el líder local, Gregorio López se mostró orgulloso al ofrecerme una demostración de estricto esquema de entrenamiento. En uno de los viajes del presidente Barrientos a Cochabamba, pude observar un despliegue del poder de las milicias campesinas, con rifles, granadas de mano, ametralladoras y morteros. En entrevistas individuales con campesinos, me describieron muy gráficamente algunas anécdotas sobre el poder que tuvo el sindicato para exigir impuestos e imponer castigos.
- 49 Poco después de la Reforma Agraria, los campesinos de Achacachi bloquearon el tráfico de camiones a lo largo del Lago Titikaka, en demanda de mejores precios a sus productos. *El Diario*, 19 agosto, 1953, pp. 7-1. En 1954, campesinos armados invadieron el pueblo de Achacachi y liberaron a aquellos que estaban en prisión. *El Diario*, 5 mayo, 1954, p. 7-3. El 27 de enero de 1959 bloquearon el paso a Paz Estenssoro durante 8 horas y luego lo secuestraron. *El Diario*, 28 enero, 1959, p. 7. En 1961, hubo un nuevo bloqueo de tráfico y transporte a la ciudad por parte de los campesinos. *El Diario*, 8 noviembre, 1961, p. 4-6. Poco después, la ciudad fue totalmente rodeada y Salas prohibió a toda persona, con excepción del Presidente, Ministro de Asuntos Campesinos y periodistas, el ingreso al campo, bajo amenaza de "arresto". *El Diario*, 13 enero, 1962, p. 5-1.
- 50 Leons, "Changing Patterns of Social Stratification", Cap. 5.

CAPITULO XI

Grupo, Facción y Personalidad: 1952-1960

- 1 El temor fue expresado por primera vez por Augusto Céspedes en 1953 y utilizado en ese tiempo como argumento "realista" para rechazar los proyectos "infantiles" de los socialistas más radicales. La Calle, una serie de artículos desde el 25 de julio de 1935.
- 2 Es interesante observar, por ejemplo, que en la mayoría de los documentos oficiales del MNR, la triple naturaleza de clase del partido se expresa reiteradamente a través de una alianza entre "clase media, obreros y campesinos", en ese orden. Y que, en la mayoría de los documentos de la izquierda obrera se expresa como "obrerros, campesinos y clase media revolucionaria", en ese orden. La postura personal de Lechín sobre la derecha movimientista fue la siguiente:

"La derecha del movimiento, aliada a los elementos más reaccionarios del ejército y de la Rosca, han pretendido dar una puñalada por la espalda al gobierno de la revolución". (Lechín y la Revolución Nacional, [La Paz, s/f] p. 72).
- 3 La idea de entrismo y las luchas que se iniciaron en la izquierda me fueron clarificadas en una entrevista sostenida en La Paz, 1966, con Edwin Moller, un antiguo miembro del POR y uno de los mejores exponentes de esa idea.
- 4 La perspectiva mental de los integrantes de los Grupos de Honor y, especialmente, su falta de programa me fueron subrayados por Lydia Gueiler Tejada, una de las fundadoras de los Grupos de Honor, durante una serie de entrevistas, en La Paz, 1966.

- 5 Edwin Moller me aclaró por qué los izquierdistas consideraban a Paz un pragmatista con quien era posible trabajar, en la entrevista mencionada anteriormente. La profunda desconfianza de la tendencia derechista del MNR hacia Paz se explica en el trabajo antes mencionado de Alfredo Candia, **Bolivia: Un Experimento Comunista en América** (La Paz s/f), lo cual es en términos generales, una acusación sistemática a Paz.
- 6 El elitismo y la creencia de que únicamente los sectores progresistas de la clase media y alta eran capaces de dirigir una solución viable para Bolivia, está hondamente presente en todas las tendencias opositoras que surgieron de la burguesía boliviana después de 1929. El célebre Marof afirmaba, por ejemplo:

"Entendido, de que no es posible una revolución si no hay conciencia esclarecida y si no cuenta con una élite llámese republicana, democrática o comunista" (Tristan Marof, **Ensayos y Crítica**, [La Paz, 1961], pp. 10-11).

Paz expresó el mismo punto de vista en un importante discurso de la década de 1940:

Pero mi muy respetado colega olvida, o no desea mencionar, quiénes son los que gestan las grandes transformaciones de la Historia. Por lo general los hombres de la clase oprimida nunca son los que logran mejoras para su propia clase, y estos por una razón muy sencilla: que los hombres de una clase oprimida no tienen posibilidades económicas ni siquiera para elevarse culturalmente y desarrollar su personalidad, menos podían efectuar una reforma o una revolución. (Víctor Paz Estensoro, **Discursos Parlamentarios** [La Paz, 1955], pp. 316-17).

En una argumentación ideológica inicial, Walter Guevara Arze afirmó:

"Lo cierto es que no se cumple en Bolivia la condición que crea la conciencia de clase y la capacidad revolucionaria del proletariado." (Walter Guevara Arze, **Teoría, Medios y Fines de la Revolución Nacional**, (Cochabamba, 1946, p. 12).

No cabe duda que el núcleo del MNR se consideró a sí mismo la única élite destinada a conducir hacia la modernidad a una población en retroceso.

- 7 Citado en Lydia Gueiler Tejada, **La Mujer y la Revolución** (La Paz, 1959) pp. 119-21.
- 8 Ibid., pp. 122-24.
- 9 Ibid., p. 124.
- 10 Esta perspectiva a largo plazo sostenida por la izquierda obrera de Lechín está claramente expuesta en Ernesto Ayala Mercado, **¿Qué es la revolución Boliviana?** (La Paz, 1956).
- 11 Gueiler, **La Mujer y la Revolución**, p. 125.
- 12 Candia, **Bolivia: Un Experimento Comunista**, p.53.
- 13 Entre los muchos que han señalado la importancia de los puestos en la disputa, Lydia Gueiler observa:

Pero en nuestro caso, no se trataba de eso. Sino de la desesperación de la gente por conseguir un cargo público, es decir que la Revolución, de inmediato, no podía liberarse de la clásica "empleomanía" común a todos los países subdesarrollados, sin industrias sólidas ni

comercio suficiente. (La Mujer y la Revolución, p. 98).

- 14 El que se atentara contra el hombre más acreditado por la tendencia derechista para dar inicio a un movimiento campesino, difícilmente puede aceptarse como coincidencia.
- 15 En realidad, la convocatoria formal a la comisión fue hecha el 10 de enero, El Diario, 10 enero 1953, p. 4-5.
- 16 El Diario, 7 enero 1953, varias versiones.
- 17 Como se puede suponer, los eventos que acompañaron al quijotesco intento de golpe, fueron motivo de profundos rencores personales entre muchos de los dirigentes movimientistas que trabajaron y conspiraron juntos durante años. No voy a mencionar nombres para no avivar las llamas, pero si observaré que muchos de los golpistas a quienes entrevisté lanzaron vehementes ataques personales contra sus antiguos camaradas, pues afirman que fueron traicionados a último momento, por el hambre de pagas y/o por miedo. Todos hablaron con rencor de Paz Estenssoro.
- 18 Ver Anna-Stina Ericson, *Labor Law and Practice in Bolivia*, U.S. Department of Labor, B.L.S. Report No. 218 (November, 1962), donde se hace un análisis de la posición de la clase obrera después de la revolución.
- 19 Entre 1952-53, el costo de vida se elevó de una cifra con base 100, 173,0%; entre 1953-54 volvió a elevarse otro 99,6% y entre 1955-56 otro 196,4%. Entretanto, el valor del boliviano descendió de 60 a 12.000 con relación al dólar. *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El Desarrollo Económico de Bolivia* (México, 1958), p. 62.
- 20 El intento de golpe se produjo el 9 de noviembre de

1953; el Control Político, especialmente bajo la dirección de Claudio San Román, se transformó en uno de los símbolos del gobierno movimientista más odiados por la FSB. Desde la caída del MNR en noviembre de 1964, se editaron un torrente de publicaciones censurándolo, particularmente a Paz y a San Román. Un relato un tanto macabro de su actuación es "San Román, Biografía de un Verdugo", *Primera Plana Número Especial* (1965).

- 21 Ver Enrique Achá Alvarez y Mario Ramos y Ramos, *Unzaga: Mártir de América* (Buenos Aires, 1960), y Hernán Landívar Flores, *Infierno en Bolivia* (La Paz, 1965), donde se describe una concepción en cierto modo diferente de la FSB sobre la revolución.
- 22 Manifestado al Profesor Carter Goodrich, entonces cabeza de la misión de Naciones Unidas en Bolivia, por Walter Guevara Arze. Me fue narrado en conversaciones personales en la Universidad de Pittsburgh, donde el profesor Goodrich es actualmente Profesor de Historia Económica, honrado por la Fundación Mellon.
- 3 Los resultados fueron publicados en El Diario, durante varios días del mes de junio de 1956.
- 24 En su discurso, Guevara hizo énfasis en lo ideológico, afirmando que él era "partidario de la libre empresa dentro de los límites que imponían las realidades de la nación". Yo diría que este punto de vista fue compartido por el centro pragmático del MNR. Empero, por ambiciones personales, entre otras razones, Paz y Siles prefirieron postergar un enfrentamiento abierto con Lechín. Ver Lois Deicke Martin, *Bolivia 1956*, Hispanic American Studies Series (Stanford, 1958), p. 2, donde se encuentra un informe de la convención.
- 25 En su violenta respuesta a Guevara, Lechín sentó las bases de una crítica general al partido. Atacó a los dirigentes movimientistas que rodeaban a Guevara de no

ser sino ladrones de clase media, con el interés de enriquecerse con la revolución. Al mismo tiempo, reafirmó su adhesión a la Tesis de Pulacayo e hizo un llamado a una "revolución permanente". Finalmente, advirtió al MNR que "Los trabajadores serán leales al partido entretanto que este sea la vanguardia de ellos". (El Diario, 18 enero 1956, p. 4-3).

- 26 El POR recibió la nominación de Siles desdeñosamente y afirmó que se estaba demostrando que la tendencia derechista del MNR deseaba impedir la revolución y entregársela a los EEUU. Informe de El Diario, 11 junio, 1956, p. 4-4.
- 27 Ver *Análisis y Proyecciones*, pp. 80-82, sobre detalles del plan.
- 28 Las pulperías fueron un verdadero refuerzo económico para los mineros en este país, acosado por la inflación. Los mineros no sintieron el impacto de la inflación, debido a que las pulperías subvencionadas mantenían una estabilidad de los precios; además de la posibilidad de revender los productos con enormes beneficios.
- 29 Este es definitivamente el punto de vista del señor Cuadros Quiroga, quien afirma que Siles perdió una dorada oportunidad de acabar con Lechín de una vez por todas. Entrevista personal en Cochabamba, 1965.
- 30 La pérdida de control parlamentario y su efecto negativo en su posición me fue relatada por Edwin Moller en la entrevista antes mencionada.
- 31 La ayuda militar estadounidense fue renovada en 1958 y aumentó a partir de entonces. Informe presentado al House Committee on Appropriations, 90 Congreso, 2da Sesión, p. 624.
- 32 Siles también utilizó a los militares en otras operacio-

nes de "control". De acuerdo al *New York Times*, de los diez desórdenes "más trascendentales" entre 1956 y 1960, el ejército intervino para aplastar siete; incluyendo un intento de golpe por miembros de la policía nacional. *New York Times*, 20 marzo, 1960.

- 33 En este intento que comenzó con un ataque abortado a un cuartel militar en la calle Sucre en la ciudad de La Paz, fue asesinado el ya antiguo líder de la FSB, Unzaga de la Vega. El encanto de Unzaga fue más poderoso de cara a los nuevos falangistas jóvenes que a los ahora ya maduros miembros originales del partido. Su desaparición del escenario introdujo un nuevo tipo de dirigente a la FSB y probablemente fue un factor que contribuyó a la posición más moderada que adoptó desde entonces. Los miembros más jóvenes sostienen la creencia (no totalmente infundada) de que Unzaga fue matado a sangre fría. Es por ello que siguen odiando al MNR, en general, y a Walter Guevara Arze (entonces ministro de gobierno), con especial encono.
- 34 Los hombres de prensa que estaban cubriendo la noticia en la convención informaron que la fracción de Lechín fue la más fuerte en la reunión. El *Diario*, 16 de febrero, 1959, p. 7-3.
- 35 La vieja guardia movimientista que en ese momento apoyaba a Guevara, atacó a Paz en una serie de panfletos, los cuales expresaban la ya antigua visión del MNR sobre la necesidad de un Estado elitista de la clase media, capaz de alcanzar el desarrollo a través de un sistema regulado de capitalismo de Estado. El que no se haya podido alcanzar el objetivo se atribuye a los designios de Paz y Lechín. Desde mi punto de vista, la posición ideológica básica, que podemos llamar capitalismo de estado, siguió siendo la preferida de Paz y del núcleo ideológico del MNR. La ruptura no se produjo en torno a imágenes ideológicas, sino por ambición y estrategias personales. Es más, muchos allegados de Paz y él mismo

señalan que, durante el período 1963-64, éste intentó traer de vuelta a Guevara como el único hombre capaz de derrotar a Lechín, aparte del mismo Paz. Ver Acusación contra Víctor Paz Estensoro, los Auténticos se dirigen a la Nación desde el destierro, (junio 1961) y P.M.N.R.A. Exposición de motivos y declaración de principios (Abril 1960), sobre la visión de la fracción de Guevara.

- 36 Los resultados de las elecciones en El Diario, a partir del 9 de junio de 1960.

CAPITULO XII

Estructura y Proceso de la Política Post-Insurreccional

- 1 La interpretación de poder "legítimo" organizado y que se emplea en el presente trabajo, se basa en aquel desarrollado por Talcott Parsons y que fue introducido a la esfera teórica de la revolución por Chalmers Johnson. La siguiente cita de Johnson sobre el trabajo de Parsons ilustra dicho concepto:

Como instrumento generalizado, el poder funciona de manera análoga al dinero. El dinero que está en manos de una unidad social es, por así decirlo, la capacidad de esa unidad, a través de los canales mercantiles y de las reglas de procedimiento dadas, de dirigir los bienes y servicios de intercambio que por sus propias razones ambiciona. Comparativamente, el poder de una unidad es la capacidad que tiene de contribuir a las metas colectivas, de producir insumos que generen metas colectivas que los seguidores de la acción colectiva en cuestión, apelando para ellos a los requisitos obligatorios (por ejemplo obligaciones cívicas como el servicio militar, obligaciones contractuales, la obligación de seguir al liderazgo establecido y otras). Una vez que las unidades han sido llevadas hasta un contexto de organización colectiva, el poder constituye el instrumento para apelar a sus obligaciones de contribuir al funcionamiento colectivo... (al igual que los sistemas monetarios, los sistemas de poder) dependen de la voluntad permanente de sus miembros de confiar sus posiciones a la interpretación del interés colectivo, a un proceso impersonal, en el cual las decisiones obligatorias se toman,

a pesar de que sus miembros se opongan a controlarlas (directamente). (Chalmers Johnson, *Revolutionary Change*, [Boston, 1966,] p. 29).

2 Otro concepto que expresaría la idea aquí enunciada es "entropía", lo contrario de la madurez organizativa "colectiva", que resulta en una decreciente capacidad de llevar a cabo trabajo colectivo o perseguir metas colectivas dentro de la unidad estatal organizativa.

3 Esta situación fue expresada por Lechín en una declaración en que definió sus puntos de vista sobre el gobierno y representación:

Ocurre a menudo -dijo- que los gobiernos olvidan sus luchas anteriores y sus promesas y entonces la Central Obrera Boliviana debe controlar al gobierno. Yo represento a los trabajadores mineros, transitoriamente en el gabinete y no el Gabinete ante los trabajadores. (El Diario, 16 marzo, 1958, p. 5-3.)

4 New York Times, 8 Noviembre, 1964, p. 26.

5 El predominio de gobiernos municipales en estas zonas y la correspondiente debilidad de los funcionarios departamentales nombrados a nivel nacional fue subrayada en el Informe Keenleyside (reeditado en La Paz por la UMSA, 1952), p. 30.

6 En 1965 asistí a una sesión de las reuniones de la Comisión de Reforma Agraria, donde los representantes de diversos departamentos informaron acerca de la situación de sus zonas. El representante del departamento de Pando describió un pueblo, próximo a las fronteras del Perú y Brasil donde, de 85 habitantes, sólo tres (el alcalde, el jefe de policía y el agente de policía local) eran bolivianos.

7 El sentimiento separatista de Santa Cruz es legendario

en Bolivia y, en parte, deriva de las diferencias raciales entre la población de Santa Cruz y aquella de la serranía. Debido a la ubicación de la población indígena en la zona montañosa antes de la conquista española y al prolongado aislamiento de Santa Cruz, no se produjo tanto mestizaje en dicha zona. Como resultado de ello, la población cruceña tiende a conservar características raciales más puramente europeas y, en realidad, se sienten enormemente orgullosos por su linaje español "directo".

Actualmente se autodenominan "cambas" (de tierras bajas) y a los habitantes del área montañosa se refieren peyorativamente con la palabra "kollas". Desde que se concluyó la carretera Cochabamba-Santa Cruz se produjo una enorme migración de kollas a esa región. Lo cual, a su vez, originó grandes tensiones dentro del departamento. En un reciente viaje a Bolivia, estos sentimientos me fueron manifestados muy gráfica y profundamente, cuando, debido a los problemas en los motores, el vuelo en que debía viajar a Lima fue cancelado y 70 y pico pasajeros que estuvimos esperando durante 5 horas a bordo, tuvimos que regresar a La Paz y pasar la noche a costa de la aerolínea. Ninguno de nosotros estaba muy satisfecho con la situación y una jovencita cruceña estaba especialmente enojada; por lo que, al llegar al hotel, le hizo conocer su enojo al representante de la aerolínea. Visiblemente sorprendido por su arranque, el representante intentó aminorarlo apelando a su patriotismo. Luego de una prolongada explicación, concluyó su observación diciendo que, después de todo "somos todos bolivianos", a lo cual ella respondió iracunda: "¡Yo no soy boliviana, yo soy cambia!"

8 Las luchas entre campamentos mineros fueron especialmente frecuentes durante el régimen de Siles y en particular en el año 1959.

9 William Kornhauser, *The Politics of Mass Society* (New

York, 1959), Cap. 3.

- 10 Después de estar 14 meses en Bolivia, creo que puedo decir certeramente que toda persona que participa en política considera que los puestos o pegas son esenciales en la política boliviana. Es más, los políticos estructuran su comportamiento en torno a dicha concepción.
- 11 Teniendo en cuenta que la expectativa de vida general en Bolivia oscila alrededor de los 33 años de edad y aún menos, dicha afirmación no parece exagerada.
- 12 Pierre Noel Lenoir, *Revolución, Altitud 4,000 Metros* (Buenos Aires, 1958) p. 97.
- 13 En un importantísimo discurso a la FSTMB de Mario Torres -por mucho tiempo mano derecha de Lechín- relata una serie de temas decisivos concernientes a la independencia de los trabajadores, a la desconfianza de estos frente al MNR, etc. Posteriormente, Torres enumeró los beneficios que obtuvo el minero e hizo la siguiente declaración, vital para las funciones de la COMIBOL:

...Las empresas mineras antes de 1952 eran empresas comerciales... Si las cotizaciones del mineral bajaban, ellas dejaban de trabajar parajes o minas enteras, despedían obreros, pagaban menos, disminuían gastos. La corporación no es una empresa comercial. Si el imperialismo no nos paga bien; si de todo un pueblo -que además de anhelos son derechos-; si el imperialismo eludía este pago que nos debe, la Corporación debía tomarlo sobre sí y aceptar tan tremenda carga y responsabilidad. La Corporación y, sobre todo, el Control Obrero, tenían que obrar con criterio social y este último con criterio sindical...

En otras palabras, la COMIBOL debía seguir una lógica social, en tanto que los sindicatos una lógica de clase. Mario Torres, *A dos años de la Nacionalización de las Minas* (Public. de la FSTMB, 1954). Una perspectiva aún más radical fue aquella expresada por los mineros de San José durante la pelea por la estabilización: "...Ahora las minas nos pertenecen, como le pertenece la tierra al campesino". (El Diario, 5 junio, 1957, p. 7-2).

- 14 Un estudio señala que más de 38 empresas agrícolas fueron tomadas gracias a la acción campesina, desde 1953. Enrique Levy Merrivía, "La ejecución de la Reforma Agraria en el Departamento de Cochabamba", *Revista Jurídica* (Cochabamba, cerca 1956), Nos. 67-70, p. 138.
- 15 Ver Abraham Maldonado, *Legislación Social Boliviana*, (La Paz, 1957).
- 16 En *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV: El Desarrollo Económico de Bolivia* (México, 1958), p. 68, se hace un análisis de la relación entre estos dos factores.
- 17 Ver Anna-Stina Ericson, *Labor Law and Practice in Bolivia*, U.S. Department of Labor, B.L.S. Report No. 218 (noviembre, 1962) y *Area Handbook for Bolivia* (Washington, D.C., 1963), Cap. 20, donde se hace un detallado análisis sobre la posición económica y social de los trabajadores.
- 18 Sobre el fracaso de los beneficios intersectoriales que señalan que el campesino fue el primer beneficiado, a largo plazo, ver *Análisis y Proyecciones*, p. 19 y "Ideas Preliminares para la elaboración de un Diagnóstico de la Economía Boliviana". *Planeamiento*, No. 1 (La Paz, 1960), pp. 68-69.
- 19 De acuerdo a una de las fuentes, entre 1952 y 1965, el

número de escuelas rurales se incrementó cinco veces y la asistencia en un 250%. Lambros Comitas, "Education and Social Stratification in Contemporary Bolivia", *Transactions of the New York Academy of Sciences*, Series II, 1 de 29, No 7, p. 943.

- 20 Entre 1952 y 1960, el ingreso per cápita decreció en un 20%. El ingreso bruto de la COMIBOL declinó de 84 millones de dólares en 1953 a 43 millones de dólares en 1961. Entre 1958 y 1962, la COMIBOL perdió entre 10 y 12 millones de dólares por año. Aparte de los estudios anteriormente citados, los mejores disponibles sobre la reciente economía boliviana son los de Carter Goodrich, *The Economic Transformation of Bolivia*, New York School of Industrial and Labor Relations, Cornell University, Bulletin 34 (October 1955); David Green, "Revolution and the Rationalization of Reform in Bolivia", *Inter-American Economic Affairs* Winter, 1965, pp. 3-27; Cornelius Zondag, *The Bolivian Economy 1952-1965* (New York, 1966); y las estadísticas más actualizadas y condensadas están en *Economic and Program Statistics*, U.S.A.I.D. (Bolivia, anual).
- 21 Ver *Análisis y Proyecciones*, pp. 32-36.
- 22 *Análisis y Proyecciones*, pp. 21-24 muestra cómo las políticas paralelas de consumo e inversión, agotaron la base del capital nacional, a pesar de la ayuda económica masiva de los EEUU.
- 23 Los efectos embrutecedores de la estabilización son señalados por Richard Patch, "Bolivia: U.S Assistance in a Revolutionary Setting"; en Richard Adams et al., *Social Change in Latin America Today* (New York, 1960); y Green, "Revolution and the Rationalization of Reform in Bolivia".
- 24 Durante la lucha por la estabilización, Lechín dejó claro que los temas que estaban verdaderamente en juego

fueron la construcción de un liderazgo movimientista y la asignación de los costos sociales. Por ejemplo, en un discurso atacó a Siles por restituir las funciones de gobierno a los golpistas del 6 de enero (aquellos que estuvieron comprometidos con el golpe del 6 de enero) y continuó advirtiéndole que la revolución desgastaría a aquellos que intentaran impedir su realización. Luego expuso el tema de los costos sociales, afirmando que ya no se les podía pedir mayores sacrificios a los hambrientos trabajadores. Asimismo, observó sutilmente que los trabajadores producían la riqueza y los especuladores vivían de ella. Lechín sostuvo que el MNR no podía ser un partido únicamente de fundadores, pues debía ser renovado con verdaderos revolucionarios. Concluyó diciendo que la salida de Bolivia era despojar a los ricos en beneficio de los pobres; quienes, entonces, a través de su poder de compra, estimularían el crecimiento. Informe de *El Diario*, 15 junio, 1957, p. 4-3.

- 25 Los efectos económicos negativos de lo que fue una postura política clara son tratados extensamente en un análisis de planificación de desarrollo de los problemas bolivianos, por las Naciones Unidas. Ver *Informe sobre Bolivia*, hecho por los expertos de Naciones Unidas, I.P.E. (La Paz, 1966), p. 2. Este informe se hizo originalmente en un memorándum confidencial que fue hecho público por el I.P.E., un grupo privado que edita informes sobre la economía boliviana y que ha causado un gran revuelo entre el público boliviano.
- 26 Uno de los problemas del campesinado como público de apoyo, especialmente desde el punto de vista de las fuerzas armadas, es su falta de movilidad geográfica. En numerosas ocasiones me han relatado casos de campesinos que se han ausentado de una zona por una u otra razón y, cuando regresan encuentran que su casa ha sido saqueada por sus vecinos. Por ello, en muchas regiones, los campesinos prefieren permanecer en sus hogares y cuidar tanto de sus casas como de sus tierras, en lugar

de salir.

- 27 Una descripción izquierdista de la intervención fue hecha por Amado Canelas, *Mito y Realidad de la Reforma Agraria* (La Paz, 1964), pp. 197-205. Veizaga actualmente circunscrito a la ciudad de Cochabamba, donde trabaja como obrero en la granja agrícola de la universidad, se quejó amargamente por el eclipse político de que fue objeto, primero en manos de Siles y luego en las de Paz. Entrevistas personales, Cochabamba, 1965. Aunque ciertamente estos informes están parcializados, ganaron credibilidad en otras entrevistas con dirigentes movimientistas, así como a través de la cuidadosa lectura de los periódicos nacionales, donde se refleja claramente el acoso gubernamental a Veizaga.
- 28 Después de 1952, las zonas rurales se transformaron en un extraordinario electorado del MNR. Es más, en la mayoría de los pueblos, los votos fueron todos para el MNR y ninguno para cualquier otro partido. En las elecciones de 1960 la situación del valle de Cochabamba fue similar, con excepción de Cliza, que fue la ciudadela de Veizaga, quien emitió todos sus votos para el PMNRA (que más tarde habría de transformarse en el PRA, el grupo de Guevara que se separó del MNR). La lección fue obvia, el campesino votó de acuerdo a las indicaciones de su cacique. Por lo tanto, el cacique fue la figura clave de control. Resultados electorales de *El Diario*, 9 junio 1960, p. 6.
- 29 Detalles de la ayuda externa a Bolivia se encuentran en Zondag, *The Bolivian Economy, 1952-1965*, Cap. 16.
- 30 Este concepto fue utilizado por varios antropólogos, en especial por G.M. Foster, quien analiza los modelos de intercambio en las sociedades campesinas. Ver, por ejemplo, George M. Foster, "Peasant Society and the Image of Limited Good", en Comps. Jack M. Potter, et al., *Peasant Society: a Reader* (Boston, 1967), pp. 300-24.

CAPITULO XIII

El Problema del Desarrollo

- 1 No quiero decir que toda retórica política fue lanzada formalmente en esos términos, sino que estas ideas influyeron en las posiciones de los grupos más importantes dentro de la lucha por el poder. Con todo, se debe observar que Mario Alarcón, un íntimo confidente de Siles, definió expresamente la lucha entre Lechín y Siles en esos términos. Entrevista personal, La Paz, 1965.
- 2 Un portavoz antimovimientista demostró que había comprendido la evolución del pensamiento movimientista respecto a la revolución cuando señaló: "Por esto, el decreto del 31 de octubre, en correspondencia con el carácter democrático-burgués inconsecuente del 9 de abril, reveló las características esenciales de una nacionalización burguesa." (Amado Canelas, *Mito y Realidad de la Reforma Agraria* [La Paz, 1964], p. 165).
- 3 Ver Nota 6, capítulo 10.
- 4 El concepto de "capital humano" ha invadido los escritos bolivianos posteriores a 1936.
- 5 Víctor Paz Estenssoro expresó su punto de vista en la siguiente declaración:

Otra medida de nuestra política económica fue la Reforma Agraria. La Reforma Agraria que significa no solamente reparar una injusticia de siglos desde el punto de vista humano, sino también, liberar fuerzas productivas y crear condiciones para el desarrollo económico nacional, al incorporar a la economía monetaria a los campesinos, ampliando el mercado interno para un posible desarrollo industrial. (El

- 6 Entre las expresiones importantes de la visión del POR se incluye **¿Qué es y Qué quiere el POR?** (La Paz, 1959) y Guillermo Lora, **La Revolución Boliviana** (La Paz, cerca a 1965).
- 7 Entre las muchas expresiones sobre la perspectiva de la izquierda obrera transformada, la más desarrollada y claramente expresada está en Ernesto Ayala Mercado, **Qué es la Revolución Boliviana?** en Hernán Siles Zuazo, **Mensaje al Honorable Congreso Nacional** (La Paz, 6 de agosto de 1959) y Víctor Paz Estenssoro, **La Revolución Boliviana** (La Paz, 1964), sobre variaciones en la posición del núcleo movimientista.
- 8 Por razones de espacio y limitación del estudio, para el análisis del desarrollo de la revolución he tomado fundamentalmente las variables internas. Sigo pensando que es una perspectiva viable, aunque estoy consciente de que un estudio "completo" de la revolución debe tomar en cuenta variables externas y, particularmente, las relaciones EEUU-URSS. Desde un comienzo, el núcleo movimientista rechazó cualquier definición de revolución que alienara a los EEUU. Por lo tanto, primero con el régimen de Siles y luego con el de Paz, se rechazó a la Unión Soviética como fuente de respaldo. Lo cual hizo a Bolivia dependiente de los EEUU como la única fuente de ayuda y con ello sujeto de las condiciones que la acompañaron. A su vez, EEUU dejó claro, primero, en el plan de estabilización y, más tarde, en el Plan Triangular para el estaño, que una ayuda continua se basaría en el establecimiento de un sistema económico capitalista de estado dentro de un marco político constitucional formal. La ayuda económica norteamericana a Bolivia ha sido muy significativa: entre 1952 y 1966, los compromisos adquiridos bajo el programa USAID solamente, supusieron 313 millones de dólares; entre 1952 y 1965, los

compromisos adquiridos bajo el programa del **Social Progress Trust Fund** fueron de 14, 6 millones de dólares; **Food for Peace** 69,1 millones de dólares; préstamos de importación-exportación por 39,4 millones de dólares; **Cuerpo de Paz** 16,9 millones de dólares (Fuentes: **Statistics and Reports Division**, "Worksheet", [May 4, 1966]; **U.S. Economic Assistance Programs**, [April 3, 1948-June 30, 1965 (1966)] p. 28; **Operations Report as of June 30, 1967-69, Proposed Foreign Aid Program FY 1968, Summary Presentation to Congress**, [1967] p. 284, USAID/Washington).

- 9 Los diferentes impactos que ocasionó la estabilización fueron señalados por Baldomero Castel, un dirigente de los trabajadores de la construcción a Robert J. Alexander, durante una entrevista personal sostenida en La Paz en 1957. Castel observó que trabajadores de la construcción, obreros y ferroviarios tenían casi el mismo poder adquisitivo que antes de ponerse en práctica el plan. Desde su punto de vista, la situación de estos grupos laborales fue mejor, porque les fue más fácil encontrar los productos y no tuvieron que pararse en interminables colas. Señaló asimismo que los mineros fueron los más golpeados por el plan. Afirmó que la crisis que se sufrió bajo el gobierno de Siles fue fomentada por el POR, que a su vez fue poderoso en la COB. Añadió que tanto él como otros dirigentes fueron contrarios al "comité ejecutivo" de la COB dominado por el POR y que esa fue la razón de su apoyo a Siles.
- 10 El sindicato más importante que respaldó la estrategia de Siles fue aquel de los ferroviarios, quienes, desde principios de la década de 1940 estuvieron más influenciados por el PIR y no por el POR. Juan Sanjinés Ovando, el dirigente de los ferroviarios apoyó primero a Siles y luego a Paz en sus luchas con Lechín. La Posición antilechinista de Sanjinés y los ferroviarios fue expuesta a Robert J. Alexander en una entrevista personal con Filiberto Gutiérrez, un miembro del Comité eco-

nómico del sindicato, en La Paz, 1963.

- 11 El tema de los costos sociales fue de capital importancia en esta batalla. Lechín atacó al MNR constantemente por despojar a los mineros, mientras se enriquecía a los burócratas del partido. Ver, por ejemplo, **La COB y la Estabilización Monetaria**, (La Paz, 1957). Durante esta guerra por la estabilización, Siles afirmó que la base del futuro desarrollo dependía de tres factores: (a) la obtención y ampliación de la ayuda norteamericana (b) el pago de la deuda externa a fin de poder recibir créditos de la banca mundial y (c) el fortalecimiento de la inversión de capital privado. *El Diario*, 14 junio, 1957, p.6.
- 12 Los objetivos básicos del segundo gobierno de Paz están expuestos en **Movimiento Nacionalista Revolucionario, Programa de Gobierno 1960-1964** (La Paz, 1960).
- 13 De los 313 millones de dólares de U.S.AID antes citados, 215,9 millones fueron otorgados entre 1960 y 1966. Todo el apoyo de la **Social Progress Trust Fund** y gran parte de aquel de la **Food for Peace** fueron entregados también después de 1960. Lo mismo ocurrió con el Cuerpo de Paz y, como veremos en la nota 27 de este capítulo, con la mayor parte de la asistencia militar. Fuentes: las antes citadas en la nota 8.
- 14 La tremenda influencia de Kennedy en Paz se hizo patente en mis entrevistas con el expresidente boliviano en Lima en 1966. La imagen de Kennedy para Paz me fue pintada con profunda emoción personal. Paz veía a Kennedy como una especie de aliado personal que podía brindarle el apoyo para alcanzar sus sueños y metas. El propio Paz señaló -y otros cercanos a él lo creían en ese momento- que la muerte de Kennedy desorientó de tal manera al líder boliviano, que prácticamente se perdió su voluntad de seguir con lo que había comenzado.
- 15 El cargo más ambicionado por estos hombres fue el Ministerio de Asuntos Campesinos. Durante ese período fueron muchos los ministros de esa cartera y todos intentaron utilizar su posición para acumular apoyo a favor de sus propias ambiciones personales, mientras ostentaron el cargo.
- 16 Ver Colen J. Crossley, **Santa Cruz at the Cross Roads: A Study of Development in Eastern Bolivia** (Leicester, United Kingdom, 1961).
- 17 Entre 1961 y 1964, en *El Diario* aparecieron continuamente informes acerca de las luchas en Santa Cruz.
- 18 Antes de la insurrección de 1952, Barrientos fue un militar relacionado con diversos intentos que se hicieron para derribar al gobierno del status quo. Después de 1952, se unió al MNR y mantuvo una estrecha relación con Paz, al extremo de convertirse en protagonista activo de las políticas de Paz. Ascendió rápidamente dentro de la estructura de poder político y, con el tiempo, alcanzó la jerarquía de la Fuerza Aérea y la vicepresidencia durante el corto gobierno de Paz en 1964. El nexo público de Rojas con Barrientos comenzó inmediatamente después del primero de los atentados contra la vida de Barrientos. *El Diario*, 27 febrero, 1963, varios informes.
- 19 No es de ninguna manera casual que el General René Barrientos Ortuño jugara el rol de líder en ambas intervenciones. Fue precisamente durante estas acciones que Barrientos surgió por primera vez como figura a nivel nacional. Y lo que quizás es más importante, en esas acciones Barrientos forjó contactos personales esenciales con los campesinos y líderes partidarios locales. Este giro en los acontecimientos fue fundamental con relación al valle cochabambino y a José Rojas en particular.

- 20 El único estudio general sobre la acción cívico-militar en Bolivia escrito en inglés es de William Brill, "Military Civic Action in Bolivia" (Tesis doctoral inédita, Universidad de Pennsylvania, 1965).
- 21 La frase surgió por primera vez como título de una importante novela histórica de Augusto Céspedes, *El Metal del Diablo* (Buenos Aires, 1960).
- 22 Ver *Report on the Mining Industry of Bolivia*, Vol. I, Summary (La Paz, 1956), p. 12.
- 23 Los dos conceptos principales que habrían de dar forma al nuevo enfoque que fueron expuestos en el decreto sobre el plan y en una explicación que le acompañó: "el desarrollo nacional debe comenzar, necesariamente, por el fortalecimiento y diversificación de la industria, como el único sector capaz de generar ahorro interno, capitalizar el país y crear las condiciones para una movilización equilibrada de otros sectores. Para lograr ésto, el plan declaró específicamente: "... restablecimiento del principio de autoridad y de disciplina laboral." (Reeditado en *Estaño*, No. 8 [1964]).
- 24 Esta nueva definición del concepto de "contrarrevolución" fue expresada por primera vez en un discurso de Paz titulado "La Revolución es un Proceso que tiene Raíces en el Pasado", a un sector del MNR, La Paz, 1961.
- 25 La magnitud de los despidos y la consiguiente lucha en torno a ellos me fue relatada en entrevistas con C. Blout, entonces director general de la mina en La Paz, 1966.
- 26 Paz expuso esta línea en una serie de importantes discursos. Durante una de sus crisis, por ejemplo, se trasladó a Cochabamba para dirigirse a una masiva asamblea de campesinos. Dijo allí, que por el bien de Bolivia, el gobierno debía controlar las minas, para más

adelante identificar a los campesinos como los elementos claves para el futuro de la revolución: "La revolución nacional seguirá adelante porque Cochabamba lo quiere".

Posteriormente, Rojas habló de los "comunistas" e "izquierdistas" y los criticó severamente; se refirió a ellos como el origen de todos los males de Bolivia y terminó asegurando que los campesinos salvarían la revolución. *El Diario*, 25 agosto 1963, p. 4-5. Paz aceleró considerablemente el proceso de otorgación de títulos de tierras a los campesinos. Entre 1955 y 1960 se entregaron un total de 47.746 títulos firmados. Más tarde, en una suerte de actividad precipitada Paz otorgó la asombrosa cifra de 200.413 títulos entre 1960 y 1964. James W. Wilkie, "Bolivian Land Reform since 1952: A Statistical View of Title Redistribution", mimeografiado (discurso en la conferencia sobre Partidos y Estabilidad Política en Latinoamérica, State University of New York at Buffalo, [1968], Apéndice A).

- 27 El presupuesto de gastos para defensa subió de 1,7 mil millones de bolivianos de 1953 a 75,2 mil millones en 1963. *United Nations Statistical Yearbook* (1963), p. 559. La declinación y posterior ascenso del ejército está ilustrado en la proporción de su presupuesto. En la víspera de la revolución se redujo de 23% a una cifra inferior al 6,7% en 1957; a partir de entonces aumentó continuamente hasta un 12,4% hacia 1963. La reversión de la tendencia fue reflejo de la política iniciada por el régimen de Siles y ampliada por Paz, de reconstrucción y renovación del ejército. Ver James W. Wilkie, "The Finance of the Bolivian Revolution", mimeografiado, Department of History, U.C.L.A. (1968), p. 38 y Apéndice N. La ayuda norteamericana fue un importante factor en el nuevo presupuesto militar, la misma que fue recobrada en 1958. De los 10,5 millones de dólares registrados en las fuentes de la USAID, 10,1 millones fueron otorgados entre 1961 y 1965. USAID, Washington, Statistics and Reports Division, "Worksheet" (may 4,

1966). Según otra fuente norteamericana, Bolivia recibió 18,7 millones de dólares en ayuda militar entre 1958 y 1967. Informe presentado al House Committee on Appropriations, 90th Congress, 2nd Session, p. 624.

- 28 En 1961, el PNB aumentó en un 3,5% y en 1963 y 1964 dio un salto hasta 6%.
- 29 Información de Presencia (18 enero, 1964), pp. 5-6. Durante mis entrevistas con Paz en Lima en 1966, el me afirmó reiteradamente que se enfrentó con la peor oposición dentro del partido y que ésta estaba compuesta por los ambiciosos de poder más descontentos.
- 30 En un importante discurso de Paz en enero de 1962, por ejemplo, atacó al sistema universitario vigente. Sostuvo que las universidades se habían aislado de la principal corriente histórica boliviana y, por lo tanto, no cubrían las necesidades del país. Bolivia necesitaba esencialmente de tecnócratas, dijo Paz, y, para garantizar una pronta generación de tecnócratas, se organizaba el Instituto Tecnológico Boliviano. El Diario, 25 enero, 1962, p. 5-5.
- 31 Jaguaribe, Desarrollo Económico y Desarrollo Político (Buenos Aires, 1962), p. 101.
- 32 Ibid., p. 87.
- 33 Ver Aníbal Pinto, "Political Aspects of Economic Development in Latin America", Comp. Claudio Veliz, **Obstacles to Change in Latin America** (New York, 1965), pp. 9-47.
- 34 Por ejemplo, Víctor Paz, junto a otros dirigentes movimientistas, trabajaron para Patiño y otros empresarios a principios de la década de 1930.
- 35 En cambio, en Bolivia siempre me sorprendió el hecho de

que los líderes movimientistas, al igual que otras élites, conservaron un nivel de vida semejante al de las clases alta y media, antes de la revolución; vivían en casas grandes bien amuralladas, con numerosos sirvientes, autos etc. Me pareció que sus valores fundamentales, tal como se expresaba en su estilo de vida, habían cambiado muy poco. En realidad, en más de una ocasión, conocidos dirigentes movimientistas me describieron gráficamente el problema que representaba contratar sirvientes decentes en Bolivia.

- 36 Una vez que Paz hubo caído, pandillas urbanas quemaron y saquearon muchas de las casas que miembros del MNR habían construido con tanto esmero y donde vivían. Un objetivo especial de mira, fue la ultra moderna casa de Guillermo Bedregal, quien dirigía la COMIBOL.
- 37 También contribuyó a aumentar extraordinariamente los niveles, incluso entre los funcionarios públicos, sobre lo cual estamos todos de acuerdo y aún los simpatizantes del MNR.
- 38 La escuela estaba destinada a oficiales con rangos superiores. Uno de sus primeros y más ilustres graduados fué René Barrientos Ortuño.
- 39 La única real excepción a este punto de vista, antes de la caída de Paz fue un artículo muy perceptivo de C.A.M. Hennessey, "Shifting Forces in the Bolivian Revolution", *World Today* (May 1964), pp. 197-208.
- 40 Debido a su posición el observador me pidió que mantuviera su nombre en reserva.
- 41 A Paz se le otorgó la posibilidad de una autosucesión (la cual había sido históricamente denegada en todas las constituciones bolivianas), a través de una nueva constitución redactada en 1961 (la primera desde 1952).

- 42 Barrientos pudo obtener el apoyo de los dirigentes campesinos, tales como Rojas, debido al destacado papel que jugó en programas de acción cívica y a que su madre fue una indígena del departamento de Cochabamba. Además, hablaba la lengua de la zona quechua e hizo un esfuerzo personal por ganar apoyo campesino durante la década de 1960.

Antes del golpe, Rojas fue públicamente identificado como hombre de Barrientos. Otros importantes líderes como Jorge Soliz, supieron que este hizo alianza con Barrientos, cuando menos tres meses antes del derrocamiento de Paz. En abril de 1964, los sindicatos vallunos y el ejército formaron el "Pacto Anticomunista Militar-Campesino". Para entonces, los líderes del valle se identificaron abiertamente con Barrientos y el ejército, al extremo de que Rojas atacó a Paz y pidió que Barrientos asuma la presidencia.

- 43 Después de un tormentoso año en que Barrientos gobernó primero sólo y luego con Ovando como co-presidente, en julio de 1966 fue elegido presidente. A lo largo de los tres años siguientes, Barrientos gobernó con mano dura. Continuó el impulso político de Paz y logró romper el respaldo político del movimiento obrero. Su enérgica lucha por un capitalismo de estado lo hizo acreedor al apoyo de los EEUU, al mismo tiempo que surgieron encarnizados enemigos dentro del país. Hacia 1968, las presiones políticas internas cobraron proporciones de crisis y Barrientos tuvo que apoyarse en Ovando y el ejército para mantenerse en el poder. Hacia 1969, los rumores de golpe fueron generales y Barrientos se enfrentó a un grave problema. El 27 de abril, la flamante carrera del general tocó a su fin brutalmente, cuando murió en un accidente en su propio helicóptero. A su régimen siguió un período breve y políticamente caótico, bajo el gobierno interino de Luis Adolfo Siles Salinas, su vicepresidente. Siles Salinas nunca logró controlar absolutamente al gobierno y, por lo tanto, el ejército,

bajo las órdenes de Ovando, desalojó a Siles Salinas y asumió el mando el 26 de septiembre de 1969. Ovando anunció que su gobierno adoptaría una línea nacional izquierdista, similar a la del régimen militar peruano. Para demostrar que estaba resuelto a ello, Ovando nacionalizó las propiedades bolivianas de la **Gulf Oil Corporation**. Para el presente trabajo, la revolución boliviana se estancó allí, desde hace 19 años y todavía está inconclusa.

RECEIVED
MAY 1970

CAPITULO XIV

Conclusiones

- 1 Merle Kling, "Toward a Theory of Power and Political Instability in Latin America," Comp. John Martz, **The Dynamics of Change in Latin American Politics** (Englewood Cliffs, N.J., 1965).
- 2 Harry Eckstein, "On the Etiology of Internal Wars", **History and Theory**, Vol. 4, No. 2 (1965), p. 155.
- 3 Ver, por ejemplo, Torcuato Di Tella, "Populism and reform in Latin America", en Claudio Veliz, **Obstacles to Change in Latin America**, (New York, 1965), pp. 47-75.
- 4 Ver, Raymond Tanter y Manus Midlarsky, "A Theory of Revolution", **Journal of Conflict Resolution**, Vol. 11 (September, 1967), pp. 264-81, donde se describe la relación entre las ambiciones y expectativas de las revoluciones.
- 5 Esta relación fue señalada por primera vez por James C. Davis en "Toward a Theory of Revolution", **American Sociological Review**, Vol. 27 (1962), pp. 5-19.
- 6 "Populism and Reform in Latin America", p. 53.
- 7 Barrington Moore, Jr. **Social Origins of Dictatorship and Democracy**, Boston 1967, Cap. 9.
- 8 Stanislaw Andreski, **Parasitism and Subversion: The Case of Latin America** (London, 1966), p. 232.

GLOSARIO

Términos

- CACIQUES** Jefes regionales u hombres fuertes que controlaban organizaciones sindicales locales, después de 1952.
- CAMARILLA** Grupúsculo de seguidores leales, alineados en torno a un personaje político fuerte.
- CAMPESINOS** Hombres del campo. Término oficial para campesinos indígenas, adoptado por el gobierno después de 1952.
- CAMPO** Areas rurales.
- CAUDILLISMO** Sistema de gobierno dirigido por caudillos, similar en muchos aspectos, al sistema chino de jefes militares.
- CAUDILLO** Líder principal que gobierna a través del poder de las armas y del control personalista.
- CO-GOBIERNO** Un concepto a través del cual la COB fue reconocida como sustentadora de un Estado de co-gobierno con el MNR después de 1952.
- COLONOS** Campesinos indígenas que trabajaban en las haciendas y contribuían con un número gratuito de días de trabajo semanales, a cambio de una parcela de subsistencia.
- CONTINUISMO** El intento por parte de un miembro del gobierno -generalmente el presidente- de per-

manecer en su cargo por un período superior a lo estipulado.

CONTROL OBRERO Supervisor obrero. Otorgado por el decreto de nacionalización para permitir cierta participación laboral en la dirección de COMIBOL.

DIVISAS Moneda extranjera, como en el decreto sobre divisas.

EMPLEADOS Trabajadores "cuellos blancos". Generalmente ocupan puestos burocráticos.

ENTRISMO Infiltración. Se usa con referencia a la infiltración de izquierdistas dentro del MNR, con objeto de radicalizar al partido desde adentro.

FABRILES Trabajadores de fábrica.

FERROVIARIOS Trabajadores de ferrocarril.

FUERO SINDICAL Un decreto favorable a los trabajadores que les otorgaba un status legal especial.

GOBIERNO-OBRAERO-CAMPESINO Gobierno de obreros y campesinos. Concepto del ala izquierda del MNR, orientado a una sociedad de Estado Socialista, dominado por una élite mixta basada en la clase obrera.

GOLPE DE ESTADO Equivalente latinoamericano de coup d'état.

GOLPISTAS Modismo utilizado para describir a quienes intentaban golpes de estado.

GRAFICOS Tipógrafos y trabajadores de imprenta.

HACENDADO Propietario de hacienda.

INDIGENISMO Ideología que ensalza al indio y que pretende mejorar su condición.

LA ROSCA Término peyorativo para describir a la clase alta anterior al 52, un grupo que explotó al país y agotó su riqueza.

LATIFUNDIOS Grandes propiedades de tierra improductiva.

LOGIAS Sociedades militares secretas.

MINEROS Trabajadores de mina.

MINIFUNDIOS Pequeñas parcelas de subsistencia campesina.

PERSONALISMO Sistema de gobierno donde se debe lealtad fundamentalmente a individuos, no a partidos, y se apadrina a familiares y amigos.

PONGUEAJE Sistema en que los servicios personales gratuitos son ofrecidos por colonos a patrones.

PULPERIAS Originalmente almacenes de abarrotes de la compañía y más tarde, tiendas con subsidio estatal donde se expenden productos a precios estables a mineros u otros grupos laborales.

SEXENIO Período de seis años. Se refiere al período de 1946-1952 cuando los líderes movimientistas fueron perseguidos y enviados al exilio.

SINDICALISMO DIRIGIDO Sindicalismo controlado, organizaciones obreras controladas por el Estado.

SINDICATO Sindicato laboral u obrero.

SOCIALISMO DE ESTADO Doctrina política ligada a los gobiernos Toro y Busch.

SOCIEDAD DEMOCRATICO BURGUESA Concepto de las alas de centro y derecha del MNR, cuyo proyecto fue el de crear una sociedad capitalista de Estado, dominada por una élite progresista de clase media.

Organizaciones

COB (Central Obrera Boliviana) Después de 1952, la única organización laboral nacional legítima.

COMIBOL Corporación Minera de Bolivia, fundada después de la nacionalización de 1952.

CSTB (Confederación Sindical de Trabajadores Bolivianos). La primera organización de alcance nacional de los trabajadores bolivianos.

FIB (Frente de la Izquierda Boliviana) Frente boliviano de izquierda. Una organización de corta vida de los grupos izquierdistas, formada en 1939.

FOL (Federación Obrera Local). Organización anarco sindicalista formada a principios de la década de 1920.

FSB (Falange Socialista Boliviana). Un partido de derecha inspirado en la falange española.

FSTMB (Federación Sindical De Trabajadores Mineros de Bolivia). La primera federación de mineros de Bolivia, formada en 1944. Se convirtió en

la organización más poderosa y radical dentro de la COB.

La Concordancia Una alianza de partidos políticos tradicionales, formada en 1939.

Legión de Ex-combatientes Legión de veteranos. Una organización de veteranos formada después de la Guerra del Chaco.

Los Grupos de Honor Organizaciones paramilitares del MNR.

MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario). El partido que inició la revolución de 1952 y condujo el gobierno de 1952 a 1964.

PCB (Partido Comunista de Bolivia). Fundado en 1950 por un grupo fraccionario del PIR.

PIR (Partido de Izquierda Revolucionaria). Partido marxista formado en 1940. Jugó un importante papel en la radicalización del movimiento obrero.

PMNRA (Partido Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico). Un partido que luego se llamó Partido Revolucionario Auténtico (PRA). Este partido estaba compuesto por los grupos fraccionarios de derecha del MNR y formado por Walter Guevara Arze en 1960.

POR (Partido Obrero Revolucionario). Un partido de izquierda antes afiliado a la Cuarta Internacional, con gran influencia en las minas.

PRA (Partido Revolucionario Auténtico). Ver PMNRA.

PRIN (Partido Revolucionario de Izquierda Nacio-

nal). Un partido compuesto por los grupos fraccionarios de izquierda del MNR, formado por Juan Lechín en 1964.

PSOB

(Partido Socialista Obrero Boliviano). Un partido de izquierda de corta duración, formado a fines de la década de 1930.

PURS

(Partido de la Unión Republicana Socialista). Un grupo de fracciones que se desarrollaron a partir del partido republicano, que sustentó los gobiernos de status quo de 1947-1951.

RADEPA

(Razón de Patria). Organización secreta de oficiales jóvenes que encabezaron el golpe de 1943.

CAPITULO XIV

Conclusiones

- 1 Merle Kling, "Toward a Theory of Power and Political Instability in Latin America," Comp. John Martz, *The Dynamics of Change in Latin American Politics* (Englewood Cliffs, N.J., 1965).
- 2 Harry Eckstein, "On the Etiology of Internal Wars", *History and Theory*, Vol. 4, No. 2 (1965), p. 155.
- 3 Ver, por ejemplo, Torcuato Di Tella, "Populism and reform in Latin America", en Claudio Veliz, *Obstacles to Change in Latin America*, (New York, 1965), pp. 47-75.
- 4 Ver, Raymond Tanter y Manus Midlarsky, "A Theory of Revolution", *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 11 (September, 1967), pp. 264-81, donde se describe la relación entre las ambiciones y expectativas de las revoluciones.
- 5 Esta relación fue señalada por primera vez por James C. Davis en "Toward a Theory of Revolution", *American Sociological Review*, Vol. 27 (1962), pp. 5-19.
- 6 "Populism and Reform in Latin America", p. 53.
- 7 Barrington Moore, Jr. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston 1967, Cap. 9.
- 8 Stanislaw Andreski, *Parasitism and Subversion: The Case of Latin America* (London, 1966), p. 232.

GLOSARIO

Términos

- CACIQUES** Jefes regionales u hombres fuertes que controlaban organizaciones sindicales locales, después de 1952.
- CAMARILLA** Grupúsculo de seguidores leales, alineados en torno a un personaje político fuerte.
- CAMPESINOS** Hombres del campo. Término oficial para campesinos indígenas, adoptado por el gobierno después de 1952.
- CAMPO** Areas rurales.
- CAUDILLISMO** Sistema de gobierno dirigido por caudillos, similar en muchos aspectos, al sistema chino de jefes militares.
- CAUDILLO** Líder principal que gobierna a través del poder de las armas y del control personalista.
- CO-GOBIERNO** Un concepto a través del cual la COB fue reconocida como sustentadora de un Estado de co-gobierno con el MNR después de 1952.
- COLONOS** Campesinos indígenas que trabajaban en las haciendas y contribuían con un número gratuito de días de trabajo semanales, a cambio de una parcela de subsistencia.
- CONTINUISMO** El intento por parte de un miembro del gobierno -generalmente el presidente- de per-

manecer en su cargo por un período superior a lo estipulado.

CONTROL OBRERO Supervisor obrero. Otorgado por el decreto de nacionalización para permitir cierta participación laboral en la dirección de COMIBOL.

DIVISAS Moneda extranjera, como en el decreto sobre divisas.

EMPLEADOS Trabajadores "cuellos blancos". Generalmente ocupan puestos burocráticos.

ENTRISMO Infiltración. Se usa con referencia a la infiltración de izquierdistas dentro del MNR, con objeto de radicalizar al partido desde adentro.

FABRILES Trabajadores de fábrica.

FERROVIARIOS Trabajadores de ferrocarril.

FUERO SINDICAL Un decreto favorable a los trabajadores que les otorgaba un status legal especial.

GOBIERNO-OBRAERO-CAMPESINO Gobierno de obreros y campesinos. Concepto del ala izquierda del MNR, orientado a una sociedad de Estado Socialista, dominado por una élite mixta basada en la clase obrera.

GOLPE DE ESTADO Equivalente latinoamericano de coup d'état.

GOLPISTAS Modismo utilizado para describir a quienes intentaban golpes de estado.

GRAFICOS Tipógrafos y trabajadores de imprenta.

HACENDADO Propietario de hacienda.

INDIGENISMO Ideología que ensalza al indio y que pretende mejorar su condición.

LA ROSCA Término peyorativo para describir a la clase alta anterior al 52, un grupo que explotó al país y agotó su riqueza.

LATIFUNDIOS Grandes propiedades de tierra improductiva.

LOGIAS Sociedades militares secretas.

MINEROS Trabajadores de mina.

MINIFUNDIOS Pequeñas parcelas de subsistencia campesina.

PERSONALISMO Sistema de gobierno donde se debe lealtad fundamentalmente a individuos, no a partidos, y se apadrina a familiares y amigos.

PONGUEAJE Sistema en que los servicios personales gratuitos son ofrecidos por colonos a patrones.

PULPERIAS Originalmente almacenes de abarrotes de la compañía y más tarde, tiendas con subsidio estatal donde se expenden productos a precios estables a mineros u otros grupos laborales.

SEXENIO Período de seis años. Se refiere al período de 1946-1952 cuando los líderes movimientistas fueron perseguidos y enviados al exilio.

SINDICALISMO DIRIGIDO Sindicalismo controlado, organizaciones obreras controladas por el Estado.

SINDICATO Sindicato laboral u obrero.

SOCIALISMO DE ESTADO Doctrina política ligada a los gobiernos Toro y Busch.

SOCIEDAD DEMOCRATICO BURGUESA Concepto de las alas de centro y derecha del MNR, cuyo proyecto fue el de crear una sociedad capitalista de Estado, dominada por una élite progresista de clase media.

Organizaciones

COB (Central Obrera Boliviana) Después de 1952, la única organización laboral nacional legítima.

COMIBOL Corporación Minera de Bolivia, fundada después de la nacionalización de 1952.

CSTB (Confederación Sindical de Trabajadores Bolivianos). La primera organización de alcance nacional de los trabajadores bolivianos.

FIB (Frente de la Izquierda Boliviana) Frente boliviano de izquierda. Una organización de corta vida de los grupos izquierdistas, formada en 1939.

FOL (Federación Obrera Local). Organización anarco sindicalista formada a principios de la década de 1920.

FSB (Falange Socialista Boliviana). Un partido de derecha inspirado en la falange española.

FSTMB (Federación Sindical De Trabajadores Mineros de Bolivia). La primera federación de mineros de Bolivia, formada en 1944. Se convirtió en

la organización más poderosa y radical dentro de la COB.

La Concordancia Una alianza de partidos políticos tradicionales, formada en 1939.

Legión de Ex-combatientes Legión de veteranos. Una organización de veteranos formada después de la Guerra del Chaco.

Los Grupos de Honor Organizaciones paramilitares del MNR.

MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario). El partido que inició la revolución de 1952 y condujo el gobierno de 1952 a 1964.

PCB (Partido Comunista de Bolivia). Fundado en 1950 por un grupo fraccionario del PIR.

PIR (Partido de Izquierda Revolucionaria). Partido marxista formado en 1940. Jugó un importante papel en la radicalización del movimiento obrero.

PMNRA (Partido Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico). Un partido que luego se llamó Partido Revolucionario Auténtico (PRA). Este partido estaba compuesto por los grupos fraccionarios de derecha del MNR y formado por Walter Guevara Arze en 1960.

POR (Partido Obrero Revolucionario). Un partido de izquierda antes afiliado a la Cuarta Internacional, con gran influencia en las minas.

PRA (Partido Revolucionario Auténtico). Ver PMNRA.

PRIN (Partido Revolucionario de Izquierda Nacio-

nal). Un partido compuesto por los grupos fraccionarios de izquierda del MNR, formado por Juan Lechín en 1964.

PSOB (Partido Socialista Obrero Boliviano). Un partido de izquierda de corta duración, formado a fines de la década de 1930.

PURS (Partido de la Unión Republicana Socialista). Un grupo de fracciones que se desarrollaron a partir del partido republicano, que sustentó los gobiernos de status quo de 1947-1951.

RADEPA (Razón de Patria). Organización secreta de oficiales jóvenes que encabezaron el golpe de 1943.

CAPITULO XIV

Conclusiones

- 1 Merle Kling, "Toward a Theory of Power and Political Instability in Latin America," Comp. John Martz, *The Dynamics of Change in Latin American Politics* (Englewood Cliffs, N.J., 1965).
- 2 Harry Eckstein, "On the Etiology of Internal Wars", *History and Theory*, Vol. 4, No. 2 (1965), p. 155.
- 3 Ver, por ejemplo, Torcuato Di Tella, "Populism and reform in Latin America", en Claudio Veliz, *Obstacles to Change in Latin America*, (New York, 1965), pp. 47-75.
- 4 Ver, Raymond Tanter y Manus Midlarsky, "A Theory of Revolution", *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 11 (September, 1967), pp. 264-81, donde se describe la relación entre las ambiciones y expectativas de las revoluciones.
- 5 Esta relación fue señalada por primera vez por James C. Davis en "Toward a Theory of Revolution", *American Sociological Review*, Vol. 27 (1962), pp. 5-19.
- 6 "Populism and Reform in Latin America", p. 53.
- 7 Barrington Moore, Jr. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston 1967, Cap. 9.
- 8 Stanislaw Andreski, *Parasitism and Subversion: The Case of Latin America* (London, 1966), p. 232.

GLOSARIO

Términos

- CACIQUES** Jefes regionales u hombres fuertes que controlaban organizaciones sindicales locales, después de 1952.
- CAMARILLA** Grupúsculo de seguidores leales, alineados en torno a un personaje político fuerte.
- CAMPESINOS** Hombres del campo. Término oficial para campesinos indígenas, adoptado por el gobierno después de 1952.
- CAMPO** Areas rurales.
- CAUDILLISMO** Sistema de gobierno dirigido por caudillos, similar en muchos aspectos, al sistema chino de jefes militares.
- CAUDILLO** Líder principal que gobierna a través del poder de las armas y del control personalista.
- CO-GOBIERNO** Un concepto a través del cual la COB fue reconocida como sustentadora de un Estado de co-gobierno con el MNR después de 1952.
- COLONOS** Campesinos indígenas que trabajaban en las haciendas y contribuían con un número gratuito de días de trabajo semanales, a cambio de una parcela de subsistencia.
- CONTINUISMO** El intento por parte de un miembro del gobierno -generalmente el presidente- de per-

manecer en su cargo por un período superior a lo estipulado.

CONTROL OBRERO Supervisor obrero. Otorgado por el decreto de nacionalización para permitir cierta participación laboral en la dirección de COMIBOL.

DIVISAS Moneda extranjera, como en el decreto sobre divisas.

EMPLEADOS Trabajadores "cuellos blancos". Generalmente ocupan puestos burocráticos.

ENTRISMO Infiltración. Se usa con referencia a la infiltración de izquierdistas dentro del MNR, con objeto de radicalizar al partido desde adentro.

FABRILES Trabajadores de fábrica.

FERROVIARIOS Trabajadores de ferrocarril.

FUERO SINDICAL Un decreto favorable a los trabajadores que les otorgaba un status legal especial.

GOBIERNO-OBRAERO-CAMPESINO Gobierno de obreros y campesinos. Concepto del ala izquierda del MNR, orientado a una sociedad de Estado Socialista, dominado por una élite mixta basada en la clase obrera.

GOLPE DE ESTADO Equivalente latinoamericano de coup d'état.

GOLPISTAS Modismo utilizado para describir a quienes intentaban golpes de estado.

GRAFICOS Tipógrafos y trabajadores de imprenta.

HACENDADO Propietario de hacienda.

INDIGENISMO Ideología que ensalza al indio y que pretende mejorar su condición.

LA ROSCA Término peyorativo para describir a la clase alta anterior al 52, un grupo que explotó al país y agotó su riqueza.

LATIFUNDIOS Grandes propiedades de tierra improductiva.

LOGIAS Sociedades militares secretas.

MINEROS Trabajadores de mina.

MINIFUNDIOS Pequeñas parcelas de subsistencia campesina.

PERSONALISMO Sistema de gobierno donde se debe lealtad fundamentalmente a individuos, no a partidos, y se apadrina a familiares y amigos.

PONGUEAJE Sistema en que los servicios personales gratuitos son ofrecidos por colonos a patrones.

PULPERIAS Originalmente almacenes de abarrotes de la compañía y más tarde, tiendas con subsidio estatal donde se expenden productos a precios estables a mineros u otros grupos laborales.

SEXENIO Período de seis años. Se refiere al período de 1946-1952 cuando los líderes movimientistas fueron perseguidos y enviados al exilio.

SINDICALISMO DIRIGIDO Sindicalismo controlado, organizaciones obreras controladas por el Estado.

SINDICATO Sindicato laboral u obrero.

SOCIALISMO DE ESTADO Doctrina política ligada a los gobiernos Toro y Busch.

SOCIEDAD DEMOCRATICO BURGUESA Concepto de las alas de centro y derecha del MNR, cuyo proyecto fue el de crear una sociedad capitalista de Estado, dominada por una élite progresista de clase media.

Organizaciones

COB (Central Obrera Boliviana) Después de 1952, la única organización laboral nacional legítima.

COMIBOL Corporación Minera de Bolivia, fundada después de la nacionalización de 1952.

CSTB (Confederación Sindical de Trabajadores Bolivianos). La primera organización de alcance nacional de los trabajadores bolivianos.

FIB (Frente de la Izquierda Boliviana) Frente boliviano de izquierda. Una organización de corta vida de los grupos izquierdistas, formada en 1939.

FOL (Federación Obrera Local). Organización anarco sindicalista formada a principios de la década de 1920.

FSB (Falange Socialista Boliviana). Un partido de derecha inspirado en la falange española.

FSTMB (Federación Sindical De Trabajadores Mineros de Bolivia). La primera federación de mineros de Bolivia, formada en 1944. Se convirtió en

la organización más poderosa y radical dentro de la COB.

La Concordancia Una alianza de partidos políticos tradicionales, formada en 1939.

Legión de Ex-combatientes Legión de veteranos. Una organización de veteranos formada después de la Guerra del Chaco.

Los Grupos de Honor Organizaciones paramilitares del MNR.

MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario). El partido que inició la revolución de 1952 y condujo el gobierno de 1952 a 1964.

PCB (Partido Comunista de Bolivia). Fundado en 1950 por un grupo fraccionario del PIR.

PIR (Partido de Izquierda Revolucionaria). Partido marxista formado en 1940. Jugó un importante papel en la radicalización del movimiento obrero.

PMNRA (Partido Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico). Un partido que luego se llamó Partido Revolucionario Auténtico (PRA). Este partido estaba compuesto por los grupos fraccionarios de derecha del MNR y formado por Walter Guevara Arze en 1960.

POR (Partido Obrero Revolucionario). Un partido de izquierda antes afiliado a la Cuarta Internacional, con gran influencia en las minas.

PRA (Partido Revolucionario Auténtico). Ver PMNRA.

PRIN (Partido Revolucionario de Izquierda Nacio-

nal). Un partido compuesto por los grupos fraccionarios de izquierda del MNR, formado por Juan Lechín en 1964.

PSOB (Partido Socialista Obrero Boliviano). Un partido de izquierda de corta duración, formado a fines de la década de 1930.

PURS (Partido de la Unión Republicana Socialista). Un grupo de fracciones que se desarrollaron a partir del partido republicano, que sustentó los gobiernos de *status quo* de 1947-1951.

RADEPA (Razón de Patria). Organización secreta de oficiales jóvenes que encabezaron el golpe de 1943.

La presente edición se terminó de imprimir en el mes de Febrero de 1989, en los talleres gráficos de la Escuela Profesional "Don Bosco" teléfono 812372 - casilla 4447
El Alto La Paz - Bolivia